

ABYSS



ORSON SCOTT CARD

Lectulandia

Un equipo de científicos de una instalación petrolífera es contratado por la marina norteamericana para llevar a cabo la operación de rescate de un submarino nuclear atrapado, en extrañas circunstancias, en el fondo del mar, justamente al borde de una grieta abisal de varios kilómetros de profundidad. Un grupo de las fuerzas especiales del ejército acompañará a los científicos. Muy pronto éstos últimos empiezan a sospechar que lo que está sucediendo en las profundidades abisales es algo tan extraño que, en principio, escapa a su comprensión.

Lectulandia

Orson Scott Card

Abyss

ePub r1.0

Hechadelluvia 12.10.14

Título original: *Abyss*
Orson Scott Card, 1989
Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

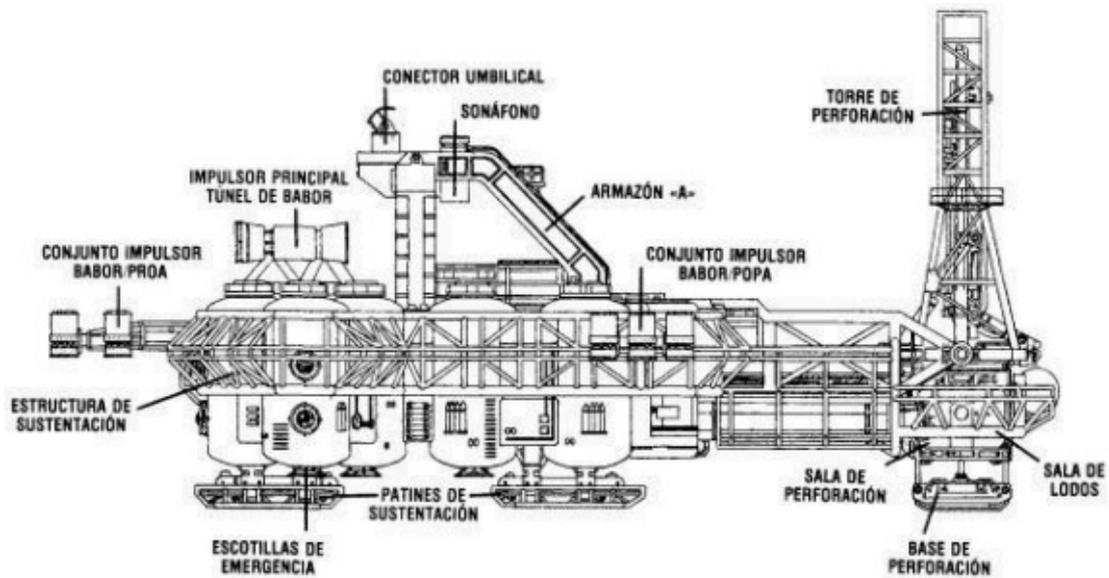
*A la memoria de Ray Spencer,
que vivió una vida que valía la pena vivir
y murió con amor y honor
en el lugar que él hubiera elegido.*

*Aquel que lucha contra los monstruos debería procurar
no convertirse él también en monstruo en el proceso;
y, cuando miras a un abismo,
el abismo también te mira a ti.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

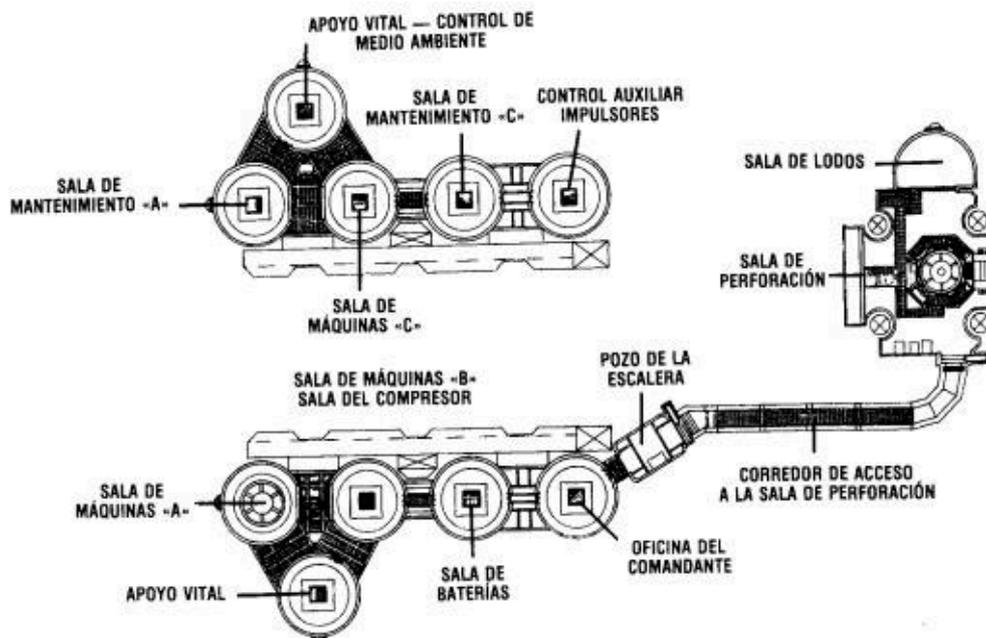
Planos

Primero



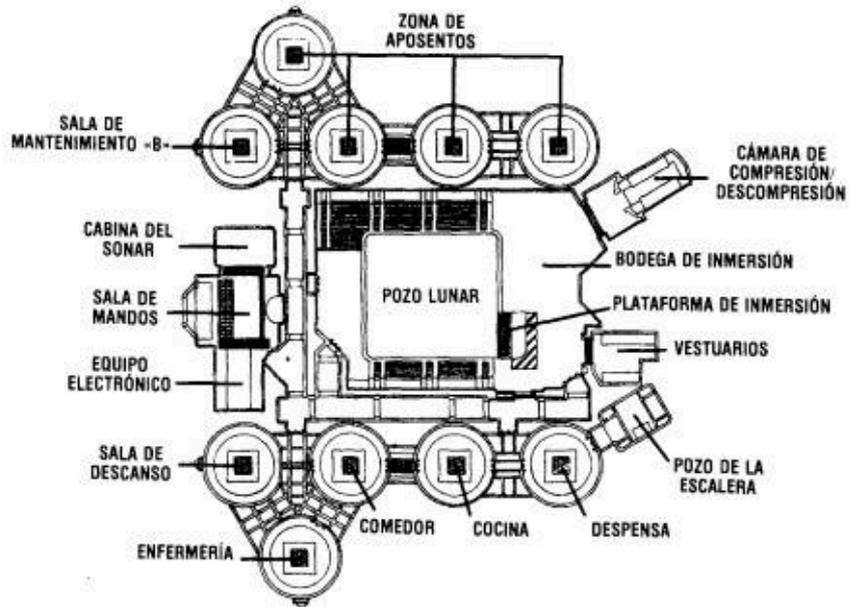
DEEPCORE II — ELEVACIÓN LADO DE BABOR

Segundo



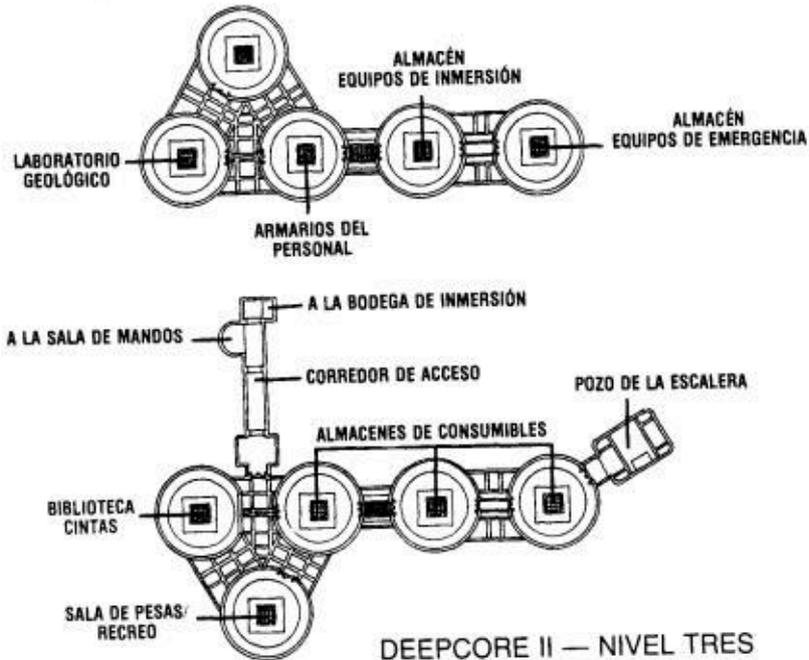
DEEPCORE II — NIVEL UNO

Tercero



DEEPCORE II — NIVEL DOS

Cuarto



DEEPCORE II — NIVEL TRES

1 – Buddy

Buddy podría haber escrito el guión de aquella mañana antes incluso de que empezara. Su hermano mayor Junior estaba pidiendo si podía llevarse la camioneta de reparto a la playa. Papá diría que no. Junior discutiría. Papá le reñiría. Junior se pondría furioso y maldeciría. Papá se quitaría el cinturón e iría tras él. Siempre era así. Uno podía pensar que cualquiera aparte de Buddy lo comprendería.

—Es octubre. Hace demasiado frío para ir a la playa —dijo papá, con voz tan fuerte que la niña pequeña se sobresaltó en su cuna. Empezó a agitarse y a llorar.

—Escuchad a ese bebé —dijo Junior—. Parece un ratoncillo en celo.

En su camino a coger a la niña, mamá dio un bofetón a Junior.

—Vigila lo que dices en esta casa, jovencito.

—Lo siento, mamá. —Se volvió de nuevo hacia papá, pero papá había vuelto a su periódico, buscando razones para maldecir a Kennedy, que era la más pobre excusa para un demócrata que jamás hubiera sido elegido Presidente—. Me dieron el carnet ayer —dijo Junior—. Es sábado. Se lo prometí a mis amigos.

—Te dieron el carnet un viernes trece. —Papá ni siquiera alzó la vista del periódico—. Una prueba positiva de que la superstición es cierta, porque el día que conseguiste tu carnet es el día más aciago que jamás haya amanecido para los conductores norteamericanos, sin mencionar a los pobres e indefensos peatones norteamericanos.

Buddy oyó todo aquello desde donde estaba sentado en el suelo, delante del televisor, viendo los dibujos animados del sábado por la mañana con el volumen bajado para no molestar a los demás. Hasta ahora papá aún estaba bromeando y Junior no había empezado a sudar, pero eso no duraría mucho tiempo.

A menos que Buddy hiciera algo.

Como siempre, lo que tenía que hacer estaba tan vago en su mente que ni siquiera tenía la menor idea de lo que estaba planeando, excepto que sabía que funcionaría, sabía que haría que todo volviera a su cauce y nadie gritara y papá no tuviera que pegar a nadie con su cinturón ni decir cosas terribles que escocerían mucho tiempo después de que las huellas del cinturón hubieran desaparecido. Y, una vez Buddy sabía cómo evitar que algo ocurriera, no aguardaba a pensar más en ello.

Así que Buddy dijo lo primero que le pasó por la cabeza:

—Papá, ¿no podría ir yo también a la playa con Junior? Tú nunca me llevaste cuando me lo prometiste en agosto. —Sólo entonces, cuando las palabras ya hubieron salido de sus labios, se dio cuenta de lo que estaba planeando hacer.

Desde la cocina, donde estaba acunando al bebé, mamá dijo:

—Es cierto. Se lo prometiste, Homer.

Junior era listo. Junior comprendió inmediatamente, casi tan rápido como el propio Buddy. A Buddy le gustaba cómo se entendían los dos, sin necesidad de decirse ninguna palabra. Como si tuvieran un tubo en sus cabezas bombeando de un cerebro a otro.

—Oh, vamos, no pienso llevar conmigo a un mocoso de diez años —dijo Junior.

Papá mordió el anzuelo. De eso dependía todo el plan, con papá y mamá actuando exactamente tal como Buddy sabía que harían.

—¿Qué te pasa, Junior? —dijo papá—. ¿Esperas usar la camioneta de la familia y la gasolina de la familia, y esperas hacerlo sin asumir ninguna de las obligaciones de la familia? ¿Crees que el mundo existe para servirte a ti, y que tú nunca debes de hacer nada a cambio?

Así, simplemente, la discusión acerca de si Junior podía ir o no con la camioneta a la playa se cortó, y en vez de ello se estableció sobre si debía o no llevar a Buddy con él. Y, puesto que Buddy sabía que Junior probablemente lo habría llevado de todos modos, los dos estaban básicamente seguros.

—*De acuerdo*, lo llevaré. —Junior cogió con gesto hosco las llaves cuando papá se las tendió, luego salió en busca de la camioneta, ignorando a Buddy todo el camino y poniendo en marcha el vehículo antes incluso de que Buddy hubiera subido.

Una vez hubieron retrocedido en el camino de grava y se hubieron metido en la carretera, sin embargo, Junior lanzó un burra y pisó a fondo el acelerador.

—¡Mierda, mierda y *mierda*, supiste manejar al viejo! ¡Me gustaría *saber* cómo demonios lo hiciste!

Buddy se limitó a sonreír y puso la radio, cambiando manualmente la emisora de la música country de papá a la quinceañera que a ellos les gustaba. No podían tenerla programada porque papá se volvía loco si pulsaba uno de los botones y lo encontraba sintonizado a esa mierda del rock and roll.

La radio empezó a tocar «Teen Ángel». Junior y Buddy cantaron a coro con ella, utilizando la nueva letra mejorada por Junior, que terminaba diciendo: «Si quieres que te cante unas cuantas coplas, bájame los pantalones y me la soplas». Buddy no sabía exactamente lo que significaba aquello, pero sabía que siempre hacía que los amigos de Junior rieran a carcajadas. También sabía que mamá probablemente le cortarían la lengua con las tijeras de la cocina si alguna vez se le ocurría cantar aquello en casa.

Se detuvieron para recoger a Todd y a Dennis y a Larry y a Frank. Todd, que era el que normalmente conducía, trajo leña, Dennis los ingredientes para unos cuantos perritos calientes, Larry tenía una bolsa de caramelos blandos, pero Frank trajo cerveza. Toda una nevera portátil llena. Utilizaron la leña para camuflar la nevera en

la parte de atrás de la camioneta.

—Mirad esto —dijo Junior—. Cerveza directamente de casa, así tal cual: sin discusiones, sin falso carnet de identidad. No puedo creer que tus padres te dejen hacerlo.

—¿Por qué no? —dijo Frank—. A ellos no les importa una puñeta.

—Oh, te creo, Frank, puedo oír ahora mismo la voz de tu mamá. —Dennis empezó a hablar con voz de falsete—: Aquí tienes tu cerveza, Frank. No te la bebas de un solo trago.

Todos se echaron a reír. La madre de Frank se había pasado media vida gimoteándole a su hijo acerca de que iría de cabeza al infierno si cogía alguno de los sucios vicios de su padre.

—Están fuera de la ciudad, y dejaron la cerveza —dijo Frank—. De modo que la cogí. —Miró a Buddy—. Él se chivará.

—No, no lo hará —dijo Junior.

—Y un infierno —dijo Frank—. Mírale ahí sentado, observándolo todo con la boca cerrada.

—¿Qué se supone que debe hacer —bufó Junior—, mirar al sol y cantar ópera?

—No diré nada, Frank —dijo Buddy.

—Bueno, pero tú no vas a beber —dictaminó Frank—. Así que ni siquiera pienses en ello. Ni siquiera *respites* al lado de la nevera.

—De acuerdo —dijo Buddy. Le parecía bien. Frank podía hacerse el jefe con él todo lo que quisiera. No le importaba, porque Junior siempre estaba de su lado. Ninguno de los amigos de Junior se metía tampoco con él. Junior era la clase de tipo que, hiciera lo que hiciese, los demás lo consideraban bien. Así que Buddy terminó en la parte de atrás de la camioneta con Dennis y Todd, observando cómo se metían salchichas de Frankfurt en los pantalones, sujetándolas con la cremallera, y reían hablando de lo que ocurriría si se ponían de pie para que los demás conductores pudieran verles. Por supuesto seguían sentados en el piso de la camioneta, y se sacaron rápidamente las salchichas la primera vez que creyeron que alguien podía verles, pero fue divertido de todos modos.

Cuando se detuvieron en el semáforo de Verona, Todd se inclinó hacia la cabina y le gritó por la ventanilla a Junior:

—¡Conduces demasiado lento, viejo!

—¡A ver, esas chicas de atrás, sujetaos las bragas! —se limitó a responder Junior.

—¡Dale un mordisco a esto! —gritó Todd. Metió una salchicha de Frankfurt en el rostro de Junior. Junior agachó la cabeza hacia un lado, puso una marcha y arrancó bruscamente. Todd se vio arrojado hacia atrás, y perdió el equilibrio, y estuvo a punto de caer de la camioneta, pero tan pronto como se recuperó se echó a reír y fingió que no se había asustado—. ¡Esto me gusta! —gritó—. ¡Dale marcha, hombre! —Sin

embargo, Buddy sabía que Junior no estaba conduciendo más aprisa que antes.

Les tomó cuarenta y cinco minutos ir de Jacksonville, más allá de Camp Lejeune, hasta la playa de abajo en Topsail Island. Era una playa asquerosa, como todas las playas, sucia y empinada y con carteles de prohibido nadar, pero estaba cerca y nadie deseaba nadar de todos modos. Encendieron un fuego tan rápido como puede esperarse de unos antiguos Boy Scouts, y abrieron las cervezas y las bebieron tan rápido como puede esperarse de los hijos de suboficiales de los marines de los Estados Unidos.

Buddy nunca había estado en una fiesta donde todo el mundo bebiera. Al principio se mostraron alegres, contando chistes verdes y otros divertidos y de tanto en tanto algunos que eran a la vez verdes y divertidos. Pero al cabo de un rato los chistes se fueron y no volvieron, y Frank amenazó a Buddy con mil torturas si alguna vez decía a alguien algo de aquello, y Dennis se peleó con Larry porque éste le había echado arena en sus salchichas. Buddy se fue a dar un paseo por la playa.

Era un lugar traicionero, donde la corriente venía normalmente directa de frente desde la isla. La playa no dejaba de ser devorada por el mar, así que era empinada, y las olas eran más altas y más violentas que en la mayoría de los otros lugares a lo largo de la costa de Carolina del Norte. Más tarde Buddy vería constantemente olas como aquéllas en California, pero, aquel 14 de octubre de 1961, pensó que aquéllas eran las olas más altas y más terribles de todo el mundo.

No podía apartar los ojos de ellas. Contemplaba hincharse el océano, lo veía alzarse mientras avanzaba, y luego, cuando se enroscaba y rompía contra la orilla y se estrellaba en la playa, se imaginaba a sí mismo dentro de la ola, tan pequeño como un pez, con la ladera del agua a sus espaldas y el rizo de la ola aplastándose sobre su cabeza. Notaba la fuerza del agua como si fuera su propia fuerza, su propio cuerpo. Le hacía sentirse tan fuerte que podía golpear con los puños la dura arena mojada y causar un terremoto que derribaría los edificios de Jacksonville.

No podía resistir el no estar en el agua. No iba a nadar. No iba a acercarse demasiado a las olas. Pero tenía que sentir la resaca fluir sobre sus pies. Era demasiado duro permanecer en la arena seca, con zapatos. Tenía que enraizarse en el mar. Aunque estuviera frío. Aunque luego le riñeran.

Se quitó cuidadosamente los zapatos, desatando los cordones y dejando los calcetines cruzados encima. La brisa era fría en sus pies, y, cuando avanzó hasta donde la arena estaba mojada, fue más fría aún. Sus pies se hundieron ligeramente en la arena, y ésta se volvió blanca allá donde pisaba, como si su peso estuviera estrujando fuera el agua. Como si pudiera conducir el mar lejos de la orilla simplemente caminando hacia él.

Al principio permaneció alejado, allá donde los restos de las frías olas se limitaban a lamer, cosquilleando. Siempre le había gustado la forma en que la resaca

parecía sorber la arena alrededor de sus pies, como si el suelo se estuviera moviendo hacia el mar. Era una resaca fuerte, pero la marea estaba menguando y, mientras caminaba a lo largo de la playa, tuvo que ir acercándose a las olas a fin de mantener los pies mojados.

Creyó oír a alguien llamarle. Cuando se volvió, el fuego estaba fuera de su vista. Se había alejado más de lo que pensaba. Echó a correr de vuelta, con sus pies aplastando la mojada arena o chapoteando en la resaca.

—¡Ya vuelvo! —gritó.

Pero, cuando el fuego apareció de nuevo ante su vista, todo seguía como estaba cuando lo abandonó, con los chicos sentados sobre sus chaquetones en torno a las llamas. Buddy se sintió estúpido por haber gritado. Nadie le había llamado. Pero ahora Junior se estaba levantando y venía hacia él, tambaleándose un poco. Borracho.

—¿Qué ocurre? —preguntó Junior.

—Nada —dijo Buddy. Se volvió, se adentró un poco más en la resaca, hizo un gesto a Junior de que se fuera.

—¿Qué? —dijo Junior.

Buddy se volvió hacia su hermano. Junior ni siquiera podía mantenerse en pie, no dejaba de tambalearse para no perder el equilibrio. Mientras una ola se estrellaba tras él, Buddy gritó:

—¡Nada! ¡Vuelve con tus amigos!

Junior gritó algo en respuesta y agitó una mano, pero Buddy no pudo oírle. Y entonces sintió la ola golpear en la parte de atrás de sus piernas. La parte de atrás de sus *muslos*. Se había adentrado demasiado en las olas. Aquélla debía haber sido una realmente grande, le había llegado por encima de las rodillas. Echó a andar hacia la orilla, pero sus piernas se movían demasiado lentamente en el agua, y la resaca volvió antes de que hubiera dado un segundo paso. La arena fue arrastrada de debajo de sus pies y cayó hacia delante, y su cuerpo chapoteó en el agua. Cubrió su cabeza. Se debatió para sentarse, para rodar sobre sí mismo; por un momento su cabeza estuvo fuera del agua, y oyó a Junior gritar: «¡Hija de puta!», y pensó: Me he metido en problemas. Entonces notó su cuerpo agitarse en la turbulencia dentro de la rompiente de la ola, y fue sorbido hacia abajo. No podía encontrar el fondo, no podía recordar qué lado era arriba, y no tenía aire en sus pulmones: no había inspirado profundamente antes de meterse bajo el agua. Le dolía el pecho, urgiéndole a que abriera la boca y respirara.

Y entonces, bruscamente, sus pies patearon en el aire. Estaba boca abajo sin siquiera haberse dado cuenta de ello. Dobló su cuerpo y pateó de nuevo, y su cabeza rompió la superficie, y abrió la boca y respiró, una enorme bocanada que terminó con su boca llena de agua. Tragó y sintió la repentina náusea, luego volvió a patear hacia la superficie, intentando nadar y mantenerse arriba. Era un buen nadador. Papá se

había asegurado de que sus chicos fueran buenos nadadores.

Una ola lo alzó. Por un momento estuvo lo suficientemente alto como para ver la orilla, justo en el momento en que Junior arrojaba a un lado su segundo zapato y chapoteaba hacia el agua. ¡Esto está bien!, pensó Buddy. Junior me salvará. Todo irá bien.

Mientras se deslizaba hacia abajo en el hueco entre las olas, sin embargo, recordó que Junior estaba borracho. Era incapaz de salvar a nadie. Vuelve, pensó. Quédate en la playa.

La corriente lo había arrastrado ya lo bastante lejos como para que, cuando la siguiente ola lo alzó, el fuego en la playa fuera como la luz de una vela con sombras de arañas agitándose a su alrededor. Sería estúpido intentar luchar contra la corriente y nadar hacia el fuego. Ni siquiera podía nadar hacia la orilla..., la corriente lo estaba empujando hacia el sur, a lo largo de la costa y hacia mar abierto. Lo mejor que podía hacer era nadar para mantenerse a flote y situarse en ángulo hacia el oeste, intentando salir de la corriente. Era tan fría. La mitad de las veces ni siquiera podía alzarse lo suficiente como para respirar. Sus ropas eran tan pesadas, parecían como grandes algas aferrándolo, tirando de él hacia abajo.

—¡Por aquí!

Buddy miró hacia la orilla, o hacia donde creía que estaba la orilla.

—¡Por aquí, chico! ¡Hacia el bote!

Se volvió en el agua y vio un destello rojo y azul. Un bote de pesca. Pero estaba en el lado equivocado. Las olas iban en dirección contraria cuando intentó nadar hacia él. Incluso resultaba difícil respirar, y cada vez que lo intentaba se le llenaba la boca de agua. Hasta una vez en que respiró agua y se atragantó. No puedes nadar mientras te atragantas. Se hundió. Tosió convulsivamente, contra su voluntad; jadeó, y más agua entró en sus pulmones. Era como un duro y frío puño dentro de su pecho. Ahora necesitaba más que nunca aire. Intentó expulsar el agua. En vez de ello, su cuerpo aún aspiró más agua dentro de sus pulmones, en un desesperado intento por respirar.

Voy a morir, pensó.

Pero, aunque una respuesta instintiva lo estaba matando, otra lo mantenía con vida. Sus piernas siguieron pateando. Sus brazos no dejaron de nadar. Y eso lo mantuvo lo suficientemente cerca de la superficie como para que los pescadores pudieran

sujetarlo, tirar de él, sacarlo del agua y echarlo al fondo de la barca y hacerle expulsar el agua de los pulmones apretando con fuerza contra su pecho.

Pudo sentir el agua brotar por su tráquea, por su garganta, como un surtidor, causándole unas intolerables náuseas. Era peor que vomitar, más doloroso, más terrible de lo que había sido ahogarse. Cuando el aire volvió a entrar en sus

pulmones, le dolió. Y entonces las enormes y pesadas manos del marinero apretaron de nuevo, extrayendo más agua. Se atragantó. Intentó gritar de dolor, y entonces *gritó*. Estaba vivo. Por fuerte que éste fuera, le había ganado al mar. Entonces recordó.

—¡Junior! —gritó.

Los marineros lo retuvieron tendido.

—¡Tranquilo, chico!

—¡Mi hermano!

Entonces le dejaron levantarse, y todos corrieron a mirar. Aún atragantándose, Buddy se les unió, aferrándose a la borda y mirando. Debía ser en la dirección equivocada, porque Junior no se veía por ninguna parte.

Pero Junior no estaba allí, miraran hacia donde miraran, y cuando los marineros lo llevaron al puerto en Topsail Beach y un hombre lo condujo de vuelta siguiendo la costa hasta donde estaba aparcada la camioneta cerca del moribundo fuego, Junior no estaba allí tampoco. Todd y Dennis y Larry no estaban sobrios, pero estaban solemnes; Frank aún seguía diciendo furiosamente que no deberían haberle sacado del agua, que él hubiera salvado a Junior y también al mocoso. A Buddy no le importó que le llamara mocoso. Sólo le importó que las ropas de Frank chorreaban. Al menos lo había intentado.

Las llaves de la camioneta estaban en el bolsillo de Junior. Tuvieron que aguardar una hora a que llegaran sus padres. Por entonces ya habían efectuado su declaración a la policía y a un periodista. Nadie había tenido el buen sentido de esconder las cervezas. El periodista contó veintidós botellas vacías de cerveza y dos que aún contenían algo de líquido. La historia estuvo en los periódicos al día siguiente. Se celebró un servicio en la base. Todo el mundo iba vestido con sus uniformes de gala. Buddy estaba acostumbrado a ver a todos aquellos hombres con sus uniformes, y eso le hacía sentirse siempre seguro. Pero ahora sabía que no eran nada comparados con el poder del mar. Pequeños hombres en pequeños botes con pequeñas armas. No eran nada.

Dos semanas después de Navidad, papá fue asignado como consejero para ayudar al entrenamiento de los soldados sud-vietnamitas. La familia iría a vivir a Hawai. Papá llevó a Buddy de vuelta a Topsail Island una vez más, el último día antes del traslado. No le preguntó nada a Buddy y Buddy no le preguntó nada a él, pero ambos sabían que debían ir allí a decir adiós. No hablaron durante todo el camino. Buddy no dejó de revivir la última vez que había recorrido aquella carretera. Se imaginó a sí mismo abriendo la nevera y arrojando las botellas de cerveza a la calzada, una a una. Se imaginó a sí mismo sentado en la arena, poniéndose los zapatos en vez de quitárselos. Caminando por la empinada playa hacia el fuego. Se imaginó a todos volviendo a la camioneta y conduciendo juntos de vuelta a casa, riendo y borrachos y

estúpidos pero por el amor de Dios vivos.

Papá aparcó en el lugar exacto. La medio quemada madera del fuego aún estaba allí. O quizás era el fuego de algún otro. Las olas seguían golpeando como aquel día de octubre, sólo que ahora hacía mucho más frío y el cielo estaba encapotado con densas nubes. Pero el mar se movía del mismo modo, agitándose bajo el cielo como si intentara desembarazarse de la atmósfera, arrancar cada pedazo de tierra, hasta que todo el mundo no fuera más que olas y corrientes sin resaca en ninguna parte porque ya no quedaba nada lo suficientemente sólido y resistente como para romper el mar.

Papá apoyó una mano en el hombro de Buddy.

—Mis dos chicos fueron al mar —dijo—, pero el mar me devolvió sólo uno. Cada día le doy gracias al piadoso Dios por ello, Virgil.

Buddy no dio gracias a Dios por nada. Buddy cogió el más largo de los troncos medio quemados y se apartó de su padre, hacia el mar. Oyó a su padre seguirle, pero no le importó. Caminó directamente hacia el borde del agua y luego se metió en ella, con zapatos y todo. Se metió en ella hasta que el agua le llegó a los tobillos y la resaca empezó a sorber bajo sus pies.

Sorbe todo lo que quieras, hija de puta.

Buddy alzó el tronco sobre su cabeza como si fuera un mazo y lo clavó en el retroceso del agua de una de las olas. El tronco atravesó el agua y golpeó la arena. El agua chapoteó a su alrededor. Luego Buddy alzó el tronco y lo clavó de nuevo, con todas sus fuerzas. Y de nuevo. Y de nuevo, golpeando al mar pero sin dejar ninguna cicatriz, ninguna marca en absoluto, ningún grito de dolor. El agua se alejó, tirando de él, exactamente igual que la otra vez.

Se preparó para golpear de nuevo, pero esta vez papá sujetó su brazo, lo retuvo.

—Él siempre gana —dijo papá—. Si así lo quiere.

Buddy soltó el tronco. Se deslizó al suelo, rascándose la pantorrilla al hacerlo. Le dolió, pero el dolor fue bueno.

—Tu madre va a poner el grito en el cielo por tus zapatos mojados —dijo papá.

Salieron del agua y condujeron de vuelta a casa.

Papá fue muerto en Saigón en 1965 por una granada de mano atada a un niño de cinco años. Mamá se casó de nuevo con un contable, y Buddy vivió en su casa en Modesto durante dos años, hasta que fue llamado a filas en 1968. Fue destinado a Corea, y nunca vio acción. Cuando fue licenciado, no volvió a casa con su madre y su hermana y hermanastros. En vez de ello fue a Texas y se puso a trabajar en el negocio del petróleo. Imaginó que se había alejado del océano tanto como le era posible. Pero, al cabo de cinco años, era el jefe de un equipo de perforadores en el Golfo, con el mar cada día a su alrededor durante interminables meses seguidos. Lo cual era lógico.

2 – Lindsey

Si quieren comprender algo acerca de Lindsey Brigman, primero tienen que conocer algunas cosas acerca de su madre, Cathy Thomas. Supongo que es algo aplicable prácticamente a todo el mundo: quiero decir que, o bien pasamos toda nuestra vida actuando en todo y con todo del mismo modo que decían o hacían nuestros padres, o bien pasamos toda nuestra vida *no* actuando deliberadamente como ellos. Si hay alguna cosa importante acerca de Lindsey Brigman, es que *no* es como su madre. O al menos eso piensa ella.

La última vez que Catherine Mary di Angeli trajo a una amiga a casa de sus padres fue en su segundo grado, en 1937. La atractiva Debbie Benchley se quedó allí en la puerta de la cocina de la casa de los di Angeli en Queens, con la boca abierta, mientras los cinco hermanos y tres hermanas y padres y abuelos de Catherine Mary entraban y salían, peleándose y gritándose en italiano. Catherine Mary no pudo comprender por qué su amiga parecía tan asustada, con los ojos enormemente abiertos, las pupilas yendo de un lado para otro, la mandíbula colgando; luego, sin una palabra, Debbie Benchley se dio la vuelta y huyó. Catherine Mary la siguió hasta media manzana de distancia, preguntándole qué era lo que iba mal, pero Debbie se limitó a caminar más aprisa, sin dejar de sacudir la cabeza.

Catherine Mary volvió a casa, profundamente abatida por la pérdida y el fracaso. ¿Cómo había podido ofender a su amiga? ¿Por qué no era digna de ella? Debbie Benchley era guapa y rubia y su padre era farmacéutico, un ciudadano próspero según los estándares de aquellos años de la Depresión. Llevaba hermosos trajes y sonreía tímidamente, y todo el mundo la admiraba. Catherine Mary soñaba despierta en despertarse una mañana y mirarse al espejo y ver allí el rostro de Debbie Benchley.

Cuando regresó a casa fue directamente a la puerta de la cocina en el lado del edificio..., como de costumbre. Sólo entonces intentó imaginar lo que Debbie debía haber pensado de aquello. Seguro que la familia de Debbie entraba por la puerta principal; seguro que la familia de Debbie no tenía a cinco chicos durmiendo en la sala de estar.

Catherine Mary se quedó de pie en el umbral, viendo la confusión a través de los ojos de Debbie: tanta gente, toda corriendo de un lado para otro, agitando las manos en el aire mientras hablaban. La música de una docena de personas hablando en italiano, discutiendo, en voz alta y apasionadamente... Catherine Mary dejó que el sonido llegara hasta ella como debía haber llegado hasta Debbie, sin comprenderlo, y

se convirtió en un sonido intenso, penetrante, exigente, sin ningún parecido en absoluto con la forma suave de hablar de Debbie.

Y allí estaba la madre de Catherine Mary, con las lágrimas corriendo por sus mejillas a causa de las cebollas que estaba cortando en el fregadero mientras discutía con Johnny —Giannino— acerca de si debía o no dejar su trabajo en la tienda de dulces judía. Catherine Mary no sabía si Debbie Benchley tenía algún hermano, pero, si lo tenía, seguro que no trabajaría de dependiente en una tienda de dulces, y nunca, nunca, trabajaría para un judío. Y la madre de Debbie no haría aspavientos con un cuchillo en la mano, ni haría girar sus llorosos ojos hacia el cielo mientras invocaba a los santos, ni haría la señal de la cruz con una cebolla.

Catherine Mary se sintió avergonzada. Había visto a su familia a través de los horrorizados ojos de una protestante y, puesto que se identificaba tan completamente con Debbie Benchley, jamás consiguió verla de otra forma.

Desde aquel día, Catherine Mary no volvió a hablar italiano, jamás llevó a otra amiga a casa, y nunca respondió a otro nombre que no fuera Cathy. A medida que se iba haciendo mayor, escuchó atentamente la radio y eliminó toda huella de acento italiano y de Nueva York en su habla. Aprendió a andar con dignidad. Movía muy raramente las manos, y cuando lo hacía era con gestos delicados y femeninos. Estudió las portadas de las revistas de modas y se peinó el cabello como lo hacían las más hermosas modelos. Tras la escuela secundaria fue a Columbia, y se tomó en serio sólo sus clases de música y teatro, dedicando el resto de su tiempo a seleccionar el marido idóneo. En 1950, sorprendió a su familia casándose con un protestante de veinticinco años.

Para Cathy no era un protestante. Frank Thomas era un norteamericano que acababa de graduarse como ingeniero, tenía una oferta de trabajo de la Kodak con un sueldo de cinco cifras y un apellido que no terminaba con una vocal. También era rubio y de rostro abierto, sin las gruesas cejas y las negras patillas que tenían los hermanos y primos de Cathy. Era exactamente la clase de marido con quien se hubiera casado Debbie Benchley, si no hubiera muerto de polio en sexto grado.

Cathy se dedicó a crear exactamente el hogar que imaginaba que habría elegido Debbie. La sala de estar se usaba sólo para recibir a las visitas, y siempre parecía como la foto de una revista. Frank volvía a casa cada día para hallar la mesa cuidadosamente dispuesta para la cena, a su esposa aguardándole con un elaborado peinado y una sonrisa, y a sus hijas preparadas para recibirle con un abrazo. Cathy era la perfecta esposa americana.

Pero Cathy estaba siempre fingiendo. Era una impostora; había robado el lugar de Debbie Benchley. En el fondo de su corazón seguía siendo Catherine Mary, y en sus pesadillas sólo hablaba italiano. Sabía que ninguno de sus amigos la querría si supiera quién era realmente.

Sería distinto para sus cinco hijas. Crecerían sabiendo que pertenecían a lo mejor de lo mejor, sin ninguna duda, nunca. Tendrían todas las oportunidades, todas las gracias.

Empezó con sus nombres. Frank deseaba llamar a sus hijas con los mismos nombres de su familia, pero todas las mujeres de la familia de Frank tenían nombres tan horribles como LaDelle y DeEsta. Tampoco deseaba Cathy llamarlas con nombres de santas. Así que hizo un trato con Frank. Ella decidiría el nombre de sus hijas, y él decidiría el de sus hijos. No tuvieron ningún hijo varón. Sus hijas se llamaron Dana, Christa, Corey, Lindsey y Gail.

Las llevó a la peluquería desde los tres años. Tomaron clases de ballet tan pronto como pudieron andar, y estudiaron canto antes de aprender a leer. Cuando se llegó a los instrumentos musicales, no carecieron de elección: podían optar por el piano, la flauta o el violín. Los instrumentos metálicos de viento y los de percusión eran demasiado vulgares; el clarinete y el violonchelo eran obscenos.

Poco antes de nacer Christa, Frank cambió de trabajo, pasando de la Kodak a una compañía de nombre impronunciable que fabricaba fotocopadoras. Cathy apenas se dio cuenta del cambio, excepto cuando sus acciones en la empresa y su progresivo salario le permitieron vestir a sus hijas más exquisitamente y llevarlas tres veces al año a Manhattan, para asistir a óperas, obras de teatro y conciertos, y para comprarles ropa que estaba un año por delante de la de cualquier otra chica en Rochester. Contribuyó entusiásticamente al teatro de la comunidad, y sus hijas consiguieron el papel de ingenua a medida que cada una llegó a la edad adecuada.

La labor de Cathy sobre sus hijas fue un éxito casi completo. Dana se casó con un banquero de Manhattan y viajó por todo el mundo con él. Christa cantó ópera en Europa. Corey actuó en el teatro regional hasta que obtuvo un papel en la televisión, en una serie que duró seis años; cada uno de sus tres maridos fue exactamente el tipo de hombre que estaba de moda el año que se casó con él. Y la pequeña Gail escribió poesía feminista obscena bajo su propio nombre, lo cual le dio mucho prestigio literario, y una docena de novelas históricas bajo el nombre de Angelle de Brise, que le proporcionaron una sorprendente cantidad de dinero.

Cuatro de cinco hijas, viviendo exactamente el tipo de vida en que soñaba su madre..., seguro que cualquier otra mujer se hubiera sentido satisfecha. Pero Cathy no podía perdonarse el haber fracasado con Lindsey.

¿Qué había ido mal con Lindsey? Cathy nunca llegó a saberlo, pero Lindsey sí. Su transformación se produjo cuando Lindsey estaba en segundo grado. Fue un sábado. Su padre estaba en el ático rebuscando algo. Lindsey se detuvo al fondo de la escalera del ático, escuchando los ruidos de arriba. Se le ocurrió que no tenía ni idea de lo que hacía su padre en su trabajo, o de cuáles eran sus aficiones, o incluso quién era realmente. Ahora podía oírle canturrear, y se dio cuenta de que nunca había oído a

su padre cantar. Cada mañana se marchaba a primera hora a su trabajo, tras decirle una o dos palabras si ella estaba despierta; cada noche era una sucesión de lecciones y estudios, todo centrado en torno a su madre. Siempre le daba obedientemente el beso de buenas noches, por supuesto, pero nunca hablaban.

Subió las escaleras hasta el ático. Él debió oír sus pasos; el canturreo cesó. Pero, cuando ella llegó arriba, él no la miró. Estaba vuelto de espaldas; contemplaba algo hecho con trocitos pequeños de madera, entrelazados en una especie de rejilla, de modo que parecía algo ligero y aéreo, pese a que tenía metro y medio de largo por medio de alto. No era ningún mueble, y tampoco era una pieza artística..., Lindsey había estado en las suficientes casas y en los suficientes museos como para reconocer los muebles y las piezas de arte apenas verlos. Era un puente. El modelo de un puente.

—Mi proyecto de graduación —dijo su padre—. En ingeniería civil.

—¿Construyes *auténticos* puentes?

—Construyo ensamblajes ópticos y las estructuras que los soportan y los instrumentos de precisión que los mueven.

Lindsey no sabía de qué estaba hablando.

—Oh —dijo.

—Gracias por preguntarlo.

Si ella hubiera sido mayor, quizás hubiera sabido captar el dolor en su voz, la soledad, porque desde hacía mucho tiempo él se había dado cuenta de que tan sólo era un accesorio inevitable en el hogar de Cathy. Tenía que haber un padre, pero nadie sabía *para qué* servía realmente, una vez el dinero estaba en el banco y los hijos habían sido concebidos. Lindsey no podía saber que él estaba en el ático aquel día en particular meditando acerca de su primera infidelidad la noche antes; no podía saber lo emocionalmente crispado que se hallaba, por la culpabilidad, por la irritación, por el alivio, por el temor de que ocurriera de nuevo, por el temor de que no ocurriera.

Lindsey tenía siete años entonces, de modo que sólo vio lo que le importaba *a ella*. Pese a la aparente fragilidad del puente, comprendió intuitivamente que era muy fuerte.

—¿Cómo funciona?

Él la miró, vio que estaba contemplando el puente, y empezó a explicarle cómo el auténtico puente sería construido de acero, y por qué el acero era más fuerte que la madera..., pero no era eso lo que ella deseaba saber.

—Aquí casi no hay nada. Es tan ligero. Como si estuviera hecho de aire.

A él le sorprendió oírle decir esto. Se había sentido muy orgulloso de que el puente derivara el máximo de su fuerza de un mínimo de materiales. Una niña de siete años sin ninguna preparación no hubiera debido darse cuenta de ello. Por un turbador momento tuvo la sensación de que, tal vez por casualidad, una de sus hijas

podía haber heredado algo de *él*. Y, sin embargo, puesto que se trataba de una cuestión de ingeniería, respondió por reflejo, del mismo modo que respondía a los equipos de ingenieros que trabajaban a sus órdenes:

—¿Por qué lo *crees* así?

Lindsey meditó unos instantes.

—Supongo que si lo hicieras demasiado pesado, el puente tendría que usar toda su fuerza para sostenerse a sí mismo.

Para su sorpresa, su padre dejó escapar una carcajada, con una alegría que ella no le había visto en toda su vida. Adelantó las manos y la abrazó, lo cual fue muy incómodo pero también muy interesante, incluso *bueno*. Fue un abrazo en un momento inesperado, no un abrazo ritual. Pero no pudo concentrarse en su padre, no por mucho tiempo. El puente seguía atrayendo su mirada.

—¿Puedes enseñarme cómo construir?

—¿Puentes?

—Cosas. —No había construido nada en toda su vida, no desde que amontonaba los cubos del alfabeto cuando era muy pequeña, y no lo recordaba. Pero ahora, viendo este puente y sabiendo que alguien lo había construido, alguien a quien ella *conocía*..., ahora sintió ansias de construir algo ella misma. Ni siquiera sabía lo que quería hacer, pero sabía que tenía que hacer algo, *ahora*; se sentía inquieta y animada y con prisa.

—¿Qué te parece si compramos esos nuevos bloques de construcción que están importando de Europa? ¿El Lego? Siempre he deseado jugar con ellos; podría traer algunas cajas a casa el lunes, al volver del trabajo. ¿Te gustaría?

—Sí, gracias. —Pero, tras sus excelentes modales, Lindsey estaba pensando: Eso es dentro de dos días, pero ¿y hoy? Es *hoy* cuando deseo hacerlo.

Él estudió su rostro.

—Pero el lunes queda aún muy lejos, ¿verdad? ¿Qué te parece si vamos ahora a la tienda de juguetes?

—Sí, por favor. —Se dio la vuelta inmediatamente y corrió hacia las escaleras.

Frank Thomas se alzó y la siguió, sonriendo. En parte se sonreía a sí mismo, porque sabía que no era en *él* en quien estaba interesada ella, sino en la construcción. Pero en parte sonreía también, contento, porque había visto dentro de ella y había hallado parte de sí mismo en su hija. Era la parte de sí mismo que le permitía vivir con una mujer que no le quería y unas hijas que no le conocían, porque cuando estaba trabajando en un proyecto nada de eso importaba, sólo el proyecto, sólo solucionar los problemas y construir algo que funcionara..., de forma económica, sin problemas, fácilmente. Todo lo demás era soportable mientras tuviera esto. Y, de alguna forma, le había transmitido ese mismo don a Lindsey.

¿O era una maldición? Era el don de la creación; era la maldición de la

monomanía.

Salieron y fueron a comprar el Lego. Cuando regresaron a casa, Cathy estaba frenética:

—¿Cómo crees que podemos llevarte al ballet si te marchas sin decirme nada, Lindsey? —Y a Frank—: ¿Acaso no sabes que no puedes llevarte a las niñas cada vez que te apetezca? —Y a Lindsey de nuevo—: Sube al coche de inmediato, querida. Podemos llegar a tiempo para la segunda mitad de tu lección, al menos. Tus leotardos están en el asiento de atrás, puedes cambiarte mientras vamos.

—No, gracias, mamá —dijo Lindsey—. Papá y yo vamos a hacer construcciones con el Lego.

Cathy se puso furiosa.

—¡Eso es la cosa más absurda que he oído en mí vida, Lindsey! ¡Nunca llegarás a nada si te saltas de este modo tus lecciones! Y tu padre sabe mejor que yo...

Frank se llevó un dedo a los labios, se inclinó hacia su esposa, y le susurró algo al oído con una voz que creyó que Lindsey no podría entender.

—Deja de incordiar, querida —dijo. Luego sonrió, tomó a Lindsey de la mano, y juntos bajaron las escaleras hacia el cuarto de trabajo.

Varias decisiones fueron tomadas en aquel momento. En primer lugar, Cathy podía tener a las otras cuatro niñas, pero Lindsey era *su* hija; a partir de ahora, él se ocuparía de su educación. En segundo lugar, Frank seguiría con su aventura extraconyugal y no se sentiría terriblemente culpable por ella. Cathy tenía el uso del ochenta por ciento de su dinero y el ochenta por ciento de sus hijos; sin embargo, tenía suficiente con el veinte por ciento restante para ser feliz.

Lindsey comprendió muy poco de esto. Sólo supo que a partir de aquel día, cuando sus hermanas tenían que ir a las lecciones o a las obras de teatro o a los museos o a las aburridas fiestas de los adultos, todo lo que Lindsey tenía que hacer era empezar a construir algo con el Lego o su equipo Erector, y quedaba exenta de todo ello, aunque su padre no estuviera en casa para intervenir. Gradualmente, empezó a ocuparse de su propia vida de una forma que simplemente era impensable para sus hermanas. En la escuela secundaria inferior se aficionó a nadar, y papá le construyó una piscina. En la escuela secundaria estaba tan por delante del curriculum que su padre le dio permiso para asistir medio día a la Universidad de Rochester, donde estudió matemáticas superiores y cursos de ingeniería antes de graduarse en la secundaria. Obtuvo un premio en la Feria de la Ciencia del Estado de Nueva York con un aparato respirador autorregulable para buceo. Era tosco comparado con las cosas que construiría luego, pero lo conservó y lo reverenció del mismo modo que su padre había conservado el modelo de su puente. Constituyó los cimientos de todo lo que vino después.

Lindsey apenas era consciente de que su madre la odiaba y de que sus hermanas

se reían de ella..., normalmente a sus espaldas. Toda esa gente no era importante para ella, con su música y sus obras de teatro y sus libros y sus maridos y otras irrelevancias. Todo lo que le importaba era que podía construir lo que nunca antes se había construido. Cualquier cosa que pudiera ayudarla a conseguir esto era importante para ella..., como su padre, al que adoraba. Cualquier cosa que no pudiera ayudarla no tenía importancia. Y cualquier cosa que se interpusiera en su camino debía ser apartada a un lado, de una patada o aplastándola si era necesario.

Terminó diseñando estructuras para resistir las altas presiones de las profundidades marinas. Era la mejor en lo que hacía. Pero, como todos los ingenieros, había empezado a creer que no valía la pena diseñar cosas que nunca llegarían a construirse. Así que encontró una valiosa aplicación para sus diseños submarinos..., las perforaciones petrolíferas bajo el agua. Por supuesto, consiguió el dinero necesario para empezar a trabajar en la *Deepcore*, una plataforma de perforación submarina. También consiguió algo más.

Mientras trabajaba con un equipo de perforación petrolífera en el Golfo para averiguar los problemas y procesos de la perforación oceánica, colaboró muy intensamente con un hombre llamado Bud Brigman. Descubrió que, cuando estaba con él, todo iba como una seda y todos en el proyecto se avenían estupendamente entre sí..., y con ella. Esto no le había ocurrido nunca antes; normalmente había trabajado con gente hosca y difícil que la odiaba. Siempre había supuesto que éste era un problema con el que tenía que enfrentarse todo ingeniero. Ahora se dio cuenta de que Bud Brigman tenía un talento que a ella le faltaba por completo..., la habilidad de manejar a la gente. Lo estudió, intentó aprender qué era lo que él hacía. Lo poco que comprendió era algo que no podía hacer. Sin embargo, necesitaba su habilidad para mantener el proyecto de la *Deepcore* en progreso y funcionamiento. Él era la primera persona desde su padre a la que realmente necesitaba. Carente de toda otra definición de la palabra, pensó que eso era amor. Así que se casó con él.

Las cosas fueron bien al principio. El sexo era bueno, y eso ayudaba. Ambos estaban fascinados con su trabajo en la *Deepcore*, y eso aún ayudaba más.

Ambos se reían de la forma en que actuaba la gente de la compañía petrolera. Era el proyecto de Lindsey, ella lo había diseñado, ella iba a construirlo, era *suyo*..., pero, cuando los tipos del dinero acudieron a ver el prototipo, se mantuvieron tan lejos de Lindsey como les fue posible. Ella los ponía nerviosos. No se trataba de que fuera más lista que ellos: estaban acostumbrados a trabajar con gente que era más lista que ellos, y siempre se salían con bien. Ni siquiera era el hecho de que ella hablara con el lenguaje de la ingeniería submarina. Ese tipo de cosa ocurre también constantemente, gente que no habla el mismo lenguaje intentando comprenderse mutuamente. Había otras cosas en torno al problema. Si los dos lados eran hombres, sabían cómo hablar el lenguaje de los hombres, el vulgar dialecto machista lleno de chistes y alusiones

que todos ellos aprendían desde que tenían diez o doce años. Si los dos lados eran mujeres, entonces podían hablar el lenguaje de las mujeres, que habían aprendido junto con todos los demás rituales de la pubertad. Pero cuando hay una mujer en un lado y un hombre en el otro, entonces las cosas se complican. Entonces no hay *ningún* lenguaje en común.

Pese a ello, muchas mujeres consiguen salirse con bien del problema, y muchos hombres también. No Lindsey, sin embargo. No porque no supiera cómo..., ¿acaso no había observado a su madre manipular a los hombres durante toda su vida? ¿Acaso no había observado a sus hermanas aprender las mismas habilidades? ¿Acaso no había visto que el método funcionaba incluso con su padre, que *sabía* lo que estaban haciendo? Pero Lindsey lo había rechazado todo desde un principio. Se había negado a hacerlo con su padre, y se había negado a hacerlo con ningún otro hombre. Cuando aparecieron esos hombres con sus trajes elegantes y sus corbatas, habló con ellos en el lenguaje de la ingeniería: lo que la *Deepcore* podría hacer por la perforación petrolífera submarina, lo que la perforación petrolífera submarina podría hacer por las compañías petroleras. Cuanto más hablaba, más nerviosos se ponían los tipos elegantes. Una hora encerrados en un coche con Lindsey les puso más nerviosos que un litro de café. Ella era hermosa, lista, terrible.

Si hubiera estado sola nadie hubiera comprado el proyecto, y menos aún los chicos de un club como la Benthic Petroleum. Pero estaba Bud. Habían ido con Lindsey a ver el prototipo, la *Deepcore I*, y la habían escuchado en el coche, y no habían dejado de ponerse más y más nerviosos, y luego, en el muelle, se encontraron con Bud. Le miraron como si fuera un ángel que había venido a rescatarlos del Infierno. Se agarraron a él como si fuera su hermano mayor. Lo cual no dejaba de ser cierto, en cierto sentido. Aquellos tipos iban todo el tiempo con sus trajes elegantes y sus corbatas, se cortaban el pelo cada dos semanas, jugaban al racquetball, se bronceaban en la playa o con los ultravioletas. Miraron a Bud y vieron en él a un tipo que había conseguido honestamente su bronceado y su musculatura, trabajando con su cuerpo al aire libre. Vieron a un tipo que no se había metido bajo el agua con un traje de buceo de aficionado simplemente para contemplar los peces..., que había aprendido a bucear porque la gente de su equipo tenía que meterse bajo el agua, y consideraba que no podía pedirle a ningún hombre que hiciera algo que él no hubiera hecho antes.

—Hey, Bud, le envidio —dijeron todos, hasta el último—. Vivir tan cerca del mar, probarse constantemente a usted mismo.

Bud no discutió con ellos. Les dejó que siguieran con su actitud de adoración machista. Pero nunca dejó de pensar lo mismo: Sólo un idiota se prueba a sí mismo contra el mar. El mar *ganará* siempre. No, tú no te metes en esas aguas a menos que sepas que puedes dominar el océano. Tienes que saber que cada elemento de tu

equipo funciona perfectamente, tienes que saber exactamente qué puede hacer este equipo y qué no puede hacer. Bajas ahí abajo sabiendo que *no* se trata de ninguna prueba. Y, cuando vuelves arriba, puedes mirar por encima del agua y decir: Te he ganado, vieja puta hambrienta, entré y he salido, esta vez no me tragaste.

Eso era lo que significaba la *Deepcore para Bud*. Meterse en las aguas. Bajar hasta muy profundo, vivir allí con toda aquella presión dentro de ti, a todo tu alrededor, todas esas treinta o cuarenta o cincuenta atmósferas apretando y estrujando directamente tus pulmones, tu sangre, cada célula de tu cuerpo..., pero tú sigues respirando, estás vivo, y, cuando todo ha terminado, puedes volver a subir y sentir sobre ti la luz del sol y saber que venciste de nuevo. No era una confrontación.

A Bud no le gustaban las confrontaciones.

Es por eso por lo que su matrimonio no duró mucho tiempo. Lindsey lo trataba como si fuera una confrontación. Lo que más la molestaba era que él ganaba siempre. Ella llegaba a casa echando humo acerca de algo que había hecho la Benthic o fríamente furiosa por la incompetencia de alguien en el proyecto, y Bud la escuchaba pacientemente, mostrándole su simpatía, sin decir casi nada. No importaba..., finalmente él decía *algo* equivocado, o no decía lo suficiente en el momento preciso, y entonces Lindsey la emprendía con él. Lo acusaba, lo atacaba, le decía cosas terribles. Y él respondía, furioso, dolido, y entonces se producía una auténtica pelea..., y luego se quedaba en silencio, abandonaba la habitación, y cuando volvía todo había terminado, ya no seguía peleando. Eso la volvía loca, aunque no sabía por qué.

Lo peor era cuando él la «manejaba». Ella lo había visto en acción, lo había observado, primero con la gente de su equipo, luego con el equipo de prueba de la *Deepcore I*, y veía cómo él se daba cuenta de dónde la tensión y el conflicto se les escapaban de las manos, y entonces intervenía con la palabra adecuada, separaba a los dos tipos en el momento adecuado, antes incluso de que se dieran cuenta de que empezaban a odiarse el uno al otro. Cómo Bud sabía mantener siempre a un grupo trabajando juntos en la dirección correcta. Y luego, cuando ellos dos se peleaban, ella le veía intentar mantener su matrimonio utilizando exactamente las mismas técnicas. Cediendo ante ella siempre que le era posible, bromeando para disipar su mal humor, pinchándola o siendo tierno con ella en los momentos adecuados, de modo que ella se echaba a reír o lo amaba por un momento, hasta que se daba cuenta.

Lo *odiaba* cuando él hacía esto. Era exactamente igual que su madre..., manipulaba a la gente para obtener de ella lo que quería. Ella *no* iba a caer en la trampa como lo había hecho su padre. Lo que Lindsey no conseguía ver era la diferencia entre su madre y Bud. Su madre siempre manipulaba a la gente para que hiciera lo que ella deseaba, a sus expensas. Bud manipulaba a la gente para *ayudarla* a conseguir lo que esa misma gente quería. Cathy Thomas robaba del alma de la

gente, volviéndola más y más pequeña cuanto más tenía que ver con ella. Bud ayudaba a la gente a seguir junta, a realizar cosas junta, y cuanto más trabajaba con ella, más fuerte y mejor y confiada se sentía esa gente. Era la diferencia entre un curador y un envenenador..., pero todo lo que Lindsey podía ver era la forma sutil en que ambos administraban sus pociones.

Sólo había una cosa en la que Bud no cedía ante Lindsey, y era en su equipo. Podía atacarle en casa, y él seguía amándola. Pero, si ella hacía algo que quebrantara la moral de su equipo —acusar a alguien de hacer un mal trabajo, criticar algo de lo que se había hecho—, entonces Bud la hacía callar tan rápido que a veces incluso Lindsey se quedaba sin habla. No lo comprendía: él nunca luchaba por defenderse a sí mismo, pero sí luchaba para defender a su gente.

Se convenció a sí misma de que eso significaba que él no la amaba realmente. No se daba cuenta de que para Bud su equipo era tan importante como la *Deepcore* lo era para ella. Su equipo era lo que él había creado en su vida: un grupo de hombres y mujeres que confiaban los unos en los otros, que se gustaban los unos a los otros, que se llevaban lo bastante bien como para no matarse entre sí cuando tuvieran que pasar juntos semanas seguidas..., todo ello sin ningún tipo de disciplina militar, sin perder ningún sentido de su libertad e independencia. Era delicado conseguir que un grupo de individuos trabajaran voluntariamente juntos. No necesitaba que viniera alguien de fuera como Lindsey y empezara a zarandearlos de un lado para otro como si creyera que le pertenecían. Eso los volvía desafiantes y, cuando se doblegaban a lo que ella deseaba, eso los hacía sentirse derrotados; de cualquier forma, dañaba su moral. Bud tenía que proteger a su equipo de ella o perder todo lo que había conseguido tras tanto trabajo.

Era inevitable. Puesto que éste era el punto donde él se enfrentaba a ella en vez de intentar «manejarla», Lindsey volvía a él una y otra vez: criticando al equipo, culpándole a él delante de ellos de todo lo que iba mal. Incluso mientras lo hacía, Lindsey sabía que estaba equivocada, sabía que, si debilitaba al equipo de Bud, los volvía huraños y rebeldes, entonces serían eliminados para la primera prueba real. Eso era lo peor que podía hacerle a Bud. El nunca se lo perdonaría.

Se había casado con Bud porque lo necesitaba para conseguir el éxito de su proyecto. Ahora las cosas ya no funcionaban de este modo. El proyecto disponía de los fondos necesarios. Ahora debía dejar a Bud que tuviera su oportunidad. Si seguir casada con el ingeniero del proyecto ayudaba a su equipo a ser asignado a la prueba real, bien, entonces seguiría casada con él, estaba segura de ello. Pero esto no le ayudaría en nada, no haría más que dolerle aún más. Por su propio bien, tenía que divorciarse de él. Tenía que hacerlo.

Tenía que apartarse de él, de su constante y maldita decencia para con ella. Tenía que apartarse del hecho de que el equipo de Bud lo trataba mejor de lo que ella sabía

hacerlo. Tenía que apartarse del recuerdo constante de que su matrimonio era algo miserable, y de que probablemente era culpa de ella.

Así que inició los trámites de la separación justo cuando la *Deepcore II* estaba lista para las pruebas iniciales.

Funcionó. No más peleas con Bud en casa, porque él ya no estaba allí. Muchas menos tensiones en el trabajo, porque no se habían peleado en casa. Su relación era ahora estrictamente laboral. No más implicaciones emocionales. Simplemente hacer el trabajo. Incluso se lió con un amigo..., una especie de aventura amorosa de pasada con un joven ejecutivo ambicioso que trabajaba en la división de desarrollo de recursos de la Benthic.

Y Bud se tomó bien la separación. ¿Por qué no debería? ¿Qué era al fin y al cabo aquel matrimonio para él, excepto mucho dolor y tensión? ¿Qué era el divorcio, excepto el fin de las peleas? ¿Un bendito alivio? Eso es lo que pensó. Feliz de librarse de ella. Casarse con Lindsey había sido el error más estúpido que había cometido en su vida.

Todo iba perfecto ahora. Nada que lo distrajera de adiestrar a su equipo. Excepto que Bud no podía dejar de pensar en ella, no podía dejar de preocuparse por ella, no podía dejar de odiar al tipo que dormía con ella ahora, no podía dejar de ansiar el estar de nuevo con ella. El pensamiento quizá fuera tan sólo debido a que echaba en falta el sexo. Intentó conseguir algo con algunas otras mujeres en Galveston, donde se estaban efectuando las pruebas preliminares de la *Deepcore II*. Pero, cuando llegaba el momento de llevarlas a casa, Bud se sentía incapaz. No *deseaba* hacerlo. Seguía llevando el anillo, maldita sea. Todavía seguía casado con Lindsey. Aunque la odiara, la seguía amando. Aunque se sintiera tan malditamente desdeñado por ella que deseara aplastarla con una dos por cuatro, la amaba, la buscaba, deseaba que fuera feliz.

Así ocurren a veces las cosas. Amas a alguien incluso cuando no puedes soportar el estar a su lado. Esto hizo que Bud deseara realmente ser asignado a la primera perforación de prueba. Permanecer varios meses bajo el agua con su equipo. Con su equipo, y sin Lindsey Brigman.

3 – Coffey

Es preciso que conozcan a otra persona antes de seguir adelante. El teniente Hiram Coffey, de los SEALs de la Marina de los Estados Unidos.

Cuando vemos a una persona con uniforme, nunca pensamos en la persona en sí..., sólo en el uniforme. Sea cual sea nuestra opinión de los militares, así es como pensamos respecto a *ella*. Quizá, para algunos, sea un héroe. Quizá, para otros, sea un asesino con el dedo fácil en el gatillo. Quizá, para otros, sea simplemente un robot carente de sentimientos. Pero la persona dentro del uniforme no es ni un héroe, ni un asesino, ni un robot: es simplemente una persona. En su momento fue un muchacho, y luego creció hasta convertirse en el tipo de persona que por una u otra razón se alistó en el ejército. Vio ese uniforme, y supo que debía meterse en él, costara lo que costase, aunque tuviera que renunciar a una gran parte de su libertad, y quizás a otras cosas también. Hay tantas razones distintas para que alguien se revista con un uniforme como personas que los llevan.

Hiram Coffey no era un tipo duro. Si se hubiera educado en otro ambiente hubiera jugado al béisbol y al escondite con otros niños en el vecindario. Hubiera acudido rápidamente a la llamada de su madre, y hubiera contado hasta diez antes de darle un puñetazo a nadie. Lo peor que hubiera podido llegar a hacer hubiera sido robar algún *Penthouse* y compartirlo con su mejor amigo.

El problema era que el vecindario donde se educó no era del tipo que se ve en la televisión, excepto en las series de policías. Su padre se fue cuando Hiram tenía diez años, y cuando cumplió los doce él y su madre estaban en el mismísimo fondo. Ambos vivían en el segundo piso de un decrepito edificio de cuatro plantas al este de Los Ángeles, que necesitaba urgentemente ser derribado y reemplazado por algo mejor, por ejemplo una autopista.

Incluso en los tiempos difíciles, sin embargo, Hiram Coffey intentó ser un buen chico. Su definición de *bueno* no era tampoco demasiado complicada. *Bueno* era su mamá. Cualquier cosa que ella necesitara, cualquier cosa que le pidiera, intentaba cumplirla. Después de todo, ¿no hacía cada día dos viajes de cuarenta y cinco minutos en autobús para acudir a su asqueroso trabajo de mecanógrafa en una asquerosa compañía de rótulos de segundo orden, sólo para comprarle a él comida y ropa? Así que no se arrodillaba cuando llevaba sus tejanos siempre que podía impedirlo, para que no se le gastaran en las rodillas y ella tuviera que ponerle parches, y si estropeaba sus zapatos se sentía tan bajo como una mierda de perro pisada.

No era que su madre lo llevara siempre al extremo de un palo o algo así. Confiaba en él y le daba mucha libertad. No era ella quien imponía las cosas a Hiram Coffey. Era el propio Hiram Coffey quien se las imponía. No creía tener el derecho a decidir lo que debía de ocurrir. Pero una vez su madre decía que algo estaba bien y era correcto, bien, entonces estaba dispuesto a matarse si era necesario para ver que eso que estaba bien y era correcto ocurriera.

Esto lo convirtió en un muchacho serio. Podía reír y bromear, por supuesto, pero su rostro siempre volvía a su firme expresión grave. Nunca hacía el payaso en clase, puesto que mamá había dicho que tenía que tomarse en serio la educación y obtener buenas notas o nunca podría ir a la universidad, y ahí era donde tenía que ir si alguna vez quería salir del este de Los Ángeles. Nunca haraganeaba por la calle porque mamá decía que los chicos que hacían eso no eran buenos y que nunca llegaban a nada excepto quizá terminar en la comisaría con una lista de nombres falsos.

Estaba ese chico vecino de Hiram, llamado Darrel Woodward. Tenía quince años, y era grande, y asustaba a la gente. No porque fuera fuerte y peligroso. De hecho, era más bien flojo y lento. Lo que asustaba en él eran sus ojos, siempre medio cerrados, y su boca, que siempre parecía estar sonriendo a un chiste que nadie había contado pero que él sabía. Cuando lo veías, sabías que era capaz de hacer *cualquier cosa*. No cosas como ser honesto y decente, por supuesto, eso era para los mamones. Le pegaría a un bebé si se sentía con ganas de hacerlo. Si luchaba contigo y te derribaba, no paraba, sino que seguía pegándote y te hinchaba los ojos si le apetecía.

Y cuando sabes estas cosas de alguien, eso le proporciona poder sobre ti. Siempre que te deje tranquilo, no te metes con él. Cuando ya no te deja tranquilo, entonces intentas doblegarte a lo que él desea a fin de que vuelva a dejarte tranquilo. Por encima de todo, nunca permites que sepa que, después de que te toque, lo primero que haces es ir a lavarte allá donde te ha tocado, frotar hasta que la piel sangre, porque tener su marca en ti hace que sientas deseos de vomitar.

Eso era lo que sentía Hiram respecto a Darrel Woodward. Darrel Woodward vagabundeaba por el vecindario, y Hiram se mantenía fuera de su camino. De tanto en tanto, sin embargo, Darrel le veía. Entonces le llamaba:

—¡Hey, Folgers! ¡Hey, Maxwell House!

Hiram no se mostraba ofendido por los chistes a costa de su nombre. Simplemente iba hacia donde estaba Darrel con sus satélites reunidos a su alrededor. Todos esperaban a ver qué tipo de espectáculo iba a ofrecerles Darrel, usando a Hiram Coffey como blanco.

—Hey, Coffey, he oído decir que te pusieron así porque tu padre era realmente un cofrade del chupa y empina y el codo.

Hiram no decía nada. No discutía, no decía ni sí ni no. Cuanto menos dijera, más pronto Darrel lo dejaría tranquilo.

—He oído decir que tu padre tenía una tranca así de gorda y negra, y es por eso por lo que tu mamá salió huyendo, porque cada vez la mataba con ella.

Hiram se encogía de hombros.

—¿No se atragantó con ella ninguna vez, Coffey? He oído decir que fue por eso que lo dejó, porque sentía náuseas de tanto beber coffey con leche.

Los amigos de Darrel reían a su alrededor. Hiram seguía sin decir nada.

—¿Tú también tienes una tranca gorda y negra, Coffey?

Hiram agitaba la cabeza.

—Oh, vamos, Hiram, no nos la ocultes. Déjanos echarle una mirada, Hiram. Vamos, bájate la cremallera y sácala fuera, déjanos ver tu tranca.

Hiram simplemente se quedaba de pie allí. No pensaba obedecer, pero tampoco pensaba echar a correr. Lo mejor era quedarse allí hasta que los amigos de Darrel lo echaran al suelo y le quitaran los pantalones y los calzoncillos. No se debatiría ni intentaría escapar o cubrirse. No discutiría cuando Darrel hiciera un montón de chistes acerca de lo pequeño que tenía el pito. No suplicaría cuando Darrel se sacara su navaja del bolsillo e hiciera como que iba a rebanárselo. Finalmente, Darrel decía:

—Mierda, este pito es demasiado pequeño para cortarlo. Apuesto a que alguien ya lo hizo antes. —Y, cuando las risas se apagaban, añadía—: Soltadlo.

Hiram Coffey se ponía entonces en pie. No se mostraba furioso ni se cubría ni nada parecido. Éste era el truco. Se sentía furioso, por supuesto, pero no *humillado*. Uno puede sentirse humillado sólo si le importa lo que la gente piense, pero a Hiram no le importaba en lo más mínimo lo que pensarán Darrel y sus amigos. La única persona cuya opinión importaba para Hiram Coffey era su madre. Así que el único pensamiento que cruzaba por su mente era: Tengo que volver a ponerme los pantalones porque mamá no puede permitirse comprarme otro par, y tengo que volver a casa sin que ella sepa lo que me han hecho estos gamberros porque de otro modo se pasará preocupada todo el tiempo.

¿Hacía esto que Coffey pareciera el niño de su mamá? Espero que sepan notar la diferencia. Coffey no intentaba *complacer* a su madre a fin de conseguir algo de ella. Eso significaría que pensaba sólo en sí mismo. No, en la forma en que él se dibujaba el mundo, estaban: su familia a un lado, y todos los demás en el otro. Mamá y él eran *nosotros*, y todos los demás eran *ellos*. Él tenía que hacer lo que era bueno para *nosotros*, eso era todo, y era trabajo de mamá decidir qué era bueno. El trabajo de Hiram era ayudar en todo lo posible, hacer lo que ella le pidiera, y asegurarse de que nunca tuviera que preocuparse por él, asegurarse de no añadir una nueva *carga* extra sobre sus hombros.

—Lárgate —le decía Darrel—. ¿A qué estás esperando?

—Necesito que me devolváis los pantalones —respondía Hiram. Su voz era tan firme como si estuviera sosteniendo una pistola.

Darrel agarraba sus pantalones del chico que los tenía y los *alzaba* en el aire. Darrel era un palmo más alto que Hiram.

—Ven y cógelos.

Hiram se limitaba a quedarse allí de pie.

—No debes desearlos tanto, si no vienes a buscarlo.

—Mi mamá no puede permitirse comprarme otro par —decía Hiram. No le preocupaba en lo más mínimo que supieran lo pobres que eran. Su orgullo dependía de que le devolvieran los pantalones, no de fingir que no eran pobres. Todo el mundo en el vecindario era pobre. De hecho, todos ellos sabían que la razón estaba del lado de Hiram: dejar a un muchacho sin pantalones en medio de la calle era divertido, pero robárselos de modo que su madre tuviera que comprarle otros no era divertido en absoluto.

Darrel no era un estúpido. Podía notar agitarse a sus amigos a su alrededor, ahora un poco avergonzados. La broma había ido demasiado lejos.

Darrel arrojaba entonces los pantalones a la cara de Hiram. Hiram veía sus calzoncillos tirados en la acera, e iba y los recogía. Luego se daba la vuelta y cruzaba la calle y recorría unas cuantas casas antes de llegar a la suya. No se detenía a ponerse los pantalones. No sujetaba los pantalones de modo que le cubrieran. Es como si no se diera cuenta de que iba con el culo al aire. Darrel intentaba gritarle algunos chistes obscenos a sus espaldas mientras se alejaba, pero ya nadie los reía. Pronto Hiram subía las escaleras y abría la puerta de su apartamento, y ya estaba dentro.

Éste era el orgullo de Hiram. Volvía a ponerse los pantalones, y estaba en casa antes de que mamá regresara del trabajo, así que ella nunca sabría lo que había ocurrido. Y en cuanto a Darrel, no había nada que pudiera hacer que le importara a Hiram, mientras la familia estuviera bien. A Hiram simplemente no le importaba.

Les he contado esto para que se den cuenta de que Hiram no albergaba ningún rencor personal hacia Darrel. No le *importaba* en absoluto Darrel Woodward. Si todo hubiera seguido así, Hiram hubiera continuado manteniéndose fuera del camino de Darrel, y finalmente Darrel hubiera terminado en un correccional o caído en la adicción de alguna droga o muerto por algún matón de otro barrio que fuera aún más despreciable que él.

Pero las cosas no siguieron así. Darrel no tardó en cansarse de meterse con los otros chicos y empezó a picar más alto. Hizo que sus satélites tiraran por los suelos las bolsas de la compra de las mujeres viejas y deshincharan los neumáticos de los coches aparcados. Les ordenó que robaran caramelos y cigarrillos para él. Y, cuando los adultos le gritaban, simplemente se les reía a la cara. Ni siquiera intentaba echar a correr. Simplemente se les reía a la cara. Era algo nuevo en aquellos días, en aquel vecindario, tener a un chico que no mostrara ningún respeto por los adultos.

Quien lo desencadenó todo fue el señor Ling, el propietario de la pequeña tienda de comestibles de la esquina. Atrapó a un par de los chicos de Darrel robando cocacolas de su nevera, y llamó a la policía. Llevaron a los dos chicos a la comisaría, y durante todo el tiempo el señor Ling no dejó de decir:

—Ya es hora de que alguien ponga freno a esas pandillas. No estoy dispuesto a soportarlo más. Muchachos, esta vez no vais a libraros.

Fue una especie de crisis para Darrel Woodward. La policía entrando en el vecindario y llevándose a dos de sus chicos..., eso demostraba de qué lado se hallaba el *auténtico* poder, y no era del de Darrel. Aunque los padres de los chicos los tuvieron fuera antes de que se hiciera de noche, fue un auténtico golpe para él.

Al día siguiente, Darrel se saltó la escuela y fue a la tienda del señor Ling a las dos de la tarde. No robó nada, no dijo nada, simplemente se quedó allí, mirando. Finalmente, el señor Ling le gritó que se fuera o llamaría a la policía. Darrel salió de la tienda, pero se quedó allí fuera, al otro lado del escaparate, donde el señor Ling podía verle cada vez que alzaba la vista. Lo estaba volviendo loco, hasta que a las tres y media el señor Ling recibió una llamada de su esposa. Dejó a su empleado a cargo de la tienda y salió por la parte de atrás y cogió el coche hasta el hospital, porque alguien había atacado a su hija de nueve años en su camino de vuelta a casa desde la escuela y le había dado una paliza tal que tenía el brazo roto y también un par de costillas, y su rostro estaba tan maltrecho que fueron necesarios cincuenta puntos de sutura para recomponerlo. Le quedaron cicatrices para toda su vida.

El señor Ling le dijo a la policía que sabía quién era el responsable. Era una venganza de Darrel Woodward. Pero Darrel tenía una coartada. El señor Ling lo había visto junto a su tienda durante todo el tiempo que su hija estaba recibiendo la paliza.

Quizá pensarán ustedes que estoy contando esta historia porque Hiram oyó hablar de ella e imaginó que ya era hora de poner freno a Darrel Woodward y así fue y se enfrentó a él y le dio una paliza y salvó así el vecindario. No fue esto en absoluto lo que ocurrió.

Veán: El señor Ling y su hija no eran *nosotros* para Hiram Coffey. Eran *ellos*, con tanta seguridad como lo era el propio Darrel Woodward. Y lo que *ellos* se hicieran a *ellos* podía ser muy triste, pero no era asunto de Hiram.

Un par de días más tarde, sin embargo, su madre fue a la tienda de Ling y la encontró cerrada. Tuvo que ir a diez manzanas sólo para comprar leche, y cuando regresó a casa echaba fuego.

—Es una vergüenza cuando necesitas tener coche para ir simplemente al colmado —dijo—. Clama al cielo que un buen hombre como Ling no pueda mantener su negocio en este vecindario sólo porque un maldito quinceañero pierde el control. La policía no puede hacer nada, pese a que todo el mundo sabe que ese chico Woodward

fue el responsable. Así que, ¿qué ocurre? Ling cierra su tienda, y, ¿quién más va a abrir un negocio ahí? Ya es hora de que alguien haga algo respecto a ese Darrel Woodward, le pare los pies de una vez por todas. Si la ley no puede hacerlo o no quiere hacerlo, entonces tendrá que hacerse de alguna otra manera, o nuestras vidas no valdrán absolutamente nada. —En realidad, la madre de Hiram no hacía más que expresar lo que sentía, eso era todo.

Lo que no se dio cuenta fue que acababa de transmitirle a Hiram un encargo. Una misión. Hasta aquel momento, Darrel Woodward había sido un fastidio. Ahora, sin embargo, su madre había redefinido la situación. Darrel Woodward era un peligro para *nosotros*, y alguien tenía que hacer algo al respecto.

Hiram veía la televisión. Conocía los arreglos de cuentas y las peleas en las que dejabas que el otro tipo sacara primero y el héroe siempre disparaba al chico malo en la mano. También sabía que los programas de este tipo eran tan falsos como un billete de cuatro dólares. Si dejabas que el chico malo sacara primero, te disparaba. Tú le disparabas a la mano, él te disparaba a la cabeza. «Jugar limpio» no formaba parte de los planes de Hiram.

No ser atrapado, eso era lo importante. Hacer algo decisivo y definitivo, y luego no ser atrapado, de modo que la amenaza a *nosotros* fuera eliminada sin hacer que mamá se preocupara por nada.

Fue casi dos semanas más tarde. Era de noche. Darrel estaba solo, subiendo las escaleras de su apartamento, donde su padre el borracho y su madre la gritona estaban peleándose como siempre. Hiram aguardaba en mitad del siguiente tramo de escaleras cuando Darrel llegó al descansillo, completamente solo, de espaldas a Hiram. Hiram dio dos rápidos pasos escaleras abajo y golpeó la cabeza de Darrel desde atrás con un pesado ladrillo de hormigón. Darrel nunca lo vio venir, nunca supo lo que le había ocurrido. Hiram retrocedió escaleras arriba y salió al tejado, donde había dejado el ladrillo de hormigón hacía más de una semana. Nadie le vio en el tejado; nadie le vio bajar por el lado del edificio de apartamentos. Cruzó el bloque, con paso tranquilo para que nadie se fijara en él, y fue por la parte de atrás, siguiendo el camino más largo, a su propio edificio de cuatro plantas, donde subió hasta su habitación por la parte de atrás. Funcionó perfectamente. Sabía que lo haría. Lo había ensayado una docena de veces. No había dejado nada al azar.

Darrel Woodward no murió. Pero su cerebro resultó dañado, y a partir de entonces caminó y habló de una forma lenta y curiosa. Su pandilla se deshizo, por supuesto. Después de salir del hospital, se limitó a ir de un lado para otro del vecindario, con su paso cansino, haciendo torpes chistes, pero nadie se paraba a escucharle. Era como un cartel que dijera: «No te metas con este vecindario».

Nunca llegaron a sospechar siquiera quién lo había hecho. Interrogaron a Ling, por supuesto, pero aquella noche estaba en Riverside, trabajando como director

ayudante en un Lucky's, de modo que quedó libre de toda sospecha. Hiram Coffey jamás insinuó siquiera que él era el responsable, nunca intentó adjudicarse el crédito de lo ocurrido ni siquiera cuando los vecinos se quedaban contemplando la torpe forma de andar de Darrel y decían:

—Bueno, es una lástima, pero el chico se lo estaba buscando. En realidad, quien se lo hizo le hizo al mundo un favor. Me gustaría estrecharle la mano.

Nadie estrechó jamás la mano de Hiram por este motivo.

Cuando Hiram cumplió diecisiete años, su madre se casó con su jefe y se trasladaron a Sherman Oaks. Hiram no necesitó mucho tiempo para darse cuenta del alcance de lo ocurrido. Mamá y él ya no eran *nosotros*. Ahora ella estaba con su nuevo esposo, Burt. Ya no decidía las cosas..., aguardaba a saber qué era lo que Burt pensaba que debían hacer.

Quizá, si a Burt le hubiera caído bien Hiram, las cosas hubieran ido bien. Pero Burt dejó claro desde un principio que no confiaba en dejar a Hiram a solas con sus hijas núbiles, de catorce y dieciséis años. Burt dejó claro también que no confiaba en dejar a Hiram cerca de su billetera. Y las débiles protestas de su madre pronto se sumieron en el silencio.

Ésa fue la primera vez en su vida que Hiram se dio cuenta de que no pertenecía a nadie, que no formaba parte de nada. Ya ni siquiera sabía quién era, ahora que no era parte de ese grupo llamado mamá y Hiram. No tenía ningún propósito en la vida. En su último año en el colegio, sus calificaciones fueron a la basura. Nunca había tenido amigos íntimos, y ahora perdió incluso a los no tan íntimos, sólo porque nunca quiso tener que ver nada con ellos. Vagabundeaba en torno a los nuevos salones recreativos con sus videojuegos, pero ni siquiera jugaba mucho en ellos, limitándose a escuchar los sonidos del agonizante PacMan y la música de Donkey Kong y las explosiones de Asteroides. Observaba jugar a los otros chicos. Y, cuando jugaba él, creo que lo único que le gustaba era el hecho de que, mientras se desarrollaba el juego, él y la máquina eran uno. La máquina establecía el mundo para él y le proporcionaba una tarea que realizar, y él la llevaba a cabo con lo mejor de su habilidad. No era mucho, pero era algo.

Tras graduarse en la escuela secundaria Hiram se alistó en la Marina, por razones que ni él mismo llegó a comprender. Pero era lo más lógico que hiciera Hiram Coffey. La Marina era algo a lo que valía la pena pertenecer..., era Norteamérica, ¿no? Sólo que era una parte de Norteamérica donde siempre había alguien para decirte lo que Coffey debía hacer, donde siempre había una finalidad que cumplir.

¿Por qué estás en la Marina, marinero Coffey?

¡Para servir a mi país, señor!

¿Y cómo puedes servir a tu país, marinero Coffey?

¡Seré el mejor marinero de este buque de la Armada, señor!

¿Qué?

¡Seré el mejor *maldito* marinero de este buque de la Armada, señor!

¡No puedo oírte!

¡Seré el mejor *maldito jodido* marinero de la Marina de los Estados Unidos!

¡Señor!

Eres un buen hombre, Coffey.

Después de un par de años en la Marina y un turno de servicio en el Golfo Pérsico, se presentó voluntario para los SEALs. *Sea, Air, and Land*: Mar, Aire, y Tierra. Fue admitido. Empezó con un grupo de doce hombres. El entrenamiento fue un infierno para la mayoría de ellos. A Coffey le encantó.

Un día, al principio de su entrenamiento, su instructor los condujo hasta un poste telefónico de cuatro metros de largo.

—Quiero presentaros a alguien —les dijo—. Ésta es vuestra dama. La querréis con todo vuestro corazón. No podréis soportar el apartaros de ella. La llevaréis con vosotros allá donde vayáis. Y me refiero a *todos* vosotros, *allá* donde vayáis. Si uno de vosotros necesita mear, todos os llevaréis a la dama con vosotros y aguardaréis juntos mientras él mea. Si oigo que uno de vosotros la ha abandonado, mejor que le vea sacándole punta a su pito, porque éste es vuestro único y auténtico amor, ¿*habéis comprendido?*

Durante semanas los doce llevaron aquel poste consigo allá donde iban. Hicieran lo que hiciesen, tenían que hacerlo con una mano contra el poste. Cualquier cosa que tuvieran que hacer que necesitara las dos manos, uno de los otros miembros del equipo tenía que ayudarle a hacerlo. Los doce estaban absolutamente, completamente *juntos*, y tenían que cooperar o volverse locos intentándolo.

Coffey tenía la impresión como si hubiera vuelto a casa. Los doce hombres, sujetando aquel poste, eran ahora *nosotros* para él. Coffey observaba todo el tiempo, intentando ver qué era bueno para el equipo. Cuando las presiones del entrenamiento o las tensiones de no tener intimidad empezaban a minar a los demás muchachos, era Coffey quien estaba siempre allí para ayudar a remontar la moral. No soltaba discursos..., pero su mano era la que sujetaba el nudo por ti. Era el primero en hacer chistes acerca de la puta —no, perdón, quiero decir la *dama*—, pero cuando sentías que ibas a morir de dolor y agotamiento, suya era la voz que murmuraba detrás de ti: Puedes hacerlo, marinero. Y cuando Coffey decía eso, lo creías, porque sabías que *él* creía en lo que estaba diciendo, que realmente creía que podías hacerlo. Y podías.

Nunca te formulaba ninguna pregunta, nunca te corregía si estabas equivocado. Si cometías un error en algo como explosivos o colocarte la mascarilla de buceo, algo que realmente importaba, se limitaba a corregirte, sin una palabra, y cuando te había corregido te miraba como diciendo: ¿Lo ves ahora? Y si veía en ti alguna inseguridad volvía a hacerlo, una y otra vez, hasta que lo captabas. Y sin embargo, durante todo el

proceso, jamás tenías la sensación de que estaba pasando por encima de ti. Era como si estuviera diciendo: Éste es un trabajo que hay que hacer bien, y ocurre que yo sé cómo, y tú necesitas saber cómo, así que te ayudaré. Nunca te sentías avergonzado de que Hiram Coffey te enseñara. Pero, cuando finalmente lo hacías bien, y él te hacía ese pequeño signo con la cabeza, entonces, por Dios, te sentías orgulloso.

Al final, utilizaron su entrenamiento en demoliciones para colocar una carga y hacer volar el poste. Cuando llegó el momento de la voladura, el instructor tendió el detonador a uno de los hombres, un tipo llamado Monk. Monk no dijo una palabra, ni una sola palabra, simplemente sabía lo que sabían todos sin necesidad de hablar. Se dirigió a Coffey y le tendió el detonador.

Coffey no sonrió ni nada parecido. Simplemente miró a su alrededor para asegurarse de que todo el equipo estaba en lugar seguro, y entonces envió aquella puta al infierno. Sólo entonces, con el resto de los hombres gritando y vitoreando y abrazándose, sólo entonces se permitió sonreír. ¿Sabía lo mucho que todos le querían en aquel momento? ¿Sabía que aquellos hombres estaban dispuestos a morir por él? Creo que sí..., pero no creo que significara mucho para él, porque eso era precisamente lo que esperaba. Formaban un equipo, ¿no? Cuando formas un equipo, el morir por los demás es simplemente lo que tienes que *hacer*.

¿Creen que los instructores no se dieron cuenta? Aquél fue el equipo más perfecto y de funcionamiento más suave que jamás pasó por el entrenamiento de los SEALs, y Coffey era el porqué. Cuando enviaron al equipo de Coffey a alguna misión, nunca salió nada mal, jamás perdieron un solo hombre. Eso era algo inusitado. El tipo de misiones que emprendían los SEALs eran de las que tenías suerte si regresabas con tan sólo el treinta por ciento de bajas.

Los SEALs nunca hacían públicos sus éxitos, jamás ofrecían funerales públicos por los que habían muerto en el cumplimiento del deber. Su trabajo era hecho siempre por manos invisibles. Eso era demasiado para muchos de ellos. Tenían hambre de reconocimiento. Pero no así el equipo de Coffey. Si obtenían su aprobación, eso valía más que todas las medallas. Y en cuanto a Coffey, había arreglado aquella cuestión hacía mucho tiempo. No trabajaba para la gloria. Trabajaba por Norteamérica. La Marina le había dicho lo que Norteamérica necesitaba, y él y su equipo lo hacían. Para eso vivía. Jamás escribió a su madre hasta que un oficial le dijo que podía hacerlo, y entonces nunca dejó pasar una semana sin hacerlo. Siempre tenía una reserva de unas treinta cartas para ella preescritas y cerradas en sobres, a fin de que cuando se hallara en alguna misión un SEAL de algún otro equipo pudiera enviarlas por correo por él cada viernes, como un reloj. Nunca llegó a darse cuenta de que ya no la amaba.

Con su equipo, Coffey no tenía secretos. Les contó las dos historias que he relatado aquí, acerca de la vez que Darrel Woodward le quitó los pantalones, y acerca

de romperle la *cabeza* con un ladrillo de cemento. Ambas historias, sin embargo, tenían una finalidad determinada. Contó la primera historia cuando llevó a un grupo de cuatro hombres con él a Beirut, en una misión donde había bastantes posibilidades de ser capturados. La finalidad de su historia era que puedes resistir cualquier cantidad de tortura.

—El dolor no es nada. Lo que te vence es la humillación, la sensación de impotencia. Pero no pueden humillaros, no pueden romper vuestra voluntad, si a vosotros no os importa. Si os cortan los testículos, ¿qué? La única razón de que tengáis esos testículos es para servir a vuestro país, y ése es el momento en que vuestro país los necesita.

Quizá les suene curioso a ustedes, en sus seguras y pacíficas vidas. Pero para hombres como Coffey y sus SEALs no era ninguna broma. Ellos arreglaban las cosas, en cuerpo y alma, una y otra vez, de modo que ustedes pudieran sentarse en casa y ver la televisión y maldecir acerca de lo mucho que tenían que pagar de impuestos.

Y esa otra historia, la relativa a golpear a Darrel en la *cabeza*, la contó después de que corriera la noticia de que un ex SEAL que regentaba un bar en Florida había empezado a alardear de algunas de las cosas que solía hacer antes, y que algo de ello había llegado a los periódicos. El teniente Coffey no tuvo necesidad de explicar la finalidad de la historia. Todos comprendieron. Parte de vuestro trabajo, les estaba diciendo, es mantener la boca cerrada. Parte de vuestro trabajo es no conseguir *jamás* la gloria por lo que estáis haciendo. Todos los periódicos hablarán acerca de cómo los Marines desembarcaron en alguna pequeña y estúpida isla caribeña..., pero nunca dirán una palabra acerca del equipo de SEALs que fueron allá primero y destruyeron las instalaciones de radar exactamente a las cuatro de la madrugada, justo antes de que los primeros barcos norteamericanos aparecieran por el horizonte. Y eso está bien. Eso es lo que hacen los SEALs. Los marines chillan y dicen nosotros siempre los primeros y todo eso. Los SEALs mantienen la boca cerrada y hacen el trabajo.

Era el trabajo para el que había nacido Coffey. Y hacía que todo su equipo sintiera como si ellos también hubieran nacido para él. Eran absolutamente leales los unos a los otros, absolutamente obedientes a sus órdenes, el equipo absolutamente perfecto.

Excepto uno. Resulta curioso, pero ni él mismo lo sabía. El que más quería a Coffey no era realmente uno del equipo, no en el fondo, y él nunca llegó a sospecharlo.

4 – Contacto

La Tierra no es mucho como planeta, pero, pese a lo pequeña que es, la mayor parte de la historia humana ha tenido lugar en un espacio aún más pequeño, una delgada capa que empieza en el suelo y se alza quizá cuatro metros en el aire..., más o menos la altura de un hombre a lomos de un caballo agitando una espada. De tanto en tanto, un edificio perfora un orificio en ese techo de los cuatro metros. De tanto en tanto, el túnel de un minero desciende un poco del nivel del suelo. Pero, al cabo de unos pocos años, o décadas, o siglos, la gente abandona esos trabajos. Entonces, el viento y la lluvia barren aquello que se alzó sobre el suelo y llenan aquello que fue hacia sus profundidades, hasta que la Tierra queda curada de nuevo.

Siempre podemos *ver* un poco fuera de esa capa: las nubes girando en el cielo, la luz del sol durante el día, las estrellas por la noche. Podemos suponer lo que ocurre debajo de nosotros cuando la Tierra tiembla, o cuando un enorme pez viejo queda varado en la arena de una playa para morir. Pero las alturas del cielo y las profundidades del mar se hallan tan lejos de nosotros que civilizaciones enteras pueden haber residido aquí sin que nos hayamos enterado nunca de su existencia.

Ellos estaban, y nosotros no nos enteramos.

No hay forma de decir cuánto tiempo hace que llegaron por primera vez a la Tierra. Ningún ser humano fue capaz de darse cuenta de ello cuando llegaron, pero eso sólo significa que vinieron aquí algún tiempo antes de los telescopios de gran potencia y el radar. Ni siquiera *ellos* saben cuánto tiempo hace que llegaron, ni cuánto les tomó el viaje, porque ellos no miden el tiempo excepto de la misma forma que lo hace un niño pequeño: Esto ocurrió antes de aquello, y esto otro ocurrió después. ¿Por qué deberían mantener la cuenta de los años y las estaciones? Cuando vives a seis kilómetros bajo el mar, no hay primavera ni otoño, e incluso las mareas son como una débil brisa diaria, si es que llegas a sentir las. ¿Y por qué deberían medir el paso de los años? Cuando no puedes morir, no hay ninguna razón para contar el tiempo que has vivido.

Y, sin embargo, les *importa* el pasado. El nombre que se dan a sí mismos es el de «constructores de memoria». Se aferran a todo lo que les ha ocurrido desde su primera conciencia. Esa enorme memoria es su propio yo. Recuerdan su llegada a la Tierra, y antes de eso su llegada a cada uno de los mundos anteriores, desde la partida de su planeta de origen. Si alguna vez les hubiéramos importado, hubieran recordado toda nuestra historia también.

Puede que hubieran notado nuestra presencia si hubiéramos compartido el mismo hábitat, de igual forma que nosotros notamos las colonias de hormigas y las aves

migratorias. Pero nuestra delgada capa en la corteza terrestre les es tan hostil como la Luna lo es para nosotros. Nuestra atmósfera es sólo ligeramente más densa que el vacío del espacio. La única parte de nuestro planeta que les importaba está tan profundamente enterrada en el océano que en ella el agua presiona como las manos de crueles gigantes. Sólo allí se sentían como en casa, y a esa profundidad la raza humana no importaba.

Hasta que empezamos a entrometernos. El cieno de nuestros polucionados ríos empezó a fluir más allá de las plataformas continentales y luego a hundirse hacia las insondables profundidades, donde ellos notaron su hedor, su horrible sabor. Los peces empezaron a desaparecer del océano, así que cada vez menos y menos de sus detritos derivaron hacia el fondo, a las regiones donde los constructores de memoria acostumbraban a recolectarlos y utilizarlos. Los torpedos y las minas generaron explosiones submarinas cuyas ondas de choque cuartearon los cimientos de sus altas y delgadas torres.

Al principio, debido a que la mayor parte de sus comunicaciones son de tipo químico, pensaron que aquellas cosas eran mensajes, y durante algún tiempo intentaron descifrarlos. Luego, cuando nuestra polución empezó a ponerlos enfermos, a infectarlos e infestarlos como una epidemia, cuando hubo una hambruna de restos de esqueletos de peces e incluso el plancton microscópico escaseó, muerto por las radiaciones que cruzaban la disminuida capa de ozono..., entonces empezaron a pensar que nosotros, las criaturas que vivimos en esa delgada capa entre el mar y el cielo, éramos enemigos que intentábamos envenenarles o matarles de hambre.

Sin embargo, fueron muy cautelosos. Podríamos decir incluso que fueron pacientes con nosotros, aunque no fue ése su motivo. Durante largo tiempo simplemente evitaron los lugares donde fluían nuestros venenos, mientras nos observaban, para intentar comprender quiénes éramos, qué estábamos haciendo. Aunque nada de lo que enviábamos al mar era un mensaje, finalmente comprendieron que las ondas de radio que emitíamos *eran* mensajes, aunque sólo entre nosotros. Puesto que ellos poseían poco lenguaje, al menos tal como nosotros lo entendemos, necesitaron años para descifrarlos, primero separando nuestros mensajes según sus longitudes de onda y luego descubriendo gradualmente sus unidades de significado.

Si el concepto de lenguaje ya era difícil para ellos, la idea de que miembros de una misma especie tuvieran lenguajes *diferentes* era casi impensable. ¿Naciones? ¿Hambrunas? ¿Guerra? ¿Todo dentro de la misma especie? ¿Qué tipo de criaturas éramos? Como una familia cuyos padres han muerto. Como un cáncer que devora el cuerpo que es su única fuente de vida. Cuanto más aprendían de nosotros, más extraños les parecíamos..., más repulsivos, insanos, *monstruosos*.

Ahora lamentaron los muchos siglos durante los cuales nos habían ignorado. En vez de dedicar una parte relativamente pequeña de su atención a estudiarnos,

volcaron todas sus energías en nuestra dirección. ¿Cuán peligrosos éramos para los constructores? ¿Cómo podían detenernos, si necesitaban hacerlo? No estaban equipados para la guerra. Sólo habían desarrollado las armas necesarias para defenderse contra los predadores, peligrosos pero estúpidos. Nosotros, en cambio, habíamos desarrollado armas que podían vencer y dominar enemigos igual de inteligentes que nosotros, porque nuestro principal peligro provenía siempre de otros seres humanos. A fin de aprender el arte de la guerra, de modo que pudieran eliminar la amenaza que planteábamos para ellos, tenían primero que estudiarnos.

Éste, sin embargo, no era un trabajo que pudiera hacerse en el fondo del océano. Nuestras señales de radio y televisión nunca alcanzaban ese nivel. Ni siquiera la luz del sol significa algo para ellos..., toman su energía de las chimeneas de la corteza terrestre, de la descomposición de las moléculas, de las diferencias de temperatura entre las distintas capas del agua del mar. Para comprendernos, tenían que salir fuera del océano.

Sabían cómo hacerlo, por supuesto. Después de todo, habían cruzado enormes extensiones de espacio para llegar hasta aquí, y cuando sus ciudades bajo los océanos de la Tierra alcanzaran la madurez, construirían nuevas astronaves y enviarían más colonias a otros mundos con aguas profundas. Ese día se hallaba aún muy lejos en el futuro, pero mientras tanto su astronave original aún daba vueltas en torno a la Tierra, mucho más allá de la Luna y perpetuamente detrás de ella, donde ningún telescopio terrestre podía verla.

Por primera vez desde que los constructores llegaron a la Tierra, liberaron algunos códigos químicos entre algunos de los portadores, una especie relacionada con ellos a la que habían domesticado hacía mucho tiempo. Cuando los portadores alterados maduraron, su aspecto era distinto de los demás. Cuando crecieron, no tomaron la forma de los acarreadores que se arrastraban por el fondo, o de los pequeños y veloces mensajeros que eran comúnmente utilizados. En vez de ello, crecieron para convertirse en deslizadores, capaces de surcar el mar a velocidades que las criaturas terrestres jamás podrían soñar, y luego alzarse muy arriba en el aire, sorbiendo una enorme energía de cualquier fuente ambiental..., energía suficiente para llevarlos por encima de nuestros campos y ciudades, por encima de nuestros caminos en el mar, a través de nuestros senderos aéreos, mientras los constructores dentro de cada deslizador nos observaban, nos escuchaban, intentaban comprender qué tipo de criaturas éramos.

Nuestros movimientos carecían de significado para ellos. No podían imaginar a los individuos eligiendo vivir allá donde les apetecía, así que no podían comprender por qué malgastábamos increíbles cantidades de energía en repetitivos e improductivos viajes. Incluso nuestros edificios eran incomprensibles. Puesto que vivían en un lugar carente de clima, la noción de refugio resultaba difícil para ellos.

Construir una estructura hueca simplemente para *contener* algo era bastante extraño. Pero cuando se dieron cuenta de que la mayoría de los edificios permanecían en su mayor parte vacíos casi todo el tiempo, sólo pudieron llegar a la conclusión de que éramos inimaginablemente estúpidos. Todo lo que ellos construían permanecía siempre completamente lleno y completamente utilizado; cuando ya no era necesario, incluso temporalmente, era destruido, y sus partes utilizadas para alguna otra cosa. Su desdén hacia nosotros fue completo.

Nunca los vimos observarnos. Oh, quizás un destello de luz solar justo en el momento preciso del día reflejado de una lisa y en general transparente superficie. Quizás, en una noche sin luna completamente oscura, el débil resplandor de dentro de un deslizador se hacía visible cuando flotaba sobre nuestras cabezas. Una luz en el cielo, moviéndose a increíble velocidad, luego deteniéndose bruscamente, cambiando de dirección sin preocuparse de las leyes del movimiento. Los deslizadores nunca se posaban en el suelo. Y, puesto que los constructores morirían en segundos fuera de las duras conchas de los deslizadores, ninguna criatura alienígena podría haber emergido jamás de ellos. Cualquier historia al respecto que hayan oído ustedes no era más que..., iba a decir una mentira, pero ¿cómo lo sé? Podría ser una alucinación. Podría ser un sueño. Podría ser una esperanza tan ferviente que la mente creyera que se había convertido en realidad. Pero *no* era la realidad. Un constructor no podía aterrizar y abandonar su deslizador, del mismo modo que ustedes no podrían despojarse de su piel y apartarse de ella. Casi transparentes, llenos a reborar del frío y especiado líquido de la vida; estaban cerca de nosotros, pero realmente nunca los vimos.

Cuando empezamos a enviar satélites al espacio, su trabajo en comprendernos dio un salto hacia delante. Allá fuera en el espacio, al fin podían tocar algo que nosotros habíamos hecho, entrar dentro de la piel de metal para explorar. Hallaron allí, abiertos, muchos de nuestros secretos. Circuitos electrónicos. Las mentes digitales de los ordenadores.

Y, el más ominoso de todos los secretos, la energía nuclear. Para ellos era algo más brillante y más terrible que la luz del sol. Ahora supieron que éramos mucho peores que una raza de estúpidos productores de desechos, criaturas terrestres inútiles que ensuciaban los límites de su hogar. Teníamos el poder de asesinar el mundo. *Su* mundo también..., el océano. Éramos más peligrosos aún de lo que habían temido.

Fue por eso que una cierta mañana, en el clímax de la estación de los huracanes, un deslizador voló del satélite que estaba estudiando y picó de vuelta hacia la Tierra. El deslizador absorbió fácilmente todo el calor de la reentrada, almacenando la energía en intrincadas estructuras dentro de sí mismo, para utilizarla más tarde para acelerar su movimiento bajo el mar, o más tarde aún para ayudar a construir torres submarinas, o para ayudar a otro deslizador a escapar de la gravedad en un vuelo

posterior al espacio. Casi invisible a simple vista, y completamente invisible al radar, se deslizó hacia el sudeste por encima del Golfo de México a cuatro veces la velocidad del sonido, cruzó el cuerno del Yucatán, y luego se sumergió en el Caribe. Tan suavemente entró en el agua que ni siquiera se produjo un chapoteo. El océano simplemente se abrió para recibirlo.

Ahora, en el oscuro mar, la brillante energía almacenada durante la reentrada desprendió un halo claramente visible mientras el deslizador avanzaba no muy lejos de la superficie. Aunque estaba bajo el agua, técnicamente el deslizador no estaba mojado. Ni una molécula del agua caribeña tocaba físicamente la superficie del deslizador. En vez de ello, fluía en torno a su cascarón como repelida por un imán. Casi no había fricción. Los constructores eran mejores moviéndose en el agua que moviéndose en el aire.

El deslizador parecía hallarse en un simple vuelo de regreso a casa. La más antigua y mayor de todas las ciudades de los constructores estaba allí en el Caribe, en las profundidades de la fosa Caimán, donde casi ninguna vida terrestre podía penetrar. El rumbo del deslizador no varió..., se dirigía a casa.

Pero todos aquellos procesos fueron llevados a cabo de forma refleja por el propio deslizador. Una vez fijado el rumbo a casa, no hubo más guía inteligente. El constructor dentro de él estaba gravemente herido.

El satélite que había estado estudiando había sido puesto en órbita unos días antes. Hacía lo que ningún otro satélite había sido *capaz* de hacer hasta entonces: rastreaba todos los submarinos en el océano. La localización exacta de cada submarino, en puerto o en maniobras, en la superficie o en su más profunda inmersión, era detectada e informada en mensajes codificados a una serie de estaciones terrestres, hora tras hora. La existencia de un rastreador de submarinos de este tipo significaba que, por primera vez en la era de los misiles, un primer ataque podía eliminar simultáneamente las armas nucleares de tierra y mar. La superficie de la Tierra se había vuelto un lugar mucho más peligroso.

Los constructores, individualmente, pueden llegar a poseer una gran cantidad de inteligencia y buen juicio, en especial si se requiere de ellos que permanezcan separados de su ciudad durante largos períodos, efectuando un trabajo peligroso y delicado. Así, ese constructor comprendió en seguida que este nuevo satélite era el objeto más peligroso en todo el espacio, supo que si se permitía que siguiera funcionando, incluso una sola hora, podía desencadenar la terrible y definitiva guerra. La nación que lo controlaba podía utilizarlo para lanzar un ataque preventivo, o las naciones que no lo tenían podían descubrirlo y lanzar su propio ataque nuclear, por temor a que, si no utilizaban sus armas, las perdieran.

No había margen de seguridad para poder volver a casa, transferir la información que había averiguado, y dejar que la ciudad tomara una decisión. En consecuencia, el

constructor tomó él mismo la decisión. No podía permitirse que este satélite siguiera funcionando.

Aisló cuidadosamente sus memorias tras una porción del deslizador protegida con un escudo. Desgraciadamente, no pudo escudar su juicio e inteligencia, puesto que eran necesarios para el trabajo que le aguardaba. Utilizando los miembros y herramientas que había desarrollado en la barriga del deslizador, hurgó en el casco del satélite, en busca de su ardiente corazón nuclear. Su reflejo era absorber toda su energía, pero eso lo hubiera matado instantáneamente. En vez de ello, canalizó el flujo de energía a las más delicadas partes del ordenador del satélite. Sólo entonces liberó la fuente de energía..., rápido, pero no lo bastante como para provocar una explosión nuclear. Hubo un estallido de luz y calor, visible en todas las estaciones de rastreo de aquel lado de la Tierra. Y, lo más importante para el constructor, el estallido de energía incluyó una mortífera dosis de radiaciones. Las intrincadas moléculas que formaban su inteligencia se vieron alteradas más allá de toda posible reparación. Excepto sus cuidadosamente escudadas memorias, estaba intelectualmente muerto.

Por ello el rumbo de regreso a casa del deslizador fue tan directo. Los porteadores poseían una inteligencia comparable a la de un perro. La suficiente para realizar tareas sencillas —busca, quieto, ve a casa—, pero no la suficiente para efectuar ninguna maniobra compleja. ¿Cómo podía prever el constructor que se produciría otro encuentro con un artefacto humano en el camino a casa? Se requería sólo una fracción de la inteligencia y el juicio que había utilizado para tomar su decisión respecto al satélite, pero carecía incluso de esta fracción, y estaba completamente más allá del débil intelecto del porteador. Así, cuando las estaciones de rastreo de la superficie seguían intentando todavía hallarle sentido al estallido de luz y calor que acababa de producirse en el recientemente lanzado satélite espía, otro encuentro entre humanos y constructores, esta vez mucho más directo y fatal, iba a tener lugar.

Aquel día, ocurrió que el huracán Frederick estaba avanzando a través del Caribe procedente del este-sudeste, y tenía previsto pasar por aquella región del mar en el término de veinticuatro horas.

Bud Brigman y su equipo estaban a treinta y cinco kilómetros de distancia, ocupados en el tercer turno de las primeras pruebas de profundidad de la *Deepcore*, la plataforma perforadora submarina que era la culminación del trabajo de toda una vida para Lindsey.

La propia Lindsey Brigman estaba en Houston, ocupándose del trabajo de tierra y deseando volver bajo el agua.

Hiram Coffey estaba en Houston con tres SEALs de su equipo de doce hombres, preparándose para ir a un cierto país del Caribe para destruir, con precisión quirúrgica, el cuartel general de una guerrilla izquierdista cuyas operaciones

representaban una amenaza para los intereses de la seguridad de los Estados Unidos, tal como había sido definido por los oficiales superiores de Coffey.

Al cabo de una hora del momento en que el deslizador entró en las aguas del Caribe, todos ellos fueron desviados del trabajo que tenían planeado hacer.

¿Qué hubiera ocurrido si no hubieran estado allí? ¿Qué hubiera ocurrido si Lindsey no hubiera dejado lista la *Deepcore* tan anticipadamente al tiempo previsto? ¿Qué hubiera ocurrido si Coffey hubiera volado a su misión la noche antes, rompiendo el contacto por radio y no pudiendo así ser reasignado? ¿Qué hubiera ocurrido si Bud y su equipo hubieran sido enviados a uno de los emplazamientos alternos de perforación, más al norte en el Caribe? ¿Qué hubiera ocurrido si el huracán Frederick hubiera tomado el rumbo más al norte originalmente predicho para él, de modo que hubiera golpeado Cuba en vez de arrastrarse a lo largo de la costa norte de Jamaica? Quizás incluso con distintas circunstancias las cosas hubieran funcionado hacia el mismo resultado, excepto que yo no estaría ahora contándoselo.

Pero, si las cosas hubieran ido mal, no hubiera habido mucha gente para contarlo.

Aaron Barnes estaba de guardia con el sistema de sonar del *USS Montana*, un submarino clase *Ohio SSBN* con misiles balísticos de vuelta a casa tras una misión de setenta días. Cuando avanzaban sumergidos, que era la mayor parte del tiempo, Barnes era los ojos y los oídos del submarino. Se tomaba en serio su trabajo. Nunca dejaba que su concentración fallara. Porque sabía que, si cometía un error, todos ellos quedarían ciegos y sordos en el vientre del mar.

Así, cuando el deslizador, aún muy lejos, empezó a emitir un sonido monótono a medida que avanzaba por el agua, transcurrió menos de un segundo antes de que Barnes lo captara, y unos pocos segundos más antes de que tanto Barnes como el ordenador del sonar llegaran a la conclusión, por el rumbo y la velocidad de la fuente del sonido, de que no se trataba de un pez.

Al cabo de pocos momentos toda la tripulación estaba en sus puestos de batalla; el capitán Kretschmer y el segundo de a bordo fueron al puesto de ataque; y Barnes se convirtió en el hombre más importante del *Montana*. Tenía que identificar el contacto —el lo-que-fuera que estaba rastreando—, y tenía que hacerlo antes de que pudiera plantear algún peligro para la nave. No había muchos países en el mundo que poseyeran submarinos, y ninguno de ellos era neutral. No a esa velocidad, no a esa profundidad, no en esta época, no en estas aguas.

Espera un momento. ¿A qué velocidad va? Barnes comprobó de nuevo. No había error posible.

—Sesenta nudos —susurró.

—¿Sesenta nudos? —dijo el capitán Kretschmer. Su voz era bastante tranquila..., simplemente no creyó la información—. Es imposible, Barnes. Los rojos no tienen

nada tan rápido.

—Lo he comprobado dos veces, capitán —dijo Barnes—. Es una signatura auténticamente única. Ninguna cavitación, ningún ruido de reactores. Ni siquiera suena como hélices. —De hecho, sonaba como un pez, con unos latidos cardíacos increíblemente fuertes. Pero ¿sesenta nudos? No había ningún pez en el mar que pudiera moverse tan aprisa, ni siquiera aunque meara puro combustible de cohetes. Moviéndose tan rápido, el contacto debería estar chillando con el sonido de motores sobrecargados. La hélice o turbina o cohete o lo que fuera que estaba haciendo que fuera tan rápido debería estar batiendo el agua más ruidosamente que un millar de niños chapoteando en una piscina. Barnes pasó la señal a un altavoz para que todo el mundo pudiera oírla. Que el capitán Kretschmer le extrajera algún sentido, si podía.

No pudo. Kretschmer nunca había oído nada como aquello antes. Desde el momento en que Barnes informara del contacto, supo que era ruso. Tan cerca de Cuba, sólo podía ser suyo o nuestro. Y, si fuera nuestro, no sonaría así. Pero tampoco sonaría así ni siquiera un submarino de ataque rápido ruso clase *Alfa*.

Sin embargo, el tablero electrónico de posición dejaba muy claro para Kretschmer que, fuera lo que fuese, estaba siguiendo un rumbo claro de colisión. No había muchas opciones. Kretschmer las recorrió en un momento: No podemos ganarle en velocidad a algo tan rápido. Y no es que tengamos tampoco mucho espacio para maniobrar. Tenemos las paredes de la fosa Caimán como un cañón a ambos lados. Así que las únicas posibilidades son arriba o abajo. Subir por encima de él es como convertirnos en carnada para los tiburones: si el contacto es un submarino enemigo, somos carne muerta ahí arriba.

Lo que Kretschmer no podía olvidar ni por un momento es que tenía todo un cartón de cigarrillos sin filtro a bordo..., una carga completa de misiles nucleares. La mayor recompensa que cualquier nave rusa podía esperar era un caramelo como aquél, allá arriba en la superficie, listo para hacerse cargo de él y remolcarlo a Archangelsk para su estudio. ¿Cómo sabía que no había un grupo soviético acechando en las sombras allá en Cuba en estos momentos, aguardando a que se dejara ver? El peor resultado —peor que morir, peor que perder su barco— era dejar que el otro lado metiera las manos en una sola ojiva de combate, o en los libros de claves, o en la electrónica.

Así que Kretschmer no podía salir a la superficie para eludir el contacto, no podía volverse ni a la derecha ni a la izquierda, de modo que sólo le quedaba el recurso de ir hacia abajo. La máxima profundidad operativa para aquel submarino era oficialmente de trescientos metros, aunque sabía que otros de su clase habían alcanzado sin problemas al menos un cincuenta por ciento más de esa profundidad. Si ibas más abajo de eso no alcanzabas necesariamente la profundidad de aplastamiento

de una forma inmediata, pero no disponías de *mucha* deriva. Había leído los informes acerca de aquel submarino ruso clase *Golf* que había bajado más de la cuenta en el Pacífico, a unos mil doscientos kilómetros al oeste de Hawai. Cuando cayó en una inmersión incontrolada, su tripulación no tardó en descubrir cuál era su profundidad de aplastamiento. El mar penetró explosivamente por la popa como un martillo perforador en un hormiguero. Cuando el *Glomar Explorer* Hughes sacó una parte de él, la Inteligencia de los Estados Unidos descubrió algo acerca de la repentina violación de la integridad del casco. Dos terceras partes de los mamparos estaban aplastados en los primeros doce metros de la nave. Literas de metro ochenta estaban comprimidas a cincuenta centímetros. Entre la presión y la turbulencia, los cuerpos habían reventado como yemas de huevo en una Cuisinart. No podía bajar mucho más, no señor.

El ruido seguía resonando monótonamente. Si era un falso sonar, ¿no debería haberse desvanecido ya?

—¿Qué demonios es? —dijo Kretschmer.

—Le diré lo que *no* es, señor —dijo el segundo oficial—. No es uno de los *nuestros*.

Tampoco se atrevía a enviar una llamada de ayuda, delatando así su posición. Aún había una esperanza de que el contacto no supiera que él estaba allí: después de todo, el sonar estaba fijándolo a sesenta nudos, lo cual era ridículo, tal vez funcionara mal hasta el punto de estarse inventado un contacto donde no había nada. Podía imaginar la comisión investigadora examinando su informe. El capitán Kretschmer rompió el silencio de la radio debido a un informe del sonar acerca de un objeto que se movía en el agua a sesenta nudos. Ése era el tipo de estupidez que podía terminar con la carrera de un hombre.

De modo que, ¿qué elección le quedaba? No presentar batalla, pero tampoco echar a correr. Todavía no. Mantener su territorio. Quizá si *no* echaba a correr podría provocar que el otro tipo —si existía— cambiara de rumbo, mostrando algo de lo que su extraña nave era capaz de hacer. Si realmente *era* una nave que podía ir a sesenta nudos por debajo del agua, entonces lo mejor que podía hacer era intentar averiguar tanto como pudiera acerca de ella. La Marina necesitaba saber acerca de aquello. Si existía.

Barnes ni siquiera intentó adivinar lo que pasaba por la mente del capitán. Decidir lo que había que hacer..., eso era asunto del capitán Kretschmer. Asegurarse de que obtenía una lectura adecuada del sonar era suficiente para mantener ocupado a Barnes. No iba a dejar que *nada* perturbara su concentración. Ni siquiera el hecho de que, si los rusos podían realmente construir algo capaz de actuar como aquella cosa en la pantalla de su ordenador, entonces era malditamente seguro que podían reventarles fuera del agua. No, no iba a permitir que esa idea le impidiera

concentrarse perfecta y completamente en su trabajo.

En el momento en que el contacto cambió de rumbo, Barnes estuvo atento. Hablar con calma. Transmitir la información. No sonar alterado en ningún momento.

—Señor. El contacto ha cambiado de rumbo a dos-uno-seis, descendiendo. ¡Velocidad ochenta nudos! —No estuvo seguro de que le comprendían. Ocho nudos era creíble..., eso es lo que oirían. Así que dijo de nuevo—: ¡Ochenta nudos!

El capitán se apartó. El segundo oficial se situó detrás de él y observó la pantalla de Barnes, como si pensara que él podía ver algo que tanto Barnes como el capitán no habían visto.

—Ochenta nudos —dijo el primer oficial. No lo creyó. Lo vio con sus propios ojos, pero no lo creyó.

Infiernos, ni yo tampoco, pensó Barnes. Pero, o bien es cierto, o todos estamos ciegos aquí abajo.

Kretschmer se detuvo junto a la mesa de mapas. El oficial de derrota informó de su posición actual:

—Descendiendo. Profundidad doscientos setenta metros. Distancia de babor a la pared de la fosa, cuarenta y cinco metros.

Kretschmer trazó la profundidad actual del *Montana*, el ángulo de aproximación del contacto. ¿Estaba intentando el contacto una colisión o no? Era difícil de decir. Parecía como que iba a pasar justo por encima del *Montana*. Si el contacto *no* intentaba una colisión, entonces quizá no fuera hostil, y si no era hostil, quizá debieran acercarse lo suficiente para recoger más datos a su paso..., los suficientes para ayudar a la Marina a imaginar de qué demonios se trataba.

—Se está haciendo estrecho aquí dentro —advirtió el primer oficial. Ése era su trabajo. Advertir al capitán de que quizá no debieran intentar ningún tipo de maniobra allá abajo, tan cerca de la pared de la fosa Caimán. Pero Kretschmer sabía que tenían aún espacio suficiente. El contacto podía estar avanzando muy rápido, pero el *Montana* no. Además, era un asunto de orgullo. Incluso aunque las órdenes dijeran que cuando un portamisiles tenía un encuentro cercano su deber era evitar ser detectado, las naves submarinas de las grandes potencias jugaban a un constante juego de a que te pilló tanto con amigos como con enemigos, acercándose tanto como podían antes de echar a correr. Era como contar estrategias en las llanuras indias: descubrir a un enemigo que todavía no te ha visto cuenta como una victoria.

Kretschmer no estaba jugando al que te pilló precisamente en estos momentos. Permanecía en silencio, con el ruido de los motores tan bajo como le era posible. Pero eso significaba también que no podía correr. Si el *Montana* hiciera todo ese ruido en el agua, el enemigo —si *era* el enemigo— lo descubriría. O peor. ¿Quién podía decir tras de qué iba *este* contacto? Tal como estaban ahora las cosas, era probable que el *Montana* fuera invisible para el contacto. Y, si podían llegar lo suficientemente cerca,

incluso podían *pillar* al otro..., conseguir una buena identificación sin ser descubiertos.

—Aún podemos darle un buen corte de pelo —dijo el capitán—. Helm, rumbo dos-cero-seis, abajo cinco grados.

Al oficial de derrota no le gustó aquello. La pared de la fosa Caimán no estaba lo bastante lejos como para que se sintiera tranquilo al respecto.

—Lado de babor a treinta y seis metros, estrechándose a veintidós. Señor, tenemos una luz de aviso de proximidad.

—¡Esto es malditamente cerca! —exclamó el segundo oficial—. Tenemos que alejarnos.

Kretschmer captó el mensaje. Aquello era todo lo cerca al contacto que estaba dispuesto a llegar. ¿Era suficientemente cerca?

Desde el rincón le llegó la voz de Barnes:

—Distancia al contacto, sesenta. El contacto ha variado el rumbo a dos-seis-cero y ha acelerado a... ¡ciento treinta nudos!

Kretschmer se volvió para mirar a Barnes.

—¡Nada va a ciento treinta nudos! —Kretschmer no estaba seguro de si sentirse asustado ante algo tan extraño como aquello o decepcionado debido a que no podía ser en absoluto real.

En los últimos segundos antes de la llegada del contacto, una frase de una vieja película cruzó por la mente de Kretschmer. Una voz de niña: «¡Están aaaquí!». Casi se echó a reír, pero aquél no era momento de reírse. Cuando el contacto estuvo dentro de un radio de unos pocos cientos de metros, las luces descendieron..., no sólo un parpadeo, sino una firme disminución de intensidad que duró quizás un segundo completo, tal vez más. La cosa no les había *tocado*, y sin embargo le estaba haciendo algo a su energía. Sí los rusos podían absorber energía a distancia, entonces no habría forma de detenerles. Podían quedarse sentados tranquilamente allí y reírse de nosotros mientras les ofrecíamos cederles Alaska si simplemente nos prometían no hacernos saltar en pedazos.

El contacto pasó por encima de ellos. Sonando aún exactamente igual que antes. Un suave tamborileo regular. Increíble que pudiera moverse tan aprisa sin hacer más *ruido*.

En lo que Kretschmer no había pensado —en lo que nadie había pensado, debido a que nadie había pensado nunca en una nave submarina grande moviéndose a más de cien nudos— era en el hecho de que, aunque el contacto se movía sin turbulencia, las leyes regulares de la física aún se aplicaban al *Montana*. Cuando la recia estela de agua que dejaba atrás el contacto cruzó el submarino, que hasta entonces había permanecido dinámicamente estable, el caos estalló a su alrededor. Turbulencia. Ciento treinta nudos de ella. Peor de la que puedes hallar en el vientre de una ola en

medio de un huracán.

El *Montana* había sido diseñado para resistir explosiones cercanas de seria magnitud. Pero una turbulencia como aquélla..., aunque el casco pudiera resistirla, el mecanismo de dirección no. Era el equivalente de un caza a reacción entrando en una barrena plana. Mueve todo lo que quieras esa palanca, muchacho, que no vas a ir a ninguna parte.

La cubierta se inclinó de lado bajo sus pies. Tan rápidamente, que todo el mundo que *había* estado de pie se halló ahora tumbado en el suelo, algunos aturdidos por el dolor de golpearse inesperadamente contra superficies de metal. El primer oficial gritó lo que ya todos ellos sabían:

—¡Turbulencia! ¡Estamos en su estela!

No importaba que fuera el *Montana* el que en realidad causaba la turbulencia, que el contacto siguiera avanzando sin arrastrar nada del caos con él. En torno al *Montana* el agua fluía en locos, impredecibles, derivantes esquemas. Empezaron a sonar sirenas por todas partes. Advertencias. Inestable. Demasiado cerca de la pared de la fosa. Pérdida de control.

—¡Timón! ¡Todo parado! —gritó Kretschmer—. ¡Máximo a la derecha! —Todo según las instrucciones. Pero los tipos que habían redactado las instrucciones jamás se habían encontrado con una turbulencia como aquélla. Sabía que se estaban moviendo rápido, pero no podía ni siquiera imaginar en qué dirección.

El timonel hizo eco de su orden, luego informó:

—Fallo hidráulico. ¡Los planos no responden, señor!

La turbulencia se estaba calmando. Aquélla era la buena noticia. El display lateral era la mala noticia. La pared de la fosa y la proa de babor estaban intentando ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. Aunque consiguieran un control absoluto en *aquel momento*, ya era demasiado tarde. La roca era más dura que el submarino.

—Hidráulicos restablecidos, señor.

Quizá lo consiguieran sin recibir ningún impacto serio, pensó Kretschmer.

Entonces el *Montana* golpeó contra la pared de la fosa. Fue un sonido terrible..., el romperse de un metal irrompible. Toda la nave sufrió una flexión; las juntas de algunas tuberías internas cedieron, y el agua duchó toda la sala de ataque. Esta vez la tripulación no fue arrojada al suelo como dados en un cubilete. Esta vez fueron todos arrojados en una sola dirección. Hacia la pared de la fosa. Unos cuantos hombres tuvieron la mala suerte de aterrizar mal, intentando meter la cabeza en alguna esquina puntiaguda, intentando doblar el cuello de formas que la Madre Naturaleza no había planeado nunca. Las muertes habían empezado ya.

—¡Alarma de colisión! —Kretschmer se aferró a la escalerilla y gritó órdenes—. ¡Alarma de colisión! ¡Aligera lastre, Charlie, aligera lastre!

El primer impacto desgarró las puertas exteriores de los tubos. Los hombres de la

sala de torpedos de babor en la proa del *Montana* fueron los primeros en saberlo. Las compuertas interiores saltaron y se abrieron como una caja de sorpresas, sólo que en vez de un muñeco de resorte lo que salió por cada una de ellas fue una columna de agua de más de medio metro de grueso. Mangueras de fuego de los dioses. Los hombres en la sala de torpedos que no resultaron muertos aplastados entre el agua y el mamparo de atrás fueron cegados por el chorro. Pero, ciego o no, alguien consiguió alcanzar la escotilla de salida, alguien la cerró, alguien hizo girar la rueda. La sala de torpedos quedó sellada. Todo el mundo en su interior estaba irremediabilmente muerto. Pero todos los demás, al menos, tenían una posibilidad.

Dentro de la sala de torpedos quedó una bolsa de aire. Dos hombres la alcanzaron, pudieron respirar por unos momentos. Pero el agua era tan fría que les entumecía. La presión era tan grande que dolía el respirar. Y luego, entre el frío y la presión y el shock y el miedo, ya no dolió seguir respirando, porque nadie respiraba.

Los últimos pensamientos. Me muero me muero. Destellos de toda una vida ante tus ojos. Sólo que ni siquiera puedes estar seguro de que sea tu propia vida, no recuerdas nada de todo aquello ocurriéndote realmente *a ti*, nada en toda tu vida ha importado nunca comparado con este momento, necesitas un *respiro*, necesitas algo de calor, necesitas unas manos fuertes que te saquen de esta agua, para hacer que este momento no vuelva a suceder más, y entonces te aferras a uno de esos recuerdos, uno de esos lugares en tu cerebro donde sabes que nunca morirás. Te aferras a esa sensación de inmortalidad hasta que dejas de temer a la muerte porque ya no te queda nada que sentir.

En la sala de ataque, el oficial de derrota estaba recibiendo aún lecturas del resto de la nave.

—¡La sala de torpedos de babor está inundada!

Kretschmer sabía que no había tiempo para nada sutil. La integridad del casco había desaparecido. Estaba entrando agua. Tenían sólo el aire comprimido suficiente para utilizarlo para la flotación. A aquella profundidad, la presión del agua era tan grande que se necesitaba diez veces la presión de aire de que disponían para expulsar el agua en los tanques de flotación, mientras que la sacudida del impacto había aflojado todos los remaches y compuertas estancas, de modo que cada momento más que transcurrieran a aquella profundidad significaba que el agua podía entrar en tromba por alguna otra barrera, aplastando el aire tras ella, haciéndoles perder toda pequeña flotabilidad que les quedara. Tenían que salir a la superficie *ahora*, cuando la presión era menor, antes de que se rompiera alguna otra cosa, antes de que recibieran más agua en su interior.

—¡Llenen todos los tanques! ¡Llenen todos los tanques!

—¡Llenando los tanques principales!

—¡Llénenlos todos!

No funcionaba. Los tanques principales de delante no se llenaron..., estaban desgarrados. Se hallaban a demasiada profundidad para utilizar las bombas auxiliares, aunque hubieran tenido tiempo de ello.

—¡Atrás a toda! —gritó Kretschmer, pero el timonel conocía su trabajo: con el *Montana* inclinado tan pronunciadamente hacia abajo, puso las hélices a toda potencia hacia atrás, en un intento de ayudar a la nave a ascender hacia la superficie. Pero el submarino no reaccionaba. Había demasiada agua a bordo, demasiado poco aire a presión. El submarino ruso clase *Mike* que se hundió en el mar de Noruega en abril de 1989 consiguió salir a la superficie por unos instantes, salvó algunas vidas. El *Montana* no iba a conseguirlo.

Kretschmer y el segundo oficial se miraron por un momento. No había tiempo de decir: Lo siento, tenía usted razón, hubiera debido salir de aquí como alma que lleva el diablo. Hubiera debido creer en la velocidad que indicaba el sonar, hubiera debido pensar en la turbulencia. No había tiempo de hacer nada excepto su deber.

—Lo estamos perdiendo. Lancen la boya.

El primer oficial abrió la tapa y pulsó el botón. Todos en la sala de ataque sabían lo que eso significaba. Durante todos los setenta días de la misión, ni siquiera la Marina sabía dónde estaban..., el capitán dictaba su propio rumbo, dentro de unas amplias directrices generales. Si el *Montana* se hundía sin establecer contacto al final, probablemente jamás sería hallado.

Así que únicamente lanzabas la boya para señalar tu posición final. Saldría a la superficie y radiaría tu localización en un estallido codificado. No era un grito de auxilio. Era la forma de señalar la tumba del *Montana*.

El timonel estaba recitando las lecturas de profundidad. Quinientos metros. Seiscientos metros. Pese al ruido del agua entrando por todas partes, los gruñidos de los hombres heridos o aterrorizados, Kretschmer oyó —o creyó oír— el estallido de cada una de las compuertas estancas a medida que cediendo a la presión del agua, ahora a quinientas atmósferas de presión, penetrando cada vez más adentro en la nave. Quizá los rusos lo hubieran hecho mejor cuando aquel submarino suyo se hundió en el Pacífico. Un solo estallido, y todos se vieron reducidos a pulpa. Ellos estaban haciéndolo poco a poco, de modo que tenían tiempo para saber que iban a morir, tiempo para ahogarse o congelarse o sentir que eran aplastados o golpeados hasta la muerte. Tiempo para saborear los últimos y terribles momentos de la vida.

Antes de que los tanques de popa se rompieran, proporcionaron la flotabilidad suficiente para hacer que el submarino se inclinara pronunciadamente hacia abajo de proa. Barnes halló un asidero en el equipo que antes había estado a su izquierda y que ahora estaba debajo de él. Con el domo del sonar de proa roto en el primer impacto, su equipo de sonar era inútil ahora..., pero podía alcanzar la palanca de nivelación, quizás hacer algo para ayudar. ¿Dónde estaba la palanca de nivelación? No

importaba. Barnes luchaba por conseguir el control, por estabilizar la nave, pero ¿cómo? La única forma de nivelar de nuevo el submarino era inundar la sección de proa para equilibrar la popa. O eso, o golpear de morro contra el fondo. *Entonces* se nivelarían, si golpeaban el fondo. Pero ¿dónde estaba el fondo en la fosa Caimán? Un viejo chiste entre los tripulantes de submarinos decía que aquello era el culo del mundo. Un submarino entra allí como un supositorio, y no vuelve a salir.

Barnes oyó al capitán dar la orden, vio al primer oficial lanzar la boya de emergencia. Estaban renunciando. Pero no Barnes. Sus manos trabajaban tan duramente que sus brazos y hombros le dolían por el ejercicio, pero su cerebro casi ni siquiera estaba conectado con ellos. Era una completa locura. Sabía que iba a morir, su cuerpo trabajaba al límite de ruptura intentando hacer lo que no podía hacerse, y sin embargo estaba pensando en algo tan lejano que podía haberle ocurrido a cualquier otro. Pero no, no era así. Le *estaba* ocurriendo a cualquier otro. El auténtico Barnes no estaba allí.

El auténtico Barnes estaba de vuelta en Gaffney, en Carolina del Sur, en una enorme y vieja y destartada casa blanca en el Floyd Baker Boulevard, con Deena con la camiseta alzada y Junior chupando ansiosamente y emitiendo lechosas burbujas muy blancas contra el moreno caoba de su rostro, el profundo moreno chocolate del pecho de su madre. Vio esa imagen muy clara en su mente, como si acabara de verla hacía un momento, volvió la cabeza, la madre de Deena tenía que estar en la cocina, echando buñuelos en el aceite muy caliente de la sartén, retrocediendo y murmurando sus peores maldiciones cuando el aceite chisporroteaba y escupía. Fuera, el sonido de los niños gritando y peleándose a la sombra de los árboles, como si el día no fuera ya lo bastante caluroso.

La primavera pasada Barnes estuvo cerca de perder todo aquello, y lo sabía. Quédate ahí en Gaffney, le dijo a Deena por teléfono. Sólo estaré en el puerto un par de días. Simplemente quédate ahí. Y, durante todo el tiempo que está hablando, ahí está la hermana de Moter, con su mano en la cintura de él, sus dedos explorando hacia abajo dentro de sus pantalones, hallando la raja entre sus nalgas, deslizándose por el sudor. No bajas esta vez, dice él. Pero cuando cuelga el teléfono la hermana de Moter le da un beso con su lengua como un garfio y él abre la boca como la embocadura de una trompeta. Esto no puede estarme ocurriendo, se dice a sí mismo. Y luego se dice: De acuerdo. Esto no puede estarme ocurriendo a mí. Le ocurre a cualquier otro. Y decide irse como si la hermana de Moter no estuviera allí, sólo dice: No, gracias, adiós, y saca un billete de autobús, y cinco horas más tarde está en aquella sala de estar de aquella gran y vieja casa blanca, y Denna le dice que se alegra tanto de que haya ido a casa, mira a tu papá, Junior, no puede permanecer lejos de ti.

Eso es cierto, no puede permanecer lejos. No como *mi* papá que abandonó a mamá tras su segundo hijo porque su culo ya no lucía hermoso con unos tejanos

apretados. No como el papá de Deena que se emborrachaba de tal modo que lo llevaron al cementerio de Oakland antes de que ella tuviera seis años y nunca en toda su vida puso diez centavos sobre la mesa de la cocina. No tuve a nadie para enseñarme lo que *era* un papá, pero yo te lo enseñaré a ti, yo estaré allí, eso es lo que soy, no voy a ir detrás de cada culo que se menee ante mis ojos como la mitad de esos tipos, voy a volver a casa y no me marcharé más, mi chico conocerá mi rostro y mi voz y cuando *él* crezca lo sabrá todo acerca de lo que es un papá porque yo seguiré allí, haciendo de papá. No tendido allá en el cementerio de Oakland, tan saturado de alcohol que ni siquiera tuvieron que embalsamarlo.

Y, por todos los diablos, seguro que no me quedaré encerrado en una lata aquí en el fondo de la fosa Caimán.

Consiguió su deseo. El *Montana* no hizo aquel terrible descenso de kilómetros hasta el fondo de la fosa Caimán. Chocó contra un saliente rocoso quizá a quinientos metros de profundidad. Golpeó contra ella como una pelota de fútbol fuera de juego. Sólo que el *Montana* no rebotó. Se aplastó, se desgarró, y luego rodó como un tronco a lo largo de la pared del cañón hasta que se detuvo en un estrecho reborde a seiscientos treinta metros. Eructó una enorme burbuja de aire. El último jadeo del *Montana*.

Mucho antes de que alcanzara el reborde, su tripulación ya estaba muerta. Las heladas aguas penetraron en el submarino de proa a popa. Los hombres que no resultaron muertos por los repetidos impactos mientras el submarino rodaba sobre sí mismo por la pared del cañón o bien murieron ahogados, o se helaron en el agua mientras aspiraban desesperadamente las últimas moléculas de aire..., un aire bajo tal presión que respirar en él era como inhalar fuego.

Sólo que no murieron una muerte completa, no al principio, al menos. El cuerpo humano no se desconecta tan rápido de esta forma. Especialmente no a las temperaturas de las profundidades. Simplemente, todo empieza a funcionar más despacio en medio del frío. Te estás muriendo, por supuesto, pero la descomposición de las células de tu cerebro se retrasa bastante tiempo: una hora quizá, o diez minutos, o dos horas, o treinta segundos... Cuelgas allí en el agua, inconsciente, tu corazón se para, tus pulmones dejan de actuar como fuelles, pero tu cerebro sigue aún vivo, tus recuerdos aún siguen ahí, tus memorias permanecen encerradas en aquella caja fuerte temporal, esperando a que la muerte las encierre allí para siempre.

Así se hallaba la tripulación, algunos de ellos al menos, cuando los constructores acudieron a examinar el submarino. El deslizador cuya estela había destruido al *Montana* llegó a su destino casi al mismo tiempo que el *Montana* detenía su descenso en el reborde de la pared del cañón. La ciudad necesitó sólo un momento para darse cuenta de que el constructor dentro de él estaba casi muerto. Hallaron y absorbieron sus memorias, y así supieron acerca del nuevo satélite y lo que el constructor había

decidido hacer con él. Luego sondearon las mucho más primitivas memorias del deslizador para asegurarse de que el trabajo había sido completado. Supieron que así había sido. También supieron acerca de la casi colisión con el *Montana*.

La ciudad estaba tan cerca, los constructores eran tan rápidos, que cuando llegaron al *Montana* aún había vida en él, aún había memorias encerradas en los cerebros de los casi congelados hombres. Todos estaban más allá de cualquier posibilidad de revivificación, pero los constructores tampoco hubieran intentado revivirlos, de todos modos. Para ellos, todo lo que era necesario era conservar las memorias de los muertos y construirlas en la ciudad. Hicieron para la tripulación del *Montana* lo mismo que hacían para ellos mismos.

La única diferencia era que apenas sabían cómo empezar a intentar comprender la memoria humana. Estaba almacenada de forma diferente, organizada de un modo extraño. Pasaron a través del *Montana* como arqueólogos intentando salvar una nueva y extraña escritura de una civilización enterrada hacía mucho, sólo que ni siquiera podían estar seguros de qué artefactos eran escritura y cuáles eran pura basura. Así que lo grabaron todo: esquemas eléctricos y químicos, y dónde estaba cada célula de cada cerebro en relación con todas las demás. Aunque seiscientos treinta metros eran muy poca profundidad para ellos, algo tan peligroso como para nosotros ascender a una montaña de seis kilómetros de altura sin mascarilla de oxígeno, insistieron.

Trabajaron con inimaginable rapidez..., a nivel molecular eran tan rápidos como la sangre, tan rápidos como la química. Cada constructor englobaría la cabeza de un hombre recién muerto dentro de su propio cuerpo, y luego alcanzaría el cerebro con fluidos tentáculos microscópicamente pequeños, sondeando como finísimos dedos entre y en torno y *dentro* de las células del cerebro. Sin embargo, efectuaron esta delicada operación no con uno o dos o cinco dedos a la vez, sino con diez mil dedos; lo hicieron por reflejo, sin pensar ni planear los movimientos de cada zarcillo, del mismo modo que nosotros no captamos las sensaciones individuales transmitidas por cada neurona de nuestras retinas. Consiguieron una perfecta imagen tridimensional del cerebro humano a nivel molecular, tan fácilmente como nosotros memorizamos una melodía tras escucharla una sola vez. Mucho antes de que pudieran sufrir un daño irreversible a causa de la baja presión a la escasa profundidad de seiscientos treinta metros, habían terminado su trabajo y se dejaban caer de nuevo al interior de la fosa, hacia las profundidades donde se sentían cómodos, de vuelta a la ciudad. Ni un solo constructor resultó dañado.

Aunque algunos hubieran muerto, sin embargo, hubiera valido la pena el intento. Sabían que si reunían la *suficiente* información, entonces quizá pudieran decodificarla, compararla con la información que ya habían recogido, y finalmente aprender cómo saborear nuestras memorias de la forma que saboreaban las de ellos mismos..., puras y fuertes y claras. Si tenían éxito, nos conocerían mejor de lo que

nosotros nos conocemos a nosotros mismos. Podrían ver nuestras vidas desde dentro, ver todo lo que nosotros habíamos visto exactamente tal como lo habíamos visto. Y, conociéndonos al fin, podrían entonces descubrir cómo impedirnos que destruyéramos la Tierra.

No por nosotros. Por ellos. Si no podían detenernos, entonces se verían obligados a abandonar la Tierra. Y su ciclo vital en este mundo aún no había llegado a su mitad, ninguna de las ciudades estaba terminada todavía. Serían una colonia fracasada, sin nada que hacer excepto regresar a su mundo madre con las manos vacías, avergonzados. Sería algo peor que la muerte.

Enviarían a otros constructores al *Montana*, por supuesto, para estudiar las estructuras de la nave, los sistemas de dirección y control, los torpedos, los misiles, las cabezas de combate que podían destruir el mundo. Pero éste era un trabajo secundario. Ya habían descubierto los principios de nuestra maquinaria y electrónica.

La información más vital eran los datos recolectados por la primera oleada de constructores. E incluidos en esos datos originales estaba la mente de un cierto encargado del sonar llamado Aaron Barnes, que no estaba realmente dentro de su cuerpo cuando murió, que de hecho estaba vivo en una casa en el Floyd Baker Boulevard en Gaffney, Carolina del Sur, donde un bebé se alimentaba y una madre le sonreía y le decía: Me alegro que hayas vuelto a casa, Ary, porque estaba a punto de decirle a Junior que su papá era Kareem. Me alegro que hayas vuelto a casa porque la cena estaba casi lista y no había forma de que nos termináramos todo esto que mamá ha cocinado sin ti para comer tu parte, ¿me oyes?

¿Tiene algún sentido para ustedes el que yo les diga que Aaron Barnes no estaba realmente allí? Les diré esto: Era algo que tenía mucho sentido para los constructores, una vez imaginaron cómo comprender la forma en que funcionaban nuestros cerebros. El que el cuerpo de una persona esté en un lugar, mientras ella piensa que su auténtico yo está de vuelta a su casa, donde se mantienen sus mejores recuerdos, todas sus memorias..., bien, ésa era la forma natural de vida para ellos. Si todo lo que hubieran descubierto fueran mentes llenas de pensamientos de lucha por permanecer con vida, o llenas con desesperación y autoinculpación, como la del capitán Kretschmer..., si todo lo que hubieran hallado fueran pensamientos de aquí y ahora, entonces, para ellos, no hubiéramos sido más que meros animales, ni más ni menos. Nos hubieran tratado como animales.

Pero hallaron a Aaron Barnes, un hombre que se había trasladado a otro lugar, fuera de su propio cuerpo. La cosa no estaba en absoluto clara para ellos. No podían observar nuestros pensamientos desenrollarse como una película o las páginas de un libro, no podían estar *seguros* de lo que habían encontrado. Pero Aaron Barnes, muerto, les proporcionó un atisbo de que los seres humanos podían estar vivos en el mismo sentido en que lo estaban los constructores. Barnes nunca llegó a saberlo, pero

el hecho de estar en aquel submarino y morir allí, pensando de la forma en que lo hizo, fue suficiente para proporcionar a los constructores la esperanza de que quizá pudieran compartir con nosotros este planeta.

En la superficie del mar Caribe, la boya de emergencia del *Montana* se balanceó entre las olas y empezó a emitir sus señales de radio.

5 – Activos civiles

Cuando el Pentágono descubre que una boya de emergencia de un submarino nuclear está cantando hasta desgañitarse en alguna parte, la burocracia se sacude y descubre, como un oso saliendo de su hibernación, que en realidad es *capaz* de moverse rápido. Esto es en parte con la esperanza de que, actuando rápidamente, los hombres puedan ser salvados. Pero, en la fría realidad de la estrategia nuclear, la pérdida de unos hombres no es ni la mitad de dañina para los Estados Unidos como la pérdida de los libros de claves y la inteligencia electrónica, las ojivas de combate y los sistemas de guía. Incluso un submarino muerto es una presa lo bastante codiciada como para que el presunto enemigo haga todo lo posible por echarle las manos encima. Así que, siga o no respirando su tripulación, el submarino tiene que ser hallado y protegido mientras la situación es evaluada y se toman nuevas decisiones.

A los quince minutos de la primera señal de la boya, un buque con capacidad de rastreo submarino fue enviado desde GITMO —la base en Guantánamo—, junto con los suficientes buques de escolta como para asegurar el emplazamiento contra cualquier observación e interferencia enemigas. Tomó su tiempo llegar hasta el *Montana*, puesto que el grupo tenía que fingir que se encaminaba hacia otro lugar, para evitar el reconocimiento cubano. Una vez llegaron allí, sin embargo, hicieron su trabajo rápido y bien. El buque rastreador efectuó varias pasadas, sin que sus cámaras y su sonar dejaran de funcionar ni un solo momento; cuando hubo terminado, los militares fueron capaces de unir en una sola imagen el mosaico fotográfico del *Montana*.

El submarino fue localizado a seiscientos treinta metros, descansando de costado en un estrecho reborde en la pared de la fosa Caimán. El casco se hallaba evidentemente roto; los militares sabían que no había ninguna posibilidad, a aquella profundidad, de que nadie hubiera sobrevivido más allá de unos pocos minutos. No dijeron nada de eso a ninguno de los civiles, por supuesto..., los oficiales del gobierno actuarían mucho más rápidamente si creían que podía haber vidas que salvar, pese a que los libros de claves y las ojivas de combate requerían una mayor urgencia.

Inmediatamente se habló de volver a poner en servicio el viejo *Glomar Explorer*. La enorme grúa flotante de la Hughes Corporation que era el buque había alzado los restos de un submarino soviético de las profundidades del Pacífico hacía más de una década. Desde entonces el gobierno no había podido volver a usarlo: la operación de camuflaje como una operación de salvamento comercial había sido puesta al descubierto por la prensa, y desde entonces cada vez que el *Glomar* iba a algún lado,

todo el mundo suponía que en realidad se trataba de una operación militar o de la CIA. Pero, de una forma encubierta o no encubierta, el *Glomar* podía realizar el trabajo. El problema estribaba en que se hallaba en la Costa Oeste. Se necesitarían meses para equiparlo y traerlo hasta allí. No era de esperar que los rusos se quedaran simplemente sentados y aguardaran educadamente hasta que los Estados Unidos terminaran con todos sus esfuerzos de rescatar el *Montana*. Había que hacer algo inmediatamente para asegurar el contenido más comprometido del submarino.

La Marina poseía vehículos de rescate de gran profundidad, los *deep-sumergence rescue vehicles*, los DSRVs, vehículos de rescate de grandes profundidades diseñados para esos trabajos. El problema era que las imágenes compuestas mostraban que el *Montana* había rodado sobre sí mismo, y ahora estaba inclinado más de cuarenta y cinco grados, lo cual impediría a un DSRV sujetar apropiadamente el casco. Pero, aunque la Marina pudiera improvisar alguna forma de utilizarlos, los DSRVs simplemente no estaban disponibles. El de Norfolk se hallaba en el dique seco, sometido a reparaciones a raíz de un pequeño percance de entrenamiento. El de San Diego no podía llegar allí a tiempo, no con el huracán Frederick acercándose al lugar donde yacía el *Montana*. En un plazo de veinticuatro horas el grupo de la Marina que protegía el lugar debería dispersarse lo que durara la tormenta..., llevándose cualquier DSRV consigo.

Para complicarlo todo estaba el hecho de que nadie podía adivinar *por qué* se había hundido el submarino. ¿Había sido un ataque enemigo? No se sabía que hubiera ningún submarino enemigo por la zona..., pero se había producido un destello de luz y calor en el más reciente satélite espía soviético sólo unos minutos antes de que la boya del *Montana* enviara su señal. ¿Era posible que hubiera alguna conexión? El satélite se hallaba en una órbita polar, y en el momento en que destelló estaba directamente sobre Venezuela..., lo bastante cerca, en términos globales, como para que hubiera podido hacerle algo al *Montana*.

—¿Hacer qué? —preguntó el Presidente—. ¿Un satélite asesino de submarinos? Si eso es posible, ¿por qué nosotros no estamos desarrollando el proyecto? Espero no sonar combativo, pero el senador Nunn va a hacerme esa pregunta, y será mejor que conozca la respuesta.

—No creemos que esto sea posible —dijo el portavoz de la Junta de Jefes—. Pero tampoco sabemos que sea imposible.

—Es una coincidencia —dijo el jefe de la CIA—. No hay ninguna conexión plausible entre el estallido de luz y calor del SL-420 y el hundimiento del *Montana*.

—No saben ustedes más que nosotros —dijo el secretario de Defensa—. Por todo lo que saben, los rusos nos están observando y riéndose. Pueden haberlo programado todo de tal modo que el huracán nos eche de allí mañana.

—Si lo han hecho así —indicó el Presidente—, eso significa que pueden rastrear

a los submarinos desde el espacio. —Esa observación fue seguida por un pesado silencio. Todos sabían que aquélla sería una situación intolerable, que conduciría a la decisión más difícil para un Presidente desde que Harry Truman tuvo que decidir acerca de dejar caer una bomba-A sobre el Japón. Sólo que, esta vez, el otro lado no se pondría panza arriba y se haría el muerto.

—Lo que importa *ahora* —dijo el jefe de la Marina— es que no tenemos la capacidad de enviar nada allí que pueda ayudarnos a conseguir una minimalización de los daños antes de la tormenta.

—Una minimalización de los daños, ¿en qué consiste? —preguntó el Presidente.

—En la Fase Uno —dijo el jefe de la Marina—, extraer los libros de claves, la inteligencia electrónica, los sistemas de guía, y cualquier otra información acerca de lo que ha causado la pérdida del submarino.

—Y, por supuesto, el rescate de los supervivientes —señaló el Presidente.

—Eso no hace falta mencionarlo —dijo con rapidez el jefe de la Marina—. Cuando hayamos limpiado el submarino, o bien aseguramos la zona hasta que podamos llevarlo a la superficie, o, si parece que los rusos han imaginado lo que estamos haciendo y planean interferir de una forma sustancial, pasar a la Fase Dos, o a la Tres si es necesario.

—¿Que son?

—Prepararnos para hacerlo saltar del reborde donde se halla ahora y dejar que la fosa Caimán se ocupe de la seguridad de lo que queda.

—Pero no podemos hacer nada de ello. ¿Es esto lo que me está diciendo?

—Le estoy diciendo que no podemos emplear nuestros propios activos ahí abajo antes de la tormenta.

—¿Cuáles son los activos que tiene usted en mente? —preguntó el jefe de la CIA. Él no sabía que hubiera ninguna potencia extranjera en la zona que dispusiera del equipo necesario para hacer el trabajo, y sería una auténtica bofetada en pleno rostro si la inteligencia militar había descubierto esa información cuando la CIA no había podido hacerlo.

—Activos norteamericanos —dijo el jefe de la Marina, desahogando su mente—. Unos activos civiles, por supuesto. La Benthic Petroleum está llevando a cabo una operación experimental de perforación submarina a treinta y cinco kilómetros del lugar. Podemos traerla bajo la tormenta, situar un equipo de SEALs a bordo, y ellos podrán asegurar y limpiar el *Montana* antes de que el huracán haya pasado.

—Tenía entendido que la *Deepcore* necesitaba un cordón umbilical —dijo el jefe de la CIA. Era su forma de dejar saber a los demás que *él* estaba al corriente de todo lo relativo a la estación experimental de perforación submarina de la Benthic—. El *Benthic Explorer* es el buque madre, ¿no? No podemos esperar que se sitúe debajo de un huracán, ¿no creen?

—El cordón umbilical es lo suficientemente flexible y mucho más fuerte de lo normalmente necesario —indicó el jefe de la Marina—. Y el *Benthic Explorer* está diseñado para resistir mares bastante malos. Pero...

—Nada puede permanecer inmóvil en el agua durante un huracán —dijo el Presidente. Había servido en un portaaviones en su juventud, y había seguido navegando toda su vida durante los veranos..., sabía lo que se podía y lo que no se podía hacer en el agua.

—Correcto —dijo el jefe de la Marina. Iba a señalar precisamente este punto, pero era mucho mejor que el Presidente lo hubiera indicado antes—. El diseñador previó eso. Si las cosas se ponen realmente mal, la *Deepcore* puede soltarse de su cordón umbilical y sobrevivir por sus propios medios durante cuatro días mientras el *Explorer* se aleja del camino del huracán y luego vuelve una vez éste haya pasado. No es que a ninguno de nosotros nos gustara estar a bordo del *Explorer* mañana, con el agitado mar en el que tendrá que navegar, pero esas compañías no pueden permitir que sus beneficios dependan de equipos que no puedan enfrentarse a la estación de los huracanes en el Golfo.

—La auténtica pregunta —dijo el secretario de Defensa— es si la *Benthic* estará dispuesta a dejarnos usar su equipo.

—Lo hará —dijo el Presidente—. Yo me ocuparé de eso.

—¿Cree que esos bastardos de las compañías petroleras son tan patriotas que responderán a la llamada de su nación? —preguntó el jefe de la CÍA.

—Creo que no desearán la publicidad si se filtra la noticia de que la *Benthic* se ha negado a ayudarnos a rescatar a la tripulación de un submarino norteamericano —dijo el Presidente—. Si hay alguien a quien la gente norteamericana ama odiar más que a los políticos, es a las grandes compañías. —Todos se echaron a reír. La Marina podía conocer el mar, pero el Presidente conocía la política, y, desde Washington al menos, los políticos parecían mucho más peligrosos.

—¿Ese tonto del culo le dijo al Presidente *qué*? —A Lindsey no se le ocurrió que le estaba hablando al jefe de la división de desarrollo de recursos de la *Benthic Petroleum*, y que el tonto del culo al que se refería, el director ejecutivo de organización de la compañía, tenía en sus manos el poder de cortar en seco todo el proyecto *Deepcore* en cualquier momento que se le antojara—. ¡No pueden ustedes detener la perforación de este modo y enviar al equipo a cazar patos salvajes!

—Sí, sí podemos —dijo Deeter—. Es la mejor operación de relaciones públicas que jamás podrá conseguir la *Benthic*: La gran compañía petrolera sigue siendo una empresa norteamericana leal, siempre al servicio de nuestra nación.

—¿Por qué no usan sus propios malditos equipos?

—No lo sé. —Deeter estaba intentando ser paciente—. No sé nada del asunto.

—¿Va usted a detener la perforación justo cuando estamos a punto de alcanzar la

profundidad del contrato, y *no sabe nada del asunto?* — Su tono de voz estaba lleno de tembloroso desdén, como si pensara que Deeter era el más sumiso de los idiotas que jamás hubieran ocupado un puesto directivo en una importante compañía internacional. Por supuesto que no lo era. Nadie alcanza el nivel de jefe de división de una compañía como la Benthic a menos que la ambición le haya metido una varilla de acero por el culo. Pero Lindsey medía a la gente con unas medidas mucho más simples. Si ayudaban a hacer que su trabajo se realizara sin excesivos problemas, eran buenos y brillantes. Si se cruzaban en su camino, eran pura basura. Las secretarias escuchaban, maravilladas. Nadie le hablaba nunca a Deeter excepto en el tono más respetuoso, como si fuera Dios. Y ahí estaba esa *ingeniero de proyectos*, por los cielos, hablando con él como si fuera un alumno de tercer grado que acaba de hacerse pis en los pantalones durante el recreo.

—Ahí vienen la indemnización y el despido —susurró una de ellas.

Pero Deeter no era el tipo de persona que deja que su orgullo se muestre ofendido cuando no le es de ninguna utilidad.

—La Marina nos pidió si teníamos a alguien que conociera la *Deepcore* de arriba abajo: cómo está construida, qué tipo de presiones puede soportar. Les dije que McBride tiene todas las especificaciones en el *Explorer*, pero que nuestra ingeniero de proyectos...

—Espero que no pensaré que voy a ponerme al teléfono y darle a cualquier cabeza de chorlito de la Marina toda la información que he sudado sangre para compilar durante los últimos cinco años.

—No —dijo Deeter—. Pienso que va a subir usted al helicóptero más rápido que la Marina tiene aquí esperándola en Houston y va a ir al *Benthic Explorer*, en cuyo momento le dará al cabeza de chorlito de turno de la Marina todo lo que éste le pida, incluida si es necesario su pequeña y linda cabecita.

Aquello era diferente. Iba a ir ahí fuera. Iba a estar en el lugar. Quizá incluso pudiera impedirles que cometieran algún estúpido error que pudiera destruir la *Deepcore*.

—De acuerdo —dijo—. ¿Cuándo debo ir?

—Ya ha ido —dijo Deeter. Y luego, puesto que era incapaz de resistir el ponerla en su sitio, aunque sólo era un poco, añadió—: Si tiene usted la regla, será mejor que pida prestados algunos tampones a las secretarias, porque el helicóptero está en el tejado y ya lleva aguardando más tiempo del que dijo que lo haría.

No fue hasta que estuvo sentada en el interior del helicóptero de la Marina que Lindsey se dio cuenta de que Deeter la había insultado. Pequeña y linda cabecita, mi culo, pensó. Sin tener en cuenta la indudable alusión sexual de sus palabras. Y sin mencionar la insultante observación de los tampones. Supuso que Deeter le hablaba así a todas las mujeres. No se le ocurrió pensar que nunca antes lo había hecho; que la

arrogante actitud de ella lo había llevado más allá de lo que estaba dispuesto a soportar.

Humeando por dentro, miró a su alrededor, a los que estaban con ella en el helicóptero. Había un par de tripulantes del aparato, ocupados en sus propias cosas cuando no lo estaban con su trabajo. Los únicos otros pasajeros eran cuatro soldados. O marineros, ¿quién podía decirlo? ¿Qué estaban *haciendo* allí, de todos modos? ¿Eran su escolta? Llevaban una insignia que no pudo reconocer: un tridente en el bolsillo izquierdo del pecho. No eran jóvenes tampoco. Parecían viejos. Casi sin edad, y sus rostros eran duros. No, no duros. Simplemente vacíos. No parecían mostrar ninguna emoción en absoluto. Hacían que Lindsey se sintiera extremadamente incómoda, teniendo en cuenta que se hallaba en una situación que no comprendía por completo. ¿Formaban parte de aquella operación secreta? ¿Estaban allí para controlarla? ¿O simplemente estaban en aquel helicóptero por casualidad? Tenía que averiguar por qué estaban allí, a fin de saber qué podía esperar de ellos.

Llevaban armas portátiles al cinto.

—¿Qué son ustedes, marines? —preguntó.

—SEALs —dijo uno. Y luego, evidentemente porque ella desconocía el término, explicó—: Son unas siglas. *Sea, Air and Land*. Mar, aire y tierra. *No* somos marines. Yo me llamo Monk.

—¿Van también ustedes al *Benthic Explorer*? — quiso saber ella.

Monk no dijo nada. Tampoco miró a su alrededor para que algún otro respondiera en su lugar, o para pedir permiso para hacerlo él. Era extraño, la forma en que ninguno de ellos parpadeara siquiera en su dirección para decirle quién estaba al mando.

Luego, un hombre que había estado mirando en otra dirección se volvió en su banco para mirarla de frente.

—*Nosotros vamos al Benthic Explorer. Usted es la que va también al Benthic Explorer. Usted no es esencial para esta misión. Nos ha costado ya ocho minutos de retraso innecesario.*

Eso fue todo. No hizo ninguna amenaza, no alzó la voz, y sin embargo ella sintió como si acabara de ser azotada. Casi se disculpó, casi empezó a explicar lo malo que estaba hoy el tráfico en Houston y que había llegado el Edificio Benthic tan pronto como le había sido humanamente posible. Pero se contuvo a tiempo. Aquella morsa o foca o lo que fuera creía que estaba al mando, pero nadie había estado nunca al mando de Lindsey excepto ella misma.

A Kirkhill le encantaba aquello. Arregló las cosas de modo que fuera él quien hablara con el comodoro DeMarco, comandante general de la operación naval, cuando estableció contacto por radio con el helicóptero que se acercaba. Kirkhill no

deseaba que nadie más hablara con la Marina. Es mi trabajo asegurarme de que todo el mundo coopere, se dijo a sí mismo. Tengo que hablar directamente a fin de que todo funcione sin problemas. Maldita suerte que me hallara efectuando una auditoría de dirección en el *Benthic Explorer* esta semana.

El hecho era que a Kirkhill simplemente le encantaba ser el centro de algo realmente importante. Seguro, buscar petróleo y probar la nueva plataforma perforadora submarina era importante, pero sabía —como todos los demás— que el auténtico trabajo se estaba realizando abajo en la *Deepcore II*, en el fondo del Caribe. Ahí arriba en el buque madre, todo lo que tenían que hacer era trabajo de cuidadores. Estaba en el borde mismo, bastante cerca de lo que estaba ocurriendo, pero demasiado lejos para que tuviera algún efecto sobre ello.

No era que Kirkhill deseara la gloria. Sospechaba, como hacen la mayoría de los hombres, que si llegaba a producirse alguna vez, si era necesario un héroe, no sería capaz de hallar la materia de héroe dentro de él. Incluso ahora, la Marina no estaba allí por el *Benthic Explorer* en sí, estaba allí por la *Deepcore*, al otro lado de la línea. Pero, por unos cuantos minutos, una importante operación militar estaba siendo canalizada a través de las manos de Kirkhill. Y, por supuesto, iba a dejar en ella tantas de sus huellas dactilares como le fuera posible.

Evidentemente, el secreto era tan denso en torno a la operación que Kirkhill no sabía mucho más que el hecho de que la *Benthic* le había ordenado que pusiera el barco completamente a disposición de la Marina, hasta el punto que eso no comprometiera la seguridad de la tripulación. Tenía sus sospechas, sin embargo, y no iban muy desencaminadas. No hay muchas razones por las que la Marina pueda necesitar un aparato capaz de alcanzar grandes profundidades submarinas en base a una emergencia. Si él podía hacer suposiciones sobre lo que sabía, sería mejor que se asegurara de que su gente supiera aún menos. Así que a los hombres que llevaban la parte de superficie del trabajo de la *Deepcore* —McBride, el supervisor de las operaciones de perforación, y Bendix, el jefe del equipo— se les dijo solamente que se mantuvieran al margen y aguardaran futuros desarrollos.

—Y, por encima de todo, no hay que hablar de eso con *nadie*.

Sólo un momento antes, Bendix lo había despejado todo para que los helicópteros se posaran en la cubierta del *Explorer*. Dentro de una hora, quizá menos, la proximidad del huracán haría que el mar se agitara tanto que ningún helicóptero podría posarse, pero éstos habían llegado con una precisión tan perfecta que los del GITMO y el de Houston llegaron casi a la vez.

Ahora Bendix y McBride estaban de pie en el puente del *Benthic Explorer*, observando cómo los helicópteros de la Marina descargaban un ejército de invasores armados y equipo misterioso. Kirkhill estaba ahí abajo dando la bienvenida a todo el mundo como si acudieran a una fiesta y él fuese el anfitrión.

—Es muy fácil no hablar con nadie de esto —dijo Bendix—, puesto que no sé absolutamente nada de qué hablar. —Viendo la forma en que los militares parecían hacerse cargo de todo en cubierta, apartando a un lado a la tripulación del *Explorer*, Bendix previó un montón de problemas con los que habría de enfrentarse de inmediato. Indudablemente, con aquel tonto del culo de Kirkhill mirando todo el tiempo por encima de su hombro—. Esto puede convertirse en algo muy feo.

A McBride tampoco le gustaba. Hacía muchos años que se había salido del ejército con una opinión muy pobre de los militares, y estaba completamente seguro que, fuera lo que fuese lo que sucediera, aquella prueba, y todo el tiempo que habían empleado perforando, iban a irse al diablo.

—Su aspecto no es nada bueno, sí —reconoció.

Fue entonces cuando Bendix vio a una mujer salir de uno de los helicópteros, junto con cuatro tipos militares que no parecían de la Marina. Por un momento se preguntó por qué los militares llevaban a una mujer consigo en una operación como aquella. Luego se dio cuenta de que aquél era el helicóptero de Houston, y de que la mujer era de la *Benthic*.

—Oh, no; mira quién está con ellos —dijo.

Era Lindsey Brigman. ¿Acaso ya no tenían bastante mierda de la que ocuparse hoy? ¿Acaso alguien de la *Benthic* quería obligarle a coger anticipadamente el retiro o algo así?

Unos pocos minutos más tarde, Kirkhill estaba en el puente con el comodoro DeMarco y los SEALs del helicóptero de Houston. Por supuesto, todo lo que deseaban saber era acerca de la *Deepcore*. Cosas prácticas. Cuántos buceadores trabajando fuera de la *Deepcore* podían alinearse. Cuánto tiempo podían estar fuera. Por encima de todo, a qué velocidad podía el *Benthic Explorer* remolcar la *Deepcore* sin sacarla a la superficie, y cuán pronto podían empezar a moverla.

—Como pueden ver —dijo Kirkhill—, se puede seguir desde aquí arriba todo lo que están haciendo ahí abajo. Eso nos permite tener tanta información sobre las operaciones de perforación como en una plataforma de superficie.

DeMarco no compartió el entusiasmo de Kirkhill. Simplemente se quedó contemplando la pantalla de vídeo, que mostraba a los buceadores en el fondo, trabajando en una total oscuridad excepto unos cuantos focos de luz artificial.

—No llega ninguna luz desde la superficie —dijo DeMarco. Así que el chico sabía lo suficiente acerca del trabajo submarino como para conocer sus condiciones a través del vídeo—. ¿A qué profundidad están?

Una pregunta a la que Kirkhill no podía responder. Ningún problema..., podía obtener las respuestas a voluntad de los miembros de la tripulación.

—¿McBride? —dijo.

—A quinientos metros —dijo McBride. El chupatintas ni siquiera sabe a qué

profundidad está nuestro equipo, y sin embargo actúa como si estuviera a cargo de todo. Pero McBride no expresó su desdén. ¿Para qué? Si no trabajara para la Benthic, trabajaría para alguna otra compañía que pondría también chupatintas a cargo de las cosas.

—Necesito que bajen por debajo de los seiscientos —dijo DeMarco.

—No hay ningún problema —dijo Kirkhill—. Pueden hacerlo.

Sí, por supuesto, pensó McBride, pero ¿cuánto por debajo de los seiscientos? Confía en Kirkhill para que prometa la Luna antes de molestarse en averiguar si nuestros chicos pueden hacerlo.

Pero si McBride se guardaba sus objeciones para sí mismo, Lindsey no. Había estado escuchando, no demasiado pacientemente, mientras todos los demás permanecían allí diciéndole sí a DeMarco. Los hombres no necesitaban ser alistados. Todos se creían que eran soldados. Era como alguna especie de culto secreto entre los hombres el que, cuando un oficial decía: Necesito vuestras pelotas, todos se bajarán la cremallera y buscarán la navajita en sus bolsillos.

Bueno, yo no pertenezco a ese regimiento secreto, pensó Lindsey. No voy a dejar que Kirkhill ceda mi proyecto sin siquiera abrir la boca.

—¿Así que eso es todo? ¿Simplemente deja todo el asunto en manos del pelotón mercenario?

Kirkhill se mostró todo agraviada inocencia, por supuesto.

—Mire, me dijeron que cooperara. De modo que estoy cooperando.

—Hey, nada de esto es culpa *mía*. Yo sólo sigo órdenes. Vaya a tomar una ducha.

En realidad, Lindsey no estaba demasiado preocupada, todavía no. Al menos había *un* hombre que no besaba cualquier culo que llevara uniforme. Bud pondría un alto a toda esta tontería. Todo lo que tenía que hacer era decir no, y el asunto terminaría. La *Deepcore* se quedaría allá donde estaba, y los militares podrían volver a subir a sus helicópteros y regresar por donde hubieran venido. Todavía eran norteamericanos. Los militares *no* eran seres supremos. De todos modos, Kirkhill había claudicado tan fácilmente. Lindsey nunca había sido buena en ocultar su desdén, pero esta vez ni siquiera lo intentó.

—Kirkhill, es usted patético —dijo. Se dio la vuelta y se alejó.

McBride casi sintió pena por Kirkhill; después de todo, ser públicamente castrado por Lindsey Brigman era una experiencia que muchos de los hombres de aquel buque habían experimentado. Al mismo tiempo, sabía cómo se sentía Lindsey. A él tampoco le *gustaba* tener a todos aquellos tipos que no sabían nada acerca del proyecto *Deepcore* llegar a bordo y actuar como si fueran los propietarios del mundo. En especial, no le gustaba ver que todo su trabajo se iba por el agujero del wáter, justo cuando estaban tan cerca del éxito.

—Pónganme con Brigman —dijo Kirkhill. Bendix se inclinó hacia el

intercomunicador y empezó a llamar.

—*Deepcore. Deepcore.* —Mientras aguardaba a que la *Deepcore* respondiera, se volvió hacia McBride y dijo exactamente lo que McBride estaba ya pensando—. Oh, hombre, si Bud sigue adelante con esto, van a tener que dispararle a Lindsey con una pistola anestesiadora.

McBride no pudo hacer otra cosa excepto alzar las cejas en muda aceptación.

Alguien se puso al otro lado.

—Hippy —dijo Bendix—. Ponme con Bud.

Allá abajo en la *Deepcore*, las cosas seguían su ritmo habitual. Bud Brigman estaba sentado en la ventana del domo de babor de la sala de lodos, hablando con Barbo y Finler, que hoy estaban trabajando fuera. Podía verles de tanto en tanto, y le gustaba lo que veía. Barbo podía ser un malhablado que bebía mucho y perseguía a todas las mujeres allá en tierra, pero ponle un traje de inmersión y un casco y dale algo que hacer debajo del agua, y hará el trabajo exactamente tal como se lo pidas, rápido, pero nunca tan rápido que tengas que preocuparte acerca de si lo está haciendo bien. Y Finler encajaba perfectamente con él. Formaban un buen equipo.

Barbo nadó cerca de la ventana de observación y miró a Bud.

—Hey —dijo Bud. Su equipo de comunicación captó su voz y la transmitió a los buceadores por la UQC. Ésa era la designación de la Marina para los transmisores de sonido de alta frecuencia. La radio no era buena en el agua, pero cerca de la *Deepcore* podían utilizar la UQC, que traducía sus voces a sonidos de alta frecuencia, los cuales mantenían su coherencia en el agua en distancias cortas, y luego eran traducidos a la inversa al otro lado. El poder charlar un poco con alguien hacía que uno se sintiera menos solitario debajo del agua. Así que, aunque no utilizabas la UQC lo bastante como para que alguien con una emergencia no pudiera interrumpir, era bueno de tanto en tanto enviar un recordatorio de que alguien más estaba aún vivo en el mundo. No eras sólo tú y el silbido del regulador en tu casco—. Estáis ordeñando bien ese trabajo —dijo Bud.

Era una broma, por supuesto. Si los dos hombres pensaran sólo por un segundo que Bud lo estaba diciendo como una crítica seria, Barbo hubiera renunciado de inmediato, y Finler se hubiera sumido en un hosco enfado que hubiera durado varios días. Pero Bud sabía cómo decir las cosas de modo que ellos se dieran cuenta de que estaba bromeando. O quizás era que conocían a Bud lo bastante bien como para que nunca se les ocurriera que podía estar hablando en serio. Sabían que si tenía alguna auténtica crítica que hacerles, se la haría en privado, y, a menos que se tratara de una emergencia, hallaría una forma de decirla sin que pareciera en absoluto una crítica.

Pero no era «sólo» una broma. Allá abajo en la *Deepcore*, cada palabra contaba, cada cosa que decías tenía un significado, lo desearas o no. Esos hombres estaban

efectuando una aburrida, tediosa comprobación de mantenimiento y seguridad. Una broma podía ayudarles a romper el tedio, a mantenerlos alerta. Más importante, sin embargo, era que significaba que Bud estaba allí, les estaba observando. No como un celoso supervisor, esperando atraparlos haraganeando. Observándolos más como una madre. Sabían que, si algo iba mal, Bud lo vería de inmediato. No estaban solos. Y allá fuera en el frío y la oscuridad, no importaba lo maduro que fueras, lo buen buceador que fueras, lo valiente que fueras. Era bueno saber que alguien estaba observando. Ésa era la finalidad de la broma de Bud..., hacerles sentir su mirada sobre ellos como una palmada en la espalda, como una caricia.

Pero no dices todo esto en voz alta. Lo mantienes a un nivel ligero. Así que, cuando Barbo respondió, no sonó agradecido.

—Eso es porque nos encanta tanto helarnos las pelotas aquí fuera por ti.

Barbo se dio la vuelta, nadó hacia donde Lebrél Finler estaba ya cerrando y limpiando.

—Vamos, Finler —le dijo—. Terminemos con esto. Estoy cansado.

Uno diría, escuchándolo, que Barbo estaba derrengado, pero eso no era cierto. O, si lo era, a él no le importaba mucho. Bud sabía que, si era necesario, Barbo podía permanecer en el trabajo otra hora, o dos, o las que fueran necesarias. Pero Barbo sabía también que Bud nunca le pediría nada así, a menos que fuera seguro o necesario.

Trabajar en una plataforma de perforación no es un trabajo para hombres débiles, ni siquiera cuando la plataforma está sólidamente anclada a la Madre Tierra y se alza bastantes metros por encima del nivel del mar. Hay auténtico peligro en ella. Al océano no le importa si tú eres un turista primerizo mojándote los dedos de los pies en la playa o un perforador taladrando la corteza terrestre en busca de petróleo día tras día. Equivócate, y estás muerto. Y, en una plataforma, hay muchas más cosas en las que puedes equivocarte que en una playa para turistas.

Pero lo que separa a los perforadores en una plataforma de los piesplanos que trabajan en tierra firme no es solamente el peligro. Es el aislamiento. Un tipo en una perforación petrolífera en Oklahoma puede coger su camioneta e ir a algún lugar donde vendan cerveza o *Hustler*, un lugar con gente a la que no conoces que dice cosas que no sabes que vayan a decir. Gente, en otras palabras, que no forma parte de tu equipo. Los compañeros perforadores siempre dicen exactamente lo que tú sabes que van a decir, porque lo han dicho diez mil veces antes, hasta que sientes deseos de meterles un destornillador por las orejas sólo para darles alguna cosa nueva de la que poder hablar más tarde.

Ahora toma esa plataforma, envuélvela en un cascarón de metal, y sumérgela quinientos metros bajo las aguas, y tienes la *Deepcore*, la primera plataforma perforadora submarina operativa. Mucho más peligrosa si algo va mal, y

malditamente mucho más aislada. En una plataforma de superficie, al menos puedes ver algún pájaro ocasional cruzar el cielo o pasar algún barco por tu lado. Puedes ver el *cielo*. Pero en la *Deepcore* todo lo que puedes ver son las mismas paredes a tu alrededor, y esa pequeña parte del suelo submarino que está dentro del radio de tus focos.

Y, si decides que no puedes soportarlo más y deseas marcharte, bueno, no se trata sólo de saltar a un bote o a un helicóptero. Tienes que pasar por la descompresión. Trabajar a esas profundidades mantiene tu cuerpo tan lleno de nitrógeno que si no te tomas tu tiempo en la cámara, descomprimiendo el equivalente a alzar te a través del agua entre metro y metro y medio por hora, mueres a la vuelta de la esquina. No es un viaje rápido a casa. Si tienes la sensación de que has de salir de esta lata ahora mismo, todo lo que puedes hacer es meterte en otra lata más pequeña aún y pasar tres semanas allí en aislamiento, sufriendo todo el proceso de la descompresión.

Sólo saber esto hace que la mayoría de la gente se vuelva un poco loca en lo más profundo de sus mentes. Como si tuvieran ese pequeño grito resonando todo el tiempo, no lo bastante malo como para que se den cuenta de que está allí, pero sonando y sonando y sonando hasta que de pronto, un día, ocurre algo, estallas sólo lo *suficiente*, y de pronto te vuelves completamente loco y se te llevan en una camisa de fuerza. Si no se te llevan metido dentro de un saco. La mayor parte del tiempo, la mayoría de la gente mantiene ese grito bajo control. Pero está ahí, y tú lo sabes, y todos los demás lo saben también, y os observáis mutuamente para asegurarnos de que nadie va a soltarlo.

¿Deseas variedad? Entonces te has equivocado de trabajo. Todo lo que vas a comer durante el tiempo que estés bajo el agua se halla ya en la despensa..., y lo que hay almacenado allí es más o menos uniforme. Ningún Big Mac o cerveza para ti, lo siento. Y todo lo que respiras baja hasta ti por el cordón umbilical que te une al *Benthic Explorer*, el barco madre que flota encima de ti en la superficie. Todo es lo mismo, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto. Y, sin embargo, no puedes permitir que el aburrimiento te distraiga. Si fracasas en concentrarse sólo una vez, en el momento equivocado, puedes morir de una forma realmente rápida.

No es como en una oficina, donde está bien tener al lado a un par de personas a las que no puedes soportar o a las que simplemente puedes ignorar, porque qué demonios, vas a marcharte de vuelta a casa a las cinco. Aquí abajo, si sospechas tan sólo que uno de los tipos con los que estás es estúpido o descuidado, eso lo envenena todo, porque nunca estás seguro de que uno de sus descuidos no vaya a matarte. No es lugar para la hipocresía educada. Si no confías en él, simplemente no trabajas con él. Y cuando él se da cuenta de que tú nunca quieres trabajar con él —lo cual ocurre de inmediato, la primera vez que te niegas—, eso es el peor insulto que puedes lanzarle. Te odia más que a cualquier otra cosa en el mundo, porque tú les estás

diciendo a los demás miembros del equipo que crees que él no es bueno. Y si él no es bueno a los ojos de su equipo, entonces sabe, hasta lo más profundo de su alma secreta, que realmente no vale. Se siente tan avergonzado que desea morir, y no puede *irse*.

Así que elegir una tripulación para la *Deepcore* no fue sólo un asunto de agitar nombres en un sombrero o ver quién se presentaba voluntario. Era preciso conseguir un equipo cuyos miembros confiaran ya los unos en los otros hasta el borde mismo de la muerte, que hubieran mostrado todos sus rasgos de personalidad, aficiones y manías hasta el punto de que no se hicieran la puñeta los unos a los otros sólo respirando, y, por encima de todo, un equipo en el que todos los miembros fueran absolutamente competentes y cuidadosos en cada uno de los trabajos que tuvieran que hacer.

Se formaron seis grupos que empezaron al mismo tiempo, entrenándose con equipos de buceo de saturación para gran profundidad, no esos equipos del tres al cuarto de poca profundidad al que estaban acostumbrados para los rápidos trabajos bajo el agua en las plataformas de superficie. Tres de ellos terminaron el entrenamiento y se calificaron. Dos de ellos establecieron una rotación permanente, un mes abajo, tres semanas yendo hacia arriba, una semana en tierra, y de nuevo abajo. Y, cuando llegó el momento de elegir el equipo de elite, el que iniciaría la primera prueba de perforación bajo el agua, el equipo de Bud Brigman recibió la aprobación general porque eran el grupo más conjuntado, rápido, feliz, *preparado*, que nunca se hubiera presentado voluntario a vivir todo el año menos seis semanas en una lata en el fondo del mar o en latas incluso más pequeñas al subir arriba.

Barbo debió descubrir a Finler haciendo algo no exactamente perfecto.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí, amigo? —Sonó ligeramente irritado. Otros tipos se enfadaban cuando Barbo les hablaba de esa manera. Pero a Finley normalmente no le importaba ser corregido por Barbo, y, cuando le *importaba*, a Barbo no le importaba ser abroncado por Finler. Por eso Bud los mantenía juntos.

Ahora que estaba seguro de que Barbo y Finler estaban dejándolo todo bien, Bud se apartó de la ventana y empezó a comprobar indicadores. Podía oír el golpetear del equipo de perforación atendiendo la plataforma giratoria a unos seis metros de distancia. Aquél era el corazón de la plataforma. Debido al equipo semiautomatizado de primera clase, sólo se necesitaban cinco personas para ocuparse de la perforación en sí. Todo el resto de la gente en la *Deepcore* estaba allí para mantener aquel equipo perforador en funcionamiento en el fondo del mar.

En muchos sentidos, la *Deepcore* se parecía a una nave espacial salida de la pantalla del cine. La blanca estructura de metal que mantenía unidos los trimódulos en torno a la bodega central, todo nítido y limpio y estéril y frío. Pero, allá en el suelo que estaba siendo perforado, sabías que no estabas en el espacio. Era una zona de

construcción, tan segura como la de cualquier plataforma perforadora de superficie, y los hombres que trabajaban en ella iban siempre cubiertos de lodo y fragmentos desmenuzados de roca y espeso fango extraídos de las profundidades del agujero por la perforadora. Un tanto para la limpieza.

—¡Hey, Bud!

Miró a su alrededor, intentando ver quién había llamado su nombre. Era Lioso, el hombre más voluminoso del equipo, cuya altura sobrepasaba en una cabeza a todos los demás en la plataforma. La *Deepcore* no estaba diseñada para un equipo de jugadores de baloncesto..., Lioso sólo tenía diez lugares en toda la plataforma donde podía permanecer completamente erguido. Bud caminó hacia él a fin de poder oír.

—Hippy por la caja de quejas. Una llamada de arriba. Ese nuevo hombre de la compañía.

Bud tuvo que pensar un momento para recordar su nombre. Los tipos con corbata iban y venían.

—¿Kirkhill?

—Ajá.

—Ese tipo no sabe distinguir su culo de un agujero de ratas. —El amigo de Lindsey probablemente tenía el mismo aspecto que ese Kirkhill. Un tipo que llevaba corbata todo el tiempo. Eran un puñado de comadreja. Todos habían ido a la universidad y salido de ella con un título de Licenciado en Administración de Empresas, que por todo lo que Bud podía decir podía traducirse como Licenciado en Agujeros del culo Ensangrentados. A todos les gustaba citar su título después de su nombre. Permítame que le presente a su nuevo director, el señor Gerard Kirkhill, Licenciado en Agujeros del culo Ensangrentados.

Bud charló con el equipo de perforación de camino a su oficina.

—¡Hey, Perry!

—¡Hola!

—Hazme un favor, ¿quieres? Aparta a un lado esa manguera para el lodo y esos sacos vacíos. Este lugar está empezando a parecerse a mi apartamento.

No era tan divertido como eso, pero Perry rió. Bud había aprendido cómo dar órdenes sin sonar como si creyera que se tomaba en serio lo de estar al mando. Y, sin embargo, sus bromas nunca sonaban tampoco como si se estuviera disculpando. Nadie dudaba nunca de que Bud estaba a cargo de todo allí abajo. Nadie dudaba tampoco de que Bud *debía* estar a cargo de todo.

Bud se agachó para cruzar la compuerta estanca y recorrió el pasillo, con el acero resonando bajo sus botas con un ruido como de campanas de iglesia fuera de tono reverberando a lo largo del tubo. Ahora, lejos de la perforadora, pudo oír la voz de Hippy por los amplificadores.

—Bud, línea de arriba, urgente.

—Ahora voy. Ahora voy. Tranquilo, sujétate los pantalones. —No era que nadie pudiera oírle todavía. Simplemente le hacía bien responder.

Entró en su oficina, que era lo suficientemente pequeña como para sentirse apretado por todos lados y lo suficientemente grande como para que nadie pudiera escucharle cuando se quejaba de ello. Había montones de papeles por todas partes. Papeles que los tipos con corbata insistían que debía mirar o llenar u obedecer. Tendría que hacerlo algún día, pronto. Pero hasta entonces formaban parte de la decoración de la oficina.

Tomó el teléfono, pulsó el botón que parpadeaba.

—Aquí Brigman. Adelante, Kirkhill, ¿qué pasa?

Kirkhill estaba lleno de importancia y urgencia, así que por supuesto no pudo limitarse a decir lo que tenía que decir. Primero tenía que dejar bien sentadas las cosas, asegurarse de que Bud comprendía exactamente lo *importante* que era aquello.

Sí, sí, de acuerdo, dijo Bud en silencio. Adelante con ello.

—Sí, estoy tranquilo. Soy una persona tranquila. ¿Hay alguna razón por la que no deba estar tranquilo? De modo que Kirkhill se lo dijo.

—Tenemos aquí a la Marina. La Benthic Petroleum ha aceptado colaborar por entero con una operación que ellos deben poner en marcha. Eso significa mover la plataforma.

Bud se comió prácticamente el teléfono.

—¿Qué?!

Hippy Carnes estaba en el módulo de control de la *Deepcore*, observando a través de la portilla cómo el Pequeño Tonto obedecía sus órdenes y bailando un poco mientras escuchaba su cassette. Aquélla era la parte de su trabajo que más le gustaba a Hippy, controlar un VOICR —vehículo operado a control remoto— tan suavemente que hubiera podido ser su propio cuerpo el que estaba ahí fuera, sólo que infinitamente más duro de lo que su propia piel podría llegar a ser jamás. Sin embargo, aunque eran sus propias manos las que controlaban todo lo que hacía, aún seguía pensando en el Pequeño Tonto casi como en una criatura viva. Otra persona, pero una que siempre hacía lo que Hippy esperaba de ella. Un auténtico amigo. Un segundo yo.

Tenía al Pequeño Tonto fuera en un trabajo de iluminación: las luces del VOICR ayudaban al buceador llenando las sombras. Pero el Pequeño Tonto, como su hermano mayor el Gran Tonto, era una linterna con ojos. Hippy tenía que observar el monitor con absoluta concentración porque un buceador, Chico, dependía de él para avisar de obstáculos no vistos, piedras, marañas, restos —cualquier tipo de peligro—, y si Hippy se saltaba algo, era Chico quien iba a pagarlo. También, en el fondo de su mente, era en cierto modo consciente de que Una Noche estaba fuera también en el

Fondoplano, el sumergible de grandes profundidades accionado manualmente, de modo que si él actuaba de una forma torpe o descuidada, ella lo vería. No era que albergara algún sentimiento especial hacia Una Noche ni nada parecido, ella ni siquiera era particularmente atractiva, pero Hippy siempre actuaba, de una forma natural, más cuidadosamente cuando había una mujer mirando. Cuando niño, siempre había conseguido sus mejores puntuaciones en los videojuegos cuando tenía audiencia, pero nunca alcanzaba el máximo de puntuación a menos que hubiera alguna chica viéndole jugar. Una vez, jugando al Galaga, tuvo la sensación de que podría seguir jugando eternamente, derribando oleada tras oleada. Dobló la última puntuación más alta. Algún pobre estúpido había pensado que su total era el definitivo, pero Hippy lo dejó en ridículo. Sólo cedió su turno cuando la chica empezó a pasar su mano por los fondillos de sus tejanos y a bajarla por sus muslos, y pensó que si dejaba de jugar ahora podría conseguir dos puntuaciones aún más altas aquella noche. Era curioso, sin embargo: No podía recordar el nombre de la chica, ni siquiera su cara, o incluso si fue particularmente buena o no. Pero recordaba las sensaciones de aquel juego, el Galaga.

Mientras movía al Pequeño Tonto por los alrededores, Una Noche manipuló el brazo derecho del Fondoplano para darle a Chico la abrazadera que debía instalar.

—Las cabezas para arriba, cariño.

—Perfecta sincronización, amor —dijo Chico. Eso era cierto, también. Lisa «Una Noche» Standing siempre estaba atenta a todo, siempre sabía exactamente lo que necesitabas y cuándo.

Por supuesto, ella *sabía* que era buena.

—¿No lo soy siempre? —decía. Pero a nadie le importaba que fuera un tanto presumida al respecto. No hay nada malo en saber que eres bueno.

Eso era algo que Hippy sabía de sí mismo: Se concentraba mejor cuando había una firme e impredecible distracción en marcha. Como la errante mano de aquella muchacha en el salón de videojuegos. Como bailar un poco con la música. Como ese ratoncito blanco, Beany, que en estos momentos estaba arrastrándose por sus hombros, por su cuello, con sus pequeñas patitas presionando aquí y allá, el delicado roce de sus bigotes, la débil y húmeda presión del hocico de Beany y su aliento sobre su cuello. Había tenido jefes que no comprendían cómo le ayudaba Beany, cómo la impredecibilidad de Beany lo mantenía vivo y siempre atento. Había perdido trabajos a causa de Beany. Pero Bud Brigman nunca había armado ningún follón acerca de Beany. Era como si comprendiera que Hippy necesitaba a Beany de la misma forma que algunos tipos necesitan masticar chicle o maldecir o algo así. Era parte de ser uno mismo.

Bien, esa parte del trabajo estaba terminada. Hippy lo comprobó tanto por la ventana como por el vídeo de la cámara montada en la parte delantera del Pequeño

Tonto..., el mismo vídeo que estaban contemplando arriba. Cuando estuvo seguro de que no se había enredado con nada, hizo retroceder un poco al Pequeño Tonto de la zona de trabajo para que Chico pudiera trasladarse a su siguiente tarea.

Aquel fue el momento en que Bud entró en tromba en el módulo de control, haciendo resonar la compuerta y pateando algo. Hippy hubiera podido maldecir a Bud por sorprenderle de aquella forma, distrayéndole..., sólo que la expresión en el rostro de Bud le dijo que aquélla no sería la mejor idea del mundo.

Bud no dijo ni una sola palabra, pero golpeó la parte superior del cassette con el puño, cortando la música.

Sí, *no* estaba calmado. Hippy observó a Bud adelantar la mano y apretar con la palma el interruptor de llamada. Fuera de la *Deepcore*, el altavoz hidrófono empezó a hacer sonar su sirena. Llamada a los buceadores. Y, por si acaso alguien no se daba cuenta de ello, Bud tomó un intercomunicador y ladró:

—Todos los buceadores, dejen inmediatamente lo que estén haciendo. Todo el mundo fuera de la instalación.

Hippy empezó a retirar inmediatamente al Pequeño Tonto del camino para que todos pudieran entrar. Pudo oír a Una Noche y Chico hablar por los auriculares.

—Maldita sea, acabamos de salir —dijo Una Noche. Chico se limitó a suspirar.

—Hubo un tiempo en que hubiera preguntado por qué.

—Correcto. Como si Chico fuera tan viejo como las montañas, como si ya lo hubiera visto todo.

Hippy se dio cuenta de que, mientras Chico nadaba junto al brazo manipulador del Fondoplano, Una Noche intentó que el brazo lo agarrara por las posaderas. Chico lo vio, y se retorció para eludirlo.

—¡Oh, hey! —dijo Chico.

El pensamiento cruzó de inmediato la mente de Hippy: Una Noche estaba en celo, y Chico tenía el número que venía a continuación. Ni un atisbo de celos, sin embargo. Cualquier emoción de este tipo que pudiera sentir Hippy escapó inmediatamente de él, como si cada una de las huellas de las patitas de Beany sobre sus hombros fuera un diminuto orificio que dejara escapar los sentimientos.

Chico se situó encima del Fondoplano y se aferró a él mientras Una Noche lo pilotaba entre las patas de la *Deepcore*. Avanzaba sólo a un metro por encima del suelo marino. Hippy trajo al Pequeño Tonto inmediatamente después, como si fuera un chachorrillo fiel. Hippy vio al Fondoplano deslizarse en la zona iluminada debajo del pozo lunar, luego alzarse hacia la luz.

—*Deepcore, Deepcore* —dijo Una Noche—. Aquí Fondoplano, preparándose para emerger.

Hippy comprobó la posición del Fondoplano, especialmente en la parte de atrás, donde estaba ciego.

—Adelante, Fondoplano, tienes vía libre.

—Muchas gracias.

Barbo y Finler agarraron una de las cuerdas que colgaban allí y se izaron mano sobre mano. Chico siguió cabalgando a lomos del Fondoplano mientras Una Noche llevaba el aparato directamente bajo el pozo. Hippy trajo al Pequeño Tonto inmediatamente después. Persiguiendo tu lindo culo hasta el cielo, muchacha.

El Fondoplano ascendió hasta la superficie del pozo lunar mientras Lioso y Perry y un par de los otros muchachos de la sala de perforación ayudaban a los demás perforadores a salir del agua. El agua, a aquella profundidad, estaba sólo a seis grados por encima del punto de congelación, y, pese a sus trajes con calefacción, los buceadores estaban fríos y rígidos y no se mostraban demasiado hábiles en las pequeñas tareas como quitarse los cascos y los collarines de caucho sin arrancarse el pelo hasta la raíz. No era divertido, pero formaba parte del trabajo.

Tampoco pensaban mucho en ello, de todos modos. Sus mentes estaban centradas en otra cosa..., preguntándose por qué habían sido llamados de vuelta. Cualquier cosa fuera de lo normal como aquello olía a problemas, y cualquier problema, a aquella profundidad, podía convertirse en algo muy malo en muy poco tiempo. Estaban preocupados, estaban irritados, se sentían curiosos.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Finler—. ¿Por qué nos han llamado?

—Que me aspen si lo sé —dijo Chico. Su tono de voz sonaba como si no le importara. Pero nadie se dejó engañar ni por un segundo.

El pozo lunar parecía como una piscina en un gimnasio cubierto. La diferencia estaba en que, allí dentro, no era la gravedad la que mantenía el agua en la piscina. Era la presión del aire. Como cuando empujas un vaso boca abajo dentro del agua. Todavía hay aire en el vaso, así que el agua queda abajo. Pero si el sello de aire llegara a romperse alguna vez, el agua del pozo lunar entraría en erupción y llenaría toda la *Deepcore*, si pudiera. Ésta era sólo una de las pequeñas cosas que podían matarles si algo iba mal.

Finler estaba tan nervioso como un gato y, como a menudo cuando podía encontrar a alguien que le escuchara, estaba haciendo preguntas que nadie podía contestar.

—¿Cuál es el problema, amigo? ¿Por qué hemos subido?

Barbo se quitó el collarín de caucho, tirando de él más allá de su barba empapada de sudor. Cada vez que lo hacía le dolía. Uno tiene que ser una especie de masoquista para llevar barba siendo buceador. Pero, puesto que Barbo la llevaba, Finler la llevaba también.

—Simplemente seguimos el procedimiento normal, ¿no? —dijo Barbo—. Date de palos hasta que alguien nos diga lo que está pasando.

Eso era lo que necesitaban para romper la tensión..., alguien hablando

crudamente.

—Hey, Barbo —dijo Lioso, en cubierta a unos cuantos pasos de distancia—. Te vendo mi *Penthouse* de octubre, con todas las cartas, por veinte pavos, ¿qué dices?

Por aquel entonces Una Noche estaba saliendo del Fondoplano. Completamente seca, de modo que era la única que no temblaba de frío. Lioso le arrojó una cuerda.

—Ahórrate el dinero —dijo Una Noche a Barbo—. A estas alturas las páginas ya deben de estar todas pegadas.

Bud entró en el momento en que Lioso ayudaba a Barbo a acabar de salir del agua. Todo el mundo miró a Bud. Él tenía las respuestas, y sabían que les diría todo lo que pudiera.

—Hey, Bud, ¿qué es lo que pasa, eh? —preguntó Lioso. Bud agitó la cabeza.

—Muchachos, escuchad. Acaban de decirme que cerremos el agujero y que nos preparemos para mover la plataforma. Mover la plataforma.

—Mieeeeerda —dijo Chico. Todos sabían que mover la plataforma significaba el final. El proyecto había sido interrumpido. La *Benthic* había perdido los nervios, y estaba saliéndose del asunto del experimento submarino. En algún lugar, los mierdas de pollo de los contables habían decidido que los costes no resultaban rentables. Todo había terminado.

O quizá no. Bud sabía lo que todos estaban suponiendo..., que su proyecto era una víctima de la política de la compañía o la línea de fondo de la pura estupidez o algo así..., de modo que borró la idea tan pronto como pudo.

—Hemos recibido una invitación para cooperar en un asunto de seguridad nacional. Ahora ya sabéis tanto como yo. Así que recoged las cosas y preparaos. Tenemos una reunión dentro de diez minutos.

Hubo algunos gruñidos. Bud dio un par de palmadas. Como un entrenador animando a su equipo.

—Moveos —dijo. Lo que todos oyeron fue: A mí tampoco me gusta, pero tenemos que hacerlo, y qué demonios, probablemente tampoco será tan malo.

De alguna forma, todo el equipo cupo en el módulo de mando para la reunión. El aire estaba cargado y lleno de sudor, pero nadie deseaba oír la noticia de segunda mano. Había un tipo de la Marina en el monitor del *Benthic Explorer*..., el comodoro DeMarco, se presentó. Kirkhill era visible al fondo. Si hubiera hablado él, Bud no se lo hubiera creído ni por un segundo. Los tipos con corbata te dicen lo que creen que va a conseguir que hagas lo que ellos quieren. En cambio, Bud sabía —¿acaso su padre no había sido marine?— que los tipos de uniforme dejarán de decirte cosas por razones de seguridad nacional, pero en general te dirán todo lo que crean que necesitas saber para hacer un buen trabajo. La diferencia residía en la confianza. Los tipos de las compañías esperaban que todo el mundo usara lo que sabía para apuñalar por la espalda a todos los demás a fin de poder seguir trepando. No podían decir a

nadie la verdad porque no podían confiar que nadie no usara esa verdad contra ellos. Mientras que los tipos militares esperaban que obedecieras órdenes, punto, así que era correcto decirte la verdad. Muchos civiles no comprendían eso. Bud sí.

—A las 09:22 de esta mañana, hora local —estaba diciendo DeMarco—, un submarino nuclear norteamericano, el *USS Montana*, con ciento cincuenta y seis hombres a bordo, se hundió a treinta y cinco kilómetros de aquí.

—Maldita sea —dijo Bud. Los civiles podían oír que un par de cientos de militares habían desaparecido, probablemente muertos, y pensar: Bien, para eso están, para morir por su país. Pero los militares, y sus familias, siempre tenían la sensación de que quienes habían muerto eran parte de su propia familia. Porque podría haber sido así. Bud lo sabía. Uno de esos números que todo el mundo leía en las noticias de la televisión durante Vietnam, una de esas «cuarenta y dos bajas», o incluso quizá «pequeñas pérdidas», había sido su padre. Fue por eso por lo que DeMarco hizo una pausa, por lo que Bud maldijo. Hubo un momento de silencio. Era todo el pesar que tenían tiempo de expresar en aquel momento.

—No ha habido contacto con el submarino desde entonces. La causa del incidente es desconocida. Su compañía ha autorizado a la Marina a utilizar esta instalación para una operación de rescate. El nombre clave de la misma es Operación Salvamento.

Era una conexión en ambos sentidos, y Una Noche tenía una pregunta.

—¿Desean que busquemos el submarino?

—No. Sabemos dónde está. Pero se halla bajo seiscientos metros de agua, y nosotros no podemos alcanzarlo. Necesitamos buceadores que entren en el submarino y busquen a los supervivientes, si los hay.

Aquella era la parte que a Bud no le gustaba. Su gente estaba entrenada para trabajar con la *Deepcore*. Con un equipo de perforación que conocían, un material que estaba en sus lugares correctos. Dentro de un submarino siniestrado, era probable que no encontraran nada. Bud tuvo la visión de una imagen: un retorcido pecio colgando en una situación precaria o enredado en algo. Vio a uno de sus propios hombres muriendo allí.

—¿Acaso no tienen ustedes sus propios equipos para ese tipo de trabajos? —preguntó.

DeMarco sabía que era una pregunta justa, y dio una respuesta justa.

—Cuando consigamos traer hasta aquí a nuestros sumergibles de rescate, el frente de la tormenta estará ya sobre nosotros. Pero ustedes pueden trasladar su plataforma por debajo de la tormenta y estar allí en quince horas. Eso hace que su opción sea la mejor en la que podemos pensar en estos momentos.

Bud sabía la urgencia que sentía la Marina..., eran sus hombres los que estaban en aquel submarino, y si aún quedaban algunos de ellos con vida, tenían que sacarlos. Tenían que hacer *cualquier cosa* para sacarlos, si podían, porque eso es lo que

esperarían que la Marina hiciera *por ellos*, si se veían en problemas.

El equipo de Bud no sentía necesariamente del mismo modo.

—¿Por qué deberíamos arriesgar nuestros pellejos por algo como esto? —preguntó Hippy.

DeMarco no tenía ninguna respuesta. Pobre tipo, pensó Bud. Aún no ha aprendido que a los civiles no les importa una mierda la vida de los militares. Sí, señor comodoro, éste es el tipo por el que se supone que está dispuesto a morir usted, si entramos en guerra. Le hace sentirse orgulloso, ¿verdad? Por un momento, Bud se sintió avergonzado de formar parte de su equipo, aunque sabía que no estaba siendo justo, que se *suponía* que los civiles consideraban a los militares como vidas fungibles.

El silencio no duró mucho tiempo, sin embargo. Este tipo de pregunta parecía ir dirigida directamente a Kirkhill..., era algo que un tipo con corbata podía comprender. Hippy estaba hablando su idioma. Kirkhill adelantó su rostro hacia la pantalla.

—He sido autorizado a ofrecerle una bonificación especial equivalente a tres veces la paga normal de buceo.

Hubo silbidos y gritos apreciativos.

—Sí, señor —dijo Finley, apuntando hacia la pantalla con un dedo—. ¡Sí, señor! Barbo agarró a Beany del hombro de Hippy.

—Demonios —dijo—, por el triple de paga soy capaz de comerme a Beany.

—¡No! —chilló Hippy. Barbo volvió a depositar el ratón en su sitio, sin mirarlo.

Finler estaba estudiando el espíritu del asunto. ¿Hasta qué punto estaba ansioso por una triple paga?

—Estoy aquí para decírselo. Pueden confiar en mi palabra.

Aquello irritó realmente a Bud: Kirkhill intentando sobornar de aquel modo a la tripulación. Triple paga: la paga de un hombre muerto. Bud lo sabía. No deseaba tomar parte en aquello. Fue al comodoro DeMarco a quien se dirigió, de todos modos. Sabía que era mejor que intentar meter algo de sentido común en la cabeza de un hombre con corbata.

—Mire, no me importa qué clase de trato hayan hecho ustedes con la compañía, pero mi gente no está cualificada para esto. Son trabajadores petrolíferos.

Eso era lenguaje militar, una forma de pensar militar; Bud la había aprendido de su padre. Nunca pongas a tus hombres en una situación más allá de su entrenamiento. Y si un oficial te ordena hacerlo, infórmale de las limitaciones.

DeMarco comprendió de inmediato.

—Aquí está el teniente Coffey. Su equipo SEAL será transferido ahí abajo para supervisar la operación.

Aquello era una ayuda. Tenían a alguien allí que sabía cómo hacer el trabajo. Pero

eso representaba otro peligro. Bud no había conocido a ningún SEAL, pero supuso que eran comandos tipo Rambo. Boinas Verdes con aletas.

—Pueden enviar aquí abajo a quien quieran, pero yo soy el que controla esta plataforma, y, en lo que se refiere a la seguridad de mi gente, primero soy yo, y luego es Dios. ¿Comprende? Si las cosas se ponen difíciles, yo soy el que tira del tapón.

DeMarco asintió brevemente. Todo de acuerdo con las ordenanzas: tú rescatas a tus hombres si puedes hacerlo sin pérdidas inaceptables.

Kirkhill, sin embargo, se sentía obviamente azarado ante el hecho de que aquel simple encargado estuviera hablando directamente con la Marina. Bud sonaba tan..., *tan poco cooperativo*. Calma las cosas, haz que todo el mundo se sienta bien, ése era el trabajo de Kirkhill, ¿no?

—Creo que todos estamos dentro de la misma longitud de onda, Brigman —dijo—. Así que relájese. Ahora desacoplemos la entrada del pozo, ¿de acuerdo?

En silencio, Bud respondió: Métete la cabeza en el culo, ¿de acuerdo? Pero no dijo nada en voz alta. No valía la pena. Él y DeMarco se comprendían mutuamente, y eso era todo lo que importaba. Él conservaba la autoridad de mantener a su equipo a salvo, y no podía pedir más.

Bud se dirigió hacia la salida de la habitación. Nadie más se movió.

—Vamos a trabajar, muchachos —dijo.

Comprendieron. La reunión había terminado. Bud permaneció al lado de la compuerta mientras los demás salían, en dirección a sus respectivas tareas. Todos sabían lo que estaba en juego. Tenían que desacoplar el pozo de modo que pudieran volver a acoplarlo fácilmente más tarde. Ésa era su única posibilidad de seguir trabajando en el proyecto. Aun así, una vez la *Deepcore* estuviera desprendida del pozo, sería demasiado fácil para cualquiera de los que se oponían al proyecto —que incluía a todos los de la compañía que no se hallaban en posición de reclamar la gloria y las medallas si el éxito les acompañaba— utilizar esto como una excusa para cancelarlo todo. Tenían que hacer que resultara lo más fácil y barato posible el volver a dejarlo todo tal como estaba.

Lo único bueno de todo esto, pensó Bud, es que Lindsey no está aquí. Y, cuando se entere, desearé estar en otro continente al menos durante un año. Porque de alguna forma, Dios sabe cómo, encontrará el modo de echarme a mí la culpa de todo.

6 – Síndrome nervioso de alta presión

Desacoplaron el pozo sin problemas, excepto el problema de que no deseaban hacerlo, por supuesto. Todo el entusiasmo de la triple paga había desaparecido cuando todo el mundo volvió dentro. Pensaban en la diferencia entre un par de días de triple paga y tener un trabajo a paga normal durante tres meses. Incluso los más lentos sabían la aritmética suficiente como para hacer números. Además, estaban a unos cuatro días del final de su turno de cuatro semanas. Contando el tiempo de descompresión, justo a la mitad de volver arriba. ¿Quién sabía cuánto tiempo iba a retrasar las cosas este desvío?

Bud estaba sentado a los controles de la *Deepcore*, utilizando una palanca para pilotarla a través del agua como un avión, excepto que la *Deepcore* no hacía mucho más de un nudo y medio debajo del agua. La plataforma estaba diseñada para descender hasta el fondo y quedarse en un lugar..., se suponía que era maniobrable solamente para escoger el mejor lugar donde posarse, dentro de un radio de unos pocos cientos de metros. La *Deepcore* estaba equipada con impulsores lo bastante potentes como para mover sus cinco mil toneladas de masa, pero necesitaba al Fondoplano, equipado con cables de remolque, para dirigirla con una cierta precisión. Ésa era en parte la razón por la que la *Deepcore* necesitaba un sumergible tan poderoso como el Fondoplano.

Así que Bud tenía a Una Noche pilotando el Fondoplano, una especie de plataforma móvil, por delante de ellos, eligiendo el rumbo más seguro, mientras Bud se encargaba de mantener a la *Deepcore* más o menos detrás de él. Además, la *Deepcore* estaba aún unida al *Benthic Explorer* en la superficie por medio del largo cordón umbilical. Imaginó que la *Deepcore* debía tener un aspecto tan estúpido como un lujurioso doberman tirando de su correa en su intento por atrapar a un chihuahua en celo.

—Hey, Una Noche, ¿cómo vamos?

—He pillado la fiebre, muchacho.

—No le extrañaría. Era un viaje de al menos doce horas, y no había tiempo para desenganchar los cables de arrastre, traer al Fondoplano de vuelta, y cambiar de conductores.

Bud recibió una ligera corrección de rumbo desde el *Explorer*.

—¿Por qué no la lleva unos cinco grados a la izquierda?

—Cinco grados a la izquierda, correcto.

Hippy entró, comprobó un par de cosas. McBride, mientras tanto, apareció en el monitor encima de su cabeza con las últimas noticias.

—Bien, esto es oficial, forofos del deporte. Lo llaman el huracán Frederick, y dentro de unas cuantas horas va a hacer nuestras vidas realmente interesantes.

Hippy salía de nuevo en el momento en que un nuevo rostro apareció en el monitor. Era exactamente la última persona que Bud esperaba ver.

Lindsey ni siquiera intentó decir las cosas suavemente.

—No puedo creer que les dejaras hacerlo —exclamó.

Era tan malo como sus peores temores. Todo culpa suya, por supuesto. Y Lindsey estaba utilizando su voz de la-has-jodido-muchacho. Pero estaba decidido a no dejarla meterse bajo su piel. Sonrió. De hecho, no pudo evitarlo. Le alegraba verla, aunque estuviera irritada de aquella forma, aunque supiera que estaba allí para causarle problemas, para castigarle por cualquier pecado que pudiera achacarle. Le alegraba, y no sólo porque era seguro que iba a hacerle a Kirkhill la vida insoportable.

—Hola, Lins, creí que estabas en Houston. —En realidad desearía malditamente que estuvieras en Houston, querida. ¿No tenemos bastantes problemas sin que tú estés ahí arriba en el *Explorer*, chutándome?

—Lo estaba, pero ahora estoy aquí. Sólo que *aquí* no es donde yo lo dejé, ¿eh, Bud?

—A mí no me lo cuentes. —Intentó reírse ante la idea, ayudarla a ver lo ridículo que resultaba culparle a él.

—Estábamos *tan cerca* de probar que una plataforma perforadora sumergible podía funcionar. ¡No puedo creer que les hayas dejado que le echen la mano encima a mi plataforma!

—¿*Tu* plataforma?

—*Mi* plataforma. Yo diseñé esa maldita cosa.

—Ya, y la Benthic Petroleum pagó por ella. Así que, mientras ellos sean los responsables de mi nómina, iré donde ellos me digan. —Pero la hoja de la nómina no era lo que le dominaba, y ella lo sabía. Así que quizá tuviera un poco de razón echándole la culpa. Hubiera *podido* detener aquello. ¿Por qué no lo había hecho? No era la triple paga. Era..., el deber, quizá. Había un submarino ahí abajo. ¿Qué se suponía que debía hacer, ignorarlo? ¿Olvidar que era un ciudadano? ¿Olvidar que había crecido en una familia marine?

No podía explicar *eso*, no a Lindsey. No podía explicarle que a veces no tienes otra elección.

—Sudé mucho construyendo todo esto. Y luego vienen ellos y te *compran*. Y apuesto a que lo hicieron barato.

Hippy volvió a entrar en la sala de control. Bud no tenía ninguna intención de dejar que Lindsey siguiera zurrándole delante de una audiencia. No esta vez.

—Lo siento, pero debo desconectar —dijo alegremente. Ella aún consiguió darle

un último azote antes de que pudiera alcanzar el interruptor.

—¡Oh, Virgil, te dejas llevar de una manera tan...! Nunca...

—Adiós —dijo Bud. Intentando aún sonar alegre, para que Hippy no viera lo irritado que estaba.

Pero Hippy estaba atento sólo al nuevo descubrimiento que habían captado sus oídos.

—¿Virgil? —se sorprendió.

Así que el muchacho no sabía el auténtico nombre de Bud. ¿Y qué? Aquélla no era más que otra forma que había descubierto Lindsey de minar su relación con su equipo.

—Dios, odio a esa zorra —murmuró. Intentando hacer que sonara como una broma.

Hippy lo tomó literalmente.

—Entonces no hubieras debido casarte con ella.

¿Crees que nunca he pensado en ello, Hippy? ¿Crees que esta idea nunca ha pasado por mi cabeza?

Hippy debió leer algo en la expresión de Bud. Se volvió hacia los monitores y reanudó su trabajo.

Hablar con Bud había sido tan inútil como siempre. A él ni siquiera parecía *importarle* cuando ella le decía cosas. Ella estaba tan *furiosa*, y todo lo que él hacía era sonreír, sin perder nunca la tranquilidad, siempre con aquella maldita *sonrisa*.

Y lo peor era que no había una maldita cosa que ella pudiera hacer al respecto aquí arriba en el *Explorer*. Nada que hacer excepto observar a Kirkhill yendo de un lado para otro haciéndose el importante mientras la Marina le cortaba las pelotas y se las daba a comer con una cuchara..., ¿acaso el idiota ni siquiera se daba cuenta de cuándo le tomaban el pelo? Nada que hacer excepto sudar mientras allá abajo situaban la *Deepcore* en posición. Y entonces el *Explorer* tendría que cortar el cordón y alejarse durante un par de días o de otro modo verse sacudido de un lado para otro como un saco de patatas en medio del huracán. Y ella ni siquiera *sabría* lo que estaba ocurriendo, no le quedaría más remedio que sentarse mordiéndose las uñas en alguna parte del Caribe sin nada que hacer excepto esperar mientras los matones de Coffey bajaban a la *Deepcore* y la llevaban hasta el borde de la fosa Caimán, de entre todos los lugares, Dios mío, donde la misión podía tener éxito, en cuyo caso la Marina seguramente seguiría reteniendo la *Deepcore* y marcaría todos sus diseños con el sello «Clasificado» a fin de que ella jamás pudiera construir otra, o la misión fracasaría, sin duda estropeando la *Deepcore* en el proceso, por no decir *destruyéndola*, en cuyo caso la Marina la arrojaría a un lado como un pañuelo de papel usado. La Benthic nunca pagaría su reparación. Los enemigos del proyecto —y, con Lindsey como diseñadora, eran legión— dirían que a todas luces la *Deepcore* no

era lo bastante resistente como para conseguir sus objetivos. Nadie más confiaría en ella si la Benthic la abandonaba como un fracaso. El proyecto *moriría*, simplemente así.

Cuanto más pensaba en aquel tonto del culo de Coffey bajando a *su* plataforma mientras ella permanecía atrapada ahí arriba, más furiosa se ponía.

Entonces recordó cómo iban a bajar ahí abajo. Uno de los Taxis, por supuesto. Sólo que los SEALs no sabían pilotarlos. *Ella* sí sabía hacerlo. ¿Por qué no podía ser *ella* quien los llevara abajo? Deseaban a la ingeniero del proyecto a mano para que se ocupara de los problemas, ¿no? Bien, nunca estaría *más* a mano que si bajaba con ellos a la *Deepcore*.

Tenía suerte. Había montones de tripulantes de servicio por ahí a su alrededor. El Taxi Tres era el sumergible que tenían para transferir cualquier cosa o cualquier persona abajo a la *Deepcore*. Ya debía estar todo preparado. Así que..., ¿a qué aguardaban?

Al conductor. El conductor aún no estaba ahí abajo. Bien. No tendría que discutir con nadie. Todavía.

Los SEALs estaban preparados para irse: Coffey y Schoenick se hallaban fuera del Taxi Tres, metiendo las últimas cosas, pasándoselas a Wilhite y Monk. El sumergible golpeteaba con fuerza cada vez que el *Explorer* se agitaba en las ya turbulentas aguas, pero eso no parecía detener a los SEALs. El Taxi Tres estaba completamente preparado; el cable para alzarlo del soporte metálico que lo mantenía fijo en cubierta ya estaba enganchado.

Lindsey se dirigió directamente hacia los SEALs, decidida a hacerse cargo de las cosas.

—¡Adelante, caballeros! O nos sumergimos ahora o no nos sumergimos.

Coffey la miró sorprendido, pero ella no aguardó a sus preguntas. Subió por el costado del Taxi Tres, se agarró a la argolla donde estaba sujeto el cable elevador, y trazó un círculo con su mano alzada para indicarle al hombre de la grúa que todo estaba preparado.

—¡Elévalo, Byron!

Byron fue rápido. Byron era un buen hombre. Coffey y Schoenick sólo tuvieron tiempo de meter dentro el último bulto de su equipo pesado antes de que el cable se tensara y el Taxi Tres se elevara en el aire. Un minuto más tarde oscilaba directamente sobre el pozo de inmersión mientras Lindsey se tendía hacia fuera y bajaba la escotilla superior. La cerró sobre su cabeza con una mano mientras sujetaba los auriculares con la otra.

—Aquí Taxi Tres. Preparados para inmersión, McBride.

—De acuerdo, Taxi Tres, preparados para inmersión. Pudo oír a alguien — Kirkhill— al fondo.

—¿Qué quiere decir, preparados para inmersión? ¿Quién lo lleva abajo?

—Bates, ¿no? —la voz de Bendix.

—¡Bates está aquí!

—Entonces, ¿quién está en el Taxi Tres?

Yo, pensó Lindsey. La única persona que tiene *derecho* a estar bajando en estos momentos a la *Deepcore*. Con cuatro rambos a sus espaldas. Miró hacia atrás por encima del hombro para comprobar que los cuatro estaban en sus respectivos lugares en los pequeños y atestados bancos de la parte de atrás, con la escotilla superior sellada y la escotilla de emergencia de popa asegurada. Estaban listos para que Byron los bajara hasta el agua.

En vez de ello, Byron los mantuvo colgando a cinco metros por encima del pozo. Cada bandazo y sacudida del barco los llevaba hacia un lado u otro, y en medio del caótico esquema de movimientos Byron tenía sin duda la sensación de que era imposible bajarlos sin grave riesgo de golpear el Taxi Tres contra los bordes del pozo. Sin embargo, había que hacerlo. ¿Qué era lo que pensaba, que si aguardaba el tiempo suficiente el mar sería tan amable que se mantendría unos instantes tranquilo para que ellos pudieran hacer un descenso de libro de texto? Además, cuanto más tiempo colgaran sobre el pozo, más posibilidades había de que Kirkhill o alguien intentara detenerles, diera órdenes de volver a colocarlos sobre el armazón de almacenaje del taxi y sacar a aquella maldita mujer de allí. Toda araña sabe que hay momentos en los que puede descender suavemente colgada del hilo, y momentos en los que hay que cortar éste y dejarse caer. Lo que Byron no podía hacer bajando el Taxi Tres al extremo de un cable, Lindsey podía hacerlo tirando de la palanca roja que liberaba el cable de la argolla. Tendió la mano y la sujetó, observando por la ventanilla el momento en que el Taxi Tres estuviera directamente sobre el pozo.

—Agárrense, caballeros —dijo. Actúa confiadamente, y Coffey no pensará que algo va mal y decidirá intervenir. Pero no estaba fingiendo..., *estaba* confiada. Sabía cómo hacer su trabajo mucho mejor que cualquier otro. ¿Bates? ¿De qué serviría Bates ahí abajo? Hubiera aguardado hasta que Byron estuviera seguro. Hubiera aguardado hasta que todo fuera perfectamente seguro. Hubiera aguardado hasta que se helara el infierno.

Tiró de la palanca. El Taxi Tres cayó cinco metros hasta el agua. La caída no fue mala. Pero el golpe con la superficie del mar transmitió vibraciones desde sus posaderas hasta sus codos, dando una buena sacudida a los tipos de atrás y todo su equipo.

—Contacto —dijo Lindsey—. Vítores y clamores. —El borde del pozo había pasado como a medio metro. Una geometría muy complicada, efectuar una caída directa dentro de un barco que se movía al azar—. ¿Cómo van ahí atrás?

No les había hecho ninguna gracia el brusco choque con el agua, pero ninguno

dijo nada. Se limitaron a mirarla con ojos asesinos. Mírame con ojos asesinos todo el día si quieres, Coffey. No golpeamos el borde del pozo, no seguimos colgando de un cable, y he conseguido mi viaje a la *Deepcore*.

Lindsey inundó los tanques, y el Taxi Tres se hundió rápidamente en el agua, por entre los cascos gemelos del *Benthic Explorer*.

-*Explorer*, aquí Taxi Tres —dijo—. Estamos bajando.

—Entendido, Taxi Tres —dijo McBride.

Bendito fuera el hombre, no estaba haciendo nada por detenerla.

Entonces Kirkhill se puso en la línea. El ejecutivo de suaves modales, el no-hagan-olas-podemos-manejar-esto-de-una-manera-razonable, había desaparecido.

—Lindsey, ¿qué demonios cree que está haciendo?

Aquella no era una conversación que deseara sostener. Ni le importaba tampoco. Como de costumbre, Kirkhill había llegado un día tarde y le faltaba un dólar para el billete. Accionó el conmutador y ahogó su voz. Luego encendió los focos y maniobró el Taxi Tres hasta que pudo ver el cordón umbilical a unos pocos metros de distancia de su portilla frontal. Aquello era todo lo que necesitaba..., si lo seguía hacia abajo, la llevaría directamente a la *Deepcore*.

Una Noche permanecía alerta en el Fondoplano, cantando a todo pulmón. La canción era «Dispuesto», una antigua y gran canción de los camioneros.

—He sido azotado por la lluvia —cantaba—, empujado por la nieve. Estoy borracho y sucio, ¿sabes? Pero sigo estando dispuesto. La otra noche en la carretera vi a mi hermosa Alice en cada faro que se me cruzaba. Alice. Dallas Alice.

Bud y Hippy estaban en la sala de control, escuchando la canción por sus auriculares. Hippy no pudo evitarlo: se unió a ella, y al cabo de poco Bud hizo lo mismo. Era una canción melancólica y solitaria, pero no había nada de melancólico y solitario en cantarla juntos.

—Y fui de Tucson a Tucumcari, de Tehachapi a Tonapah, llevando todo tipo de carga que jamás se haya imaginado. —Sí, ésa era su canción fetiche ahora, ¿no? Seguro que has visto transportar todas las cargas por la I-40 a través de Oklahoma—. Conduciendo por carreteras secundarias para que no vieran que llevaba demasiado peso. Y si aceptas casarte conmigo, me das pan y vino, y me haces un signo, estoy dispuesto a seguir avanzando.

Una Noche se sentía tan bien —y tan cansada— que no podía evitar el reírse, y Bud sonreía también. Aquélla era la buena vida. Bud y su gente, haciendo su trabajo, con el resto del mundo aislado por un océano y un huracán. Derivando por el fondo del océano como una mantarraya perezosa.

—He sido pateado por el viento, invadido por la cellisca, me ha ardidido la cabeza, pero sigo en pie, todavía sigo...

Una voz interrumpió en los auriculares:

—*Deepcore, Deepcore*. Aquí Taxi Tres acercándose.

—Adelante, Taxi Tres, entendido —dijo Hippy. ¿Cuántas veces había oído aquella voz durante el entrenamiento?—. Hey, ¿es usted, Lins?

—Ni más ni menos —dijo ella.

—Oh, no —murmuró Bud—. No, es una broma.

La sonrisa de Hippy le iba de oreja a oreja. ¿No tenía ninguna compasión aquel muchacho? *Para él* era divertido pensar en los fuegos artificiales. Pero no para Bud. Se suponía que él debía mantener las cosas funcionando suavemente y con seguridad allá abajo, mientras un puñado de SEALs llevaba a cabo una misión para la cual la *Deepcore* no estaba diseñada. Ahora enviaban a Lindsey abajo, Lindsey que intentaría hacerse cargo de las cosas, Lindsey que no tendría nada excepto críticas y recelos acerca de cualquier decisión que tomara Bud. Demasiado para sentirse bien.

Lindsey amarró perfectamente el Taxi Tres, siguiendo el cordón umbilical hacia abajo, pero nunca acercándose lo bastante como para correr el riesgo de entrar en contacto con él. Cerca de la superficie, el cordón se flexionaba ligeramente con los movimientos del *Explorer* mientras éste se agitaba y bamboleaba en el movido mar. Allá abajo, los movimientos se transmitían por el cordón en lánguidas ondulaciones. La superficie del océano envía pocos mensajes a sus profundidades.

Cuando se acercaron a la *Deepcore*, Lindsey no pudo resistirse a efectuar una pasada a través del armazón en forma de A que sujetaba el cordón umbilical y dar una vuelta en torno a la plataforma. Se dijo a sí misma que tenía que inspeccionarla en busca de cualquier daño..., pero por supuesto no había ningún daño. ¿Por qué debería haberlo? Era tan hermosa como siempre, una estructura grácil en su toscó utilitarismo, ningún espacio malgastado, ningún soporte o tubo o tanque que no tuviera una función vital para el trabajo de la *Deepcore*. Aquella plataforma había nacido de su mente, y ahora era algo real en el fondo del mar. Nunca se cansaba de contemplarla; deseaba, sin saberlo, asegurarse de que Coffey y los otros SEALs la veían también. Nunca había dejado que aquella idea penetrara en su conciencia, pero cada vez que miraba a la *Deepcore* veía la sombra del modelo del puente de su padre en ella. Mira esto, papá..., no es sólo un modelo en el desván, para mirarlo y soñar en lo que hubiera podido ser. Esto es real. Yo lo hice. Es mío.

Sin embargo, puesto que era Lindsey, aquella única pasada en torno a la plataforma fue toda la autoadmiración que se permitió; inmediatamente llevó el Taxi Tres a su lugar de acoplamiento con la cámara de compresión. Oyó el sordo resonar cuando la brida de acoplamiento del Taxi Tres encajó en el collarín de presión del lomo de la *Deepcore*. Cuando los instrumentos confirmaron que el contacto se había establecido, fue atrás y abrió la escotilla.

Ninguno de los SEALs hizo el menor movimiento para ayudarla. Lindsey estaba acostumbrada a que los hombres pensaran que, puesto que su aspecto era tan frágil,

siempre necesitaba la ayuda de sus fuertes brazos para hacer cualquier cosa. Quizás aquellos SEALs tuvieran un ojo más agudo hacia lo que una mujer era capaz de hacer. O quizá Coffey se hubiera dado cuenta de que ella había secuestrado el aparato, y pensara que debía hacérselo pagar con sudor. No importaba. Me quiera o me odie, estoy aquí, y esto es lo único que me importa.

Se dejó caer por la escotilla a la cámara de compresión. Los SEALs bajaron tras ella, trasladando el equipo. No eran particularmente silenciosos, pero tampoco eran particularmente ruidosos. Sólo el ruido necesario para hacer que el trabajo fuera lo más eficiente posible.

La cámara de compresión era un espacio cilíndrico, diseñado para ser tan aburrido e incómodo como fuera posible: bancos de acero, una mesita plegable, máscaras respiratorias, equipo médico. Una pequeña portilla en forma de ojo de buey en un extremo, para que pudieran tener un atisbo de lo que ocurría en la propia *Deepcore*. O, mejor dicho, para que el equipo de la *Deepcore* pudiera echarles una mirada a ellos.

Reconoció a Barbo observándoles.

—Hola, amigos —dijo el hombre. Luego se dio cuenta de su presencia—. ¡Hey, Lindsey! ¡Maldita sea! No debería estar usted aquí, muchacha, se va a mojar los calcetines.

A Lindsey le gustaba realmente Barbo, y estaba dispuesta a creer que se alegraba de verla.

—No podía quedarme ahí arriba, Barbo. ¿Nos estáis suministrando la mezcla?

—Ajá.

—Bien. No podía esperar otra cosa. —La mezcla respiratoria tenía que ser ajustada constantemente a través de la presurización. Cada vez menos y menos nitrógeno, puesto que dejaba de ser un gas inerte y se convertía en un veneno bajo presión. En los buceos a poca profundidad la gente aún seguía usando una trimezcla, en la que el nitrógeno era reemplazado por helio, de modo que todo el mundo no dejaba de hablar como patos durante todo el tiempo que permanecía bajo el agua. Te acostumbrabas a ello al cabo de un tiempo, o al menos dejabas de reírte de los demás, pero seguía siendo inquietante olvidar cómo sonaba tu voz. Era mejor ahora con la tetramezcla, que utilizaba el argón para reemplazar la mayor parte del helio. En cuanto al oxígeno, era reducido a un dos por ciento de la mezcla. A esa profundidad, la norma de superficie de un veintiún por ciento de oxígeno podía ser fatal. Morías en medio de convulsiones.

A esta profundidad iban a necesitar ocho horas para presurizarse, y todo el tiempo era empleado en acostumbrarse a la nueva mezcla respiratoria. Se necesitaban veinticuatro horas antes de que empezaran a utilizar el argón. Aun así, ocho horas era un tiempo infernalmente largo para permanecer sentado sin hacer nada. Pero era

mucho más rápido que la descompresión, porque una vez tu cuerpo está completamente saturado, necesita mucho más tiempo para que los gases fluyan fuera de tus células, pasen a tu sangre, y luego sean expulsados a través de tus pulmones y de tus riñones y de tu sudor. Lindsey había oído en una ocasión una historia acerca de un par de tipos encerrados juntos durante tres días de descompresión. Uno de ellos se volvió definitivamente loco..., o el otro lo volvió loco. Fuera como fuese, uno de los tipos mató al otro. Y el equipo de apoyo tuvo que permanecer fuera de la cámara y *ver*, y no había ninguna maldita cosa que pudieran hacer, porque si abrían la cámara tan pronto entonces *los dos* tipos hubieran muerto. Lindsey había pasado por la descompresión las suficientes veces como para saberlo.

Los SEALs se habían instalado en sus bancos. Bancos que existían porque Lindsey los había diseñado en sus planos originales. Se sentía como la anfitriona, dando la bienvenida a los huéspedes a su nueva casa.

—De acuerdo, amigos, pónganse cómodos. La mala noticia es que vamos a tener que pasar ocho horas dentro de esta lata, acondicionándonos. La noticia peor es que luego vamos a necesitar tres semanas para la descompresión. —No se le ocurrió que su voz podía sonar condescendiente.

Coffey la miró con frialdad.

—Todos hemos sido informados de esto, señora Brigman. Una buena forma de mostrarse amigable.

—No me llame así, ¿de acuerdo? Odio que lo hagan.

Normalmente la gente se echaba hacia atrás cuando ella empleaba este tono de voz. Coffey se limitó a seguir mirándola y dijo:

—De acuerdo. ¿Cómo quiere que la llamemos? ¿Señor?

Uno de los SEALs rió discretamente para sí mismo. Era la forma de Coffey de hacerles saber a sus hombres exactamente lo en serio que debían tomarla. Lo cual era lo mismo que decir absolutamente *no* en serio. A los ojos de Coffey, ella era exactamente tan importante para su misión como, digamos, Kirkhill, y dos veces más probable el que intentara interferir. Coffey estaba en lo cierto. La principal finalidad de Lindsey al bajar hasta allí era interferir en la misión..., intentar proteger la *Deepcore* resistiéndose a todo lo que los SEALs propusieran y que ella creyera que podía ser demasiado arriesgado. No iban a permitir que ella creyera, ni siquiera por un instante, que los SEALs estaban dispuestos a concederle ninguna autoridad. Ni siquiera la autoridad de huésped afable. La *Deepcore* podía ser «su» plataforma, pero mientras los SEALs estuvieran utilizándola para realizar su misión con el *Montana*, tenían intención de considerarla *su* plataforma, la de ellos, y la gente que estaba en ella serían simplemente instrumentos o problemas. Utilizarían los instrumentos. Resolverían los problemas.

Barbo terminó de establecer la mezcla y ajustar la presión. Su permanencia en la

cámara de presión sería el equivalente a un lento descenso de ocho horas, variando firmemente la presión a medida que sus cuerpos se ajustaban a ella. La cámara de presión les permitía hacerlo directamente abajo, evitándoles las ocho horas de viaje; pero nada podía acelerar el proceso de presurización. Cuando la voz de Barbo brotó por el altavoz, cortó en seco la incómoda conversación.

—Allá vamos. Empiezo a compensar..., *ahora*.

Oyeron el silbido del gas entrando en la cámara, e inmediatamente todos se taparon la nariz y empezaron a bostezar, hacer muecas, gemir y abrir los oídos a fin de no quedarse con un vacío relativo dentro que hiciera estallar sus tímpanos.

Fuera cual fuese el mensaje que Barbo intentaba enviar, Lindsey no lo captó. Todavía se sentía responsable de cualquiera que acudiese a la *Deepcore*, aunque no fuera particularmente de su agrado.

—Vigilémonos de cerca los unos a los otros en busca de signos de SNAP: síndrome nervioso...

—Síndrome nervioso de alta presión —dijo Monk, recitando al pie de la letra los párrafos que todos ellos habían memorizado en su entrenamiento con el Grupo de Desarrollo Submarino hacía años. Coffey les había hecho recitar ya varias veces los párrafos más relevantes antes de que Lindsey se uniera a ellos. Los SEALs no aguardaban a que los civiles tuvieran que enseñarles las cosas en el último minuto—. Temblores musculares —prosiguió Monk—. Normalmente en las manos primero. Náuseas; incremento de la excitabilidad...

—Desorientación, ilusiones —se le unieron los demás SEALs.

Y Coffey terminó diciendo:

—Y una perdiz en un peral.

—Conocemos todo esto, señora. No imagine ni por un momento que puede enseñarnos *algo*.

—Muy bien —dijo ella. Pero Lindsey no aceptaba fácilmente las insinuaciones. Podían *pensar* que lo sabían todo, pero ella sabía que no era así. Podían saber todo aquello por los libros, pero ¿conocían la realidad? El SNAP no era divertido. Podía matar. ¿Por qué pensaban que era retenida una diminuta porción de nitrógeno en la mezcla respiratoria? Porque era un narcótico que contrarrestaba el SNAP. Porque *todo el mundo* sufría el SNAP. Sin el nitrógeno, todo el mundo empezaría a temblar, se volvería paranoico, gritaría o mataría a la gente o se acurrucaría en una posición fetal y gemiría en un rincón. Incluso con el nitrógeno, algunos iban más allá del límite. Quizás un poco, tal vez mucho. Y sólo por el hecho de que no hubieras tenido ningún problema la primera vez —las primeras treinta veces— que bajabas, eso no quería decir que no tuvieras problemas la próxima vez. Así que no aceptó la insinuación y olvidó el tema. Si esos tipos pensaban que no había ningún problema, más razón aún para recordárselo—. Pero recuerden que aproximadamente una

persona de cada veinte no puede controlarlo. Simplemente se ve dominada por él.

—Mire —dijo Coffey—, todos hemos hecho ensayos a esta profundidad. Lo hemos comprobado.

—No, entiendo eso. Lo que estoy diciendo es que es imposible predecir quién es susceptible.

—Lo hemos comprobado. —La discusión quedaba cerrada. Coffey no tuvo que dar ninguna orden. Sus hombres sabían que era el momento de volver a repasar sus misiones para cuando entraran en el submarino. Habían estado examinando todos los planos y diagramas, planeando rutas alternativas a través del submarino, dependiendo de los daños, asegurándose de que sabían hasta el último detalle de lo que tenían que hacer. Lo sabían a la perfección..., pero volvieron sobre ello. Era su respuesta a Lindsey: Si ellos decían que estaban preparados, entonces estaban *preparados*. Esos hombres no dejaban nada al azar.

—Estupendo —dijo Lindsey. La ignoraron—. Estupendo. —Se echó hacia atrás en su asiento, intentando ponerse cómoda en el banco. Evidentemente, aquellos tipos no tenían tanta experiencia en pasar el tiempo en una cámara de compresión como ella. Incluso con gente que no te gusta, siempre puedes ayudar a los demás, leyendo, contando historias, cualquier cosa. Nunca tenías que estar *solo*. Pero esos estúpidos militares iban a hacer que ella pasara todo aquel tiempo en un confinamiento solitario. Quizá no hubiera debido apretarles tanto, pero ¿por qué tenían que mostrarse tan irritados? ¿Acaso no sabían que era mejor sentirse seguros que lamentarlo luego? Así que ahora iban a castigarla por intentar ayudar, por intentar ser una persona decente.

Realmente la molestaba verlos trabajar juntos. Era evidente que se conocían lo bastante entre sí como para que ni siquiera tuvieran que terminar sus frases. Coffey no tenía que dar órdenes tampoco. Sólo conducirles. Todos sabían exactamente cuál era su papel. Lindsey era incapaz de expresarlo con palabras, pero aquello era lo que más la molestaba. Nunca había formado parte de un grupo como aquél. La única vez que había estado cerca de ello era cuando pasó algún tiempo con los equipos de la *Deepcore*..., en especial con el equipo de Bud. Sabía que en realidad no pertenecía a él, pero existía la ilusión, en especial durante esas horas encerrados juntos en la cámara de compresión. Cantando, hablando, riendo, jugando a las cartas... Aunque no perteneciera realmente a ellos, podía captar un atisbo de lo que era eso.

Pero la mayor parte de su vida había sido así. Contemplando a una familia desde fuera. Durante casi todo el tiempo había creído que la «intimidad» era un mito..., como su propia familia, su madre y sus hermanas; la única forma de «intimidad» entre ellas era que sus hermanas permitían a su madre que las manejara como monitos entrenados. Su padre, *él* sabía que todo aquello era falso. Todo de cara a la galería.

Excepto que el equipo de Bud era real..., lo sabía muy bien. Quizás aquélla fuera una de las razones por las que no había podido dejar de incordiarle frente a ellos: deseaba poder entrar en él, y no podía perdonarle el hecho de que realmente nunca se le hubiera permitido hacerlo. Siempre una extraña, siempre una visitante. Y ahora esos SEALs. No eran sólo robots militares sin rostro. Eran individuos, diferentes unos de otros, podía verlo claramente. Pero, pese a sus diferencias, de alguna forma estaban realmente juntos, eran uno solo. Y ella no formaba parte.

—Hey, ¿no saben ninguna canción? —preguntó. No respondieron..., probablemente ni siquiera la habían oído. Era su pequeña broma, para una audiencia de uno solo.

Una de las cosas malas de la vida en la *Deepcore* era que a veces simplemente tenías que sentarte y no hacer nada. Allá arriba, el *Benthic Explorer* lo estaba pasando mal abriéndose camino por el turbulento mar frente al huracán Frederick, pero aquí abajo la *Deepcore* avanzaba calmada y firmemente, con el Fondoplano abriendo camino. Excepto el puñado de gente de servicio en un momento determinado, conduciendo el Fondoplano y pilotando la *Deepcore*, todos los demás tenían que hallar formas de entretenerse.

Y no había tantas como eso. Sólo enviaban televisión desde el *Explorer* cuando no había ninguna otra cosa más importante que transmitir por las líneas de vídeo..., es decir, nunca. Escuchar cassettes está bien, pero escuchas cuarenta álbumes en unos tres días, y luego repites, repites, repites. Puedes alzar pesas hasta que te ardan los músculos, pero tu cerebro no hace mucho más que contar un montón de veces hasta diez. Y en la *Deepcore* no hay suficiente gente fuera de servicio al mismo tiempo como para organizar una partida decente de baloncesto..., ni siquiera aunque los techos fueran lo suficientemente altos como para poder encestar.

Es por eso por lo que los equipos perforadores suelen ser la gente más literata del mundo. No *literaria*, entiendan. Pero leen. Lo leen todo, y luego vuelven a leerlo, y luego se lo leen *los unos a los otros*.

Barbo, Lioso y Hippy se hacían compañía fuera de la cámara de presión. Barbo se ocupaba de la mezcla de la cámara..., en aquellos momentos tenía un auténtico trabajo. Hippy jugaba con Beany y comía Cap'n Crunch directamente de la caja. Lioso se ocupaba de leer ocasionalmente en voz alta una novela de bolsillo de Louis L'Amour que todo el mundo había leído ya al menos una vez.

Entre comprobaciones de los indicadores, Barbo observaba a Hippy jugar con Beany. No se trataba de que Hippy estuviera tan loco que creyera que Beany era una persona o algo así. Era más bien que Hippy estaba lo bastante nervioso como para necesitar tocar constantemente a la rata, necesitaba que la rata lo estuviera tocando constantemente a él.

—Hey, Hippy. ¿Por qué le pusiste a ese pequeño cagamierda el nombre de

Beany? —preguntó Barbo.

Hippy sonrió. Era una de sus historias favoritas, y creía que ya se la había contado a todo el mundo en la *Deepcore* al menos un par de veces. De alguna forma, Barbo se le había escapado.

—Dios, otra vez eso no —gimió Lioso—. Fue por el show de Beany y Cecil en la televisión.

Hippy se irritó. Lioso no tenía derecho a estropearle la historia, especialmente cuando Barbo *quería* saberla.

—Eso no es ni la mitad de la historia, Lioso —dijo. Lioso se dio cuenta de que había hablado a destiempo. Se enfrascó en la lectura de su libro y fingió no estar escuchando.

—Yo tenía esa serpiente, ¿sabes?, llamada Cecil —dijo Hippy—. Una vieja y enorme serpiente, *no* venenosa, pero que hacía que la gente cagara ladrillos cuando la veía porque todo el mundo piensa que todas las serpientes son mortíferas.

—Mientras que en tu caso el mortífero es sólo el *propietario* de la serpiente —dijo Lioso.

—Si traía alguna chica a casa y ella no me trataba como correspondía, entonces dejaba que Cecil saliera del armario donde estaba siempre. Las asustaba de muerte el verme cogerla y darle un beso en la boca. Su lengua salía y me acariciaba los labios.

—Lo que siempre he deseado saber —dijo Lioso— es si la serpiente no te hacía otras cosas con su lengua.

Barbo le dio una palmada en la pierna a Lioso.

—No todo el mundo puede meter su polla entre los dientes de una serpiente como tú, Lioso —dijo. El libro se alzó de nuevo frente al rostro de Lioso.

—Lo mejor —dijo Hippy— era cuando daba de comer a Cecil delante de alguna chica. Todo lo que Cecil comía era ratones blancos vivos. Supongo que durante un tiempo mantuve yo solo a la tienda de animales de la esquina comprándoles ratones.

—¿Quieres decir como Beany? —preguntó Barbo. Por la forma en que mimaba a la rata, resultaba una locura pensar que alguna vez permitiera que una serpiente se tragara entera una de ellas.

—Entonces aún no *conocía* a esas ratas —dijo Hippy—. De todos modos, por aquel entonces yo tenía a esa chica que me gustaba tanto que dejé que se viniera a vivir conmigo, sólo que, cuando yo estaba fuera en la plataforma en la que trabajaba por aquellos tiempo, ella recibía amigos.

—Amigos masculinos —dijo Barbo.

—Hombre, si la vieras, sabrías inmediatamente que no había forma alguna de que ella pudiera recibir una *amiga* en su vida. Tenía unas delanteras del tamaño de una cama de matrimonio.

—Así que tenía un amigo en casa.

—No sé si fue un accidente o si lo hizo a propósito —dijo Hippy—, pero, de alguna forma, Cecil salió del armario donde estaba todo el día. Sólo que ese tipo que se la estaba tirando se asustó, por supuesto, pero en vez de echar a correr o ponerse a chillar, saltó de la cama encima de Cecil. Le aplastó la cabeza como si fuera un huevo.

—¿Con los pies desnudos? —preguntó Barbo, sorprendido.

—Con sus botas, por supuesto.

—¿Se detuvo a ponerse las botas?

—Ya las llevaba *puestas*. Con esa chica, no te entretenías a quitarte los zapatos cuando la tenías preparada para ti. Fuera como fuese, cuando volví a casa la chica se había ido, y había huellas de sangre por todo el suelo, y los sesos de Cecil estaban esparcidos por todo mi dormitorio. Lo admito, lloré como un niño pequeño.

—¿Volvió alguna vez la chica?

—La hubiera estrangulado con la piel de la serpiente. Una de las chicas de allá donde trabajaba me contó lo que había ocurrido. Dijo que estuvo llorando durante tres días seguidos. De todos modos, tenía esta rata en reserva para darle de comer aquel día. Era la única cosa viva que me quedaba que me hacía recordar a Cecil. Así que la llamé Beany.

—¿Quieres decir que esta rata vio morir a Cecil? —preguntó Barbo—. No me extraña que sea psico.

—No *esta* rata. Ésta es Beany IV. Las ratas no viven tanto.

—Tampoco las serpientes —sugirió Lioso—. Y no puedes hacerte un cinturón de la piel de una rata muerta.

—Ésa es una cosa muy desagradable de decir, Lioso —dijo Barbo.

—Pero sí lo hizo —exclamó Lioso—. Le hicieron un cinturón con la piel de Cecil.

—Bueno, ¿qué se suponía que podía hacer con ella? —exclamó Hippy—. ¿Enterrarla? ¿Disecarla? ¿Ponerla en un marco?

—Espero no morir nunca cerca de ti —dijo Barbo—. Probablemente te harías una chaqueta con mi piel.

—Probablemente me haría una tienda de campaña con ella —dijo Hippy. Se metió un puñado de Cap'n Crunch en la boca.

En aquel momento Lioso encontró un libidinoso doble sentido en una de las frases del western que estaba leyendo.

—Era un hombre duro, nacido en los días duros en que los hombres eran duros —recitó.

—Y las ovejas eran nerviosas —añadió Barbo.

Nadie rió. No ante aquello, no ante nada en la saga de Hippy referente a la muerte de Cecil. Uno no se reía en voz alta tras unas cuantas semanas juntos. Podías oír algo

curioso o divertido y simplemente apreciarlo. Hippy se levantó y se dirigió hacia la ventanilla de la cámara de presión.

Hippy era el único que no podía impedir el observar a los SEALs, pero no era el único que pensaba en ellos. Lindsey significaba problemas, pero sabían exactamente cuántos problemas, y su presencia no les preocupaba. Pero los SEALs... Tenían una reputación. Lioso había estado en la Marina, y le habían hablado de los SEALs, le habían dicho que eran los bastardos más duros de toda la milicia de los Estados Unidos, y en consecuencia probablemente los más duros de todo el mundo. Por supuesto, un montón de grupos militares se creían duros. Los boinas verdes, las tropas aerotransportadas, los marines. Los SEALs consideraban a los marines unos cachorrillos, pero los marines —y todos los demás— consideraban a los SEALs como un puñado de esquizos, siempre yendo a misiones suicidas.

—Si los chicos duros piensan que estáis locos —elijo Lioso—, entonces es que sois realmente duros.

Pero los SEALs no eran los *peores* del mundo..., eso estaba reservado para el KGB, porque sus miembros no tenían que seguir ninguna regla. Por ejemplo, el KGB podía matar indiscriminadamente en un tiroteo, sin hacer preguntas. Pero los SEALs seguían reglas. No iban por ahí malgastando civiles sólo porque el pánico los había situado en tu línea de fuego.

Pero si resultaba que eras un enemigo que un grupo SEAL había recibido la misión de destruir, lo mejor que podías hacer era redactar tu testamento y ponerlo en un lugar seguro. Lioso tenía un amigo que había sido marine en Beirut, y le había contado que la gente allí no odiaba realmente a los norteamericanos en general, ni siquiera a los marines. Incluso cuando volaron los barracones de los marines allí, no lo hicieron porque odiaran a los marines como individuos, sino lo que representaban como grupo. Pero en cuanto a los SEALs, eso era diferente. Los SEALs habían causado un auténtico daño en Beirut, y los odiaban a muerte.

—¿Sabéis ese buceador de la Marina al que mataron los asaltantes en aquel avión por aquella época? —les dijo Lioso—. ¿El que golpearon y patearon hasta matarlo?

—¿Quieres decir que era un SEAL?

—No lo sé —respondió Lioso—. Pero dos cosas me dicen que sí lo *era*. La primera: el gobierno sólo lo identificó como un buceador de la Marina. Eso es lo más cerca que el gobierno ha llegado nunca de identificar a un SEAL cuando es atrapado en una misión. De acuerdo, hay realmente buceadores de la Marina en todo el mundo, pero simplemente no creo que un buceador regular de la Marina estuviera en aquel avión en aquel momento. Y la segunda: la forma en que lo mataron. Fue una venganza. Fue personal. Lo mataron con sus propias manos y pies. No una bala. No una bomba. No arrojándolo fuera del avión. Deseaban que muriera *por sus manos*. Y tercera...

—Dijiste sólo dos.

—Hay tres. Según dijeron, no emitió ningún sonido mientras los chutas lo estaban matando. No emitió ningún sonido excepto cuando lo patearon en el pecho y *obligaron* al aire a salir de sus pulmones. Eso es un SEAL. Así son de duros. No puedes torturarlos, no puedes hacerlos gemir, porque nada de lo que puedes hacerles excepto matarles es tan malo como lo que ya les han hecho durante su entrenamiento. Eso es lo que dicen.

Bien, ese tipo de charlas hacía que los cuatro SEALs dentro de aquella cámara de presión parecieran como más grandes que la vida, capaces de abrir la puerta de presión arrancándola de sus goznes con sus manos desnudas. Hippy era el que se sentía más intrigado por ellos. No podía evitarlo. Tenía que ir a mirarles a través de la ventanilla. Y luego tenía que decir algo estúpido respecto a ellos.

—¿Ésos son los SEALs?

Barbo sabía que no debía contestar algo así como: No, son agrimensores. Hippy podía ser un tanto paranoide, así que tenías que ir con cuidado acerca de no hacer que creyera que te estabas burlando de él. Ésa era una de las cosas que todo el mundo sabía acerca de Hippy sin tener que decirla. De modo que Barbo nunca se burlaba de ninguna de sus preguntas estúpidas. Pero tampoco podías ignorar su pregunta..., hay una cosa a la que le dicen *ser amable*.

—Ajá —dijo Barbo—. Y no parecen tan duros como eso. Me he peleado con tipos mucho más duros que ellos.

Hippy no sabía que la gente siempre iba con cuidado de no incordiarle demasiado..., él no tenía tantas restricciones para incordiar a los demás.

—Veamos cómo eres tú de duro —dijo sonriendo. Tiró hacia atrás del cuello de la camisa de Barbo y derramó algo de Cap'n Crunch entre la camisa y su espalda.

Aquello fue excesivo para Barbo. Ya era suficiente echarle cereal por la espalda, pero burlarse de sus viejos días de boxeo era ir demasiado lejos. Se volvió en redondo y dio a Hippy un par de capirotazos con su gorra. Luego alzó el puño.

—¿Ves esto? Acostumbraban a llamarlo el Martillo. —Barbo no hacía más que pedirle a Hippy que le tomara en serio como ex boxeador. Pero también, sólo un poco, le estaba advirtiéndole que no fuera demasiado lejos. Lioso intervino:

—Hippy todavía no había nacido entonces.

—Eres un tipo viejo, Barbo, y Hippy no es más que un niño tonto. No te lo tomes en serio.

Barbo captó el mensaje. Aflojó un poco el puño.

—Hippy no ha nacido *nunca*. —Consiguió sacar algo del Cap'n Crunch de los fondillos de su camisa y lo arrojó al muchacho—. Toma, cómete un poco de esto.

Hippy seguía sin captar la idea de que Barbo estaba realmente irritado con él. Arrojó más Cap'n Crunch, alcanzando a Barbo en la nuca. Pero Barbo lo ignoró y

volvió a su trabajo. Aquélla era en parte la razón por la que Barbo era un buen miembro del equipo: aunque le incordiaran, nunca llegaba más allá que a gruñir; si eso no funcionaba, se retiraba e ignoraba al otro. Puede que en sus tiempos hubiera sido boxeador, pero ahora ya no daba puñetazos, no ahí abajo, al menos.

Y cuando Barbo se limitó a ignorar la última salva de Cap'n Crunch, Hippy comprendió finalmente que Barbo no quería jugar. Eso era lo que hacía que Hippy fuera también un buen miembro del equipo. Podía ser un poco paranoide, podía ser un poco reacio a comprender las cosas, pero por fuerza tenía que ser un poco loco y antisocial para desear vivir en el fondo del mar. Pero otro chico, un chico de arriba, un chico que no perteneciera a un equipo perforador, hubiera *seguido* arrojando cereal hasta que finalmente Barbo *hubiera* dado un puñetazo, hasta que realmente se hubiera *producido* una pelea. La gente de arriba podía hacer aquello, porque, tras la pelea, podían marcharse a otro sitio. Pero eso no podía hacerlo un equipo perforador en el Golfo o ahí abajo en la *Deepcore*. Después de una pelea, tienes que seguir comiendo con el tipo con el que te has peleado, y seguir trabajando con él, y proteger su culo y confiar en él para que proteja el tuyo. Por loca o estúpida que pueda ser la gente, Hippy sabía cuándo había que parar antes de que la broma fuese demasiado lejos.

Lindsey estaba aburrida más allá de todo lo soportable. Por el hecho mismo de haber actuado de aquel modo, movida por un impulso, no se había traído nada consigo: ni libros, ni papeles, ni ropa, nada. Los SEALs no tenían ese problema. Conseguían mantenerse ocupados..., por turnos. En estos momentos Monk y Wilhite estaban dormidos, mientras Coffey y Schoenick se ocupaban en leer documentos.

Sin duda informes *top-secret*, pensó Lindsey. Eso era lo que más la irritaba acerca de todo aquel asunto de entregar la *Deepcore* al gobierno. Esperaban que ellos les dijeran a esos SEALs todo, pero a cambio los SEALs no pensaban decir nada. Al fin y al cabo, nadie en la *Deepcore* tenía el visto bueno de seguridad. ¿Acaso no se daban cuenta de lo peligroso que era eso? ¿De lo fácil que podía ser que alguien del equipo cometiera algún error trivial simplemente porque desconocía las consecuencias? Incluso era más fácil que el equipo dejara de hacer algo, dejara de dar alguna advertencia simplemente porque nunca se les había ocurrido lo que aquellos tipos de alto secreto, sólo ojos, iban a hacer. Alguien podía morir a causa de sus secretos.

Apartó la idea de su cabeza. Pura paranoia por su parte. Nadie iba a morir, aparte los chicos del submarino. Los cuales *seguramente* estaban ya muertos. Lindsey sabía esto, aunque la gente como Kirkhill creyera que aún había una posibilidad. Aunque no supiera lo que la presión podía hacerle a un submarino dañado a aquella profundidad —incluso a un submarino no dañado—, lo hubiera sabido por la forma en que actuaban los SEALs. No habían hecho *ni una sola* pregunta acerca de las provisiones de que disponía la *Deepcore* para los hombres rescatados. Ni siquiera

habían intentado averiguar cómo podían conseguir meter a los supervivientes de algún compartimiento del submarino —presumiblemente aún a una atmósfera— en aquella cámara de presión, de modo que pudieran bajar a sesenta atmósferas a fin de permanecer con vida dentro de la *Deepcore*. No, los militares sabían que no había supervivientes en el submarino.

Lo cual significaba que la única finalidad de sacrificar su plataforma era simplemente guardar algún maldito secreto para el gobierno. ¿Es posible que los rusos deslicen algún equivalente supersecreto de la *Deepcore* durante un huracán para arrebatarnos todos los secretos del submarino? ¿Robar todas nuestras ojivas de combate? Tonterías..., ni siquiera *tenían* un equivalente de la *Deepcore*. Lo sabía seguro porque, si los rusos *tuvieran* uno, entonces el gobierno de los Estados Unidos se hubiera visto presa del pánico y hubiera construido el suyo propio a fin de mantenerse a su altura en alguna carrera sin significado de plataformas sumergibles. Cosa que no habían hecho, por la cual alguien como Lindsey era la única persona que estaba trabajando en el problema de una forma seria. *Ahora* el gobierno había decidido que una plataforma como la *Deepcore* era útil. *Ahora* se esperaba que ella lo sacrificara todo por el gobierno. ¿Dónde estaba el gobierno cuando ella estaba buscando fondos para desarrollarla?

A Lindsey no le gustaban los secretos. En especial, no le gustaban los secretos en la *Deepcore*.

Y allí estaba aquel pequeño maletín metálico, exactamente el tipo de cosa que usarían los SEALs para guardar sus mayores secretos..., estaba inmediatamente debajo del banco, al alcance fácil del pie izquierdo de Lindsey. Coffey y Schoenick estaban tan ocupados leyendo, que no se darían cuenta si adelantaba los dedos del pie *así* y hacía saltar el cierre de la izquierda *así*, casi silenciosamente, y metía los dedos dentro y alzaba la tapa del maletín. Sólo para echar un vistazo dentro. No eran papeles. Tuvo un atisbo: metal plateado, brillante, acanalado; un cilindro de quizás ocho centímetros de diámetro.

Coffey ni siquiera alzó la vista. Estampó su pie contra la tapa del maletín con tanta fuerza que, si los reflejos de Lindsey no hubieran sido tan buenos, si no hubiera retirado inmediatamente los dedos, ahora estarían tratando cinco pequeñas amputaciones con el mínimo equipo de primeros auxilios de la cámara de presión.

Sólo después de que la tapa estuviera firmemente cerrada, con la pesada bota de Coffey descansando sobre ella, alzó el hombre su mirada hacia ella, con una media sonrisa y un guiño de su ojo.

—La curiosidad mató al gato.

Lo que más molestó a Lindsey de todo el asunto fue que Coffey no parecía tan irritado como lo había parecido antes. Cuando ella simplemente había insultado su orgullo masculino, recordándole los problemas de la presurización como el SNAP, se

había mostrado insultante con ella. Ahora, en cambio, cuando ella realmente había hecho algo que no estaba bien, parecía haber disfrutado del momentáneo conflicto. Como si no le divirtiera nada a menos que estuviera al límite de algo violento.

No se le ocurrió pensar que quizás el hombre sonreía porque la comprendía de una forma absoluta..., exactamente la amenaza que representaba, y cómo manejarla.

El tiempo expiró. Todo el mundo dentro de la cámara de presión estaba respirando ahora la misma mezcla de argón y una pequeña cantidad de oxígeno y nitrógeno que estaba utilizando el resto de la *Deepcore*. Barbo cerró un par de válvulas y luego hizo girar la rueda de la compuerta de la cámara. Se abrió con un ligero soplido de aire como el suspiro de una virgen..., la presión nunca era *exactamente* igual, pero con Barbo encargándose de todo era malditamente cercana.

—Operación terminada, adelante, amigos —dijo Barbo—. ¿Todo el mundo bien?

Los SEALs pasaron por su lado como si no existiera, llevando las cajas de equipo más grandes hacia el pozo lunar. Wilhite y Coffey abrían camino. Lindsey iba en el centro del grupo. Pudo ver que Barbo se sentía irritado por la forma en que los SEALs ni siquiera decían hola, ni siquiera le daban las gracias al tipo que les había proporcionado cada aliento que habían respirado en las últimas ocho horas. Palmeó a Barbo en el hombro.

—Son una gente encantadora —le dijo. Él sonrió. Casi inmediatamente tropezó con Lioso, que era tan alto que su pecho quedaba al nivel de los ojos de Lindsey.

—No recuerdo haber puesto una pared aquí. ¿Cómo vamos, Lioso?

—Muy bien. ¿Y usted cómo está, pequeña dama?

—Estupendamente. —Monk y Schoenick pasaron junto a ellos, cargados con una caja metálica de equipo de color gris, del tamaño de un tronco grande. Con Lindsey de pie allí hablando con Lioso, no había sitio para que pudieran pasar. Pasaron de todos modos, sin pedir disculpas. Lindsey los observó mientras deslizaban la caja rozando contra su espalda—. Estupendamente —dijo, haciéndose eco a sí misma.

Los SEALs depositaron su carga en la bodega de inmersión, la zona abierta en torno al pozo lunar. Lindsey pudo oír hablar a Coffey..., pero no se dirigía sólo a sus hombres.

—Quiero una comprobación completa de todo el equipo.

—Esos tipos son casi tan divertidos como una inspección de hacienda —dijo Lindsey. Barbo asintió. Lo que no mencionó era que Lindsey no era exactamente una invitada bien recibida tampoco.

Coffey se estaba abriendo camino por entre el pequeño grupo de civiles. Oyó la observación de Lindsey, pero no le importó. Su grupo no estaba allí para complacer a cargantes listos como ella. Comprendía más a Lindsey de lo que ella se imaginaba. Por ejemplo, supo desde el momento mismo en que ella subió al Taxi Tres allá en el *Explorer* que no estaba autorizada a ser su piloto. Antes incluso de que ella *alzara* la

mano para pedirle a la grúa de *alzara* el taxi, ya había considerado qué hacer. Había sido informado acerca de ella mucho antes de que el helicóptero la recogiera en Houston; si no hubiera creído que podía serles útil, se hubiera negado a llevarla con ellos incluso entonces. Así que sabía que era una experimentada buceadora de profundidad, sabía que comprendía a la *Deepcore* mucho mejor que todos los demás. Podía llevarles hasta abajo y, si la *Deepcore* sufría algún daño o tenían que improvisar algo mecánico, sería un buen fichaje. Si su conclusión hubiera sido otra, hubiera sacado su arma y la hubiera arrestado allí mismo. Si ella se hubiera resistido, le hubiera disparado. Ella creía haberle engañado, pero nadie podía engañar a Coffey. Sabía lo que podías hacer, o lo averiguaba condenadamente rápido.

Lo que no sabía eran sus motivos para ir abajo. ¿Una exaltada? ¿O quizás un agente enemigo decidido a estar en el lugar de la acción cuando llegaran al *Montana*? El hecho de meter su pie en el maletín era lo que la había calificado como una exaltada. Ningún agente sería tan estúpido como para intentar aquello cuando dos SEALs despiertos y atentos estaban en la habitación..., especialmente cuando el hecho de abrir el cierre del maletín no había sido en absoluto silencioso. También era demasiado aficionada para ser una espía. Era simplemente una entrometida. Podía cruzarse en su camino más de una vez, pero no intentaría interferir activamente.

Coffey se inclinó, tomó el maletín que Lindsey había estado curioseando, lo colocó sobre el banco. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sus manos temblaban.

Las manos de Coffey nunca temblaban. Supo inmediatamente lo que significaba aquello..., al menos era tan consciente de los peligros del SNAP como la propia Lindsey. ¿Era grave? ¿Empezaría a tener alucinaciones? Se detuvo un instante, pensando en las alternativas. ¿Se daría *cuenta* si tenía un lapso de juicio? En ese caso debería entregar inmediatamente el mando a... ¿quién? Wilhite sería el mejor para la misión, pero carecía de la iniciativa, el impulso..., no sería capaz de empujar a esos civiles a que hicieran lo que se necesitaba de ellos. Schoenick tenía la fuerza necesaria para ello, pero le faltaba cerebro. No era bueno en contemplar la situación como algo global y tomar la decisión correcta. ¿Monk? Monk podía hacerlo, pero Coffey no se sentía seguro con él, tenía la sensación de que Monk estaba ocultando algo. No mucho, pero había una pequeña parte de él que no pertenecía al grupo. Una pequeña parte de él que se resistía a la disciplina. No era que Monk hubiera hecho nunca algo equivocado, que se hubiera rebelado o desobedecido. Pero Coffey tenía la sensación de que, aunque Monk trabajaba en equipo con todo el resto del grupo, sudaba hasta salirse las entrañas, hacía todo lo necesario, había algo dentro de él que simplemente estaba observando, contemplándolo todo, pero sin formar *parte* de ello.

O quizá me estoy volviendo paranoide. Quizás el SNAP me está haciendo ver

debilidades en todos mis hombres. Encontrar razones para desconfiar de ellos. Después de todo, tengo que haber confiado lo suficiente en ellos como para haberlos elegido para la misión original en las montañas de Centroamérica. No tuve ninguna duda al respecto hasta que bajamos aquí, hasta que nos presurizamos.

No. Coffey se conocía a sí mismo, sabía exactamente de lo que era *capaz*, y conocía a sus hombres. Su juicio *no* se veía deteriorado. Él era el único hombre allí que comprendía lo que estaba en juego, que era capaz de enfrentarse a cualquier contingencia. Si la misión tenía que verse coronada por el éxito, él tenía que dirigirla.

Lo que Coffey no sabía acerca de sí mismo era su absoluta reluctancia a entregar el mando. Podía seguir las órdenes generales pero, cuando se trataba de las decisiones tácticas, momento a momento, que había que tomar al segundo en una operación, nunca, nunca, cedía ante el juicio de otro. Nunca había sido necesario..., nunca se había hallado en una situación en la que las decisiones importaran y él no las estuviera tomando. No se daba cuenta de lo difícil que resultaba para él renunciar al mando incluso cuando se hallaba en perfecto control de sí mismo.

Y ahora no se hallaba en perfecto control de sí mismo.

Cerró sus temblorosos dedos hasta convertirlos en un puño. No debía permitir que nadie viera esto. Pondría en peligro la misión dejar que alguien se diera cuenta de lo que le pasaba. Cogió el maletín y lo llevó a la bodega inferior. Las cosas irían bien.

7 – Respirar fluidos

Probablemente Lindsey hubiera debido ir al encuentro de Bud en el minuto mismo en que llegó. Después de todo, él era el responsable directo de la *Deepcore*. Era como presentarse al capitán en el momento mismo en que ponías pie en el barco..., el oficial al mando tenía derecho a saber quién estaba en su nave en cada momento. Pero en realidad Lindsey no pensaba en la *Deepcore* como en la nave de nadie excepto la suya propia.

Así que fue directamente al vestuario, justo al lado de la bodega de inmersión. Las distintas tripulaciones de las pruebas de la *Deepcore I y II* habían aprendido desde hacía mucho a no vaciar nunca su armario, ni siquiera aunque *supieran* que ella no iba a participar en ellas. Lindsey no era capaz de permanecer mucho tiempo lejos de la *Deepcore*, de modo que siempre era una buena idea tener un par de mudas de ropa a bordo. Especialmente ahora, puesto que no había traído nada consigo.

Sacó una de las mudas. Apestaba. Pero las ropas que había llevado durante todo el día —en el *Explorer*, en el Taxi Tres y en la cámara de presión— olían considerablemente peor. Se despojó de su mono naranja allí mismo en el vestuario y se puso el mono azul del armario. A media operación de cambiarse de ropa, se le ocurrió que era un poco tarde para empezar a vestirse para complacer a Bud.

Qué idea absurda. No se estaba vistiendo para complacer a nadie excepto a ella misma. Bud no tenía nada que ver con aquello. Ni siquiera estaba nerviosa acerca de verle; y, ciertamente, no se estaba cambiando de ropa sólo para posponer el hablar con él. Bueno, *él* tendría que ser el que intentara eludir hablar con *ella*. ¿Acaso no era el responsable de permitirles que tomaran su plataforma para aquella absurda misión de ir a rescatar unos *libros de claves*? Era por eso por lo que no se había presentado a recibirla en el momento mismo en que supo que había salido de la cámara de presión. Era por eso por lo que no había acudido a charlar con ella durante las ocho largas horas que estuvo allí dentro.

No era que debiera hacerlo. No era que tuviera el deber o algo así. Pero hubiera sido *agradable*. Hubiera sido una cortesía. Probablemente Bud estaba intentando devolverle con la misma moneda el que se hubiera mostrado furiosa con él. O quizás estaba castigándola simplemente por haber bajado a la *Deepcore*. Bien, descubriría que nada de aquello funcionaba. Ella ya no era su esposa. Era la ingeniero del proyecto, y tenía derecho a bajar a su proyecto siempre que deseara hacerlo, así que, si no le gustaba, que se *jodiera*.

Una vez cambiada de ropa, salió a la bodega, detrás de la plataforma de buceo. Los SEALs estaban todavía allí, jugando con sus juguetes. Incluyó la cabeza para

cruzar la compuerta que daba al corredor y lo recorrió hasta el final. Un giro a la izquierda la llevaría al trimódulo de la enfermería. Puesto que también incluía la sala común y el comedor, cabía suponer que estaría llena de perezosos, aburridos y chistosos miembros del equipo. Giró a la derecha.

Bud estaba en la sala de mando, por supuesto, con Hippy a un lado en el equipo de sonar. Bud parecía atareado. Lindsey intentó pensar en algo que decirle. Algún saludo que no iniciara una pelea pero que al mismo tiempo no sonara como una disculpa. ¿Disculpa de qué? ¿Acaso tenía que disculparse de algo?

Hippy tenía a su rata junto a los labios. Besándola. O mordisqueándola.

—Hippy —dijo—. Vas a transmitirle alguna enfermedad a esa rata.

Aquél fue el primer indicio que tuvieron de que ella estaba en la sala..., pero evidentemente no se sorprendieron de verla. Bud se volvió lentamente.

—Bien, bien, señora Brigman.

—No por mucho tiempo —dijo ella. Muy propio de él, intentar desencadenar una pelea con sus primeras palabras. Utilizaba ese nombre como una etiqueta en una maleta, para señalar su propiedad. Bueno, no iba a pelearse con él. Simplemente lo ignoraría. Se dirigió al centro de mando y observó los monitores e indicadores. Podía decir a la primera ojeada lo que señalaba cada uno, como una madre contemplando a su bebé, sabiendo de inmediato si había algún problema. El gran bebé de hierro de Lindsey.

—Nunca te gustó que te llamaran así, ¿verdad? —dijo Bud. Como si lo hubieras olvidado.

—Ni siquiera cuando significaba algo.

—Allá por la Edad Media.

Miró a través de la ventana de observación. Pudo ver las luces del Fondoplano flotando allí fuera en la oscuridad, conduciendo a la *Deepcore* a través de la permanente noche de los seiscientos metros. ¿Quién habría enviado Bud allá?

—¿Está Una Noche en el Fondoplano?

—Sí, ¿quién otro? —dijo Bud—. Toma, dile hola. —Le tendió los auriculares.

Ella se los puso de modo que el micro quedara en posición y uno de los auriculares en su oído izquierdo.

—Hola, Una Noche, aquí Lindsey.

Lindsey oyó la alegre respuesta de Una Noche:

—Oh, hola, Lindsey.

Allá fuera en el Fondoplano, donde nadie podía verla, Una Noche hizo una pantomima como si fuera a vomitar.

Lindsey no necesitaba verla para saber cómo se sentía Una Noche. Sabía que a Una Noche no se alegraba en absoluto de oír su voz..., la propia alegría de su respuesta era una mentira. Lioso y Barbo podían haber bromeado con ella, Una

Noche podía fingir una respuesta agradable, pero Lindsey sabía que ella era allí una extraña, una intrusa. Y, peor aún..., era la mujer que estaba divorciándose de su querido capitán, Virgil Brigman. Yo rompí el corazón de su pobre héroe, de modo que soy una mujer cruel. Que te jodan, Una Noche.

Le devolvió los auriculares a Bud y se dio la vuelta. Mejor echar un vistazo a la *Deepcore* y ver hasta qué punto estaba estropeado todo. El precioso equipo de Bud no era exactamente perfecto. Dejaba que las cosas se descuidaran. Todo el mundo lo hacía, al cabo de un tiempo. Nadie conservaba el estímulo debajo del agua. Excepto Lindsey. Ella *siempre* conservaba el estímulo.

A sus espaldas, Bud señaló a Hippy que se pusiera a los mandos en su lugar. Hippy tuvo el buen sentido de captar el mensaje en silencio. Bud se levantó y siguió a Lindsey fuera del módulo de mando, al corredor.

El hecho de que Lindsey estuviera allí era un problema y, como cualquier otro problema, Bud sabía que tenía que manejarlo. Lo había hecho antes, cuando su matrimonio estaba aún vivo, e incluso antes de eso. Incordiarla un poco..., sólo lo suficiente para que ella se diera cuenta de que estaba siendo un poco ridícula. Siempre funcionaba. O al menos acostumbraba a funcionar. Convertía un punto de fricción en una especie de juego. Karate verbal, sólo que nunca conectando lo suficientemente duro como para que doliera.

Esta vez, sin embargo, no iba a ser tan fácil. Las cosas habían cambiado. Por una parte, sólo el hecho de tenerla a ella aquí hacía que Bud se sintiera un poco loco. Todos aquellos meses sin ella..., no había sido tan malo puesto que había estado aquí abajo en la *Deepcore*, pero los meses antes de eso... Pensar en ella en la cama con ese tonto del culo y su educación universitaria. Intentar imaginar lo que había ido mal. Intentar fingir que él no la amaba, que ella no era absolutamente digna de amor, que *no lo merecía*, y luego recordar cómo eran las cosas cuando aún seguían trabajando juntos, cuando las cosas *funcionaban*. Era algo suave, sin esfuerzo por ninguna parte, ambos concentrándose en algo fuera de sí mismos, algo que a ambos les importaba..., unidos como bien calibrados engranajes, en el trabajo y en la diversión, el ritmo de sus vidas perfecto.

Perfecto, y luego ella empezó a atacarle, y, no importa lo que él hiciera, ella siempre lo encontraba mal. Fue algo que salió de la nada, no había ninguna *razón* para ello. Ella simplemente decidió un día que iba a odiar todo lo que él hiciera, incluso su equipo, y luego, al cabo de un tiempo, le dijo: Bud, eso no funciona, estamos peleándonos todo el tiempo. ¡Maldita sea, es cierto, nos peleamos todo el tiempo! Así que, si no quieres más peleas, no te divorcies, simplemente deja de pelearte. Y si vas a divorciarte de mí, ¿por qué tienes que estar restregándomelo por la cara? El divorcio no cortó las peleas, simplemente cortó la base que me permitía *soportar* tus ataques; sigues sin dejarme solo, únicamente que ahora no duermes

conmigo.

Así que, aunque Bud pretendía solamente incordiarla lo suficiente para sacarla de su mal temperamento, no pudo evitar el empujar un poco demasiado. Diciéndolo con una especie de media sonrisa, de modo que pareciera como si estuviera haciendo una broma. Sólo que no era una broma. No realmente.

—No puedo creer que hayas sido tan tonta como para bajar aquí. —Sólo estoy bromeando, ¿de acuerdo? Puedes oír en mi voz que sólo te estoy incordiando un poco—. Ahora estás atrapada aquí abajo por la tormenta. Eso fue una tontería, muchacha, una auténtica tontería.

—Estoy bromeando, pero fue una tontería.

—No vine aquí abajo para pelearme contigo.

Oh, ¿de veras? ¿Qué era entonces toda esa mierda acerca de señora Brigman y restregarle por la cara que este nombre ya no significaba nada para ella? Pero tómatelo con calma. No dejes que su actitud te afecte.

—Entonces, ¿por qué bajaste?

—Tú me necesitabas. —Ella siguió andando por el corredor—. Nadie conoce los sistemas de esta plataforma mejor que yo. Una vez desconectados del *Explorer*, estáis completamente a vuestros propios medios durante todo el tiempo que dure la tormenta. Quiero decir, ¿y si ocurre algo después de que el apoyo de superficie os abandone? ¿Qué haréis entonces?

—Oh, vaya, tienes razón —dijo Bud. La siguió abajo por la escalerilla, hasta el nivel de perforación—. Nosotros, pobres chicos tontos, tendremos que pensar por nosotros mismos. Puede ser un desastre. —¿Para qué creía ella que se habían estado entrenando durante el último año y medio? ¿Cómo pensaba que habían conseguido sobrevivir durante su primer turno de un mes y la mayor parte del segundo sin ella?

Pero estoy sonriendo, ¿ves? Sólo intento bromear un poco para sacarte de tu mal humor.

Ella se encaminó hacia la sala del compresor, empezó a comprobar los sistemas de apoyo vital.

Excepto que las bromas no funcionaban. Bud no era estúpido, sabía que estaba más enojado con ella de lo que aparentaba.

Contrólate, Bud. Sabes cómo manejarla.

—¿Quieres saber lo que pienso? —preguntó Bud.

Ella no estaba prestando atención a sus palabras. O, más bien, *estaba* prestando atención, y tenía intención de responder demostrando que ellos la *necesitaban*.

—¿Ves cómo está ajustado esto? —preguntó ella. Rectificó una válvula. No mucho. No estaba muy desajustada, pero tampoco de la forma en que debería estar. Chapuceros. Descuidados.

—¿Quieres que te diga lo que pienso? —Bud no estaba dispuesto a ceder.

—No particularmente. —Lindsey se apartó de nuevo de él. Bud la siguió.

—Creo que estabas preocupada por mí. —Bien, eso sí es una broma. Ahora ella se reirá.

—Debe ser eso —respondió ella. No exactamente una risa, pero sí una especie de broma propia, así que su incordio estaba empezando a funcionar. El vapor iba escapando.

Giraron una esquina, y Lindsey casi chocó con un perforador.

—Hey, Perry —saludó.

Puesto que estaba empezando a responder, Bud siguió aquella misma línea de conversación.

—No, creo que sí lo estabas. Vamos, todo está bien aquí —dijo para hacerla reír. Al mismo tiempo, no deseaba que riera. Deseaba que no fuera una broma. Deseaba que se volviera en redondo y dijera: Sí, de hecho, *estaba* preocupada por ti—. Todo está bien, tienes que admitirlo.

Ella oyó la súplica, no el tono de broma. Así que se lo explicó como lo haría a un niño de tres años que no entendía las cosas a menos que se las dijeras muy claramente.

—Estaba preocupada por la plataforma. Llevo invertidos cuatro años en este proyecto.

Lo decía en serio, y él lo sabía. La plataforma lo era todo para ella, siempre lo había sido, su matrimonio había sido una mentira desde el principio. Bien, qué demonios. Al menos podemos reírnos de ello, ¿no?

—Sí, y en cambio sólo llevas invertidos tres años en mí.

Ella se detuvo en la puerta. Lo dijo de modo que él no pudiera dejar de captar el significado.

—Bien, cada cosa debe tener sus prioridades. —Luego se volvió y salió.

Yo mismo me metí en esto, pensó Bud. Yo mismo lo busqué, yo supliqué por ello, le *pedí* que me dijera que se preocupa por mí, y ella no lo hizo, no podía hacerlo porque realmente no se preocupa. Es así de simple, sólo que yo soy demasiado *estúpido* para recordarlo, porque la necesito tanto, me preocupo tanto por ella, pienso en ella constantemente, siempre olvido que las cosas no son así con ella. Ella nunca piensa en absoluto en mí, sólo en la plataforma. Sé esto de ella, sé que ni siquiera es *humana* respecto a algunas cosas. Siempre lo he sabido.

Sólo que nunca lo he sabido. Cuando me casé con ella pensé que me amaba. ¿Por qué no me di cuenta entonces? ¿Por qué no supe lo que venía y eché a correr?

Se quitó la gorra, apoyó la frente contra una abrazadera. Inspiró profundamente un par de veces. Aquél no era el momento de empezar a sentir pena por sí mismo. Como tampoco era una buena idea dejar las cosas así con Lindsey. Iban a estar juntos en la *Deepcore* durante semanas. Tenían que llegar a un compromiso, le gustara o no.

Tenía que hacer que se iluminara. Tenía que suavizar las cosas entre ellos lo suficiente como para que pudieran resistir varias semanas juntos. Incordiarla no funcionaba, así que era mejor enfrentarse francamente a las cosas.

La siguió, la halló comprobando la sala de perforación, asegurándose de que todo había sido almacenado adecuadamente de modo que pudieran reanudar la perforación sin tener que volver a Galveston en busca de suministros. Nada de bromas esta vez.

—Necesitarás un lugar donde dormir. Llegaremos al lugar dentro de unas cuantas horas; supongo que hasta entonces desearás descansar.

Aquello era cierto. *Estaba* cansada..., la cámara de presión no había sido exactamente un descanso, puesto que estaba demasiado preocupada por todo como para dormir.

—Utiliza mi habitación —dijo Bud—. Yo no iré allí.

Ella lo aceptó como lo que era..., una oferta de paz.

—Por supuesto. Gracias.

—Puedes comprobarlo todo cuando te levantes. Haré que alguien te despierte cuando parezca que ya estamos cerca, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Él le cedió el paso, abrió la puerta al único camarote privado de la plataforma. El rango tenía sus privilegios. La habitación no era gran cosa, pero al menos podría estar sola.

Mientras entraban, la mano de Bud en la puerta quedó casi al nivel de los ojos de ella. Lindsey observó que aún llevaba el pesado aro de boda de titanio que ella le había comprado. Aquello formaba parte del por qué estaban tan bien juntos al principio. Un montón de gente que ella conocía del MIT sabían que el titanio era el más duro de los metales, que simbolizaba algo que realmente duraría. Bud también lo sabía..., pero el anillo también parecía encajar perfectamente con su mano. Él era tan fuerte como el titanio. Ella podía contar con él. Si eso era todo lo que significaba el anillo, entonces decía la verdad. Él nunca la había abandonado. Había estado allí cada vez que ella le había necesitado, no importaba para qué. Pero el anillo se suponía que decía también que *ella* sería igual de fiel. Bien, eso fue antes de que se diera cuenta de que no estaba completamente preparada para el matrimonio. Tenías que ceder demasiado de ti misma.

Excepto que eso no era todo, ¿verdad? Lo que la volvía loca acerca de Bud era que exigía tanto de ella, pero más que eso exigía tanto de sí mismo, le *daba* tanto a ella, y ella nunca, nunca podía merecerlo.

—Está todo hecho un desastre, pero te garantizo que es el único camastro que no estará ocupado. —Bud empezó a recoger ropa sucia de encima de la cama, limpiando un poco para que la habitación fuera aceptable para ella. Era lo que siempre había hecho..., ver lo que ella necesitaba, ocuparse de ella. Como saber que estaba cansada antes de que ella misma se diera cuenta. Cederle su camastro, limpiándolo antes—.

Puedes dormir un par de horas antes de que lleguemos allí.

¡No! En realidad no le estaba dando nada. La estaba manipulando, exactamente igual que siempre. Incluso llevando aquel maldito anillo, intentando hacer que ella se sintiera avergonzada de su promesa rota.

—¿Por qué lo sigues llevando? —preguntó de pronto. Él bajó los ojos hacia el anillo, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—No lo sé. El divorcio aún no ha terminado, ¿no? Olvidé quitármelo. —Parecía realmente azarado de haber sido descubierto llevándolo.

—Yo no llevo el mío desde hace meses —dijo ella. No pretendía herirle..., simplemente se le ocurrió decirlo. Pero era bueno para él oírlo, para que así supiera que *ella* no sentía del mismo modo.

Pero, por supuesto, él lo interpretó de otro modo.

—Oh, sí, comprendo. A él, cual-sea-su-nombre, no le gustaría. El Corbata. —Pretendió que sonara como una broma, pero no era divertido.

¿Todavía estaba celoso?

—¿Siempre tienes que llamarle de esta forma? ¿El Corbata? Hace que suene mal. Su nombre es Michael.

—Por cierto, ¿a qué se dedica ahora Michael? ¿Mr. Brooks Brothers? ¿Mr. BMW? —Cuando ella no rió ni sonrió ni respondió, se le ocurrió una nueva posibilidad—. ¿Todavía sigues viéndole?

Sin duda quieres decir si todavía sigo acostándome con él, ¿no?

—No, no lo he *visto* desde hace semanas.

Bud sonrió. Le encantó oír aquello.

—Lo siento terriblemente. ¿Qué ocurrió? —Se estaba agarrando a aquello como un hombre que se ahoga se *agarraría* a una boya de salvamento.

—¿Por qué estás haciendo esto, eh? ¿Por qué? No es..., no es asunto tuyo, ya no forma parte de tu vida.

Estaba arreglando un poco las cosas a fin de poder echarse en la cama, retirando las mantas. Él se acercó por detrás de ella, se inclinó sobre ella, haciendo eco de sus movimientos como una sombra, como si estuviesen bailando. Estaba bromeando con ella. Pero no estaba bromeando.

—Te diré lo que ocurrió. Despertaste una mañana en esas sábanas de satén. Te diste la vuelta, y ahí estaba ese tipo de buena apariencia. Bien acicalado, con un caro reloj en la muñeca. Y te diste cuenta: Ese tipo jamás me hace reír.

Finalmente, finalmente ella perdió el control. Sin fingir ya que estaba calmada, sin mantener baja la voz.

—Eso es, Bud, eso es. ¡Qué listo eres, Jesús, qué listo eres! ¿Sabes que podrías hacer un programa de televisión o algo así? ¡Pregunten al doctor Bud, consejos a todos los que sufren mal de amores desde trescientas brazas de profundidad!

Él alzó las manos, rindiéndose, retrocedió, salió de la habitación. Hey, sólo era una broma. Tranquila. No pretendía ofenderte.

Y una mierda.

—Gracias —dijo ella, con burlona educación—. Muchas gracias.

Tan pronto como él cerró la puerta, ella hizo girar la rueda para asegurarla por dentro. Luego regresó a la cama, se sentó, dejó escapar un suave, contenido, cuidadoso gritito. ¿Qué especie de maldito idiota era *él*? Michael la hacía reír todo el tiempo, ¿qué se creía Bud? No había amado a Bud porque la hiciera reír, lo había amado porque era el hombre con quien podía estar *seria*, el hombre con quien podía *trabajar*, no como Michael, que pensaba que una mujer debía excitarle cada noche y, aparte esto, ser simplemente entretenida y decorativa. Y, cuando Michael *hablaba* de negocios, era siempre de cosas estúpidas y nada interesantes, que él pensaba que eran muy *importantes*. Finalmente había roto con él porque la hacía reír demasiado, todo el tiempo..., pero principalmente cuando él no estaba allí.

Apagó la luz de un manotazo. Podía ver algo aún a causa de los focos fuera de la *Deepcore*, que reflejaban una débil luminosidad azulada a través de la portilla. Era un tipo más bien triste de semioscuridad.

Ni siquiera ahora la hacía reír Bud. Ni siquiera cuando intentaba convencerla de que volviera con él o amenazaba con castigarla porque no lo hacía, todas aquellas estúpidas e inútiles negativas a reconocer que todo había terminado. Ni siquiera eso la hacía reír. Simplemente la ponía triste. La hacía casi desear ser alguna otra persona, alguien que fuera simplemente lo bastante estúpida como para caer en todas aquellas pequeñas y manipuladoras amabilidades bienintencionadas. Cualquier otra mujer en el mundo pensaría que era un marido perfecto.

Así que por supuesto se casó conmigo, el pobre tonto.

Tendió ociosamente la mano hacia una botella de loción para después del afeitado que había en la pequeña mesilla de noche. La misma marca de siempre. Él nunca cambiaba de marcas ni de nada. La abrió. Olió. Era él. La hizo sentir un poco mareada, sólo por un momento, como si *él* estuviera allí mismo en la habitación con ella, justo fuera de su vista, tras ella en la cama, tendiendo una mano..., la tocaría en cualquier momento, haría resbalar la ropa en sus hombros, cerraría la mano en torno a su cintura y la echaría hacia atrás, se inclinaría sobre ella...

Cerró la botella y volvió a dejarla, furiosa consigo misma.

—Mierda —susurró. No tengo quince años. *Nunca* tuve quince años. No voy a distorsionar mi vida a causa de que aún sienta un cierto cariño sin significado por mi esposo. Ex esposo. Casi ex esposo.

Bud fue directamente de la habitación de ella —la habitación *de él*— a los lavabos. ¿Por qué había hecho aquello? No estaba incordiándola, no importaba lo que

pensara en aquel momento. Cuando se enfrentaba a Lindsey no tenía el mismo tipo de autocontrol que tenía en otras situaciones. Siempre terminaba echándole el cebo, engatusándola hasta que ella se volvía loca, exactamente como al final, exactamente como antes de que ella se fuera. Bien, ¿tenía que probarse a sí mismo de nuevo que todo había terminado realmente? De acuerdo, había quedado establecido, ahora sé que todo ha terminado, y que me maldiga si voy a llevar el anillo otro minuto, no con ella aquí durante las próximas semanas, mirándolo constantemente y riéndose de él por llevarlo.

Apenas podía quitarlo del dedo..., no se lo había quitado desde que ella se lo pusiera la primera vez. Pero finalmente salió..., se hubiera arrancado alegremente la mitad de la piel del dedo con él. Lo arrojó a la azul agua química de la taza del wáter. Dejemos que vaya a parar al fondo del océano, allá es donde pertenece.

Dio quizá dos pasos alejándose de los lavabos y se detuvo. No podía hacerlo. Era un error, se odió a sí mismo por ello, pero no podía dejar simplemente que el anillo fuera arrojado junto con los desperdicios. Aunque no significara nada para ella, aunque se burlara de él por ello, todavía significaba algo para él. Tres años con Lindsey, eso era real aunque hubiera terminado, y el anillo formaba parte de eso, parte de los mejores tiempos.

Así que abrió la puerta y volvió a entrar, se arrodilló al lado de la taza del wáter, metió la mano en los productos químicos, rebuscó hasta que lo encontró. No pensó en enjuagarlo antes, simplemente volvió a metérselo en el dedo anular de la mano izquierda.

Luego miró su mano derecha. Azul hasta la muñeca. Y el color parecía como si se pegara a la piel, no se iba con el agua. No has sido nada brillante, muchacho. Ahora no sólo tengo el anillo en mi mano izquierda para hacerme parecer ridículo, sino que mi mano derecha está teñida de azul. *Permanentemente* teñida de azul..., a todos se les había advertido que el líquido químico de eliminación de desechos no se iba tan fácilmente como eso. Probablemente moriría con una mano azul. «¿Qué le pasó al pobre Virgil Brigman?» «Oh, ya conoces al viejo Virgil, no puede mantener las manos fuera de las tazas de los wateres. Allí es donde encontró este anillo de boda, ¿sabes?»

—Oh, mierda —murmuró. Y lo decía en serio.

Llegaron al lugar. Una Noche divisó la empinada pared que conducía al borde de la fosa Caimán justo en el momento en que McBride informaba de que el sonar del *Explorer* les había localizado en el punto exacto.

Bud estaba a los controles. Envió a Hippy a despertar a Lindsey mientras hacía que Una Noche dejara caer los cables de remolque, hacía dar un giro a la plataforma, y examinaba el lugar donde iba a posarse para asegurarse de que era en general liso y

despejado..., sin salientes rocosos que pudieran desgarrar algún módulo en alguna parte, sin ninguna pendiente que pudiera hacer que se apoyara de forma insegura. Lindsey estaba ya allí cuando estuvo listo para hacer bajar la *Deepcore*. Como una nave espacial posándose en un planeta yermo, la plataforma se aposentó en el limo del fondo.

Una Noche trajo de vuelta al Fondoplano debajo de la *Deepcore*, luego subió al pozo lunar.

Bud esperaba disponer de algo tiempo para dormir un poco antes de salir e iniciar el trabajo en el submarino. Estaba equivocado. Los SEALs no tenían intención de entrar en el *Montana* en un esfuerzo solitario. Contaban con utilizar todas las facilidades de apoyo de la *Deepcore*: los VOCRs, el Fondoplano, los dos Taxis. Y no sólo el material. Coffey tuvo inmediatamente a todos los buceadores entrenados en la bodega de inmersión y les hizo estudiar la configuración del terreno en torno al submarino y los planos del interior de éste, preparándolos para la operación.

Bud se quedó allí de pie, escuchando, fascinado al principio, pero más y más frustrado a medida que pasaba el tiempo. Lo que estaba olvidando Coffey era que la gente que eran buceadores entrenados formaban al mismo tiempo el equipo que mantenía en funcionamiento la *Deepcore*..., y en consecuencia los que habían estado ininterrumpidamente de servicio desde hacía horas, atendiendo a la *Deepcore* mientras el Fondoplano la conducía a través de la oscuridad. La única gente descansada en la *Deepcore* eran los perforadores, y no eran utilizables en aquel trabajo. Coffey tendría que esperar.

—Sólo quiero señalar una última vez un par de puntos importantes —dijo Coffey. Extendió ante sí las imágenes compuestas ensambladas por ordenador de la zona donde se hallaba el submarino, con la exacta localización marcada y los contornos señalados con líneas oscuras—. Bien, esto somos nosotros, aquí en el borde mismo de la fosa Caimán. Éste es el *Montana*, a trescientos metros de distancia y setenta metros más abajo de nosotros. Creemos que se deslizó pared abajo y ahora está encajado en este saliente.

Mientras tanto, Wilhite iba de un lado para otro entregando a todo el mundo pequeñas bandas de plástico para que se las pusieran. Una Noche miró la suya. No había nada en ellas, así que no eran una identificación.

—¿Esto nos dice cuánta radiación recibimos?

Aquella fue la primera vez que la mayor parte del equipo pensó en el hecho de que se trataba de un submarino *nuclear*. Armas nucleares, motor nuclear. Si realmente había chocado, parte de la radiación podía haber escapado.

—Buf —dijo Hippy—. No pienso meterme en ninguna clase de radiación, de ningún modo. Barbo se mostró despectivo.

—Hippy, eres un gallina.

—¿De qué sirve el dinero si seis meses más tarde se te cae la polla a trozos? — Hippy empezó a alejarse.

Coffey creyó poder resolver aquello explicándoselo racionalmente. Eso funcionó con la mayoría..., pero la mayoría no estaban preocupados al respecto. Hippy sí lo estaba, y Bud sabía que Hippy no conectaba con la racionalidad. Sin embargo, no se movió mientras Coffey hacía todo lo posible por explicarse.

—Tomaremos lecturas mientras avanzamos. Si el reactor roto o las ojivas de combate han dejado escapar algún residuo radiactivo, entonces volveremos atrás. Es así de simple.

—¡Oh, estupendo! —dijo Hippy. Intelectualmente lo comprendía, pero ¿qué importaba eso? Seguía teniendo miedo, un miedo a nivel de las gónadas, y no pensaba moverse hasta que hubiera desaparecido. Coffey no sabía cómo conseguirlo. Bud sí.

—De acuerdo, Hippy no irá —anunció Bud—. McWhirter, tú puedes encargarte del Pequeño Tonto. —Bud palmeó la superficie del más pequeño de los dos VOCRs.

Eso lo arregló todo. Bud sabía lo que sentía Hippy respecto al Pequeño Tonto... y a McWhirter. Hippy volvió al grupo, barbotando maldiciones.

—¡Maldita sea! Bud, sabes que McWhirter es incapaz de llevar un VOCR que valga una mierda. —Sólo entonces recordó que McWhirter podía no compartir su opinión—. No pretendo ofenderte —dijo con rapidez.

McWhirter conocía lo bastante bien a Hippy como para no tomarlo en serio. Además, McWhirter estaba sólo marginalmente cualificado con los VOCRs. La única cosa que Hippy quería más que al Gran Tonto y al Pequeño Tonto era a Beany. Hippy volvió a entrar en el programa.

—Está bien, iré —dijo.

Barbo estaba a su lado. Revolvió el pelo de Hippy.

—Eso es un tipo —dijo.

Era un buen momento. Coffey lo mató. Volvió a su voz militar e hizo callar a todo el mundo.

—En la inmersión, ninguno de ustedes hará absolutamente nada sin órdenes directas de mí, y seguirán mis instrucciones sin discutir. ¿Queda esto claro? Muy bien: Quiero que todo el mundo esté preparado para mojarse dentro de quince minutos.

Aquello fue casi la peor cosa que Coffey pudo haber hecho en bien de la moral y la lealtad. Sólo el hecho de que creyera que aquellas palabras eran necesarias era un insulto para el equipo. ¿Cómo creía que habían seguido con vida todos aquellos años juntos si no sabían que uno no debe enredar debajo del agua y obedecer al instante las órdenes de tu jefe? Bud pudo ver cómo aquello les golpeaba... Barbo se enojó, Lioso se mostró desdeñoso, Hippy inclinó la cabeza como si acabaran de darle una

bofetada..., todos se mostraron del peor humor concebible.

Lo más estúpido de todo aquello era que en general Coffey no parecía estúpido. Manejaba bien a sus propios hombres. Hubiera debido actuar de otro modo. Bud no podía imaginar por qué lo había hecho así..., seguramente Coffey no era uno de esos tipos militares que tenían que estar pavoneándose todo el tiempo. Quizá le había irritado el que Bud hubiera devuelto a Hippy a las filas. O quizá le preocupaba ver que los buceadores podían ser marginalmente unos chalados como Hippy, que *necesitaban* ser pinchados para que hicieran las cosas. Quizá le molestaba el depender de gente que no eran tipos militares disciplinados hasta las últimas consecuencias. Fuera cual fuese la razón, no era muy buena. Le dijo a Bud que los juicios de Coffey estaban equivocados. No le gustaba enviar a su equipo allá fuera bajo las órdenes de un hombre con juicios equivocados.

Sin embargo, iban a hacer el trabajo. Éste no era el momento para que Bud hiciera abiertamente algo que pudiera minar la autoridad de Coffey. Perry tenía a unos cuantos hombres ayudándoles a cargar al Pequeño Tonto y sus cajas de control en el Taxi Tres.

—Vistámonos —dijo Bud. Era su forma de decir: Todo está bien, hagamos el trabajo, a quién le importa lo que él piense.

Pero llevó a Coffey a un aparte, junto a la plataforma de buceo donde el jefe de los SEALs estaba dando los últimos toques a su propia preparación. A Bud no le gustaba aquella inmersión en aquellas circunstancias. El momento era malo, la moral era mala, y el propio Coffey no era demasiado bueno. Si algo iba mal, nadie iba a estar lo suficientemente en forma como para enfrentarse al máximo con ello.

—Mire, son las tres de la madrugada —dijo Bud. Estaba escogiendo cuidadosamente las palabras, asegurándose de que no sonaran amenazadoras, haciendo que parecieran más bien una sugerencia. El tipo de sugerencia que un comandante podía aceptar sin perder credibilidad por ello. El padre de Bud no había tenido ningún mando..., y le había observado muchas veces manejar a oficiales como aquél. Los oficiales listos escuchaban—. Esa gente ha estado trabajando a base de café malo y con sólo cuatro horas de sueño. Quizá crea usted conveniente darles un corto respiro.

Coffey ni siquiera le miró.

—No puedo permitirme ningún respiro.

Pura estupidez militar. ¿Acaso el tipo no tenía sesos?

—Hey, se mete usted en mi plataforma, ni siquiera habla conmigo, empieza a dar órdenes a mi gente. Esto no va a funcionar. —No, eso no sonaba bien. Sonaba como si Bud estuviera dolido porque estaba perdiendo autoridad, y no era ése el problema. Intentó explicar lo que quería decir realmente—: Usted tiene que saber cómo manejar a esa gente. Tenemos una forma especial de hacer las cosas aquí abajo.

—En estos momentos no estoy *interesado* en su forma de hacer las cosas. Simplemente ocúpese de que su equipo esté preparado para la inmersión. —Coffey se alejó, dejando a Bud allí de pie, hirviendo de rabia.

Se tragó su propio hervor. Le costó, pero lo hizo. No serviría de nada discutir ahora. Iban a ir, así que lo mejor que podía hacer Bud era asegurarse de que estaba al máximo de sus capacidades, todo el mundo estaba al máximo de sus capacidades, nada de peleas, todo funcionando suavemente. Regresó a la zona de vestuario y se sentó, empezó a ponerse las botas.

Finler estaba sentado a su lado. Mirándole. ¿Qué era exactamente lo que estaba mirando?

—Bud. ¿Sabes que tienes la mano azul?

Ése era Finler. Siempre intentando ayudar. Probablemente, si tropezara con un doble amputado, le diría: Hey, ¿sabes que no tienes piernas? Bud le miró.

—¿Quieres callar la boca y ponerte el equipo? —Quiso que sonara divertido, pero no sonó divertido, sonó como si lo dijera completamente en serio. Así que añadió—: Por favor. —De este modo Finler sabía que todo iba bien.

Si no estuviera cansado, si no estuviera enojado con Coffey, no le hubiera hablado así a Finler. Al parecer, tratar mal a la gente era algo contagioso.

Monk estaba también un poco preocupado por la forma como Coffey había tratado a los civiles, aunque no por las mismas razones que Bud. Era por el propio Coffey por el que Monk estaba preocupado. No era que Monk tuviera tiempo de pararse a pensar en nada; pero parte de ser un SEAL consistía en la habilidad de hacer diez cosas a la vez, puramente por hábito, a fin de que tu mente pudiera estar enfocada en las cosas más importantes. De modo que, mientras Monk atareaba sus manos drenando el sistema de respiración de fluidos del Traje de Gran Profundidad que había estado comprobando, su mente estaba atareada en pensar en la forma en que Coffey acababa de ofender a todo el equipo de civiles de la *Deepcore*.

A lo largo de todo su tiempo en el servicio, Monk había conocido a oficiales que antagonizaban con cualquiera con quien hablasen..., pero Coffey no era uno de ellos. Coffey era un maestro de la MCC. Habían tenido un entrenador que les había enseñado el principio de la MCC, que era que, cuando te hallas en una misión, todo lo que les dices a los civiles es la Mínima Cosa Correcta. Para la mayoría de los SEALs, eso significaba cerrar la boca la mayor parte de las veces, porque resultaba demasiado duro imaginar cuál era la mínima cosa correcta que había que decir en un momento determinado. Pero Coffey siempre parecía saberlo. Hasta ahora. Y aquello preocupaba a Monk. Coffey no *cometía* errores como aquél. Quizá fuera la tensión de hallarse en una misión a la que ningún SEAL se había enfrentado antes. Quizá Coffey tuviera alguna razón para mostrarse antagónico con los civiles. O quizá Coffey no estaba completamente bien.

Monk se daba cuenta también de lo que estaba pasando a su alrededor..., un SEAL que no puede mantenerse atento a lo que pasa a su alrededor mientras realiza una tarea termina generalmente volviendo a casa dentro de un saco. Así que sabía que el operador del VOOCR, un tipo bajo y nervioso llamado Hippy, estaba caminando por el borde del pozo lunar hacia Monk, como observando a la gente que trabajaba con los sumergibles.

Barbo le llamó:

—¡Hey, Hippy, pásame un par de varillas de cialumen!

Hippy se agachó, las cogió de la caja, se las lanzó a Barbo. Cuando se volvió de nuevo casi chocó con Monk.

—Perdón —dijo Monk.

Lo cual era más de lo que debiera haber dicho, puesto que inmediatamente Hippy lo interpretó como un gesto amistoso, en vez del rechazo ligeramente sarcástico que Monk quería que fuese. Como siempre, Monk se había alejado de la MCC hablando demasiado.

Naturalmente, Hippy observó que Monk estaba trabajando con un equipo extraño que no comprendía. Hippy se aseguraba siempre de comprender cada nueva pieza de equipo que veía.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

Monk no le miró. ¿Podía decírselo? El Traje de Gran Profundidad era alto secreto, pero los sistemas de respiración de fluidos no. Monk pensó en su entrenamiento..., sabía mucho sobre la respiración de fluidos porque había sido su especialidad desde que empezaron a trabajar con el Traje de Gran Profundidad mientras se entrenaban con la Unidad de Buceo Experimental hacía seis meses. Habían estado probando la respiración de fluidos con roedores desde los años sesenta, y había sido en 1973 cuando Johannes Kylstra había conseguido por primera vez que un ser humano respirara líquido: una solución salina hiperbáricamente oxigenada probada sólo en un pulmón, puesto que si un experimento con ambos pulmones fallara, el paciente iba a tener problemas luego en redactar su informe. El líquido a base de fluorocarbono había sido usado por Thomas Shaffer en su sistema regulador, y Peter Bennett había hecho multitud de pruebas con su cámara hiperbárica mediados los ochenta, así que el respirar fluidos era un asunto del conocimiento público. Demonios, el fluido que utilizaban ellos no era más que el grado médico de un producto de la 3M utilizado para detectar fugas en electrónica. Cualquiera podía comprarlo. No tenía nada de particular hablar de él.

—Es un sistema de respiración mediante fluidos. Acabamos de recibirlo. Lo utilizaremos si tenemos que ir realmente profundo.

—¿Cuán profundo? —quiso saber Hippy.

—Profundo.

Hippy no respondía bien a las contestaciones evasivas. Quizás ésa fuera una de las razones por las que su padre lo había pateado fuera de casa cuando tenía quince años.

—¿Cuán profundo?

Pero Monk no estaba siendo evasivo por puro gusto. En parte era porque iba en contra de la política militar revelar los límites de cualquier equipo, en parte era porque nadie había descubierto todavía los límites del Traje de Gran Profundidad.

—Es información clasificada.

Así que era eso. Hippy abandonó la pregunta.

Monk comprendió, sin embargo, que Hippy no pretendía ser un problema. Para esos tipos de la *Deepcore*, el equipo experimental hiperbárico era un hecho de la vida. Cualquier nueva pieza de equipo tenía que ser comprendida completamente..., todo lo que podía hacer, todas sus limitaciones. En especial un tipo como Hippy, que se entendía mucho mejor con las máquinas que con la gente. Así que Monk siguió adelante y le explicó todo lo que pudo mientras vaciaba el líquido a base de fluorocarbono del depósito del Traje de Gran Profundidad, dejando que fluyera a una caja de plástico transparente. No podía contarle los detalles, pero sí podía decirle lo que estaba en la biblioteca de la Universidad de Duke.

—De todos modos, uno respira líquido, así que no puede ser comprimido. La presión no le afecta tanto.

Barbo estaba por entonces junto a ellos, trabajando en la misma mesa, de modo que oyó eso último. No pudo resistirse a intervenir.

—¿Quiere decir que respira líquido? ¿A través de sus pulmones?

Monk cerró la válvula de drenado.

—Una emulsión de fluorocarbono oxigenado.

—Tonterías —dijo Hippy.

A Monk no le molestó no ser creído. No era un vendedor. El que le creyeran o no, no representaba ninguna diferencia en aquella misión. De todos modos, sería divertido mostrárselo. Eran buceadores, ¿no? Se esforzaban mucho en asegurarse de que nunca tuvieran que respirar nada líquido; pero también sabían que era esa misma dependencia de los gases lo que ponía un límite a la profundidad que podían alcanzar. Sabían exactamente lo importante que era eso. Además, a Monk le caían bien aquellos tipos. Si no fuera un SEAL, aquél era el tipo de trabajo que le hubiera gustado hacer..., algo que exigía auténtico valor, pero no el tipo de cosa por la que alguna vez puedes llegar a hacerte famoso. Y, pese a ser un SEAL y en consecuencia hallarse completamente separado de ellos, seguía sintiendo una especie de compañerismo. Una especie de hermandad debajo de la piel.

Monk tendió la mano, cogió una caja de malla de alambre de encima de la mesa y vació las válvulas que había almacenadas en ella.

—Compruebe esto —dijo. Luego alzó la mano y cogió la rata del hombro de Hippy—. ¿Puede prestarme su rata? —Aquélla era la forma correcta de coger de los civiles lo que necesitabas. Pedirles permiso después; terminar la misión antes de que el civil tuviera oportunidad de decir no.

—¡Hey!, ¿qué está haciendo? ¡Va a matarla! —Hippy le sujetó, pero Monk no le prestó atención. Metió la rata en la caja de alambre como si fuera una jaula, luego volvió ésta del revés y la empujó, rata incluida, al interior del fluido. El líquido tenía un tinte rosado, de modo que podía distinguirse inmediatamente del agua. Pero seguía siendo líquido, así que Monk sabía lo que debía estar pensando Hippy..., que la rata iba a ahogarse.

Intentó tranquilizarle.

—No se preocupe. Yo mismo he hecho esta operación. —No creyó necesario mencionar que había sido la experiencia más aterradora de su vida, pese a que le ayudaron a reprimir sus arcadas reflejas y a impedir que empezara a manotear y patalear presa del puro pánico cuando notó el líquido abrirse camino ardiendo hacia sus pulmones. Esa información no haría más que incrementar la resistencia de Hippy. Todo lo que Monk explicó se atenía a la MCC.

—¡Va a matarla! —Hippy estaba intentando agarrar la caja, sacarla del líquido. Pero no lo intentaba con mucha fuerza. No con una fuerza *histérica*. Monk lo detuvo simplemente interponiendo un hombro en su camino.

—Yo mismo lo he respirado —dijo de nuevo, con voz tranquilizadora—. Estará bien.

—¡Se está ahogando! ¡Mire, patalea!

—Simplemente pasa por el período normal de ajuste.

—El momento en el que crees que vas a morir y te asustas no dura mucho.

—¡Normal! ¿Eso le parece normal?

La rata *era presa* del pánico: nadaba de un lado para otro, debatiéndose por salir. Pero eso duró sólo el tiempo que un animal aerobio puede contener la respiración debajo del agua. Finalmente, la rata tuvo que abrir la boca, tuvo que tragar el líquido. Excepto que esta vez, cuando el líquido fluyó a sus pulmones, el animal aerobio no murió.

—Está respirando el fluido —dijo Monk—. ¿Ve como se mueve su pecho?

Barbo estaba convenciéndose finalmente.

—Lo está respirando. ¡Esta rata está respirando esa mierda!

Monk disfrutó contemplando su sorpresa. Les había ofrecido algo que ellos valoraban..., una experiencia, algo nuevo. No había tantas cosas nuevas en la vida. A Monk le gustaba captar su excitación.

—¿Lo ven? Se está habituando.

—Lo está *haciendo* —dijo Hippy—. No se está ahogando.

Completamente cierto. La rata abría la boca cada vez que inspiraba el líquido. Aquel elemento era más denso que el aire, tenía que ser respirado por la boca. Funcionaba, llevaba el oxígeno hasta sus pulmones. Pero no había ninguna posibilidad de que la rata estuviera disfrutando con aquello. Monk recordaba demasiado bien su propia experiencia.

Hippy no sabía esto, por supuesto. Solamente sabía que nadie le había preguntado a Beany si se sentía bien con el experimento. La rata estaba medio muerta de terror. Era una putada hacerle aquello, y el hecho de que Beany no estuviera muerta panza arriba no significaba ninguna diferencia.

—Déjela salir —dijo.

Monk se alegró de obedecer. Ya lo habían visto; eso era suficiente. Además, el líquido aún no había sido calentado, y la rata era muy pequeña. Los roedores no eran como los animales mayores. La hipotermia no hace que el cuerpo de la rata acumule la sangre —y por lo tanto el calor— en el cerebro. Si Monk dejaba la rata demasiado tiempo allí dentro, podía salir con profundos daños cerebrales, y eso *sería* realmente una putada.

Monk alzó la caja, sacó la rata y la cogió por la cola, colocándola boca abajo sobre el plato para que expulsara el fluido de sus pulmones. Sabía por experiencia que ésta era la parte más dolorosa..., dolía en lo más profundo de tus pulmones, ardía, picaba, de modo que no deseabas hacer aquello cada día. Pero, dolor o no, la respiración mediante fluidos era real. A los pulmones no les importaba lo que sorbían, siempre que contuviera el oxígeno suficiente que pudieran transmitir al torrente sanguíneo. Aquel fluido podía contener un sesenta y cinco por ciento de oxígeno a una atmósfera de presión, incluso más cuando la presión era mayor; eso era más oxígeno del que había en el aire, más del que había en la sangre. Y, puesto que era líquido, limpiaba las bolsas de gas en los pulmones, permitía a un buceador ir más allá de las profundidades en las que los pulmones que respiraban gas empezaban a estallar y a sangrar. Permitía a un buceador ir tan abajo que las sinapsis de tu cerebro empezaban a funcionar mal debido a que la presión estrujaba unas contra otras todas las células de tu cerebro. Tan abajo que tenías que ser dopado hasta la semiinconsciencia a fin de ser capaz de pensar un poco.

Yo nunca, nunca desearía ir tan abajo, pensó Monk.

Hippy le estaba diciendo cosas a la rata mientras ésta colgaba de la mano de Monk. Hippy la estaba tranquilizando como si fuera una madre nerviosa. Seguía queriendo cogerla, y sus manos aleteaban, ansiosas por acariciar a Beany, calmarla.

—Dejemos que expulse el fluido durante un minuto —dijo Monk.

—Tranquila tranquila tranquila tranquila —canturreaba Hippy, como si rezara—. Bien bien bien bien. Dame dame dame dame.

Barbo estaba rezando también, a su manera.

—Esto es la cosa más malditamente sorprendente que he visto en mi vida.

Bien, ¿por qué no? Parecía como un milagro hecho realidad. Monk le tendió la rata a Hippy. Éste empezó a gemir aliviado como si hubiera sido él el que hubiera respirado el líquido. Monk le alargó una toalla. La rata se agitó mientras Hippy la secaba.

—Oh, Beany, ¿estás completamente bien? —Empezó a besarla, canturreándole, acunándola, acariciándola. Parecía exactamente como lo que uno esperaría que hicieran Marta y María después de que Jesús alzara a su hermano Lázaro de entre los muertos.

—¿Lo ve? El bicho está perfectamente —dijo Monk. Hippy le miró con un asomo de desdén.

—Es *ella* —dijo.

¿Qué se supone que debía hacer?, pensó Monk. ¿Mirar si le colgaba algo entre las patas? Pero no lo dijo. No dijo nada más. De hecho, ya estaba lamentando el haber efectuado aquella demostración. No porque hubiera roto las normas de seguridad: no lo había hecho, nunca lo haría. Era más bien porque se daba cuenta de que había alardeado un poco ante aquellos dos hombres. Realmente deseaba caerles bien. Y eso era preocupante. Ésta era la primera vez desde que se había unido a los SEALs que Monk se había preocupado siquiera un poco de caerle bien a alguien de fuera del equipo.

No era Coffey quien lo estaba perdiendo, se dio cuenta. Era él. Aquél no era el mejor momento para confraternizar.

8 – Ver cosas

Pese a todos sus recelos, Bud no podía por menos que captar el sentimiento de excitación que se apoderaba de todos mientras salían hacia el *Montana*. Los civiles podían hablar todo lo que quisieran acerca de cómo odiaban estar con los militares, de cómo no soportaban la disciplina, de cómo desaprobaban la guerra y despreciaban la mente militar..., pero cuando llegabas al fondo del asunto, la idea de ser conducidos por soldados de elite hacia una misión peligrosa agitaba algo en las entrañas de un hombre. Como hijo de un marine, Bud podía ver directamente a través de toda la falsa palabrería acerca de redaños y valor y gloria; cuando lo examinabas a fondo, veías que el ansia de batalla estaba grabada en los genes del hombre del mismo modo que la progresiva caída del cabello.

Sin embargo, nunca se perdía completamente en sus pensamientos; una parte de su mente escuchaba intensamente la charla que le llegaba a través de la UQC. La voz de Lindsey, desde el Taxi Uno:

—Que todo el mundo compruebe las comunicaciones. Fondoplano, ¿estás en línea?

Una Noche era el piloto del Fondoplano, por supuesto..., pese a que acababa de pasar doce horas seguidas realizando el mismo trabajo, sin mucho más que una cabezada entre medio.

—Diez-cuatro, Lindsey, te oigo fuerte y claro. —Resultaba curioso oírle hablar tan calmadamente a Lindsey, sabiendo que Una Noche le guardaba a Lindsey un profundo e inquebrantable rencor que empezaba antes incluso de que Lindsey hubiera iniciado el divorcio de Bud. Una Noche no odiaba a Lindsey simplemente como solidaridad hacia Bud; Una Noche era una voluntaria.

Las comunicaciones siguieron su ronda de comprobaciones.

—¿Taxi Tres?

—Taxi Tres correcto —llegó la voz de Hippy—. Inmediatamente detrás de ti. — Todo el mundo estaba en línea.

Así que ahora era el momento de comprobar su avance.

—¿Cuál es tu profundidad, Taxi Tres?

Hippy no tenía que concentrarse mucho en mantener el rumbo, puesto que podía seguir las dos hileras de luces que tenía delante, así que era quien tenía más facilidad para leer los indicadores.

—Quinientos cincuenta y dos. Cincuenta y cinco. Cincuenta y ocho. Sesenta. — Leyendo la profundidad como décadas históricas. Hacia abajo.

Bud miró a los otros hombres de pie a lomos del Fondoplano mientras hendían el

agua, apretados unos contra otros como extraños trabajadores inmigrantes, saliendo a recolectar lechugas hiperbáricas. Sólo que la actitud de esos hombres no se correspondía a un tedioso trabajo manual. Eran guerreros, llevaban la armadura del uniforme submarino, los cascos en su sitio, las botellas cargadas con la mezcla respiratoria, dispuestos a luchar contra su viejo enemigo, el mar. Todos fingían estar tranquilos, como si aquello fuera lo más normal del mundo, pero, si pudieran expresar lo que había en su interior, Bud estaba completamente seguro de que no serían más que un tropel de chimpancés cuando llegara el momento de la batalla..., agitando los brazos, saltando arriba y abajo, ululando y chillando.

En especial los SEALs, directamente delante de Bud. Coffey parecía gélidamente calmado a través de la mascarilla de su casco. Pero tenía los ojos encendidos, pensó Bud, ojos iluminados por el peligro. Tal vez Coffey no hubiera inventado el negocio de la muerte, pero era un joven ejecutivo ambicioso de la corporación de asesinos de América. Llegaría lejos, si no conseguía que todo el mundo resultara muerto antes.

El padre de Bud nunca había tenido unos ojos así. Era simplemente una persona, simplemente papá. Pero quizá papá cambió cuando fue a Vietnam. Quizá, cuando algún vietcong lo observó a través de su mira telescópica, vio muerte en los ojos de papá y supo: Éste es el hombre al que debo matar para que todos esos americanos vuelvan a casa. No sabía que papá era tan sólo un tipo vulgar cuando estaba en los Estados Unidos.

Quizá cuando Coffey no estaba en una misión, era también un tipo vulgar, como papá.

No. No era posible.

La voz de Lindsey interrumpió los pensamientos de Bud. Estaban en el borde de la fosa.

—Pasamos a la pared, rumbo cero-seis-cinco. Todos juntos y a la vista.

Una Noche estaba inmediatamente detrás de ella. Era la que llevaba a los pasajeros fuera.

—Iniciando el descenso —dijo, como una guía turística en Disney World—. Buceadores, ¿cómo va ahí?

Bud examinó la hilera, sus hombres y los SEALs. Todo el mundo en su lugar, nadie inquieto, todos firmemente sujetos.

—Hasta ahora bien —dijo.

Ahora que uno de los buceadores había hablado, fue como dar a los demás libertad para charlar.

—¿Hasta qué profundidad es la caída aquí? —preguntó Lioso.

—Este pozo no tiene fondo, muchacho —dijo Barbo—. Cuatro kilómetros directamente hasta abajo.

Gracias, Barbo, tú siempre tan útil para levantar la moral, pensó Bud.

Coffey los hizo callar a todos volviéndolos al asunto que importaba.

—Taxi Uno, ¿todavía no lo ve? —Bud sabía que no era preguntar por preguntar..., la charla ociosa podía representar un peligro. Los canales tenían que estar abiertos para las comunicaciones serias. Alguien podía morir mientras otro estaba haciendo una broma. Bud se dio cuenta de que los demás lo comprendían también. La pregunta de Lioso, la respuesta de Barbo, eso había sido lo último. Aquellos hombres no eran estúpidos. Pero ¿cómo podía saberlo Coffey? Bud no podía culparle por querer asegurarse.

Fue Lindsey quien respondió a la pregunta de Coffey:

—El magnetómetro está agitándose. La sonda lateral recibe un gran eco, pero todavía no veo nada. ¿Está usted seguro de que su profundidad es la correcta?

Lindsey era buena en esto, pero Bud sabía que había algunas cosas que sólo llegaban con la experiencia que ella simplemente aún no había tenido tiempo de adquirir. Se necesita tiempo para adquirir ojos submarinos, para acostumbrarse a cuán lejos puedes ver a esa profundidad, incluso con brillantes luces. Lindsey sabía todo esto intelectualmente, por supuesto, pero, como Bud conocía muy bien, saberlo no te impedía sentirte inquieto cuando tenías la seguridad de que estabas cerca y sin embargo seguías sin poder ver nada. Así que la tranquilizó:

—Tienes que estar ya casi encima.

—Está bien, de acuerdo. —Y entonces lo vio. Como el pañuelo negro de un mago cayendo bruscamente para mostrar lo que ha mantenido oculto detrás todo el tiempo. El gigantesco propulsor gravitó ante ella, tan enorme que tuvo la sensación que su propio sumergible quedaba empujado a su lado. Sin embargo, aquella enorme cosa había sido doblada y rota como el juguete de un niño. Construimos monstruos de metal, pero la tierra y el mar son más fuertes aún—. Lo encontré —dijo.

Coffey escuchaba lo que decían los demás, y aprendía de ello. Aunque había hecho callar a Brigman allá en el pozo lunar, había captado el mensaje, y había visto que Brigman tenía razón. Aquellos civiles tenían sus propias formas de hacer las cosas, y funcionaban muy bien así. Coffey estaba acostumbrado a que los civiles fueran caóticos, desorganizados, impredecibles, cada cual actuando por sí mismo en formas que eran peligrosas o perjudiciales para otra gente. Sólo con los demás hombres de su propio equipo de SEALs había encontrado nunca a otros seres humanos que se comportaran racionalmente, predeciblemente, cooperativamente. Hasta ahora. Quizás el entrenamiento fuera distinto, tal vez las reglas permitieran más espacio para las elecciones personales, pero el equipo de Brigman funcionaba bien junto y, cuanto más los estudiaba Coffey, mejor era capaz de predecir lo que hacían y más podía contar con ellos.

Hubiera debido saber esto antes, pensó Coffey. Hubiera debido ver la forma en

que se preocupaban los unos de los otros, de la misma forma que lo hacemos mis hombres y yo. Y, ¿quién puede decir que su forma no es tan buena como la nuestra? Trabajamos para borrar nuestras diferencias individuales, para convertirnos en una sola alma con doce cuerpos, de tal modo que hubiera podido tomar a tres cualesquiera de mis hombres para esta misión. Pero los hombres de Brigman mantienen sus peculiaridades, sus extravagancias, y los demás aprenden simplemente a trabajar con ellas, a usar esas peculiaridades, a contar con ellas, a aceptarlas por lo que son. Y, cuando las cosas se ponen difíciles, cuando alguien se excita o acalora, ahí está Brigman, como una gota de aceite en el mecanismo justo antes de que la fricción sea lo bastante mala como para provocar un agarrotamiento. Convierte en una máquina de funcionamiento suave a un puñado de componentes que de otra forma no encajarían de ningún modo.

El único que no formaba parte de ese equipo era aquella zorra Lindsey, y eso no era culpa de Brigman. La mujer estaba loca de egoísmo, era la clase de persona incapaz de subordinar su propio juicio al de nadie. Era tan lista que nunca se le había ocurrido que nadie pudiera tener alguna idea mejor. Por qué Brigman había llegado a casarse con ella era algo que estaba más allá de su comprensión..., quizá Brigman hubiera pensado que ésa era la única forma de controlarla. Bueno, al infierno con eso. Ella era un peligro para el equipo de Brigman en el mejor de los casos, y si Brigman no sabía cómo neutralizarla, bien, Coffey lo haría.

Por ahora, sin embargo, tenía que llegar a un compromiso con ella..., y ella *era* la mejor pilotando los Taxis. Por eso Coffey la había situado en la posición delantera. El Fondoplano era demasiado vulnerable, con los buceadores expuestos sobre su lomo, y Hippy pilotaba el otro Taxi; ni soñarlo que él fuera delante. Utilizas lo mejor que tienes en cada trabajo. Incluso cuando lo mejor que tienes resulta ser Lindsey Brigman.

Con una excepción, sin embargo. Coffey comprendía ahora que esa gente trabajaba bien junta, aunque no fuera de la misma forma que lo hacía su grupo. Por encima de todo, respetaba la forma en que Brigman los mantenía unidos; comprendía que la forma de trabajar con ellos era trabajar con Brigman.

Es decir, comprendía esto *ahora*. Se preguntó a sí mismo: ¿Por qué no lo vi antes? ¿Antes de herir su moral diciendo lo que dije? ¿Antes de cerrarme en banda delante de Brigman e irritarle de aquella forma allá en el pozo lunar? No se me pasan cosas como ésa. No cometo errores así. ¿Estoy resbalando?

Coffey no podía impedir el pensar en sus manos. Si las retiraba ahora de su asidero, ¿temblarían de nuevo? Nadie lo vería si lo hacían. No con aquella luz, no a través del traje. Pero él lo sabría.

Infieros, no temía saberlo. Temblaba un poco..., ¿y qué? Ésta era una misión tensa. Tenía implicaciones mucho más allá que un pequeño trabajo en la jungla, un

poco de escisión estratégica del personal clave enemigo. Si fallaba en esto, no conduciría a unos cuantos problemas insignificantes en un país de escasa importancia. Había muchas cosas en juego. La paz, por ejemplo, y, no importaba lo que pensaran los civiles, un buen soldado como Coffey amaba la paz; arriesgaba su vida a fin de conservarla. Gana las pequeñas guerras a fin de que nunca haya una grande. Utilizas tu pequeño M-1 en Centroamérica para que nadie ponga un bloqueo de artillería en Dallas o Denver. Unas manos temblorosas no significaban que su buen juicio se viera afectado. Y no había sido un error hacer lo que había hecho allá junto al pozo lunar. No, señor, no había sido un error de juicio, había sido un *buen* juicio. Tenía que mantener el control, asegurarse de que todos sabían que aquélla no era una operación civil. Tenía que asegurarse de que no hicieran preguntas y quisieran saber cosas que no debían saber. ¿Y si aquella operación tenía que pasar a la Fase Dos? Cuanto menos supieran, mejor.

Ahora, aquella mujer Brigman tenía el submarino a la vista. Había procedimientos que seguir. Coffey sabía esos procedimientos. Su buen juicio pulsó el botón:

—Taxi Uno, ¿lecturas de radiación?

—El contador de neutrones no muestra demasiados.

Aquél era un informe de instrumentos. Ahora otro.

—Wilhite, ¿algo?

—Negativo. Nominal.

Así que la integridad del contenido del reactor no se había visto comprometida. Podían seguir adelante.

—Siga avanzando a lo largo del casco.

—Entendido, siga adelante —dijo la mujer Brigman—. Desea que tome fotos de todo, ¿verdad?

Condenadamente cierto..., límitate a tomar fotos. No quiero que *hagas* nada.

—Exacto. Documente tanto como le sea posible, pero no deje de avanzar. Recuerde que el límite de tiempo es corto.

—Entendido.

Ahora el Fondoplano estaba en posición a medida que avanzaban a lo largo del submarino. Parecía más grande que el *Titanio*: estaban tan cerca. Coffey intentó no sentir nada al respecto viéndolo allí tendido de lado en el reborde, roto e impotente. Se negó a imaginarse a sí mismo en el puesto del capitán en aquellos últimos momentos cuando supo que sus hombres estaban perdidos, cuando supo que todos iban a morir. Coffey nunca había perdido a ningún hombre. Pero sabía que podía ocurrir en cualquier momento, sabía que a veces las cosas iban mal y escapaban completamente de tu control. Y entonces te hallabas allí, aún vivo, tus hombres aún vivos, pero sabiendo que pronto estaríais todos muertos, sabiendo que no había nada

que tú pudieras hacer para salvarles. Pero aún podías cumplir con tu misión. Aún podías cumplir con tu deber. Eso era lo que hacía que tu muerte significara algo..., que sigieras cumpliendo con tu deber hasta el mismísimo final.

Bud observó el submarino deslizarse por su lado. Tras el incontable número de veces que había examinado el exterior de la *Deepcore* en busca de fallos estructurales, sabía reconocer una pesadilla cuando la veía. El casco estaba obviamente doblado y retorcido: placas de metal que deberían encajar perfectamente estaban lo bastante desalineadas como para que las juntas fueran claramente visibles y desiguales en anchura. Podías escurrir spaghetti en aquella cosa, tenía tantos pequeños agujeros. No se necesitaba ninguna escotilla para dejar que saliera el aire y entrara el agua.

Era Coffey, sin embargo, el que sabía lo que estaba buscando. Su voz resonó en el auricular del casco de Bud.

—Eso es la escotilla central. ¿La ve, Taxi Tres?

Hippy estaba sobre ella.

—Correcto, la veo.

Bud no aguardó a que Coffey diera órdenes. Podía decir por la voz de Hippy que éste estaba asustado y distraído..., probablemente imaginándose a sí mismo dentro de una lata rota como aquélla. Lo suficiente para asustar incluso a alguien que no fuera tan paranoide como Hippy. Así que Bud tenía que hacer que volviera al trabajo.

—Bien, daremos la vuelta para que tú puedas enfocar tu luz en la escotilla.

—De acuerdo —dijo Hippy—. Entonces simplemente me quedo quieto con los hombres, ¿no? —La voz de Hippy era más profesional de nuevo. El momento había pasado. El asunto estaba de nuevo en manos de Coffey.

—Correcto —dijo Coffey.

—¿Dónde quieren que me sitúe yo? —preguntó Una Noche. Sonaba un poco nerviosa también. Podía pilotar el Fondoplano incluso dormida, pero nunca antes había tenido que dejar caer a un grupo de marineros sobre un submarino roto y hundido.

—Simplemente manténgase encima —dijo Coffey. Ella maniobró hasta situarse en posición. Era el momento de ir. Pero nadie se movió, ni los SEALs ni los buceadores de Bud..., no hasta que Coffey dio la orden.

—De acuerdo, equipo A.

Eso eran todos los SEALs excepto Coffey. Wilhite, Schoenick y Monk soltaron los cortos cordones umbilicales que los mantenían unidos a la multitoma central del Fondoplano. Ahora respiraban su propia mezcla. También se habían desconectado de la conexión directa de voz a través del cordón umbilical..., pero eso no significaba que tuvieran que confiar en la UQC, errática y de corto alcance. Estarían demasiado dispersos dentro del *Montana*, con demasiado acero y agua entre ellos, para que la

UQC fuera de mucha utilidad. En vez de ello, llevaban carretes automáticos que desplegaban un hilo de fibra óptica desechable. Era tan delgado que no podías verlo en el agua..., pero su propia delgadez hacía que pudieras llevar kilómetros de él en un carrete no más grande que una taza de café. Cada buceador dejaría tras de sí un fino hilo de luz, como una araña tejiendo su red. Cuando volvieran al Fondoplano, volverían a unirse a sus cordones umbilicales y abandonarían el hilo de fibra óptica detrás, en el submarino. No resultaba barato, pero resultaba más barato que dejar ir a los buceadores sin posibilidad de mantener el contacto. Sus voces eran más claras en F-O que las que llegaban a través de otros sistemas submarinos.

Casi más importante, sin embargo, era el efecto psicológico. La UQC podía desvanecerse; nunca te sentías más solo que cuando oías las voces de los demás quebrarse y finalmente desaparecer por completo, mientras tú permanecías solo en medio del agua, rodeado de oscuridad en todas direcciones. Pero con el hilo, no sólo tenías las voces. Sentías una conexión física, como si formarás parte de ellos y ellos formarían parte de ti.

Bud los contempló alejarse, intentando ver si hacían algo de forma distinta a como lo hacían ellos. En un minuto o dos él iría con sus propios hombres a otra parte del submarino. Y, aunque Coffey había enviado a sus hombres a la parte más peligrosa y sensible del trabajo, eso no significaba que los buceadores de Bud acudieran a un té con pastas. No importaba que el propio Coffey estuviera con ellos. Bud seguía siendo responsable de su equipo. Si había algo que aprender observando, tenía que aprenderlo. Además, cuanto más te fijaras en un trabajo, más seguro sería éste. Cuando estabas rodeado de agua a aquella profundidad, prestabas atención a cada segundo hasta que el trabajo estaba realizado.

Hippy hizo que el Taxi Tres se deslizara más cerca de la zona de la escotilla, asegurándose de no dejar que sus focos se apartaran de donde eran necesarios. Finalmente se situó tan cerca como le fue posible sin interferir con el equipo de Monk.

La voz de Monk sonó en el auricular:

—Ayuden con el VOQR.

Eso era trabajo de Hippy. Miró por encima del hombro a Perry, que estaba en la cámara de observación de la parte de atrás del Taxi Tres, ocupándose del Pequeño Tonto, que colgaba allí sobre la escotilla. Había agua directamente debajo de él, como un pozo lunar en miniatura. La presión del aire dentro del Taxi Tres mantenía el agua fuera.

—Perry, ocúpate del VOQR —dijo Hippy. No podía dejar de pensar en toda la radiación potencial encerrada en los misiles dentro del *Montana*, sin mencionar el ardiente combustible del reactor. Iba a enviar al Pequeño Tonto a las fauces del

infierno. Se dirigió hacia atrás y palmeó el amarillo casco del VOGR.

—Lo siento, compañero. Mejor tú que yo, ¿sabes lo que quiero decir?

Luego Hippy hizo una seña con la cabeza, y Perry dejó caer al Pequeño Tonto al agua a través de la escotilla. Perry fue largando cable, pero Hippy ya estaba contemplando la pantalla que le daba una visión del submarino a través de los ojos del Tonto, estabilizando al Pequeño Tonto mediante la caja de control como si se tratara de un lento videojuego, en dirección a la escotilla del *Montana*. El Pequeño Tonto serviría como foco autopropulsado y ángel guardián durante todo el camino.

Los SEALs levantaron la tapa de la cubierta y empezaron a trabajar con la escotilla superior. Cedió sin ningún problema, como una ostra abriendo su concha. No era sorprendente. Era en la escotilla interior, si es que *había* algún superviviente, donde la radical diferencia de presión haría la escotilla difícil de abrir. Monk se metió en el estrecho cilindro que conectaba la escotilla exterior con la interior. Apretó su casco contra la inferior y golpeó el metal con una llave inglesa.

No hubo el sonido hueco y resonante que se hubiera producido caso de haber aire dentro. Sólo el sordo *tune, tune* que señalaba que había agua a la misma presión a ambos lados de la escotilla. Por supuesto. Cualquier esperanza de hallar supervivientes había sido una locura desde un principio, todos sabían eso. Sin embargo... A veces se producían milagros, ¿no?

—Está inundado —informó Monk. Volvió a meter la llave inglesa en la abrazadera de su cinturón de herramientas y sujetó la rueda de la escotilla—. Bien. Voy a abrirla.

Esta vez hubo una cierta resistencia..., estaba trabada por la pequeña diferencia de presión en una escotilla que cerraba tan herméticamente, si bien el acto de abrirla no causó más que una ligera ampliación del espacio interior antes de que se rompiera el sello. Como abrir una nevera.

Tan pronto como estuvo abierta, Monk se empujó hacia atrás por el cilindro e hizo un gesto al Pequeño Tonto. Hippy lo vio en su monitor de vídeo como si lo estuviera observando a través de los ojos del Pequeño Tonto, y maniobró inmediatamente el VOGR hacia el interior de la escotilla. Hippy podía estar caliente y seco con ropas de calle dentro del Taxi Tres, pero pese a todo fue el primero en entrar en el submarino. ¿Qué importaba dónde estaba su cuerpo? Cuando manejaba al Pequeño Tonto, allá donde fuera el VOGR, allá iba el alma de Hippy, viva dentro de la máquina.

El Fondoplano avanzó, siguiendo al Taxi uno a lo largo del casco. Lindsey había visto los planos de Coffey de la disposición del submarino, pero incluso sin eso hubiera reconocido las grandes escotillas de los tubos de los misiles Trident mientras se deslizaban por debajo de la burbuja delantera del Taxi Uno. Le parecieron como

las jaulas de silenciosos animales salvajes, aguardando en una absoluta inmovilidad a que alguien abriera de par en par la puerta. Entonces saldrían aullando, los dientes desnudos, babeando, para destruir y desgarrar cualquier cosa que se pusiera en su camino.

Coffey, por supuesto, estaba prestando únicamente atención al trabajo.

—Parece como si un par de escotillas hayan saltado, pero la radiación es nominal. Las ojivas de combate deben seguir intactas.

Sí, los lobos aún tenían todos sus dientes.

—¿Cuántas hay? —preguntó.

—Veinticuatro misiles Trident. Ocho MIRVs por misil.

MIRV: las siglas de *Múltiple Independently-targeted Reentry Vehicles*, Vehículos Espaciales de Retorno y Objetivos Autónomos. Ojivas de combate que ascendían juntas pero luego hallaban su propio camino a casa. Ocho veces veinticuatro. Dieciséis veces doce. Había hecho las suficientes matemáticas binarias en el MIT como para que la cifra destellara en su mente.

—Eso son ciento noventa y dos cabezas de combate. —Aquel submarino podía prender fuego a ciento noventa y dos ciudades. Probablemente todas las ciudades de más de cien mil habitantes en la Unión Soviética, con unas cuantas dejadas de lado para un blanco más creativo—. ¿Y cuál es su potencia?

Coffey no respondió. Coffey nunca lo hacía cuando creía que no tenía ninguna razón para conocer la respuesta. Así que fue Schoenick, que aguardaba con Monk fuera de la escotilla central del submarino, quien dijo:

—Sus MIRVs son un arma nuclear táctica, de ciento diez kilotones nominales. Digamos cinco veces la de Hiroshima.

Pop, fuera Moscú. Pop, fuera Leningrado. Pop pop pop, eliminadas Kiev, Volgogrado, ninguna ciudad intacta en Rusia.

—Jesucristo, esto es la Tercera Guerra Mundial en lata.

Coffey cortó aquello de inmediato.

—Dejémonos de charlas, por favor. —Así que Coffey no quería que nadie pensara en lo que *significaban* aquellas cabezas de combate. Lindsey no se sorprendió. Los militares no pensaban más en las consecuencias de aquellos misiles que un quinceañero medio era *capaz* de pensar en las responsabilidades del estallido de su pene dentro de una vagina. Pero si esos estallaban, entonces no quedaría nadie para discutir acerca de la paternidad.

Hippy observó la cámara de vídeo para asegurarse de que Pequeño Tonto no golpeaba contra nada, pero siguió controlando el contador de radiaciones también. Aquello era como caminar dentro de la Isla de las Tres Millas. No dejó de estremecerse mientras pasaba a través del corazón del *Montana*, en dirección a la sala

de máquinas. Como si al cruzar cualquier puerta pudiera encontrarse de pronto con el monstruo al que más temía.

Pequeño Tonto mostró un panel lleno de tubos y maquinaria, como una gruta de estalactitas y estalagmitas. La sala de máquinas. Hippy apenas se dio cuenta de ella. Tenía los ojos fijos en el indicador.

—¿Alguna lectura? —preguntó Monk.

—Está oscilando, pero por debajo de la línea que usted dijo que era segura. —En lo que a Hippy se refería, la única radiación que era *realmente* segura era cuando el indicador permanecía tan inmóvil como una piedra.

—Entremos —dijo Monk.

Sí. Por supuesto. Se trata de vuestras pelotas.

Wilhite y Schoenick siguieron a Monk por el cilindro hasta el oscuro corredor más allá. A partir de allí, Hippy fue alternándose en abrir camino y seguirles. Dentro de un compartimiento, Monk abría la marcha, dirigiendo a Schoenick y Wilhite en sus inescrutables tareas mientras Hippy manejaba al Pequeño Tonto como una linterna de haz estrecho sobre sus cabezas. Luego, cuando era el momento de atravesar una compuerta a otra sala, Monk retrocedía y Hippy se deslizaba delante de ellos, haciendo penetrar al Pequeño Tonto en el extraño nuevo territorio. Estaba allí abajo con ellos, como un hermano mayor más fuerte y resistente, abriendo camino hacia el peligro, luego echándose a un lado cuando estaba seguro de que todo iba bien, para que los más jóvenes y débiles pudieran fingir que estaban corriendo una aventura. Simplemente seguidme y estaréis bien. Aunque tal vez os esté conduciendo al infierno.

Cuando el Taxi Uno les condujo hacia la proa del submarino, el auténtico daño apareció a la vista. Por encima de ellos se alzaba la aleta dorsal del submarino, alta como un edificio de tres pisos, dominándoles sobre sus cabezas. El Fondoplano avanzaba a lo largo del reborde donde descansaba el submarino, mientras los hombres en su lomo examinaban el desgarrado metal allá donde el *Montana* había chocado, luego rascado a lo largo de la pared del cañón.

Había una enorme brecha allá donde la proa casi había sido arrancada del resto del submarino.

—Pósesse aquí —dijo Coffey—. Hay una brecha en el casco de presión. Entraremos por ahí.

No era el tipo de puerta por la que un buceador esperaría entrar. Demasiados bordes de metal retorcido con los que podías cortarte tú o, más peligroso aún, algún tubo. Demasiados lugares donde podían engancharse tus botellas o tubos y soltarse algo. Un buceador cauteloso jamás entraría ahí. Como le había dicho a Bud un buceador de cuarenta años en su primera plataforma, hay buceadores viejos y

buceadores osados, pero no hay buceadores viejos osados.

Pero la gente de Bud había realizado tareas de salvamento antes. Conocían cómo ser cuidadosos en una zona impredecible. Seguía siendo un riesgo, y a Bud no le gustaba, pero para eso estaba la triple paga.

—Adelante, muchachos —dijo Bud.

Coffey abrió camino al interior de la estrecha herida en el costado del submarino; a la sombra de las luces del Fondoplano y el Taxi Uno, parecía como una boca, sonriendo malévolamente. Bud, Barbo, Lioso y Finler le siguieron.

Dentro no era tan impresionante..., sus luces despejaban las sombras. Había hileras de literas, retorcidas y revueltas.

—Esto es el compartimiento de descanso de delante —dijo Coffey. Sonó impersonal..., estaba simplemente anotando su posición en los planos, nada más. Pero, para Bud, aquél era un lugar donde habían dormido hombres. La ropa de cama colgaba de las literas como lenguas de perros muertos. Los papeles flotaban en las suaves corrientes causadas por los movimientos de los buceadores. Cartas que jamás serían contestadas. Libros de bolsillo, novelas que nunca serían terminadas. Fotos de amigas que derramarían unas cuantas lágrimas y luego se casarían con algún otro.

Si alguno se sentía tentado de demorarse allí, Coffey no se lo permitió.

—Por aquí —insistió.

Bud sabía que si *él* se había sentido distraído por lo que estaban viendo, lo mismo les ocurría a Barbo y Lioso.

—Tomáoslo con calma y permaneced juntos —les dijo—. Vigildad las compuertas que puedan cerrarse sobre vosotros, o el equipo suelto que pueda caer. —Lo último que necesitaba de ellos era que se asustaran—. No somos profesionales en esto. No tenemos nada que perder. Así que tomáoslo con calma.

—Muy bien —dijo Barbo—. Pero tiene mal aspecto, jefe.

Todos conocían el plan: ir hasta el centro de ataque, donde al parecer Coffey tenía que hallar algo supersecreto y sacarlo. Habían memorizado los planos, pero era muy diferente cuando las líneas sobre el papel se convertían en corredores y cabinas, compuertas y mamparos. Coffey tomó una escalerilla hacia el centro de ataque; los otros le siguieron detrás, izándose con las manos por una barandilla casi vertical. En su tiempo los marineros se habían deslizado hacia abajo por aquella misma escalerilla sin que sus pies tocaran apenas los peldaños, con la mayor parte de su peso sobre sus manos mientras se deslizaban por las barandillas. Ahora era empujar mano sobre mano por ellas, contra la resistencia del agua. El submarino no estaba diseñado para ser atravesado de aquella forma. Era torpe, y los peldaños no servían de mucha ayuda.

La puerta estanca había quedado encajada. No se abría.

—Está atrancada —dijo Coffey—. Échenme una mano. Bud avanzó para ayudar.

Ni siquiera trabajando juntos consiguieron moverla. No podían hacer palanca.

—Lioso —dijo Bud—. Tráeme esa barra de ahí.

Lioso y Bud se comprimieron al lado de Coffey. Nunca hubieran podido encajar en aquel reducido espacio si hubieran tenido que apoyarse sobre los peldaños. Pero ahora flotaban libres, y así había espacio suficiente. Sintieron más que oyeron la vibración de los chillantes goznes cuando apalancaron la puerta; finalmente cedió, bruscamente, abriéndose de par en par. La succión del movimiento de la puerta atrajo algo ancho a través de la puerta, directo hacia ellos, como un enorme animal que hubiera estado agazapado al otro lado, aguardando para saltar. Sólo que no era un animal. Golpeó a Lioso en el hombro, y cuando éste se volvió para mirar qué le había golpeado, se halló contemplando el rostro de un joven oficial.

El alférez no parecía herido, pero sus ojos y su boca estaban enormemente abiertos, como si hubiera sido sorprendido por su propia mortalidad. Lioso se quedó inmóvil, contemplándolo. Bud y Barbo y Finler no reaccionaron mucho mejor. Fue Coffey quien adelantó una mano más allá de Lioso y empujó el cuerpo del alférez fuera del camino.

—Está bien, sabíamos que íbamos a encontrarnos con esto —dijo.

Sus palabras les devolvieron los sentidos. Su tono de voz los avergonzó un tanto, les hizo tomar la decisión de no dejar que aquello les afectara. Le siguieron a la sala de control, pero todos estaban un poco alterados. Su padre vio aquello todo el tiempo, pensó Bud. Vio a gente a la que conocía saltar en pedazos ante él. Yo puedo soportarlo también.

Pero no era el hecho de estar muertos lo que lo alteraba. Bud no podía dejar de pensar en todos ellos ahogándose. Sintió una especie de dolor en su pecho. Sabía qué se sentía. Sus pulmones habían aspirado agua aquella vez, cuando era niño. Sólo que, cuando le ocurrió a él, había habido alguien para sacarlo del agua, para apretar su pecho y hacerle expulsar el agua y permitirle vivir de nuevo. Estos hombres no habían tenido tanta suerte. El océano los había atrapado y nunca habían tenido la oportunidad de volver a respirar aire. Como Junior. Arrastrado hasta el fondo, apretado contra el fondo por la pesada e inmisericorde mano del mar.

Había un montón de cuerpos, y entre las corrientes causadas por los movimientos de los buceadores y la forma en que se movían sus luces, haciendo cambiar los esquemas de sombras en las paredes, parecía como si los cuerpos estuvieran aún vivos, agitando las manos, suplicando ayuda o haciendo gestos suaves, débiles movimientos con un brazo, como si estuvieran conversando, invitándote a sentarte con ellos por un minuto, decirte algo, no te vayas así, ¿no ves que quiero hablar contigo?

Bud consiguió controlarse. Tenían trabajo que hacer, y no servía de nada quedarse contemplando lo que le ocurría a la gente cuando se quedaba sin aire a aquella

profundidad. Bud miró a los demás. Inmediatamente vio que el casco de Lioso se estaba empañando..., respiraba demasiado rápido. Iba a ser un problema si Lioso se ponía a hiperventilar precisamente ahora. No puedes darle a oler sales a un tipo que se desvanece dentro de un casco. Alguien tendría que sacarlo fuera, vigilando todo el tiempo para asegurarse de que la mezcla respirable de Lioso seguía conectada y equilibrada. No era una buena perspectiva..., Lioso tenía que salirse por sí mismo de aquello.

—Hey, Lioso, ¿te encuentras bien?

Lioso convirtió su asentir con la cabeza en todo un espectáculo. Bud pudo oír a través de sus auriculares que la demanda de su respiración se iba acompasando. El episodio de hiper-ventilación había pasado. Bud se volvió hacia los otros..., no parecían estar mucho mejor.

—¿Cómo os sentís, chicos?

—Yo estoy bien —dijo Finler—. Me estoy controlando. Barbo sonó como si se disculpara.

—Eso de la triple paga sonaba como un montón de dinero, Bud. Pero no lo es. Lo siento.

Aquél no era el momento de culpar a nadie, aunque se lo mereciera.

—Sí, lo sé, pero estamos aquí —dijo—. Debemos seguir.

Fue de hombre a hombre, tocándoles, estableciendo contacto, tranquilizándoles. Estaba sudando a ríos dentro de su casco, en parte debido a que él tampoco se había recuperado por completo del shock de lo que veían, en parte porque sabía lo peligroso que podía ser si no conseguían controlarse.

Coffey no se limitó a quedarse allí mientras Brigman conseguía que los civiles dejaran de mearse en los pantalones ante la vista de unos cuantos cadáveres. Mientras los hombres seguían con vida hacía todo lo posible por mantenerlos en esta situación. Pero eso había terminado. Papá estaba muerto y había trabajo que hacer. Lo más importante era hallar al capitán.

Y allí estaba. Coffey le dio la vuelta, observó su rostro. No sé lo que ocurrió, le dijo en silencio, pero si fue culpa tuya, moriste sabiendo que habías matado a tus hombres, y eso ya es suficiente castigo. Al menos cumpliste con tu deber y marcaste tu posición en el último momento. Al menos hiciste posible que yo esté ahora aquí. Eso ya es algo. Tiraste del último cordón.

Eso es lo que hizo Coffey ahora. Buscó en el cuello de la camisa del hombre y tiró del cordón, en realidad una cadena, que contenía la llave de armado de los misiles. Era el poder de la guerra nuclear, allí, en aquella pequeña pieza de metal; era por eso por lo que Norteamérica confiaba tanto en los capitanes de sus submarinos atómicos. La llave era inútil ahora..., los sistemas de salvaguardia de a bordo del

submarino nunca serían usados. Coffey tenía que coger la llave para que no hubiera ninguna posibilidad de que cayera alguna vez en manos enemigas. Él nunca usaría la llave.

Sin embargo, sabía que la confianza había pasado a él. El tirón rompió la cadena y le hizo entrar en posesión de la llave. El capitán no podía sentir ya ningún dolor porque le fuera arrebatada de aquel modo. Pero Coffey tuvo la sensación de que el dolor era transmitido a él, él lo detentaba ahora. Era tan ligera que apenas podía decir que la tenía en la mano; era tan pesada que apenas podía sostenerla. Tengo el poder de hacer estallar uno de esos bebés, pensó Coffey. Y, si pasamos a la Fase Tres, tendré que hacerlo. Eso es algo que ningún capitán de submarino atómico en toda la historia ha tenido que hacer nunca..., *utilizar* realmente la llave y lanzar una ojiva de combate.

Coffey se guardó la llave en el bolsillo de su cinturón. Se había entrenado tanto con los guantes como con las manos desnudas..., no tenía ningún problema en manipular incluso algo tan pequeño como la llave. Miró a su alrededor..., ninguno de los civiles le había visto cogerla. Bien. Cuantas menos preguntas le hicieran, menos mentiras tendría que contar. Sin embargo, se sintió vagamente decepcionado. Hubiera debido haber alguna ceremonia en el traspaso de la llave. Como si fuera un cetro o una varita mágica..., proporciona más poder del que jamás haya tenido ningún mago.

Vio que Brigman había conseguido controlar a su equipo. El hombre era bueno en lo que hacía, Coffey podía confiar en eso.

—Brigman, tome a sus hombres y siga hacia popa. Divídalos en dos grupos. Sigamos. Tenemos que salir en catorce minutos.

Brigman obedeció sin ninguna pregunta. El hombre sabía cuándo y cómo aceptar una orden. Al igual que yo, pensó Coffey.

Tan pronto como los civiles hubieron salido del centro de control, Coffey se dirigió a la caja fuerte de la pared y, tras consultar la tarjeta de plástico que le habían dado allá en Houston, hizo girar el dial hasta que la puerta se abrió. Dentro había varias carpetas de plástico. Los libros de claves. Excepto un mapa con la localización de todos los submarinos nucleares, que era imposible de conseguir puesto que ni siquiera la Marina lo sabía, aquellas carpetas eran lo que los rusos desearían más tener entre sus manos. Pero ahora estaban en manos de Coffey, lo cual significaba que los rusos nunca las conseguirían. La seguridad de los Estados Unidos estaba a salvo en manos de Coffey.

Comprobó las carpetas, asegurándose de que todo el material estaba allí. Lo estaba. Volvió a colocar los libros de claves en la caja fuerte. Luego tomó una granada submarina de termita, tiró de la anilla de seguridad, la metió en la caja fuerte también, volvió a cerrar la puerta. Retrocedió. Un momento más tarde hubo un destello. Un peligro eliminado. Todavía quedaban más..., los circuitos electrónicos

que los expertos soviéticos en hardware podían traducir o imitar. Pero Coffey tenía una buena provisión de granadas de termita.

Bud condujo a sus hombres a lo largo del corredor hasta que llegaron a una escalerilla que conducía hacia abajo. Hacia los misiles. No era necesario que fueran todos para comprobarlos, y por simple seguridad era mejor dejar a los hombres a medio camino, en caso de que algo fuera mal. Además, podían resultar útiles comprobando todos aquellos compartimientos.

—Bien, Barbo, Lew —dijo Bud—. Quiero que os quedéis en este nivel. Comprobadlo todo. Yo y Lioso iremos abajo.

—Muy bien —dijo Barbo. Quedaba sobreentendido que Barbo se hacía cargo de las cosas cuando no estaba Bud.

—Quiero que estéis de nuevo aquí exactamente dentro de diez minutos. —Bud observó cómo Barbo y Finler comprobaban sus relojes. Debajo del agua, diez minutos significaban diez minutos. Ellos no eran ninguna pandilla de chicos prometiendo a su madre reunirse de nuevo con ella en medio del supermercado.

—Diez minutos —dijo Barbo—. De acuerdo. Y una última palabra de advertencia:

—Id con cuidado. —Como si fuera necesario decirlo. Lo que realmente les estaba diciendo era: Me preocupo por vosotros. Quizá no fuera tan diferente como una madre dejando a sus hijos sueltos en el supermercado, después de todo. Bud se dejó caer por un agujero en la cubierta, utilizando las manos para empujarse hacia abajo, los pies primero, por la barandilla. Lioso fue tras él.

Bud había elegido originalmente a Lioso para que fuera con él porque, si algo iba mal, si se encontraban con alguna obstrucción física, Lioso era el más fuerte y voluminoso. Pero ahora se alegró de tenerlo a su lado porque deseaba a Lioso allá donde pudiera vigilarlo. Bud seguía preocupado por la forma como había respondido a los cadáveres en la sala de control. Todo el mundo estaba un poco alterado por ello, pero Lioso había sido el peor. En estos momentos, Lioso se hallaba al límite.

Bud abrió camino a través de un largo, estrecho y claustrofóbico corredor. Había más cadáveres allí, pero Bud empezaba ya a acostumbrarse a ellos. No parecían tan *personales*. Sólo formas encogidas, caquis o azules. Llegaron a una compuerta, la abrieron. Al otro lado el espacio era tan grande que sus luces no pudieron hallar ninguna pared al otro lado.

Avanzaron en la oscuridad. Ahora, en vez de paredes, sus luces chocaron con tubos verticales de doce metros, que se extendían a lo largo de tres niveles, divididos por pisos de rejilla de acero. Una visión ojo de pez de una serie de lápices dentro de su caja.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lioso.

—En el compartimiento de misiles —dijo Bud—. Éstos son los tubos de lanzamiento. —Le inquietó a Bud que Lioso tuviera que preguntar. Había estado allí cuando recibieron su instrucción. Si Lioso pensara correctamente, lo hubiera reconocido de inmediato.

Barrieron la cámara con sus luces. Era enorme..., casi cuarenta metros de largo. Pero había algo pequeño que llamó su atención. La luz de Lioso incidió en algo que se movía, y lo mismo hizo su mirada. Un marinero vestido con un mono giraba lentamente en la perezosa corriente. A la luz de Lioso, observaron fascinados mientras pequeños cangrejos albinos se arrastraban lentamente por el rostro del hombre. Un cangrejo se escurrió fuera de su abierta boca.

Lioso se estremeció.

—Por Dios Santísimo. ¡Mierda, qué mierda, qué mierda! —Se dio la vuelta, como si intentara escapar. Bud adelantó una mano, sujetó su brazo, le hizo dar de nuevo la vuelta, lo sujetó casco contra casco. Lioso no podía mantenerse quieto, no podía dejar de cerrar y abrir las manos.

—Hey, ¿estás bien? —preguntó Bud. Pero resultaba malditamente claro que no. Lioso estaba hiperventilando de nuevo, y por el aspecto de su rostro Bud se dio cuenta de que estaba a punto de vomitar. Un vómito dentro de un casco era peor que cualquier otra cosa. Podía inutilizar todo el sistema de respiración. Podía matar.

—Profundo y lento, muchacho —dijo Bud—. Profundo y lento. Sólo respira con suavidad.

—Yo..., están todos muertos, Bud. Todo el mundo está muerto.

Correcto, Lioso, pero no sumes el total.

—Voy a llevarte de vuelta fuera —dijo Bud. Era la única decisión sensata. Si ocurría alguna otra cosa, Lioso seguramente se vería sumido en el pánico. Mejor salir ahora, mientras Lioso aún podía nadar por sí mismo.

Pero Lioso sabía lo que eso significaba..., parte del trabajo abortado. Bud tener que llevarlo de vuelta a uno de los Taxis, el Taxi encaminarse de vuelta a la *Deepcore*, prematuramente. Algún otro tener que ocupar su lugar y hacer su parte. Un montón de trabajo extra, y todo ello porque Lioso había perdido el control.

—¡No, no, no! Estoy bien. —No quería dar a entender que estaba *bien*. Sólo quería dar a entender que no quería volver ahora. Lioso no era un estúpido..., sabía el peligro—. Sólo que no puedo seguir.

Si Lioso hubiera pretendido que podía seguir, Bud hubiera sabido que había perdido el juicio, hubiera insistido en llevarle de vuelta inmediatamente. Pero, puesto que Lioso reconocía sus limitaciones, Bud estaba completamente seguro de que podía confiar en él si se quedaba quieto en algún lugar, sin hacer nada que pudiera arrastrarlo de nuevo al pánico.

—De acuerdo, Lioso. No hay ningún problema. Quédate aquí. Yo debo ir abajo

para terminar con esto. Permaneceremos en contacto a través de la luz. Podrás ver mis luces, ¿de acuerdo? —Como un padre diciéndole a su chico que no temiera la oscuridad porque había una luz nocturna enchufada a la pared. Pero era suficiente, era todo lo que Lioso necesitaba ahora. Cuando las cosas empezaban a ir mal debajo del agua, cualquiera podía convertirse en un niño asustado. Había un niño de cinco años dentro de todo el mundo, sólo aguardando a ser asustado y esconderse—. Lo único que tienes que hacer es sujetarte al hilo —dijo Bud—. Si tienes algún problema, da dos tirones, ¿de acuerdo? Cinco minutos más. Relájate, ¿sí?

—Sí. De acuerdo. De acuerdo.

Bud siguió adelante, comprobando la integridad de los tubos de lanzamiento, soltando hilo mientras avanzaba.

Lioso se sentía como un estúpido comemierda. Por supuesto, todo el mundo había estado escuchando. Todo el mundo sabía que había sido Lioso el que había perdido el control, Lioso el que no había podido seguir soportándolo. Sabía que esto podía haberle ocurrido a cualquiera, que todos estaban siempre al límite aquí abajo, que nunca sabías quién iba a estallar. Pero el hecho era que esta vez había sido él, el frío y tranquilo Lioso, e incluso ahora temblaba de tal modo que necesitó un auténtico esfuerzo para respirar lenta y pausadamente. Lo peor era que las luces de Bud no siempre eran visibles. A veces se metía detrás de algo. Y ahora estaba yendo demasiado lejos. Aquella sala era excesivamente grande. Era posible perder las luces en el extremo más alejado de la estancia, si apuntaban en la dirección equivocada. Lioso abrió y cerró las manos. Estoy bien. Bud sigue ahí, tengo el hilo entre las manos. Volverá, sólo lo he perdido un minuto, al menos sigo teniendo *mis* luces, todavía puedo ver lo que está ocurriendo excepto que no quiero mirar, no quiero ver... lo que vi antes. Límitate a fijarte en Bud, en sus luces, y...

De pronto, la propia luz de Lioso disminuyó de intensidad y se apagó. No parpadeó, destelló y murió, sino que simplemente *agonizó* hasta apagarse, como si estuviera siendo proporcionada por una rata girando en una noria y la rata fuera disminuyendo poco a poco su velocidad hasta detenerse. ¿La energía de una batería *desvaneciéndose*? Y ahora estaba solo en la oscuridad. No era un buen suceso. Sabía que el pánico podía apoderarse de él. Sabía que estaba en su mismo filo. De hecho, preocuparse por el pánico era suficiente como para sumirle en él. Era una cosa mala, mala, realmente mala.

—¿Bud? ¡Bud! ¡Acabo de quedarme a oscuras! ¡Bud, Bud! ¿Me oyes? ¿Bud? — Sólo había una absoluta oscuridad a su alrededor. No podía ver nada. Iba a perder el control, lo sabía. Imaginó un cangrejo albino arrastrándose sobre su cuerpo; pudo sentirlo, pese a que sabía que sólo era su imaginación. Imaginó un cangrejo dentro de su casco, tras hallar alguna forma inimaginable de introducirse en él, arrastrándose

por su placa facial.

No, gritó en silencio, no pienses en eso. No pienses en el cangrejo deslizándose por el lado de la placa facial y avanzando hacia tu mejilla. No pienses en él arrastrándose por tu rostro, intentando hallar tu boca, intentando meterse dentro.

Las luces de Bud también estaban oscilando, disminuyendo..., pero sin apagarse por completo. No se suponía que aquello pudiera ocurrir, no lo comprendía, no sabía si era peligroso. Pero su primera preocupación fue Lioso..., si le estaba ocurriendo también a él, lo perdería por completo, en aquel mismo momento, y si las luces de Bud se apagaban mientras Lioso se sumía en el pánico, entonces no habría ninguna forma de ayudarlo.

—¿Cómo estás, Lioso? ¿Se están apagando tus luces? —Mantén la calma, haz que suene como si no hubiera ningún problema.

Pero Lioso no podía oír a Bud, y Bud no podía oír a Lioso, porque la energía había desaparecido también de su sistema de comunicaciones, tanto UQC como F-O. La explicación era bastante simple. Los constructores extraían su energía de cualquier fuente ambiental, estableciendo cadenas moleculares altamente conductoras para sorberla. No pensaban en ello más de lo que los seres humanos piensan en los latidos de sus corazones o la digestión de sus estómagos. Sabemos que son procesos que se desarrollan constantemente, pero, puesto que nos mantienen con vida, no se nos ocurre que en algunas circunstancias podamos desear detenerlos.

Así que cuando un constructor se acercó a Lioso, sorbiendo reflexivamente la energía ambiental a su alrededor, cortó todas las funciones eléctricas de su traje. No vació sus baterías: eso era energía potencial, no flujo eléctrico. Pero se llevó consigo toda la corriente que enviaban esas baterías. Sabía, por supuesto, que los humanos eran frágiles a aquella profundidad, y que la corriente que estaban usando era probablemente importante para su supervivencia, así que tan pronto como le fue posible redujo sus propias demandas de energía, intentando dejar a los humanos tanta como fuera posible. La suficiente para que sus luces consiguieran brillar débiles. La suficiente para que su regulador de aire siguiera funcionando, aunque torpemente. No la suficiente para que sus F-O pudieran enviar señales lo suficientemente fuertes y claras como para ser traducidas a palabras al otro lado del hilo.

El constructor no había ido al *Montana* al encuentro de los humanos. Por todo lo que los constructores sabían, todos los humanos allí estaban muertos, y sus cuerpos y sus memorias habían sido grabados hacía tiempo. La ciudad estaba trabajando intensamente en ello, intentando decodificar la memoria humana y comprender las funciones del extraño y frágil cuerpo humano. Todo lo que averiguaban era

inmediatamente diseminado por transferencia directa de memoria entre todos los constructores de aquella ciudad, y a través de los mensajeros sería muy pronto conocido por todas las demás ciudades bajo el mar.

Así que este constructor, como cualquier otro de sus compañeros, sabía que a medida que el peligro de los seres humanos se iba haciendo más y más serio, resultaba cada vez más y más urgente establecer algún tipo de contacto con aquellas criaturas vivas, no sólo con sus muertos abandonados. En aquellos momentos estaba trabajando en las ojivas nucleares de combate del *Montana*, estudiando cómo podían ser destruidas sin ser detonadas, cuando captó acercarse el calor y el movimiento y los olores de los seres humanos y sus máquinas, entrando directamente en el submarino. Aquello podía ser importante. Aguardó hasta que dos de ellos entraron directamente en la misma amplia cámara donde él estaba trabajando, aguardó hasta que se separaron, el uno quedándose estacionario, el otro explorando más. Entonces se acercó al estacionario, esperando establecer contacto, usando lo que había aprendido hasta entonces acerca del cuerpo y la mente humanos.

Puesto que no iba en un porteador ni realizaba ninguna función particular especializada, apareció en su estado natural; y puesto que estaba absorbiendo energía no sólo de las baterías de Lioso y Bud, sino también de los vehículos cercanos, resplandecía brillante, con los canales de energía fluyendo a través de él.

Lioso no podía oír nada..., se dio cuenta de que, junto con la pérdida de sus luces, también sus sistemas de comunicación habían quedado mudos. No oía nada de los demás, ni siquiera el chig-chig-chig de sus reguladores controlando el flujo de oxígeno. Estaba solo. Lo único que le quedaba era el hilo que lo unía a Bud. Cuando sus luces empezaron a regresar, dio un tirón del hilo. Seco. Urgente. Con todas sus fuerzas. El hilo se resistió tan testarudamente que seguro que Bud notó el tirón..., con toda la fuerza que le había puesto, igual conseguía arrastrar a Bud de vuelta a su lado.

El tenso hilo se aflojó bruscamente. Lioso se vio empujado hacia atrás con el repentino cese de la tensión. Luego, mientras se recuperaba y tiraba del hilo, vio que había sido cortado a sólo tres metros de distancia. El hilo debió quedar atrapado en algo, y su tirón lo había partido. Probablemente había partido también el F-O de Bud. Bud estaba completamente solo allá abajo. Y Lioso estaba completamente solo aquí arriba.

Miró a su alrededor en la oscuridad, intentando ver el foco del casco de Bud, intentando ver *algo*. La histeria estaba a sólo unas cuantas respiraciones rápidas de distancia. Entonces se dio cuenta de una suave radiación que parpadeaba en las paredes, en los tubos de lanzamiento. Procedía de debajo de la rejilla de acero de la cubierta. Bud debía haber ido al nivel inferior, y, ahora que el hilo se había roto, estaba volviendo.

—Bud, ¿eres tú? —preguntó.

Lioso escudó los ojos y miró hacia la fuente de la luz. Algo no estaba bien. La fuente no era un punto, como el foco frontal de Bud. Era mucho más amplia, más general. Y era demasiado grande para ser Bud, fuera lo que fuese. Oh, Dios, no era Bud, en absoluto. No era una persona, en absoluto. Resplandecía con la luz, y tenía unos enormes e impresionantes hombros —¿o eran alas?—, y sus ojos le estaban mirando, directamente, hasta lo más profundo de su alma. Venía a por él. ¿Cómo lo sabía? Venía a por él, lo deseaba; cuanto más se acercaba, más poderosa era la sensación de temor y pérdida que lo invadía. Todo el mundo estaba muerto, todo el mundo iba a morir, éste era el ángel de la muerte, venía a llevárselo, a llevarse todo lo que había dentro de él, a arrastrarse al interior de su cabeza y devorar su mente como uno de aquellos cangrejos. Lioso gritó y se volvió, tragando desesperadamente aire, clavando mano tras mano por entre los restos del naufragio, intentando alejarse, intentando subir hasta donde estaban Barbo y Finler, allá arriba donde aquella cosa no pudiera verle, no pudiera arrastrarse dentro de su cabeza. Sólo que no podía alejarse, estaba atrapado en algo, estaba atorado..., no, *aquella cosa* lo tenía; y entonces su botella golpeó contra la pared, mientras intentaba huir. Y entonces algo fue mal con su mezcla respiratoria. Iba a morir. Aquella cosa, aquel ángel de la muerte, había cortado su suministro de aire, lo estaba matando, iba a morir, igual que los marineros, igual que los hombres muertos que flotaban por todo el submarino.

El constructor intentó comunicarse. Envió zarcillos invisibles a través del agua, tendiéndolos hasta que encontraron al hombre. Luego se deslizaron por encima de su traje, sondeando hasta hallar una abertura lo suficientemente grande como para penetrar por ella. La tensión superficial impedía que el agua penetrara por allí, pero aquellos zarcillos guiados inteligentemente no se vieron bloqueados. Al cabo de unos momentos estaban en el interior del casco del hombre, en el interior de sus oídos y sus fosas nasales. El constructor envió códigos moleculares a lo largo de los zarcillos, que se duplicaron dentro del cerebro del hombre, reordenando lo suficiente los esquemas eléctricos como para enviarle algunas de las memorias que habían tomado de los hombres muertos en el *Montana*. Aquello pareció atraer la atención del hombre..., permaneció inmóvil, como helado, mirando al constructor mientras éste se acercaba cada vez más. El constructor no tenía forma de saber que estaba enviando al cerebro de Lioso el pánico a la muerte y la desesperación que habían llenado la mente de uno de los marineros en los momentos finales de su vida.

Mientras tanto, intentó enviar también los mensajes que los decodificadores en la ciudad habían creído que podían funcionar en la comunicación con los humanos. Un mensaje de buenas intenciones, explicando cómo los constructores querían intentar hablar con ellos, introduciendo mensajes químicos en su cerebro. Pero todo lo que el

humano parecía hacer era respirar más somera y rápidamente, y luego abrió la boca y provocó una serie de agudas y poderosas vibraciones dentro del casco que encerraba su cabeza. El constructor no comprendió. Al parecer, era imposible comunicarse con aquellas criaturas..., o quizás él lo había hecho mal.

Al menos pudo salvar algo del fracasado intento de contacto. Efectuó un rápido rastreo del estado cerebral de Lioso, luego analizó sus funciones corporales. Aquello podía ser importante, puesto que Lioso era el primer humano vivo que tenían ocasión de examinar. En aquel momento él se dio la vuelta y huyó, luego forcejeó para liberarse de una protuberancia que se había enganchado en su botella, y finalmente, cuando consiguió soltarse, su regulador respiratorio golpeó contra el techo. El constructor pudo decir de inmediato que se hallaba en una condición que amenazaba su vida, con aire insuficiente llegando a sus pulmones, y todo ello empeorado por su rápida y agitada forma de respirar. Inmediatamente, hizo lo que la ciudad había sugerido que podía haber prolongado las vidas de los hombres en el submarino: introdujo cambios químicos en algunas de las moléculas de su cerebro, haciendo que se sumergiera inmediatamente en un profundo y relajado sueño. Duraría como mínimo varias horas, causando muchas menos tensiones en su cuerpo.

Pese a todos sus esfuerzos, el humano había interpretado evidentemente mal sus acciones y había intentado huir. Sin duda, otros harían lo mismo hasta que fuera desarrollada una nueva estrategia de contacto..., y quizás un mejor vocabulario de contacto. Así que lo mejor que podía hacer por el momento era abandonar el submarino hasta que los humanos se hubieran marchado. Aquel humano se mantendría en condiciones hasta que llegaran los otros y arreglaran su equipo, devolviéndolo a un funcionamiento adecuado. Ya podía sentir las nuevas corrientes y captar el sabor más fuerte en el agua, signos claros de que uno de ellos se estaba aproximando. Volvió a hundirse en las profundidades del submarino, luego se unió al porteador y halló su camino de salida de la cámara de misiles.

Cuando Bud se acercó al lugar donde había dejado a Lioso sus luces brillaron fuertes de nuevo, y por los jadeos llenos de pánico de Lioso pudo decir que sus auriculares estaban vivos de nuevo..., UQC en vez de F-O, pero era suficiente a aquella distancia. Descubrió a Lioso casi inmediatamente, agitándose con violencia allá donde yacía en el suelo. Un ataque. Algo iba mal en su sistema respirador.

—¡Lioso! —exclamó—. ¡Lioso! ¡Aguanta!

Bud sabía que tenía que llegar al regulador, encontrar lo que iba mal en él, pero con Lioso agitando violentamente sus recios brazos en todas direcciones era imposible acercarse lo necesario. Entonces llegaron Barbo y Finler, atraídos por los gritos a través de la UQC.

—¡Tiene convulsiones! —exclamó Bud. Inmediatamente empezaron a intentar

dominar al robusto hombre, mantenerlo bajo control.

Barbo fue el primero en poder ver claramente el regulador.

—¡Es la mezcla! —gritó—. Demasiado oxígeno.

Fue Bud quien puso las manos en los controles. Finler y Barbo retuvieron a Lioso mientras Bud intentaba ajustar la válvula.

—¡Bájala ya, hombre! —gritó Finler.

—*Mierda*, está atascada —dijo Bud—. ¡*Mierda mierda mierda!*

—¡Lo estamos perdiendo! ¿Lo has conseguido? ¿Lo has conseguido?

La válvula de control cedió, reacia. Aún funcionaba.

—Sí —dijo Bud, mientras bajaba el nivel de oxígeno—. Sí.

En el momento en que la mezcla alcanzó el nivel adecuado, el ataque cedió. El cuerpo de Lioso quedó flácido. Pero, definitivamente, *no* estaba bien. Un ataque como aquél podía causar daños cerebrales permanentes. Algunos terminaban como vegetales, y eran mantenidos con vida mediante maquinas, con sus cerebros desconectados para siempre. Y, aunque no hubiera sufrido daños tan considerables, Lioso no iba a poder hacer nada por sí mismo durante un tiempo.

—Saquémosle de aquí —dijo Bud—. ¡Vamos! ¡Moveos! ¡Cogedlo y llevadlo!

Coffey oyó todo aquello por los auriculares de su casco. Podía afirmar que Brigman tenía el asunto bajo control, que estaba haciendo lo que había que hacer. Coffey no lo hubiera hecho de otro modo..., mantienes a tus hombres con vida siempre que puedes. Lo primero es protegerlos.

Lo que preocupaba a Coffey era la forma en que los auriculares habían quedado muertos por un tiempo. La ligera disminución de las luces. Aquello no era ningún fallo del equipo..., no cuando ocurría a varios hombres a la vez, no cuando todos los equipos habían vuelto a funcionar correctamente al mismo tiempo. Aquello lo asustó hasta los mismos huesos. Si alguien poseía un arma que podía hacer *aquello*, que podía alterar el suministro de energía a distancia, entonces estaban metidos en un gran problema. Se hallaban indefensos contra algo como aquello. Imaginó lo mismo en el aire..., algún piloto norteamericano persiguiendo con su caza a un MIG, y de repente su energía se apaga, su ordenador parpadea, y cuando dispara su misil va a cualquier parte, a ninguna parte. Toda nuestra ventaja sobre los rusos estriba en nuestra alta tecnología, que depende absolutamente de la corriente eléctrica. Si ellos pueden alterar eso, entonces no tenemos nada que hacer ante su abrumadora ventaja en fuerza bruta, en cantidad bruta.

La cuestión era: ¿Estaban ellos también aquí abajo? ¿Habían observado el incremento de actividad en el GITMO, sospechado lo que estaba ocurriendo, y hallado alguna forma de arrastrarse por debajo de la tormenta? ¿Quién sabía qué tipo de armas secretas podían tener? Podían hacer cualquier cosa, cualquier cosa. ¿Cómo podía Coffey enfrentarse a ellos si estaban en todas partes, si podían hacer cualquier

cosa que desearan?

Lindsey había pasado todo el tiempo recorriendo de arriba abajo la longitud del *Montana*, tomando primeros planos en vídeo a fin de que pudiera ser evaluada la extensión de los daños. Sabía que sus imágenes serían esenciales para planear cualquier eventual flotación del casco. Probablemente el *Montana* tendría que ser elevado en dos secciones, la casi rota proa por un lado y la parte principal por el otro.

Lindsey se acercaba a la proa cuando oyó una cierta confusión en sus auriculares. Puesto que no podía ver lo que estaba ocurriendo, las voces no tenían ningún sentido. Alguien sufría convulsiones. Malo, pero no sabía lo que estaba ocurriendo, así que no podía tomar ninguna medida útil. Pudo oír la voz de Bud entre las otras.

—Bud, ¿me escuchas? ¿Bud?

Pero la única respuesta que obtuvo fue la de Una Noche en el Fondoplano.

—¿Ves a los buceadores? ¿Todavía no han salido? —Lo cual significaba que Una Noche no sabía más que ella.

Lindsey fue a responder, pero en aquel momento sus luces disminuyeron de intensidad y sus propulsores perdieron potencia. El Taxi Uno derivó en el agua, sin responder a sus controles. Intentó comprobar los fusibles y mover conmutadores, pero no sirvió de nada. Entonces vio algo a través de la ventana del domo que le hizo olvidar por un momento todo lo demás. Una brillante luz estaba formando como una corona en torno a la aleta del *Montana*, y luego de la luz emergió... algo. Algo luminoso, reticulado, y que se movía increíblemente rápido a través del agua, directo hacia ella.

Y luego hubo pasado, antes de que pudiera captar claramente su estructura o siquiera su tamaño. Ahora no era más que una deslumbrante luz con algo duro y glaseado en su centro. Magenta y púrpura, colores tan tenues que normalmente no podían ser vistos a más de unos pocos metros bajo el agua. Y ella estaba viendo una luz de ese color a decenas, centenares de metros de distancia de su fuente. Fuera lo que fuese, era *brillante*. Lindsey inclinó la cabeza en un ángulo extraño frente a la burbuja del Taxi Uno, intentando seguirla con los ojos. Pero al cabo de un momento estaba demasiado lejos. No había nada que ver.

Sabía —*sabía*— que aquello no era nada hecho por la mano del hombre. No estaba diseñado por ninguna mente humana. Sólo había captado un atisbo de ello, pero sabía que no existía ningún material, ni estructura, ni motor, ni fuente de luz jamás concebida por mente humana que pudiera hacer lo que aquello había hecho. Moverse tan aprisa, sorber la energía del Taxi Uno, lanzar tanta luz de alta frecuencia. Aquello era algo *nuevo*, extraño, imposible. Y, sin embargo, lo había visto con sus propios ojos.

Mientras se tensaba para verlo, el Taxi Uno golpeó contra un saliente de la aleta;

el impulso fue suficiente como para hacerla tambalearse, a punto de caer. El cieno se alzó inmediatamente del fondo marino, oscureciendo su visión. Debía comprobar inmediatamente la integridad del casco, la flotabilidad, asegurarse de que no se había producido ningún daño..., sabía eso, pero no podía apartar los ojos de la cosa mientras el aparato se apartaba del borde y caía, directo hacia el abismo. La voz de Bud resonó fuerte en sus auriculares.

—¡Taxi Uno! ¡Taxi Uno! Reúnete conmigo en el Fondoplano. *¡Es una emergencia de buceo!* ¿Me has entendido? ¿Lindsey?

Fuera lo que fuese aquello, tendría que esperar. Las emergencias de buceo pasaban por delante de todo. Incluso de las visiones y milagros.

—Entendido, Bud. Voy para allá. —Si puedo.

Pudo. Ahora que la cosa había desaparecido, volvía a tener energía. El Taxi Uno respondió normalmente, no había sido nada más que un ligero golpe. Se encaminó hacia el Fondoplano tan rápido como le permitía el sumergible. Siempre le había parecido bastante rápido. Pero, después de la cosa que había visto pasar por su lado, tuvo la impresión de que era insoportablemente lento.

9 – Incidente internacional

Tomó su tiempo llevar a Lioso al Taxi Uno, y más tiempo hacer regresar a todo el mundo a la *Deepcore*. Afortunadamente, no tenían que perder mucho tiempo en la descompresión: cuando ya estás a seis atmósferas, unos cuantos metros más abajo de la *Deepcore* hasta el *Montana* y el breve tiempo que los buceadores habían estado allí significaba muy poca diferencia. Un problema mucho más difícil fue el tamaño de Lioso. Era grande. Era pesado. Sacarlo de su traje y llevarlo a la enfermería necesitó muchos esfuerzos, en especial considerando lo cansados que se sentían todos.

La enfermería se hallaba en el mismo trimódulo que la sala común y el comedor. Todo el mundo se quedó por allí mientras Monk y Bud examinaban a Lioso, en parte porque estaban preocupados, en parte porque era allí donde iban normalmente cuando estaban fuera de servicio.

—¿Qué opina? —preguntó Bud.

Monk se negó a hacer ninguna promesa.

—Tengo conocimientos médicos, lo cual es lo mismo que decir que sé poner parches a agujeros. —Aquello era estrictamente cierto, por supuesto. Tenía un entrenamiento excepcionalmente bueno en medicina hiperbárica, porque siempre le había intrigado. No tenía ningún título que le permitiera colgar una placa de doctor en la pared, pero se había preparado lo suficientemente bien como para que el resto de los SEALs de su equipo pudieran confiar en que hiciera siempre lo adecuado.

Así que Monk sabía que, fuera lo que fuese lo que había causado el accidente, el resultado era un coma por envenenamiento por oxígeno. Sabía —y revisó mentalmente— todas las posibles consecuencias. Lioso podía permanecer inconsciente durante unas cuantas horas o días, y luego volver a la conciencia con muy pocas secuelas..., con menos daños cerebrales que los ocasionados por una borrachera de fin de semana o unas cuantas horas a mucha altitud. O podía seguir siempre en coma, o emerger de él con el cerebro irremediabilmente dañado. O podía morir.

Sin embargo, puesto que no tenían ninguna forma de saber cuánto tiempo o hasta qué punto el regulador de Lioso había permanecido inadecuadamente ajustado, Monk no podía predecir cuál de los posibles resultados iba a producirse. No deseaba prometer nada. Pero también era malo mostrarse pesimista y herir la moral de los demás civiles.

—Este tipo de cosa..., no hay mucho que yo pueda hacer. El coma puede prolongarse horas, o días.

Monk miró a Brigman. ¿Cómo se lo estaba tomando? Era difícil de decir. Se

limitaba a permanecer de pie allí, mirando a Lioso. Monk intentó ponerse en su misma situación. Lioso había formado equipo con Brigman; Brigman había decidido separarse. Si Lioso sufría secuelas permanentes, Brigman se culparía por ello. Yo también lo haría en su situación, pensó Monk. Pero yo no me hallo en su situación, así que desde fuera puedo ver la verdad: Fue Lioso quien cayó presa del pánico. Fue la debilidad personal de Lioso la que provocó todo esto. No podía culparse a nadie. Los sistemas de Lioso funcionaron mal, y ahora su cuerpo tendría que hacer todo lo posible por restablecer sus condiciones. Podían mantenerlo en vigilancia intensiva para que no muriera de shock o de sed o de hambre mientras dormía. Está más allá del alcance de mis manos, más allá del alcance de las manos de cualquiera.

Pero eso no cambia lo que sientes cuando se trata de uno de tus hombres. Monk miró a Brigman y captó algo de su dolor. Él también lo sentía: Gracias a Dios, no se trata de mí.

Coffey interrogó a todo el mundo e hizo su informe para DeMarco. Lo más difícil de creer fue lo que aquella mujer Brigman le contó. Un vehículo de algún tipo, moviéndose increíblemente aprisa, despidiendo una gran cantidad de luz, dirigiéndose hacia las aguas profundas. ¿Hasta qué punto podía tomárselo en serio? Parecía terriblemente nerviosa mientras se lo contaba. Reluctante a decir lo que había visto. ¿Por qué? ¿Porque ni ella misma creía en sus propias observaciones? ¿O porque sí creía en ellas, pero pensaba que nadie más la creería? ¿O estaba ocultándole algo?

Una cosa era cierta: estaba emocionalmente alterada, y él tenía la completa seguridad de que no se trataba de nada relacionado con Lioso. Su actitud no era la misma que los demás. Parecía distraída, como sumida en sus propios pensamientos. Lo cual no era una sorpresa. No se trataba exactamente de una persona leal o compasiva, por todo lo que Coffey podía decir..., era una individualidad separada, siempre sumida en sus propios pensamientos, ocupándose de sus propios proyectos, y al infierno con los problemas de los demás. Pero algo respecto a todo aquello *había* prendido sus emociones. Debido a ello, no sabía qué hacer con su informe. ¿Estaba ocultando algo? ¿Dudaba de sus propias estimaciones?

Fuera cierto o no, Coffey tenía que decirle *algo* respecto a ello a DeMarco. El comandante ejecutivo, aunque estuviera a quinientos metros más arriba en el *Explorer*, tenía que conocer toda la información disponible a fin de tomar las mejores decisiones. Así que Coffey tuvo que sentarse allí delante del vídeo y explicar que un vehículo no identificado había sido avistado cerca del submarino exactamente en el momento en que un buceador civil era presa del pánico y estaba a punto de matarse.

DeMarco se mostró tan confuso como Coffey respecto a lo que debía hacer con aquella información.

—¿No lo vio ninguno de *ustedes*? —Con lo cual quería decir, y Coffey lo

comprendió inmediatamente: ¿Lo vio alguno de ustedes los SEALs, algún observador entrenado?

—No, señor —dijo Coffey—. Sólo la mujer Brigman. —DeMarco la había conocido allá arriba. Que él sacara sus propias conclusiones acerca de la fiabilidad del observador. Pero si realmente había visto algo (y la energía *había* descendido), entonces sólo había una nación con la capacidad técnica para construir un vehículo de aquellas características y la voluntad política para exhibirlo ahí abajo sin informar de ello a los Estados Unidos—. Podría ser un artefacto ruso —dijo Coffey. Aquél era el peligro primario en estos momentos..., que los rusos estuvieran compitiendo por el acceso al submarino.

—CINCLANTFLT está subido por las paredes —dijo DeMarco—. Dos submarinos de ataque rusos, un *Tango* y un *Víctor*, han sido rastreados dentro de un radio de ochenta kilómetros de aquí. Y ahora no sabemos dónde demonios están.

Era sabido que los submarinos de ataque rusos llevaban a cuevas sumergibles más pequeños a fin de llevarlos sin ser observados hasta zonas donde eran necesitados para operaciones submarinas. De modo que ambos sabían cuál era la situación: Había submarinos de ataque soviéticos en la zona, un extraño vehículo no identificado había sido visto posiblemente en las inmediaciones del submarino, y el Comandante en Jefe de la Flota Atlántica —CINCLANTFLT— se mostraba tensamente preocupado por la situación. No había tiempo para que el *Glomar Explorer* llegara hasta allá y reflotara el submarino.

—De acuerdo —dijo DeMarco—. No tengo otra elección. Le confirmo que pase a la Fase Dos.

Bien, ahí estaba. Coffey lo había oído. Acababa de encargársele la misión de recuperar una ojiva de combate nuclear y armarla, a fin de que estuviera preparada para ser accionada en el momento en que fuera necesario la primera arma nuclear que los Estados Unidos hacían estallar fuera de sus pruebas desde Nagasaki. Era una mala misión. Demasiadas cosas podían ir mal. Y la peor posibilidad era que tuvieran que pasar a la Fase Tres..., armar el detonador, luego evacuar a una distancia segura antes de que la ojiva de combate estallara.

En medio de un huracán, probablemente una explosión nuclear no causara mucho daño a la marina comercial, puesto que todo el mundo estaría en puerto, si podía. Pero ¿quién podía decir que los rusos no considerarían aquello como una provocación, especialmente si tenían un vehículo en la zona que podía resultar dañado? Aquél era el tipo de situación peligrosa en que las cosas podían ir en cualquier dirección. Sin embargo, no había tiempo ni oportunidad de pedirle a Washington que decidiera. La tormenta se acercaba demasiado rápido, el peligro potencial era demasiado inmediato. DeMarco había aceptado la responsabilidad que se le había otorgado de tomar sobre la marcha, si era necesario, la decisión de pasar a

la Fase Dos. No era elección de Coffey. Sin embargo, era Coffey quien debía llevarla a cabo. Su trabajo era realizar lo ordenado sin fallos, con un perfecto juicio en cada momento. Una vez hubiera llevado a cabo la Fase Dos, tendría una cabeza de combate nuclear activa en su posesión, bajo su único control. Ni siquiera el Presidente tenía algo así.

DeMarco respondió al silencio de Coffey:

—¿Hay algún problema?

—Sí. —Pero no era eso lo que Coffey quería decir. ¿Qué era lo que había estado pensando en este momento? ¿Tenía algún problema en mente? No, estaba respondiendo sí a la orden original, eso era todo—. Quiero decir no, señor. Negativo.

DeMarco miró fijamente la pantalla por unos instantes, quizá para ver si Coffey tenía intención de modificar su respuesta. Luego cortó la comunicación. Coffey inspiró profundamente. Como si acabara de eludir un serio problema. Pero no lo había hecho, y lo sabía. Ahora tenía sobre sus hombros el mayor problema en todo el mundo.

Una cosa era cierta. La Fase Dos no podía ser explicada a los civiles. Probablemente Hippy no fuera el único que se sentiría presa del pánico si supiera que se hallaba bajo el mismo océano que una bomba nuclear. Y ninguna de aquellas personas tenía clasificación de seguridad. ¿Quién podría confiar en ellas si supieran que había una ojiva de combate activada a bordo de la *Deepcore*? ¿Quién podía adivinar dónde estaban sus lealtades?

No había ningún lugar en la *Deepcore* que no fuera utilizado para cinco cosas distintas. Así que Lindsey estaba en la sección fotográfica..., que era a la vez la sala de mantenimiento. La parte delantera era el único cuarto oscuro existente. Era bastante bueno, aunque siempre estuviera atestado. Hermético a la luz, disponía de un fregadero, y no tenías que ir muy lejos para acudir al lavabo.

Lindsey se sentía más bien taciturna mientras recopilaba las imágenes tomadas por la cámara del Taxi Uno. Había visto la expresión de Coffey mientras la escuchaba. Era evidente que no acababa de creer lo que le había dicho. Pero ¿acaso ella se creía a sí misma? Lo había visto, pero no podía extraerle mucho sentido al episodio. Lo único que sabía era que, fuera lo que fuese lo que había visto, era *extraño*. Tan extraño que ella, una ingeniero que había memorizado cualquier estructura submarina jamás construida, no hallaba el vocabulario necesario para describirlo.

Se sentía tan impotente como un lego intentando hablar sobre una estructura. «¿Por qué no usar cosas redondeadas en vez de triángulos?» «¿Para qué sirve ese artilugio?» Sus descripciones estaban al mismo nivel:

—Era algo así como redondo, como una turbina arqueada, y parecía como si se flexionara un poco en el agua. —Sí, eso era todo lo que te proporcionaba un

sobresaliente en ingeniería estructural. Oyes ese nivel de precisión, y sabes que van a ofrecerte un trabajo en el diseño de aviones, puedes apostar por ello.

Sólo podía describir lo que no era:

—No parecía estar propulsado por un empuje posterior, como un reactor o un cohete. Pero no ondulaba lo suficiente como para estar nadando, e iba tan rápido que parecía que estuviera surcando el aire en vez del agua. —Coffey había asentido como si estuviera de acuerdo cuando ella le dijo eso. Se preguntaba ahora si aquélla no habría sido su forma particular de decir: Tonterías, señora. Y luego había empezado a hablar acerca de si no podría ser un nuevo tipo de sumergible ruso. ¿Acaso pensaba que ella era tan estúpida que no sabía ver por sí misma si tenía el aspecto de un artefacto sumergible?

Y ahora aquí estaba Bud, sometiéndola a un segundo interrogatorio mientras estudiaba los rollos de película revelada. Era evidente que pensaba que todo el asunto era de lo más extraño.

—Así que no conseguiste impresionar nada en las cámaras —dijo. Había un equipo fotográfico de cien mil dólares en el Taxi Uno, y el trabajo de ella junto al *Montana* había sido tomar fotos, nada más..., y sin embargo no había pensado en tomar ni una sola foto de la cosa que vio.

—No —explicó ella de nuevo—. No tomé ni una sola foto de ello. —¿Acaso Bud no había descrito su propia pérdida de energía? No hubiera podido tomar ninguna foto ni aunque lo hubiera intentado.

Bud no era lo que más la preocupaba..., y no era que él no lo hubiera intentado. Aquella cosa que había visto la había sorprendido tanto, la había puesto tan nerviosa, que no había recordado que *tenía* cámaras hasta que ya había desaparecido. Se sentía como una idiota.

De todos modos, si Bud la conocía algo, sabía que ella no estaba sufriendo alucinaciones ni exageraba, sabía que había visto realmente lo que decía haber visto.

—¿Qué hay del vídeo? —preguntó Bud.

—No. —Evidentemente, él no la conocía en absoluto. Por eso se divorciaba de él, ¿no? Así que no debía molestarle en lo más mínimo que él deseara pruebas objetivas. No debía tomarse aquello como algo *personal*—. Mira —le dijo—. Prefiero no hablar de ello.

—Está bien. Si así lo quieres. —Se apartó del domo donde el Garfield de peluche colgaba del cristal con sus ventosas.

Lindsey podía deducir de su voz que estaba un poco disgustado con ella. Estaba actuando como si ella se negara a hablar del asunto por pique personal, porque ella no se *sentía* con ganas de hablar. Y, porque ésta era en parte la razón, tenía que contestar.

—Mira, no sé lo que vi, ¿de acuerdo? —¿Cómo puedo explicártelo cuando ni yo misma lo comprendo? ¿Crees que puedo convertir un atisbo de algo extraño en una

visión clara de algo familiar, sólo porque tú me hagas más preguntas? Si deseas convertirlo en algo más familiar, hazlo tú mismo—. Coffey quiere llamarlo un sumergible ruso: por mí está bien. Es un sumergible ruso. No hay ningún problema.

Estaba intentando terminar con la conversación sin tener que llegar a ninguna conclusión. Pero Bud no la dejaría salirse con la suya. Nunca lo hacía, si podía impedirlo.

—Pero tú crees que es otra cosa. ¿Qué? ¿Uno de los nuestros?

—No. —Si fuera norteamericano, yo lo hubiera sabido. Demonios, hubiera sabido quién lo diseñó, aunque fuera algo tan secreto que nadie lo hubiera visto excepto los militares. *Conozco* este campo.

—Bueno, entonces, ¿quién? —Ése era Bud. Siempre empujando de aquella maldita manera. Siempre insistiendo en saber lo que *ella* pensaba. Siempre deseando meterse dentro de su cabeza incluso cuando ni siquiera ella sabía lo que pensaba—. Vamos, Lins. Habla conmigo. —¿Cuántas veces había oído aquellas palabras?

Y sin embargo, esta vez, deseaba realmente decírselo. Si sólo supiera qué decir. Todo lo que podía hacer era explicarle su propia confusión.

—Mira, Lioso vio algo ahí abajo, algo que lo asustó mortalmente.

—Su mezcla de aire se alteró. Lioso se dejó dominar por el pánico y *acabó* de estropear su regulador golpeándolo contra alguna cosa.

De acuerdo, Bud. Tú tienes tu explicación para lo que le ocurrió a Lioso y la acepto, aunque tu explicación no sea mejor que decir: Este tipo está muerto porque su corazón dejó de latir, sin preocuparte de averiguar *por qué* su corazón dejó de latir.

Esta vez él tenía que verlo a la manera de ella. Tenía que darse cuenta de lo extraña que era toda la situación. Era muy importante para Bud comprender que *no* se trataba de un sumergible ruso ni ninguna otra cosa que tuviera sentido.

Así que le planteó la auténtica pregunta:

—Pero ¿qué es lo que *vio* que lo sumió en el pánico?

De nuevo, él le devolvió la pelota:

—¿Qué es lo que *tú* crees que vio?

Y ahí estaba el quid de la cuestión. ¿Debía decirle lo que ella creía *realmente*? ¿Que, fuera lo que fuese lo que ella había visto, no había ninguna huella de pensamiento o experiencia humanos en su diseño? No se atrevió a decirle eso. Empezaría a murmurar acerca de alucinaciones inducidas por la presión. Así que tenía que volver a lo que le había dicho a Coffey.

Pero Bud *no* era Coffey, y así, cuando habló, no pudo impedir el que a su voz asomara como una especie de súplica.

—No lo sé, *¡no lo sé!* Debería saberlo, pero no lo sé. —Créeme, Bud, estaba diciendo. Tómame en serio por esta vez.

Quizás él la comprendió. Quizá no. La compuerta se abrió en aquel momento, y

Hippy asomó la cabeza en la habitación.

—Hey, amigos. Apresuraos, escuchad esto. ¡Lo están anunciando!

El *Explorer* estaba retransmitiéndoles la señal de televisión del satélite. No era una reposición de «Los Walton». Estaban en las noticias.

Para Bud significó un alivio. La tapa del secreto se había alzado. Puede que estuvieran solos en el fondo del mar, pero al menos ahora todo el mundo sabía que estaban aquí abajo. Por supuesto, eso significaba que, si fracasaban, todo el mundo lo vería. Pero también significaba que nadie podría hacerles nada sin que se supiera. Eso era lo que más le había asustado cuando Coffey empezó a hablar de sumergibles rusos. Si los rusos podían construir realmente algo como lo que Lindsey describía, ¿qué podía impedirles destruir la *Deepcore*? Ahora, en cambio, bajo los focos de la publicidad, ni siquiera los rusos intentarían algo así.

Todo el mundo se apiñaba en torno al televisor en la sala común, haciendo ruido y diciéndose unos a otros que se callaran.

—Callaos. ¡Callaos!

—Sube el volumen, tío.

Fue Lindsey quien consiguió hacerles callar y que escucharan.

—... y el Kremlin sigue negando que Rusia esté implicada en el hundimiento del submarino Trident USS *Montana*. La Marina no ha facilitado los nombres de los ciento cincuenta y seis miembros de su tripulación, todos los cuales se presupone que están muertos en estos momentos.

Barbo se adelantó y empezó a trastear con los controles, intentando ajustar la señal. Arriesgaba su vida haciendo esto. Todo el mundo odia cuando alguien empieza a trastear con el televisor en medio de una historia que desea ver. Mejor tener una señal mediana que acabar de estropearla por completo. Así que prácticamente saltaron a su garganta.

—¡Déjala tranquila, Barbo!

—Empleados civiles de una plataforma petrolífera propiedad de la Benthic Company...

—¡Hey, éstos somos nosotros!

—¡Chiss! —Eran como niños, pensó Bud, excitados al ver su ciudad natal mencionada en las noticias.

—... están al parecer participando en la operación de rescate, pero tenemos poca información acerca de ello. Bill Tyler se halla en estos momentos en la escena del hundimiento. Bill, parece haber una enorme presencia naval ahí fuera...

—¡Mierda! ¡Queremos nombres!

Muy bien, muchachos. Ciento cincuenta y seis muertos en el *Montana*, y vosotros queréis que vuestros nombres sean mencionados por la televisión. No era que Bud se sintiera furioso al respecto. No te enfureces con la gente por ser humana. Es sólo que

seguía esperando que la gente fuera simplemente un poco mejor que eso, sólo un poco menos preocupada acerca de ser siempre el centro del universo.

Bueno, si sus nombres no podían ser mencionados, al menos obtuvieron algo que les satisfizo. La imagen tomada desde un helicóptero de un conjunto de barcos agitados por una serie de olas peligrosamente altas e irregulares..., y entre ellos, bamboleándose en el agua con mucha mayor estabilidad que cualquiera de los otros, uno que reconocieron inmediatamente.

—¡Hey, es el *Explorer*

Lo que atrajo la atención de Bud fue cuántos *otros* barcos había allí. Desde el fondo del Caribe, Bud no había imaginado allá arriba más que el *Explorer*, unido al cordón umbilical de la *Deepcore*, y un montón de viento y agua. Ahora se daba cuenta que en el techo del mar la Marina daba vueltas y vueltas como juguetes en una bañera. ¿Haciendo qué? Se acercaba un *huracán*, ¿acaso no lo sabían? Los barcos no tenían nada que hacer allí arriba con aquellas aguas.

Y si Bud sabía eso, la Marina también lo sabía. De modo que debían estar realmente asustados de los rusos, si sentían la necesidad de mantener una escolta para el *Explorer* con aquel mar.

El periodista dejó claro que la situación era aún peor de lo que parecía.

—Con Cuba a sólo ciento treinta kilómetros, la enorme congregación de buques y aviones de los Estados Unidos en la zona ha dado lugar a una protesta oficial de la Habana y Moscú, y ha conducido a una redirección de la flota soviética hacia el teatro caribeño.

Bud pudo captar el cambio de humor en la sala. Ya no más excitación de estamos-en-la-tele. Buques soviéticos en el Caribe. Lo que preocupaba a Bud era la forma en que todo parecía ir ascendiendo en círculos. La Marina tiene miedo de que los rusos puedan echarse sobre el *Montana*, así que traen una amplia escolta para proteger el lugar. Luego los rusos ven la enorme congregación de nuestras fuerzas militares, así que se dirigen también hacia el *Montana*. Como si el propio miedo causara que la cosa temida se volviera cierta.

El locutor formuló la pregunta estúpida estándar que siempre venía a continuación en estos casos, a fin de parecer que hacía algo más importante que simplemente leer las noticias de un papel.

—Bill, ¿cómo describirías la disposición de la gente ahí?

—La disposición es más bien de suspicacia, incluso de confrontación. Un cierto número de palangreros rusos y cubanos, indudablemente barcos de vigilancia, han estado trazando círculos dentro de una zona de unos pocos kilómetros durante todo el día, y se ha advertido repetidamente a los aviones soviéticos que se alejen del lugar.

Era como un hormiguero ahí arriba. Las hormigas rojas y las hormigas negras. Hacía que Bud se sintiera un poco mejor en el fondo del mar. Por todo lo que sabía,

aquél podía ser el lugar más seguro de la Tierra en estos momentos.

Cuando terminó la emisión, Bud y Lindsey se encaminaron hacia el pozo lunar. Si las noticias le habían dicho algo a Bud, esto era el hecho de que el *Explorer* no iba a poder estar ahí arriba mucho tiempo más. No había esperanzas de que la tormenta pasara lo suficientemente lejos como para que pudieran seguir conectados. Ya era hora de ver si Una Noche tenía el Fondoplano preparado para salir y desconectar el umbilical a fin de que el *Explorer* pudiera irse.

Ni siquiera tuvo que decirle a Lindsey dónde se dirigía. Ella sabía lo que había que hacer con tanta seguridad como él. Por un momento pareció como en los viejos días, cuando podían trabajar juntos casi sin necesidad de hablar, debido a que se comprendían tan perfectamente entre sí y a la *Deepcore*.

Sólo que esta vez Hippy se unió a ellos. Estaba agitado, casi frenético en su tono de voz, en sus gestos. Bud había visto a Hippy de aquella manera antes. Las cosas están yendo mal, ¡hay que hacer algo! ¡Hay que hacer algo! Normalmente la solución para Bud era darle a Hippy alguna tarea específica. Cuando Hippy tenía realmente algo que hacer, algo que requiriera su concentración, entonces se calmaba y hacía el trabajo. Pero ¿qué podía darle a hacer a Hippy en estos momentos?

Sea como fuere, Bud tenía que conseguir calmarlo de algún modo.

—¡Esto *apesta*, de veras! —dijo Hippy.

Sólo había una cosa que hacer: dejar que soltara todo lo que tenía dentro. Bud se detuvo, se dio la vuelta en el corredor, se enfrentó a Hippy.

—Hippy, ¿qué pasa contigo?

—¿Que qué pasa conmigo? Aquí estamos, en medio mismo de este enorme incidente internacional. Como la Crisis de los Misiles cubana o algo así.

Bud escuchaba pacientemente, pero Lindsey no podía captar lo que estaba intentando hacer. Raras veces podía. Así que, en vez de animar a Hippy a seguir hablando, intentó hacerle callar con el ridículo.

—¿Has llegado tú solo a esta conclusión? —quiso saber. Tranquila, Lindsey. Deberías seguir un curso Dale Carnegie. Todo lo que Lindsey consiguió fue que Hippy aún se mostrara más agitado.

—Tenemos submarinos rusos arrastrándose por todo nuestro alrededor. ¡Mierda! Algo va mal, y ellos dirán que nada ocurrió aquí abajo. Oh, sí, nos darán medallas.

Sí, sé exactamente lo que quieres decir. Yo mismo lo he pensado.

—Hippy, lo único que tienes que hacer es tranquilizarte. —Intentó hacer que sonara como una broma. Señalando a Lindsey, dijo—: Estás haciendo que ella se ponga nerviosa.

—Muy agudo, Virgil —dijo Lindsey.

La distracción calmó un poco a Hippy. Se estaba relajando. De un gemido a un murmullo.

—Esos SEALs no nos lo han dicho todo. Algo está pasando.

—Hippy, tú crees que todo es una conspiración. —Bud se alejó, llevándose a Lindsey consigo.

Tras ellos, Hippy intentó imaginar por qué Bud se molestaba en decir algo tan obvio.

—Por supuesto, todo lo es —respondió.

Quizá sí, pensó Bud. ¿Puedes llamarlo paranoia si todo el mundo ha salido a por ti?

Apenas habían dejado a Hippy detrás cuando apareció Una Noche avanzando con paso vivo desde la bodega. Era mala señal.

—¡Apresúrate! —gritó Una Noche—. ¡Coffey se marcha con el Fondoplano! ¡Me ha hecho explicarle los controles y va a salir de aquí!

Aquello era un poco más serio que un chico cogiendo el coche de papá. Antes de que ella terminara de hablar, Bud ya estaba por delante de ella, corriendo hacia el pozo lunar.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras corría—. ¿No le dijiste que lo necesitábamos precisamente ahora?

—Sí, pero no me escuchó. Le dije que teníamos que desconectar el umbilical.

Aquella era la cosa más absurda que jamás hubiera oído. Se suponía que Coffey era un tipo listo. El cordón umbilical no podía ser desacoplado por el extremo de arriba; tenía que hacerse desde aquí abajo, desde la *Deepcore*. ¿Acaso pensaba que podría llevar a cabo el resto de su misión si el *Explorer* resultaba hundido o dañado? ¿O peor..., si el umbilical resultaba dañado mientras aguardaban a que él volviera? ¿Acaso creía que iban a encontrar un repuesto en cualquiera de los países vecinos? No puedes ir a comprar material especializado como éste en Haití u Honduras—. ¿A dónde infiernos va?

—No tengo ni idea —dijo Una Noche—. Nos dijiste que cooperáramos con él.

Sí, eso era cierto. Y todo hubiera debido ir bien así. ¿Cómo demonios podía saber que el hombre tenía la cabeza en el culo?

Cuando Bud llegó al pozo lunar, Wilhite, Monk y Schoenick estaban de pie sobre el Fondoplano, completamente equipados, mientras Coffey lo pilotaba hacia abajo. Miraron a Bud cuando éste entró corriendo en la estancia. Gritó a todo pulmón, sabiendo que probablemente le oirían.

—¡Hey! ¡Necesitamos el brazo grande para desconectar el umbilical! ¡Se acerca un maldito huracán!

Mientras tanto, Lindsey había cogido unos auriculares.

—Coffey, Coffey, ¿me escucha?

Las cabezas de los SEALs desaparecieron bajo el agua. No llegó ninguna respuesta por los auriculares. Ninguna explicación. Nada. Simplemente el tipo de

comportamiento más estúpido, peligroso e irresponsable que Bud hubiera visto nunca en todos sus años de trabajo en perforaciones petrolíferas..., en tierra, sobre el agua o debajo de ella. Se apartó del pozo lunar.

—El muy hijo de puta —dijo. Suavemente. Como una bendición—. Es increíble. —Sabía que nunca hubiera debido dejarle subir a la *Deepcore*.

Miró a Lindsey, esperando que ella dijera lo mismo. Esperando que ella dijera: ¿Acaso no te advertí que no dejaras que los militares se hicieran cargo? ¿Acaso no te dije que no les importaba una mierda la seguridad de la plataforma o del equipo?

Pero ella no dijo nada de eso. Quizá porque sabía que no debía decirlo en aquellos momentos. Quizá porque sabía que cuando Bud se equivocaba *realmente*, nadie tenía que recriminárselo porque él era el primero en hacerlo.

McBride se sujetó a la barandilla mientras miraba por encima de la borda del *Explorer*. Aún había hombres yendo de un lado para otro embutidos en sus chalecos salvavidas, intentando asegurar las cosas en la tormenta. Pero resultaba claro que esta tormenta era demasiado grande para enfrentarse a ella. El *Explorer* había sido diseñado para cortar el contacto y echar a correr cuando las cosas se ponían así de mal. Incluso ahora no estaba seguro de que pudieran apartarse del camino del huracán Frederick sin sufrir algún daño importante. El viento era de ochenta nudos. El Centro de Huracanes estaba hablándoles de la posibilidad de vientos de doscientos nudos cerca del ojo. Que se encaminaba hacia ellos tan directamente como si lo hubieran atrapado con un anzuelo y estuvieran rebobinando el sedal.

McBride avanzó tambaleándose por la oscilante cubierta y se metió en el centro de mando del *Explorer*. Allí estaba DeMarco, yendo de un lado para otro como si tuviera todo el tiempo del mundo. Seguro que no podía ser tan estúpido como para no saber el peligro en el que estaban. La mayor parte de la escolta de la Marina estaba ahora mucho más retirada, por temor a que los buques fueran lanzados unos contra otros por las olas y el viento.

—¡Necesitamos desengancharnos y salir de aquí ahora mismo!

DeMarco le miró sin ninguna expresión.

—De acuerdo, entonces hágalo. —Alguien le tendió a DeMarco un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Iba a comer. Perfecto. Lo próximo que diría sería: Que tomen pastel.

Pero McBride tenía que asegurarse de que DeMarco comprendía exactamente dónde estaba la responsabilidad.

—Ningún problema, excepto que sus chicos se fueron a dar un paseo con el Fondoplano precisamente cuando mi gente lo necesitaba para desenganchar el extremo del umbilical.

DeMarco desenvolvió su bocadillo.

—Estará de vuelta en dos horas. —Luego se llevó el bocadillo a la boca y dio un

mordisco.

—¿Dos horas? ¡Nuestro amigo Fred va a hacer que todos estemos cagando como patos dentro de dos horas!

No servía de nada intentar conseguir que DeMarco se interesara por sus problemas. Se limitó a quedarse de pie allí, masticando calmadamente, mirando hacia el Caribe como si hubiera algo que ver ahí fuera excepto el infierno.

Los SEALs abrieron una de las compuertas de los misiles. Les tomó unos cuantos minutos, pero Coffey había conseguido dominar lo suficiente el control del brazo del Fondoplano como para ayudarles a apartar del camino el diafragma de plástico. Y luego allí estaba, la roma nariz del misil Trident C-4. Como mirar la bala por el cañón de una pistola que te está apuntando directamente.

Sólo que la bala nunca sería disparada. El misil jamás partiría. Lo único útil dentro eran las ojivas de combate MIRV, cortos conos de metal con la energía de una pequeña estrella alojada dentro. Si alguna de ellas estallaba en este momento, pensó Coffey, toda el agua en kilómetros a la redonda sería vaporizada, al instante. Se *alzaría* de inmediato y formaría una burbuja en la superficie que estallaría en un momento, liberando su veneno a la atmósfera. No mucha agua, realmente, comparada con la cantidad que había en todo el océano. Sólo un pequeño eructo del mar. Junto con una onda de choque como un terremoto submarino.

El problema era que esto ya no era información especulativa en una sesión de entrenamiento en tierra firme. Esto era real. Él, Coffey, iba a armar una ojiva de combate para que eso *podiera* ocurrir.

Alzaron la nariz del cono, dejando al descubierto las ojivas de combate. Monk leyó las instrucciones de la tarjeta de plástico que le había sido entregada en Houston por un hombre que actuaba de una forma tan reluctante como si la tarjeta fuera su único hijo. Schoenick y Wilhite siguieron cada orden a medida que él la iba leyendo; Monk observaba para asegurarse de que lo hacían todo correctamente.

—Secuenciador de separación desconectado —dijo Wilhite—. ¿Luego?

—Retirar pernos explosivos del uno a seis en secuencia contra reloj.

—Comprobación —dijo Schoenick—. Retirado perno uno.

Coffey miró hacia abajo a través de la ventana del Fondo-plano mientras sus hombres trabajaban en el misil. Notaba la misma llana sensación de inevitabilidad que había notado hacía mucho tiempo, de pie en mitad de un tramo de escaleras en un edificio de apartamentos en Los Ángeles, sujetando en la mano un ladrillo de cemento, aguardando a que Darrel Woodward volviera a casa. Va a ocurrir. Espera. Espera. Quizá venga, quizá no. Espera.

No muy lejos de allí, un constructor flotaba en el agua. Estaba observando, pero no con sus ojos; la luz no era tan útil aquí. En vez de ellos utilizaba sus otros

sentidos. Zarcillos emitidos por su cuerpo habían rodeado el Fondoplano, el *Montana*, los SEALs y el misil en una red invisible, con cada hilo de apenas unas moléculas; al lado de éstos, los hilos de fibra óptica del sistema de comunicaciones parecían gruesos y torpes. Con estos hilos tocaba y probaba y saboreaba para descubrir lo que estaba ocurriendo.

Los humanos estaban abriendo el misil y extrayendo la muerte de dentro. Esto podía ser un buen signo. Pero también podía serlo malo. ¿Quién podía comprender a esas criaturas que permitían que las preciosas memorias de los demás perecieran cuando morían sus cuerpos, que luchaban contra la muerte con terrible furia, pero que construían armas que podían destruir todas sus obras y dejar arrasado un planeta entero?

Sin embargo, la ciudad había estado estudiando. El aleteante contacto con el cerebro vivo de Lioso les había proporcionado una gran cantidad de información acerca de cómo interpretar las memorias de los muertos que habían tomado del *Montana*. Habían descubierto cómo traducir las ondas de radio en sonidos y las señales de televisión en imágenes. Incluso habían decodificado algunos lenguajes humanos, en cierto modo. En consecuencia, ahora eran finalmente capaces de extraer algún sentido a nuestras acciones y nuestras palabras. Viendo cómo trabajaban nuestros cerebros, lo que recordábamos, cómo era ser humano, palabras que antes habían sido esquemas de códigos vacíos para ellos adquirían de pronto un significado. Emisiones con décadas de antigüedad que habían permanecido dormidas en las espiras de memoria de la ciudad estaban siendo ahora examinadas en un frenesí de actividad. Los constructores habían interrumpido casi toda actividad excepto el esfuerzo de comprender lo que pretendían aquellas extrañas criaturas con las cosas incomprensibles que hacían.

Mucho antes de que comprendieran nuestros lenguajes, habían desarrollado una etiqueta para nosotros, una forma de pensar para nosotros, en sus propias comunicaciones sin palabras. Pensaban en todos los no constructores, fuera cual fuese su especie, como *olvidadores...*, el equivalente de nuestro concepto de *animal*, criaturas que se mueven como animadas por un propósito pero no son capaces realmente de pensar. Hasta el *Montana*, habíamos pertenecido a esa categoría en sus mentes. Ahora, sin embargo, sabían que éramos recordadores como ellos, aunque nuestras memorias se veían cortadas trágicamente por uno de los accidentes mórbidos de la biología. Así que, para distinguirnos de ellos y de los olvidadores, pensaban en nosotros como *aquellos-que-se-matan-a-propósito*.

Mientras tanto, la ciudad acumulaba más y más calor de las aguas del Caribe hasta que calentó el mar directamente debajo del huracán Frederick, así como el agua frente a la tormenta. El calor radiante calentó el aire encima de él, haciendo descender firmemente la presión del aire dentro del huracán. Al final, éste superaría

todos los récords anteriores. Frederick era una tormenta controlada; con los constructores reuniéndose en torno a la *Deepcore*, iba a ser el peor huracán de toda la historia.

No había malicia en esto. Los constructores iban a sondear la *Deepcore* en un esfuerzo por reunir información acerca de aquellos respiradores de aire. Del mismo modo que la *Deepcore* estaba en los límites inferiores de supervivencia para los seres humanos, también estaba cerca de los límites superiores para los constructores que no estuvieran seguramente encerrados dentro del cuerpo de un porteador. Estaban remodelando genéticamente varios porteadores en una sonda que pudiera sobrevivir en la mezcla respiratoria que llenaba la *Deepcore*. Pero, subiendo a la peligrosamente ligera capa de agua de los seiscientos metros, los constructores quedarían expuestos. Serían vulnerables. En consecuencia, tenían que asegurarse de que la *Deepcore* estaba sola. El huracán Frederick barrería el mar encima de ellos y lo mantendría limpio hasta que hubieran averiguado de la tripulación de la *Deepcore* todo lo que podía averiguarse.

En los límites exteriores de la tormenta, las cañoneras y los buques de guerra rusos sondeaban las formaciones de la Marina de los Estados Unidos. Jugaban unos con otros como niños. Te pillo. Gallina. Te asusto. Veamos lo valiente que eres. Veamos qué eres capaz de hacer.

Lo que el crucero *Appleton* de los Estados Unidos, equipado con misiles, no fue capaz de hacer, fue evitar una colisión con un destructor soviético mucho más pequeño. Nunca se vieron el uno al otro hasta el último momento, pero evidentemente cada uno sabía, por el radar y las comunicaciones de radio interceptadas, que el otro estaba cerca. Incluso, cuando el destructor apareció a la vista, el capitán del *Appleton* intentó virar, y creyó que lo había conseguido. Pero el *Appleton* cabalgaba en una monstruosa ola; otra ola, viniendo en distinto ángulo en aquel caótico mar, arrojó al destructor ante su camino.

El *Appleton* resultó dañado, pero el buque soviético fue herido de muerte. Sus bodegas empezaron a llenarse rápidamente de agua, y se puso a arder por encima de la línea de flotación, pese a la fuerte lluvia. Se hundió en unos pocos minutos.

Incluso antes de que la tripulación del *Appleton* hubiera terminado de evaluar sus propios daños, estaban radiando una petición de ayuda para rescatar a los supervivientes del buque soviético. Pero sólo unos cuantos hombres pudieron escapar del violento mar, y todos ellos fueron rescatados en los primeros minutos por marinos norteamericanos en botes neumáticos o trepando por las redes de cuerdas lanzadas por los costados de los buques estadounidenses.

En tiempos más calmados aquél hubiera podido ser un incidente enormemente peligroso, más que el derribo del reactor de las Líneas Aéreas Coreanas, puesto que involucraba a fuerzas militares de ambos lados. Pero esta colisión ocurrió cuando

ambos bandos estaban ya estudiándose llenos de temor y suspicacia.

Los rusos estaban intentando imaginar cómo su nuevo satélite rastreador de submarinos había estallado menos de una hora después de entrar en operación; si lo habían hecho los norteamericanos, ¿cómo sabían qué era, y cómo lo habían eliminado sin que los rusos hubieran detectado ningún despegue? Ahora los estadounidenses, alegando que uno de sus submarinos había sido hundido, estaban reuniendo una flota junto a la costa sudoeste de Cuba. La relación entre un submarino «perdido» y la pérdida de un satélite rastreador de submarinos no podía ser pura coincidencia, ¿no? ¿Estaban los Estados Unidos buscando alguna excusa para invadir Cuba y probar a los rusos *ahora*, antes de que Rusia pudiera lanzar otro satélite rastreador de submarinos y neutralizar la fuerza estratégica norteamericana?

Por el lado norteamericano había casi tantas preguntas. ¿Por qué había estallado el nuevo satélite soviético? ¿Estaba aquello relacionado con la pérdida, sólo unos pocos minutos más tarde, del *Montana*? ¿Por qué los rusos estaban moviendo una flota tan grande a la zona del submarino perdido? ¿Qué era el extraño e increíblemente rápido aparato sumergible del que habían informado los SEALs que trabajaban para asegurar el pecio del *Montana*? ¿Estaban intentando los rusos provocar a los Estados Unidos para que emprendieran una acción que les diera la excusa de lanzar un primer ataque?

En este clima, la colisión no pareció un accidente para nadie excepto para los capitanes del *Appleton* y del destructor soviético. El capitán del destructor estaba muerto. El capitán Sweeney del *Appleton* informó meticulosamente a la Marina, pero la Marina dudó de su evaluación de las intenciones soviéticas, y los rusos le llamaron claramente mentiroso. La declaración oficial soviética denunció la colisión como un ataque no provocado. Los negociadores soviéticos salieron airadamente de las conversaciones START. El ejército soviético puso en alerta a todas sus tropas en Europa.

Los satélites de los Estados Unidos tomaron fotos que mostraban que todo buque de guerra ruso que podía moverse estaba saliendo a toda máquina de puerto; también parecía haber una actividad inusual en las bases de lanzamiento de proyectiles balísticos intercontinentales soviéticas. El Presidente no tenía otra elección que actuar a la recíproca, enviando al aire a todos los bombarderos norteamericanos y haciendo salir al mar todos sus barcos. En pocas palabras, la alerta de los Estados Unidos fue elevada ahora a DefCon 3.

Ningún bando podía comprender las acciones del otro. No se les ocurrió que podía haber implicada una tercera parte. En vez de ello, se veían obligados a interpretar todos los acontecimientos como si aquellos que no eran causados por ellos mismos tuvieran que ser forzosamente causados por el otro bando. En la mente de todo hombre y mujer de cada gobierno implicado en el conflicto brotó una pregunta

que no había sido formulada desde 1963:

¿Es esto? ¿Finalmente es esto?

Mientras aguardaban a que los SEALs volvieran con el Fondoplano, no había nada que el equipo de la *Deepcore* pudiera hacer excepto aguardar y observar con creciente horror las noticias de la televisión que eran enviados por el cordón umbilical desde el *Explorer*.

—*Bud*, esto es enorme —dijo Lindsey.

Estaba en todos los canales. Los de la televisión efectuaban encuestas con la gente de la calle. Nadie parecía saber cómo tomarse la noticia. ¿Acaso no parecía que las cosas estaban yendo *mejor* estos últimos años? Todo el mundo esperaba esto allá en los cincuenta, e incluso en los sesenta y setenta. Pero desde que Gorbachev subió al poder y presentó una nueva cara soviética al mundo, todo el mundo se había sentido más seguro, había dado un suspiro de alivio y había empezado a contar con que las cosas seguirían siempre así. ¿Cómo podía todo cambiar ahora de aquella manera?

Algunas personas sonaban ultrajadas, traicionadas; otras se echaban a reír: Es un chiste, ¿no? Otras se limitaban a asentir con aire de suficiencia: Ellos lo habían sabido desde un principio. Otras se mostraban furiosas: Si ellos hundan nuestro submarino, entonces merecen perder uno de sus barcos. Y algunos casi se echaban a llorar de miedo: ¿Qué podemos hacer? ¿Qué puede alguien hacer?

Fuera en el espacio, los constructores estaban interceptando y grabando algunas emisiones..., incluidas las transmisiones militares. Uno tras otro cabalgaban en sus deslizadores de vuelta al fondo del mar, informando a cada ciudad de constructores que aquellos-que-se-matan-a-propósito parecían estar preparándose para actuar a escala masiva según su nombre.

Finalmente, el Fondoplano regresó. Inmediatamente, Bud reunió al equipo en el pozo lunar. Las emisiones los habían vuelto más sobrios..., su rabia hacia Coffey había sido tragada por su miedo hacia el mundo que tenían encima de sus cabezas. Además, no había tiempo para recriminaciones..., podrían triturar a Coffey más tarde, arriba, una vez de vuelta a casa, si quedaba alguna casa a la que volver cuando terminara todo. Mientras tanto, aunque las cosas fueran perfectamente bien a partir de ahora, aún les quedaban tres semanas con esos tipos en la descompresión. Bud sabía que tenía que mantener las cosas frías.

Así que, cuando el Fondoplano surgió del agua, con los tres SEALs en su lomo como estatuas de un oscuro panteón submarino, Bud y su equipo no tenían intención de hacer nada que no fuera eficiente y útil. Lindsey permaneció allí mirando, con el rostro de un dios vengativo, pero incluso ella reconoció que no se ganaba nada ahora con recriminaciones.

Tan pronto como el Fondoplano estuvo en la superficie, empezaron a actuar. Bud dio la orden:

—Sacad todas sus cosas de aquí y despejad el aparato. Necesitamos salir inmediatamente. —Cuanto antes consiguieran que los SEALs abandonaran el Fondoplano, más pronto podrían salir hasta el conectar umbilical en la parte superior de la *Deepcore* y desprenderse del *Explorer*.

Los SEALs, por su parte, no ofrecieron ni disculpa ni explicación. Su misión había sido cumplida; tenían todas las razones para cooperar, ahora, con la de *ellos*.

Excepto en una cosa. Hippy empezó a desatar de sus fijaciones un objeto cónico envuelto en una de las bolsas de equipo de los SEALs. Coffey le vio cuando salía por la escotilla.

—No toque eso —dijo secamente—. Retroceda.

—*Excusez-moi* —dijo Hippy. Alzó las manos como para decir: No estoy tocando nada. Pero no apartó los ojos de la bolsa. Coffey no hubiera podido hacerlo mejor para decirle que había algo *muy importante* en aquella bolsa, ni siquiera poniéndole un cartel. Y ahora, con el mundo de arriba hecho un caos, Hippy sabía que, fuera lo que fuese lo que hubiera allí dentro, no iba a ser bueno para nadie, y mucho menos para él. Hippy no creía en la máxima de que la curiosidad mata al gato. Es mucho más probable que me mate lo que no sé, pensaba. Nada en su vida le había dado la menor razón para pensar de otro modo.

Coffey y los otros SEALs desataron la bolsa y la alzaron cuidadosamente; aunque era evidentemente muy pesada, también debía ser frágil. Una Noche estaba ya a los controles del Fondoplano, lista para marcharse, aguardando a que terminaran de salir. Bud les dio prisa:

—Coffey, vamos un poco apretados de tiempo. —Era lo más cerca que estaba dispuesto a ir para decirle a Coffey que estaban arriesgando sus propias vidas y las vidas de toda la gente en el *Explorer*.

Finalmente, los SEALs abandonaron el Fondoplano. Bud se inclinó sobre la escotilla, tras la cual Una Noche estaba comprobando los controles, asegurándose de que todo funcionaba bien.

—Esto no es una perforación, muchacha —le dijo—. Haz que me sienta orgulloso.

Querían ser palabras de ánimo, y así las interpretó ella. Nadie había sido más rápido que Una Noche en enganchar y desenganchar el umbilical durante los entrenamientos.

—Apuesta a que sí, Bud.

Bud dejó caer y selló la escotilla, luego retrocedió mientras el Fondoplano se hundía lentamente en el pozo lunar. Intelectualmente, Bud era consciente de que Una Noche estaba descendiendo a la mayor velocidad posible. Pero eso no le impidió

murmurar para sí mismo que se apresurara, por todos los diablos, que se apresurara.

Una Noche se apresuró. Pero moverse por el agua era siempre lento, y a aquella profundidad había un límite a lo rápido que podía ir todo. Excepto lo que fuera que Lindsey decía haber visto. No, que *había visto*. Lindsey podía ser la reina bruja de todo el universo, pero no se inventaba cosas. Ni Una Noche podía decir que la hubiera oído jamás exagerar. Así que quizás *había* algo que pudiera ir realmente rápido a través de una columna de seiscientos metros de agua. Una Noche sólo deseaba ahora poder ser ella.

Recorrió todo el camino por debajo de la *Deepcore* y en torno a su flanco, y finalmente alcanzó la conexión umbilical en la parte superior de la estructura A. Era una gran estructura, de aspecto recio como un puente de ferrocarril; el cordón umbilical parecía pequeño y débil en comparación..., pero Una Noche sabía que el umbilical era tan recio como podía ser. Parecía algo flojo, pero se estaba moviendo, agitando. No había corrientes a aquella profundidad..., el movimiento venía de arriba, de la superficie, donde las olas debían ser ya realmente malas. Aguantad sólo un minuto más, chicos del *Benthic Explorer*. Aquí está Una Noche para aliviar vuestro dolor.

Se situó en posición y flotó inmóvil, luego desplegó el gran brazo hidráulico. Se abrió desde el Fondoplano como la enorme pata de acero de una araña; Una Noche abrió la abrazadera como si fuera una garra. Sentía su fuerza como si fueran sus propios dedos, su propio brazo. Soy *Dios* cuando manejo esta cosa, soy el dedo del Señor.

Sólo que el cordón umbilical no permanecía inmóvil el tiempo suficiente para que pudiera apresarlo firmemente.

—Maldita sea. —Lo intentó de nuevo—. Hijo de puta. —El brazo no estaba diseñado para atrapar un objeto que se movía.

Las oscilaciones que le estaban proporcionando a Una Noche unos momentos tan difíciles eran un síntoma de problemas mucho más serios arriba. La grúa que mantenía suspendido el cordón umbilical por encima del pozo de inmersión era tan enorme que parecía demasiado grande para el barco; si el centro de gravedad del *Explorer* no estuviera tan profundamente hundido en el agua, la grúa hubiera hecho el barco demasiado pesado e inmanejable. Tenía que ser tan larga para poder dominar el peso y los tirones del umbilical, que pesaba unos ochenta kilos por metro lineal. Pese a todo, no estaba diseñada para soportar una tensión infinita —nada lo está—, y ciertamente no se suponía que tuviera que enfrentarse a más que un ligero movimiento vertical y lateral. Se suponía que gran parte de las tensiones se ejercían en otra parte.

Por ejemplo, se suponía que el sistema de posicionado dinámico mantenía al *Explorer* horizontalmente en su lugar. Como los cohetes de posición de una nave

espacial, las toberas laterales arrojaban chorros de agua para impedir que el buque derivara en cualquier dirección. Puesto que no hay puntos de referencia en el mar, los ordenadores que controlaban el sistema de posicionado marcaban la posición del buque comprobando constantemente con los satélites. El *Explorer* podía normalmente mantener su posición dentro de un radio de pocos metros de un punto determinado del fondo del océano.

En cuanto al movimiento vertical, causado por el ascenso y el descenso de las olas, de ello se ocupaba el compensador de elevación, un enorme conjunto de poleas, cables, pistones hidráulicos y contrapesos deslizantes que colgaban directamente de la grúa sobre el pozo de inmersión. Servía para mantener justo la cantidad necesaria de tensión en el umbilical, pese al movimiento vertical del mar.

Así que no se suponía que la grúa tuviera que manejar muchas variaciones en movimiento horizontal y vertical. Se suponía simplemente que tenía que soportar el peso. Desgraciadamente, a medida que el huracán Frederick se acercaba, las olas iban haciéndose más y más grandes. El movimiento vertical era demasiado amplio, demasiado rápido para los compensadores, y las violentas derivas del *Explorer* por la superficie eran más de lo que los chorros podían manejar. No había ningún fallo en el diseño del sistema. El sistema estaba diseñado para que el *Explorer* hubiera cortado el contacto y hubiera salido a toda prisa de allí horas antes de que el mar se volviera tan malo.

La única razón de que la conexión umbilical hubiera resistido tanto tiempo era porque Lindsey lo había diseñado todo de modo que soportara presiones mucho más grandes que las especificaciones del proyecto. Pero ahora las tensiones eran demasiado grandes para que finalmente algo no cediera.

Lo primero en fallar fue un par de chorros. Sus motores se sobrecargaron a causa de la tensión de intentar luchar contra olas de veinte metros y vientos de ochenta nudos con ráfagas del doble de esa fuerza.

Arriba en el puente, Bendix contemplaba con fatalista calma mientras la peor tormenta que jamás hubiera visto torturaba el barco más suave que nunca hubiera manejado. Un repentino y violento bandazo lo arrojó contra el panel de control; otros por toda la sala de control se tambalearon y, si no hubieran estado previsoramente agarrados a algo, hubieran caído. Bendix supo de inmediato lo que estaba ocurriendo. Los compensadores de movimiento no podían con su trabajo.

—Tenemos un problema. —La única cuestión era saber cuál iba a fallar primero—. Estamos perdiendo el chorro número dos. Le falta fuerza.

Empezaba a notarse ya en la posición del barco. Todo el mundo podía ver el movimiento lateral. Un claxon de advertencia empezó a sonar..., parte del sistema de alarma. Todo el mundo estaba ya alerta. Pero no había nada que pudieran hacer.

—¡No retiene! —gritó Bendix por encima del ruido de la sirena—. ¡Nos estamos

deslizando fuera de posición!

A medida que el barco giraba, el cordón umbilical se vio tensado y desviado de su posición vertical. Fue empujado contra el costado del pozo de inmersión, tenso como la cuerda de un arco contra la muesca de la flecha. Mientras chirriaba a lo largo del borde, arrancando escalerillas y flotadores, Bendix esperó verlo en cualquier momento partirse por el punto de fricción. Era más resistente de lo que había esperado. Lo cual era malo: Si algo tenía que ceder, aquél era el punto menos peligroso de que sucediera.

Allá abajo, Una Noche consiguió al fin aferrar firmemente el mecanismo de desacoplado del umbilical. Ya lo tenía, sólo otro par de minutos como máximo y lo habría liberado.

Entonces el cordón umbilical se puso tenso con tal fuerza que dio un tirón a todo el mecanismo, el conjunto del *armazón A*. Desalojó el brazo del Fondoplano y arrojó a Una Noche hacia delante, luego hacia atrás. Por un momento perdió los controles. Luego los sujetó de nuevo y apartó el Fondoplano fuera del camino mientras el umbilical se movía hacia ella, arrastrando consigo el *armazón A*. Una Noche pivotó. No había forma de agarrarlo de nuevo y desconectar el umbilical ahora. Toda la estructura se estaba moviendo.

Dentro de la *Deepcore*, Lindsey estaba de pie en el corredor, bebiendo una taza de té caliente, cuando toda la plataforma resonó como un gong y se inclinó de lado. El té se derramó encima de ella. Bud estaba saliendo ya por una puerta, pasando a toda velocidad por su lado en dirección a la sala de control. La voz de Hippy les llegó por el intercomunicador, diciéndoles lo que ya todos sabían:

—¡Bud a control! ¡Emergencia! ¡Bud a control!

Mientras Bud subía la escalerilla al nivel dos, la plataforma resonó de nuevo, como si toda la estructura fuese un instrumento musical..., lo cual era, con una larga y tensa cuerda y la *Deepcore* en su extremo sirviendo como cámara de resonancia. Una enorme artesa en tono de bajo. Sólo que la plataforma no iba a quedarse quieta para interpretar su música. La estructura no dejaba de agitarse y resonar.

Era casi imposible mantenerse en pie mientras Bud luchaba por los corredores. No dejaba de ser arrojado contra las paredes, contra el suelo. Era el peor maldito temblor que jamás hubieran sufrido. Cuando finalmente llegó a la sala de control tenía una docena de nuevos hematomas por todo el cuerpo que dolían como puñaladas. El dolor no importaba..., morir sería malditamente peor. Entró en tromba, pasó junto a Hippy y agarró el micrófono.

—¡Superficie, superficie! ¡Dad un poco de umbilical, estamos siendo arrastrados!
—Bud sabía que las cosas debían ser terribles allá arriba, para que los compensadores de movimiento cedieran de aquella forma. Podrían haber desconectado en cualquier momento en las últimas dos horas y esto no estaría ocurriendo. En cualquier maldito

momento, pero ahora ya era demasiado tarde.

Lindsey se reunió con él en la sala de control. Juntos miraron por la ventana delantera. La *Deepcore* ya no estaba golpeando contra el suelo ahora, porque el fondo, allá delante, descendía en pendiente bajo sus pies. Y descendía. Ambos lo vieron; Lindsey lo dijo.

—Nos encaminamos directamente a la pared vertical.

McBride intentó darle a Bud lo que pedía. Corrió a la ventana y miró hacia la grúa, donde Byron estaba asomado a la ventanilla de la cabina, con los ojos entrecerrados, luchando por ver qué era lo que estaba ocurriendo exactamente a través de la intensa lluvia.

—¡Byron, abajo uno por el torno uno! ¡Abajo uno! ¡Da algo de umbilical! ¡Ahora! ¡Ahora!

Byron se golpeó los auriculares para señalar a McBride que no podía oír. No hubiera importado aunque oyera. Ya era demasiado tarde.

En aquel momento, abajo en el fondo, la *Deepcore* estaba siendo arrastrada hacia una colisión con un saliente de roca. Por un instante la *Deepcore* dejó de moverse y el *Explorer* no. Hubo más tensión de la que la conexión podía soportar..., algo tenía que ceder. No fue el umbilical. No fue la conexión con la *Deepcore*. Lindsey la había diseñado para que fuera demasiado fuerte. Fue la grúa que sostenía el umbilical la que cedió. El conjunto compensador se quebró, y sus cables estabilizadores restallaron como cuerdas de guitarra.

Byron vio el extremo roto de un cable avanzar hacia él, justo a tiempo para agacharse en el momento en que destrozaba la ventanilla de la cabina. Trozos de cristal de seguridad llovieron sobre él. Pudo sentir la cabina, todo el conjunto de la grúa, inclinarse. Reptó hacia la puerta, pero no había tiempo para salir.

McBride contempló horrorizado desde el puente cómo el siguiente empujón de las olas acababa de partir la grúa. Se inclinó, se dobló, se retorció, mientras todas sus cuarenta toneladas caían al pozo de inmersión con un rugir de acero torturado que resonó más fuerte que la tormenta. El agua estalló hacia arriba cuando la grúa se hundió. Desapareció por completo..., ninguna parte de ella quedó aún unida, colgando del buque. Byron fue arrastrado junto con la cabina; ahora estaba camino del fondo, más allá de toda esperanza de rescate. Probablemente la presión lo mataría antes de que tuviera tiempo de ahogarse.

¿Cuánto tiempo necesitaría la grúa para golpear contra el fondo? Podía llegar lo suficientemente rápido como para que la *Deepcore* no tuviera tiempo de apartarse del camino. Pero al menos, con una advertencia, quizá consiguieran prepararse para el golpe. McBride podía advertirles desde sus auriculares..., con el umbilical roto, la línea directa había desaparecido. Se apartó de la ventana.

—¡Consíganmelos por la UQC! —ordenó. Se llevó el teléfono submarino al oído

—. ¡Bud! ¡Hemos perdido la grúa!

Allá abajo, Bud no entendió sus palabras.

—¿Qué? Repítelo.

McBride luchó por hacerse oír por encima de la resonancia del sistema.

—¡La grúa! ¡Hemos perdido la grúa! ¡Está bajando hacia vosotros!

Y eso era todo. No había otra cosa que el *Explorer* pudiera hacer. O la grúa golpearía la *Deepcore*, destruyéndola completamente y matando a todo el mundo a bordo, o no lo haría. Y, si no lo hacía, seguía sin haber nada que el *Explorer* pudiera hacer hasta que la tormenta hubiera pasado. Estaban a sus propios medios ahí abajo.

Aunque ya no existía el umbilical, McBride dio órdenes de permanecer en su lugar encima de la *Deepcore* durante tanto tiempo como fuera posible. Si se apartaban mucho, la UQC se saldría de radio, y no podrían saber lo que había ocurrido. Pero, con un juego de chorros inutilizado, el fuerte mar era demasiado. El *Explorer* estaba derivando, alejándose del emplazamiento. Se intentó restablecer el contacto UQC con la *Deepcore*, pero no hubo ninguna respuesta desde abajo. Una y otra vez, contestados sólo por el silencio, hasta que se hizo obvio que o bien estaban fuera del radio de alcance, o no había nadie ahí abajo para responderles.

McBride dejó de intentar establecer contacto, luego aguardó unos instantes a que la verdad amaneciera en las mentes de todos los demás. Tenía que liberar aquella impotencia, tenía que hacer *algo*. Y, por una vez, la persona que era realmente la responsable de todo aquello estaba de pie allí mismo. DeMarco. El comandante ejecutivo. El experto militar. McBride podía realmente volcar toda su rabia en el hombre que se la merecía. Y todos los demás estaban allí para oírlo, así que sería una satisfacción pública.

—Perdimos nuestra oportunidad de hacerlo con toda seguridad —dijo McBride—. Byron ha muerto ya. Dios sabe cuántos otros habrán muerto ahí abajo cuando la grúa llegó al fondo. Todo porque sus chicos fueron a dar un paseo con el Fondoplano sin preguntar antes a la gente que realmente *sabía* qué demonios estaban haciendo.

DeMarco le miró sin hablar, pero McBride vio la expresión en sus ojos. Ya no seguro de sí mismo. Ya no enloquecedoramente al mando.

McBride no tuvo piedad.

—Será mejor que rece para que su grupo haya completado su misión, porque puede estar seguro como el infierno de que ahora ya no van a tener ninguna posibilidad de hacerlo. Usted lo jodió todo, DeMarco; usted *fracasó*. Y fue *usted* quien lo hizo todo; nadie más, ¿entiende? ¡Fue *usted*!

DeMarco siguió sin decir nada.

Probablemente piensa que podrá salirse de esto, pensó McBride. Hablar a sus superiores de la no cooperación de los civiles. De fallo del equipo. Bien, eso no va a ocurrir. Yo haré mi propio informe, y *será* leído.

—Juro por Dios que haré que metan sus pelotas en un frasco de alcohol.

DeMarco siguió de pie allí, en silencio. Recibiendo la andanada. McBride tuvo la impresión de que era una confesión de culpabilidad. Ya era bastante por ahora.

McBride se volvió a su propia tripulación.

—Volveremos y trataremos de encontrarles cuando haya pasado la tormenta. Ahora, salgamos de esta lluvia lo más aprisa posible.

10 – Aislados

La *Deepcore* había golpeado ya —duramente— contra el peñasco en el fondo del mar. El milagro era que no parecía haber sufrido ningún daño serio..., nada que se reflejara en los instrumentos, al menos. Ahora, sin embargo, algo mucho peor estaba en camino.

—¡Está bien, todo el mundo! ¡Todos preparados para el impacto! —gritó Bud por el sistema de comunicaciones—. ¡Cerrad todas las compuertas exteriores! —Dio una fuerte palmada al botón de alarma. Todo el mundo sabía lo que tenía que hacer. Lo habían hecho centenares de veces en los entrenamientos.

La peor cosa que Bud había temido hasta entonces era que el *Explorer* arrastrara a la *Deepcore* al interior de la fosa Caimán. Había esperado que el umbilical se rompiera..., imaginaba que podrían sobrevivir al impacto del pesado cable sobre la *Deepcore*. Nunca se le había ocurrido que el umbilical pudiera ser más fuerte que los anclajes de la grúa en la cubierta del *Explorer*. Ahora tenía cuarenta toneladas de acero descendiendo directamente sobre sus cabezas. La *Deepcore* no había sido diseñada para resistir un impacto desde arriba. Si la grúa les golpeaba, hundiría la plataforma como si fuera una lata de aluminio.

—¡Adelante, *movámonos!* —ladró—. ¡Adelante adelante adelante *adelante!*

Lindsey ya estaba en los controles del sonar. Trasladó las señales a los altavoces para que todo el mundo pudiera oírlas. Ping, ping, ping. Como en una película de submarinos sobre la Segunda Guerra Mundial. Escuchando al enemigo. Era como un contrapunto a la sirena de alarma. Uuuuh-uuuuh. Ping ping ping. La música del miedo.

Coffey supo de inmediato que todo aquello era culpa suya. Pero tenía que coger el Fondoplano, ¿no? Tenía que conseguir la ojiva de combate. Había recibido sus órdenes..., Fase Dos.

Pero el hecho de coger el Fondoplano había retrasado la desconexión del *Explorer*, y ahora el resultado de todo ello era la posible destrucción de la *Deepcore*. Muy listo, teniente. Has conseguido la ojiva de combate, has perdido la plataforma, la misión ha sido cumplida, estás muerto, fracasaste. Hubiera debido darse cuenta de las prioridades aquí. Hubiera debido comprender que era más importante asegurar la *Deepcore* y luego ir en busca de la ojiva de combate. ¿Por qué no se dio cuenta de aquello? Siempre tengo en cuenta primero la seguridad de mis hombres. *Siempre* me aseguro de no poner en peligro el éxito apresurándome demasiado.

Lo peor de todo esto es que estoy perdiendo el tiempo pensando en el mal trabajo que hice cuando hay cosas que debo hacer *en este preciso instante*. Evaluar la

situación, hacer lo que sea necesario *ahora*.

¿Dónde puede ser mejor utilizado mi grupo? Puedo tomar esa decisión. Pero rápido, sin perder tiempo. Se dirigió a Monk y Wilhite:

—Vosotros dos, ayudad a asegurar la plataforma. —Y luego, a Schoenick—: Tú ven conmigo.

Se pusieron en movimiento. Monk y Wilhite hacia la sala de control, asegurando las compuertas a su paso. Coffey y Schoenick hacia la ojiva de combate. Tenía que estar allí con la ojiva de combate. Aunque, si la ojiva de combate se activaba a causa de una colisión, no importaría en absoluto el que Coffey estuviera o no con ella.

Bud sabía lo que estaba ocurriendo en la *Deepcore*. Todas las compuertas selladas, todos los compartimientos separados en unidades aisladas. Su equipo disperso. Si la grúa les alcanzaba, algunos morirían, por supuesto. Unos pocos podrían sobrevivir, si uno de los trimódulos no resultaba alcanzado, si alguno de los tanques sobrevivía. Aunque hubieran dispuesto de los suficientes sumergibles para sacar a todo el mundo de la plataforma, no había tiempo.

Entonces recordó el Fondoplano, que *estaba* fuera. Cogió sus auriculares, se los puso, gritó:

—¡Una Noche, Una Noche, ¿puedes oírme?! ¡Apártate de aquí! ¡La grúa baja encima de nosotros! —Intentó mirar por la ventana, se maldijo a sí mismo por el retraso, aunque fuera sólo un instante.

En el exterior, Una Noche luchaba por mantener el control de un agitado Fondoplano, intentando hallar un rumbo a través del errático umbilical que caía. Ya había recibido un fuerte golpe en el flotador de babor del Fondoplano, que la lanzó brutalmente de un lado para otro dentro de la cabina; si algún tramo del umbilical caía sobre el Fondoplano, lo aplastaría contra el fondo, y entonces no habría ningún escape para ella.

Barbo entró en la sala de control, cerró de golpe la compuerta y la selló. Se había cruzado con mucha gente en los corredores, ninguno de ellos sabiendo a ciencia cierta lo que estaba ocurriendo, todos ellos terriblemente asustados. Finler le había preguntado qué demonios pasaba. Barbo no lo sabía, no entonces. Pero ahora podía ver toda la historia. El umbilical descendiendo rápidamente. Eso ya era bastante malo..., pero la expresión aterrada de Bud y el ulular de la sirena le dijeron que tenía que haber algo grande y feo unido al otro extremo del cordón.

Bud apenas se dio cuenta de la presencia de Barbo. Seguía comprobando los monitores de vídeo, los indicadores. Todavía no había daños serios. La plataforma resonaba y se estremecía a medida que los bucles del umbilical la golpeaban, pero ahora podía ver parte del cable cuando miraba por la ventana de babor. Parte de él, al menos, ya no caía encima de la *Deepcore*; se estaba enroscando sobre sí mismo,

formando una pila en el fondo marino a unos pocos metros de la plataforma. Como un montón de pasta en un plato. ¿Era esto un buen signo, que buena parte del umbilical descendiera al lado de la *Deepcore* en vez de encima? Después de todo, antes de que la grúa cediera, el *Explorer* se había desviado en ángulo, tensando el umbilical, arrastrándoles a ellos. Así que la grúa podía estar cayendo un poco descentrada. Un poco. ¿Lo suficiente?

—¡La tengo! —exclamó Lindsey—. ¡La tengo, desciende directamente sobre nosotros!

No sabes eso, Lindsey. Quizá no. Sólo un poco, Dios, por favor. Sólo unos cuantos metros.

Un bucle del umbilical golpeó de nuevo a la *Deepcore*. Resonó como el interior de una campana. Así que quizá la *Deepcore* estuviera en el centro de la diana después de todo.

Lindsey se acercó a Bud para mirar por la ventana de observación. Barbo permanecía simplemente allí, sujetándose a un asidero de acero. Hippy agarró una bolsa de plástico, metió a Beany dentro y la cerró.

Y permanecieron allí, aguardando, aguardando. Bud se inclinó hacia la ventana a fin de poder mirar hacia arriba, de verla llegar. Me va a servir de mucho, pensó, saber tres décimas de segundo antes de que golpee que va a golpear. Pero tengo que saberlo.

Lo mismo hizo Lindsey. Abandonó el sonar, se inclinó hacia la ventana junto a él. Ambos mirando hacia arriba. Reza una pequeña oración, Lins, eso es lo que estoy haciendo yo.

Y, si morimos, moriremos juntos, y tú seguirás siendo mi esposa este día a esta hora, así que supongo que yo habré ganado. Es casi la única forma en que podré hacerlo.

El ping del sonar se hizo más y más rápido, y...

La rota y retorcida grúa golpeó el suelo a no más de veinte metros de distancia, con un ruido de aplastamiento tan fuerte que lo pudieron oír con toda facilidad dentro de la sala de control. El lodo se alzó del suelo como una perezosa nube. Estaban vivos.

Se echaron a reír. La risa de Lindsey era un poco histérica. La de Bud era más un jadeo que una risa. Se le ocurrió que nunca se había alegrado tanto de ver algo como de ver la grúa llegar al fondo al otro lado de la ventana de babor.

La grúa cayó al borde mismo del abismo. Parte de ella lo hizo verticalmente, y parte de la roca bajo ella, justo en el borde del risco, era demasiado débil para soportar el golpe. Se desmoronó. La masa vertical de acero empezó a inclinarse. Gimio bajo el esfuerzo mientras se inclinaba lentamente, graciosamente, por encima del borde.

Se deslizó y cayó, y cayó, por la ladera cada vez más empinada, sin encontrar nada que detuviera su caída. Tras ella, el umbilical empezó a desenrollarse y a seguirla abismo abajo como una serpiente apartándose de la *Deepcore*.

Entonces Lindsey recordó que aquella serpiente en particular nunca podría alejarse de la *Deepcore*, porque estaba unida primero al armazón A, y luego a cada punto donde, al caer, se había enredado en la estructura de la plataforma.

—Oh, mierda —dijo.

La grúa estaba más allá del borde ya, rodando ladera abajo, enredada consigo mismo como una carnada de cachorrillos jugando. Alcanzó un saliente y se detuvo por unos instantes, pero el impulso era demasiado fuerte y la hizo rodar sobre sí misma, la llevó más allá del borde a una pendiente aún más pronunciada. Ya no había forma de detenerla.

Desde la ventana de observación Bud pudo ver el umbilical desenrollarse, desaparecer cada vez más rápido por el borde.

Cuarenta toneladas de acero, cayendo aprisa, y todo ello unido por un cable irrompible a la parte superior de la *Deepcore*. No había ningún ancla, ninguna forma de retenerse. La *Deepcore* estaba ya en una suave pendiente, descansando sobre sus patines de sustentación contra un saliente rocoso. Si la roca aguantaba los patines, entonces el armazón A podía romperse..., era su mejor posibilidad. Pero Bud temía que la *Deepcore* rodara o se deslizara, fuera arrastrada hasta el borde, y entonces fuera sorbida hacia abajo al interior del cañón. Una vez allí, no vivirían para volver a salir. Nadie los encontraría nunca. Como su hermano, Junior. Perdidos para siempre.

—Oh no no no no no no no *no* —dijo.

—Oh, Dios mío —dijo Lindsey—. ¿Bud?

Como si esperara que él hiciera algo. ¿Como qué? Por una vez Lindsey recurre a mí para hacer algo, me trata realmente como si hubiera algo que necesitara de mí, y no hay *nada* que yo pueda hacer.

El umbilical restalló tenso como una vela en el viento. La *Deepcore* se inclinó, se retorció mientras el umbilical tiraba de ella. Las alarmas empezaron a sonar por toda la plataforma. Pero la *Deepcore* no rodó ni se rompió. La estructura era demasiado recia para eso, su centro de gravedad era demasiado bajo. En vez de ello empezó a deslizarse. Directamente hacia el borde.

Cuando el *Explorer* la había arrastrado ya había sido bastante malo..., el umbilical los había estado alzando entonces. Ahora, en cambio, el umbilical tiraba de ellos hacia abajo, de modo que cogían cualquier irregularidad del fondo marino. ¿Pero qué importaba el saltar y bambolearse? Estaban en el borde mismo de la ladera que descendía hacia el cañón. Y luego estuvieron en ella.

Deslizándose ladera abajo, siguiendo el sendero que la grúa había despejado ya de obstáculos. La *Deepcore* estaba diseñada para permanecer nivelada en el fondo del

océano; no estaba prevista para deslizarse por el borde de un risco. Aquél era un tipo de tensión que Lindsey no hubiera podido planear nunca si quería que su construcción fuera realizable. Podía oír, podía *sentir*, cómo las cosas iban cediendo, los remaches saltaban, las juntas se desalineaban; era como si sus nervios estuvieran conectados a toda la estructura de la *Deepcore*, directamente hasta su cerebro, de modo que podía sentirlo como si fuera la agonía de su cuerpo siendo desgarrado.

Las luces parpadearon, disminuyeron; hubo cortocircuitos en el cableado, se inició un incendio en la sala de control.

—¡La sala de baterías ha estallado! —gritó Bud..., al menos algunos de los indicadores aún funcionaban.

Lindsey siguió a Bud fuera de la sala de control. De camino, señaló el fuego a Barbo.

—¡Ocúpate de eso!

Pudo sentir la mano de Hippy en su espalda, siguiéndola, cuando se agachó para cruzar la compuerta. Barbo tenía el extintor silbando furiosamente antes de salir de su alcance auditivo.

Echaron a correr por el pasillo. Finler venía de la sala de perforación.

—¡Bud! —Un grito como el de un niño pequeño pidiendo ayuda.

Bud se detuvo, miró hacia donde estaba de pie Finler.

—¿Sí? —gritó.

—¡Bud, la sala de perforación se está inundando! Entonces, ¿qué demonios haces aquí hablando conmigo?

—¡Vuelve allá! —gritó Bud—. ¡Estaré en seguida contigo! ¡Muévete!

Finler desapareció. Otra sacudida de los patines de sustentación golpeando algún obstáculo, rebotando. Lindsey no se sujetaba a nada en aquellos momentos..., chocó contra la pared. Inmediatamente se dio la vuelta, de espaldas contra la pared, el aliento perdido por unos instantes.

Bud vio a Hippy allí. Otro estorbo.

—¡Hippy, ve a la bodega de inmersión! ¡Ciérrala!

No había ninguna razón para que Lindsey siguiera con Bud..., ambos sabían qué hacer, podían realizar el doble de cosas si se separaban. Así que, ¿por qué se pegaba tanto a él? ¿Por qué no deseaba alejarlo de su vista? ¿Acaso pensaba que podría salvarle si algo iba mal? ¿O esperaba que él la salvara a *ella*? Tonterías.

—¡Yo me ocuparé de esto! —gritó. Bud la oyó, y decidió no discutir. Se metió por una compuerta. Lindsey se dio la vuelta y se alejó, corriendo hacia el fondo del pasillo, en dirección a la escalerilla que conducía a la sala de máquinas.

En la sala del compresor, Monk estaba trabajando en medio de un chorro de agua de mar, haciendo girar válvulas para detener el fluir de las tuberías rotas. Luego un surtidor de chispas brotó de la sala de baterías. El agua de mar había alcanzado las

baterías; estaban despidiendo violentos arcos. Bud sabía lo que iba a ocurrir..., las capas de electricidad prenderían el hidrógeno de las baterías. Pero no había tiempo de reaccionar, de alejarse. La sala de baterías estalló, arrancando la compuerta de sus goznes. La plancha de metal salió disparada directamente hacia Monk, lo golpeó, lo derribó, lo clavó a la cubierta.

Mientras bajaba la escalerilla a la sala de máquinas, los bordes de la explosión llegaron hasta Lindsey: una luz cegadora, luego el fuego. El calor fue inmediato e intenso, pero era el aire respirable lo que la preocupó. El fuego consumía el oxígeno tan rápidamente y ponía tanto humo en el aire que ya estaba tosiendo cuando agarró un equipo de emergencia de la pared. Lo primero que hizo fue ponerse la mascarilla, para poder seguir con vida el tiempo suficiente para sujetarse el resto del equipo en los hombros. Sólo entonces cogió una manguera de agua de mar y empezó a rociar las llamas. Aquello era lo único de lo que disponían en abundancia..., agua de mar.

Hippy avanzó por el corredor, casi tropezó al cruzar la compuerta a la bodega de inmersión. Se agachó y la cruzó. Debido a la inclinación de la plataforma, el agua rebasaba las paredes del pozo lunar y fluía a la parte inferior de la estructura. Al otro lado del pozo, Hippy pudo ver a uno de los SEALs —Wilhite— luchando contra un fuego. Estaba loco. ¿No se daba cuenta de que el pozo lunar tenía que ser sellado? Era un agujero abierto en el centro de la *Deepcore* y, ahora que la plataforma no estaba nivelada, era la ruta más segura para que el agua entrara a todas partes. Tenía que ser sellada inmediatamente..., el fuego era el último problema allí.

Pero bueno, no todo el mundo actuaba sensatamente. Hippy era consciente de ello. Demonios, aquí estaba él, sujetando con su mano una bolsa con una rata dentro.

—¡Salga de aquí! —gritó. Wilhite le oyó. Entendió.

—¡Hippy, cierre esa puerta hermética!

Hippy pulsó el botón. Aún funcionaba..., la puerta se cerró, sellando aquella entrada. Echó a correr hacia Wilhite.

La *Deepcore* dio un brusco bote. El Taxi Tres eligió aquel momento para soltarse de su alojamiento y deslizarse directamente hacia Wilhite. Con el Taxi Tres acercándosele, no le quedaba a Wilhite ningún espacio en la cubierta donde estar. Se echó de cabeza al pozo lunar.

El Taxi Tres golpeó contra la pared del fondo, luego giró, siguiendo el movimiento de la *Deepcore*, y empezó a deslizarse directamente hacia Hippy. Hippy chapoteó en el agua que cubría el suelo, luchando por apartarse del camino. Se lanzó a través de una compuerta. A salvo.

Excepto que había dejado caer algo. Miró hacia atrás. La bolsa de plástico con Beany flotaba en el agua, atrapada en la corriente del pozo lunar, bamboleándose directamente delante del Taxi Tres mientras éste se deslizaba hacia la compuerta.

Hippy volvió a cruzar la compuerta de vuelta a la bodega de inmersión, atrapó la bolsa con Beany, luego retrocedió y se salió del camino una décima de segundo antes de que el Taxi Tres se estrellara contra la compuerta.

Wilhite apenas se dio cuenta de la salida de Hippy. Estaba agarrado al borde del pozo, intentando salir. El agua era tan fría, sus dedos estaban tan entumecidos, que no podía aferrar firmemente el borde, no podía trepar.

Entonces la *Deepcore* botó de nuevo. El Taxi Tres cambió de dirección, recto hacia Wilhite. Éste alzó las manos, como si pudiera salvarse reteniendo las doce toneladas del sumergible fuera del agua. El Taxi Tres cayó en el pozo, hundiéndolo consigo, arrastrándolo hacia abajo en el agua. Ahora estaba bajo la plataforma. Intentó aferrarse a algo, volver a trepar al pozo, pero no pudo. Sus dedos estaban demasiado helados para sujetar nada. El agua lo retuvo mientras la plataforma seguía su camino. Se quedó atrás. Pero nunca llegó a darse cuenta de que había sido abandonado. La hipotermia lo había dejado inconsciente antes incluso de que la *Deepcore* terminara de pasar encima de él. Antes de que tuviera tiempo de ahogarse.

La *Deepcore* se deslizó por la pendiente hasta el reborde donde la grúa había vacilado, luego rodado por encima del borde del risco. Esta vez, sin embargo, la estructura era mucho más resistente. La *Deepcore* era tan enorme y su centro de gravedad tan bajo que, cuando alcanzó el reborde, éste la retuvo. Osciló allí unos angustiosos momentos, sí..., pero la retuvo.

En algún lugar más abajo, la grúa fue frenada en su descenso. Trozos de ella siguieron su camino hacia el fondo, pero gran parte de ella aún colgaba del extremo del umbilical. Cuando la *Deepcore* se negó a seguir cediendo, a seguirla en su camino hacia abajo, el impulso de la grúa fue transferido de vertical a horizontal. Osciló como un péndulo.

Muy arriba, la *Deepcore* gimió con la tensión del oscilante umbilical. De nuevo, sin embargo, resistió. La *Deepcore* no iba a caer al abismo. Estaba en una situación precaria, pero la plataforma no iba a morir todavía. No completamente.

En la zona de habitaciones, Perry había sellado la compuerta de su módulo. Por ahora iba bien..., pero sabía que no estaba seguro allí. Caía demasiada agua de mar desde arriba. Tenía que abrir la compuerta del techo, subir al nivel tres. Lindsey Brigman podía ser una maldita zorra cuando tenías que trabajar con ella, pero había diseñado una buena plataforma..., siempre había alguna vía de escape.

La compuerta encima de su cabeza estaba demasiado alta para alcanzarla. Tendría que subirse sobre un camastro. Sólo que, en el momento en que lo hacía, la *Deepcore* alcanzó el borde del risco y se detuvo con una sacudida. La tensión abrió una brecha vertical en la pared. El agua empezó a entrar en el módulo, directamente sobre el camastro, derribando a Perry. El agua era tan fría que casi detuvo su respiración, pero

consiguió ponerse de nuevo en pie y volver a subirse al marco del camastro.

Ahora podía alcanzar la compuerta. Intentó girar la rueda, pero no cedió. Todas esas compuertas eran comprobadas regularmente, a cada cambio de turno. Debía haber sido la tensión sobre la estructura cuando la *Deepcore* se detuvo lo que la había encajado. Si pudiera hacerla girar con la suficiente fuerza.

Pero no podía conseguir el apoyo necesario para hacer palanca. El agua seguía subiendo, arriba, cada vez más arriba. La compuerta no cedía. Finalmente, con el agua apretándolo ya contra el techo, dejó de intentarlo. Se quedó colgando allá, simplemente, mientras el frío hacía circular con más lentitud su sangre, hacía que sus dedos se volvieran tan gruesos y torpes que ya no pudo seguir sujetándose.

Flotó en el agua mientras el compartimiento acababa de llenarse, con sus brazos y piernas derivando perezosamente con los últimos restos de turbulencia, como suaves brisas en el agua.

Lindsey se abrió dificultosamente camino hasta la sala del compresor, chorreando agua de mar, abriéndose camino con la manguera contra el fuego. Vio a través del humo la puerta que había estallado de la sala de baterías. Había alguien debajo.

Barbo bajaba en aquellos momentos por la escalerilla. Lindsey le tendió la manguera.

—¡Dirígela sobre mí! —le dijo.

Con el chorro de agua manteniendo lo peor de las llamas lejos de ella, se dirigió hacia la compuerta. Era Monk quien estaba debajo, no completamente inconsciente, intentando moverse débilmente, liberarse de la plancha de metal. Lindsey lo agarró, lo arrastró fuera del camino de las llamas.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos de las llamas como para no necesitar ya el chorro sobre ella, Barbo avanzó, cogió a Monk, se lo cargó al hombro y se encaminó hacia la escalerilla. La enfermería estaba en el mismo trimódulo, un nivel más arriba, y hasta ahora no había ningún escape de agua en ella.

Lindsey recogió la manguera, siguió apuntándola hacia el fuego. Miró a través de las llamas a la sala de baterías. Al otro lado de aquel compartimiento estaba la oficina del encargado de la plataforma..., el camarote de Bud. Más allá, otra escalerilla, y luego el largo corredor que bajaba hasta la sala de perforación. Bud había prometido a Finler que iría allí. ¿Estaría allí ahora? ¿Había hecho estallar el fuego la compuerta del otro lado también? ¿Era posible que Bud estuviera en aquella habitación cuando estalló el fuego, intentando salvar algo? He salvado a uno de estos malditos SEALs, y quizá Bud esté en el otro lado del fuego, tendido bajo una compuerta en la misma situación, sólo que yo no estoy allí, no puedo sacarle.

Permaneció hoscamente en aquel lugar, dirigiendo el agua hacia las llamas. Si voy persiguiendo cualquier cosa que imagine que puede haber ocurrido, será peor que

inútil. Si yo hago mi trabajo, si Bud hace el suyo, todo irá bien. Espero. Por favor, Dios.

Abajo en la sala de perforación, Finler y Dietz y McWhirter tenían los incendios bajo control, la inundación detenida..., hasta la última y brutal sacudida y el retorcimiento cuando la grúa empezó a oscilar al extremo del umbilical. Entonces supieron lo que era una auténtica inundación. El agua penetró como si rebosara por encima de un dique. Los arrojó por entre la maquinaria; los revolcó. Pero finalmente consiguieron volver a ponerse en pie, se alejaron chapoteando entre el agua. No podían hacer nada excepto salir de allí, intentar hallar alguna parte de la *Deepcore* que aún estuviera intacta.

Pero la gran compuerta automática ya se estaba cerrando, sus motores la deslizaban sobre sus guías como la puerta de la cámara acorazada de un banco. Chapoteando en el agua, no la alcanzaron hasta que ya se había cerrado.

Golpearon la puerta con los puños. Miraron a través de la mirilla al corredor del otro lado, en desesperada busca de ayuda. No había nadie allí que pudiera oírles, nadie para activar la puerta desde el otro lado. Apretaron sus manos, sus rostros, contra el pequeño círculo de cristal, como si pudieran abrirse camino por él.

Fue entonces cuando finalmente llegó Bud, corriendo por el largo corredor hasta la sala de perforación. Vio la puerta cerrada. Vio manos, la cabeza de alguien.

No había forma de que pudiera abrir la puerta desde su lado. El motor seguiría forzando la puerta cerrada hasta que la estancia al otro lado fuera de nuevo hermética. La única forma de conseguirlo era cortar el tubo neumático, que estaba al otro lado de la puerta.

—¡Cortad el cable al motor! —gritó Bud—. ¡Cortad el tubo! ¡No puedo abrir la puerta desde este lado!

No le oyeron. O no le comprendieron. O el pánico se había apoderado de ellos, y no actuaban racionalmente más allá de golpear inútilmente la mirilla con sus puños. Y así Bud se quedó allí, fuera en el corredor, sabiendo cómo salvarles, a sólo unos centímetros de ellos, y sin embargo impotente, incapaz de actuar. Era la peor cosa del mundo, ver a alguien morir de aquella manera. ¿Cuántas veces había visto en sus sueños a Junior ahogándose? Siempre fuera de su alcance. Siempre allá donde Bud no podía hacer nada por ayudarlo. Exactamente igual que ahora.

De pronto, el mamparo contiguo a él cedió. Un helado torrente entró en tromba en el corredor. Lo derribó. Supo lo que iba a pasar a continuación. La puerta automática al otro extremo del corredor empezaría inmediatamente a cerrarse. Si no llegaba allí primero, serían *su* rostro y *sus* manos las que se apretarían impotentes contra la pequeña mirilla.

Se puso en pie, chapoteó en el agua. Tenía más suerte que los otros..., la brecha

no era tan grande, así que el corredor no se llenaba tan aprisa como lo había hecho la sala de perforación. De todos modos, el agua lo retuvo lo suficiente como para que no alcanzara a tiempo la puerta. Tendió desesperadamente las manos, las metió en la abertura, intentó mantenerla abierta. No había ninguna posibilidad. No tenía la fuerza suficiente.

La puerta se cerró sobre los dedos de su mano izquierda. Se crispó, preparándose para la agonía del aplastamiento. Pero esto no ocurrió.

La puerta seguía abierta. Algo la estaba reteniendo justo el espacio de sus dedos. Era su anillo. El anillo de boda, más duro que el acero, que Lindsey le había dado. La puerta lo combaba un poco —podía sentir la presión sobre su dedo—, pero no podía romperlo ni aplastarlo. Como tampoco podía él deslizar fuera su dedo..., el anillo se había combado lo suficiente como para encajarse sobre el hueso de su nudillo. No podía liberarse. El agua estaba llenando el corredor tras él..., y parte de ella se deslizaba por la rendija entre la puerta y el marco. La abertura era suficiente para que pudiera ver el otro lado. No había nadie. Iba a morir allí, y sabía que eso era lo correcto, que así era como funcionaban las cosas debajo del agua, a veces terminabas en el lado equivocado de una compuerta y, para salvar la vida de la gente al otro lado, esa puerta tenía que permanecer cerrada y tú tenías que morir. Pero esta puerta no estaba haciendo su trabajo de retener el agua. Iba a morir, y el resto de la plataforma no iba a estar seguro a causa de ello.

—¡Hey! ¡Hey! —gritó. Una y otra vez, negándose a renunciar. Alguien tenía que oírle.

Fue Barbo. Él y Chico bajaron ruidosamente la escalerilla, avanzaron por el corredor al otro lado de la puerta automática. Barbo puñeó el botón de apertura. No ocurrió nada. Chico, siempre más directo, metió una palanca en la estrecha abertura e intentó empujar la puerta.

Nada de aquello iba a funcionar, y Bud lo sabía.

—¡Cortad el tubo! ¡Cortad el tubo neumático!

Finalmente le oyeron por encima del ruido del agua brotando por la rendija de la puerta. Barbo abrió su navaja automática y apuñaló el tubo del mecanismo de la puerta.

Bud notó inmediatamente que la presión sobre su anillo se relajaba. Ahora Barbo y Chico podían forzar fácilmente la puerta para que se abriera. Demasiado rápido, de hecho..., Bud fue empujado por el torrente de agua, golpeando a Chico contra los tubos en el corredor. Uno de los huesos del brazo de Chico restalló y se partió con la fuerza del golpe.

El corredor se estaba llenando rápidamente de agua.

—¡Está bien! —gritó Barbo—. ¡Aprisa, vámonos, vámonos, vámonos!

Barbo vio que Chico se sujetaba el brazo, aturdido por el dolor.

—Chico, ¿estás bien?

—¡Vamos, moveos! ¡Aprisa, aprisa, aprisa!

Atravesaron la siguiente compuerta hacia la escalerilla.

—¡Cerrad la compuerta! —gritó Bud. Barbo la cerró, hizo girar la rueda. No había filtraciones allí. Bud se derrumbó contra la pared. Habían sellado el agua al otro lado. Como comandante, de eso era de todo lo que se suponía que debía preocuparse. Pero mierda, él no era Coffey, él no fingía no sentir nada excepto lo oficialmente sancionado. Se sentía malditamente alegre de seguir con vida.

Miró el anillo en su dedo. Una pequeña banda de metal. Ahora nunca podría sacárselo, pero ya estaba bien así. Lo besó, movido por un fuerte impulso.

—¿Estáis bien? ¿Todo el mundo está bien?

Sí. Estaban bien.

Lo primero que hicieron fue enviar al Gran Tonto y al Pequeño Tonto a examinar los daños, ver si alguno de los otros módulos había resistido, si había otros supervivientes, qué era lo que les quedaba. Les quedaba esto: Estaban vivos, perchados en el borde mismo del abismo del infierno.

Desde dentro, Bud podía imaginar al menos esto: Tenían las débiles luces de emergencia. Tenían el módulo de mando y el lado de la plataforma con la sala común, la comida, la enfermería. El otro lado era inutilizable, completamente inundado. Habían perdido a Wilhite de los SEALs, Perry, Finler, Dietz y McWhirter del equipo. Lioso había dormido todo el tiempo, aún en su coma en la enfermería. Chico tenía el brazo entablillado y colgado del cuello con un pañuelo, pero aún era útil; podía ir de un lado para otro, así que Bud lo encargó de la UQC, intentando contactar con el *Explorer*. Monk tenía una pierna rota..., sería el especialista médico que se encargara de la enfermería. Todos los demás estaban más o menos sanos. Todos se sentían impresionados, algunos mortalmente asustados, algunos lloraban a los muertos, otros se alegraban de estar vivos y se avergonzaban de alegrarse tanto.

Y Beany. La rata estaba viva y correteaba por los hombros de Hippy.

Bud fue a la sala de control. Sentía las muertes más que cualquiera, porque no sólo se lamentaba por sus amigos, sino que también se sentía responsable de ellos. Los había abandonado. Había visto a algunos de ellos morir, y no había hecho una maldita cosa por salvarles. No importaba que no hubiera nada que hubiera podido hacer. No, *había* algo que hubiera podido hacer. Hubiera podido decirle a McBride y Kirkhill y aquel tipo militar —Martini, DeMarco—, podía haberles dicho que se fueran todos a que los sodomizaran. Podía haberles dicho que aquélla era una maldita *plataforma de perforación*, no una nave militar. Si hubiera hecho eso, si hubiera hecho lo que Lindsey le dijo que debía haber hecho, entonces toda esa gente estaría viva ahora. De hecho, acabarían su turno mañana. Estarían aguardando a que el

nuevo equipo se presurizara, luego entrarían en la cámara y se despresurizarían durante tres semanas. Mortalmente aburridos. Aburridos hasta el más espantoso de los hastíos, pero vivos.

Chico estaba canturreándole a la superficie por la UQC.

—Mayday, mayday, mayday. Aquí la *Deepcore Dos*. ¿Me oís, cambio?

Llevaba ya largo tiempo así. Si estaban en situación de responder, si podían oírles, ya hubieran respondido. Probablemente el huracán estaba directamente encima de sus cabezas. Probablemente estaban tan lejos de alcance que llamarles no era más que una broma. ¿Qué podrían hacer, de todos modos, hasta que la tormenta hubiera pasado?

—*Benthic Explorer, Benthic Explorer*, aquí la *Deepcore*. ¿Me oís, cambio?

Bud se inclinó sobre él. La linterna que llevaba arrojaba danzantes sombras sobre las paredes.

—Olvídalo, Chico. Se han ido.

Chico se detuvo, se dejó caer hacia atrás en su silla. Pero, al cabo de una pausa, siguió con ello:

—Mayday, mayday, mayday...

Bud apoyó una mano en su hombro.

—Hey, se han ido.

Ahora Chico captó el mensaje.

—¿Estás bien? —preguntó Bud.

Chico sostenía el micrófono en su mano como si fuera una varita mágica: si la apretaba el tiempo suficiente entre sus dedos, le daría lo que deseaba.

—Sólo quiero salir de aquí. Quiero ver a mi esposa una vez más.

Bud le comprendía. Chico no llamaba porque fuera práctico. Lo hacía porque si dejaba de hacerlo entonces eso sería lo mismo que abandonar toda esperanza. Dale al hombre la oportunidad de centrarse. Mientras tanto, deja que continúe haciendo lo que tiene que hacer.

—De acuerdo, sigue intentándolo. Chico empezó a canturrear de nuevo:

—Mayday mayday mayday, ¿me oís, cambio?

Bud fue a la enfermería, iluminando su camino con la linterna. Aquí y allá una luz de emergencia marcaba el corredor..., pero era oscuro.

Fue a la cama donde estaba Lioso, aún en coma. Tocó su cabeza.

—Hey, Lioso —susurró—. ¿Qué viste ahí abajo? —Le subió la manta. Empezaba a hacer frío allí.

Bud oyó un leve grito fuera de la habitación. Por un momento fue como si Lioso le hubiera contestado. Pero eran los SEALs. Abrió la puerta y miró. Coffey y Schoenick estaban ocupándose de la pierna de Monk, entablillándosela. Coffey alzó la vista cuando Bud asomó la cabeza.

—¿Encontraron a su compañero? —preguntó Bud.

—No —dijo Coffey.

Sus ojos se cruzaron por un momento. Bud se mordió las palabras que acudían a su mente. O bien Coffey sabía ya por qué había ocurrido todo aquello, en cuyo caso Bud no necesitaba decirle nada, o era demasiado malditamente testarudo como para creerlo, en cuyo caso, ¿para qué molestarse? De todos modos, no pudo evitar que su juicio aflorara a sus ojos. Tú lo hiciste, Coffey. Dije sí al principio, pero el trato era que yo tenía la última palabra en todo lo referente a seguridad, y tú lo sabías. Si hubieras cumplido con tu parte, tu chico aquí no estaría gruñendo de dolor, y ese otro chico no estaría muerto en el agua en alguna parte, tan profundo que ni siquiera los peces lo podrán encontrar.

Bud se volvió sin decir palabra. Tras él, Coffey dio unos pasos hacia la puerta.

—Brigman —dijo.

Bud se detuvo, se volvió a medias.

—¿Qué?

—Tenía que cumplir órdenes. No me quedaba otra elección.

Bud oyó las palabras, pero no se dejó engañar por ellas. Mi padre fue marine, Coffey, un suboficial. Lo sé todo respecto a órdenes. Sé que un comandante tiene discreción propia. Sí hubieras aguardado media hora a que Una Noche desenganchara el umbilical cuando aún era posible, hubieras podido pasar luego todo el tiempo que hubieras querido haciendo lo que fuera que te ordenaba tu misteriosa misión. Si lo hubieras hecho así, DeMarco hubiera estado de tu lado. Tú *siempre* tienes una elección.

Sin embargo, sabía que era duro para Coffey admitir que se había equivocado. Y eso era lo que significaban sus palabras..., una admisión de que eran sus acciones las que habían causado todo aquello. Habían causado también la muerte de su propio hombre..., Coffey debía lamentar esto tan agudamente como Bud lamentaba la muerte de los miembros de su propio equipo. Al menos tenían esto en común. Así que no rechazó lo que Coffey decía. Se detuvo el tiempo suficiente como para que Coffey supiera que había sido oído, oído y no refutado. Luego abandonó la enfermería.

Bajó la escalerilla hacia la sala de máquinas. Vio a Barbo, soldando un punto débil. Pero era a Lindsey a quien estaba buscando. Era ella la que conocía cada cable, cada maldito electrón en aquellos cables.

Lindsey estaba arrastrando un largo cable a través del agua que le llegaba hasta las rodillas, preparándose para fijarlo junto con algunos otros cables en la pared. El agua en el suelo era fría y desagradable, pero ya no era peligrosa..., era la que había rebosado del pozo lunar, y que se había depositado en el nivel más inferior de la *Deepcore*.

La miró durante unos momentos. Aquélla era la Lindsey de sus mejores momentos, trabajando en algo que ocupaba toda su atención, *construyendo* algo. Dios, era hermosa. Y estaba viva. Cubierta de grasa, fría y sucia, pero viva. Si la hubiera perdido, si hubiera estado en uno de los compartimientos inundados, si hubiera tenido que pensar en ella flotando en alguna parte en el frío y negro océano, no hubiera podido resistirlo, lo hubiera abandonado todo de inmediato. Infiernos, pensé que la había perdido antes, cuando me dejó. Me dolió tanto como si fuera el fin del mundo. ¿Y qué sabía entonces? Aunque no estuviera conmigo, todavía seguía en este mundo, y eso hacía que aún deseara vivir en él.

Pero no podía quedarse allí mirándola.

—¿Cómo van las cosas, muchacha? —preguntó. Hizo un trabajo malditamente bueno manteniendo las emociones fuera de su voz.

Ella no dejó de trabajar para responderle.

—Puedo conseguir energía para este módulo y la bodega de inmersión si redirecciono estas barras colectoras. He de conseguir que se salten las principales, que están totalmente fundidas.

—¿Necesitas alguna ayuda?

—Gracias. Puedo arreglármelas. —Pensó en algo que él necesitaba saber—. No será suficiente para hacer funcionar los calefactores. En un par de horas este lugar será tan frío como un congelador.

—¿Qué hay acerca de O₂?

—Saca tú mismo las conclusiones. Tenemos el suficiente para unas doce horas..., si cerramos las secciones que no estamos utilizando.

Aquello no era demasiado bueno.

—Bueno, esa tormenta va a durar más de doce horas.

Ella meditó durante un segundo.

—Quizá pueda extenderlo algo. Hay algunos tanques de almacenamiento fuera en el módulo siniestrado. Tendré que salir y conectarlos.

Tal vez eso fuera suficiente, tal vez no. No valía la pena discutirlo. Harían todo lo que pudieran por durar tanto como les fuera posible, y si eso no era suficiente, bien, entonces no sería suficiente. Había tantas formas absolutamente seguras de morir que no habían llegado a producirse que Bud no iba a quejarse acerca de la posibilidad de morir dentro de doce horas. Doce horas eran como toda una segunda vida.

La observó mientras unía cables, con dedos hábiles y seguros, sus brazos más fuertes de lo que parecían..., todo acerca de ella más fuerte de lo que parecía. Pensó en cómo había bajado ayer —¿hacía tanto tiempo?—, hablando como si no pudieran hacer nada sin ella. Bueno, era cierto. No podrían haber hecho nada *ahora* sin ella. Y si Coffey podía admitir que se había equivocado, Bud también podía. Apoyó las manos en los hombros de Lindsey.

—Hey, Lins —dijo—. Me alegro de que estés aquí.

Ella se rió un poco.

—Bueno, yo no.

Pero él supo que ella había captado su disculpa y la había aceptado. Eso era suficiente. La dejó que siguiera trabajando y se encaminó de vuelta escalerilla arriba hacia la bodega de inmersión.

Hippy y Una Noche estaban los dos allí, concentrados en pilotar sus VOGRs. Habían montado un equipo provisional más o menos decente. Los monitores estaban encima de una pila de otro equipo, los cables de control bajaban por el pozo lunar. No era tan cómodo como hacerlo desde la sala de control, pero mucho mejor que no hacerlo.

Una Noche le oyó entrar. Probablemente captó la luz de su linterna con el rabillo del ojo.

—Encontramos el Taxi Tres —dijo—. Más muerto que mierda de perro, jefe. — Se lo mostró en el monitor. Una vigueta de la base de la torre de perforación atravesaba de parte a parte su domo frontal—. Directamente a través de su cerebro.

Malas noticias, pero podría haber sido peor. Una Noche había vuelto a traer el Fondoplano dentro, en una sola pieza, y los daños del Taxi Uno eran menores, y ciertamente reparables. Dos de tres era casi una victoria.

Fue hacia Hippy, miró por encima de su hombro a su monitor.

—¿Dónde estás tú? —preguntó.

—Abajo. En el nivel uno.

Bud no tuvo que preguntar qué era lo que buscaba. Observó mientras el Pequeño Tonto se alzaba a través de la abierta escotilla central hacia la zona de aposentos, luego le hacía dar un círculo completo para examinar el inundado interior. Estaba hecho un revoltijo.

Llegaron a un par de zapatos. Siguieron hacia arriba por el cuerpo. Tendido allí, como si estuviera dormido. Pacífico. Muerto.

—Oh, mierda —jadeó Hippy—. Es Perry.

Bud ya lo sabía, pero verlo con sus propios ojos, de alguna manera, lo hizo definitivo.

—Eso completa el cuadro —dijo—. Finler, McWhirter, Dietz y Perry. —Se merecían algo mejor de él. Algo mejor que permanecer de pie allí, recitando sus nombres. Necesitaban un funeral, un servicio, algún tipo de oración. Pero todo lo que Bud pudo hacer es pronunciar una sola palabra—: Jesús.

—¿Debemos dejarlo aquí? —preguntó Hippy.

—Sí, por ahora —dijo Bud—. Nuestra primera prioridad es conseguir algo que respirar.

Mientras permanecía allí, contemplando el rostro de Perry en un tranquilo reposo,

sintió una especie de alivio. No pudo comprender por qué se sentía así. Hasta que se dio cuenta de que había estado imaginando aquella escena toda su vida, durante años y años. Desde que era un niño y perdió a Junior. Había visto mentalmente el cuerpo de su hermano un centenar de veces, un millar de veces..., en sus sueños, pero a veces despierto también. Algunas veces Junior tenía aquel mismo aspecto. Relajado. Casi como si la muerte hubiera tenido un sabor dulce. Pero había habido otros sueños, no tan agradables. Sueños que lo habían hecho despertar gritando, gimiendo, cuando era joven. Había aprendido a controlar esa respuesta. Ahora simplemente despertaba sudando, jadeando, recordando cómo se sentía uno con los pulmones llenos de agua, viendo aún el rostro de Junior de la pesadilla, retorcido en el rictus agónico de la muerte.

Era un alivio tan grande saber que podía tener aquel mismo aspecto. Que no todo tenía que ser tan feo y terrible como uno podía llegar a imaginar. No siempre, al menos.

Fuera del alcance de las luces, los constructores observaban; se tendieron con sus delgados filamentos, tocaron, saborearon. Hallaron los cuerpos de los muertos mucho antes de que lo hicieran los VOGRs, los escrutaron y registraron sus memorias.

La ciudad había aprendido mucho desde su contacto con Lioso. Comprendían las memorias que hallaban, y ahora, con cientos de muertos: los hombres del *Montana*, los rusos cuyos cuerpos se habían hundido lo suficiente antes de que sus cerebros se enfriaran, y esos hombres de la *Deepcore*, estaban edificando una imagen detallada de la humanidad.

Y se sentían horrorizados. Habían nombrado muy bien a aquellas criaturas..., la mayoría de ellas estaban llenas con recuerdos de planificación y entrenamiento para matar, recuerdos del miedo a la muerte, furia y terror y soledad. A veces la ciudad casi desesperaba de hallar ningún rasgo común con aquellas criaturas.

Pero estaba Barnes, el hombre del sonar del *Montana*. En sus últimos momentos, *no* había estado solo. Había vuelto en sus memorias a un lugar donde era feliz, un lugar al que pertenecía. A gente que formaba parte de él. A gente en cuyas memorias podía seguir viviendo, de modo que la muerte contenía más pesar que dolor para él.

La mayoría de los hombres tenían memorias de familia, por supuesto..., pero esas memorias eran ambiguas, lodosas, y llenas de conflicto y rebelión. Sus vidas estaban enfocadas en torno a la guerra; sus más importantes asociaciones correspondían a sus compañeros soldados. Los constructores no tenían forma de saber que la mayoría de aquellos hombres eran en realidad aún adolescentes, que hasta recientemente no habían empezado a vivir vidas propias, que aún celebraban su independencia de sus familias, que todavía estaban buscando su identidad. Y los hombres más viejos eran soldados de carrera: buenos, pero que por necesidad —y por elección— habían optado por dejar a sus familias atrás durante meses y meses consecutivos. No eran

una muestra equilibrada de la humanidad. Pero eran la única muestra que los constructores habían encontrado.

Así que la preponderancia de las pruebas era que los seres humanos amaban la guerra, vivían para matar, un conjunto de viciosos gusanos devorándose entre sí, pero reproduciéndose más aprisa de lo que podían devorarse. La ciudad no podía imaginar comunicarse con ellos.

Y, sin embargo, *tenían* que hallar una forma, ¿no? Ahora que los constructores podían extraer un sentido a las emisiones y transmisiones de los humanos, sabían lo que ambos bandos de los actuales problemas no sabían, no *podían* saber..., que ninguno de los dos bandos iba a retroceder, que cada uno estaba tan aterrado de que el otro pretendiera dar el primer golpe que ambos planeaban golpear ellos primero, antes de que sus armas pudieran ser destruidas. El mundo estaba a tan sólo días, horas, de la orden de lanzar los misiles.

Los constructores no estaban en un peligro inmediato. En el fondo del mar, se producirían muy pocos daños directos. Pero el planeta moriría en su superficie, y al cabo de unos pocos años esa muerte conduciría al estancamiento, luego a la inanición del fondo del mundo. Los constructores tendrían que abandonar el planeta con su trabajo sin terminar. El plan era que cada ciudad se convirtiera en un arca, y se alzara finalmente del océano para flotar hacia arriba hasta el espacio, en busca de otros mundos donde pudieran iniciar de nuevo el ciclo. Pero faltaba todavía mucho tiempo para eso. La única ciudad que estaba preparada para el vuelo era ésta, allá en la fosa Caimán; y estaba preparada solamente porque había llegado allí más pronto. Había sido la primera, a partir de la cual se habían fundado todas las demás. Así que, si tenían que marcharse, todo lo que podrían hacer sería reunir en ella las memorias de las demás ciudades y luego emprender el viaje como una única arca.

Un fracaso, porque este mundo no habría dado nacimiento a más arcas de las que habían llegado allí. El único beneficio de su estancia allí en la Tierra serían las memorias de aquella loca especie, que de algún modo se había convertido en inteligente sin siquiera aprender cómo comprenderse a sí misma.

Lo peor de todo, sin embargo, era esto: La crisis a la que se enfrentaban esos humanos no era enteramente provocada por ellos mismos. Sus armas, sus enemistades, existían desde antes. Pero, por sus emisiones y mensajes, los constructores sabían cómo gran parte de su miedo y su ira habían sido provocados por cosas que los propios constructores habían hecho inadvertidamente.

Nosotros no somos responsables de su naturaleza, dijo la ciudad. Nosotros no hicimos sus armas.

Pero hacía mucho tiempo que tenían esas terribles armas, tal como ellos medían el tiempo, y desde entonces se habían producido muchas guerras, y sin embargo nunca las usaron una vez pudieron comprobar lo terribles que eran. Hasta que

nosotros destruimos su satélite.

Para salvarles de la guerra, respondió la ciudad.

Sí, pero ellos no lo sabían, ellos no nos comprendían. Y, así, se sentían aterrorizados. Y luego destruimos su submarino, matamos toda su tripulación.

Fue un accidente, un deslizador sin asistencia; ellos no se apartaron del camino.

Ellos no nos conocían. No estaban preparados para nosotros. *Nosotros* fuimos quienes causamos las cosas que les hicieron coger tanto miedo. Y, si ahora utilizan esas armas que durante tanto tiempo se han contenido de usar, ¿será culpa suya o nuestra?

Parcialmente nuestra.

Más que eso. Estaban aprendiendo a controlarse. Por miedo los unos de los otros, de acuerdo..., pero les servía bastante bien. Nosotros hicimos lo que cada uno de ellos estaba demasiado aterrado para hacer. Nosotros les provocamos. La culpa es nuestra.

Y la ciudad probó el extraño y amargo sabor de la vergüenza. ¿Cómo podemos abandonarles ahora, con este recuerdo? Sin embargo, ¿cómo podemos deshacer lo que hemos hecho? ¿Cómo podemos explicarles la verdad acerca de lo que ha estado ocurriendo, cuando ver a uno de nosotros los aterroriza tanto que casi mueren?

Hay uno que nos vio y no tuvo miedo.

Entonces, éste es con quien debemos intentar hablar. Ir hasta ella y ver si podemos poner nuestros pensamientos en su mente. Ver si puede comprender.

Una Noche halló tanques que no habían resultado dañados en el extremo más alejado de la plataforma. Lindsey se puso el traje de buceo y tomó a Barbo con ella para salir y efectuar la conexión. El Pequeño Tonto fue con ellos, con Hippy a los controles en la bodega de inmersión.

Había suficiente oxígeno en aquellos tanques para triplicar sus expectativas de vida. Aquello podía ser suficiente, si el *Explorer* regresaba a tiempo.

Caminaron por el fondo.

—Barbo, quiero que asegures esto. ¿Lo ves?

El hombre alzó la vista, vio lo que ella le indicaba. Asintió.

—Yo voy a ir al otro lado para comprobar algunos tanques —dijo Lindsey.

Así que él estaría solo para hacer aquel trabajo. Aquello significaba que ella confiaba que lo haría bien. ¿Era ésa Lindsey Brigman?

—Vaya con cuidado, querida —le advirtió Barbo. El tanque estaba demasiado alto para que pudiera alcanzarlo saltando..., iba lastrado con demasiado equipo para tener mucha flotabilidad. Así que Lindsey unió sus manos bajo el pie de él. Él se equilibró, se preparó.

—Una —dijo ella—. Dos. Tres. —Él dio una patada con su otro pie, y cuando

estuvo lo suficientemente alto ella lo empujó hacia arriba. Un disparo al ralentí.

Se agarró a la barandilla.

—Jerónimo —dijo—. Gracias, Lindsey.

Ella lo dejó atrás para dedicarse a su propio trabajo. El Pequeño Tonto la siguió.

Bud estaba en la bodega de inmersión, inspeccionando los cables eléctricos y empalmando las partes rotas. Podía oír por sus auriculares lo que estaba ocurriendo, puesto que se había conectado con el circuito F-O de Lindsey. Tras oír la conversación entre Lindsey y Barbo, supo que ella estaba trabajando sola. Bud bajó la mano a la caja de control en su cadera y conectó su micro de modo que Lindsey pudiera oírle.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó.

¿Qué podía decir Lindsey? Construir la *Deepcore* había sido su vida durante años, y ahora estaba hecha una ruina. Por otra parte, la complacía ver lo bien que había resistido bajo algunas tensiones realmente extraordinarias. Y gran parte de los daños eran reparables. Así que casi sonó alegre en su respuesta:

—Bueno, casi hicisteis pedazos mi pobre plataforma. Hay mucho follón aquí fuera.

Bud oyó el tono de su voz, supo que estaba bien. También le preocupaba que, cuando estaba de un talante tan ansioso como aquél, a veces Lindsey se movía demasiado rápido, no vigilaba lo que ocurría a su alrededor. En tierra, todo eso conducía a que hubiera gente que se sintiera dolida en sus sentimientos. Ahí fuera en el agua, especialmente con los impredecibles restos de un naufragio a su alrededor, moverse demasiado rápido podía ser mortal. Los tubos de tu traje podían engancharse en cualquier trozo de metal retorcido o sobresaliente; algo podía deslizarse inesperadamente de cualquier parte y atraparte.

—Bien, ve con cuidado —dijo. Sonó como su madre. Ve con cuidado, no te hagas daño, y asegúrate de volver a casa antes de las nueve y media.

Lindsey tenía trabajo..., y también él. Desconectó su micrófono, de modo que pudiera seguir oyendo pero no pudiera hablarle.

A unos metros de distancia, Una Noche estaba reparando algunos de los daños del Taxi Uno. Se inclinó hacia él, señalando una llave inglesa.

—¿Me pasas esta nueve-dieciséis, por favor?

Lo hizo.

Viendo que su micrófono estaba cerrado, ella le indicó que podían seguir con lo que habían estado hablando antes. Acerca de cómo él y Lindsey se habían casado. Para Una Noche, aquél era uno de los misterios supremos del universo. Resultaba obvio para ella que eran las dos personas más distintas, imposibles, que jamás hubieran intentado los vínculos matrimoniales.

—Así fue pues como sucedieron las cosas —dijo. Bud asintió y siguió con su

historia.

—Sí, así fue como sucedieron las cosas. Permanecimos allí, uno al lado del otro, en la misma nave, durante dos meses. Estábamos probando este derrick automático de ella. Cuando volvimos a tierra, empezamos a vivir juntos.

—Pero eso no quiere decir que tuvieras que casarte con ella.

¿Cómo podía explicarle aquello a Una Noche? Yo estaba con ella, y tenía la sensación como si fuera más yo de lo que nunca lo había sido estando solo. Me sentía orgulloso de estar con ella. Me sentía orgulloso de lo que *éramos* juntos. Me gustaba el *nosotros* más de lo que me gustaba el yo solo. Si intentaba decirle esto a Una Noche, ella no lo creería, se preguntaría por qué la estaba engañando de aquel modo. Así que sonrió y le contó la otra razón..., la razón práctica, que uno podría llamar incluso la auténtica razón, puesto que era la única que Bud y Lindsey se admitían el uno al otro por aquel entonces.

—Íbamos a tener que volver a la misma nave. Seis meses de pruebas. Si estabas casado tenías un camarote. Si no, tenías que conformarte con una litera.

Ella pareció creerlo.

—De acuerdo, una buena razón. ¿Quieres asegurar esto por mí?

Bud hizo un lazo en el cable en torno a un montante para que no volviera a deslizarse al agua. Luego se inclinó a su lado y le echó una mano.

—¿Entonces qué? —preguntó ella.

—Todo fue bien durante un tiempo, ya sabes. Pero luego ella fue promovida a jefe ingeniero de esta cosa, hace un par de años. —Fue la única vez que nunca viera a Lindsey llorar abiertamente, la vez que creyó que habían decidido poner a alguien distinto en el puesto. Su diseño, su plataforma, e iban a permitir que otra persona supervisara la construcción y las pruebas. Necesitaba ser la ingeniero del proyecto del mismo modo que otras mujeres necesitan tener hijos. Exactamente así. Y yo deseaba que ella lo consiguiera también, porque ella lo deseaba tanto..., y porque así podríamos seguir juntos. En vez de ello, lo que consiguió fue separarnos.

—Pasó por delante ti..., por encima de ti.

Así era como le parecía a Una Noche, pero Bud no lo creía. No, Lindsey nunca había sido así. Ella nunca se sintió demasiado *importante* para él, sólo demasiado... distraída. O no, más bien simplemente encontró que *él* la distraía de su trabajo.

—Bien —dijo Bud—. Ya conoces a Lindsey, sólo es demasiado malditamente agresiva. Ella no me abandonó. Simplemente me dejó *detrás*.

Una Noche detuvo lo que estaba haciendo y le miró directamente a los ojos.

—Bud, déjame decirte algo. No es ni la mitad de lista de lo que cree que es. —Y mantuvo su mirada hasta que estuvo segura de que Bud captaba el mensaje.

Bud lo captó. Una Noche le estaba diciendo: Es una tonta perdiéndote. Una Noche estaba diciendo: Sé como eres, Bud Brigman, y tú no estropeaste las cosas con

Lindsey, fue ella quien las estropeó contigo.

Simplemente no sabes nada, Una Noche. Si yo hubiera sido más listo o hubiera intentado más duro o no tan duro o lo hubiera hecho mejor de algún modo, todavía la tendría conmigo. Pero entiendo lo que quieres decirme, y te doy las gracias por ello.

Una Noche tenía otra idea en la cabeza. Hizo ademán como si cogiera el tubo de aire de Lindsey con ambas manos y lo retorciera, interrumpiendo el suministro. Sólo un pequeño favor que estaba dispuesta a hacer por Bud.

Él hizo gesto de detenerla.

Una broma. Eso era todo. Una Noche rió y chasqueó la lengua. Muchacho, estás tan enamorado de ella que tienes el cerebro derretido.

A unos pocos metros de distancia, Hippy empezó a trastear con los mandos de su monitor. Estaba recibiendo alguna interferencia. Estática. Una señal débil. Aquello era ridículo: el Pequeño Tonto estaba unido a él por un cable, debería recibir señales absolutamente claras.

—Hey, Lindsey —dijo Hippy—, ¿me oyes? Cambio.

Fuera de la *Deepcore*, Lindsey le oyó, pero la voz del hombre se quebraba como si lo estuviera recibiendo de muy lejos. Sólo que la distancia no debería representar ninguna diferencia, y ella no se estaba moviendo.

—Sí, Hippy, te oigo. —Estaba de pie al borde del cañón, comprobando las válvulas de una hilera de depósitos de oxígeno, intentando averiguar cuáles debían ser conectados y cuáles estaban vacíos. Tras ella se abría la caída vertical hacia la nada. Pero eso no la había preocupado hasta ahora, con la voz de Hippy desvaneciéndose. Necesitaba aquella conexión—. ¿Qué ocurre? —quiso saber.

Dentro de la plataforma, Hippy había perdido completamente el contacto visual. Si Lindsey le respondió, no la oyó.

—Lindsey, regresa. —Respóndeme.

Las luces dentro de la plataforma disminuyeron bruscamente. El primer pensamiento de Bud fue que el suministro de energía había resultado dañado. Pero eso no era posible..., no hubiera causado una caída como aquella, y luego una recuperación. Recordó la pérdida de energía allá en el *Montana*.

Cuando las luces de fuera disminuyeron, Lindsey empezó a sentirse alarmada. Ahora no recibía nada de Hippy, y la última cosa que necesitaba era quedarse allí fuera sola en la oscuridad. Si las luces se apagaban, sus posibilidades de regresar sin chocar o engancharse con algo o simplemente perderse eran más bien escasas.

—Barbo, ¿me oyes?

Hippy y Bud no estaban oyendo nada tampoco, pese a que ambos estaban llamando a Lindsey. Las comunicaciones estaban muertas.

A un centenar de metros más abajo del borde del abismo, los constructores

flotaban en el agua. Hasta ahora todo estaba yendo bien. Aguardaron hasta que Lindsey estuvo apartada de todos los demás. Entonces se acercaron, lo cual interfirió con la energía de la *Deepcore*, pero enviaron hacia delante zarcillos para extraer *toda* la energía de los sistemas de comunicaciones. Querían estar a solas con Lindsey, sin distracción o interferencia.

Ahora enviaron nuevos zarcillos hacia ella, de sólo unas pocas moléculas de grosor. Hallaron las rendijas en su traje —en el cuello, en cada junta— y, reuniendo y polimerizando el vapor de agua ambiente en su traje, los zarcillos crecieron hasta que hallaron su camino a través de sus oídos, sus fosas nasales, su boca, sus ojos, directamente hasta su cerebro. Allí siguieron los senderos de su mente, tocando cada neurona y tendiendo un puente en cada sinapsis. Ahora éste no era ya un proyecto para un solo constructor. Una docena de ellos estaban sondeando su cerebro, y luego, juntos, interpretando lo que leían allí.

Tiene miedo.

No deseaban que tuviera miedo, fuera presa del pánico y se dañara a sí misma de la forma que lo había hecho Lioso. Así que ahora, a fin de calmarla, efectuaron su primer esfuerzo de una comunicación directa.

Si hubieran sido humanos, utilizando un lenguaje humano, le hubieran susurrado, tranquilizándola gentilmente, una especie de arrullo: No tengas miedo, queda en paz, queda en paz. Pero no eran humanos. Así que su significado llegó no como palabras, sino como moléculas. Agentes químicos que creían que comunicarían a Lindsey la sensación de paz.

Lindsey seguía sin oír nada. Intentó alcanzar a todo el mundo, por la F-O, luego por la UQC.

—Barbo, ¿me escuchas? Cambio. —Se dio cuenta de que el pánico la estaba empezando a ganar, oyó la desesperación en su propia voz—. Bud, ¿me escuchas? Cambio.

Entonces la energía disminuyó aún más. Eso hubiera debido acabar de asustarla. Pero, en cambio, se sintió algo más calmada.

—Barbo, parece que tenemos un problema aquí. Cambio. —Y entonces no sintió la necesidad de seguir llamando. ¿Por qué estaba tan preocupada? Todo iría bien. No tenía ni idea de por qué debía sentir así, pero así era como sentía..., una completa confianza. No tenía nada que temer. Estaba en paz.

Funciona, dijeron. Nos ha oído.

Era el momento del siguiente paso. Algo pequeño. El porteador del que había captado un atisbo antes. Sería algo familiar para ella. También le parecería como una máquina, con una firme estructura no fluctúan te..., por todo lo que sabían de los humanos ahora, y por todo lo que sabían de Lindsey, estaban completamente seguros de que ella se sentiría menos amenazada si pensaba que se trataba de una máquina.

Así que el porteador se lanzó hacia arriba desde el abismo. La vio y, como un cachorro reconociendo a su amo, se movió rápidamente hasta situarse tras ella.

Lindsey vio sólo los esquemas de luz en el equipo frente a ella. Se volvió lentamente, aún sin sentir ningún temor..., y vio frente a ella una máquina. ¿Era eso lo que había visto antes? Su cuerpo era liso, ligeramente arqueado, como un pez en medio de un salto..., pero no era un pez. En la parte frontal había una abertura como el delante de un motor cohete..., pero no era un motor. Dentro había un círculo con puntos brillantes que irradiaban hacia fuera, como el dibujo del sol hecho por un niño; giraba. La luz danzaba en su interior.

Entonces se volvió de lado. Su concha —o piel, o cuerpo— era transparente, como un perfecto cristal. Los colores brillaban formando dibujos en la piel a medida que se movía, como si estuviera reflejando alguna fuente externa de luz. Pero no había ninguna luz excepto la que procedía de dentro de la cosa. Estructuras de diferentes colores, brillando, conectándose dentro como en una máquina..., ¿o era un sistema biológico? No podía decirlo, como tampoco podía adivinar cuál era su finalidad.

Pero era hermoso. Se maravilló ante su perfecta gracia.

Lo admira. Desea conocerlo y comprenderlo. Cuando lo ve sin miedo, entonces puede amarlo.

Los constructores recordaron este pensamiento, porque sabían que era importante. El miedo era el gran controlador de los seres humanos. El miedo los estaba llevando al borde de la guerra. El miedo los apartaba unos de otros, impedía que muchos de ellos arriesgaran nada en sus vidas. Había una buena razón evolutiva para que el miedo fuera fuerte en ellos..., podían morir, no sólo corporalmente, sino sus memorias también. Por supuesto, temían la muerte. Si nosotros muriéramos tan completamente, también la temeríamos.

Pero, con el miedo extirpado, el auténtico yo permanecía detrás. Lindsey estaba llena de ansia de ver más, de comprenderlo todo. Estaba preparada.

Sin embargo, los constructores eran cautelosos. La visión de un constructor en su forma natural había aterrado a Lioso. Y Lindsey sentía una afinidad particular hacia las máquinas. Así que el constructor con el que entraría en contacto Lindsey estaría dentro de un deslizador, no se presentaría en su forma natural. De nuevo sería como una máquina, pero esta vez una máquina llena con una inteligencia.

El porteador se mostró reluctante a marcharse, sintiendo que Lindsey deseaba que se quedara..., aunque recibía su información más de los constructores que de la propia Lindsey. Derivó hacia atrás, luego se alzó hasta desaparecer de su vista.

La mirada de Lindsey siguió al porteador hasta que ya no pudo verlo. Entonces vio algo que cortó su respiración..., una larga y lisa forma que ascendía lentamente del abismo. Brillaba con una luz interior, su superficie era lisa y perfecta, su forma

graciosamente ondulante. Luces interiores se movían y danzaban en sus profundidades. Era la luz de la vida, del pensamiento, de la memoria. Era transparente, sus paredes tan perfectamente claras que eran casi invisibles. No había ningún material de construcción conocido que pudiera ser tan transparente y sin embargo tan fuerte como para contener una estructura así sin retorcerse o rasgarse.

Ningún arquitecto o ingeniero podría haber diseñado esta cosa. No tenía ningún lugar en el orden natural de la Tierra. Lindsey supo inmediatamente que era obra de un extranjero, de un recién llegado..., pero no de un intruso. No interferiría con ella o con ningún otro humano, si podía impedirlo. Vivía en la parte más profunda del mar, allá donde los seres humanos jamás podrían ir. No había enemistad entre la humanidad y esas cosas. Esa gente.

¿Cómo sabía ella esto? No tenía la menor idea..., pero estaba segura de ello. Estaba más allá de toda duda. Como la forma en que sabía que podía adelantar su mano y tocarla. Hacer eso era una cosa peligrosa e irrazonable..., y sin embargo no tenía la menor duda de que podía hacerlo. Y deseaba hacerlo, con todo su corazón. Sería insoportable ver una tal belleza y no tocarla.

Así que apoyó su mano contra el arco como un ala mientras rotaba lentamente encima de ella. La superficie era lisa y dura..., no cedió bajo la presión de sus dedos. Y sin embargo se deslizaba bajo su mano absolutamente sin fricción..., lo vio moverse, pero sin embargo no pudo sentir su movimiento.

¿Quién eres? ¿Quién te construyó? ¿Quién hay en tu interior? Y luego un deseo que recordaba de su infancia, el deseo que la había mantenido junto a su padre, olvidando todos los demás atractivos de la juventud: Enséñame cómo hacer estas cosas.

Hay mucho tiempo para eso, pensó. No hay prisa. Ahora que nos hemos encontrado, hay mucho tiempo. Puedes contarme todos tus recuerdos. Viajes a través del interminable abismo del espacio, la ardiente y llameante luz de los soles, el exquisito alivio de sumergirse de nuevo en las frías profundidades de un nuevo mar, donde empezar de nuevo. Sois constructores, sé eso..., constructores como yo, sólo que mucho más viejos y con mucha más experiencia. Nuestros cuerpos son tan absolutamente diferentes que sólo podemos encontrarnos aquí, en este difícil lugar; pero nuestras mentes no son tan distintas que no podamos comunicarnos.

Deseo que queráis hablar conmigo.

Entonces recordó su *cámara*. El vídeo del VOCR no funcionaba, por supuesto, con la energía tan baja, pero ella tenía una cámara submarina que era puramente mecánica. Podía tomar una foto, podría mostrársela a los demás; entonces sabrían que esas criaturas no eran nada que debieran temer. Trasteó con su equipo..., aprisa, aprisa, se está yendo.

Mientras el deslizador se hundía en el cañón, estuvo finalmente preparada para

tomar una foto. Pero justo en el momento en que iba a pulsar el disparador, el pequeño porteador pasó a toda velocidad por detrás de ella, sobresaltándola. Falló completamente el enfoque del deslizador. Bueno, al menos podría tomar una foto de éste, aunque se negaba a permanecer quieto, zigzagueaba hacia el interior del cañón. Tomó una foto sólo un segundo antes de que desapareciera.

Dios mío, no estamos solos aquí abajo, pensó. Hemos bajado tanto que casi nada vive aquí, sólo para descubrir que mucho más abajo aún, en el fondo de esta fosa, viven las más hermosas criaturas con las más perfectas máquinas de esta Tierra.

Las luces volvieron. Los sistemas de comunicación crepitaron de nuevo a la vida. El Pequeño Tonto despertó y se alzó del fondo marino, agitando cieno. Y allí estaba Barbo, rodeando el flanco de la plataforma, buscándola.

—Será mejor que no digas que te perdiste eso —dijo Lindsey. Barbo se mostró desconcertado.

—¿Perderme qué?

No importaba. *Ahora*, ella sabía. Tenía una foto. Todos podrían verla.

Fue un éxito sólo parcial. Habían hablado con Lindsey, y ésta había comprendido. El problema era que ella no *sabía* que ellos habían hablado. Puesto que se comunicaban manipulando directamente la memoria y las emociones a nivel químico y eléctrico, los mensajes de los constructores entraron en el cerebro de Lindsey exactamente del mismo modo que lo hacían sus propios pensamientos y sentimientos. Así que ella creyó que sus mensajes eran sus propias ideas. Confiaba en ellos, creía en ellos, pero como si fuera intuición, deducción, algo dentro de ella misma.

Los seres humanos no están acostumbrados a recibir directamente los pensamientos de otros, se dijeron unos a otros los constructores. No pueden probar el sabor que nos dice cuándo un pensamiento viene de algún otro. Así que, ¿cómo pueden reconocer la voz mental de otro dentro de sus cabezas? Peor aún, ¿cómo pueden distinguir entre sus propios pensamientos y los que nosotros les suministramos? Le dijimos a ella que quedara en paz. Le dijimos de dónde procedemos, quiénes somos, lo que hacemos. Pero ella decidió por sí misma que nuestras obras eran hermosas, que deseaba que la enseñáramos. Sin embargo, si sabía que algunos de sus pensamientos procedían de nosotros, era incapaz de decir cuándo terminaban nuestros mensajes y cuándo empezaban sus propios deseos.

Y descubrieron otra cosa acerca de ella también. Podían eliminar su miedo, pero ésa no era la única barrera entre un ser humano y otro. Por sus memorias podían ver las incontables veces en su vida en las que ella se había separado por sí misma de otra gente, no por miedo, sino a causa de su intensa concentración en las cosas por las que se preocupaba. Los seres humanos eran capaces de no conocerse unos a otros deliberadamente, cerrando a los demás fuera y aislándose de ellos; y ella no veía

aquello como una pérdida trágica, una amarga soledad. Lo veía como una necesidad, la única forma de concentrarse en su trabajo, de realizar algo.

Así que no será suficiente que extirpemos su miedo, aunque pudiéramos hacerlo al aire libre, allá donde esos humanos viven.

Entonces no hay esperanzas de cambiarlos. Podemos empezar a hacer nuestros preparativos para marcharnos, y dejar que se destruyan entre sí. No es culpa nuestra..., lo hubieran hecho igual finalmente, puesto que se niegan a pertenecer los unos a los otros.

No. No podemos desecharlos tan fácilmente. Todavía no hemos visto más que a unos cuantos de ellos. Al contrario que nosotros, sus memorias completamente separadas significan que cada persona es diferente de las demás; conocer a una o siquiera a un centenar no significa que las conozcamos a todas.

Tenemos tiempo. Podemos observar. Podemos ver lo que hacen, ver si hay alguna esperanza para ellos. Pero seguramente vamos a sentirnos decepcionados.

11 – Gente loca

Lindsey les dijo lo que había ocurrido, todo lo que había visto. Luego, cuando fue revelada la película, allí estaba en la foto, exactamente tal como ella había dicho. Lo había atrapado.

Desgraciadamente, parecía como un pequeño gusano de luz rodeado por una absoluta negrura.

Bud bromeó un poco al respecto, por supuesto.

—Una gran foto, Lins.

—¿Qué es lo que hiciste? —preguntó Chico—. ¿Dejaste caer tu luz de buceo?

Estaba demasiado lejos para verlo claramente..., ¿qué esperaban, un retrato con calidad de estudio, con un fondo hermosamente pintado? Adelante, burlos de mí. Sigo teniendo la foto.

—Vamos, muchachos, vamos. Ése es el pequeño, sólo el pequeño. Podéis ver cómo zigzaguea.

—Ajá —dijo Bud—. Sea lo que sea.

Quizá *no* se estuviera burlando. Quizá realmente no creía que hubiera visto algo.

—Te estoy *diciendo* lo que es. Pero tú, simplemente, no escuchas. Hay algo *ahí abajo*. Algo... además de nosotros.

Les miró a todos. Nadie la creía. No era que la estuvieran llamando mentirosa. O loca. Todavía no.

—¿Podrías ser... más específica? —preguntó Barbo.

Bud intentó responder..., con una broma, por supuesto.

—Es algo que culebrea.

Pero Lindsey no iba a permitir aquello. Bud *no* iba a *manejar* aquello a base de bromas. Era real, e iba a tener que enfrentarse con la realidad. No le dejó terminar lo que estaba diciendo:

—No *nosotros* —insistió—. No *humano*. ¿Lo entendéis? Algo no humano, pero inteligente.

Entonces se miraron entre sí. Hippy sonreía. ¿Porque le gustaba la idea? ¿O porque pensaba que ella estaba loca?

—Una inteligencia *no terrestre* —dijo Lindsey. Oh, a Hippy le *encantaba*.

—Una Inteligencia No Terrestre —dijo—. Una INT. Oh, muchachos, esto es mejor que los OVNIs. Aunque aquí deberíamos llamarlos OSNIs: Objetos Submarinos No Identificados.

Finalmente Barbo captó la idea.

—¿Te estás refiriendo a pequeños amigos del espacio aquí abajo?

—¡Demonios, sí! —exclamó Hippy—. ¡Los coches de carreras de los dioses! ¿Correcto, Lins? ¡No, no exactamente! Puede que *sean* INTs. La CIA sabe de ellos desde siempre. No paran de hacer abducciones: se llevan a la gente constantemente. Recuerdo una vez...

Cuanto más hablaba Hippy, más estúpido hacía que sonara todo.

—Hippy, hazme un favor —dijo Lindsey—. Ponte de mi lado.

Bud ya no estaba riendo. Apoyó una mano en el brazo de ella, la atrajo a su lado.

—Pasemos un momento a mi oficina, por favor.

Ella le siguió. Esperando que esto significara que iba a tomárselo en serio.

Así era. Inmediatamente, su rostro adquirió una expresión hosca.

—Jesús, Lins...

Ella no deseaba que le siguiera la corriente, o que le echara un sermón, o que la *manejara*. Deseaba simplemente que la *escuchara*.

—Bud, vamos, está ocurriendo algo realmente importante aquí.

Bud no lo aceptaba.

—Estoy intentando mantener esta situación bajo control, y no puedo permitir que ocasiones este tipo de histeria...

—¿Quién está histérico? ¡Nadie está histérico!

—Chissst —susurró él.

Tenía razón. Ella se *estaba* crispando. Él no iba a escucharla si no permanecía tranquila. Así que se obligó a inspirar profundamente, a relajarse un poco.

Cuando vio que ella estaba escuchando, Bud dijo:

—Todo lo que estoy diciendo es que, cuando cuelgas agarrado por las uñas, no puedes agitar los brazos hacia todos lados.

Lindsey sabía aquello. Sabía que Bud era el mejor en mantener a la gente tranquila, en conseguir que trabajara junta sin problemas. Pero esta vez, sólo esta vez, necesitaba dejar de sentirse responsable de crear la realidad de todos los demás y dejar que alguien cambiara la realidad *para él*.

—Mira, ¡*vi algo!* —dijo—. No voy a entrar de nuevo ahí y decir que no vi nada. Lo siento. Entiéndelo.

Él volvió la cabeza hacia un lado, luego volvió a mirarla directamente, con los ojos fruncidos, como hacía siempre cuando intentaba no ponerse furioso.

—Eres la mujer más testaruda que he conocido nunca.

Eso era cierto, y en aquel momento ella lo lamentó. Durante todo el tiempo que habían estado juntos ella se había mostrado testaruda sobre todo. Incluso sobre cosas que no tenían la menor importancia. Así que ahora, cuando se trataba de algo importante, él no creía que estuviera insistiendo en ello porque era absolutamente cierto. Creía que estaba insistiendo porque ella era Lindsey, porque siempre insistía en salirse con la suya en todo. Por primera vez se dio cuenta del precio que tenía que

pagar por estar dispuesta tan pocas veces a ceder. No sabía cómo hacerle ver a Bud la diferencia. Excepto admitir la verdad.

—Sí, lo soy —dijo—. Pero necesito que me creas en estos momentos.

Pudo verlo claramente reflejado en su rostro..., él nunca la había oído hablar así antes. Nunca la había oído decir que necesitaba *algo*. Deseaba creerla. Y ella sabía que no era fácil. Una mancha de luz en una fotografía..., ¿qué prueba era esto? Ninguna en absoluto..., a menos que él creyera lo que ella le decía acerca de dónde estaba enfocada la cámara cuando tomó la foto. A menos que él creyera que ella había visto realmente lo que decía que había visto, que había tocado aquella cosa, aquella criatura, aquella *persona*. Todo se reducía a si tenía fe en ella.

—Vamos —le dijo—. Vamos, mírame. ¿Me ves tensa? ¿Tengo síntomas de que me ha afectado la presión, sufro temblores, mi habla es confusa?

Él se lo pensó. Sonó casi derrotado cuando respondió:

—No.

—No —hizo eco ella—. Bud, soy yo, Lindsey. ¿De acuerdo? Me conoces mejor que cualquier otro en el mundo. —No sabía cómo decirlo de una forma más sencilla. Estaba *suplicando*. Y él lo sabía. La miraba con sus ojos suaves y preocupados, como muchas otras veces en el pasado cuando las cosas todavía iban bien entre ellos dos. Deseaba darle lo que ella pedía. Tenía que creer en ella—. Ahora mira mis labios. *Ví esas cosas*. Toqué una de ellas.

Pero eso no era todo, eso no era suficiente para explicar lo que significaba, lo que era.

—Y no era como cualquiera de esas resonantes latas de acero que nosotros podemos construir. Se deslizaba. Era la cosa más hermosa que jamás haya visto. Oh, Dios, me gustaría que hubieras estado allí.

Era la primera vez que se le ocurría que aquello era cierto. Le hubiera *gustado* realmente que él estuviera allí, y no sólo porque entonces la hubiera creído. Era porque sabía que él hubiera sentido las mismas cosas que ella. Le hubiera encantado, lo mismo que a ella.

—Era una máquina. Era una máquina, pero estaba viva. Como..., como una danza de luz. —Él lo hubiera comprendido todo si hubiera estado allí. Porque había momentos en los que ellos realmente veían las cosas como si fuera a través de unos solos ojos—. Por favor, tienes que creerme —dijo. Y quizás él lo estuviera haciendo. Excepto que de pronto ella se dio cuenta de que no era solamente lo que vio lo que deseaba que él creyera. Era lo que ella *sabía* al respecto. ¿Cómo sabía *ella* que la criatura era buena, que ella estaba a salvo a su lado, que no había ningún peligro? ¿Cómo podía estar tan segura de ello?—. No creo que quieran hacernos ningún daño. No sé cómo, pero lo sé.

Él frunció los ojos, desvió la mirada, giró la cabeza. Lindsey había ido demasiado

lejos en sus esperanzas de que creyera en sus conclusiones al mismo tiempo que en lo que había visto. Pero eran ciertas también. Igual de ciertas, y mucho más importantes.

—Es sólo una sensación —dijo. Lo había perdido.

—Jesús —dijo él. Se pellizcó el puente de la nariz. Ella sabía lo que significaba esto..., iba a decir que no. Iba a rechazarlo todo. Le dolió como si la estuvieran apuñalando—. ¿Se supone que debo confiar en una sensación? —dijo—. ¿Cómo puedo confiar en una sensación? ¿Crees que Barbo confiaría en una sensación?

Lindsey no comprendió su propia reacción. ¿Por qué me duele tanto que dude de mí? Si no fuera yo misma quien lo vi, tampoco me creería. Le estoy pidiendo que haga por mí algo que yo no creo que hiciera por nadie. Pero eso no cambia nada. Sólo porque yo no confiaría lo suficiente en otra persona como para hacer esto no significa que él no pueda hacerlo. Bud es una persona mejor. Siempre he sabido eso. Bud es mejor que cualquiera. Por eso, si él no me cree, nadie lo hará.

—Todos vemos lo que deseamos ver —dijo ella—. Coffey busca y ve rusos, ve odio y miedo. Tú tienes que mirar con unos ojos mejores que éstos. —Le sonrió. Intentó poner toda su necesidad, todos sus sentimientos, allá en su rostro, en su voz, para que él pudiera verlos, para que él pudiera *saber*. Intentó mostrárselo todo. Y él la comprendió. Ella pudo verlo en su rostro. Él sabía cuánto necesitaba ella que aceptara aquello—. Por favor —suplicó Lindsey.

Bud no podía resistir el que ella le hablara así, le *mirara* así. Nunca se había mostrado tan abierta, tan vulnerable; él nunca la había amado más de lo que la amaba ahora, nunca había deseado más darle lo que ella deseaba. Pero, aunque pudiera cambiar sus propias creencias, ¿qué podía hacer al respecto? Tenía un equipo que dependía de él. Tenía que enfrentarse a Coffey. Si de pronto empezaba a creer en historias acerca de criaturas del espacio en la fosa Caimán, perdería su credibilidad ante todos. Perdería su habilidad de dirigirlos. Y eso significaba que no habría nadie para mantenerlos a todos juntos, mantenerlos a todos vivos y estables hasta que, de algún modo, vinieran a por ellos.

—No puedo, Lins —dijo.

Fue la peor cosa que jamás le hiciera a Lindsey. Ella lo había puesto todo sobre la mesa, y él acababa de barrerlo con un gesto de su brazo. Ella mantuvo su sonrisa, pero él supo que estaba herida. Nunca volvería a él de este modo, si la rechazaba ahora. Pero no podía poner en peligro todo lo demás por su amor hacia Lindsey.

—Lo siento —dijo—. No puedo, ahora.

Se volvió, abandonó la estancia, odiándose a sí mismo, pero sabiendo que había hecho lo correcto.

Ella se quedó de pie allí después de que él se fuera. Nunca se había sentido tan sola en su vida. No importaba si algún otro la creía..., Hippy, Barbo, Chico. ¿Qué importaba? Era la fe de Bud la que necesitaba. Y, puesto que no la tenía, no tenía

nada.

Coffey no se mostró sorprendido de lo que había visto Lindsey. Si un intruso había aparecido por allí una vez, era de esperar que volviera.

Por supuesto, las conclusiones a las que ella había llegado eran absurdas. Se alegró de ver que nadie más las tomaba tampoco en serio. La mujer era una buena ingeniero..., su apaño de los apoyos vitales de la *Deepcore* había sido rápido y concienzudo. Pero eso no significaba que fuera automáticamente un testigo digno de confianza. Se hallaba sometida a una fuerte tensión. Veía algo extraño. Tomaba una foto, y cuanto más la miraba Coffey, más se daba cuenta de que tenía que haber *algo* fuera de la *Deepcore*. Si ella hubiera tomado una foto de cualquiera de las fuentes de luz de la propia plataforma, entonces parte de la estructura hubiera aparecido en la imagen. Así que, cuando ella decía que había tomado la foto cuando el intruso se encaminaba a las profundidades del cañón, la creía.

Había algo ahí fuera. No había hecho ningún intento de comunicarse con ellos. En consecuencia, hasta que averiguara algo más, tenía que suponer que era ruso, y tenía que suponer que era hostil. Eso significaba que tendrían que funcionar bajo disciplina militar a partir de ahora. No más de aquella actitud lánguida y desganada que a Brigman tanto le gustaba. Estaba muy bien mientras se recuperaban del choque de la plataforma, cuando necesitaban restablecer la moral. Ahora tenían que estar vigilantes.

En vez de ello, estaban ajetreados montando mesas, instalando sábanas y almohadas, intentando convertir el comedor en un dormitorio razonable. Como si el dormir fuera lo más importante para ellos. Intentó explicarle aquello a Brigman, hacerle comprender lo que realmente necesitaban. Todo lo que Coffey deseaba era cooperación. Así que le dijo:

—Necesitamos organizar una vigilancia de veinticuatro horas con las cámaras exteriores. —Una Noche pasó por su lado, cargada con mantas—. ¿De cuántos hombres disponemos? Usted tiene seis, yo...

Barbo empujó una mesa al interior de la sala, avisando:

—Cuidado, que paso.

Era imposible concentrarse con todo aquello a su alrededor. Coffey se volvió al grupo y dijo en voz alta, utilizando su voz de dar órdenes:

—¡Todo el mundo, *alto!*

Todos se detuvieron. Todos le miraron.

Aguardó. Aguardó hasta que cambiaron de posición, dejaron lo que tenían entre manos, se mostraron dispuestos a escuchar y a seguir escuchando hasta que él terminara. Aguardó, en otras palabras, hasta que hubieron alcanzado el equivalente civil de la posición de firmes. No les gustó, pero lo hicieron.

—De acuerdo —dijo—. Quiero alguien las veinticuatro horas en el sonar y en las

cámaras exteriores. Si ese fantasma ruso vuelve, no creo que debamos estar durmiendo cuando lo haga.

Fue la mujer Brigman la que se resistió, por supuesto.

—Tranquilo, Coffey. ¡Esas cosas viven a cinco kilómetros y medio de profundidad, en el fondo de la fosa! Y créame, no hablan ruso.

Coffey sabía que nadie se tomaba las ideas de la mujer en serio..., excepto el chico con la rata, quizá. Pero el desdén en la voz de ella era dañino. Hacía que los otros pensarán que no debían tratarle a él con el respeto que era esencial para un oficial al mando. Era peligrosa, aunque estuviera loca.

Sin embargo, no era éste el momento de hacerla callar. La mejor manera de tratar su desdén era responderle con más desdén aún. La ignoró por completo, siguió asignando misiones como si ella no hubiera dicho nada. Se volvió hacia Una Noche.

—¿Todavía no ha terminado con las reparaciones del transmisor acústico?

—No. —Su voz sonó hosca.

Coffey sabía cómo tratar este tipo de cosas. Obligas a que la gente se sienta responsable, eso es lo que haces.

—¿Por qué no? —preguntó.

Ella se volvió lentamente, el rostro lleno de hostilidad.

—Me estaba haciendo la manicura.

Aquello era una insubordinación declarada, no como la mujer Brigman gimiendo *acerca de* los OVNIs. Tenía que enfrentarse al desafío con otro.

—Bien, pues términelas —dijo secamente Coffey. Nadie le contestaba nunca cuando hablaba de aquella manera.

—Bésame el culo —dijo Una Noche.

Coffey miró a los demás. Nadie parecía incómodo o deseoso de disculparse. Todos miraban fijamente a Coffey, lo cual significaba que estaban del lado de Una Noche en su desafío. En especial Barbo. Se consideraba un luchador. Si se desmadraba, podía ser peligroso. No era que Coffey temiera no poder controlarlo. Pero si la cosa llegaba realmente a los puños, entonces ya no sería un desafío. Sería un motín.

Aquello ya había ido lo bastante lejos. Coffey los miró a todos directamente a los ojos, uno por uno.

—De acuerdo —dijo—. Dejemos bien clara una cosa. Ustedes se hallan bajo mi autoridad, y cuando yo...

Barbo lo interrumpió adelantando una mano..., pero no era un gesto amenazador, todavía no. Su mano estaba abierta, como si quisiera apartar un peligro; no era un puño, no era un ataque. Barbo estaba tan asustado como beligerante..., parecía un animal acorralado. No tenía allá delante un matón de bar soltando unas cuantas bravatas..., Barbo sabía que Coffey estaba entrenado para matar, no para luchar. Pero

Coffey los estaba empujando más allá de donde todos querían ir. Asustados o no, tenían que detenerle. Se habían mostrado dispuestos a ayudar a la Marina con los ojos cerrados —a cambio de una triple paga—, pero ninguno se había alistado todavía.

—Mire, amigo —dijo Barbo—. No trabajamos para usted, no recibimos órdenes de usted, y no nos gusta usted. Además, su mamá lo viste de un modo raro.

Nadie rió ante el viejo insulto ritual. Palabras de pelea. Barbo estaba tirando de la cuerda. Animando a Coffey a que empujara más.

Hasta entonces, Bud se había contentado con dejar que Coffey hiciera su propio show. Ahora, sin embargo, resultaba claro que Coffey no estaba funcionando bien. Estaba sudoroso, tenso. ¿No se daba cuenta de que su mismo nerviosismo era una confesión de miedo? ¿Una invitación abierta a la rebelión? No te conviertes en el líder de un grupo de personas de mente independiente dejándoles ver lo mucho que temes su desobediencia.

—Hey, Barbo —dijo Bud—. *Barbo*.

Bud se volvió hacia él. Reluctante.

—¿Sí?

—¿Por qué no te haces cargo de la primera guardia del sonar, quieres? —Le miró fijamente, no como un desafío, como había hecho Coffey, sino de una forma que le decía: Necesito que lo hagas, por todos nosotros.

Barbo comprendió. Volvió a mirar a Coffey, como diciéndole: Lo haré por Bud, no por ti.

—De acuerdo —dijo en voz baja. Luego pasó junto a Coffey y se encaminó hacia el sonar.

—Chico —dijo Bud—, tú tomate un par de horas de sueño, luego sustituye a Barbo, ¿de acuerdo? Hippy, tú te encargarás de la vigilancia exterior. —Se fueron todos, evitando la mirada de Coffey. Eso fue más fácil cuando éste se volvió de espaldas, se apoyó contra un puntal.

Bud se dirigió hacia Una Noche. Puesto que Coffey la había acusado prácticamente de no hacer su trabajo, era la que estaba más furiosa, la menos fácil de calmar. Así que se sentó detrás de ella, cerca, como si estuvieran flirteando. Era una vieja broma entre ellos, flirtear un poco. Le recordaba a ella todos sus años de amistad. Que ella era alguien en quien él podía confiar.

—Una Noche, ¿me harás un favor y verás si puedes arreglar ese transmisor por mí? ¿De acuerdo?

Por Bud. Ella se tragó su orgullo por Bud.

—Dame un par de horas. —Fue una buena cosa que Coffey no viera su mirada cuando pasó por su lado y salió del comedor. Hubiera podido convertirlo en piedra.

Coffey aceptó aquello. Era humillante, hacía arder sus entrañas, pero lo aceptó porque era un soldado que cumpliría con su deber para con su país aunque su país

estuviera representado en aquella plataforma por un puñado de desleales, egoístas y amotinados cabezas de mierda.

Incluso con todo el oxígeno que había encontrado Lindsey, no podía contar con más de doce horas para cumplir con su misión. Y, con los civiles actuando de aquel modo, puede que aún tuviera menos tiempo. Estaba seguro de que no podía contar con ninguno de ellos para que le ayudaran, no ahora. Wilhite estaba muerto. Monk estaba tendido en una cama con una pierna rota, de modo que sólo era útil marginalmente. Eso significaba que sólo quedaban Schoenick y él para colocar la ojiva de combate en su lugar y volar el *Montana* fuera del reborde y abajo al abismo antes de que el fantasma ruso pudiera extraer más información de él.

Tan poco tiempo. Tenía la sensación como si alguien estuviera respirando en su nuca. Era preciso *apresurarse*.

Hippy estaba en la sala de control, conduciendo al Gran Tonto por fuera de la *Deepcore*. Oficialmente se suponía que estaba vigilando en busca del INT que había visto Lindsey. Pero qué demonios, ella dijo que era amistoso, ¿no? Si lo veía, se alegraría de ello, pero mientras tanto deseaba vigilar lo que realmente le asustaba: Coffey. Lo halló a través de la ventana de babor de la sala B de mantenimiento. Había una luz dentro, y maniobró cuidadosamente al Gran Tonto hasta que la cámara de vídeo del VOICR apuntó directamente a la ventana.

—Adelante, A.J. Firme ahí —murmuró Hippy—. Muévete a la izquierda. Así.

Tenía una imagen perfectamente clara. No podía ver los detalles, pero tampoco lo necesitaba. No necesitas un diploma en física nuclear para imaginar lo que era el cono plateado encima de la mesa. Estaba malditamente seguro de que no formaba parte del equipo de la *Deepcore*, lo cual significaba que era la cosa que habían traído del *Montana*. Tenía que ser una ojiva de combate nuclear. Y ahí estaba, abierta por su base, con Coffey metiéndole las manos directamente por el culo.

—Oh, hombre. Esto no está ocurriendo —murmuró Hippy—. Oh, vamos. Yo no estoy aquí.

Tenía que conseguir una foto de esto. Nadie creería que esos tipos fueran lo bastante estúpidos como para armar un arma nuclear directamente allí, en la *Deepcore*, no a menos que Hippy les mostrara la prueba. Se tendió hacia la videograbadora que siempre llevaba el Gran Tonto, metió la cinta dentro, pulsó Grabación.

—Oh, hombre. ¿Es real esto?

Bud sabía que Hippy estaba un poco paranoide, pero nunca lo había visto tan tremendamente asustado antes. O bien Hippy había saltado el límite, o estaba

ocurriendo algo realmente malo. En cualquier caso, Bud tenía que tomárselo en serio. Así que se sentó frente al monitor y observó la videocinta de Hippy. Uno de los SEALs estaba de espaldas a la ventana, bloqueando lo que fuera que había sobre la mesa. Bud examinó los bordes de la pantalla, intentando adivinar qué sala estaba mirando.

—Ésta es la sala de mantenimiento, ¿no?

—Sí, es la sala de mantenimiento. Mírame, estoy temblando, hombre.

De acuerdo, Hippy, ya me he dado cuenta.

Hippy apoyó la mano sobre el videoreproductor, como si pudiera estrujar de él la información correcta apretándolo con fuerza suficiente.

—De acuerdo, espera espera espera. Y aquí estáááá el MIRV.

Bud vio el cono. Oyó lo que decía Hippy. Simplemente, no quiso saltar a ninguna conclusión.

Hippy supo lo que significaba el silencio de Bud.

—Oh, vamos, hombre. ¿Qué otra cosa puede ser?

—¿Por qué traerlo aquí?

—Tiene que tener sentido antes de que crea en ello.

Hippy ya lo había imaginado todo, por supuesto.

—Tiene que tratarse de algún tipo de plan de emergencia para mantenerlo apartado de los rusos, ¿no? Mira mira mira, conectan una de las nucleares, utilizan algún tipo de detonador que deben haber traído consigo, luego vuelven a meterla en el submarino, y fríen toda la cosa, bam, todo a hacer puñetas.

Bud simplemente se quedó sentado allí, contemplando la pantalla, pensando.

Hippy le respondió, sin embargo, como si Bud estuviera discutiendo con él.

—Te digo, y no estoy siendo paranoide... —Vio algún tipo de movimiento por el raballo del ojo y miró hacia la puerta—. Hola, Lins —dijo.

Bud se volvió también, la vio de pie allí. ¿Cuánto tiempo llevaba en aquel lugar? Debía haber visto y oído lo suficiente como para saber lo que estaba ocurriendo..., o lo que Hippy *pensaba* que estaba ocurriendo. De otro modo no estaría allí haciendo preguntas, pidiendo saber.

Lindsey permaneció allí un largo momento, aguardando a que Bud dijera algo. Pero éste no pudo pensar en nada que decir. Así que ella se dio la vuelta y se fue, como si tuviera intención de ir a un lugar determinado y hacer algo determinado.

Si Hippy tenía razón, Coffey estaba haciendo algo realmente loco allá en la sala de mantenimiento. Ésta debía ser la Fase Dos que DeMarco había ordenado allá arriba cuando informaron de la primera vez que Lindsey había visto algo. Pero eso significaba también que la locura más grande que cualquiera podía hacer era intentar enfrentarse a Coffey respecto a ello.

Bud se levantó y la siguió corredor abajo.

—¡Lins! ¡Espera un momento!

—Mira, maldita sea, si tú no piensas hacer nada respecto a esto, lo haré yo.

—Lindsey, haremos algo respecto a esto, pero aguarda un segundo.

Ella estaba junto a la puerta. Miró por la ventanilla, al tiempo que intentaba hacer girar la rueda. Estaba trabada por dentro.

—¡Hola! —gritó. Un desafío, no un saludo. Golpeó la puerta con la palma de la mano.

—¡Lindsey! —dijo Bud.

Ella no se detuvo. Tomó un extintor de la pared y empezó a golpear la puerta con él.

—¿Qué?

—¿Quieres parar esto y pensar en ello aunque sólo sea un segundo?

—¿Para qué? —Siguió golpeando.

La puerta se abrió.

Schoenick retrocedió un par de pasos cuando Lindsey entró. Coffey estaba de pie frente a la mesa, con una manta por encima de la ojiva de combate. Lindsey se dirigió directamente a la mesa. Coffey se echó ligeramente a un lado, pero por la forma en que ella estaba actuando pudo decir que ya sabía lo que había allí. Así que cuando ella adelantó una mano para tirar de la manta no le rompió el brazo. Dejó que lo hiciera.

¿Qué importaba ahora si ella veía cuál era el aspecto de un MIRV? Además, Brigman estaba con ella. Coffey tenía que averiguar primero si estaba con aquella mujer o si todavía seguía mostrándose razonable. Si no, si las cosas iban demasiado lejos, estaba preparado.

La mujer Brigman estaba llena de ultraje moral.

—Tiene usted *huevos* trayendo esta cosa a mi plataforma. ¿Con todo lo que está pasando ahí arriba en el mundo, no se le ocurre otra cosa que traer un arma nuclear *aquí dentro*?

¿Y qué?, pensó Coffey. ¿Acaso tu pequeña plataforma es un sagrado templo de la paz? ¿Qué crees que te ha mantenido libre y segura para poder construir tus pequeños juguetes submarinos, señora Brigman? Han sido las armas como la que llevo yo al costado, han sido los hombres como yo. Así que adelante, muéstrate farisaica acerca de que esto es demasiado sucio y vil para traerlo al interior de tu plataforma. Durante toda tu vida has estado gastando la libertad que esta sucia arma te ha proporcionado.

Pero no dijo nada. Que ella misma se debilitara con su habla.

Lindsey se volvió hacia los demás: Brigman, el chico con la rata, incluso Schoenick. ¿Acaso no sabía que Schoenick era leal hasta la médula? No iba a encontrar ningún apoyo en él.

—¿No os choca esto como algo particularmente psicótico? ¿O soy sólo yo? —

preguntó Lindsey.

Coffey seguía aún perfectamente controlado. Como siempre. Se dirigió a ella con voz tranquila, razonable.

—Señora Brigman, no necesita usted saber los detalles de nuestra operación. Es mejor para usted que no los sepa.

Como respuesta, ella se volvió más irrazonable aún, su voz creció en tono y volumen.

—Tiene usted razón. No lo necesito. ¡Lo que necesito saber es *que esa cosa está fuera ahora mismo de esta plataforma!* ¿Me ha entendido, señor Roger Ramjet? —Al final de la frase estaba gritando.

Como si realmente creyera que aquello iba a impresionar a Coffey, iba a hacer que reconociese que ella tenía autoridad sobre él, iba a obligarle a desviarse de su misión.

—Se está convirtiendo usted en un serio problema para nuestro trabajo —dijo Coffey. Habló con un tono medido, cuidadoso—. Ahora, o da media vuelta y sale inmediatamente de aquí, o tendré que hacer que la escolten fuera.

Ella agitó la cabeza y rió, furiosa.

—No voy a dar media vuelta y salir de aquí. —Empezó a gritar de nuevo—. ¿Con quién demonios cree que está hablando?

Coffey hizo una seña con la cabeza a Schoenick, que estaba de pie detrás de ella. Schoenick avanzó rápidamente y la rodeó por la cintura, sujetando sus brazos contra su cuerpo. Ella empezó a debatirse, chillando, luchando por liberarse. Coffey no estaba preocupado por ella. Era Brigman quien le preocupaba. Si se ponía macho para proteger a su mujer, alguien iba a morir allí mismo.

Bud se volvió bruscamente y pulsó el botón de alarma contra incendios en la pared junto a la puerta. Sonó de forma estridente mientras Bud apretaba el botón del intercomunicador y decía:

—*¡Emergencia!* Sala de mantenimiento B. *¡Emergencia!*

Hippy salió a escape al corredor, gritándole al resto del equipo.

—*¡Rápido!* ¡Venid! ¡Tenemos problemas! ¡Ahora! ¡Rápido!

Coffey captó la situación e intentó decidir qué hacer. El resto del equipo de la plataforma estaba bajando a toda prisa por las escalerillas, avanzando por los corredores. Pero hasta ahora Brigman no había hecho ningún movimiento agresivo. Brigman estaba claramente furioso. Observaba a Coffey, sin apartar ni un momento los ojos de él. Ni siquiera se molestaba en mirar a Lindsey mientras ésta se debatía para liberarse de la presa de Schoenick. El hombre era listo. Sabía que hasta que Coffey no diera la orden, no había ninguna forma de que Schoenick soltara a la mujer. Y mientras Brigman no perdiera la cabeza, Coffey no podía tomar ninguna acción definitiva.

Barbo, Hippy, Una Noche, Chico..., todos se apiñaron junto a la puerta. Hubieran cargado al interior de la sala, lo hubieran estropeado todo, pero Brigman los detuvo.

—Está bien, está bien, está bien, está *bien*. —Se detuvieron. Aguardaron.

Lo mismo hizo Coffey.

Por primera vez, Bud se volvió y se dirigió a Schoenick.

—De acuerdo, suéltela. Ya. —Schoenick no reaccionó de ninguna manera. Bud alzó la voz—. ¡Hágalo! ¡Ahora!

Coffey tenía que decidir. Brigman estaba empezando a perder la calma. Si era real o sólo una pose no importaba. Lo que importaba era esto: la misión de Coffey. La Fase Dos. La ojiva de combate detrás de él. No sujetar a aquella zorra Brigman. Así que Coffey dio suavemente la orden a Schoenick:

—Suéltala.

Instantáneamente, Schoenick la soltó. Ella se apartó rápidamente de él, retrocedió hasta donde estaba Bud frente a sus hombres. Solidaridad.

Bud la miró para asegurarse de que estaba bien. Luego volvió a mirar a Coffey.

—Ésa es la cosa más juiciosa que haya hecho nunca —dijo.

Quizá, murmuró Coffey en silencio. Veamos lo que haces *tú* a continuación. Veamos si *tú* eres juicioso.

La mujer Brigman creía que aún formaba parte de la batalla. Siguió allá donde la había dejado. Gritando.

—¡Coffey, es usted un hijo de puta!

Pero esta vez Bud no estaba a su lado.

—¡*Lindsey!* — gritó. Luego, con voz más suave—: Cállate. —Aquello pareció sobresaltarla, hacerle comprender que aquél no era un problema que ella pudiera resolver chillando más fuerte o maldiciendo más. No tenía autoridad allí. Guardó silencio.

—¿Cuál es el problema? —quiso saber Barbo.

Ahí lo tienes, luchador, tipo duro. Métete hasta las corvas, prueba que eres macho. Coffey observó a Brigman, para ver qué hacía.

—Nada —dijo Brigman—. Sólo nos íbamos. —Se volvió hacia Lindsey—. ¿No es así?

Aquello era lo que Coffey esperaba. Brigman sabía lo que había en juego allí. Sabía que Coffey nunca iba a ceder. Sabía que, si las cosas iban un milímetro más allá, alguien iba a morir. La mujer Brigman se había pasado de la raya viniendo aquí, metiendo las narices en actividades de alto secreto.

El equipo retrocedió a través de la compuerta. Bud se detuvo unos instantes en el umbral, sin apartar ni un momento los ojos de Coffey, sin volverle la espalda hasta que todos los suyos excepto Barbo estuvieron seguros fuera. Entonces cruzó la compuerta, dejando que Barbo lanzara la última mirada, el gesto final de desafío.

Luego la compuerta se cerró. Coffey y Schoenick estaban solos de nuevo.

Coffey sacó la pistola que había mantenido sujeta a su espalda, apoyó el cañón sobre la mesa. La confrontación no había ido a mayores, pero en cualquier caso Coffey hubiera estado preparado. Hubiera tenido que matar a Brigman primero, luego a Barbo. Eso hubiera detenido a los demás, les hubiera hecho recapacitar la situación. Y la mujer Brigman. Hubiera tenido que matarla también, porque ninguna otra cosa la hubiera detenido.

—No los necesitamos —dijo Coffey a Schoenick—. No podemos confiar *en ellos*. Tenemos que tomar medidas. Vamos a tener que tomar medidas.

En el corredor, Bud supo que tenía que hablar seriamente con Lindsey, en aquel mismo momento. Una cosa era lo que ocurría durante los días en que estaban construyendo la plataforma y entrenando al equipo. Entonces todo lo que hacía era ofender a los tipos con corbata, a los miembros del equipo, a la gente civilizada. Bud siempre había tenido tiempo de intervenir antes de que las cosas fueran a mayores, de apaciguar un poco la situación. No había mucho en juego.

Pero Lindsey no poseía el suficiente sentido común como para saber que Coffey era un tipo distinto de persona. Y no era sólo porque fuera militar. Bud lo había estado observando allá en la sala de mantenimiento. La forma en que Coffey sudaba. La forma en que sus ojos no dejaban de mirar de soslayo, como si no pudiera mirar nada directamente.

—Lins, quiero que te mantengas lejos de ese tipo. Y lo digo en serio.

Hippy también lo había visto.

—Sí —confirmó—. El tipo está loco. ¿Viste sus manos?

Lindsey captó finalmente el cuadro.

—¿Qué, queréis decir que ha pillado el SNAP? —Le resultaba increíble que no se hubiera dado cuenta de ello. Si Coffey hubiera sido una máquina, a la fracción de segundo hubiera visto que algo funcionaba mal, que era peligrosa. Pero debido a que era una persona, podía llevar los signos del SNAP brillando con luces de neón en su frente y no verlos nunca. Así que Bud había tenido que explicárselo, claramente, a fin de que no pudiera equivocarse. Quizás esta vez, después de que Schoenick la hubiera sacudido un poco, quizás esta vez captara el mensaje.

—Mira, el tipo está operando por su cuenta. Se ha visto cortado de su cadena de mando. Está mostrando signos de psicosis inducida por la presión. Y tiene un arma nuclear. Así que, como un favor personal hacia mí, ¿quieres poner tu lengua en neutral por un tiempo?

Hippy aportó su opinión.

—Puedo decírtelo, le doy a todo este asunto un factor de esfínter de unos nueve coma cinco. —Nunca había sonado tan excitado en todo el tiempo que Bud lo conocía. Finalmente se dio cuenta. Hippy no era paranoide porque fuera paranoide.

En realidad *adoraba* estar asustado. Era por eso por lo que siempre estaba buscando razones para asustarse.

Sólo ahora que la cosa había acabado se dio cuenta Lindsey de lo que había ocurrido exactamente. Había descubierto lo de la ojiva de combate, era como descubrir que había alguna malfunción en el sistema eléctrico. Al segundo siguiente de darte cuenta, ibas a arreglarlo. Pero esto no era tan simple. No disponía de un diagrama de cableado de la gente. Pero Virgil sí. Se lo había advertido, prácticamente le había suplicado que no se metiera en ello. Pero ella no había escuchado. No había *confiado* en su mejor juicio.

¿Por qué debía sentirse mal al respecto? No era más que lo mismo que él le había hecho a ella, no creyéndola respecto a los INTs.

Excepto que él la había llevado a un lugar privado para hablar con ella. Mientras que *ella* se burló *de él* delante de todo el mundo. No sólo esta vez, sino siempre. Él le decía: Hazlo así, irá mejor. Y entonces ella hacía lo opuesto, porque, ¿cómo se atrevía *él* a decirle a ella lo que debía hacer?

Yo te lo explicaré esta vez, se dijo Lindsey a sí misma. Porque él tenía *razón*. Las cosas hubieran ido mucho mejor si simplemente me hubiera detenido cuando él me lo dijo. Si me lo hubiera pensado unos minutos. Si hubiera imaginado algo inteligente que hacer. Si alguien actuara en mi plataforma de la misma forma impetuosa y arrogante que actúo yo con la gente de Bud, lo echaría a patadas de la plataforma, desearía matarlo.

Una vez que no me apoya, una vez que no me cree, y me siento tan traicionada que desearía morirme. Yo se lo he hecho a él una docena de veces, un centenar de veces en los años que hemos estado juntos. ¿Cómo se siente él? ¿Por qué demonios me amó alguna vez?

Y entonces, justo en el momento en que estaba a punto de comprender realmente lo que deseaba Bud, las emociones dentro de ella fueron tan fuertes que no pudo manejarlas. No supo qué *hacer* con sentimientos como aquellos.

Así que se detuvo. Justo al borde de perder su autocontrol..., se detuvo. Dejó de sentir nada. Como todas las veces que sus compañeras de escuela la dejaban helada, como todas las veces que sus hermanas o su madre la atacaban. No tengo que enfrentarme a eso. No es nada para mí. Es estúpido sentirme emocional al respecto. Bud no iba a hacer nada con la ojiva de combate, así que tuve que hacerlo yo, es así de simple. Él siempre tan débil, tan conciliador. Bien, yo no soy así. Yo *actúo*. Por eso la cosa nunca ha funcionado entre nosotros, por eso nunca hubiera podido funcionar. Bud y yo somos dos personas completamente distintas, eso es todo. Al menos yo intenté hacer algo. Todo lo que *él* hizo cuando cogió las riendas ahí dentro fue ceder ante Coffey, ceder *completamente*. Virgil Brigman es un hombre débil.

¿Cuántas veces se había dicho eso a sí misma? Especialmente después de llenar

los papeles del divorcio. Cada vez que se daba cuenta de que él no estaba allí, cada vez que lo buscaba a su alrededor o pensaba en él, volvía a la letanía de razones por las que él simplemente no podía medirse con ella.

Esta vez, sin embargo, no hizo que se sintiera mejor. Sólo la hizo sentirse más amargada. ¿Hacia Bud? No. Sólo más amargada. ¿Qué eres tú, Lindsey?

No eres nada, eso es lo que eres.

Sólo que no deseaba creer eso. Se negaba a aceptarlo. *Bud* sabía que sí era algo. Después de todo lo que había ocurrido, después de todas las veces que ella le había pinchado con una palabra, después de todas las veces que lo había humillado frente a sus amigos, su equipo..., aún seguía amándola. Aún llevaba el anillo que ella le había dado. ¿Y eso qué significaba? Si ella no era nada, ¿por qué alguien como Bud Brigman sentiría aquello hacia ella?

Coffey se inclinó hacia la pared cónica que conducía a la ventana redonda de observación de la sala de mantenimiento. Su reflejo estaba al principio en la ventana, pero cuanto más se inclinaba hacia ella, más bloqueaba su sombra la luz, hasta que al final su reflejo desapareció y pudo ver más allá del cristal, al vacío del otro lado.

Había algo ahí fuera, un enemigo. Y ahora él estaba rodeado por enemigos allí dentro también. Originalmente había planeado plantar la ojiva de combate con el temporizador programado para varios días. Eso daría tiempo a que el *Explorer* regresara, enganchara un nuevo umbilical, lanzara un cable de arrastre y los sacara de allí. Podrían mantenerse vigilantes aquí hasta que regresara el *Explorer*, ahuyentar al intruso si intentaba volver. Luego, cuando los barcos hubieran eludido la tormenta, la Marina podría despejar la zona, mantenerla segura hasta que la ojiva de combate estallara.

Pero ahora ya no había tiempo para eso. No podía utilizar a ninguno de los civiles..., nunca cooperarían. Probablemente sabotearían la operación si tenían alguna posibilidad. La mujer Brigman seguro que lo haría, probablemente Una Noche también. Y Barbo era beligerante, en cualquier momento podía iniciar una pelea. Hippy estaba loco. Chico al borde de la histeria. Bud era su enemigo ahora. Todos eran peligrosos. Todos ellos.

Incluso yo.

Pegado a la burbuja acrílica a su lado había uno de aquellos muñecos Garfield agarrado al cristal con sus ventosas. La idea de alguien de una broma. Apretado allá contra la ventana, con las patas abiertas, desnudo, colgando. En cualquier segundo podía perder su presa y caer gritando al abismo. En cualquier segundo.

12 – Amigos y enemigos

Chico y Barbo estaban en la cocina. Barbo estaba comiendo algo antes de irse a dormir; Chico bebía una taza de café antes de entrar de guardia en el sonar. Puesto que el comedor era ahora a la vez el dormitorio, Monk permanecía tendido en una de las mesas de la cocina, tan envuelto en mantas que resultaba difícil apreciar una forma humana bajo ellas.

—Hace un maldito frío —dijo Barbo.

Chico asintió y dio un profundo sorbo a su café.

—Esto no se mantiene caliente el tiempo suficiente. —Su brazo también le dolía como el infierno, y deseaba tanto estar en casa que podía saborear la sensación. Chico había recuperado el control de sí mismo en las últimas horas, así que no sentía deseos de llorar constantemente, pero aún estaba asustado, aún imaginaba que probablemente iba a morir y nunca volver a ver a su familia. Era más seguro, sin embargo, quejarse del café.

Barbo canturreó algo, los ojos fijos en el aire. Chico conocía la canción pero no podía recordar cuál era. Entonces Barbo pronunció las palabras de la estrofa final:

—Jesús, salvador, condúceme.

Era un himno. Chico jamás hubiera imaginado que Barbo fuera del tipo religioso. No lo era, como demostró el propio Barbo con lo siguiente que dijo:

—Tal como lo veo, socio, si Dios me quisiera ahora yo estaría en mi casa en Houston.

—¿Cómo sabes que no podría haberte pasado algo peor en Houston, caso de estar allí? —preguntó Chico.

—Dime una cosa que pueda pasarme en Houston que sea peor que esto. Estoy a seiscientos treinta metros debajo del océano con un huracán encima de mi cabeza, aislado del mundo, nos quedan quizás otras diez horas de oxígeno, nuestra plataforma está hecha una pena y no podemos utilizar nuestra energía para movernos, tenemos a un miembro de nuestro grupo viendo OVNI's cada vez que está sola y un loco con una bomba atómica dando órdenes y viendo comunistas por todas partes. —Barbo dio otro mordisco a su bocadillo de galleta y mantequilla de cacahuete—. La única cosa peor que esto que podría pasarme sería que me rebanaras la polla y me metieras en una habitación llena de putas.

Chico se echó a reír. Lo mejor de Barbo, incluso cuando estaba irritado y cagado de miedo, era que podía hallar una forma de hacer que todo sonara divertido.

—El teniente Coffey es un buen hombre.

Chico miró a su alrededor, sorprendido. ¿Quién había dicho *aquello*? Monk. Había olvidado que estaba allí.

—Pensé que estaba dormido —dijo Chico.

—Hemos pasado auténticos infiernos con el teniente Coffey, un montón de veces. —Monk no sonaba irritado. Simplemente les estaba diciendo algo que ellos no sabían —. Siempre nos ha traído de vuelta. A todos nosotros.

—Bueno, no esta vez —dijo Barbo.

—Nunca había perdido a ningún hombre antes —murmuró Monk.

Chico no lo sabía. Eso explicaba en parte por qué Coffey se mostraba tan inquieto, tan trastornado.

—Bueno, ¿no es por eso para lo que pagan a los soldados? —preguntó Barbo. Estaba bromeando de nuevo, pero esta vez, pensó Chico, no era momento de bromas.

—No, señor —dijo Monk—. Es por eso por lo que los soldados reciben *honor*es.

Chico empezó a pensar entonces en lo que hacían los soldados, y en cómo no había pensando en *por qué* Coffey podía estar tan trastornado ahora, así que les contó una historia:

—Cuando mi padre estaba en la Marina, allá por el cuarenta y uno, su barco atracó en la Habana y él bajó a tierra de permiso con algunos compañeros. Eso fue antes de Castro. Bien, actuaron como marineros de permiso, emborrachándose y divirtiéndose lo suficiente como para matar a un hombre normal, y estaban cruzando el Parque Central de la Habana, y mi padre sintió deseos de mear. Hay allí esta estatua justo en el centro del parque, encima de un pedestal de piedra, como una pared, así que mi padre va, se la saca, y mea sobre la piedra. Y, mientras está haciendo eso, uno de los otros tipos imagina que es un escalador y empieza a trepar hasta arriba de la estatua y se sienta en su cabeza.

—¿Piensas llegar a alguna parte con esto, Chico? —preguntó Barbo.

—Oh, bueno, a vosotros no debe sonaros como gran cosa, ¿no? Sólo un puñado de marineros borrachos, ¿correcto?

—Correcto.

—Sólo que se trataba de la estatua de un tipo llamado Martí, y para los cubanos es como George Washington y Abraham Lincoln y Nathan Hale todos en uno para nosotros, y aquél es el templo más sagrado a su memoria. Quiero decir que, ¿qué ocurriría si un puñado de cubanos fueran al Lincoln Memorial y se subieran a él y se cagaran en su *regazo* y luego se limpiaran el culo con la bandera?

—Que estarían lamiéndolo todo con sus sucias lenguas en menos de diez segundos —dijo Barbo.

—Si la policía no llega a estar allí —dijo Chico—, la multitud en el parque hubieran cogido a mi padre y a los demás marineros y los hubieran hecho pedacitos. Pedacitos tan pequeños que las hormigas se los hubieran llevado antes de que pudieran recoger suficientes de ellos para llenar un ataúd. Eso es lo que siempre me contó mi padre. Se asustó más que nunca en su vida.

—¿Qué fue lo que le ocurrió?

—Allá por aquellos días el gobierno cubano estaba formado por un puñado de lameculos de los Estados Unidos, así que devolvieron a mi padre y a sus amigos a la flota. El pueblo cubano *odió* eso. Pedían sangre. Su honor había sido mancillado, dijo mi padre. Y eso es lo peor que puede pasarle a un cubano. Todavía se desafían a duelo, ¿sabes? De todos modos, hubo manifestaciones por las calles, y cuando el embajador de los Estados Unidos salió e intentó hablar con los manifestantes, apareció la policía y cargó contra la gente. Así que los únicos que resultaron castigados por el incidente fueron los propios cubanos.

—Apuesto a que tu padre recibió una bronca fenomenal —dijo Barbo.

—No le dijeron una maldita cosa al respecto. Si la Marina hubiera castigado a sus hombres, entonces quizá los cubanos hubieran olvidado el incidente, porque eso hubiera sido como decir: Nuestros chicos se comportaron mal, y lo sentimos. Pero cuando no ocurrió *nada*, fue como si los Estados Unidos estuvieran diciendo: Que os jodan a vosotros y al caballo. Mi padre siempre contaba esa historia. Cada vez que uno de nosotros, cuando chicos, nos metíamos en una pelea con alguien, mi padre decía: ¿Qué hiciste? Y cuando nosotros decíamos: No hice *nada*, repetía: ¿Qué hiciste? Y nosotros decíamos: Todo lo que hice fue esa cosa inofensiva. Y entonces él decía: ¿Y qué crees que pensaba de ella el otro chico? Y la mayor parte de las veces terminábamos diciendo: Debía pensar que yo era más rastrero que el culo de una rata. Y mi padre nos contaba de nuevo esa historia, y luego nos zurraba hasta que no podíamos sentarnos en varios días.

Barbo se echó a reír.

Monk no.

—Eres un filósofo, socio, y yo nunca lo he sabido —dijo Barbo.

—Sólo estoy diciendo que no sabemos lo que pretende Coffey con lo que está haciendo, y puedes estar seguro de que él no sabe lo que nosotros pretendemos con lo que *estamos* haciendo. Ya nadie comprende a nadie en este mundo.

La sonrisa de Barbo se borró y se inclinó hacia su compañero, con un aspecto más serio del que Chico le había visto nunca.

—Probablemente tengas *razón*, socio, pero te diré una cosa. En estos momentos Coffey está loco a causa del SNAP. Tiembla, está paranoide, y suda tanto que probablemente no necesite mear. Así que no estamos hablando aquí de un simple malentendido o de tipos que se emborrachan y se mean en el lugar equivocado. Estamos hablando de alguien que sabe cómo matar a la gente con sus manos desnudas y que piensa que el océano está lleno de rusos y que nosotros somos unos peligrosos simpatizantes comunistas y, encima de todo eso, tiene consigo una bomba que puede causar una marejada que haga pedazos la *Deepcore* contra las costas de Nebraska.

—No es un artefacto tan poderoso —dijo suavemente Monk.

—No me venga con ésas —respondió Barbo—. Si su teniente va a volarme el culo en pedazos, deseo pensar que es una bomba de primera clase la que lo haga, ¿de acuerdo? —Se volvió hacia Chico—. ¿Y sabes otra cosa? Ni siquiera voy a cepillarme los dientes después de comer. —Y con eso se dio la vuelta en la mesa, tiró de un par de mantas hasta su cuello, y se enroscó para echarse a dormir. Chico se dirigió hacia un montón de ropa que había sobre otra mesa y volvió con una almohada, que metió debajo de la cabeza de Barbo.

—Gracias, mamá —dijo Barbo.

—Procura no tener sueños sucios mientras duermes —dijo Chico. Recordó el ritual meter a sus chicos en la cama, y sintió las emociones prohibidas crecer de nuevo dentro de él. Mantente controlado, Chico. Lo que ocurra, ocurrirá. Lavó su taza y se encaminó hacia el sonar, para poder vigilar la aparición de posibles intrusos.

Lindsey no podía hacer nada acerca de Coffey, pero eso no significaba que no pudiera hacer nada en absoluto. Nadie más la creía acerca de los INTs. Excepto Coffey, y éste sólo la creía lo suficiente como para convencerse de que se trataba de un sumergible ruso. Y Hippy..., *él* sí la creía. La irritaba realmente el que, de toda la gente, él fuera el único, pero era alguien, ¿no? Podía ayudar.

Halló a Hippy ocupándose del mantenimiento del Gran Tonto. La cámara en el morro del Gran Tonto estaba conectada; de tanto en tanto Hippy le hacía efectuar una serie de movimientos de prueba. Ella le observó durante uno o dos minutos. Intentó pensar en alguna forma fácil de iniciar la conversación. ¿Cómo la empezaría Bud? Hey, Hippy, he estado pensando, ¿por qué no...?

¿Por qué demonios estoy intentando ser Bud? Soy yo, y si no les gusta, peor para ellos.

—Hippy —dijo—, no puedo quedarme simplemente sentada aquí en la *Deepcore* esperando a que alguno de ellos vuelva.

Él dejó de trabajar y la miró un instante. Entonces se dio cuenta de a qué se refería.

—¿Los INTs?

—Quiero ir allá abajo y ver si puedo *encontrarlos*.

Hippy la miró como si estuviera loca.

—No puede ir ahí abajo —dijo—. Es muy profundo.

—No yo —dijo ella. Palmeó el morro del VOCCR—. El Gran Tonto.

Él apoyó una mano protectora sobre su VOCCR.

—El Gran Tonto va unido a un cable de control. —Aquello era mala señal, que Hippy acariciara al Gran Tonto. Hippy pensaba que las máquinas con las que trabajaba eran gente. Amigos. No le gustaba que corrieran riesgos.

—¿Es necesario? —preguntó Lindsey—. Mira, puedes simplemente conectar su sistema de guía primario e indicarle allá donde quieres que vaya, y él irá, ¿no?

Hippy agitó las manos en el aire como si estuviera intentando apartar aquella idea de su alrededor.

—No, no. Eso es una mala idea, Lindsey. Una mala idea.

—¿Por qué, Hip? Oh, vamos. —Hippy siempre tenía razones por las cuales las cosas no iban a funcionar. Ésa era una de las cosas que lo hacían valioso. También era una de las cosas que volvían loca a Lindsey.

—Porque, *aunque* pudiera resistir la presión a esa profundidad, lo cual no creo que pueda..., sin el cable, ¿cómo sabrá lo que ocurre allá abajo? Simplemente llegaría allá como... *Por favor*.

Lindsey se había puesto a jugar con las palancas de control que había encima del banco de trabajo. No se dio cuenta de ello hasta que él le dijo que parara. Retiró la mano.

Hippy siguió:

—Llegaría allá como un estúpido. Lo que fuera tendría que pasar por delante de su cámara para que pudiéramos ver algo.

Tenía razón. Era una posibilidad remota. Pero era algo, ¿no?

—Lo sé, pero *podemos* tener suerte, ¿no? Deberíamos intentarlo.

—Creo que antes debería hablar con Bud acerca de esto.

—No, esto es entre tú y yo. Obtendremos pruebas, luego se lo diremos a los demás. Hippy, mira. Si podemos demostrarle a Coffey que no hay rusos ahí abajo, quizá relaje un poco las cosas.

Eso orientó a Hippy en una dirección distinta.

—Le diré una cosa, Lins: ese tipo me *asusta*. Más que ninguna otra cosa que hayamos encontrado aquí abajo. Es un maldito Robot Hombros Cuadrados Cabeza Cuadrada. —Sólo hablar de Coffey situó a Hippy del lado de Lindsey. Nada como tener un enemigo común para convertir a Hippy en tu leal amigo—. De acuerdo, deme un par de horas —dijo—. Veré lo que puedo hacer.

Coffey echó una mirada a la sala de control para ver si los civiles seguían todavía montando guardia. Así era, más o menos. Chico estaba allí en el sonar, con los auriculares puestos, y el equipo funcionaba correctamente. Lo único malo era que Chico estaba dormido, sujetándose su brazo roto como si tuviera miedo incluso en su sueño de que fuera a caérsele.

Coffey vagó unos instantes por la sala de control. Conectó los monitores. Aproximadamente la mitad de ellos no funcionaban..., los del lado inundado de la *Deepcore*. Los otros mostraban estancias vacías, o gente dormida. Excepto la cámara de observación de la bodega de inmersión. Hippy estaba allá abajo, trabajando en el VOICR, con una gran y dentada sonrisa de tiburón pintada en su rostro. El Gran Tonto. Y ahí entraba la mujer Brigman, de modo que Coffey se sentó y escuchó cada palabra que dijeron.

Robot Hombros Cuadrados Cabeza Cuadrada.

Coffey se negó a irritarse por ninguna de las alusiones personales. ¿El muchachito amante de las ratas cree que estoy loco? Estupendo. Pero el loco eres tú, amigo. Dejar que ella te convenza para que te unas a sus planes. Empiezas a dejar que una mujer te dé instrucciones acerca de lo que debes hacer en la vida, y nunca sabes dónde vas a acabar. Puede convertirte en algo que nunca habías deseado ser. Porque las mujeres no piensan en los hombres como personas. Finalmente me di cuenta de eso. Piensan en nosotros como en máquinas particularmente útiles. Tú y ese VOOCR, muchacho de la rata, sois lo mismo para ella, no puede decir dónde termina uno y empieza el otro. Observa a una mujer con una máquina, muchacho. Actuará de la misma forma que actúa contigo. Intentará hacer que la máquina haga lo que ella desea, y cuando no lo haga, le chillará, le dará la espalda y se echará a llorar, hará toda la misma mierda que haría contigo. Sólo que las máquinas son más listas que nosotros. Simplemente se quedan ahí y dejan que todo les pase por encima. Las máquinas no tienen que prestarles atención a las mujeres porque las máquinas no desean jodérselas. Y las máquinas no tienen madres. Así que al Gran Tonto le importa un pimiento si esta zorra se marcha de aquí y lo abandona y empieza a usar al Pequeño Tonto en su lugar. Una máquina no puede sentirse *traicionada*.

Coffey rompió bruscamente aquella línea de pensamiento. ¿Qué estoy haciendo, sentado aquí pensando en estupideces como éstas? Tengo una misión de la que ocuparme. Un vehículo enemigo en la zona. Un equipo de civiles hostiles en esta plataforma. De mi equipo sólo quedan Schoenick y Monk, un hombre y medio. Dios, perdí a Wilhite. Nunca había perdido a nadie antes. Las cosas se salieron fuera de control, completamente fuera de control, aquí abajo. Pero fue culpa mía. Y salí con el Fondoplano y la plataforma no pudo ser desenganchada y Wilhite murió. *Te equivocaste, Coffey*. No intentes engañarte. Te equivocaste. Pero era lo único que podía hacer aquí abajo. Actuar para el mejor beneficio de tu país, Coffey. Quizás hubieras debido renunciar al principio, cuando viste temblar tu mano. Sólo que, ¿acaso las cosas hubieran ocurrido de forma distinta? ¿Quién se hubiera hecho cargo? Cuando DeMarco dijo Fase Dos, ellos hubieran hecho lo mismo que yo hice porque ésa era la orden, dirigirse *inmediatamente* a un misil, retirar una ojiva de combate, llevarla a un lugar seguro y armarla. El mismo resultado. No fue culpa mía. Yo hice lo que se me dijo. ¿Por qué estoy todavía sentado aquí llorándome a mí mismo? Piensa en lo que está ocurriendo. Simplemente piensa en ello. Revisa la situación actual. Seguridades y probabilidades. ¿Cómo pueden cambiar las cosas con lo que le están haciendo al VOOCR? Lo están programando para ir abajo. Directamente abajo, a la fosa Caimán. Piensa en ello.

Las luces estaban apagadas. La pseudonoche que las criaturas de tierra firme con un reloj biológico de veinticuatro horas necesitaban. Barbo, Una Noche y Bud

estaban echados en otras tantas mesas en el comedor, envueltos en mantas. Monk estaba tendido en la cocina, cuidando de su pierna rota, a veces durmiendo, a veces no. El frío era intenso. El agua goteaba por todas partes, no de fugas, sino del vapor de agua que se condensaba en las paredes dentro de la *Deepcore*. Pero con los suficientes de ellos en el comedor y la enfermería en la puerta contigua, su calor corporal se mantenía un poco por encima de lo imposiblemente frío.

Lindsey estaba haciendo café. Había visto al entrar que Monk no estaba dormido. Así que, cuando el café estuvo hecho, sirvió dos tazas. Llevó una allá donde estaba tendido el hombre, sólo una cara entre un montón de mantas. Su mano emergió, cogió el café.

Cuando Lindsey se volvió, sintió la mano del hombre tocar su manga. Se volvió de nuevo hacia él.

—Gracias —dijo Monk. Ella le respondió con un movimiento de ojos, luego se alejó.

No era como el teniente Coffey. Quizás antes lo fuera, pero ahora ya no. Esa actitud dura y eficiente ya no estaba allí. Ese aire de inabordabilidad. Monk se había convertido de nuevo en una auténtica persona. Quizás eso se lo hubiera hecho el dolor, pero al menos recordaba cómo ser humano, cómo ser un muchacho de veintitantos años, aún no seguro de haber madurado, aún no seguro de lo que deseaba ser. Era una buena señal..., quizás hubiera también un ser humano oculto dentro de Coffey y Schoenick. Quizás eso significara que había un límite a su arrogancia. Una línea que no pudieran cruzar. Recordó a Schoenick sujetándola, lo impotente que se había sentido. No importaba cómo se debatiera, era como si él ni siquiera se diese cuenta. Le quedaba tanta fuerza no utilizada, que ella sabía que hubiera podido matarla simplemente así. Simplemente un golpe en un lado de su cabeza, y su cuello se partiría como si fuera un pretzel. Odiaba eso. Que alguien tuviera tanto poder sobre ella.

Se dirigió de la cocina al comedor. Bud estaba allí, roncando suavemente. Se sentó junto a la mesa donde él estaba durmiendo. La brisa de su movimiento debió molestarle un poco, o quizá fueron sus suaves pisadas, pero de cualquier modo su roncar disminuyó a un leve jadeo. Eso acostumbraba a pasar siempre cada vez que ella se iba a la cama tarde. Un rechazo sin palabras, como si le estuviera diciendo: Me has dejado aquí solo, ¿dónde estabas?

Le habló como acostumbraba a hacerlo en casa:

—Virgil, vuélvete de tu lado.

Bud gruñó, se volvió de su lado. Una respuesta automática. El esposo bien entrenado. Casi había olvidado aquello. Había tantas cosas que eran puro reflejo entre ellos. Puede que no se comprendieran el uno al otro, pero sabían cómo vivir juntos, cómo *estar* juntos. Llevaban un buen kilometraje en el matrimonio, más que la

mayoría de la gente en tan pocos años, porque habían estado juntos despiertos y dormidos, en el trabajo y en casa. Pero si el viejo coche ya no funciona, tienes que comprarte un coche nuevo, ¿no? No puedes aferrarte al viejo hasta que se te oxide en el patio delantero. Fuimos buenos juntos durante un tiempo, Virgil y yo, y luego ya no. Eso es todo. Es una lástima, sí, pero no es el fin del mundo.

A solas ahora en el sonar, Chico siguió durmiendo. Si creyera realmente que había algo ahí fuera, hubiera permanecido despierto, hubiera montado guardia. Pero era un escéptico, así que dormía. No oyó la interferencia que surgió en el sonar pasivo. No vio el casi imperceptible rastro que apareció en la pantalla del sonar activo.

Brotó del abismo, un simple tubo de agua dentro del agua. Normalmente el sonar no detectaba en absoluto a los constructores y los portadores, porque no hacían ningún ruido, y cuando el sonar transmitía las ondas de sonido de alta frecuencia, sus cuerpos absorbían la energía de las vibraciones del sonido dentro del agua, sin reflejar nada que el sonar pudiera recoger. Ahora, sin embargo, estaban intentando algo nuevo. En vez de probar de alcanzar a los seres humanos en el agua, intentaban alcanzarlos dentro de la *Deepcore* y observarlos, comunicarse con ellos si era posible. Eso significaba desarrollar una nueva estructura que pudiera medrar en un entorno gaseoso en vez de líquido. Eso significaba remodelar y unir varios portadores en un tubo flexible como un solo y grueso zarcillo. Dentro de este tubo, los constructores podían circular libremente. Tenían que encoger sus cuerpos a fin de encajar en él, del mismo modo que lo hacían cuando viajaban en un deslizador. Esto era peligroso..., no disponían de ninguna de sus protecciones naturales contra la relativamente baja presión tan cerca de la superficie. Fue por eso por lo que los constructores enviaron hacia arriba el tubo desde un deslizador muy abajo en el risco, a fin de que nunca tuvieran que aventurarse en aguas libres. El tubo les protegería, les permitiría llevar consigo el océano dentro del interior gaseoso de la *Deepcore*. Verían a los humanos tal como los humanos se veían unos a otros.

Puesto que el nuevo tubo tenía una capa exterior mucho más gruesa, los constructores no podían absorber energía de ningún tipo a través de él. Las ondas de sonido ya no eran absorbidas; los movimientos del tubo podían ser ahora detectados, débilmente, por el sonar activo de la *Deepcore*.

También significaba que, a medida que el tubo se alzaba del cañón, no había ninguna disminución en las luces dentro de la *Deepcore*. Los constructores sabían por la mente de Lindsey que no disponían de energía que malgastar, y que les quedaba poco oxígeno..., el riesgo de más muertes humanas era un asunto serio para ellos, ahora que sabían lo permanente y completa que era la muerte humana. No harían nada para incrementar el riesgo. Además, la disminución de la energía hacía que los humanos se mostraran más temerosos. Acercándose de aquel modo, dentro del

entorno gaseoso humano, sin ninguna acción perjudicial como el drenaje de energía, seguro que los humanos no les tendrían miedo. Entonces podrían iniciar las conversaciones.

En la bodega de inmersión, Hippy acababa de terminar las modificaciones en el Gran Tonto. Observó el morro del VOGR, con su ventana frontal en forma de burbuja como un único ojo, la sonrisa de tiburón pintada debajo de ella.

—Todo listo, chico grande —dijo. Y luego, severamente—: Te dije que borraras esa sonrisa de tu rostro. —Hippy bostezó, apagó las luces, abandonó la bodega de inmersión.

Tras él, la sonda de los constructores ascendió desde el agua al aire —la tetramezcla— que respiraban los humanos. La estructura se solidificó, se flexionó, se mantuvo firme. El resplandor de la vida dentro del tubo se reflejó desde el agua, haciendo que las sombras danzaran en techo y paredes. Rápidamente, firmemente, siguió a Hippy fuera de la bodega de inmersión, con el tubo creciendo por su extremo, el agua y la energía fluyendo a lo largo de él para proporcionar los materiales necesarios para su crecimiento, extrayéndolos del fondo del mar en el abismo. Era la primera vez que los constructores habían tenido que crear una estructura que pudiera moverse flexiblemente sobre superficies sólidas mientras era totalmente autónoma en fluidos y energía. Los deslizadores habían tenido que moverse a través del aire libre y el enorme vacío del espacio; nunca habían tenido que moverse a través de estrechos corredores. Así que su rígida y esqueletizada estructura no servía para nada. Afortunadamente, la atmósfera dentro de la *Deepcore* estaba presurizada para equilibrarse con el ambiente oceánico, así que la sonda no tuvo que enfrentarse a una seria presión diferencial. Toda la fuerza de la estructura fue empleada en mantenerla equilibrada en el aire, sin tocar nada innecesariamente, puesto que cada punto de fricción requería una energía y una atención mucho más grandes para sostener las paredes del tubo.

Funcionó espléndidamente. Se alzó fuera del agua, balanceándose con precisión mientras giraba y se extendía por encima de la cubierta de la bodega de inmersión, luego empujaba su creciente extremo a través de la compuerta y penetraba en los corredores de la *Deepcore*. Habían construido algo nuevo, y funcionaba; aunque no consiguieran nada con ello, aquello era algo que valía la pena compartir con otras colonias de constructores en otros mundos.

Pero tenía que salir *algo más* de aquello. Estaban tan cerca de conseguir hacerse comprender. Si los humanos eran capaces de contenerse un poco más, los constructores podrían explicárselo todo, a fin de que no se mataran los unos a los otros con ofensas que nadie pretendía llevar a cabo.

Hippy avanzó por el oscuro corredor. Llegó a los lavabos y entró. Tras él, la luz se reflejó en las paredes y la compuerta. El constructor que iba en cabeza llevó el

extremo de la sonda más allá de la puerta y se dirigió hacia las estancias donde los constructores fuera de la *Deepcore* le habían dicho que estaban reunidos la mayor parte de los humanos. Otro constructor permaneció detrás en el tubo y envió zarcillos a través de la puerta al interior del lavabo y empezó a sondear el cerebro de Hippy mientras éste permanecía sentado allí.

La sonda alcanzó la estancia donde dormía Monk. El constructor más cercano al extremo de la sonda envió zarcillos para examinarlo. Sufría dolor, pero los daños en su pierna eran sólo estructurales, y el cuerpo se estaba curando a sí mismo. El constructor no conocía lo suficiente la estructura del cuerpo humano como para mezclarse. Siguió adelante.

La sonda encontró a continuación a Lioso. Allá los zarcillos del constructor captaron una información más inquietante. El envenenamiento por oxígeno de Lioso había causado serios daños cerebrales. Muchas de las conexiones en su interior se habían roto, cambiando drásticamente la condición que existía cuando uno de los constructores sondeó su cerebro allá en el *Montana*. Pasó la información al constructor que estaba más cerca de él en el tubo. Inmediatamente el segundo constructor se puso a trabajar, reestructurando el cerebro al estado en el que estaba cuando fue sondeado antes. No llevaba todas aquellas memorias consigo, pero necesitó sólo unos breves momentos para que las preguntas fueran transmitidas a lo largo del tubo hasta el deslizador que aguardaba bajo el borde del risco. Las preguntas fueron enviadas por mensajero a la ciudad. Unos momentos más tarde regresó un mensajero con la memoria exacta y perfecta de cómo era el cerebro de Lioso antes del accidente. El segundo constructor envió sus propios zarcillos e inició el trabajo de reconstrucción. Puesto que era un trabajo delicado, que requería mucha inteligencia sobre el terreno, pasó una significativa porción de sí mismo a lo largo de los zarcillos, de modo que durante unos breves momentos moró en la cabeza de Lioso, supervisando el trabajo a fin de poder tomar decisiones instantáneas sobre una docena de aspectos a la vez.

Mientras tanto, el que iba en cabeza siguió presionando, confiando en que el trabajo de deshacer el daño que habían causado seguiría su curso tras él. El extremo de la sonda llegó al comedor, donde Bud, Una Noche y Barbo estaban dormidos sobre otras tantas mesas, y Lindsey cabeceaba en una silla. El constructor la reconoció por su olor..., los pequeños copos de piel que todo humano libera al aire, con cada copo conteniendo incontables moléculas que retienen perfectamente su identidad. Inmediatamente el constructor lanzó zarcillos hacia Lindsey y hacia todos los demás que dormían en la estancia. Puesto que tenían que tenderse cruzando una amplia zona de gas, sin el sostén del agua, los zarcillos eran más gruesos que antes..., docenas de moléculas de diámetro. Pero para los ojos humanos seguían siendo totalmente invisibles. Entraron en todos los durmientes a través de las fosas nasales,

los oídos, los ojos, y sondearon rápidamente sus cerebros. Era una costumbre ahora, aunque hacía muy poco que habían explorado un cerebro humano por primera vez. Al cabo de unos momentos, las memorias fueron transferidas a lo largo del tubo a los constructores que aguardaban en la parte de arriba del cañón, y éstos a su vez las transportaron a la ciudad en las profundidades del abismo. Inmediatamente la ciudad empezó a analizarlas. Pronto sabrían lo que había estado ocurriendo en la *Deepcore* desde distintas perspectivas. Pero no lo bastante pronto.

Lindsey se agitó. Los otros no sintieron nada y siguieron dormidos, pero Lindsey había sido tocada antes, y notó la oleada de nuevos pensamientos dentro de su mente, no como un sueño, sino como un suceso. Abrió los ojos y lo vio de inmediato, un vítreo tubo de agua suspendido en el aire, penetrando en la estancia por la puerta.

—Bud —susurró, temeroso de alarmarlo, pero decidida a que esta vez no fuera ella sola la única testigo—. Bud. Bud, despierta.

Él empezó a despertar. Lindsey sintió un terrible temor a que mirara y no viera nada, a que realmente ella se estuviera volviendo loca. Entonces los ojos del hombre se abrieron mucho, su cuerpo se envaró, se alzó de la cama como un lagarto despertando. Sí, él también lo vio.

Una Noche oyó los susurros, captó el movimiento, despertó también. Cuando vio el tubo, intentó reflexivamente echarse hacia atrás. Pero no había ningún lugar donde ir.

Bud oyó también movimiento en la cocina, donde Monk debía haberse despertado. Eso dejaba sólo a Barbo dormido.

—¡Barbo! —llamó. Le arrojó una almohada—. ¡Barbo!

Barbo despertó malhumorado, deseoso de volver a dormirse. Echó a un lado la almohada que le habían arrojado, se encasquetó la gorra sobre los ojos. Luego se dio cuenta de lo que habían entrevisto sus adormilados ojos. Se enderezó de golpe, agarró el primer objeto pesado que le vino a mano: una maceta con una planta en el alféizar de la ventana. La alzó como si fuera un arma. Estaba dispuesto a presentar batalla.

El constructor que había lanzado la sonda captó el miedo en ellos, pero esta vez no se retiró. La ciudad había decidido que un poco de miedo era tan natural en los humanos que privarlos de él por completo los deformaría. El único mensaje que envió directamente a sus cerebros fue una sensación de vacilación, un deseo de aguardar y vigilar. Puesto que este deseo se hallaba ya presente en ellos, era sólo asunto de reforzar lo que ya estaba allí. Sólo Lindsey observaba sin ningún miedo en absoluto.

Así que el constructor decidió iniciar su intento de comunicación abierta con ella. Puesto que los humanos no comprendían que se les estaba hablando cuando eran colocados directamente pensamientos en sus mentes, tenían que intentar otra forma. El lenguaje les resultaba todavía algo demasiado extraño y difícil para intentarlo con

confianza. Pero, puesto que ellos también podían captar la voz, habían pensado que un mensaje visual tal vez funcionara. Así que la sonda se retorció y se lanzó hacia delante hasta que flotó en el aire frente al rostro de Lindsey.

Esto la sobresaltó, y ahora sí tuvo miedo, por un instante.

—Bud... —dijo. Pero entonces la sonda vaciló en el aire, con su extremo a medio metro de ella—. No, está bien, está bien —dijo. Apoyó una mano tranquilizadora en él.

Él obedeció, porque ahora confiaba plenamente en ella. Era ella la que había demostrado tener razón. Si ella decía que todo estaba bien, entonces era que todo estaba bien.

—Creo que le gustas —le dijo.

El constructor sintió que la ansiedad de Bud disminuía junto con la de Lindsey. Se sorprendió ante aquello. Todo lo que ella había hecho había sido tocarle y decir unas cuantas palabras, y sin embargo el cerebro del hombre se llenó de calma, como si ella hubiera puesto el pensamiento directamente en su cabeza. Esto era una sorpresa. No habían creído que los humanos fueran capaces de algo así. ¿Cómo lo había hecho, sin ninguna conexión física, cerebro a cerebro?

No había tiempo para explorar aquello..., que la ciudad se encargara de analizarlo cuando le llegaran las memorias. El constructor inició la tarea asignada. Cuidadosamente, formó el creciente extremo de la sonda en una imagen como en un espejo del rostro de Lindsey. No perfecta..., los pliegues y arrugas se veían suavizados debido al material del que estaba hecha la sonda, y el pelo ni siquiera era intentado. Pero era su rostro, inconfundiblemente. El constructor sondeó sus pensamientos para ver lo que hacía ella ante aquello.

Mi rostro, pensó Lindsey. Lo cual significa que ellos me conocen, o desean conocerme. Quieren que me vea a mí misma tal como ellos me ven. O *quizá* deseen ver como si fuera a través de mis ojos, para comprender qué aspecto tienen las cosas para mí.

Sonrió.

La imagen le devolvió su sonrisa.

Desean tener mi rostro, *ser yo*.

—Está intentando comunicarse —dijo. Y, mientras lo decía, el constructor llenó su mente con una sensación de seguridad. Sí. Eso es.

Pero era más fácil con ella, porque ella ya había recibido mucha comunicación de los constructores. Ahora el hombre que estaba a su lado, el hombre que ocupaba un lugar tan preponderante en las memorias recientes de ella.

Bud vio su propio rostro tomar forma en el extremo de la sonda del INT. Lindsey se echó a reír.

—¡Es maravilloso! —dijo.

Él no pudo evitar sentirse regocijado. Incluso Barbo y Una Noche estaban riendo..., nerviosamente, pero riendo.

—Soy yo —dijo Bud.

Ya sin miedo ahora, Lindsey recordó haber tocado el gran cuerpo que tanto se había acercado a ella la otra vez. Así que adelantó una mano para tocar la sonda.

—No, no, no —la advirtió Bud.

—Tranquilo —dijo ella. Confía en mí—. Todo está bien.

Él confió en ella. Lindsey adelantó la mano, apretó un dedo contra la sonda. Era fría pero no demasiado fría, y cedió fácilmente, como si hubiera hundido su dedo en un charco de agua. En absoluto como la dura pero carente de fricción superficie del grande de ahí fuera. Se llevó el dedo a la boca, lo probó.

—Agua de mar —dijo.

Pero el constructor se sintió decepcionado. Aquellos humanos no poseían un lenguaje visual más allá de unos pocos conceptos vagos. Todo era habla..., incluso su escritura era una visualización del habla. Tendrían que hallar otra forma.

Sin embargo, tenía que existir aún *alguna* comunicación. Así que el constructor examinó rápidamente las preguntas inmediatas en sus mentes, y reordenó éstas para que recibieran las respuestas que deseaban. Luego retrocedió, retirándose de la habitación. En su camino hacia fuera, pasó cerca de Monk, adelantó unos zarcillos hacia su mente. Captó de inmediato que era distinto, que sabía cosas que el resto de ellos no conocían. Por un lado, sabía cómo matar, y lo había hecho más de una vez. Pero era algo complicado, sorprendente..., no hallaba placer en ello, no se sentía orgulloso de ello.

Monk también sabía acerca de la ojiva de combate que había sido traída a bordo de la *Deeptime*; y, aunque el constructor detectó que él no la usaría, supo a través de él que la ojiva de combate había sido armada. Lejos de desmantelar sus armas, los humanos se estaban preparando para usarlas.

Ordenó a la sonda que avanzara rápidamente por el corredor hasta el lugar donde la mente de Monk le había dicho que estaba oculta la ojiva de combate. La ciudad tenía que saber lo que estaba ocurriendo con ella, lo que pensaban hacer con ella, cómo funcionaba. Con Bud y Lindsey, Barbo y Una Noche corriendo tras él, llevó la sonda escalerilla abajo hasta la sala de mantenimiento donde se guardaba la ojiva.

Sus zarcillos examinaron el arma. Aún estaba viva; la maquinaria estaba dispuesta para que pudiera estallar. ¿Por qué se estaban preparando los humanos para hacer esto? Si los constructores pudieran comprenderlo, entonces quizá pudieran abrir la llave que conducía a toda la locura que habían visto, quizá pudieran comprender la humanidad y hallar una forma de sobrevivir en el mismo planeta con ella. Sondeó de nuevo las mentes de las personas que lo observaban, pero ninguno de ellos sabía. De hecho, ellos también tenían miedo del arma; la odiaban casi tanto como los

constructores..., incluso Monk sentía así.

Entonces, ¿por qué la toleraban? Por miedo a Coffey. Por un sentimiento de deber y responsabilidad hacia su nación. Por la maravilla ante el poder de aquella cosa. Por la reluctancia a tomar la responsabilidad de actuar contra ella. En la mente de Lindsey, un recuerdo de ser retenida por Schoenick, impotente, incapaz de moverse, algo tan terrible para ella como asfixiarse. Muchas razones en muchas combinaciones.

Y, mientras el constructor mantenía el tubo cerca de la ojiva de combate, pudo captar también su miedo. Estaban aterrorizados de que él pudiera activar el arma, o de que se mostrara tan furioso con ellos por tenerla que decidiera tomar represalias. También había esperanza en algunas de sus mentes..., esperanza de que la desarmara, de que se la llevara lejos de ellos. Esos humanos..., ni siquiera confiaban en sí mismos.

Coffey y Schoenick estaban en la zona de vestuarios, hablando allá donde sabían que no podían ser oídos. Entonces oyeron la conmoción mientras los demás se movían con rapidez por un distante corredor. Ocurría algo, algo desconocido y por lo tanto peligroso. Coffey sospechó rebelión, amotinamiento; se preparó para actuar. Entonces vieron la sonda alzándose por el pozo lunar como un gigantesco tentáculo, cruzando la compuerta. Era increíble. Coffey dejó caer su arma, retrocedió ante la cosa. No podía luchar contra ella. Estoy loco, pensó. Mi cerebro se ha vuelto completamente loco y estoy viendo cosas que no pueden estar aquí.

Excepto que Schoenick lo veía también. Así que tenía que ser real. Y eso significaba que, fuera lo que fuese, estaba penetrando en la plataforma. Y eso era demasiado peligroso para tolerarlo. Sin embargo, nunca se había sentido tan asustado.

Aquél era un enemigo para el que no estaba preparado en absoluto. No había protocolo alguno para luchar con imposibles monstruos submarinos que podían introducir un brazo de medio metro de grueso en tu nave. No había armas especiales para ellos.

Pero Coffey se había enfrentado a situaciones inesperadas antes. Podía improvisar. ¿El tentáculo se metía por una compuerta? Veamos lo que ocurre si esa compuerta se cierra.

Se dirigió rápidamente hacia el botón que accionaba automáticamente la compuerta hermética. Lo pulsó. La compuerta empezó a cerrarse.

La compuerta necesitó sólo tres segundos para cerrarse. En aquel momento la sonda reconoció el peligro e informó a los constructores. Al instante dejaron lo que estaban haciendo y se retiraron por el tubo. Fue necesario menos de un segundo para que desaparecieran. Entonces, incluso los portadores que mantenían la sonda se retiraron, dejando tras ellos estructuras de agua que, sin una constante renovación, ya

se estaban colapsando. Cuando la compuerta se cerró, no había nada vivo en la sonda. Todos se habían marchado, con sus memorias intactas, y lo que chapoteó en las cubiertas de la *Deepcore* no fue más que agua de mar.

En la sala de mantenimiento, el equipo de la plataforma no tuvo ninguna advertencia de lo que estaba ocurriendo. El tentáculo estaba allí, con su punta flotando cerca de la ojiva de combate, y luego, de pronto, había desaparecido y el agua chapoteaba contra el suelo, salpicándoles. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué lo había matado?

Allá en la bodega de inmersión, el muñón de la sonda retrocedió de la compuerta. Por un momento pareció como si fuera a atacar a Coffey y Schoenick. Coffey dejó escapar un grito y alzó las manos para protegerse de la cosa. De hecho, el constructor dentro de la sonda estaba tendiéndose hacia ellos con sus zarcillos, efectuando una rápida exploración de sus dos cerebros. Halló un inexpresable terror en el de Coffey..., algo mucho peor de lo que Lioso había sentido. Éste es uno que ha intentado matarnos, pensó el constructor, y ahora teme nuestra represalia. Teme que lo arrastremos hasta la locura; si nos quedamos, le causaremos daño. Retiró su contacto con Coffey e hizo retroceder la sonda de vuelta al pozo lunar.

El muñón del tentáculo cayó de regreso al agua con un chapoteo. Coffey, jadeante, lo vio desaparecer. No me ha tocado, pensó. Supo quién era yo, me *vio*, pero no me ha tocado. Lo partí en dos y no me ha hecho ningún daño. Le vencimos. Se sintió igual que después de que el ladrillo de cemento golpeará la cabeza de Darrel Woodward. Cuando Darrel estaba tendido allí y Coffey se quedó unos instantes de pie junto a él, dándose cuenta de la magnitud de su acción. Sin una chispa de remordimiento, porque no había hecho otra cosa más que cumplir con su deber. Pero henchido con la sensación de su propia fuerza.

Sentado allí, jadeando aliviado, se dio cuenta de que la mujer Brigman había tenido razón. Aquello no eran los rusos..., no había ninguna maldita forma en que los rusos pudieran hacer algo así. Lo que resultaba increíble para él era que ella pensara que era *mejor* de esta forma. Estaba loca. Esta cosa era mucho más peligrosa que los rusos, hasta tal punto que apenas podía concebir todas las posibilidades. Al menos los rusos eran humanos, sometidos a las mismas limitaciones que él. Tenían que respirar, tenían que llevar consigo combustible, tenían *límites*. Pero esas cosas, fueran lo que fuesen, *pertenecían* aquí abajo.

Y, fueran lo que fuesen, poseían una tecnología más allá de todo lo creíble. También tenían acceso a las docenas de ojivas de combate en los misiles del submarino. Y nadie sabe nada de eso excepto nosotros. Podían salir del agua y hacer lo que quisieran, en cualquier momento que quisieran. Nosotros somos los únicos que sabemos de ellos, y *no podemos advertir a nadie*. Hay una doctrina militar al respecto. Algo..., no puedo recordar. La regla es siempre: Vuelve y da el aviso. No te

enfrentes a una inesperada fuerza superior sin órdenes, simplemente regresa e informa. Sólo que, ¿qué haces si no puedes informar, si no hay ninguna forma de transmitir el aviso?

Haces lo que puedes por neutralizar al enemigo. Te dejas eliminar en el esfuerzo si es necesario, pero neutralizas al enemigo y proteges a tus fuerzas principales del ataque por sorpresa.

Sólo que, ¿y si no puedo hacer nada por neutralizarlo? ¿Y si el enemigo es tan superior que todo lo que puedo hacer es enfrentarme a él y morir? No quiero morir para nada. Es pedir demasiado.

Quizá, sin embargo, sí haya algo que podamos hacer. Era más fácil hacer daño a la cosa de lo que parecía al principio. Se lo pensará dos veces antes de volver. Y, aunque todavía no sepamos mucho sobre ella, sabemos que puede ser dañada. Amputada. Rota. Y eso significa que *podemos* ganar. Quizá sólo haya una pequeña posibilidad de ello, pero si puedo imaginar exactamente la forma correcta de hacerlo, entonces puedo vencerla. Será el más peligroso, terrible enemigo al que ningún soldado haya tenido que enfrentarse nunca, pero puedo vencerla.

En el sonar, Chico despertó, sobresaltado. Fue el sonido del chapoteo del agua en los corredores lo que lo despertó, pero todo lo que pudo oír ahora fue el zumbido del sonar. Luchó por precisar la cosa que se alejaba rápidamente de la *Deepcore*, pero había desaparecido antes de que consiguiera nada.

Hippy salió del lavabo, sintiéndose mucho mejor pero aún dispuesto a dormir un poco. Si quedaba algún espacio libre donde poder tenderse. Cuando pisó el suelo, chapoteó en él. Bajó la mirada, vio un par de centímetros de agua por toda la longitud del corredor. ¿Qué demonios podía haberla causado? No había sonado ninguna alarma. No podía ser una filtración. Siguió el agua hasta encontrar a los demás que volvían de la sala de mantenimiento.

Unos minutos más tarde estaban todos reunidos en el comedor. Lindsey se sentía tan exuberante que apenas podía contenerse. Habían dudado de ella, pero ahora sabían. Coffey había estado tan *malditamente* seguro de que eran rusos, y ahora había quedado demostrado que estaba completamente equivocado. O quizá Coffey todavía no lo aceptara.

—Así que alzad la mano los que creáis que se trataba de un tentáculo de agua ruso. ¿Teniente? ¿No? Bien, hemos adelantado algo. Ha costado un poco, pero...

Bud la escuchaba. Tenía sus razones para exultar un poco, pero el aspecto de Coffey era completamente loco en estos momentos, y no era la mejor ocasión para pincharle. Sonrió y dijo:

—Hey, muchacha.

—¿Sí? —dijo ella. Dejó escapar una pequeña risa azarada. Sabía lo que él iba a decir antes de que lo hiciera. Estaba yendo demasiado lejos.

—¿Quieres impresionarte a ti misma? —dijo Bud. Lo dijo jovialmente, casi afectuosamente. Pero por un momento Lindsey sintió la misma oleada de irritación que siempre la invadía cuando él empezaba a *manejarla*. Pero esta vez se contuvo. Bud sabía cómo hacer funcionar todo aquello. Él era el mecánico a cargo. Se pellizcó el puente de la nariz, contuvo su lengua, lo *consiguió*. Fue malditamente difícil. Pero no se sintió tan mal como había pensado que se sentiría. De hecho, parecía bueno cooperar con él para variar, aunque esto le costara un cierto embarazo.

Fue Una Noche quien habló inmediatamente, retirando la presión de Lindsey.

—No es posible que esa cosa fuera simplemente agua de mar.

Era una pregunta, un problema, y Lindsey empezó a buscar posibles explicaciones. Las ideas le llegaron fácilmente.

—Deben haber aprendido cómo controlar el agua. Quiero decir a nivel molecular. Ya sabes. Pueden convertirla en algo plástico, pueden polimerizarla, hacer lo que quieran con ella. Pueden someterla a control inteligente. —Mientras lo decía, le sonó tan exacto, tan cierto, que no pudo dudar que allí residía la verdad. ¿Por qué? ¿Por qué estaba tan *segura*?

Bud estaba haciendo lo mismo.

—Quizá..., toda su tecnología esté basada en eso. Controlar el agua. —Le oyó, y reconoció que lo que él decía también era verdad. ¿Cómo lo sabía Bud?

Hippy estaba lleno de preguntas, puesto que no había visto nada excepto el agua en el suelo.

—¿Fue lo mismo que viste la otra vez?

—No —dijo Lindsey.

A Hippy se le ocurrió una idea..., una idea que se convirtió en una seguridad en el momento mismo en que pensó en ella.

—¿Sabes?, no creo que esa cosa fuera *ellos*.

Barbo no lo captó.

—Hippy, ¿de qué demonios estás hablando?

—Quiero decir que no creo que *eso* fuera un INT. Creo que más bien era su versión de un VOOCR. Como el Gran Tonto.

—Hippy, ¿quieres decir que simplemente nos estaban estudiando? —preguntó Barbo.

—Sí.

—¿Por qué? —quiso saber Barbo.

Lindsey estaba dispuesta a estudiar las posibilidades.

—Por curiosidad, supongo. Probablemente somos la primera gente que ven, ¿no? ¿Quién ha llegado hasta tan abajo?

Chico pensó en lo que había estado ocurriendo allí durante el último par de días. En lo que estaba ocurriendo arriba, con la guerra cerniéndose.

—Espero que no juzguen a toda la raza por nosotros.

Barbo pensó que aquélla era una idea divertida.

—Quizá debería afeitarme.

—No —dijo Lindsey.

Coffey escuchó todo aquello, completamente inmóvil, atento. La mujer Brigman era tan engreída, todos ellos creían que eran tan listos. Todos excitados con aquel asunto, como si fuera un juego, como si estuvieran jugando a los científicos y esos INTs fueran a resultar unos seres tan dóciles como los delfines. Bueno, Coffey sabía algo del mundo, y una cosa era segura: Nada tenía el tipo de terrible poder del que disponían esos INTs sin *usarlo*. Les oyó hablar y reír, y durante todo el tiempo no dejó de temblar interiormente de miedo. Podía sentirlo como un temblor interno, y sabía que si dejaba que se exteriorizara se haría pedazos por completo, y entonces, ¿quién detendría a aquellas cosas, quién defendería al mundo de una invasión que podía hacer que los hunos y los vándalos parecieran meros boy scouts? Tenía que mantener el control, tenía que hacerlo, y así hizo lo único en que podía pensar. El dolor funcionaría. El dolor lo mantendría enfocado, siempre antes lo había hecho. Así que tomó su cuchillo en su mano derecha y lo metió debajo de la mesa y lentamente, cuidadosamente, metódicamente, empezó a efectuar cortes entrecruzados en la piel de su brazo izquierdo. Un corte, luego otro, luego otro, trabajando su antebrazo de arriba abajo.

El dolor llegó hasta su cerebro como una droga, despejando su cabeza. El temblor remitió, y una especie de nueva fuerza ocupó su lugar. La misma fuerza que había sentido antes, cada vez que se hallaba en la cúspide de una misión. Aquellos últimos terribles, gloriosos momentos en los que oyó la puerta de entrada abajo en las escaleras abrirse, oyó a Darrel Woodward subir los escalones, aquellos momentos justo antes de que llegara el instante de *actuar*.

Estaba de nuevo al control. Y ahora los otros estaban riendo, haciendo bromas acerca de vestirse adecuadamente para sus visitantes INT. Se puso bruscamente en pie y abandonó la habitación. Schoenick le siguió. Cruzaron junto al grupo como si fueran humo.

Fuera en el corredor, Coffey alzó una mano y se sujetó a una de las tuberías del bajo techo. Schoenick estaba allí a su lado, aguardando a que le dijera qué debía hacer. Un hombre perfecto. Leal hasta la médula. No como aquellos estúpidos de ahí dentro.

—Fue directamente a la ojiva de combate —dijo Coffey con voz hosca—. Y ellos piensan que es encantador.

Se volvió y abrió camino hacia la sala de mantenimiento. Cogió su bolsa de material de debajo del banco de trabajo.

Dentro había un rifle de asalto CAR-15 de cañón corto. Era el momento de pasar

a la acción.

Coffey no se equivocaba respecto a Schoenick. Era absolutamente leal. Pero no a Coffey. Era leal a sus órdenes, a las reglas. Una de las reglas era que debías obedecer en todo momento a tu oficial al mando. Estupendo. Pero otra de las reglas era que evaluaras a tu equipo para ver si todo iba como debía. Había sangre en el brazo de Coffey. Hileras entrecruzadas de cortes. Nadie podía haberle hecho aquello excepto el propio Coffey. Se estaba hiriendo a sí mismo. Esto no era bueno. Y ahora estaba sacando un CAR-15 y cargándolo. ¿Para qué? ¿Dónde estaba el enemigo? Adelantó una mano y sujetó a Coffey por el brazo izquierdo..., arriba, más allá de los sangrantes cortes.

—Necesitas dormir un poco —dijo Schoenick.

Coffey apartó su mano de un manotazo y terminó con el rifle. Lugo lo dejó encima del banco de trabajo y unió sus manos frente a él de la forma en que lo hacía siempre cuando iba a empezar una explicación. Como si sujetara una caja de la verdad entre sus manos y fuera a abrirla para mostrar lo que había dentro.

—No tenemos forma alguna de avisar a la superficie —dijo Coffey. Su voz era comedido, pero Schoenick podía oír el caos detrás de las palabras—. ¿Sabes lo que significa eso?

Schoenick no lo sabía.

Coffey adelantó una mano y lo agarró por la pechera de la camisa, tiró de él hasta tenerlo muy cerca. Habló directamente al rostro de Schoenick.

—Significa que, cualquier cosa que ocurra, debemos resolverla nosotros. *Nosotros*.

De acuerdo. Schoenick comprendió. Por supuesto que Coffey estaba tenso. Schoenick sabía tan bien como Coffey que los civiles no estaban con ellos, que no tenían respeto hacia su misión. Ahora la misión había cambiado, ahora era diez veces, un millar de veces más importante. No podían permitirse *ninguna* interferencia.

Coffey metió el rifle de asalto entre las manos de Schoenick. Schoenick lo cogió. Hizo saltar el seguro. Preparado para la acción.

Unos minutos después de que los SEALs abandonaran el comedor, Bud captó la mirada de Hippy, luego hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta por la que los SEALs habían desaparecido. Hippy captó el mensaje. Ve tras ellos. Averigua qué están haciendo. Hippy se puso en pie y se marchó.

Descendió la escalerilla hasta el nivel inferior. La compuerta de la sala de mantenimiento estaba ligeramente entreabierta. Miró por la ventanilla. No pudo ver a nadie dentro. Abrió la compuerta. Crujió un poco, pero no importaba. La estancia al otro lado estaba vacía.

Completamente vacía. Incluso la mesa donde había estado todo el tiempo la ojiva de combate. Estaban llevando la ojiva a alguna parte. Eso era malo, llevarla Dios

sabía dónde para Dios sabía qué. Hippy se encaminó de vuelta escalerilla arriba. Antes de llegar de nuevo al comedor, sin embargo, oyó un fuerte silbido procedente de la bodega de inmersión. Se volvió y siguió a lo largo del corredor. El sonido se hizo más intenso, y luego hubo un resonar. No, conocía aquel sonido. El torno. Alguien estaba metiendo uno de los vehículos en el agua.

Fue hasta la compuerta y miró. No se había equivocado. Estaban trasladando al Gran Tonto por la cubierta hacia el agua. Sólo que el Gran Tonto no estaba solo. La ojiva de combate estaba fuertemente atada debajo de él. El Gran Tonto era ahora un misil dirigido con una sola cabeza nuclear. Y el propio Hippy había fijado el blanco hacía apenas unos minutos.

Retrocedió de la compuerta, se apoyó contra la pared, pensó en lo que podía significar aquello. Sólo una cosa. Esos tipos iban a hacer volar a los INTs. Listo. Muy listo. No saben cuántos son, no saben seguro de qué tipo de armas disponen, ni siquiera saben si los INTs son hostiles, y aquí están, iniciando una maldita *guerra* nuclear con ellos. A Bud no va a gustarle.

Hippy se volvió para encaminarse de vuelta al comedor. Pero no llegó a dar ni un solo paso, porque allí estaba Coffey, mirándole con fijeza, realmente calmado. Sus labios casi rozaban el cañón de su pistola, que mantenía diagonalmente, el dedo apoyado en el gatillo. No apuntando a Hippy, pero la amenaza era muy clara.

—¿Vinisteis a olisquear algo? ¿Tú y tu rata, chico?

Luego, con la mano izquierda, Coffey agarró la pechera de su camisa y lo empujó corredor adelante.

En el comedor, Bud estaba reclinado en el domo de la ventana de observación, de espaldas a los demás. Estaba mirando hacia fuera y hacia abajo. No era que esperase ver realmente a uno de los INTs. Simplemente tenía que contemplar la oscuridad del océano mientras pensaba en ellos. Cosas..., no, no cosas, una especie de *gente* que vivía ahí abajo donde el océano era más terrible. Gente que podía dominar el agua y hacer lo que quisiera con ella. Gente que era más lista y más fuerte y más resistente que el océano. Gente que consideraba aquel lugar no como un enemigo, sino como un *hogar*.

Tras él, los demás aún estaban elaborando la curiosidad que los constructores habían animado en ellos.

—¿Crees que proceden originalmente de ahí abajo? —preguntó Una Noche—. ¿O que vienen de... ya sabes? —Señaló hacia el cielo. Dudando. Era embarazoso sugerir la idea, aunque ella sabía que tenía que ser cierto.

Lindsey estaba más allá de todo azoramiento. Siempre lo había estado. Resultaba evidente que aquellas criaturas procedían de una raíz evolutiva completamente distinta. No tenía sentido pensar en ellos como en unos residentes originarios de aquel lugar.

—No lo sé. —Se echó a reír—. Creo..., creo que son de donde tú dices. De algún lugar con condiciones similares a éstas. Mucho frío, una intensa presión.

—Oh, vaya —dijo Una Noche.

—Felices como cerdos en su pocilga en su valle ahí abajo, probablemente —dijo Barbo. Abrió una salchicha con su cuchillo, la metió entre dos rebanadas de pan y se la llevó a la boca.

La compuerta se abrió bruscamente y Hippy entró en la estancia, empujado por Coffey. Todos alzaron la vista a tiempo para ver que Coffey le daba a Hippy un nuevo empujón que lo arrojaba al suelo entre ellos. Antes de que pudieran reaccionar, Coffey les estaba apuntando con su pistola, y allí estaba Schoenick a su lado, con un rifle de siniestro aspecto.

—¡Quietos todos! —gritó Coffey. Alzó la pistola para apuntar directamente a Bud, luego la paseó por todos los demás—. Que nadie se mueva. —El mensaje era claro: Yo puedo moverme más rápido. Puedo matar a cualquiera de vosotros antes de que podáis dar un paso hacia mí. ¿Queréis que lo haga? No, será mejor que no.

Una vez vio que todos permanecían completamente inmóviles, retrocedió hacia la cocina, donde Monk se estaba levantando en su improvisada cama, observando lo que ocurría. Schoenick se situó inmediatamente en el centro de la estancia, desde donde podía ver a todo el mundo, disparar contra cualquiera al menor gesto agresivo.

Siempre con las miradas fijas en las armas, los demás ayudaron a levantarse a Hippy. Ahora podía transmitir su mensaje.

—Van a usar al Gran Tonto para enviar la bomba a los INTs. —Hippy miró a Lindsey, se dirigió directamente a ella—. Lo programamos para que fuera directamente hasta el fondo.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Bud.

—Oh, Dios mío —dijo Lindsey. ¿Cómo sabía Coffey que ellos habían preparado el VOGR para que fuera hacia el fondo del abismo? Iba a hacer estallar una bomba nuclear sobre los INTs, pese a que Lindsey sabía, *todo el mundo* sabía, que eran inofensivos. Y, sin pretenderlo, Lindsey y Hippy les habían ayudado a hacerlo.

En la cocina, Coffey tendió su pistola a Monk.

—Toma, sostén esto un segundo. —Ayudó a Monk a levantarse, y medio lo arrastró hasta el comedor con los demás—. Vamos a pasar a la Fase Tres. —Hizo que Monk se apoyara contra la pared, en un lugar desde donde podía vigilarlos a todos. Era todo lo que Monk podía hacer en aquellos momentos para colaborar con la operación..., mantener a los otros bajo control.

Monk, sin embargo, parecía impresionado. La Fase Tres..., instalar el detonador y evacuar. Pero ¿cómo podían evacuar? Hacer estallar la ojiva en el *Montana* o abajo en el abismo..., los efectos serían los mismos, la *Deepcore* estaba demasiado cerca del borde, de modo que sería barrida por la onda de choque en cualquiera de los dos

casos. Aunque todos pudieran ponerse los trajes y montar en el Fondoplano y el Taxi Uno para alejarse fuera del radio de peligro, no podrían llevar consigo la suficiente tetramezcla como para permanecer con vida más que unas cuantas horas. Ciertamente, no el tiempo suficiente para efectuar la descompresión y alcanzar la superficie. De una u otra forma, la Fase Tres sería fatal para todos ellos. A menos que Coffey hubiera establecido contacto con la superficie y supiera que el rescate era inminente. Quizás estaban enviando un cable de arrastre para tirar de la *Deepcore* hasta un lugar seguro tras alguna prominencia submarina. Eso podía tener sentido..., pero ¿cómo podía haberse comunicado Coffey con la superficie sin que el equipo de la plataforma lo supiera? Imposible. Coffey los estaba sentenciando a todos a muerte.

Lo más terrible de todo aquello era que Coffey iba a hacerlo a fin de matar a los INTs. Monk comprendía por qué Coffey les temía..., Coffey no había visto cómo el tentáculo intentaba comunicarse con ellos, cómo jugaba a reproducir los rostros de Bud y Lindsey. Coffey no podía sentir la absoluta certeza de Monk de que no había ningún peligro en aquellas criaturas. Para Coffey, no eran más que un peligro. De alguna forma, Monk tenía que hablar en privado con él, tenía que explicárselo, impedir que cometiera aquel terrible error.

Pero Coffey se había vuelto ya de espaldas a él para enfrentarse a los civiles. Por supuesto, la mujer Brigman estaba al frente del grupo, avanzando hacia él. Sus manos estaban tendidas hacia delante, hacia él, abiertas, en una especie de súplica. Estaba intentando mostrarse dócil y persuasiva. Casi se echó a reír..., como si ella esperara que él iba a aceptar un acto así a aquellas alturas.

—¿Coffey? Coffey, piense en lo que está haciendo. ¿Lo hará? Sólo un minuto. Piense en lo que usted...

Pero Coffey no estaba dispuesto a escucharla. La necesidad de escuchar educadamente las idioteces de aquellos civiles entrometidos había pasado. Ella ya no era un aliado, ni siquiera era neutral. Era el enemigo. Adelantó una mano y la sujetó, la empujó contra la pared. Lindsey dejó escapar un jadeo de miedo.

Brigman y los otros iniciaron un movimiento de avance, pero Schoenick estaba sobre ellos, el arma apuntada directamente hacia el grupo.

—¡Atrás! —gritó.

Lindsey miró a los ojos de Coffey y sólo vio rabia y locura. Estaba muy cerca de ella, apretando su cuerpo contra la pared. Su voz fue comedida, peligrosa:

—Esto es algo que he deseado hacer desde que nos conocimos. —Sus manos estaban fuera de la vista, más abajo de su cintura; ella oyó el sonido de algo al ser desgarrado, y por un momento pensó que estaba tan loco que pretendía humillarla y dominarla con una violación.

Luego él alzó de nuevo las manos a la vista. Sujetaba algo de un color gris plateado. Un trozo de cinta adhesiva. La colocó firmemente sobre la boca de ella,

apretándola a todo lo largo hasta sus orejas. Estaba haciéndola callar definitivamente. Hubiera podido ser un alivio, excepto que ella sólo podía respirar por la nariz. Tuvo que calmarse deliberadamente a sí misma para impedir ser presa del pánico acerca de su incapacidad de respirar. Deseó *alzar* las manos y arrancarse la cinta, pero sabía que aquello era lo más peligroso que podía hacer.

Coffey la empujó hacia la cocina, luego regresó y empezó a empujar a los demás hacia allí. Protestaron y gritaron, pero obedecieron. Coffey no dejaba de pensar que si hubiera hecho aquello antes, ahora no tendrían ningún problema. Aquella gente simplemente no comprendía que Coffey lo único que hacía era cumplir con su misión. Punto. Hippy fue el último en entrar. Se detuvo frente a Schoenick, rifle o no rifle, e intentó hablar con él.

—Su jefe va a tirar del seguro de cincuenta kilotones, y todos nosotros estaremos al lado para ver los efectos. —Coffey lo agarró y lo empujó hacia la cocina. Hippy siguió hablando—. Todo se hará polvo aquí abajo.

Schoenick no respondió, pero Monk estaba escuchando.

—¿Para cuándo está regulado el temporizador? —preguntó Monk.

—Para dentro de tres horas —respondió Schoenick.

—Cállate —restalló Coffey, mirándole con ojos furiosos—. ¡No digas nada!

—Tres horas —murmuró Monk. Sólo había una explicación para el comportamiento irracional de Coffey. Desde el momento en que Coffey entró en la habitación, Monk pudo ver que reflejaba la mayor parte de los síntomas del SNAP. Coffey estaba fuera de control. Era aterrador..., lo único que Monk había pensado siempre que contaba en aquel mundo era Coffey. Cuando todo lo demás se estaba desmoronando, Coffey seguía eficientemente frío, Coffey seguía pensando. Pero ahora Coffey ya no era digno de confianza, incluso era peligroso.

Sin embargo, Monk intentó razonar con él.

—No podemos alcanzar un mínimo de distancia de seguridad en tres horas. —El dolor de su pierna era terrible..., no debería estar todavía en pie. Pero al diablo el dolor..., Coffey estaba loco, y Monk tenía que *hacer* algo—. No podemos pasar a la Fase Tres. ¿Qué hay con esa gente? —Las órdenes para la Fase Tres no incluían enviar a unos civiles al infierno. Coffey se tomaba muy en serio las órdenes. Era impensable que pudiera pasárselas ahora por alto.

Coffey se enfrentó a él, muy cerca.

—Cállate. ¡Cállate! —Estaba asustado..., Monk casi pudo notar el sabor de su miedo. Coffey sudaba copiosamente, ríos de sudor descendiendo por su rostro—. ¿Qué demonios te ocurre?

¿Qué demonios me ocurre *a mí?*, pensó Monk. Eres tú quien va a estropear todo esto. No estás actuando como el auténtico Coffey. Así que algún otro va a tener que hacerlo.

¿Cuánto de aquello podía ver Coffey en el rostro de Monk? Fuera como fuese, Coffey tomó una decisión. Adelantó una mano y tomó la pistola de manos de Monk. Monk sabía lo que significaba aquello. Coffey había decidido que ya no podía confiar en él. Ya no pertenecía a los SEALs. Quizá no tuviera que ir a la cocina con los civiles, pero ya no formaba parte de la misión. Aunque sabía que Coffey no era él mismo, aquello le dolió más que el dolor en su pierna, lo atravesó de parte a parte como un cuchillo. Coffey me está apartando de él, Coffey ya no confía en mí.

Lo peor de todo aquello era que Monk sabía que Coffey tenía razón en no confiar en él. Cualquier comandante que tomaba acciones como aquella no podía esperar que Monk obedeciera sus órdenes. Monk podía ser un SEAL, pero primero era un ser humano, un norteamericano, un ciudadano, una *persona*. Una persona que no colaboraría con unos soldados que pretendían hacer estallar un dispositivo nuclear por su propia autoridad, a fin de destruir a unos desconocidos que no pretendían causar ningún daño.

Coffey se dirigió a la compuerta de la cocina, hizo que Schoenick se colocara a su lado y se dirigió a los civiles:

—Que todo el mundo permanezca tranquilo. La situación está bajo control. —Entonces salió de la habitación, cerró la compuerta hermética y la aseguró por fuera. Miró a Schoenick—. Si alguien toca esta puerta, mávalo. —Puesto que la única persona que podía tocar la compuerta era Monk, el significado era completamente claro. Coffey había perdido la confianza en la lealtad de Monk.

Coffey abandonó la estancia, de vuelta a la bodega de inmersión, cerrando y sellando compuertas a sus espaldas.

Dentro de la cocina, hicieron lo único que *podían* hacer. Hablaron con Schoenick a través de la compuerta.

—Schoenick —dijo Lindsey—. Su teniente está a punto de cometer la equivocación más terrible de su carrera.

Hippy fue más directo:

—¡El tipo está más loco que una rata de cloaca!

Luego las voces se convirtieron en una cacofonía de súplicas, exigencias, explicaciones.

Schoenick no prestó atención a las voces de la cocina. La única voz que oía era la de Monk, allí fuera con él, mientras Monk se reclinaba contra la pared.

—Vamos a perder esta vez, hombre —dijo Monk.

—¡Cállate! —dijo Schoenick.

Monk podía ver lo desgarrado que estaba Schoenick por sus sentimientos. De todos los hombres del equipo, Monk sabía que Schoenick era el menos capaz de tomar decisiones independientes. Pero esta vez tenía que hacerlo.

—La onda de choque nos matará a todos. Aplastará esta plataforma como si fuera

una lata de cerveza.

—¡Cállate, he dicho! —gritó Schoenick—. ¿De qué demonios estás hablando?

—¡Tenemos que detenerle!

—¡Cállate!

Monk se calló. Pero ahora la voz de Bud llegó claramente desde la cocina:

—Schoenick, no tiene que seguir usted las órdenes cuando su oficial al mando ha perdido el juicio.

Dentro de la cocina habían dejado de gritar todos a la vez. Ahora estaban turnándose. Lindsey hizo otro intento:

—Schoenick, escuche, Coffey va a hacerle la guerra a una especie alienígena. Schoenick, ellos lo único que intentan es entrar en contacto con nosotros. ¡Por favor!

Ninguna respuesta. Seguramente el silencio al otro lado era una buena señal. Le dijo suavemente a Bud:

—Creo que le estoy convenciendo.

Bud sacudió la cabeza. No lo creía así. Había visto muchos soldados en su vida, y no creía que Schoenick pudiera ser persuadido muy fácilmente.

Entonces la rueda de la compuerta empezó a girar. Iba a dejarles salir.

—¿Lo ves? —dijo Lindsey.

La puerta se abrió. Sólo que no fue Schoenick quien entró. Era el hombre más alto de la *Deepcore*, Lioso. Y llevaba en las manos el rifle de asalto de Schoenick.

—¿Estáis todos bien? —preguntó.

Actuaba como si acabara de regresar de entre los muertos. Se quedaron inmóviles allí, todos ellos, simplemente mirándole. Fue Hippy quien finalmente reaccionó. Agarró el fusil de asalto de entre sus manos y cargó a través de la compuerta hacia la otra habitación. Schoenick estaba tendido en el suelo, inconsciente —Lioso debía haberle tomado por sorpresa y puesto fuera de combate—, al menos por el momento. Hippy apuntó el arma hacia Monk, que estaba sentado en el suelo, debilitado por el dolor.

Monk le hizo un gesto de que siguiera.

—Yo soy el menor de los problemas —dijo.

Bud cruzó la compuerta inmediatamente detrás de Hippy. Apoyó una mano sobre el hombro de Hippy para tranquilizarlo..., Monk no estaba contra ellos, Bud lo sabía con certeza.

—Estoy bien —dijo Hippy.

Entonces se volvió hacia la puerta donde Lioso estaba de pie, ocupando casi todo el espacio disponible. Era la visión más agradable que Bud hubiera visto jamás. No sólo salido del coma, sino de pie, con el aspecto de siempre, totalmente recuperado. Nuestra arma secreta..., tan malditamente secreta que ni siquiera sabíamos que la tuviéramos. El único tipo al que Coffey no se había molestado en encerrar en la

cocina.

—¿Cómo te sientes, chico grande?

—Muy bien, Bud. Simplemente imaginé que estaba muerto ahí abajo, cuando vi aquel ángel venir hacia mí.

—Hum. —Ángel. ¿Otra forma aún para los INTs?—. Sí, está bien. —No había tiempo de explicarle a Lioso todo lo que había ocurrido desde entonces. El hombre ya sabía lo único que importaba en estos momentos: de qué lado estaba—. Ya nos lo contarás más tarde.

Bud abrió camino fuera del comedor y al corredor. Corrió hacia la compuerta que conducía a la bodega de inmersión. Estaba sellada. No se movió ni un milímetro.

—Debe haberla atrancada con algo —dijo Bud. Así que Coffey ni siquiera confiaba en que Schoenick siguiera a su lado. Debió ser un soldado extraordinario cuando los engranajes de su cerebro giraban como correspondía. Él y Lindsey intentaron abrirla, poniendo todas sus fuerzas en intentar hacer girar la rueda. No se movió—. No conseguiremos pasar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lindsey—. Ésta es la única entrada a la bodega de inmersión.

Correcto. Correcto. Estaban atrapados dentro del trimódulo-C y el módulo de control. Desde el accidente, todas las demás compuertas conducían al agua.

De modo que, si el agua era el único camino hasta la bodega de inmersión, alguien iba a tener que nadar. Y, puesto que el agua era tan fría que la única razón de que no se congelara era la presión, mejor que fuera alguien que pudiera nadar rápido y supiera exactamente dónde ir. Corrió de vuelta al comedor y bajó la escalerilla al nivel uno, hundiéndose en casi cinco centímetros de agua. Inmediatamente debajo de él estaba la escotilla de salida de emergencia. Había sido diseñada exactamente para aquel problema..., una forma de salir del trimódulo si no podían hacerlo por el pozo lunar. La abrió.

Al igual que el pozo lunar, el agua fue retenida abajo por la presión del aire encima de ella. Un diseño auténticamente bueno, Lindsey, ponerla aquí. Bien pensado.

Ella estaba a su lado. También estaban Una Noche y Barbo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Lindsey. Sabía exactamente lo que iba a hacer, por supuesto. Se estaba sacando las botas para nadar mejor.

—Voy a nadar a pulmón libre hasta la escotilla seis. Voy a entrar de nuevo por allí. Luego abriré la puerta desde el otro lado.

—Bud, esta agua te congelará —dijo Lindsey. No había mucho que pudiera hacer al respecto. Todos los trajes con calefacción estaban en la bodega de inmersión.

—Entonces supongo que será mejor que me desees suerte, ¿no? —Es algo que hay que hacer, así que, ¿por qué discutir acerca de lo difícil que va a resultar?

—*Deséanos* suerte —corrigió Barbo.

—¿Tú también vas?

—Míralo de esa forma. —No era algo que Barbo deseara hacer, pero iba a hacerlo de todos modos.

Bud no sabía si deseaba que Barbo fuera con él. Era bueno tener a otro hombre con él cuando llegara al otro lado..., si llegaba al otro lado. Pero sería muy malo si aquello no funcionaba y ambos morían. Pero la decisión era de Barbo, no suya.

Barbo tendió a Una Noche su cartera y la cadena que siempre llevaba al cuello.

—Toma, pero devuélvemelo si no muero. —Se volvió hacia Bud, que se estaba despojando de su chaqueta y cinturón—. Adelante, Bud. Vayamos, socio. No tenemos todo el día.

Bud oyó el miedo en su voz. Conozco la sensación, Barbo.

Se dejó caer por la escotilla, se sujetó al borde y colgó allí, de sus manos, durante un segundo. El agua era tan malditamente fría que lo dejó sin aliento. Pero eso quería decir que no había tiempo que perder. Cada segundo significaba que su cuerpo se convencería más y más de que estaba muriendo y empezaría a cerrarse a él. Lanzó una última mirada a Lindsey, dio una profunda inspiración y se dejó caer.

Había suficiente luz en el agua para ver..., si llevara un casco o una mascarilla. Cuando te acostumbras a llevar algo sobre tus ojos durante todo el tiempo, olvidas que los ojos humanos están diseñados para funcionar en el aire, no en un líquido. Todo lo que Bud podía ver eran formas borrosas aquí y allá; estaba casi seguro de cuál de las formas era su destino, pero ¿y si se equivocaba?

No había tiempo de preocuparse por ello. Tenía que evitar las marañas de cables y acero retorcido, tenía que *avanzar* a través del agua. Nadó con todas sus fuerzas. Cuanto más enérgicamente nadara, más caliente se mantendría su cuerpo. Grandes, poderosas brazadas. Le tomó quizá cuarenta segundos alcanzar la escotilla, pero pareció como si hubiera agotado la respiración de toda una vida. Barbo estaba a su lado. Por una décima de segundo pareció que la escotilla no iba a moverse..., ¿era una de las que habían quedado encajadas por el accidente? Luego, con la ayuda de Barbo, se abrió. Cayó hacia abajo.

Barbo se apartó a un lado. Eso era lo correcto..., Bud había sido el primero en meterse en el agua, así que tenía que ser el primero en subir en busca de aire. Bud se izó por la abertura.

Todavía no estaban completamente a salvo. Había mucha agua dentro. ¿Habría quedado algo de aire arriba? ¿O sólo otra escotilla? Dos metros hacia arriba, y Bud halló el aire..., una burbuja de medio metro de tetramezcla. Barbo chapoteó a la superficie inmediatamente después, jadeando y resoplando.

—Eso fue peor de lo que pensé —dijo—, y eso que pensé que iba a ser malo. — Bud pudo oír la realidad de sus palabras en la forma en que estaba respirando...,

nadar aquel trecho había agotado todas las fuerzas de Barbo. Y, sin embargo, había aguardado su turno en la escotilla. Buen hombre.

Tendieron las manos hacia arriba, probaron la rueda de la escotilla sobre sus cabezas.

—Adelante, da un tirón —dijo Barbo.

Ésta *estaba* encajada. No había forma de abrirla. Y no tenían tiempo de seguir intentándolo tampoco. El frío no tardaría en vencerles.

—Tendremos... tendremos que ir al pozo lunar —dijo Bud—. Es el único camino.

Eso significaba nadar un trecho más largo aún, todo el camino debajo de la plataforma y luego la subida al pozo. Barbo acababa de descubrir sus limitaciones.

—No puedo hacerlo, socio. Lo siento.

—Está bien, Barbo. Vuelve.

Bud hizo unas cuantas rápidas inspiraciones para hiperventilar, luego volvió a sumergirse en el agua. Barbo lo observó marcharse, disgustado consigo mismo por no hallarse en mejor forma, por *abandonar* a Bud. Golpeó con un puño la pared del módulo. Si le ocurre algo a Bud porque yo no estoy allí...

Debajo de la escotilla seis, Bud se orientó y nadó hacia abajo, en dirección a la entrada del pozo lunar. Las luces lo señalaban claramente..., era la puerta del garaje para los sumergibles y los VOGRs. Era fácil verla, no tan fácil llegar hasta ella. El único problema era que estaba a unos quince kilómetros de distancia. No. No, sólo cinco brazadas, seis, siete. Sintiendo cada vez más frío, más débil. Empuja más fuerte, extrae más calor de los músculos. Estoy perdiendo medio kilo por segundo aquí abajo. Debo recomendarlo como técnica para adelgazar. Un auténtico incentivo para hacer ejercicio.

Siempre que podía, se agarraba a los tubos que hallaba a su paso y se impulsaba con ellos. Bajo el pozo. Sólo había necesitado media vida para llegar hasta allí. Nadó hacia arriba. Sería estupendo si pudiera llegar arriba en silencio, pero no había ninguna maldita forma de que su cuerpo le permitiera hacer eso. Salió con un chapoteo, jadeando en busca de aire. Pero tuvo suerte. Coffey estaba haciendo algún ruido propio, sentado allá en la cubierta, jugueteando con la cadena del torno, pasándola por entre sus manos. Cliqueteaba en los engranajes sobre su cabeza. Una vez el primer aire hubo entrado en sus pulmones, Bud recuperó el control de sí mismo, respiró en silencio. Un par de inspiraciones más. Luego nadó hacia donde el Taxi Uno colgaba encima del agua. Fuera de la línea de visión de Coffey.

Alcanzó una de las barras metálicas de soporte, intentó izarse. Sus dedos estaban tan fríos que no iban a responderle. Se aferró de todos modos, tiró hacia arriba. Tuvo la sensación de que los músculos de sus brazos se desgarraban capa tras capa. Pero salió del agua, se izó hasta la cubierta al lado del pozo lunar. Nunca había sentido

tanto frío, jamás se había notado tan exhausto en toda su vida. Deseaba descansar, *necesitaba* hacerlo. Pero no podía.

Miró a su alrededor en busca de la puerta. Resultaba claro. Teniendo en cuenta dónde estaba Coffey y dónde estaba él, no tenía ninguna posibilidad de alcanzarla sin que Coffey le viera. Y una vez Coffey le viera, no tendría ninguna posibilidad en absoluto. El hombre tenía un arma. Y, aunque no la tuviera, Coffey no estaba agotado y medio helado por nadar en camiseta en una agua por debajo del punto de congelación a seiscientos treinta metros de profundidad. Todo este camino, todo este trabajo, y no estaba más cerca de abrir la puerta de lo que había estado cuando se hallaba en el otro lado de ella.

Coffey estaba sentado allí, tirando de la cadena del torno, intentando no llorar. ¿Por qué estaba llorando? Eso no era racional, eso sugería que no estaba al control. Pero *estaba* al control, lo había hecho todo bien, hasta la última cosa. Había seguido perfectamente las órdenes. Pero no tenía ninguna orden acerca de lo que debía hacer uno cuando de repente se encontraba con un tentáculo más grueso que su cuerpo surgiendo de las profundidades y uno se daba cuenta de que esa gente poseía un poder que hacía que todo su sofisticado equipo pareciera estúpido, *excepto* que uno tenía una ojiva de combate nuclear y un sistema para enviarla y podía lanzársela encima *inmediatamente*, sólo que no tenía ninguna orden al respecto. No había nadie allí para decirle que esto era lo correcto, nadie para decir: Muy bien, Coffey. Esto es lo correcto para tu país, esto es lo correcto para *nosotros*, así que *hazlo*. En vez de ello tenía a todos esos tipos, esos otros *civiles* diciéndole que no lo hiciera, diciéndole que estaba loco, pero no, no estaba loco, estaba más bien sometido a stress, quizá un poco de SNAP, pero aún seguía funcionando bien porque, de no ser así ¿cómo hubiera podido controlar con tanta facilidad a esa gente? Sólo que ahora estaba aquí abajo y estaba *solo*. ¿Por qué te fuiste y me abandonaste cuando te necesitaba? Yo *nunca* te hubiera abandonado a ti, nunca, hubiera estado siempre contigo, solos tú y yo, pero tú te casaste con ese tonto del culo y cuando llegó el momento de la verdad tú lo preferiste *a él* y no valí una mierda para ti y yo convertí a Darrel Woodward en un idiota con el cerebro dañado por ti, mamá, yo hice todo lo que tú querías y tú me abandonaste me has dejado aquí solo en el agua con esta maldita ojiva de combate y se supone que yo debo saber si debo enviarla ahí abajo al infierno o no.

En el módulo de control, Una Noche y Lioso estaban atareados atando a Schoenick a una silla con cinta adhesiva. Sabían lo suficiente acerca de los SEALs como para estar convencidos de que si no lo ataban muy fuerte podría escapar de ellos con las manos desnudas en menos de diez segundos. El único allí que sabía cómo detenerle era Monk, y aunque pudieran confiar en él para que les ayudara estaba impedido por su pierna rota.

Lindsey estaba en el monitor de vídeo, observando la bodega de inmersión. El mismo encuadre que había permitido hacía un rato a Coffey oír lo que ella y Hippy hablaban acerca de modificar al Gran Tonto. Miraba a Coffey, intentando imaginar qué era lo que pasaba por su mente. Todo estaba preparado para lanzarlo..., pero no lo hacía. Quizás hubiera cambiado de opinión. Quizás hubiera recuperado el buen sentido, se hubiera dado cuenta de que no podía lanzar una bomba atómica sobre un puñado de pacíficos INTs sin ninguna provocación por su parte.

Lindsey se sintió impresionada cuando Bud apareció en el agua del pozo lunar. Se suponía que debía entrar por la escotilla seis y llegar hasta la bodega de inmersión a pie.

—Bud está en el pozo —dijo—. Y Barbo no está con él.

—Jesús —susurró Una Noche.

Lioso dio un tirón extra mientras envolvía más cinta adhesiva en torno a Schoenick. Hippy se unió a Lindsey en el monitor.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Lindsey. Pero no se encaminaba hacia la puerta, se movía por detrás de Coffey, lentamente, suavemente. Luego buscó detrás de él y cogió un trozo de tubo de acero..., un eje propulsor del material de repuesto.

—No puede alcanzar la puerta —dijo Hippy—. Creo que va a intentar reducirlo él mismo.

—¡No puede ser tan estúpido! —exclamó Lindsey—. El tipo es un asesino entrenado.

—Él tiene un metro de tubo de acero —dijo Hippy—. Por supuesto que va a intentar reducirlo. —¿Acaso Lindsey no conocía a Bud?

Sí, ella lo conocía. Por eso estaba tan asustada por él. No tenía el menor sentido de lo que era *posible*, sólo de lo que era necesario. Era necesario reducir a Coffey, así que Bud iba a intentarlo, aunque no tuviera ninguna maldita posibilidad de conseguirlo. Lindsey se lo recriminó, habló a su imagen en el monitor.

—¡Bud!

Bud alzó el tubo, dispuesto a dejarlo caer sobre la nuca de Coffey. Pero dudó. Hizo como si fuera a golpear, luego dudó de nuevo.

No puede hacerlo, pensó Lindsey. Tiene esta posibilidad de reducir a Coffey por detrás, y su maldito sentido del juego limpio le impide hacerlo. El juego limpio está muy bien para el fútbol, pero es un lujo que no podemos permitirnos ahora.

Pero no era ningún ideal caballeresco lo que demoraba la mano de Bud, no era alguna ética del «saca tú primero» extraída de los malos westerns de la televisión con los que había sido educado. Era un sentido de la justicia mucho más profundo. Bud sabía que si golpeaba a Coffey en alguna parte que no fuera en la cabeza no lo detendría..., y que si lo *golpeaba* en la cabeza con aquel tubo probablemente lo mataría. Antes de que yo ejecute a este hombre, ¿dónde están el juez y el jurado?

Coffey es probablemente un tipo decente. No es el auténtico Coffey el que está haciendo esto, es la paranoia inducida por el SNAP. Llévalo arriba, llévalo fuera de esta presión, y Coffey se sentirá horrorizado de lo que estaba planeando hacer aquí abajo. Le dará las gracias a Bud por detenerle. Pero no podrá darle las gracias a nadie si está muerto.

Sin embargo, Bud le hubiera golpeado si no hubiera encontrado ningún otro curso de acción. Tenía que ser mejor que un hombre muriera injustamente que desencadenar un ataque nuclear no provocado, desatar una guerra entre especies. Así que Coffey hubiera podido morir en aquel momento, excepto que Bud se dio cuenta de que la pistola de Coffey estaba allí mismo, al alcance de su mano. Cógela, apúntale, y Coffey hará lo que le digas. O de otro modo Bud podía dispararla a la pierna o algo así, eliminarlo como amenaza sin tener que matarlo. En la sala de control, contemplaron mientras Bud bajaba el tubo y adelantaba su otra mano hacia la pistola en el cinturón de Coffey. Fue un mal movimiento. Tal vez Coffey notó la corriente de aire del tubo descendiendo, u oyó algo, o tenía algún sexto sentido, pero supo que Bud estaba allí. Se volvió, sacando al mismo tiempo su pistola, apuntándola a la cabeza de Bud.

—¡No! —gritó Lindsey.

Bud se inmovilizó, contemplando el cañón de la pistola.

—Coffey —dijo. Su voz sonó razonable—. Coffey.

Sabía que hablar no resolvería nada. Hay hombres que se sienten contentos agitando sus armas a su alrededor y lanzando amenazas. Pero hay hombres que simplemente disparan. El padre de Bud acostumbraba a hablar de esto, y en una ocasión Bud le había dicho:

—Sí, he oído decir que en tiempo de guerra quizá sólo un veinte por ciento de los tipos llegan a disparar sus armas.

—Tonterías —había respondido su padre—. Quien te dijo esto era un auténtico mentiroso. Tú sales ahí fuera en medio de la batalla, bajo el fuego, sois tú y el tipo que está junto a ti, y si él no está disparando tú lo *sabes*, sólo que siempre está disparando. Lo difícil es conseguir que *dejéis* de disparar. De todos modos, no estoy hablando de la batalla. Estoy hablando de uno a uno, cuando un tipo apunta un arma sobre ti y nadie está mirando y él tiene una elección, puede capturarte o puede volarte los sesos, ninguna es una opción justa, es su *opción*. Hay tipos que dispararán, y tipos que no lo harán.

—¿Cómo se sabe cuál es cuál? —había preguntado Bud entonces.

—Si aún estás respirando, entonces es que el otro no era del tipo de los que disparan.

¿De qué tipo eres tú, Coffey? No tienes que matarme. Puedes desarmarme, puedes hacer que me salga con bien de ésta. Pero estás loco a causa del SNAP y

terriblemente asustado acerca de lo que piensas que tienes que hacer y, además, te he visto llorar.

Coffey apretó el gatillo.

Bud se estremeció, pero no ocurrió nada. Ninguna bala atravesó su cabeza, ningún impacto rojo y abrasador encima de los ojos.

Un tiro en falso, por supuesto. La siguiente bala lo haría.

Coffey apretó otra vez el gatillo. Clic. De nuevo.

Allá en el módulo de control, no podían creerlo cuando la pistola no disparó. ¿Cómo era posible que ocurriera algo tan afortunado?

Monk lo sabía. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo la respuesta. Chico captó el movimiento con el rabillo del ojo, sujetó a Monk por la muñeca..., pero entonces todos se dieron cuenta de lo que tenía en la mano. El cargador de la pistola de Coffey. ¿Cómo lo había conseguido? Antes, cuando Coffey le dio la pistola en el comedor, cuando Coffey aún confiaba en él. Monk debió haberse dado cuenta de que estaba loco incluso entonces, debió haber retirado la munición cuando aún tenía la oportunidad.

Schoenick le miró con los ojos llenos de veneno.

—¡Hijo de *puta*!

En la bodega de inmersión, sin embargo, no hubo ninguna explicación. Únicamente sabían que ahora eran sólo ellos dos, ninguna pistola. Bud, agotado por el nadar, armado con un eje propulsor, y sin ningún entrenamiento en combate, contra Coffey, con su cuchillo y años de entrenamiento como asesino, y la locura del SNAP. Y ambos convencidos de que el destino de la raza humana dependía de lo que él hiciera allí. Dios me ayude, pensó Bud. Tengo que matar a un hombre, y no deseo hacerlo. Y tampoco tengo la menor idea de cómo hacerlo.

13 – Ahogarse

En la ciudad al fondo de la fosa Caimán, los constructores estaban al borde de la desesperación. Habían corrido un enorme riesgo yendo al encuentro de los hombres en su atmósfera. Habían intentado mostrarles su deseo de comunicarse. ¿Y cuál había sido el resultado? Una compuerta cerrándose sobre la sonda sin ninguna advertencia previa. Habían acudido a ayudar a los humanos a salvarse a sí mismos de sus propios instintos asesinos, y como respuesta los humanos habían intentado asesinar a los mensajeros. Sabían que el humano que había intentado matarlos no era igual a Lindsey y Bud y los demás. Los constructores sabían también que la mayor parte del equipo temía a los SEALs, en especial a Coffey. Pero ¿quién decidía poner las armas en manos de esos hombres? El hecho de que delegaran sus asesinatos a especialistas no significaba que los humanos más gentiles no fueran responsables. Los humanos, como especie, ni siquiera intentaban refrenar su deseo de matar.

No, lo *están* intentando. Tienen miedo de que si un bando renuncia a sus armas, entonces el bando que no lo haga los domine a todos.

Un terrible dilema. Y uno que no puede ser resuelto, por la simple razón de que si un lado queda desarmado, entonces el otro seguramente *tomará* ventaja de ello..., o lo hará alguna tercera parte. Hemos visto eso en su televisión..., no son diferentes allá arriba en la atmósfera de esos que han bajado aquí cerca de nosotros. En consecuencia, debemos abandonar este planeta y dejar que se destruyan entre sí. Eso eliminará completamente el problema.

Pero no podemos abandonar. Parte de todo esto es culpa nuestra. Incluso dentro de la *Deepcore*, es en parte el miedo de lo que él cree que somos lo que ha despertado este terror en Coffey.

¿Qué más podemos hacer? No podemos volver a entrar. Cuando hablamos con ellos, ellos no saben que les estamos hablando. Podemos forzarles a que piensen los pensamientos que deseamos que tengan, pero ¿qué conseguiremos con ello? Eso no es comunicación, es esclavitud. Olvidémoslo.

Pero podemos seguir observándolos, ¿no?

Observemos, pues. Veamos cómo ponen en marcha la muerte y la destrucción que ha llenado su historia.

En la burbuja de aire dentro de la escotilla seis, Barbo sabía que debía encaminarse de vuelta a la escotilla por la que había salido. Cuanto más tiempo aguardara, más frío cogería, allí en aquella agua. Sin embargo, no podía soportar el

pensamiento de abandonar, de dejar toda la responsabilidad a Bud. Si Bud lo conseguía, tendría que salir del agua y enfrentarse a Coffey, y, maldita sea, Bud no estaba preparado para ello. No tenía habilidades de lucha. Barbo sí. Se burlaban de él por hablar de ello, pero en realidad *era* un luchador, y aún tenía el brazo de luchador.

Soy un maldito estúpido, pero voy a ir al pozo lunar, o moriré intentándolo.

Barbo hiperventiló, luego se sumergió en el agua. Necesitó sólo un momento para localizar el pozo lunar. No estaba tan lejos. No era imposible. Puedo lograrlo.

Nadó hacia delante, con grandes y potentes brazadas. Se *agarró a* los tubos, se impulsó con ellos. Pero no lo estaba consiguiendo. Estaba demasiado cansado, el frío se estaba apoderando de él. El aire ardía en sus pulmones como fuego helado. Torpe necio machista, no vales una mierda ni vivo *ni* muerto, pero si vas a morir, hazlo debajo del pozo lunar para que flotes hacia arriba y así sepan lo que te ha ocurrido.

No vio al constructor que flotaba en el agua más allá del alcance de las luces, lo suficientemente lejos como para no interferir con la energía de la plataforma. Era consciente del debate que había asolado la ciudad después de que los humanos intentaran matar la sonda. Sabía que su papel ahora era sólo observar. Pero ahí estaba uno de los humanos, luchando por sobrevivir fuera en el agua, casi desnudo, tan frágil como la sonda que ellos habían enviado al interior de la *Deepcore*. Sólo estaba siguiendo a su amigo, que parecía ser más joven y más fuerte que él. ¿No sería un crimen tan grande dejar que éste muriera ahí fuera como lo había sido para el de dentro intentar matar nuestra sonda? ¿Acaso dejar que muera no es una especie de asesinato también?

Así que engrosó sus zarcillos y tendió hacia delante parte de su inteligencia, hacia él. Se deslizó entre sus entreabiertos labios, descendió por su garganta, llegó a sus pulmones. No le resultó difícil elaborar los catalizadores que descompusieron el dióxido de carbono en sus pulmones convirtiéndolo de nuevo en carbono y oxígeno. Absorbió el exceso de carbono y lo arrastró a lo largo de los zarcillos. No era mucho en realidad, no una excesiva interferencia. Sólo el oxígeno suficiente que podría llevarlo hasta la superficie del pozo, donde podría respirar por sí mismo. Cuando Barbo salió a la superficie, extrajo los zarcillos y los retiró. Probablemente sería reprendido por ello. Sus memorias serían seguramente avergonzadas cuando las llevara a la ciudad. Pero estaba solo, y había tomado la decisión que seguramente hubiera tomado si Barbo hubiera sido un constructor y no un hombre.

Barbo inspiró profundamente, sorprendido de haberlo conseguido después de todo. Justo al final había parecido como si hallara nuevas reservas. Un pulmón extra.

Miró a su alrededor, y descubrió a Coffey y Bud. Era horrible como un pecado, verlos luchar. Bud estaba casi tan preparado para enfrentarse a Coffey como un bebé ardilla lo está para enfrentarse a un gato callejero. Estaban eludiéndose por entre algunos cables y cadenas y una luz medio suelta que colgaba del techo, pero era un

asunto de tiempo, eso era seguro.

Barbo salió del agua. Apenas podía sostenerse en pie, tenía tanto frío. Flexionó los músculos, giró los brazos, retorció el cuerpo hacia uno y otro lado mientras avanzaba tambaleante por la cubierta hacia donde estaban luchando. Coffey había conseguido pasar un cable en torno al cuello de Bud, lo estaba estrangulando. Maldita sea, pensó Barbo, ¿no puedo moverme más aprisa?

—¡Hey! —gritó. Cualquiera cosa con tal de distraer a Coffey de su fiebre asesina.

Coffey giró en redondo para enfrentarse a él. Completamente desprevenido. Fue el puñetazo más fácil que Barbo tuvo jamás el placer de dar. Alcanzó al teniente en la mejilla con un derechazo, y lo arrojó de culo al suelo. Listo para la cuenta, sí, señor. No le llamaban el Martillo por nada.

Fue a ayudar a Bud, que estaba desenrollando el cable de en torno a su cuello. Pero el muchacho no estaba interesado en hola qué tal y cómo diablos llegaste hasta aquí.

—¡Cuidado con Coffey! —gritó.

Coffey estaba de nuevo en pie. Barbo apenas pudo creerlo. Nadie volvía a levantarse después de un puñetazo como aquél. Pero Coffey no estaba interesado en seguir luchando. Sabía contar..., eran dos contra uno, y él tenía una misión que realizar. Así que corrió hacia el borde del pozo, saltó sobre el Fondoplano que flotaba allí en el agua, se deslizó por el lado y al interior del asiento del conductor. Barbo llegó inmediatamente tras él, pero cuando alcanzó la escotilla ésta ya estaba cerrada. Y asegurada por dentro.

—¡Lo ha conseguido, maldita sea! —gritó.

Ahora Bud estaba también sobre el Fondoplano, tambaleándose pero de pie. Ver lo mal que estaba Bud tras la lucha hizo que Barbo se sintiera más útil de lo que nunca se había sentido antes. Había corrido el riesgo, intentando ser un héroe, y que se maldijera eternamente si no lo había conseguido.

Bud, sin embargo, no parecía impresionado. Estaba ya atareado, trasteando con el Gran Tonto, intentando soltarlo de la enorme garra de acero del Fondoplano.

—Ayúdame a soltar esto —dijo.

Barbo ayudó lo mejor que pudo, pero no había forma. Pudieron oír los motores del Fondoplano cobrar vida. Bud dejó de intentar soltar el Gran Tonto del Fondoplano..., ahora estaba trasteando debajo, intentando desprender la ojiva de combate del VOGR. Inútil. Coffey estaba sumergiendo el Fondoplano directamente bajo ellos, arrastrándolos de vuelta al agua. Demasiado frío, no podrían soportarlo más tiempo. Se sumergió.

Treparon fuera del agua. Bud estaba al límite de sus fuerzas.

—Ve a abrir la puerta —dijo. Barbo pulsó el botón y cruzó la puerta automática apenas se abrió lo suficiente como para dejar pasar su cuerpo. Recorrió a grandes

zancadas el corredor, corriendo como nunca antes lo había hecho, todo su cuerpo agitándose. Golpeó contra la otra puerta, tiró del trozo de tubo que Coffey había clavado en la rueda.

Por supuesto los demás habían estado viendo todo aquello desde la sala de control, así que estaban preparados cuando Barbo llegó junto a la puerta. Demasiado preparados. Al segundo mismo que la rueda pudo girar, Hippy abrió la puerta tan rápido que clavó a Barbo contra la pared. Al momento siguiente Hippy estaba en la bodega de inmersión, llevando el rifle de asalto como si creyera que estaba en una película de Chuck Morris. Barbo consiguió desencajar la puerta de su estómago y corrió tras él; pudo oír a Lindsey inmediatamente detrás.

Cuando llegaron a la bodega de inmersión, Bud estaba poniéndose ya un traje de inmersión. Hippy estaba de pie allí al lado como un idiota, contemplando el pozo. Tranquilos..., Coffey estaba todavía ahí abajo. Con todos los daños sufridos por la *Deepcore*, no resultaba fácil hallar un camino para hacer pasar algo tan grande como el Fondoplano hasta fuera por entre todos los hierros retorcidos sin engancharse con algo. Así que allí estaba aún Coffey en la burbuja, grande como la vida, mirando directamente hacia arriba, al fusil de asalto, y sin siquiera parecer preocupado.

—¡Dispara! —aulló Barbo—. ¡Dispara! Hippy estaba apretando el gatillo, pero no ocurría nada. ¿Acaso aquel chico idiota no había manejado nunca antes un arma?

—¡El seguro está puesto! —le chilló Barbo—. ¡Quítalo!

Hippy no parecía saber lo que era un seguro. Barbo agarró el arma, soltó el seguro y apretó el gatillo. El retroceso casi le arrancó los brazos. Las balas fueron a todos lados excepto al domo del Fondoplano.

—¡Olvida eso! —gritó Lindsey. Estaba junto a Bud. Todo aquello casi la había matado, observar la lucha, incapaz de hacer nada. Cuando Barbo apareció en el monitor pensó que era Dios. Ahora deseaba saber que Bud estaba bien, sólo deseaba tocarlo por un segundo.

Bud no tenía tiempo para nada de aquello ahora. Seguía pensando que aún era posible detener a Coffey.

—¡Vamos, rápido! ¡Ayudadme! —Se puso el collarín de caucho por encima de la cabeza—. ¡Echadme una mano, aprisa!

Lindsey pudo ver que Lioso y Chico eran suficientes para ayudar a Bud a ponerse el casco y la botella. Así que pensó en lo que *ella* podía hacer.

—¿Qué hay del Taxi Uno? —le preguntó a Una Noche.

—Listo para sumergirse. —Una Noche ya había dado la vuelta al pozo hasta el torno que mantenía al Taxi Uno a medio camino encima del agua—. Lo desengancharé.

Lindsey empezó a trepar por el lado del sumergible, luego dudó. Una Noche esperaba conducirle ella.

—¡Ve! —gritó Una Noche—. Eres mejor que yo en eso.

Lindsey reconoció aquello por lo que era: un signo de respeto. Reconciliación. Algo que nunca había esperado llegar a recibir de Una Noche. Asintió, subió hasta arriba. Una Noche ya estaba haciendo funcionar el torno. Lindsey condujo el sumergible hasta el centro del agua. ¿Cuántas horas habían pasado desde que Byron la bajara sobre el pozo de inmersión del *Explorer* en el gemelo del Taxi Uno? Si sólo hubiera estrellado el Taxi Tres allí mismo, con Coffey dentro. Ahora no estaría aquí en la *Deepcore*, pero tampoco sería *necesaria*. Arriba en cubierta terminaban ya con Bud.

—De acuerdo, dame eso. —Chico alzó el casco con su brazo bueno. Bud lo tomó, lo bajó sobre su cabeza.

Estaban hablando, comprobándolo todo, comprobándolo de nuevo.

—¿Llega el aire?

—Llega el aire.

—Eso es, llega el aire, llega el aire, llega el aire.

Era como una cantilena, sin sentido ahora, pero tenían que hacerlo. Estaban rezando. Estaban dándole sus bendiciones antes de que bajara al laberinto para luchar contra el minotauro. Notó cómo bajaban el anillo, encajando con precisión el casco y el collarín. La tetramezcla llegaba fuerte. Adelante. Adelante.

Saltó directamente hacia delante al pozo, se empujó hacia abajo. El Fondoplano había salido ya de debajo el pozo lunar, pero no estaba libre aún de entre el amasijo de hierros. Coffey aún tenía que orientar su rumbo..., Bud, siendo mucho más pequeño, no tenía los mismos problemas. Su problema era solamente llegar al Fondoplano a tiempo para cabalgar sobre él. Se dio un empujón con un tubo de acero del almacén, consiguiendo un buen tiempo, un buen tiempo. Pero todavía estaba a cinco metros, quizá seis, detrás del Fondoplano cuando Coffey vio el camino despejado, empezó a acelerar.

Pero el Fondoplano no era exactamente un coche de carreras. Bud consiguió nadar en diagonal y ganarle al Fondoplano, pese a la resistencia del agua, el tirón de su botella, la masa misma de su cuerpo y sus ropas y su equipo. Falló el agarrarse a la última manija del Fondoplano, pero consiguió sujetarse a una correa de arrastre que flotaba detrás.

Se sujetó con ambas manos mientras el sumergible le daba un tirón, arrojándole de un lado para otro en la turbulencia tras los impulsores. Salieron a mar abierto y se encaminaron directamente hacia el borde del cañón. Cuanto más rápido iba el Fondoplano, más difícil resultaba mantenerse sujeto. Pero, pese a todo, consiguió abrirse camino hacia delante, mano sobre mano, hasta que pudo sujetarse en el raíl de atrás de la plataforma del Fondoplano.

Era más fácil sujetarse ahora, pero la corriente seguía arrastrándolo; no podía

seguir avanzando. Entonces llegaron al borde del cañón y el Fondoplano se detuvo. Fue la pausa que Bud necesitaba. Avanzó hacia delante hasta donde colgaba el Gran Tonto, sujeto del brazo mecánico. Intentó liberar el VOQR, pero no pudo. Intentó soltar la ojiva de combate, pero era imposible, no con los guantes, no con aquella precipitación.

Bud miró a su alrededor, buscando algo, algún tipo de herramienta que pudiera usar, cualquier cosa. Lo único que vio fue una de las largas cuerdas de seguridad amarillas de nilón. Aquello era algo. Sí, señor, podía atarla a algún lado, impedir que el Gran Tonto fuera hacia abajo. No importaba que eso significara una ojiva de combate con un temporizador ajustado a tres horas tictaqueando a menos de cincuenta metros de la *Deepcore*. Si podían mantener al Gran Tonto cerca, entonces tenían una posibilidad de soltar la ojiva y desarmarla. Y, aunque no pudieran, mejor que estallara aquí arriba que allá abajo, un acto bélico contra los INTs.

Dentro del Fondoplano, Coffey podía oír el rozar de los pies de alguien arriba. Así que te agarraste al final. Lástima. No hay nada que puedas hacer, corazón blando, ojos llorosos, te encantaría sentarte y aguardar hasta que esos monstruos marinos surgieran del agua y empezaran a abrirse camino con sus armas a través de las ciudades norteamericanas. Bien, eso no sucederá. Sé cuál es mi deber, aunque no haya nadie aquí para decírmelo. Sólo que, ¿por qué no estaba haciéndolo? ¿Por qué seguía sentado allí? Estoy sentado aquí, estoy diciéndome a mí mismo hazlo, adelante, ahora. Sólo que no ocurre nada. La conexión se ha roto. El cuerpo no hace lo que dicta el cerebro.

Coffey sacudió la cabeza, la agitó violentamente, salpicando sudor y agua de mar a su alrededor dentro de la cabina. Estoy dentro del Fondoplano y aquí hay un botón que pone en marcha los motores del Gran Tonto. Aquí está. Éste es. Púlsalo.

Lo encontró. Alzó la tapa. Su dedo halló el botón. Lo pulsó. Todo muy lentamente, pero lo hizo.

Bud terminó de atar la cuerda al Gran Tonto justo en el momento en que los impulsores del VOQR cobraban vida. El Gran Tonto se tensó contra la presa del brazo que lo sujetaba. No había tiempo que perder..., ¿qué longitud tenía la cuerda, después de todo? ¿A qué velocidad podía ir el Gran Tonto? Bud se alejó a toda prisa, tirando de la cuerda tras él.

Coffey abrió las tenazas que remataban el brazo, y el Gran Tonto salió disparado. Bud tuvo la respuesta a su pregunta. Malditamente rápido. Y sin vacilar, además. Hippy había hecho un buen trabajo reprogramando al pequeño mamón. Avanzó hacia fuera y luego giró hacia abajo. Coffey lo observó, satisfecho. Hasta que vio la cuerda de nilón serpenteando tras él, atada al Gran Tonto. Inmediatamente supo lo que significaba. *Había* una forma en que podían estropearlo todo.

Hizo girar el Fondoplano, buscando el origen de la cuerda. Bud tenía el otro

extremo enrollado ya en torno al más cercano de los pesados patines de acero de la *Deepcore*. Coffey hizo girar el brazo del Fondoplano, directamente hacia delante, y condujo en línea recta hacia el lugar donde Bud estaba intentando atar un nudo. Un momento más tarde la cuerda se puso tensa..., allá abajo en el cañón, el Gran Tonto estaba tirando de su traílla, intentando liberarse. Espléndido, pensó Coffey. Hazlo difícil para Brigman. Mantenlo ocupado, rétenlo aquí, haz que se quede quieto, y lo tengo.

Bud tenía el nudo parcialmente hecho, lo suficiente para que resistiera un tiempo, cuando el Fondoplano llegó hasta él, el brazo extendido como la lanza de un caballero a la carga. No muy deportivo. Bud se agachó, se empujó lejos del patín justo antes de que el Fondoplano chocara contra él, destruyendo el brazo y quebrando ambos manipuladores. Cieno y restos se alzaron en todas direcciones, pero Bud estaba lejos y vivo por entonces. Desgraciadamente, y pese a los daños, el Fondoplano también. Bud observó a Coffey apartarse del patín. Pudo incluso verlo al otro lado de la burbuja, su camiseta completamente sudada. Estaba loco..., su aspecto era el de un animal salvaje, agazapado sobre los controles, aguardando para saltar.

Dentro del Fondoplano, la colisión había golpeado bastante a Coffey. Lo aturdió por unos instantes. Con el impacto, su nuca golpeó contra el cassette que Una Noche tenía allí. El aparato se puso en marcha. Una voz de mujer, cantando. «He sido pateada por el viento...» Coffey no deseaba oírlo, no deseaba que nadie le gritara al oído. ¡Cállate! ¡Deja de gritarme! Clavó el codo en el cassette, destrozó la caja de plástico. Se calló.

Bud nadó alejándose de la colisión, moviéndose diagonalmente hacia abajo, siguiendo la pared del cañón, intentando mantenerse en el lado ciego del Fondoplano. Debajo de él podía ver al Gran Tonto, girando y girando al extremo de la cuerda, recordando sólo que estaba programado para ir hacia abajo, intentando desesperadamente cumplir sus órdenes. Bud sabía que el nudo que había hecho no resistiría a menos que pudiera volver allí y asegurarlo. Podía ver ya que el Gran Tonto estaba haciendo progresos, tirando de la cuerda centímetro a centímetro. ¿Cuántos centímetros hasta que el extremo de la cuerda se saliera del nudo?

Por el momento, sin embargo, Coffey era la principal preocupación de Bud. Había conseguido sacar al Fondoplano de la nube de restos y cieno, y ahora derivaba hacia abajo, frente a la pared. Las luces del Fondoplano recorrían su superficie. Bud estaba en mala posición allí. Completamente expuesto en la cara del risco, sin ningún lugar donde ir. Intentó trepar por la pared de roca, intentó esquivar, pero era demasiado lento comparado con los impulsores del Fondoplano. Coffey había demostrado ya que no le importaba estrellarse contra cualquier cosa con tal de matar a Bud. Soy un insecto en una pared, y aquí viene el matamoscas.

Coffey lo tenía cogido. Allá en las luces, era suyo, podía terminar con aquella

molestia de una vez por todas. Tenía su cabeza a la vista, subiendo las escaleras, lo único que tengo que hacer es coger este viejo ladrillo de cemento y...

Justo en aquel momento una luz cegadora lo apuñaló a través de la ventana. Reculó..., ¿qué era aquello? ¿Uno de aquellos INTs? Demasiado tarde se dio cuenta de que era el Taxi Uno, y que avanzaba directamente hacia él. A toda velocidad. No había tiempo de esquivarlo.

En los controles del Taxi Uno, Lindsey dio un brusco giro a los impulsores y su sumergible se deslizó de costado, golpeando con su lado de estribor la cabina del Fondoplano. Ella sabía que iba a producirse la colisión, y se preparó para ella. Coffey no estaba preparado. Rebotó violentamente de un lado para Otro; luchó por controlar su vehículo, pero estaba tan desorientado que no sabía lo que estaba haciendo. Nada respondía correctamente. Entonces se dio cuenta de que los dos sumergibles estaban trabados entre sí en una maraña de hierros retorcidos, girando el uno en torno al otro. Lindsey sabía eso también, lo estaba controlando. Justo cuando vio que era el momento, forzó al Fondoplano a golpear de popa contra el risco.

Un fuego eléctrico prendió en la cabina del Fondoplano. Coffey agarró el extintor y roció las llamas. El fuego se apagó, pero lo mismo hicieron las luces del Fondoplano. Ahora colgaba en el agua, liberado del Taxi Uno pero sin control, derivando lentamente a lo largo de la pared debajo de la *Deepcore*.

Lindsey alzó la vista y vio que Coffey estaba impotente. Era el momento de ir en busca de Bud, de traerlo dentro. Ascendió, flotó encima de él.

—Entra —dijo por la UQC. No podía hacer nada solo allá fuera, un frágil buceador.

Oyó abrirse la escotilla y luego el chapoteo cuando Bud subió al Taxi Uno. Lindsey abrió la escotilla que conducía al compartimiento de atrás.

—¿Estás bien?

Bud le hizo el signo de OK, respondió:

—Sí.

Lindsey alejó el Taxi Uno del risco, maniobrando cuidadosamente, buscando al Gran Tonto. Divisó al VOQR, fue hacia él. Luego, una vez establecido el rumbo, miró hacia atrás a través de la escotilla. Bud se había quitado el casco y la botella.

—Me debes ésta, Virgil —dijo.

—Lo negociaremos más tarde. —Fue hacia delante, se inclinó por la escotilla—. ¿Ves al Gran Tonto?

—Sí, directamente al frente. Míralo.

El VOQR parecía impotente, colgando al extremo de la cuerda. Luego, de pronto, no pareció tan impotente. Estaba moviéndose. El nudo debía haber cedido allá en el patín.

La cuerda estaba deslizándose.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Lindsey.

—¡Ve tras él! ¡Ve tras él!

Era inútil perseguir al Gran Tonto. En vez de ello, Lindsey hizo avanzar hacia delante el brazo del Taxi Uno. No era nada comparado con el brazo del Fondoplano, pero haría el trabajo, si podía situar las tenazas en su lugar.

Ahí. Tenía la cuerda de nilón deslizándose a través de las tenazas.

—Mantenlo firme —dijo Bud.

Ella cerró las tenazas. Resistieron. La cuerda dejó de moverse. El Gran Tonto estaba de nuevo danzando en círculo al extremo de una cuerda.

Entonces el Taxi Uno recibió un tremendo golpe por detrás, como si algún pie gigantesco se hubiera abatido sobre él. Lindsey fue arrojada contra la pared; Bud terminó con sus posaderas en la parte de atrás del Taxi. Fueron sacudidos un poco más cuando el Fondoplano pasó rozándoles, haciéndoles pivotar sobre sus estabilizadores de babor. Aquello era malo, aquello era peligroso, pero lo peor fue lo último que vio Lindsey antes de que fuera arrojada fuera de la ventana: la pinza del brazo del Taxi Uno abrirse, el Gran Tonto quedar libre y seguir su camino hacia el fondo.

Todo había terminado. Coffey había ganado.

El problema era que Coffey estaba loco a causa del SNAP, completamente ido. No tenían forma de saber qué consideraba él una victoria suficiente como para abandonar.

—¿Dónde está? Bud, ¿lo ves?

Bud se esforzó en alcanzar el domo superior.

—Echaré una mirada.

El Fondoplano seguía moviéndose, avanzaba directamente hacia ellos. Confía en Coffey para saber cómo conseguir que todo funcione de nuevo dentro de un sumergible. Probablemente se había entrenado con vehículos similares en la Marina, hasta ser *capaz* de construir uno con hierba y cáscaras de coco, por si acaso necesitaba alguno en medio de una isla desierta.

—Viene aprisa. Acelera.

—Mieeerda —dijo Lindsey. Los impulsores se habían parado con la colisión. ¿Habían resultado dañados? No, ella debía haberlos cortado sin darse cuenta. Los accionó de nuevo. Respondieron.

Bud seguía en la parte de atrás, observando el Fondoplano a través del domo.

—A la derecha —dijo—. Gira a la derecha. —Coffey estaba sobre ellos, sin darles ningún respiro. Lindsey era el mejor piloto que Bud había visto nunca en un sumergible, y también lo era Coffey, casi a su altura. En parte eso era debido a que el Fondoplano poseía unos impulsores más potentes. Pero también se equiparaba a ella, movimiento a movimiento, mientras Lindsey serpenteaba en torno a la *Deepcore*,

metiéndose por debajo y alrededor del retorcido metal. En parte era también a causa del SNAP. La presión hacía que las sinapsis de su cerebro ardieran demasiado aprisa. Lo volvían loco, pero le proporcionaban mejores reflejos.

—Ahora está revoloteando por tu derecha. Todo a la izquierda, muchacha.

Ella apenas pudo oír lo que él le decía, tan concentrada estaba en abrirse camino a través de aquella carrera de obstáculos.

—¿A qué lado?

—A la izquierda, izquierda, izquierda.

—De acuerdo.

Esquivaron la *Deepcore*. Si la gente de dentro estaba mirando, debían disfrutar de un espectáculo realmente infernal. La carrera de cuadrigas de *Ben-Hur*, Luke Skywalker contra la Estrella de la Muerte, ahí vamos.

—Viene detrás de ti. ¡A la derecha!

Gran idea, Bud. Si voy a la derecha, nos empotramos contra el trimódulo-B.

Fue más allá de la *Deepcore* y giró a la derecha. Ahora estaban fuera, lejos de la *Deepcore*, siguiendo la línea de la pendiente. No era el mejor lugar donde estar. En terreno despejado, la superior potencia del Fondoplano se imponía..., y, por supuesto, Coffey sólo necesitó diez segundos para situarse en posición y embestirles por detrás. Rodaron por el interior del Taxi Uno.

De alguna forma, Lindsey consiguió mantener el Taxi Uno controlado y funcionando.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —respondió Bud—. El muy hijo de puta.

Coffey no había terminado. Los embistió de nuevo. Y de nuevo. Lindsey estaba rozando el fondo tanto como le era posible. Su única ventaja era la experiencia. Podía esquivar mucho mejor que él. Si no disponían de la *Deepcore* para proporcionarles obstáculos, utilizaba las rocas del fondo del océano.

Lindsey al menos tenía algo a lo que sujetarse. Bud iba de un lado para otro en la parte de atrás, como un dado en un cubilete.

—La gente paga por una mierda así en los carnavales —dijo.

Como respuesta, Lindsey golpeó fuertemente contra una roca del fondo marino. Los arrojó a ambos hacia arriba; ella consiguió recuperar el control al instante, pero fue la peor de todas las sacudidas para Bud, porque podía ver que Coffey estaba demasiado atrás como para embestirles, así que no esperaba aquello. Sus mandíbulas se cerraron tan violentamente que hubieran podido partirle la lengua.

—Jesucristo, muchacha —dijo. Ella no apreció la crítica.

—Bud, si crees que puedes hacerlo mejor, te cedo con gusto el puesto.

Definitivamente, no era una oferta tentadora. Además, ahora Coffey estaba *bastante* cerca. Desde atrás. ¡Bang! Luego desde el lado. ¡Bang! Luego desde arriba,

aplastándolos contra el cieno del fondo. ¡Bang!

Lindsey estaba empezando a enojarse de veras. Ahora se hallaba ya más allá del miedo, funcionando a base de pura adrenalina. El instinto asesino. El oso acorralado.

—¿Está directamente sobre nosotros?

—Ajá —dijo Bud—. Lo tienes pegado a tu culo.

Ella se elevó, bruscamente, luego se lanzó con toda deliberación hacia un saliente rocoso. Provocó una pequeña avalancha de cieno y rocas, directamente en el camino de Coffey. Lo cegó; golpeó contra la roca, quedó clavado allí por unos instantes, sin poder ver, sin saber lo que tenía delante.

Lindsey se elevó, giró a la derecha, y se dejó caer brutalmente sobre el Fondoplano cuando éste emergió finalmente de la nube de cieno. Lo obligó a descender, clavándolo contra otra roca, desgarrando el estabilizador de babor del Fondoplano. Coffey era bueno en la caza, pero no era bueno en recuperarse cuando su vehículo perdía el control. Lindsey se mantuvo tras él, golpeándole desde atrás. Las colisiones no eran tan fuertes sobre el Fondoplano como lo habían sido sobre el Taxi Uno, pero Coffey no podía controlarlas cuando lo pillaban por sorpresa. Estaba desorientado. Agitó las manos sobre los controles, pero durante unos buenos segundos no pudo recordar lo que hacía cada uno de ellos. Sus impulsores no funcionaban como deberían pese a que no dejaba de accionar los controles.

El Fondoplano golpeó el lecho marino, se clavó en una roca, giró sobre sí mismo en el momento en que Lindsey se lanzaba con el Taxi Uno para otra colisión. Quedaron enganchados, se deslizaron juntos ladera abajo. Y entonces Lindsey pudo ver que estaban de nuevo en el borde del risco. Deslizándose, deslizándose..., hasta que se detuvieron, el Fondoplano casi colgando en el borde, el Taxi Uno completamente apoyado sobre el fondo. Nariz contra nariz. Lindsey y Bud podían ver claramente el interior de la cabina del Fondoplano. Coffey estaba tendido a un lado de la cabina, el rostro estriado de sangre de un corte en su cabeza. Sus ojos estaban abiertos, pero él no estaba allí.

No, no lo estaba. Se alzó, sólo un poco, lo suficiente para girar la *cabeza* y mirarles.

Bud se inclinó hacia delante a través de la escotilla, miró por la ventana junto con Lindsey. El peso del Fondoplano era demasiado. Empezó a desprenderse del Taxi Uno. A deslizarse hacia atrás. ¿Llegó a darse cuenta Coffey de lo que estaba ocurriendo? No había nada que ellos pudieran hacer. Sólo mirar mientras el Fondoplano se desprendía por completo y empezaba a caer, más y más aprisa, hacia el abismo.

Coffey supo que algo iba mal. No debería estar cayendo así. Los controles deberían responder, tendrían que pasar cosas mientras movía frenéticamente las palancas, accionaba los interruptores. Dependía de algo, y este algo *no le respondía*.

Eso no debería ocurrir. Él nunca debería depender de nada ni de nadie. Siempre confiar sólo en ti mismo. Nunca contar con nadie. Monk, maldito bastardo. Te ganaron, Schoenick. Tú, mamá, te casaste con él y yo me convertí en una mierda para ti a partir de entonces, bueno no importa porque yo te he salvado pese a todo. Envié la ojiva de combate ahí abajo y ellos nunca saldrán a la superficie, está ahí abajo y enviará a todos esos monstruos al infierno y así, aunque me engañaste, me abandonaste, como hacen todas las demás jodidas madres, yo he salvado vuestras vidas, cada aliento que respires a partir de ahora es un regalo mío porque ahora estarías muerta y si no lo hubiera hecho y sólo lo hice por ti, sólo por ti.

Una pequeña fractura plateada se abrió en la burbuja central. Creció. La presión fuera del Fondoplano era ahora mucho mayor que la interior. Aquella grieta en la burbuja..., Coffey sabía lo que era. Era la puerta al infierno.

El agua entró a chorro contra su rostro de una pequeña abertura en el metal..., una abertura abierta ahora por la creciente presión fuera de la cabina. Coffey supo lo que vendría a continuación, supo que nunca saldría de aquel lugar. Lo que más le dolió, en su locura, fue que no estaría vivo para ver el fruto de su trabajo. No podría ver la flor de luz en el abismo, no podría sentir la onda de choque rodar sobre él. En vez de morir en el momento de la victoria, iba a morir sin saber si había cumplido hasta el fin con su misión.

Un momento de lucidez. Un momento de ultraje ante el hecho de que le habían *ordenado* que hiciera aquello. ¿Por qué debo morir por esto? ¿Por qué no puedo hacer, sólo por una vez, lo que yo deseo? Nada de órdenes, nada de misiones, sólo lo que Hiram Coffey desee hacer. Y lo que Hiram Coffey desea hacer en estos momentos es vivir, es mantener esta burbuja en su lugar, retener el agua fuera. Lo que deseo es alzarme fuera del agua, respirar el limpio aire bajo el cielo abierto, ver a otra gente y no tener que decidir cuáles son mis enemigos, tener que decidir si matarlos o utilizarlos. Lo que deseo es apoyar mis manos en los hombros de mamá y gritarle una vez más a la cara que *no tenía derecho* a enviarme allí y luego abandonarme como si nunca le hubiera importado en absoluto, después de todo lo que hice por ella.

Apretó las manos contra el plexiglás, aunque sabía que era inútil, porque tenía que hacer algo. No podía rendirse. En vez de ello gritó su desafío y —en el último momento— su rebelión.

De pronto, empujada por toneladas de presión, una cortina de agua de mar penetró violentamente como una guadaña por la rendija en la ventana y lo acuchilló. Un momento más tarde toda la burbuja implosionó, y Coffey murió en una sangrante espuma de bullente agua, aire y fragmentos de plástico transparente, y su grito no se oyó en medio del rugir de la victoria del océano.

Los constructores contemplaron apenados todo aquello. Incluso los pacíficos enzarzados en una guerra. Incluso Lindsey, que odiaba la ojiva de combate más que

nadie, incluso ella podía verse llena con la misma bestial y ciega rabia que cualquiera de los soldados. Incluso ella podía cargar una y otra vez hasta que su enemigo resultaba vencido. Incluso ella podía contemplar cómo moría. Y Bud, el que parecía ser un sanador, un constructor de conexiones entre la gente, aprobaba todo lo que ella hacía. ¿Por qué? Porque Coffey le hacía sentir tanto miedo, porque el miedo era tan insoportable, que harían cualquier cosa con tal de destruir lo que fuera que les hacía sentir de aquel modo.

Bud y Lindsey intentaron ayudarlo, persuadirle.

Pero finalmente abandonaron, ¿no? En último extremo, toda aquella gente era igual. Cuando tenían miedo, mataban. Y siempre tenían miedo.

Así que los constructores retrocedieron. No más interferencias. Aquel que le proporcionó a Barbo el aliento suplementario que necesitaba fue enviado lejos, a las profundidades, fue mantenido ocupado con otras tareas importantes..., pero tareas que no tenían nada que ver con los humanos.

Observaron a Coffey caer en el abismo, pero no hicieron nada por ayudarlo. Sólo después de que hubiera muerto acudieron rápidamente a sondear sus memorias, a conservarlas.

Eso es algo que podemos hacer por esos humanos que vinieron hasta tan lejos a nuestro encuentro. Cuando abandonemos este mundo, podremos llevarnos con nosotros las memorias de esas temerosas y retorcidas criaturas. Dentro de muy poco tiempo, nuestras memorias serán el único lugar donde permanecerá vivo ninguno de ellos.

Coffey había desaparecido. El Fondoplano había desaparecido. El Gran Tonto había desaparecido. Pero ellos seguían con vida dentro del Taxi Uno. Golpeados, llenos de hematomas, pero vivos.

Bud podía oír el agua gotear dentro del Taxi Uno. Se dirigió a la escotilla, pasó al otro lado para comprobar la situación. Procedía de la caja de control de los umbilicales externos. Un chorro pequeño pero constante. No a presión..., las presiones estaban equilibradas a aquella profundidad. Pero una fuga hacia dentro significaba también una fuga hacia fuera..., estaban perdiendo mezcla gaseosa a medida que la gravedad empujaba el agua al interior.

Lindsey miró hacia atrás a través de la escotilla.

—Nos estamos inundando como unos hijos de puta.

—Te has dado cuenta —dijo Bud.

—¿Sabes?, lo hiciste estupendamente ahí atrás, Virgil. Me sentí realmente impresionada.

Bud necesitó unos instantes para darse cuenta de que ella se refería a su actuación con el Gran Tonto y la cuerda y el jugar al escondite con el brazo manipulador del

Fondoplano.

—Bueno, sí, pero no lo bastante bien. Todavía tenemos que atrapar al Gran Tonto. —Estaba intentando alcanzar detrás del panel. La filtración tenía que producirse en un conector que se había soltado a causa del último impacto. No había habido ninguna fuga hasta entonces.

Lindsey todavía estaba comprobando los mandos. Accionando interruptores. No ocurría nada.

—No con esta cosa —dijo. Bud se echó a reír.

—Lo has comprobado, ¿eh?

Ella captó el chiste, rió también.

—Sí, querido. Lo he comprobado. —Puede que estuvieran inmóviles, pero no les resultaría difícil a los de la plataforma salir e ir en su busca. Traerle a ella un traje y una botella de tetramezcla. Intentó conseguir que funcionara la UQC—. *Deepcore*, *Deepcore*, aquí el Taxi Uno, cambio. —Pulsó el conmutador. Nada—. *Deepcore*, aquí el Taxi Uno, necesitamos ayuda, cambio.

Movió otro interruptor. Era el equivocado. Algo se cortocircuitó en medio de un surtidor de chispas. Se agachó, se protegió el pelo..., no era el mejor momento como para que una chispa prendiera en su cabello y su cabeza se convirtiera en una antorcha.

Las chispas cesaron. La cabina quedó a oscuras..., se habían quedado sin energía.

—¿Estás bien? —preguntó Bud.

—Sí.

Bud encendió la linterna submarina que siempre había en la parte de atrás del Taxi Uno. La enfocó en el rostro de ella para asegurarse de que realmente estaba bien.

—Bueno, eso es todo —dijo ella. Las comunicaciones desconectadas. No más llamadas. No debían haber pagado la factura.

—Maravilloso —dijo Bud. Se dio cuenta de que, incluso cuando apartó la luz de ella, pudo ver que seguía bien. Una luz azulada penetraba por la ventana—. Nos llega un poco de luz de alguna parte. Desde atrás, por la derecha.

—Sí, es la plataforma.

Miraron por la ventana, la localizaron.

—Está a unos buenos sesenta o setenta metros, diría. —Hubiera podido ser peor. Al final debían haberse movido en ángulo hacia atrás, hacia la *Deepcore*, sin darse cuenta de ello.

—Vendrán a buscarnos —dijo Lindsey. Bud seguía oyendo entrar el agua. Parecía más fuerte ahora. El chorro daba la impresión de hacerse más y más grande.

—Sí, pero va a tomarles su tiempo llegar hasta aquí. Tenemos que parar esta inundación.

Ella cruzó la compuerta al compartimiento de atrás, con él.

—¿Ves de dónde viene?

—Sí, ¿puedes contenerla? —Le tendió la luz. Ella la enfocó en el panel que dejaba entrar el agua—. Hay alguna conexión reventada aquí en este panel. El problema es que no creo que podamos contenerla. —Intentó retirar el panel de la pared para poder ver detrás—. ¿Tienes herramientas por aquí?

—No lo sé. Mira a tu alrededor.

Lo hizo, sin demasiadas esperanzas.

—Bueno, en realidad ya miré antes. —Se volvió de nuevo hacia el panel—. Maldita sea, todo lo que necesito es una maldita llave inglesa. —Los deseos no te proporcionan más que eso, deseos, como acostumbraba a decir su madre. Clavó los dedos en la parte de arriba del panel y en el lado derecho. Lindsey captó la idea y clavó los suyos arriba y a la izquierda. Bud clavó los pies en la pared y tiró. Ella hizo lo mismo. Se tensó, gruñendo, hasta que sus dedos no pudieron seguir tirando, resbalaron y se soltaron, despellejando sus yemas.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡La hija de puta!

Lindsey se preocupó al verle tan alterado.

—Tranquilo, Bud —dijo. Necesitaba que mantuviera la calma, porque mientras estuviera calmado eso sugería que podía haber algo que pudieran hacer. Pero el agua llegaba ya a sus cinturas ahora, mientras permanecían arrodillados en el suelo ahí atrás, y eso sugería que no tenían mucho tiempo para pensar en lo que podían hacer—. Tranquilízate. —Agitó los dedos, intentó devolver algo de sensación a ellos.

—De acuerdo —dijo Bud. La confianza volvía a su voz—. Está bien. Tenemos que sacarte de aquí.

El agua era realmente fría. Él llevaba su traje de inmersión. Ella no.

—Sí. Pero ¿cómo?

—¡No sé cómo!

—De acuerdo, de acuerdo. —Era difícil pensar en algo cuando no había nada en que pensar excepto un único y terrible hecho—. Sólo tenemos un traje.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Pero pensaremos en algo.

Ella no le estaba escuchando. Aunque ahora se había puesto de pie, ligeramente inclinada, para mantener la mayor parte de su cuerpo fuera del agua, eso no ayudaba mucho.

—Oh, Dios, me estoy congelando —dijo. Eso le hizo darse cuenta de lo que había significado el que él hubiera ido nadando por debajo de la plataforma hasta el pozo lunar. Pero eso era una docena de metros. No sesenta.

—Hey, dame tus manos —dijo él. Se las dio. Él las sujetó entre las suyas..., estaban realmente calientes. No perdía tanto calor a través de su traje—. Escucha —dijo. Ella creyó que iba a darle una respuesta. Lo que dijo fue mucho menos satisfactorio—. Tú eres lista: piensa en algo. ¿No puedes pensar en nada? Piensa en

algo.

Era absurdo. Pero la forma en que Bud se lo preguntó, calmado, expectante, hizo que se sintiera más confiada. Y pensó en algo.

—De acuerdo. ¿Por qué no vas hasta la plataforma y me traes un traje?

—Me tomará unos siete, ocho minutos, nadar hasta allí, recoger el equipo y volver. No lo conseguiré. —Seguía sujetando sus manos. Se estaban envarando, se volvían azules con el frío—. Mira esto. Cuando vuelva, tú...

—Sí. De acuerdo. Mira a tu alrededor. Sólo mira a tu alrededor. —Tenía que haber algo que pudieran utilizar, algo que les diera una idea. Ella encontró una mascarilla respiratoria.

—Prueba si funciona —dijo Bud.

Ella ya se la había llevado a la boca. Nada. La dejó caer. Miró un poco más a su alrededor, intentando mover los brazos, no dejar de moverse, mantenerse caliente. Seguía emitiendo sonidos involuntarios. Se obligó a cortarlos. Sonaba demasiado como si estuviera gimoteando. No iba a gimotear.

De pronto, Bud empezó a moverse con un propósito definido.

—De acuerdo —dijo. Le estaba tendiendo su botella de tetramezcla—. Ponte esto. Se metió las manos debajo del collarín, empezó a sacárselo por encima de la cabeza.

Ella necesitó un segundo para darse cuenta de lo que pretendía hacer. No tenía ningún plan. Simplemente había decidido darle su traje y hacer que se marchara mientras él se quedaba allí y moría.

—¡No, no! ¿Qué pretendes hacer, esperar que te crezcan branquias o algo así? Vas a...

—No discutas conmigo, maldita sea, sólo...

—Mira, esto no es una opción, así que simplemente olvídale. —Pensó en él ahogándose. Pensó en él aspirando la helada agua en sus pulmones como había hecho la rata de Hippy, sólo que esto no iba a terminar con alguien cogiéndolo por los pies y poniéndolo boca abajo y haciéndole expulsar los fluidos como Hippy le dijo que había hecho Monk con Beany.

—¡Lindsey, cállate!

—¡No! —Déjame pensar, tiene que *haber* una forma.

Todo lo que él sabía era que si ella no cogía el traje se ahogaría. No era momento aquél para ceder ante su testarudez. Aquélla era la peor cosa del mundo. Lo sabía. Lo recordaba. Había sentido el agua entrar en sus pulmones, y eso no iba a ocurrirle a ella. Él no iba a sobrevivir y tener que pasar todo el resto de su vida imaginando cómo se había sentido ella mientras moría de la forma en que debía haberlo hecho Junior.

—¡Cállate y ponte esto!

—¿Quieres ser lógico por una vez en...?

—¡Al diablo la lógica!

—Escucha, ¡escucha! Simplemente *escúchame* por un segundo. Tú llevas puesto el traje y eres mucho mejor nadador que yo, ¿correcto?

—Sí, bueno, quizá.

—Bien. Sí. De modo que tengo un plan.

—¿Qué plan?

—Yo me ahogo, tú me llevas de vuelta a la plataforma. No pudo creer que ella estuviera diciendo aquello. Echó la cabeza hacia atrás y le gritó:

—¿Qué maldito plan es éste?

—Yo me ahogo y...

—¡No!

—Sí.

—¡No!

—Esta agua está sólo a un par de grados por encima del punto de congelación. Entraré en una profunda hipotermia. Mi sangre se volverá como agua helada. Mis sistemas corporales funcionarán más lentos, pero *no se pararán*. Tú me llevas hasta allá, y yo podré ser... revivida al cabo de quizá diez, quince minutos.

—¡Lins, ponte esto! ¡Ponte esto! —Estaba suplicando ahora, implorándole. Pero también estaba escuchando, procesando la información a un cierto nivel dentro de su mente. Sabía que era cierto que si consigues recuperar a tiempo a una víctima ahogada en agua muy fría a veces puedes hacer que reviva. A menudo. Pero no *siempre*.

—Es la única forma —dijo ella—. Vuelve a ponerte el casco. Vuelve a ponértelo, sabes que tengo razón. *Por favor*. Es la única forma. En la plataforma hay todo el equipo necesario para conseguirlo. Ponte el casco, Bud, por favor.

Ella tenía razón. No había ningún otro plan excepto el que él había estado elaborando..., los dos quedándose en el Taxi Uno, discutiendo, hasta que se ahogaran ambos. Su idea ofrecía alguna esperanza.

—Es una locura —dijo.

—Oh, Dios mío, lo sé, pero es la única forma.

Él volvió a meterse el collarín por la cabeza. Ella sujetó la botella, le ayudó a ajustársela, pese a que sus dedos estaban ya tan ateridos por el frío que apenas podía sujetar nada. Ambos siguieron hablando, murmurando, concentrándose en la tarea.

—Puedes hacerlo, lo sabes —dijo ella. Le miró con unos ojos que decían: Confío en ti. Por primera vez en todos sus años juntos él miró profundamente en sus ojos y vio que ella creía absolutamente, absolutamente, en él. Iba a descender directamente al límite mismo de la muerte, y sería misión de él traerla de vuelta, sólo de él, y ella confiaba en él. Acarició su mejilla. Su mano era como hielo, pero parecía quemar.

Sentiría eternamente aquella mano sobre su mejilla—. Puedes hacerlo.

—Oh, Dios, Lins, yo...

Iba a decir que la quería.

—No. Puedes decírmelo más tarde. —Y entonces le *dijo*, no con palabras, sino tendiéndose hacia él, inclinándose hacia él en los veinte centímetros de aire que les quedaban en la parte superior del compartimiento y besándole, un beso largo y profundo, no un beso de pasión, no para excitarle, sino un beso de pertenencia. Le dijo: Soy parte de ti, te quiero. Confío en ti en todo. Él nunca había creído que ella llegara a decirle algo así, y sin embargo lo comprendió como si se lo hubiera dicho un millar de veces. La creyó. Era cierto.

Metió el casco en el agua, se inclinó, se lo puso. Luego se enderezó, el casco aún no encajado al collarín, y contuvo el aliento mientras el regulador llenaba el casco con la tetramezcla y empujaba el agua fuera. Era la peor forma de hacerlo, con agua dentro del casco, pero no quedaba espacio suficiente entre el agua y el techo como para ponérselo en seco. Y, mientras lo hacía, podía oír a Lindsey toser, escupir..., el agua estaba ya lo bastante alta como para que tuviera que inclinar la cabeza hacia un lado o hacia atrás para mantener la boca fuera de ella.

Estaba preparado. Fijó las sujeciones del casco. Luego flotó allí en el agua, observándola inspirar la última bocanada de aire en la parte superior del compartimiento. Una cosa era decidirlo. Otra cosa completamente distinta hacerlo. No pudo evitar verse dominada por el pánico, no pudo evitar el exclamar:

—¡Bud! —Y luego—: Ayúdame. —Y entonces ya no hubo más espacio. Ella lo supo, y se hundió, mirándole de frente, reteniendo su último aliento, los ojos fijos en su rostro.

Y él la miró a través de su mascarilla facial, la vio observarle con terror en sus ojos, la boca parcialmente abierta. Entonces se inclinó hacia delante y apretó los labios contra su mascarilla. En súplica. Como si estuviera intentando respirar el aire que había dentro de allí. Y todo lo que él pudo hacer fue mirarla, en todo lo que pudo pensar fue: Está ocurriendo de nuevo, oh, Dios, está ocurriendo de nuevo.

Ella se situó detrás de él, engarfió las manos detrás de su casco, apoyó la cabeza en su hombro y se reclinó contra él, lo abrazó tan fuerte, y él también la abrazó a ella. Estaba abrazándola cuando sintió que el pecho de ella cedía finalmente, dejando que sus pulmones se llenaran deliberadamente de agua. Se estremeció, sufrió un espasmo, su pecho se agitó de nuevo cuando su cuerpo intentó expulsarla.

Todas las veces que había deseado: Si hubiera estado con Junior al final, si hubiera podido abrazarlo cuando murió. Y ahora estaba ocurriendo, la estaba abrazando a ella, y ella se estaba ahogando, y era peor estar allí, sentirse impotente, tenerla aferrada a él y sentir su cuerpo perder el control, sabiendo que *no puedo hacer nada* por ayudarla, era la peor cosa del mundo.

Luego sus manos se relajaron. Había perdido el conocimiento.

No, estaba muerta. Todo se había detenido. La única esperanza que les quedaba era que también hubiera sido matada por el frío, que éste estuviera frenando todos sus sistemas de modo que no muriera tan *aprisa* como normalmente ocurría. Su vida estaba prendida en el conflicto entre las dos muertes. Y Virgil Brigman era quien sujetaba la cuerda.

Abrió la escotilla de salida, metió los pies por ella, luego la sujetó firmemente. Actuó con rapidez, pero no tan rápido que pudiera cometer algún error, no tan rápido que no pudiera estar atento a todo para asegurarse de que no le causaba ningún daño cuando la extrajo por la escotilla. Cuando estuvo fuera, volvió a meter la mano y cogió la linterna. Quizás estuvieran observándoles desde el interior de la *Deepcore*. Quizá le vieran llegar, vieran su luz y bajaran al pozo lunar. Quizás estuvieran preparados, y eso ahorraría unos cuantos segundos, y tal vez éstos fueran los segundos que marcaran la diferencia, que le permitieran extraerla de vuelta del abismo.

14 – Velas

Cuando Lindsey murió, los constructores observaron algo de lo más curioso. Mientras enviaban sus zarcillos para sondear su cerebro, se vieron llenos de pesar. Nunca habían sentido pesar hacia los suyos que morían, siempre que sus memorias hubieran podido ser acumuladas a la ciudad. Sin embargo, las memorias de Lindsey habían sido acumuladas —lo estaban haciendo en aquellos momentos—, y sin embargo se veían inundados por el pesar. ¿Por qué?

La pregunta circuló rápidamente a través de la ciudad, y en un apartado rincón fue oída por el constructor que se había atrevido a ayudar a Barbo a llegar hasta el pozo lunar. Él sabía la respuesta, pero por un breve instante dudó en proporcionarla..., aventurarse a aquel debate significaría seguramente exponerse a más censura. Pero luego recordó la decisión de Barbo en la escotilla seis, intentar nadar hasta un lugar al que sabía que no podría llegar. ¿Acaso él, cuyas memorias no podían morir, era menos valeroso que el humano, cuya vida podía ser barrida en cualquier momento y sus memorias perdidas? Así que ofreció su respuesta a la ciudad:

Sentimos pesar por ella como nunca hemos sentido pesar por ninguno de nosotros, no porque sus memorias resulten perdidas, porque no es así; sentimos pesar por ella porque sus acciones independientes en el mundo, que eran tan extrañas, que nadie más hubiera realizado nunca, para bien o para mal, esas acciones ya no existirán más. Sentimos pesar no por su pasado, que conservaremos para siempre, sino por su futuro, que jamás tendremos. Sabíamos que era la mejor de todos ellos, y así la pérdida de su futuro nos duele en lo más profundo. Más que la autodestrucción de toda la especie de la humanidad, la pérdida de este ejemplar nos cubrirá de pesar a todos.

La ciudad escuchó, y la idea sorprendió a todos. Y también pensaron en algo más: Aquel mismo constructor que les había dado la respuesta se había visto transformado por el hecho de conocer a los humanos, y había actuado de una forma que era distinta de la que cualquier otro constructor hubiera actuado nunca. ¿Qué otro constructor hubiera hablado pese a la prohibición de la ciudad? ¿Qué otro constructor se hubiera atrevido nunca?

Por ello aquel constructor debía ser admitido a la ciudad, recordado, y luego dispersado.

¿No es esto precisamente lo que hacen esos humanos? ¿Destruir a los individuos que les hacen sentir miedo?

Él es uno de nosotros. No será destruido, será recordado.

Pero extirparemos la posibilidad de que vuelva a actuar de forma extraña. ¿Y por qué? Porque tememos el cambio que ha traído hasta nosotros. Extirparemos su influencia futura porque tenemos miedo de ella. Hemos hecho esto una y otra vez a lo

largo de nuestra historia. Nunca pensamos en ello como asesinato, porque no se pierde ninguna parte de su pasado. Pero ¿acaso no acaba de mostrarnos que resulta igual de pesados interrumpir el futuro de un individuo?

Era una idea extraña y terrible el que ellos mismos practicaran algo que se parecía al asesinato, y el que su motivo fuera también el miedo. Ellos nunca actuaban con la rabia maníaca que aquellos humanos mostraban en la batalla, pero pese a todo hacían lo que hacían todas las demás criaturas vivas: Actuaban contra los individuos para protegerse a sí mismos. Hasta que se habían encontrado con aquellos humanos nunca habían valorado al individuo, nunca habían llegado a concebir realmente lo que podía significar la auténtica individualidad, puesto que compartían tan libremente las memorias entre ellos mismos que cada constructor recordaba haber hecho todo lo que habían hecho los demás constructores; por eso, los límites entre ellos significaban poco. Ahora, sin embargo, mientras Bud Brigman arrastraba el cuerpo de Lindsey a través del agua en dirección a las luces de la *Deepcore*, comprendieron finalmente cuáles eran esos límites, y cómo era posible apreciar a una persona y lamentarse de su pérdida.

Entonces las memorias de Lindsey empezaron a circular entre los constructores de la ciudad. Por encima de todo, se sorprendieron ante el momento de su muerte. Temía a la muerte, y sin embargo había elegido morir antes que robarle el último aliento a Bud. Un miedo furioso la había conducido a matar a Coffey, pero un miedo más fuerte aún permanecía no teñido por la furia. Así, había actuado movida por una sensación más poderosa..., una seguridad de que Bud podría mantenerla con vida. Reconocieron esa sensación. Era la misma confianza que sentían los constructores cuando uno de ellos se hallaba al borde de la destrucción de su cuerpo, y otro constructor se acercaba y tomaba sus memorias. Viviré, decía el sentimiento: Viviré en ti. Y Lindsey reflejaba en aquello mucho más que la esperanza de que Bud pudiera devolverla a la vida. Sabía que las esperanzas eran escasas en comparación con la probabilidad de su muerte permanente. También sabía que, aunque muriera, definitivamente y para siempre, seguiría viviendo en él.

Imposible. ¿Cómo podía, cuando ellos no compartían las memorias del mismo modo que lo hacemos nosotros?

De nuevo, una voz tranquila propuso una respuesta a la pregunta, y esta vez fue coreada por la mayor parte de los otros constructores que habían estado cerca de la *Deepcore*, que habían experimentado más directamente a los humanos:

Ella sabe que ella lo ha cambiado a él, de modo que el futuro de él se verá siempre teñido por su influencia mientras viva. Ella forma parte de lo que él es, así que su influencia en el futuro no morirá con ella.

La ciudad escuchó, asombrada: Examinaron aquella respuesta, y creyeron en ella. Aunque el proceso no era tan claro y directo como el compartir las memorias, era

cierto. Los humanos habían hallado una forma de seguir viviendo en la vida de otros.

Observémosles, dijo la ciudad. Es posible que aún haya alguna esperanza para ellos. Observándoles tal vez podamos descubrir alguna forma de eliminar el daño que les hemos causado, alguna forma de ayudar a esos humanos a salvarse a sí mismos.

Una Noche estaba mirando por la ventana del lado desde el que se acercaba Bud. Todos habían visto las luces de la persecución; habían visto cómo los sumergibles se encajaban el uno en el otro y luego caían y todo se volvía oscuro. Más allá de eso, no tenían la menor idea de lo que había ocurrido. Pero, cuando Una Noche vio una sola luz de un buceador solitario nadar hacia ellos, supo que tenía que ser Bud..., era el único que disponía un traje de inmersión y un casco.

—¡Lo tengo! —gritó—. ¡Lo tengo! —Ahora estaba más cerca, y pudo ver que llevaba algo con él. *A alguien*—. ¡Oh, Dios mío! ¡Es Lindsey!

La voz de Bud cobró vida en la UQC, débil y quebrada, pero todos pudieron oírla: —*Deepcore, Deepcore*, ¿podéis oírme?

Hippy estaba en la línea.

—Sí, te oímos, Bud. Estamos aquí.

Le resultaba difícil a Bud hablar, puesto que exigía el máximo de su cuerpo, nadando tan rápido como le era posible, intentando avanzar contra la resistencia del agua sobre sus dos cuerpos. Lo frenaba un poco el hablarles mientras le observaban a través de la ventana. Pero valía la pena el retraso de unos cuantos segundos si eso significaba que estarían preparados para coger a Lindsey apenas llegaran allí.

—Id a la enfermería. Traed el equipo de primeros auxilios. Oxígeno. El desfibrilador. Adrenalina en un inyectable de diez centímetros cúbicos. Y algunas mantas eléctricas. ¿Lo habéis entendido todo?

—De acuerdo. Cambio.

—Acudid al pozo lunar. Rápido.

—Bien, vamos —dijo Hippy. Todos se estaban moviendo ya, partiendo hacia sus respectivos trabajos, recogiendo las cosas. Evidentemente, estaba muerta..., nadie podía vivir allí fuera sin un traje, sin mezcla respiratoria. Sin embargo, si Bud decía que lo hicieran, entonces lo harían. Y todos conocían las historias de personas que se habían ahogado en ríos helados y habían sido devueltas a la vida diez minutos más tarde, a veces incluso una hora más tarde. *Podía* funcionar.

Nadie se preocupó por la pulcritud. Tomaron lo que necesitaban y dejaron que todo lo demás cayera si era necesario. Cuando Bud llegó debajo del pozo lunar, estaban todos allá en la cubierta, al borde mismo del pozo. Chico vio el casco naranja asomar por el agua.

—¡Aquí llega!

Barbo chapoteó en la plataforma de inmersión y tendió las manos para coger a Lindsey de brazos de Bud. La llevó al borde del pozo, la tendió a los otros. La

depositaron en el suelo; sus ojos estaban abiertos, pero eran unos ojos muertos. Hippy metió un tubo en su boca, succionó el líquido que había allí. Bud se quitó el casco, arrojó su botella, se arrodilló al lado de ella, chorreando agua sobre su cuerpo.

—¿Está aquí el desfibrilador? ¡Apresúrate, Barbo! Aplícaselo. —Empezó a apretar contra la base de su esternón, empujando en cortos golpes, haciendo brotar agua por su boca. Hippy estaba canturreando:

—Oh Dios mío, oh Dios mío, oh Dios mío.

¿Por qué se tomaba tanto tiempo Barbo con el desfibrilador? Untando la jalea conductora en las placas, frotándolas entre sí..., todo según las instrucciones. Malditas instrucciones, era demasiado lento... Bud tendió las manos hacia ellas. Barbo no se las dio.

—No, hay que aplicarlas sobre la piel desnuda, o de otro modo...

Bud desgarró el cuello de la blusa de Lindsey, abrió la pechera, dejó sus pechos al descubierto. Bud aplicó las placas del desfibrilador, una en el centro del pecho, otra a un costado.

—¿Está bien así? ¿Es así como hay que colocarlas?

—¡Me parecen bien! —respondió Hippy—. ¡Me parecen bien! ¡No lo sé!

Una Noche estaba diciendo algo. Bud no estuvo seguro de lo que decía.

—¿Qué? ¿Qué?

—Lo tengo —estaba diciendo ella.

Jesús, entonces, ¿a qué estaban esperando?

—¡Entonces hazlo! —gritó.

—Adelante, suelta la descarga —dijo Barbo.

—¡Preparado! —dijo Una Noche. El desfibrilador estaba cargado y listo. Apretó el botón. El cuerpo de Lindsey sufrió una convulsión.

Era puro reflejo muscular. Cuando terminó, seguía tan muerta como antes.

—No hay pulso —dijo Chico.

Bud siguió apretando su pecho, intentando conseguir que su corazón, allá dentro, se moviera.

—Hazlo de nuevo, Una Noche. ¡Otra descarga!

—Se está cargando. Se está cargando. Se está cargando. —Luego—: ¡Preparado!

Bud apartó las manos. Lindsey se convulsionó de nuevo. Nada.

—Vamos, muchacha —murmuró Bud—. Oh, Cristo. —Una Noche seguía con la máquina, allí al lado, sin hacer *nada*—. ¡Vamos! ¡Otra vez!

—¡Preparado! —gritó Una Noche. Alzaron las manos del cuerpo de Lindsey. Una Noche pulsó de nuevo el botón. La espalda de Lindsey se arqueó. Volvió a caer, inmóvil.

Pasaba una eternidad entre cada descarga eléctrica. Si el desfibrilador fuera más rápido, si no hubiera tanto intervalo entre las descargas, entonces *quizá* pudieran

hacer que su corazón empezara a funcionar de nuevo, cada segundo entre cada sacudida era otro segundo en el que las células cerebrales podían morir mientras su cuerpo se calentaba.

—Adelante, Una Noche. ¿A qué estás esperando?

—¡No hay pulso! —dijo Chico. Desesperado, pensando en su propia esposa, sus propios hijos, cómo no lo podría soportar si estuviera en el lugar de Bud.

Una Noche estaba leyendo los signos vitales en el desfibrilador..., las placas actuaban como un improvisado electrocardiograma mientras siguieran aplicadas contra su pecho.

—Maldita sea, es plano, maldita sea, es plano.

Bud apartó a Una Noche a un lado, apoyó las manos en la base del esternón de Lindsey y empujó, contando entre dientes mientras lo hacía. Estaba intentando conseguir un latido de su corazón, hacer que bombeara un poco de sangre aunque tuviera que cogerlo y estrujarlo con sus propias manos. Las costillas cedían bajo su presión. Si alguna se rompía, las cosas iban a complicarse más aún. Pero sería mejor que estar muerta con las costillas intactas. Uno dos tres cuatro cinco seis. Uno dos tres cuatro cinco seis.

—Aire —dijo alguien.

Hippy sujetó la mascarilla sobre su boca y nariz.

Uno, dos, tres, cuatro.

—Aire —dijo Bud.

—No hay pulso.

—Vamos, muchacha. Vamos. —Lo repitió una y otra vez, lo susurró, intentando animarla. Ella no le oía. Siguió apretando su pecho, apretando, una y otra vez.

Barbo adelantó suavemente las manos, sujetó las muñecas de Bud.

—Bud —dijo en voz muy baja—. No hay nada que hacer, Bud. No hay nada que hacer.

Bud dejó de apretar. El rostro de Hippy estaba contorsionado por el dolor cuando alzó la mascarilla. Los demás observaron en silencio, con los ojos muy abiertos..., a la irresistible muerte, a la agónica determinación de Bud, al dolor que sabían que estaba sintiendo, al dolor que ellos compartían porque le querían, formaba parte de ellos, y ahora se daban cuenta de cuánto amaba todavía a Lindsey. Sabían que aquello estaba desgarrando una parte de su alma, y no podían hacer nada por aliviarlo.

—Lo siento —dijo Barbo. Bud permaneció arrodillado allí, mirándole con ojos vacuos. Barbo cogió los lados de la blusa de Lindsey y cubrió su pecho.

—No hay pulso —dijo Chico. Su voz sonó definitiva.

Bud se inclinó sobre ella, mirando directamente su rostro. Notó que Barbo apoyaba una mano en su nuca, una mano consoladora. Pero él no deseaba consuelo. No deseaba afecto de sus amigos. Deseaba que Lindsey volviera.

Apartó bruscamente la mano de Barbo.

—¡No! —Fue casi un aullido. No iba dirigido a Barbo ni a ninguno de ellos. Se lo gritaba a la Muerte, a Dios, al Destino, a todo el universo, y sería mejor que escucharan—. ¡No, ella tiene un corazón fuerte, quiere vivir! —Empezó a apretar de nuevo—. ¡Vamos, Lins! ¡Vamos, muchacha! —Apretó, apretó, luego se detuvo y apoyó su boca en la de ella, pellizcó su nariz para cerrarla, impulsó su propio aliento por la garganta de ella. Una, dos, tres veces. Cuatro. Luego se alzó y empezó a apretar de nuevo. Hizo una momentánea pausa para arrancarse su collarín a fin de que no apretara contra la garganta de ella la próxima vez que le insuflara aire. Se inclinó de nuevo, apretó los labios contra los de Lindsey, sopló aire a su garganta. Largas, profundas inspiraciones. Toma este aire, Lins. Tómallo, úsalo. Es para ti, maldita sea, úsalo, vive con él, vive.

—Otra descarga —dijo—. Vamos. *Vamos*.

Una Noche volvió a colocar las placas del desfibrilador. Se estremecía ligeramente; aquello era insoportable, seguir intentándolo cuando Lindsey estaba evidentemente muerta. Como algún predicador loco rezando sobre un bistec, intentando traer de vuelta al animal a la vida. Lo hacía por Bud, eso era todo, porque él lo deseaba tanto. Mantenía sus ojos fijos en el aparato, en los indicadores. La carga señaló completo.

—Preparado. Preparado.

Lindsey sufrió un nuevo espasmo con la electricidad. No funcionó. Bud siguió bombeando, respirando dentro de ella. Luego se detuvo, se inclinó muy cerca de su rostro.

—Vamos, respira, maldita sea, respira. —Había sido idea de ella hacer esto, había sido idea de ella y ahora no respondía, no estaba haciendo lo que ella misma había dicho—. Maldita sea, nunca retrocediste ante nada en tu vida. ¡Ahora lucha! —La abofeteó, no duramente, un golpe que pedía una reacción, un golpe para despertarla, para llamarla de vuelta—. ¡Lucha! —La abofeteó de nuevo—. ¡Lucha! —De nuevo. La sujetó por los hombros, la sacudió—. ¡Lucha, maldita sea! —Ahora estaba llorando, de pura rabia. Ella le estaba abandonando. Estaba renunciando a algo por primera vez en su vida, y él no podía soportarlo—. ¡Lucha, lucha, lucha! —Su voz era un ronco grito. Aullaba la palabra, quebrándola en sus labios, un largo y dolorido grito—. ¡Lucha! Enviaron miles de voltios a través de su cuerpo, le dieron oxígeno, insuflaron aire en su garganta. Nada de aquello funcionó. Pero entonces, con Bud gritándole y llorándole, maldiciéndole, llamándole cosas, *peleándose* con ella..., entonces vieron como sus ojos se movían por sí mismos, su garganta hacía el gesto de *tragar*, su pecho daba una pequeña sacudida, una ligera tos espástica. Sus manos se crisparon por un momento. Podía ser el espasmo involuntario de un cuerpo muerto. Pero no lo era. Bud lo sabía.

—Lins. Eso es, Lindsey. Vuelve, muchacha. —Ella giró la cabeza hacia un lado como si dijera no. Luego tosió, escupió. *Respiró*. Bud empezó a reír, no pudo evitarlo, ella lo estaba consiguiendo. Oyó que alguien reía también. Alegremente. ¿Se habrían reído cuando Jesús se alzó de entre los muertos? ¿Les habría oído Lázaro reír de alegría cuando salió de su tumba?

Una manos le tocaron, la cabeza, los hombros. Alzó el rostro y rió. Ella tosió de nuevo, jadeó profundamente, en busca de aire.

—Necesita aire —dijo Hippy. Apoyó la mascarilla sobre su rostro. Ahora inspiró, tragó oxígeno—. Respira, tranquila.

Sus ojos se abrieron. Les estaba oyendo, lo estaba consiguiendo.

Bud le gritó de nuevo. Esta vez de pura alegría.

—¡Lo conseguiste, muchacha! —Había hecho lo que había dicho que haría. Le había dicho que volvería allá en el Taxi Uno, y él había confiado en ella, hizo lo que ella le había dicho, y luego ella volvió del otro lado, cumplió con su parte del trato. Vivía. Se arrodilló a su lado, riendo y llorando. Todos estaban riendo y llorando a la vez. Había descendido hasta la muerte y luego había vuelto. Bud la había sacado de allí. O ella se había aferrado a la voz de Bud, a la *voluntad* de Bud, y se había arrancado de entre los muertos. O ambas cosas.

Estaba viva. Se hallaba en la enfermería, no totalmente consciente aún. Pero todavía había una ojiva de combate allá abajo, donde el Gran Tonto la había llevado, y el reloj seguía tictaqueando.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Bud a los demás—. ¿Hay alguna forma en que podamos ir tras ella?

—¿El Taxi Uno?

—Está averiado —respondió Bud—. No iré a ninguna parte.

—¿Enviar al Pequeño Tonto?

—¿Para hacer qué, para decir hola?

—Para depositar algunos explosivos encima. Para volar la ojiva antes de que haga su juego de magia nuclear.

—¿Tenemos algo en la *Deepcore* que pueda estallar a esa profundidad?

—¿Qué profundidad?

Hippy pareció casi avergonzado.

—Programé al Gran Tonto para bajar hasta los seis mil. Es su máxima profundidad estimada. Más un cierto factor de seguridad.

—¿*Seis mil*?

Era Monk quien sabía cómo podía hacerse. O al menos cómo podía *intentar* hacerse.

—El Traje de Gran Profundidad —dijo.

—¿Puede llegar hasta tan abajo? —preguntó Bud.

—Quizá —dijo Monk—. En realidad, lo que más importa es el sistema de respiración por fluidos. Hace posible resistir mucha más presión. Y recarga el oxígeno durante un tiempo. Te proporciona más margen para bajar allá abajo.

Seis mil metros. Eso significaba bajar directamente más de cinco kilómetros. Era un largo camino incluso en tierra firme. En el agua, presurizando todo el tiempo, tomaría su tiempo. Y no tenían *mucho* tiempo.

—El auténtico problema cuando llegas a esa profundidad no es ya el respirar —dijo Monk—. Es la presión sobre las células de tu cerebro. Empuja las sinapsis unas contra otras. Tu cerebro empieza a cortocircuitarse. Sufres alucinaciones, recuerdos, confusión. Espasmos en los músculos. Así que le proporcionaré dos anestésicos. El primero es suave pero rápido. Corta el reflejo de vomitar y el pánico cuando uno empieza a respirar el fluido aquí arriba. El otro es más lento y mucho más fuerte. Empieza a hacer efecto, más y más, cuando uno desciende a la profundidad que necesita. Aquí arriba lo vuelve a uno estúpido y soñoliento. Allá abajo puede, sólo *puede*, hacerlo capaz de mantener la mente de una pieza el tiempo suficiente para desarmar la ojiva.

Era el show de Monk. Con su pierna rota, era el único que conocía lo suficiente acerca del Traje de Gran Profundidad, el único que conocía la respiración por fluidos, y el único que podía decirle a Bud cómo desarmar la ojiva. Schoenick sabía todo aquello también, más o menos, pero no podían confiar en él. Seguía aún atado a la silla.

De modo que Bud escuchó, intentó memorizar todo lo que Monk le dijo. Los otros trabajaron rápido pero cuidadosamente, siguiendo las instrucciones de Monk, preparando el Traje de Gran Profundidad. Ya era hora de irse. Pero aún le quedaba un momento, sólo un par de minutos, para ir a la enfermería, ver a Lindsey una última vez, hablar con ella si estaba despierta.

Se sentó en el borde de su cama, sujetando su mano. Eso era todo lo que quería hacer. Pero ella despertó mientras él estaba sentado allí, abrió los ojos, miró a Bud directamente al rostro.

Cuando sus ojos se abrieron, él no pudo impedir que las lágrimas brotaran de nuevo. Ella inspiró profundamente un par de veces. Él sabía lo que debía dolerle aquello, respirar después de que has tenido agua salada en sus pulmones. Sin mencionar cómo él había castigado sus costillas, apretando y apretando de aquel modo.

Ella habló. Un dolorido susurro:

—Los chicos grandes no lloran, ¿recuerdas?

Él acarició su pelo, su mejilla.

—Sí, muchacha.

—Hey, chico duro —Inspiró un par de veces más—. Supongo que funcionó, ¿eh?

—Sí. Sí, por supuesto que funcionó. —Estaba susurrando—. Tú nunca te equivocas, ¿sabes? —Ella le sonrió. La última vez que él le había dicho aquello había sido en medio de una discusión, a plena voz. Le gustaba más así, suave, tierno—. ¿Cómo te sientes? ¿Estás bien?

Ella intentó hacer una broma de ello, pero su pequeña risa no sonó en absoluto como una risa.

—He estado mejor en otras ocasiones. —Era lo peor por lo que había pasado nunca, aferrarse a él en el agua, sabiendo que iba a morir, respirando el agua, el peor terror que jamás hubiera sentido. Si él no hubiera estado allí con ella... Pero él *había estado* allí, la había sostenido, la había traído a casa—. La próxima vez es tu turno, ¿de acuerdo? —dijo.

Él tardó en contestar. No lo hizo como si fuera un chiste.

—Sí, de acuerdo, te has ganado ese derecho.

Ella le dijo lo que se sentía al morir. Cómo podía verles mientras permanecía tendida allí, cómo parecía como si se estuvieran alzando, haciéndose más y más pequeños, lejanos, a medida que ella se encogía en la muerte. Y luego estaba mirándoles desde arriba, como si ella estuviera fuera, encima, viendo la escena como si le estuviera ocurriendo a alguna otra persona. Y luego Bud le estaba gritando, y ella no deseaba hacer nada en absoluto, pero él la estaba *obligando* a hacerlo, le estaba diciendo lo que tenía que hacer e incluso así era mucho más fácil derivar, dejarse caer, la volvía tan loca oírle decir que ella ni siquiera lo estaba intentando que lo intentó, volvió. Volvió y se encontró de nuevo dentro de su cuerpo, azotada por el dolor pero ahora incapaz de retirarse de nuevo, irrevocablemente unida a un cuerpo que deseaba morir.

—Pero no tanto como yo deseaba vivir —susurró—. No tanto como tú deseabas que yo viviera.

Entonces él le habló del Traje de Gran Profundidad y de dónde iba a ir con él.

¿Acaso no había terminado todo cuando él la había mantenido con vida? Por supuesto que no. Coffey había desaparecido, pero la ojiva de combate estaba todavía en el fondo del abismo. Podía haber sido destruida o al menos desarmada por la presión..., pero tal vez no. Alguien tenía que ir allá abajo y deshacer la última acción de Coffey. Sin embargo, ella no pudo evitar sentirse amargamente decepcionada. Se había sentido extrañamente completa y contenta desde que despertara, como si algo que desde hacía mucho tiempo había permanecido desconectado dentro de ella estuviera ahora conectado de nuevo, el último circuito completado, de tal modo que fluían en ella corrientes emocionales que nunca antes había experimentado. Y ahora Bud estaba yendo a aguas tan profundas que, aunque sobreviviera, era muy probable que sufriera daños cerebrales devastadores y permanentes.

Se sintió furiosa y llena de miedo. Si hubiera podido expresar aquellos

sentimientos en palabras, hubieran dicho algo como esto: Apenas había hallado algo bueno, algo digno de conservar, le era arrebatado. La primera vez que creía que el destino había sido amable con ella, estaba siendo traicionada.

Lindsey no hubiera debido levantarse todavía de la cama, y mucho menos permanecer de pie allí en la cubierta del pozo lunar. Pero no había forma en que ella le dejara marchar sin estar allí. Sin agarrarse al extremo de la F-O, hablando con él durante todo el camino hacia abajo.

Lindsey observó a Bud ponerse el traje, murmurando para sí mismo las instrucciones de cómo desarmar la ojiva de combate. Recibió las inyecciones, que lo calmaron un poco, lo dejaron un poco envarado. Permaneció sentado allí sosteniendo a Beany en su mano, casi como un amuleto de la buena suerte..., después de todo, Beany había hecho aquello mismo y había sobrevivido. La rata se estiró y olisqueó la nariz de Bud. Luego Monk le entregó la mascarilla de oxígeno para ayudarlo a hiperventilar. Alzó a Beany, Hippy tomó la rata. Bud inspiró profundamente en la mascarilla. Lindsey se arrodilló delante de él.

—Bud, no tienes que hacer esto. Él habló a través de la mascarilla.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Bien, pero no tienes que ser tú.

—¿Quién, entonces?

Ella conocía la respuesta. Monk tenía la pierna rota. Schoenick era tan poco de confianza que no se atrevían a desatarlo. Ella misma estaba demasiado débil de la prueba por la que acababa de pasar. ¿Con quién más del equipo podía contarse para mantener la cabeza firme durante todo el viaje hasta abajo y hacer el trabajo allá en el fondo? Quizá pudieran hacerlo. Quizá no. Pero todos sabían que si alguien podía, ése era Bud. Así que le miró fijamente, sin decir nada excepto con los ojos. No quiero que vayas. Puedes morir ahí abajo, y esta vez nadie podrá traerte de vuelta. Puedes bajar allí y hacer el trabajo pero sin embargo no tener suficiente oxígeno en el sistema para volver a subir. Puedo perderte ahí abajo. Quiero que vaya algún otro. Cualquiera menos tú.

Contempló el teclado encajado en la manga izquierda del Traje de Gran Profundidad. Era una locura, tener una conexión F-O y tener aún que teclear. Se volvió a Monk.

—¿Así que oiré, pero no podré hablar?

—El fluido impide que su laringe emita sonidos. Disculpe. —Monk se agachó entre Bud y Lindsey, cogió el casco—. Le resultará un poco extraño. —Era la afirmación más deshonesta que Monk hubiera hecho nunca en su vida, pero sabía que Bud conocía la verdad. Era por la señora Brigman por quien suavizaba la realidad. El fluido respiratorio sabía como el infierno. Sólo deseabas probarlo en ocasiones muy especiales. Como salvar el mundo.

—Ya, está bien. Sólo quiero advertir una cosa: Soy un mecanógrafo de lo más malo. —Estaba probando las teclas, intentando componer palabras. Luego ya no hubo nada más a lo que esperar. Alzó la vista a Monk, a Lindsey, a Monk de nuevo—. El momento de la verdad —dijo—. Vamos.

Alzaron el casco sobre su *cabeza*.

—Con cuidado —dijo Lindsey. Como si él le perteneciera. Como si no deseara que sufriese ningún daño. Les fue dando instrucciones mientras lo encajaban. Demonios, ella nunca le había puesto el casco, no tenía experiencia, pero sabía con sólo mirar cómo se suponía que iba exactamente. Encajaba perfectamente con ella que estuviera a cargo de las cosas. Eso era lo que era. La persona siempre a cargo de las cosas.

El casco estaba seguro. Ella se arrodilló frente a él, alzó la vista hacia la mascarilla, hacia su rostro. Abrió los labios para decir algo, pero no llegó a decirlo. Él, sin embargo, lo oyó. Una vez el fluido penetrara en su mascarilla no oiría su voz de nuevo hasta que volviera a subir. Quizá nunca. Se descubrió a sí misma echándose a llorar, luego se dio cuenta de que no podía detenerse. Él secó las lágrimas de sus mejillas con el dorso de su enorme guante. Podía ser gentil incluso con aquellas enormes manos blancas de cartón.

Él apartó la vista de ella, hacia Monk, y habló..., con voz fuerte, de modo que pudiera ser oído a través de la mascarilla.

—De acuerdo, vamos a bailar el rock and roll.

Monk trasteó en la parte frontal del traje, abrió la línea.

—Adelante —dijo. Alguien abrió otra válvula en la parte de atrás del traje. El fluido empezó a rezumar en el casco. Bud se inclinó hacia delante, observándolo mientras se acumulaba en la parte frontal de la mascarilla. Monk estaba canturreándole, como un dentista intentando mantener calmado a un niño mientras éste está contemplando una hipodérmica de novocaína—. Ahora relájese, Bud. Relájese. Relájese.

Pero todo eso era ruido de fondo. Era Lindsey, frente a él, con dos dedos alzados, apuntados hacia sus propios ojos, la que atrajo toda su atención.

—Bud. —La miró—. Simplemente obsérvame. Obsérvame. Obsérvame.

El fluido cubrió su rostro. Monk cambió su cantinela.

—Ahora no contenga la respiración, simplemente inspire. Deje que entre en usted. Deje que entre.

Aún no lo estaba respirando. Oyó a Monk, pero ellos no comprendían. Él había estado ahí antes, en el vientre de la ola, hundiéndose, a kilómetros de todo el mundo, agotado, asustado, sin ninguna fuerza en su cuerpo, y no podía contener más la respiración pero *tenía que contenerla* o si no moriría. No puedo hacer esto, no puedo hacer esto. No puedo respirar el fluido, no puedo. Pero sus ojos estaban en Lindsey.

Ella estaba allí. Él no estaba solo, fuera, en el océano. No iba a matarle. *Podía* inspirar aquello. Sabía que podía, y entonces lo hizo.

Inmediatamente su cuerpo se sacudió, sufrió un espasmo. Cayó hacia atrás. Lo sujetaron, lo pusieron de nuevo en pie.

—Eso es perfectamente normal —dijo Monk. Habló con una voz de mando, para mantener la calma. Lindsey no se lo creía.

—¿Eso es *normal*? —Nunca había visto a Bud perder el control de aquella manera, estremeciéndose, sacudiéndose hacia todos lados, presa del pánico. La asustaba ver a Bud fuera de control.

—Sólo sujételo, es perfectamente normal, pasará en un segundo. Es perfectamente normal. Todos respiramos líquido durante nueve meses, nuestro cuerpo *recuerda*.

Aquello era cierto. Bud se estaba calmando. Exhalando, estaba bien. Su brazo aún se estremecía hacia arriba cuando inhalaba. Daba la impresión de que le sacudía una arcada cuando inspiraba. Lindsey se situó de nuevo frente a él.

—Obsérvame. Obsérvame. Obsérvame.

Lo hizo. Siguió respirando. Con cada inspiración se sentía un poco mejor. Era algo denso, extraño, cuando penetraba en sus pulmones. Pero no era como había sido el agua de mar. No tan frío. No tan duro. Inspirar y espirar, era más lento que el aire, pero funcionaba. Estaba recibiendo el oxígeno.

Lindsey cogió los auriculares F-O que tenía al lado.

—¿Puedes oírme? —preguntó. Alzó dos dedos para indicar que sí.

—Bud, prueba el teclado.

Bud alzó su muñeca izquierda, empezó a pulsar teclas. Con un dedo, por supuesto..., pero, puesto que siempre lo había hecho así, era bastante rápido en ello. Lindsey miró por encima del hombro al monitor donde estaba apareciendo su mensaje.

PARECE EXTRAÑO DEBERÍAS PROBARLO

Ella le miró, sonrió ligeramente.

—Ya lo he hecho.

Él le devolvió la sonrisa a través del tintado fluido. Las luces dentro del casco le daban una enfermiza coloración amarilla.

—Bien, ¿estás preparado? —preguntó Lindsey. Él asintió.

—Entonces vamos —dijo Monk.

Le ayudaron a subir. El traje era pesado. Lioso y Barbo le ayudaron a entrar de espaldas en el pozo lunar. Hippy se metió en el agua con él, acercó su rostro a la

mascarilla y gritó para que Bud pudiera oírle a través del fluido.

—¡He preparado al Pequeño Tonto del mismo modo que el Gran Tonto! ¡Debería conducirte directamente allí! ¡Todo lo que tienes que hacer es agarrarte a él!

Bud asintió. Lo había entendido. Lo sabía.

Hippy aferró su mano. Bud miró a Lioso, que le sonrió. Ánimo. Buena suerte.

Y la mano de Lindsey, tendida hacia él. La retuvo por unos instantes, y aunque su grueso guante hacía imposible sentir más que una suave presión, notó una especie de calor ascender por todo su interior desde aquel contacto. Más que nunca antes en su vida, no deseaba irse, no deseaba decir adiós.

Pero tenía que hacerlo. Bud miró a los otros reunidos en torno al borde del pozo y alzó la mano. Adiós a todos ellos. Luego se agarró al lomo del Pequeño Tonto, lo puso en marcha, dejó que el VOOCR lo arrastrara hacia abajo por el pozo.

Mientras tiraba de él hacia abajo y el agua se cerraba sobre su cabeza, vio a sus amigos convertirse en figuras borrosas, hacerse pequeños a medida que se alejaba de ellos. Recordó a Lindsey describiéndole qué sintió cuando estaba muriendo..., cómo los había visto encima de ella, haciéndose cada vez más pequeños a medida que ella caía de espaldas hacia la muerte. ¿Es hacia allí hacia donde estoy cayendo ahora? No. Tengo un trabajo que hacer antes de que pueda morir.

Alcanzó el fondo marino, absorbió el impacto flexionando las piernas, y luego echó a andar hacia el borde del risco, dejando que el Pequeño Tonto tirara de él, ayudándole en su marcha. Era una marcha lenta. Alcanzó el borde, se detuvo, miró hacia atrás. Pudo verlos entrar en la sala de control. Lindsey estaba sentada junto a la ventana. Alzó la mano. La agitó. Luego se volvió y dio el último paso más allá del borde del abismo.

El Pequeño Tonto no tenía tanta potencia como su hermano mayor, pero tiraba de él directamente hacia abajo, y la gravedad ayudaba. Estaba pasando a lo largo del borde del risco más aprisa de lo que nunca se había movido bajo el agua, al menos en un traje, fuera. Permaneció cerca de la pared del risco a fin de no perder el camino, pero no tan cerca que pudiera correr el peligro de una colisión. El Pequeño Tonto conocía el camino. Simplemente agárrate a él. Las luces de la *Deepcore* habían desaparecido. No había ninguna luz a su alrededor excepto las del Pequeño Tonto, la luz de su teclado, la luz dentro de su mascarilla, la luz de inmersión que llevaba en la mano. Ninguna de ellas alcanzaban hasta muy lejos. Ninguna de ellas mostraba demasiado. Nunca se había sentido tan solo en su vida.

Tecléo:

NO PUEDO VEROS

La voz de Lindsey le llegó inmediatamente:

—Estamos aquí contigo, Bud. —Su voz se hizo más débil. Se había apartado del micrófono—. ¿Cuál es su profundidad? —Luego volvió a sonar fuerte..., alguien le había respondido. Debía ser Hippy, monitorizando la información que le llegaba por la F-O desde el Pequeño Tonto—. Tu profundidad es de novecientos sesenta metros —dijo Lindsey—. Todo va perfectamente.

De pronto la luz se reflejó sobre algo brillante, metálico. Los restos de la grúa del *Explorer*. Por supuesto..., aún estaba colgando allí, como un yo-yo de cuarenta toneladas al extremo del umbilical.

UNA BUENA OFERTA VENDO GRÚA LIGERAMENTE USADA

Allá en la *Deepcore* rieron. Era bueno saber que Bud se sentía con ánimos de hacer bromas. El medidor de profundidad seguía avanzando.

—Mil cuatrocientos metros —dijo Hippy. Estaba controlando por él.

—Mil cuatrocientos metros —hizo eco Monk—. Es oficial. Lindsey habló junto al micro:

—Bud, según Monk aquí al lado, acabas de establecer un récord de inmersión con traje autónomo. Apuesto a que no pensabas que ibas a hacer esto cuando te levantaste esta mañana, ¿eh?

LLAMAD AL GUINNESS

Hippy leyó el profundímetro:

—Mil seiscientos metros, y seguimos sonriendo.

El risco pasaba velozmente por su lado. Bud apenas tenía ya la sensación de que estaba cayendo. Era la pared del risco la que se estaba moviendo, no él. Él permanecía completamente inmóvil, allá en el centro del mundo, y era todo lo demás lo que giraba a su alrededor.

El siguiente umbral fueron los dos mil quinientos metros. Monk sabía que era el momento.

—Pregúntele acerca de los efectos de la presión, Lindsey. Temblores, problemas visuales, euforia.

Lindsey habló por el micrófono:

—El subteniente Monk desea saber cómo te sientes.

FRÍO

—Gallina —respondió ella burlonamente.

ME TTIEMBLAN LAS MANNOS

Monk cubrió el micrófono.

—Está empezando. Primero afecta al sistema nervioso.

—Sigue hablando, Lindsey —dijo Una Noche—. Deja simplemente que oiga tu voz.

—¿Cuál es su profundidad? —preguntó Lindsey.

—Dos mil setecientos metros.

—De acuerdo. Bud, tu profundidad es ahora dos mil setecientos metros —dijo Lindsey en el micrófono.

Una Noche la miró con impaciencia, cubrió el micrófono.

—No, *háblale*. —¿Acaso aquella mujer no sabía nada? ¿No se había casado con él? ¿No sabía cómo *hablarle*?

Lindsey captó la idea. Pero bruscamente se sintió azarada. Tenía una audiencia a su alrededor. Aquélla no era una conversación privada. Infiernos, ni siquiera hablaba fácilmente con él cuando estaban solos. Así que hizo lo que *podía* hacer. Bromeó.

—De acuerdo, Bud, esto, vas a ser examinado en deletreo de palabras así como en sintaxis de las frases, así que concéntrate, ¿de acuerdo?

Sólo que no era una broma. Nadie estaba riendo, y menos aún ella. Lindsey tenía que mantener la atención de Bud, hacer que su mente permaneciera ocupada. Era la única que podía hacerlo, pero sólo podía hacerlo si hablaba de algo que a él le importara. Aunque eso significara poner al descubierto cosas delante de los demás. Aunque eso significara abrirse para un completo examen de su alma.

—Bud, hay algunas..., hay algunas cosas que necesito decir. Resulta difícil para mí, ya *sabes*. No es fácil ser una mujer de hierro forjado. Se necesita disciplina y años de entrenamiento. Mucha gente no lo aprecia. —Seguía siendo una broma, pero también era cierto. Y decir la verdad sobre sí misma, admitir sus debilidades, aunque hiciera que sonaran como una broma..., eso rompió algo dentro de ella, retorció algo que había estado bloqueando un paso. La emoción creció en su interior. No tenía ninguna práctica en enfrentarse a aquello. Ni siquiera sabía el nombre de lo que estaba sintiendo. Simplemente salió de ella como un llanto, de modo que su voz se vio distorsionada por ella.

Pero siguió, porque ya no estaba pensando en la gente a su alrededor en la sala de control. Estaba pensando en el hombre en el otro extremo de la línea F-O, el hombre que respiraba fluido allá abajo, más profundo de lo que nadie había llegado antes, el hombre que necesitaba más que ninguna otra cosa oír las palabras que ella estaba diciendo.

—Bud, no fue tan malo, lo sé. ¿Recuerdas aquel viaje en moto? ¿Recorriendo todo Oregon con la Honda? —Rió un poco—. Necesité una semana para

desenredarme el pelo, pero nunca fui más feliz. Fue lo más... *libre* que me haya sentido nunca. —Dios, él le había suplicado que le dijera aquello tantas veces. ¿Por qué había tenido que aguardar a hacerlo hasta que él estaba al otro lado de un invisible hilo?—. Jesús, lamento no poder decirte todas estas cosas directamente a la cara. Es una lástima. Tener que aguardar hasta que tú estás en medio de la oscuridad, helándote, y hay tres mil metros de agua entre nosotros. Lo siento. Lo siento, estoy divagando.

TÚ SSIEMPRE HAS HBLADO DDEMASIADO

Ella asintió. Aquello era cierto. Pero también era una broma. Podía oír su voz diciéndolo. Tiernamente, suavemente. Su forma de decir: Todo va bien. Sé todo esto. Pero me alegra oírtelo decir.

—Llegando a los grandes tres mil —dijo Hippy.

—El fondo todavía está a dos kilómetros y medio más abajo —dijo Una Noche.

Su luz de inmersión implosionó. Aquello le sobresaltó, pero por lo demás todo iba bien. Aún tenía el foco del Pequeño Tonto.

—Tres mil seiscientos metros —dijo Hippy—. Jesús, no creo que lo esté haciendo. —Sonaba excitado. Como si estuviera observando a Evel Knievel. Como si fuera un especialista realizando un truco cinematográfico.

Era más de lo que Lindsey podía soportar. Tapó el micrófono.

—Por favor —dijo—. Cállate, ¿qué te pasa? —Luego se volvió de nuevo—. Bud, ¿cómo van las cosas? Ninguna respuesta.

—¿Bud?

SLO; NO PODO TLCRAAAR

—Lo está perdiendo —dijo Monk—. Háblele. Manténgalo con nosotros.

—Bud, es la presión. De acuerdo, tienes que escuchar mi voz. Tienes que *intentarlo...*, concéntrate, ¿de acuerdo? Simplemente escucha mi voz.

TE ESTÁS YNDDO

—La señal se debilita —dijo Una Noche.

—No. No, Bud. No me estoy yendo. Estoy aquí.

—Desconectad todo lo que no necesitemos —dijo Hippy—. Barbo, *apaga* esas luces exteriores. ¡Vamos, rápido! ¡Aprisa, aprisa! —Sonaba como Bud. Así era la forma como Bud daba órdenes. Todo el mundo comprendía..., alguien tenía que hacer el trabajo. Alguien tenía que ser Bud aquí arriba, si querían seguir manteniendo

el contacto con Bud allá abajo. Las luces se apagaron, dentro y fuera de la *Deepcore*. Se veían unos a otros sólo gracias a la luz de los monitores digitales.

—Pásalo a través del procesador digital —dijo Una Noche—, fríelo tanto como puedas.

—Estoy aquí contigo, Bud. Bud, soy Lindsey. Por favor. Estoy aquí mismo contigo. —Era más un test que un mensaje. Bud tenía que oírla. Tenía que oír su voz.

—Cinco mil metros —dijo Hippy.

—Dios Santísimo —exclamó Barbo—. Esto es una locura. —Cinco kilómetros de profundidad. Bud estaba bajando a una profundidad a la que probablemente sería aplastado hasta morir, sólo para salvar a algunos INTs con los que ni siquiera podían hablar. Por todo lo que sabían, los INTs vivían a ochenta kilómetros de distancia. ¿Iba a morir Bud por eso?

Lindsey lo estaba perdiendo..., todos podían verlo.

—No recibo nada —dijo, pero su voz era fina y débil, como la de una niña a punto de llorar. Nadie la había visto nunca así. Lindsey nunca había actuado de aquel modo. Estaba impresionándoles, verla de aquella forma tan malditamente humana.

Bud se estremecía violentamente, como atacado de perlesía. Sus ojos no dejaban de girar en sus órbitas, le costaba mantenerse consciente. Intentó teclear un mensaje pero no pudo. No dejaba de ver chispas, destellos de visiones. Minialucinaciones. Sabía por qué, sabía que eran las sinapsis de su cerebro fallando mientras las células de su cuerpo se distorsionaban, distendidas por la presión. Pero saber por qué no significaba que pudiera *detenerlo*.

Sintió una enorme sacudida en su brazo, un *pop* ensordecedor, al tiempo que una brusca ola de choque lo sacudía; las luces se apagaron; la pared del cañón desapareció. Necesitó un momento para imaginar lo que había ocurrido. La presión había hecho implosionar el casco del Pequeño Tonto.

Arriba, en la *Deepcore*, comprendieron de inmediato. Toda la información que llegaba al monitor de Hippy quedó muerta.

—¡No, no, no! —dijo éste, golpeando la máquina, haciendo girar diales—. ¡Oh, vamos, despierta!

—El Pequeño Tonto acaba de ceder a la presión —dijo Una Noche.

Estaba todo oscuro. Absolutamente oscuro. Bud no podía ver el risco, todo lo que podía ver era el débil resplandor del teclado en su muñeca. La pared del cañón era irregular. Podía golpear contra algo. Estaba yendo demasiado aprisa. Tenía que ver.

Una bengala de magnesio. Tenía una en algún lugar. Aquí. ¿Cómo se enciende? Ah, así...

Le cegó, surgir de aquel modo de la oscuridad. Ahí estaba la pared, pero no podía verla muy bien. Demasiado brillante. Se soltó del Pequeño Tonto..., el VOICR era inútil ahora. Estaba en caída libre como un paracaidista antes de abrir el paracaídas,

medio ciego, descontrolado.

Su pie golpeó un saliente. Rebotó de la pared, dio una voltereta hacia abajo, golpeó de nuevo y rodó a lo largo del risco. El Pequeño Tonto rodaba con él, muerto pero ahora peligroso. Pero no podía controlarse, no podía tender una mano y sujetarlo, no podía decir cuál lado era arriba y cuál abajo, debía estar cayendo pero, mientras rodaba una y otra vez, los destellos de roca se alternaban con falsas visiones, luces, voces en su cabeza, ni siquiera podía decir en qué dirección estaba yendo. Se aferró a la bengala e intentó controlarse, intentó recordar dónde estaba y qué estaba haciendo allí.

—Todavía puede conseguirlo —dijo Monk. De todos modos, el Pequeño Tonto no hacía otra cosa más que llevarle directamente hacia abajo. Si permanecía alerta, Brigman todavía podía descubrir al Gran Tonto y la ojiva de combate. Pero sólo si permanecía alerta. Y eso era cosa de Lindsey, si querían conservar aún alguna esperanza. La miró, hizo un gesto hacia el micrófono.

Ella comprendió. Ella también se daba cuenta de que no necesitaba tener a Monk animándola, que debía *saber* cuándo hablar, *saber* cuándo llenar los oídos de Bud con su voz. Pero no sabía cómo o cuándo hacerlo. Nunca lo había intentado; todo el trabajo de su vida había sido evitar esta intimidad pública. Así que *necesitaba* que Monk la animara, y se sentía agradecida por ello, y le alegraba que él fuera lo bastante gentil como para no mostrar que la despreciaba por no saber cómo hacerlo por sí misma. Ella siempre había intentado saber cómo hacer todas las cosas por sí misma.

—Sé lo solo que te sientes. Solo en medio de toda esa fría oscuridad. Pero yo estoy aquí en la oscuridad contigo, Bud. No estás solo.

Bud oyó una voz brotar claramente de entre todas las demás. Una voz que no sonaba como un recuerdo de una época en la que tenía doce o veinte o nueve años de edad. La voz de Lindsey.

—¿Recuerdas aquella vez?, no, estabas bastante borracho, es probable que no la recuerdes. Pero se apagaron las luces de aquel pequeño apartamento que teníamos en Orange Street, y nos quedamos contemplando una pequeña vela, y yo dije algo realmente estúpido como que aquella vela era yo, como todos nosotros ahí fuera solos en la oscuridad de esta vida.

Bud vio una vela danzar en el viento del aliento de ella. Vio sus furiosos ojos detrás de ella, desafiándole a negarlo, desafiándole a no hacerlo.

La voz siguió:

—Y tú simplemente encendiste otra vela y la pusiste al lado de la mía, y dijiste: No. Mira, ésa soy yo, ésa soy yo. Y nos quedamos contemplando las dos velas, y entonces..., bueno, si recuerdas algo de eso, estoy seguro que recordarás lo que ocurrió a continuación. —Pero en lo que ella estaba pensando no era en hacer el

amor. Estaba pensando en los papeles del divorcio. Estaba pensando en cómo había hecho un cuidadoso e intelectual cálculo de sus relaciones, cómo había llegado a la conclusión de que no eran buenas para ninguno de los dos. ¿Qué importaba cuando era siempre confortable o fácil o agradable o divertido? Sólo el hecho de que se tenían el uno al otro, *eso* era bueno, eso era tan precioso y raro, y sin embargo ella había decidido terminarlo, romperlo definitivamente. Intentó recordar por qué. Porque ella no lo necesitaba a él, por eso. Se bastaba completamente a sí misma, era completa en sí misma. Sólo que eso era una mentira, era una mentira desde el principio y ella lo sabía, había rellenado aquellos papeles porque tenía tanto miedo de necesitarlo a él, porque no creía, realmente no creía, que él fuera a estar siempre allí. Tenía miedo de que algún día ella lo buscara y él hubiera desaparecido. Sólo que ella sabía *ahora*, y hubiera debido saberlo antes, que Virgil Brigman no se estaba echando atrás, no estaba cambiando de opinión. Cuando dijo: Esa vela soy yo, quería decir para siempre. Él no era el padre de ella; ella no era la madre de él. No tenía que ser así, dos personas vacías viviendo juntas en una casa vacía. Podía permitirse pertenecer a él porque él ya se había entregado, completamente, para siempre, a ella. No iba a abandonarle. No habría divorcio. Si él volvía de esto, sería para siempre. Ella había madurado lo suficiente, al fin, durante aquellas horas al borde de la muerte.

—Bud —dijo—, hay *dos* velas en la oscuridad. Estoy contigo. Siempre estaré contigo, Bud, te lo prometo.

El resplandor empezó a disminuir. La luz se hizo más tenue. Un simple punto moviéndose risco abajo. Pero vio aquella sola luz, la miró fijamente. Le habló con la voz de Lindsey. Estaba seguro de eso..., la voz de Lindsey, y ella le estaba diciendo que siempre estaría con él. Era un sueño. Había soñado con aquello antes. Sólo que la voz parecía surgir del pequeño auricular junto a su oído. Vio la luz de nuevo, y recordó lo que era. Una bengala de magnesio. Estaba descendiendo por la pared de un cañón, buscando al Gran Tonto y una ojiva de combate nuclear. Y Lindsey iba a permanecer siempre con él. Eso era lo real. Eso era con lo que podía contar.

Lindsey estaba emocionalmente agotada, pero aún temblaba de miedo. Bud no respondía. Ella sabía que deseaba estar con él para siempre, y él quizá ni siquiera la hubiera oído, quizá ya estuviera muerto sin haber llegado a oír aquello de sus labios.

Barbo se adelantó y retiró suavemente el micrófono de entre sus manos, y apoyó un brazo amistoso y reconfortante en sus hombros.

—¿Cómo vamos, socio? ¿Sigues con nosotros? —Tenía que conseguir que contestara—. Vamos, hablemos, muchacho.

Barbo era un buen hombre, Lindsey lo sabía, pero era trabajo de ella hablar con Bud, era su voz la que él quería escuchar. Así que volvió a tomar el micrófono, intentó mantener el miedo fuera de su voz. Era más fácil con el *brazo* de Barbo rodeando su hombro. No estaba entre desconocidos aquí. La habían oído decir cosas

que nunca se había atrevido a decir ni siquiera en la cama a solas con Bud..., cosas que nunca se había atrevido a decirse ni siquiera a sí misma. Y, sin embargo, no por mostrarse emocionalmente desnuda ante ellos su opinión de ella había descendido. El amistoso abrazo de Barbo le dijo que quizás aún la quisieran más por eso. Así que fue *capaz* de hablar de nuevo.

—¿Bud? Háblame, Bud. ¿Cómo vas, colgando ahí abajo? Tienes que hablarme Bud. ¡Necesito saber si estás bien!

SIENTO MEJOR HAY LUZ AHÍ ABAJO

—¿Qué tipo de luz? —Lindsey se volvió hacia Monk—. ¿De qué está hablando? No hay ninguna luz ahí abajo.

LUZPORTODASPARTES HRMOSO

—Está sufriendo una terrible alucinación —dijo Monk.

Pero no sufría ninguna alucinación. Se estaba moviendo en un nimbo de luz alrededor y encima de la ciudad de los constructores. Todavía estaba demasiado debajo de él como para poder ver formas o detalles. Pero era enorme, y después de tanta oscuridad era un alivio ver luz de nuevo, colores, moviéndose en una danza que no comprendía, pero que sin embargo tenía sentido para él. Sabía que tenían que ser ellos, los INTs. Sabía que estaba viendo su hogar.

La luz de su bengala era apagadamente reflejada por la pared del risco, excepto ahora que se reflejaba también, de una forma mucho más brillante, en otro punto más abajo. El Gran Tonto. Como el Pequeño Tonto, también había implosionado, sus luces estaban apagadas, pero el metal brillaba aún lo suficiente como para reflejarse como un pequeño faro.

Bud empezó a rozar deliberadamente contra la pared, intentando frenar su descenso. Se aferró a ella con las manos, y cada contacto, cada fricción, se llevaba consigo un poco más de su velocidad. Consiguió detenerse en el mismo reborde donde yacía el Gran Tonto. Estaba allí. Bajo él, la pared del cañón ya no era vertical. Formaba una pendiente hacia fuera, hacia la ciudad de luz. Estaba cerca del fondo de la fosa Caimán.

Y su mente estaba un poco más clara ahora, más clara de lo que lo había estado últimamente por algún tiempo. Las alucinaciones habían desaparecido. Todavía estaba algo groggy, sus manos eran torpes, pero sólo veía cosas que sabía que eran reales. Seguían acercándose y alejándose, yendo de un lado para otro, pero estaban realmente allí. Quizás era porque ya no estaba descendiendo, no tenía que ajustarse constantemente a los nuevos incrementos de presión. Quizá su cuerpo se estaba

adaptando.

Buscó el teclado en su muñeca.

ESTOY EN EL TONTO

Monk agarró el micrófono.

—De acuerdo, Bud, ahora vamos a ir paso a paso. Retire el alojamiento del detonador desatornillándolo en sentido contrario a las manecillas del reloj.

La bengala de Bud se apagó. Era la última. La desechó y extrajo una varilla de cialumen, la partió. Proporcionó una débil luz verde amarillenta, ni punto de comparación con la bengala, pero era suficiente. Halló el alojamiento en la base del cono, donde había visto trabajar a los SEALs en la videocinta que Hippy tomó a través de la ventana de la sala de mantenimiento. Las manos de Bud eran torpes y estaban rígidas, pero le obedecían. Dejó caer el alojamiento; colgó de dos cables. Aquellos dos cables eran muy importantes, Bud lo recordaba bien.

DESATORNILLADA

—Estupendo —dijo Monk—. De acuerdo, Bud, ahora tiene que cortar el hilo neutro, no el activo. Es el hilo azul con las franjas blancas, no, repito, *no*, el hilo negro con las bandas amarillas.

VOY A CORTAR

Los dos hilos parecían grandes como tubos de desagüe, pero a kilómetros de distancia, muy lejos, allá abajo junto a sus manos, que eran muy muy pequeñas. El problema con aquellos hilos era que a la luz verdeamarillenta del cialumen parecían exactamente idénticos. El blanco era tan amarillo como el amarillo, el azul tan negro como el negro. Dos hilos gemelos idénticos, y cortar uno salvaría la ciudad de los INTs, mientras que cortar el otro la destruiría. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo iba a elegir?

Uno de los cables le pareció el correcto. No particularmente azul y blanco; no había ninguna diferencia visual. Simplemente sabía que era éste. La cuestión era: ¿podía confiar en su propia intuición?

No, no era ésa la cuestión. La cuestión era: ¿Tenía alguna otra cosa en la que pudiera confiar?

Allá arriba en la *Deepcore*, todo el mundo se inmovilizó. Aguardando.

—¿Podremos ver el estallido? —preguntó Lindsey.

—¿A través de cinco kilómetros de agua? —dijo Monk—. No lo sé.

Bud cortó.

SIGO AHÍ

Rieron, vitorearon.

Barbo los devolvió a la realidad.

—¡Tranquilos, tranquilos! Ahorremos aire, maldita sea.

Monk estaba hablando de nuevo con Bud.

—Bud, deme una lectura de su indicador de oxígeno líquido.

QUEDAN 10 MINUTOS

Hippy sabía lo que significaba aquello.

—Necesitó treinta minutos para bajar hasta ahí...

Lindsey pareció volverse un poco loca.

—¿Qué? ¿Sólo diez minutos? —¿Cómo podía volver? Con la gravedad trabajando en contra suya, y sin ningún VOCR que tirara de él. No importaba. Tenía que volver..., ella *deseaba* que volviera—. Deja caer todos tus pesos y empieza a subir ahora mismo, ¿me oyes? ¿Bud? Bud, puede que tu indicador esté mal. Deja caer tus pesos y empieza a volver ahora mismo.

—¡No! No, no me digas que no.

CREO QUE ME QUEDARÉ UN POCO

—¡Vas a volver inmediatamente, ¿me oyes?! Deja caer tus pesos, puedes respirar lentamente, ¡*maldita sea*, Bud! —Tenía que intentar volver. Por *ella*..., de la misma forma que ella había vuelto por él.

Él la oyó. Comprendió. Comprendió que su voz era el sonido más dulce de todo el mundo, y supo que no le causaría más dolor si podía impedirlo, pero no había ninguna forma de que pudiera subir. Estaba exhausto. Todo había terminado. ¿Por qué debía agotar su aire luchando por subir a través del mar? ¿Por qué debía morir en medio del miedo y la frustración, cuando podía quedarse allí y contemplar una vista como ningún ser humano había visto nunca antes... o vería nunca, probablemente?

ES HERMOSO AQUÍ

Lindsey no aceptó aquello. Le gritó, le censuró.

—Tú me arrastraste a ese pozo sin fondo, ahora vuelve aquí.

Pero tú no comprendes, Lins. No puedo hacerlo. No puedes pedirme que lo haga, porque simplemente no puedo.

Ella sabía aquello. También sabía que no era justo, no era correcto. Su voz perdió su severidad, se quebró.

—No me dejes aquí. —Y, finalmente, una plegaria—: Dios, Virgil, *por favor*.
Él no podía dejarla así. No sin una palabra.

NO LLORES MUCHACHA
SABÍAS QUE ESTO ERA
UN BILLETE DE DIRECCIÓN ÚNICA
PERO SABÍAS TAMBIÉN
QUE TENÍA QUE IR

Ella lloró, sin embargo.

TE QUIERO ESPOSA

Lindsey sabía que era su última palabra para ella. Sabía que significaba que él comprendía. Que ella era su esposa, auténticamente ahora, como nunca lo había sido antes. Sólo le quedaba a ella una cosa por decir, y no fue hasta que las palabras cruzaron sus labios que se dio cuenta de que nunca antes había sabido lo que significaban, nunca las había sentido fluir a través de ella como si fueran sangre del modo que las sentía ahora.

—Te quiero.

No hubo respuesta.

15 – Vivos

Cuando Bud llegó al fondo del cañón, lo estaban observando. Sus zarcillos estaban ya dentro de su cerebro, sondeando sus memorias, interpretando sus pensamientos, oyendo todo lo que él oía, sintiendo todo lo que él sentía.

¿Por qué ha bajado hasta nosotros?

Viene porque tiene miedo. Teme que la ojiva de combate estalle. Teme que destruya nuestra ciudad. Teme que nosotros nos encolericemos y castigemos a su gente.

Entonces, ¿es un estúpido? Podemos destruir esta ojiva de combate por nosotros mismos.

Él no lo sabe.

Nosotros nunca haríamos daño a su gente.

No intencionadamente..., pero les *hemos* hecho daño. Están al borde de la guerra arriba en la superficie de este mundo en parte por causa nuestra. Él cree que nosotros también estamos al borde de la destrucción aquí por causa de ellos. Está arriesgando todo lo que es y todo lo que tiene a fin evitar la terrible cosa que Coffey pretendía hacernos. ¿Quién es la criatura noble, entonces? ¿Él o nosotros? ¿Qué arriesgamos *nosotros*, si los salvamos?

No podemos salvarles. El matar está en sus corazones, incluso en los de los mejores de ellos.

También lo está el miedo..., y sin embargo lo superan. Decís que el miedo lo ha traído hasta nosotros aquí abajo. También había miedos que le hacían odiar bajar hasta aquí. Su miedo a la muerte personal, que es mucho más terrible para ellos de lo que lo es para nosotros. Su miedo a respirar líquido, que es peor en él que en ningún otro humano que hayamos visto. Su miedo a perderla *a ella...*, un miedo que hemos podido saborear. Preguntáis por qué ha bajado hasta nosotros. Creo comprenderlo. Vio dos mundos posibles. Uno, un mundo en el que él permanecía con vida, pero en el que se habría cometido un terrible crimen contra nosotros, un crimen que él hubiera podido impedir. El otro, un mundo en el que todavía había una posibilidad de paz entre nosotros y su gente, pero en el que él estaría muerto.

Es una explicación demasiado simple.

¿Lo es? Entonces dejadme mostraros otra, aún más simple. También veo dos mundos delante de *nosotros*. Uno en el que rechazamos cambiar nuestro propio comportamiento, y así no hacemos nada y dejamos que esos humanos se destruyan entre sí, obligándonos a abandonar este mundo detrás nuestro, muerto, cuando hubiéramos podido impedirlo, cuando su muerte es en parte culpa nuestra. El otro es

un mundo en el que cambiamos para convertirnos un poco en como ellos, a fin de tener la posibilidad de cambiarlos a ellos para que se conviertan un poco en como nosotros; es un mundo que permanece vivo, con nosotros y esos humanos compartiéndolo, en paz los unos con los otros, en paz nosotros con nosotros mismos. Yo elijo ese segundo mundo. Yo elijo cambiar nosotros un poco a fin de salvarnos todos.

¿Qué tipo de cambio proponéis vosotros?

Hemos visto cómo el miedo los controla. Cómo el miedo de los unos hacia los otros, que nosotros ayudamos inadvertidamente a crear, los está conduciendo a una guerra devastadora. ¿Por qué no, entonces, dejarles que vean lo irresistiblemente poderosos que *somos*, comparados con ellos? ¿Por qué no dejarles temer tanto nuestro poder que cuando les digamos que deben destruir sus armas nucleares lo hagan?

¿Temernos? ¡Pero nosotros nunca les haríamos ningún daño!

¿De veras? ¿Acaso no habéis decidido ya no hacer nada y dejar que destruyan su propio mundo?

Ellos serán los que se destruyan entre sí, nosotros no les causaremos ningún daño.

Pero Brigman cree que esta ojiva de combate nos destruirá a nosotros. Pero según vuestro razonamiento, sería *Coffey* quien nos destruiría, no él. Sin embargo, él ha decidido actuar como si *Coffey* fuera parte de él mismo, ha tomado la responsabilidad por las acciones de *Coffey*, ha decidido morir a fin de deshacer el daño que *Coffey* causó. No podemos fingir ser inocentes si no hacemos nada y dejamos que se destruyan entre sí..., especialmente porque en parte la culpa de su crisis es nuestra.

¡No! ¡Tu locura te está confundiendo, y tú nos estás confundiendo *a nosotros*! ¡Estás hablando como si esos humanos fueran tan importantes para nosotros como lo somos los unos para los otros, como si fueran nuestros iguales, cuando claramente no lo son! ¡Son asesinos!

¿Acaso no pretendéis matarme *a mí*?

¡Son extranjeros! Monstruosos, terribles extranjeros con los que ni siquiera podemos hablar porque no se dan cuenta de que les estamos hablando. Jamás podrán comprendernos, y nosotros jamás podremos comprenderles a ellos. ¡No nos *importan*! ¿Por qué deberíamos cambiar, traicionar nuestra naturaleza, por ellos?

Ésta es la cosa más importante que los humanos me han enseñado. La cosa que nos están enseñando a todos precisamente ahora. Ved, *todos ellos* son extranjeros para los demás. Viven todas sus vidas sin comprenderse nunca completamente los unos a los otros, sólo haciendo suposiciones, cometiendo errores, distorsionando, engañando, comprendiéndose mal. Y, sin embargo, aunque son permanentemente unos extranjeros, a veces eligen confiar los unos en los otros, cuidar de los demás tan

completamente que mueren con alegría para permitir al otro vivir..., que cambian alegremente para hacer a la otra persona feliz. Están tan acostumbrados a este gran salto de confianza y amor que Bud Brigman lo ha extendido hasta nosotros..., pese a que no nos conoce, no nos comprende, pese a que somos unos extranjeros para él. Todo lo que pido es que los tratemos del mismo modo que Bud Brigman nos está tratando a nosotros. Apenas nos comprende, pero valora lo suficiente nuestras vidas como para morir intentando salvarnos. Comprendemos mucho más acerca de ellos, y ni siquiera tenemos que morir para salvarlos. Únicamente tenemos que cambiar un poco, y luego, cuando sus armas nucleares hayan desaparecido, nos beneficiaremos tanto como ellos, porque podremos seguir en paz en este planeta.

Haces que suene como si creyeras que son mejores que nosotros.

En algunos aspectos lo son. En algunos aspectos son mucho peores. Los humanos y los constructores somos *diferentes* los unos de los otros. Pero debemos valorarnos mutuamente, pese a las diferencias. Debido a ellas.

Esto es difícil. Es muy difícil. Nunca pensamos así antes..., no podemos hallar esto en ninguna de nuestras memorias, ni siquiera en las más antiguas del primero de todos los mundos.

Entonces observad a Bud Brigman y Lindsey Brigman. Se hallan tan separados el uno del otro, son tan extranjeros el uno del otro, como nosotros lo somos de los humanos, como los humanos lo son de nosotros. Ved cómo hacen lo que creo que nosotros debemos hacer.

En algún momento durante el viaje de Bud risco abajo, mientras la ciudad observaba y escuchaba, una mente que estaba formada por otras diez mil mentes alcanzó una decisión. Los constructores empezaron a actuar.

Cuando Bud alcanzó el reborde cerca del fondo de la fosa, en vez de hallarse impotente y con el cerebro destruido, los zarcillos de los constructores penetraron en su cuerpo, en su cerebro, y lo cambiaron, lo restauraron, hicieron posible que sobreviviera en un lugar donde ningún humano podía sobrevivir.

Le mostraron qué cable debía cortar e hicieron que estuviera seguro de su elección. Lo inundaron de paz ante el pensamiento de quedarse allí para ver la ciudad de los extranjeros. Y finalmente, cuando los últimos átomos de oxígeno fueron absorbidos de su fluido respiratorio, un constructor fue enviado hacia él.

Estaba sentado en el reborde, reclinado contra la pared del cañón. Había visto la ciudad de luz, y la había salvado. Esto era más de lo que hubiera podido llegar a desear hacer con su vida, y si ésta iba a terminar ahora, se sentía satisfecho. Había valido la pena vivir. Lindsey le amaba. Había realizado todo lo que realmente le

importaba. Ahora estaba cansado, y el fluido respiratorio ya no se renovaba; el oxígeno líquido se había agotado. Cerró los ojos.

Cerró los ojos y vio a su hermano, de pie en la orilla. Corriendo hacia el agua para salvarle. No vengas. No me salves. Mejor que vivas tú que yo.

Pero Junior le respondió y dijo: No puedo vivir siendo el que se queda de pie en la orilla y te ve morir.

Sí, eso es cierto, Junior. Yo tampoco. No podría vivir y ser un tipo así. Así que parece que ambos terminaremos nuestras vidas en el océano, con líquido en nuestros pulmones, chapoteando a nuestro alrededor, intentando ser héroes. No es una mala forma de acabar.

Pero, hablando de morir, Junior, ¿no está tomando esto demasiado tiempo? Se me ha acabado el oxígeno. ¿No debería haber muerto ya? ¿O es esto la vida después de la muerte, permanecer sentado aquí eternamente, preguntándome qué ocurrirá a continuación, sólo que nunca ocurre nada?

Vio luz. Avanzando, haciéndose más brillante. Abrió los ojos. Giró la cabeza para enfrentarse a ella.

Era un ángel que se dirigía hacia él a través del agua, exactamente igual como había dicho Lioso. Brillante, resplandeciente, con luces derivando en su interior; dos alas arqueándose en su espalda, agitándose suavemente tras él.

A medida que se acercaba, sin embargo, vio que no eran alas, y que no se trataba de un ángel. Allá donde debería estar su cuerpo no había nada de humano, ni siquiera aproximadamente. Lo que parecía ser alas era un velo, un delicado manto que ondulaba al moverse en el agua. No, era la rítmica ondulación del manto lo que lo propulsaba. Su cuerpo y sus miembros eran transparentes, como una figura de cristal soplado. Su rostro era inhumano, pero no repelente. Miró directamente a sus ojos, y se dio cuenta de que era hermoso.

Bud no sintió miedo. Sabía que estaba contemplando un INT..., no algo fabricado, no un artefacto o vehículo, sino uno de los miembros de la gente del abismo. Sabía que estaba a salvo ahora que él estaba allí.

Bud adelantó una mano en un gesto de saludo.

El INT adelantó un brazo hacia él. Los esbeltos dedos de cristal soplado sujetaron su abultado guante. Los dedos eran sólidos y fuertes, desmintiendo la delicadeza de su apariencia. Pero, en vez de sentir miedo, en vez de sentirse aprisionado por el contacto con la criatura, Bud se sintió protegido, cuidado. Deseaba enormemente ir con aquella criatura, ver todo lo que ésta pudiera mostrarle. Ya no se preguntaba por qué todavía no estaba muerto; sabía que la llegada de aquella criatura —aquella persona— significaba que su vida aún no había terminado, y se sintió contento por el retraso.

El INT tiró de él fuera del reborde, y luego, como Peter Pan llevando a Wendy en

su primer vuelo, el INT lo arrastró por el agua, llevándolo rápidamente por encima de las últimas laderas de la pared del cañón. Viajaron por encima de rocas y peñascos, hacia el resplandor que había visto en el fondo.

De pronto la oscuridad estalló con luz cuando rebasaron el último risco y vieron toda la ciudad abrirse debajo y delante de ellos. Era una enorme estructura simétrica, de forma radial, como si fuera un cuerpo viviente, una enorme máquina. La luz recorría esbeltas líneas que debían tener veinte metros de ancho, y que sin embargo parecían gráciles y delicadas. Parecían como amplias carreteras, pero sus únicos viajeros eran pulsaciones de color. Vio enormes espiras alzarse en gráciles espirales, con arcos y puentes y algo parecido a telas tensas sobre puntales, como fotografías microscópicas de delicados órganos internos. Ninguna de las estructuras tenía sentido para él..., ¿dónde estaban las autopistas, los distritos comerciales, los suburbios, los parques? Esta ciudad no estaba construida para ningún propósito que Bud pudiera comprender. Pero sabía, sin comprenderlo, que era perfecta para su propósito, que ninguna espira, ningún canal, ningún puente o arco o línea curva estaban fuera de lugar.

Se dirigieron hacia el centro, descendiendo a medida que avanzaban, y ahora Bud pudo ver miles de criaturas moviéndose por toda la ciudad. No seguían los canales o puentes..., cuando todas podían volar en la densa agua del fondo marino, ¿para qué se necesitan las carreteras? Muchos eran como el que estaba conduciendo a Bud; también había otras formas, docenas de ellas, todas ocupadas en sus propios asuntos, con decisión e inteligencia. Muchos de ellos se detenían y se tocaban al cruzarse..., no como las hormigas, con su caótica danza de indecisión, tocando constantemente sus antenas para descubrir dónde estaban y qué debían hacer, sino más bien como una ciudad llena de gente en la que todos se conocían tanto que debían saludarse con breve pero auténtico afecto cada vez que se cruzaban.

El INT lo condujo hacia una de las espiras. Mientras se sumergían hacia su base, Bud se dio cuenta de lo alta que era, centenares de metros. Cuanto más cerca de ella estaban, más detalles podía ver. Cada rasgo —un puntal, un arco, un panel de pared— estaba realmente compuesto por centenares de estructuras más pequeñas que eran eco de las formas y esquemas de la espira como un conjunto, y cada una de esas estructuras más pequeñas estaba compuesta por otras, más pequeñas aún, de modo que creyó que todo el conjunto había crecido por sí mismo, no había sido edificado, adquiriendo su forma de un modo natural a partir de la miríada de formas que lo componían. Incluso los edificios estaban vivos, pensó. Toda la ciudad estaba viva.

Se acercaron a una de las grandes aberturas. No era un arco; se abría en una curva tan suave y gradual que era imposible decir el momento en el que dejabas de estar fuera y empezabas a estar dentro de su abierta boca. En vez de frenar su marcha cuando se acercaron a ella, el INT aceleró, como si hubieran sido atrapados por una

corriente, como las células de la sangre siendo empujadas a través de las venas hacia el Corazón. Dentro, penetraron en un curvado laberinto tridimensional de túneles, no oscuros e impresionantes, sino llenos de luz y de vida, un lugar seguro, un lugar de memorias.

Era tan complejo que Bud renunció a intentar extraer algún sentido de la ruta que estaban siguiendo, de las cosas que veía. Lindsey comprendería aquello. Lindsey podría imaginar para qué servían aquellas estructuras, qué estaban haciendo cada una de aquellas criaturas o máquinas con las que se cruzaban. Todo lo que puedo hacer yo es mirar, verlo todo sin comprenderlo. Es suficiente para mí en estos momentos. Cuando ellos deseen que comprenda, cuando yo necesite comprender, entonces me hablarán.

Los túneles se bifurcaron. Siguieron por tubos más estrechos, girando a sorprendente velocidad, luego entraron bruscamente en un lugar más transitado, de centenares de metros de anchura, atestado con INTs de todo tipo de descripción posible. Finalmente, sin embargo, llegaron a una cámara más pequeña donde se aposentaron en el suelo. El INT soltó entonces su mano y flotó hacia atrás unos pocos metros.

Bud descubrió que echaba en falta la mano del INT en la suya. El vuelo había sido estimulante, pero ahora sus pies se apoyaban de nuevo en el suelo, y estaba solo, sin tocar a nadie. No tenía miedo. Pero se sentía solitario, débil, insuficiente para lo que fuera que pensaban hacer con él. También se sentía físicamente débil, aún agotado; no permaneció de pie, sino que medio se sentó, medio se tendió en el suelo de la estancia, con las piernas cruzadas sobre una depresión ovalada en el suelo, cuya finalidad no pudo llegar a imaginar.

Una resplandeciente división apareció en el agua, biseccionando la cámara donde estaba, como una cortina casi invisible. Luego la cortina se convirtió en dos, que se fueron separando, más y más..., y entre ellas no había agua. Era como el abrirse del Mar Rojo, sólo que más limpiamente, como si el mar hubiera sido partido en dos con un rayo láser. Pasó por encima de su cabeza, su cuerpo, y más allá de él; y, al final, Bud se halló sentado en una especie de corto y resplandeciente pasillo entre dos muros de agua. A seis mil metros debajo del mar Caribe, su cuerpo chorreaba las últimas gotas de agua en una bolsa de aire.

Por un momento no comprendió por qué hacían aquello. Luego sí. Si deseaban que hablara con ellos, entonces necesitaría respirar aire. Por un momento le preocupó que no supieran cómo crear una mezcla respirable que no le matara a aquella profundidad, a aquella presión, pero casi de inmediato el miedo recedió. Por supuesto que lo sabían. No iban a mostrarse descuidados con su vida.

Alzó las manos, desacopló su casco y tiró hacia arriba. El líquido respiratorio chapoteó en el suelo. No se le había ocurrido que no iba a ser tan fácil dejar de

respirar fluido como lo había sido empezar a hacerlo. Se inclinó hacia delante, con el cuerpo dominado por los espasmos a medida que el fluido estallaba fuera de sus pulmones. Pensó: no es extraño que los bebés lloren al nacer, cuando tienen que ceder el agua que han estado respirando en el seno materno y empezar a respirar fuego. Finalmente quedó tendido en el suelo, jadeando y tosiendo, inspirando profundas y dolorosas bocanadas de aire. He hecho esto antes, pensó, pero nunca deseé volver a hacerlo.

Al cabo de poco tiempo, sin embargo, se recuperó lo suficiente como para poder sentarse y mirar a su alrededor. Detrás de la resplandeciente cortina de agua pudo ver al INT que lo había traído hasta allí reunirse con otros, todos con la misma apariencia general. No podía distinguirlos unos de otros, excepto para contar que eran siete; su inhumanidad era tan poderosa que no hubiera sido capaz de observar ninguna diferencia individual. Si la poseían.

¿Qué estaban aguardando? Quizás a que él les indicara que ya podía hablar. Así que habló.

—Hola —dijo. Entonces se dio cuenta de que era demasiado informal, aquella gente podían ser embajadores o miembros del gobierno o algo parecido. Así que lo intentó de nuevo—: ¿Cómo están ustedes?

Su voz creó ecos metálicos en la estancia; pudo oír el suave chapotear del agua de las paredes. Entonces, en la pared de agua delante de él, apareció un esquema de brillantes líneas horizontales, con puntos de color apareciendo al azar a lo largo de cada línea. Luego el esquema se resolvió en una imagen. Eran las líneas horizontales de una trama de televisión. Estaba contemplando la pantalla de un televisor de seis metros.

—¿Ven nuestra televisión? ¿Es esto lo que están intentando decirme? ¿Que saben lo que está pasando ahí arriba?

Era la solución a la que habían llegado finalmente con el problema de cómo hablar con un humano de modo que éste supiera que los constructores le estaban hablando y comprendiera lo que le estaban diciendo. Los humanos utilizaban la televisión para hablar entre sí; los constructores podían usar los mismos programas de televisión para comunicarse con Bud Brigman. Cuando pudieron ver en su mente que les comprendía, liberaron en su cerebro los elementos químicos que le proporcionaron una sensación de seguridad. Era la mejor combinación de habla humana y constructora en la que podían pensar.

Registradas en la enorme memoria de la ciudad estaban cada imagen de cada programa de televisión que sus deslizadores habían recibido cuando pasaban arriba y abajo entre el espacio y el mar. Pero eran las emisiones de aquel momento las que deseaban que viera Bud. Tenían que mostrarle la acción que finalmente habían decidido emprender, de modo que él pudiera volver arriba y explicársela al resto de la

humanidad. No era suficiente con actuar..., lo habían intentado antes, cuando un constructor destruyó un satélite potencialmente mortífero, y eso condujo exactamente al tipo de problema que el constructor había esperado impedir. Sus acciones tenían que ser claramente identificadas como procedentes de los constructores, no de ningún grupo de humanos. Y su finalidad tenía que ser explicada y comprendida también. Puesto que Bud y Lindsey se habían hallado en el núcleo de su decisión, parecía correcto que él fuera el mensajero que se explicara por ellos a los humanos en la superficie del mundo.

Lo que estaban haciendo tenía una sola meta: mostrar a la humanidad que los constructores existían, que poseían un poder irresistible, que, si lo deseaban, podían devastar y matar a voluntad. Era importante que la demostración fuera a nivel mundial, de modo que los constructores habían transportado la memoria de todas sus decisiones a cada una de las demás ciudades de constructores. Tras recibir una memoria completa de las experiencias de esta ciudad con los humanos de la Deepcore, todas reaccionaron como si hubieran pasado por el mismo proceso y alcanzado la misma decisión. No podían llevar a toda la humanidad al fondo del océano, para que vieran su poder en el lugar donde vivían. Así que, juntos, debían salir para llevar el océano a los humanos.

Una ola gigantesca. Un tsunami. Alzándose del océano sin ninguna causa discernible. Una enorme ola rodeando todos los continentes habitados. La tecnología para producir y controlar la ola era bastante simple para los constructores, pero el coste de energía era enorme. Acudieron a las enormes reservas de energía geotérmica, sorbieron calor suficiente del océano y la atmósfera como para equilibrar el efecto de invernadero. Usaron mucha más energía para crear esta demostración que toda la energía liberada por los seres humanos a lo largo de toda la historia..., todos los fuegos de leña, todos los hornos de carbón, todos los de aceite y gas, todos los reactores nucleares, no habían llegado a producir la energía suficiente para duplicar lo que los constructores podían hacer en sólo unos cuantos minutos, actuando todos juntos en perfecta unidad.

Mostraron a Bud las últimas noticias. Abrumados científicos siendo entrevistados acerca de la gran ola que se aproximaba. No, no sabemos qué la ha causado. No sabemos cómo detenerla. Pero sabemos lo que hará. ¿Una pared de agua de un kilómetro de altura golpeando todas las costas del mundo? Lo destruirá todo completamente a su paso hasta kilómetros y kilómetros tierra adentro. No, no servirá de nada evacuar las zonas costeras..., si estás lo bastante cerca como para sentirte amenazado, no tienes ninguna esperanza de alejarte lo bastante a tiempo. La mayoría de la gente del mundo vive dentro de la zona amenazada. Será un desastre mucho peor que cualquier epidemia o guerra; todo el entramado de la civilización humana se verá desgarrado por sus consecuencias.

Y entrevistas con la gente de la calle, tan aterrada por la imposibilidad de lo que estaba ocurriendo como por su peligro físico. ¿Cómo podías confiar en el mundo si el mar se alzaba de pronto sin ninguna razón y atacaba la tierra firme? No había imágenes de la ola en sí, todavía no..., se movía demasiado rápido para eso, las noticias habían llegado de los informes por radio desde aviones, o de barcos que habían lanzado sus mensajes de pánico y luego habían quedado en silencio. Pero estaba viniendo. Sería visible desde las orillas dentro de un minuto o dos.

Bud escuchó las noticias. Inmediatamente se dio cuenta de qué era lo que causaba la ola.

—¡Lo están haciendo ustedes! Eso es lo que quieren decirme. Sí, pueden controlar el agua. Ésa es su tecnología. Pero, ¿por qué?

Sí, conocía la pregunta. Era por eso por lo que lo habían traído allí, para decirle por qué.

La enorme pantalla de televisión quedó en blanco, luego cobró vida de nuevo. No con las noticias del momento ahora, sino con viejas emisiones: un brillante destello de luz, y luego la nube en forma de hongo alzándose. El mismo filme, repetido una y otra vez, más y más rápido, hasta que todo él se mezcló en un ininterrumpido destello blanco.

Bud pensó en las noticias que habían estado recibiendo mientras el *Explorer* estaba aún con ellos. Las potencias nucleares al borde de la guerra.

—Hey, ustedes no saben que vayan a hacerlo realmente. ¿Cómo pueden enjuiciarnos cuando no están seguros? ¿Cómo lo saben?

La pantalla estalló con desgarradoras imágenes de crueldad y muerte. Soldados de los Estados Unidos en Vietnam, niños afganos con los miembros arrancados por juguetes-bomba rusos, un coche bomba en Belfast, luchas callejeras en Beirut, cadáveres siendo arrastrados con bulldozers a enormes fosas comunes en Auschwitz; una imagen de la humanidad que enfermó a Bud; un juicio; una condena.

Bud comprendió lo que le estaban diciendo. No que la humanidad era puramente malvada y merecía morir..., todo lo contrario. Estaban respondiendo a su pregunta específica: ¿Cómo sabéis que las superpotencias van a desencadenar realmente una guerra nuclear? La respuesta: ¿Cuándo un acto de guerra ha sido nunca tan terrible, tan monstruoso, tan autodestructivo que *ninguna* nación de la Tierra se haya mostrado dispuesta a efectuarlo? Los INTs sabían que esta vez la amenaza de aniquilación era real. La ola había sido diseñada para impedirlo.

De todos modos, Bud se negó a creer que resultaba correcto destruir a media humanidad de aquel modo, con sólo unos pocos minutos de advertencia, sin ninguna oportunidad de darse cuenta de su error, de enmendarse. A escala cósmica quizá pudiera ser correcto matar a tanta gente a fin de impedir que la humanidad se destruyera en su totalidad. Pero llevar a cabo un acto así era monstruoso en sí mismo.

¿Acaso no tenéis compasión hacia la gente a la que vais a matar?

Su respuesta fue llenar de nuevo la pantalla con las imágenes actuales. La ola era visible ahora desde la orilla; las cámaras de televisión en las playas mostraban su aproximación. No parecía tan grande al principio, hasta que los periodistas mencionaron lo lejos que aún estaba. Y, mientras Bud observaba, la ola creció y creció, hasta alturas enormes y más allá aún. Alta como rascacielos, luego más alta todavía, alcanzando casi el kilómetro de altura, y la ola aún no estaba en su cenit, todavía seguía creciendo a medida que se acercaba a la orilla. Y su sonido, el rugir, lo ahogaba todo, incluso las voces de los periodistas; por encima de ella sólo podían oírse los gritos de la gente presa del pánico. Finalmente, incluso ese sonido se vio abrumado por el clamor de la ola. Era insoportable contemplarla, oírla...

Y luego, bruscamente, se hizo el silencio.

Con sus casi mil metros de altura, la pared de agua se había detenido. Mantenido en alto por invisibles, inimaginables fuerzas, se cernió a todo lo largo de las costas del mundo, preparada para caer y estrellarse contra la tierra firme, preparada para destruir..., pero no por ahora. Aguardando. Aguardando.

Las fuerzas que podían crear la ola eran terribles de imaginar. Pero las fuerzas que podían *detenerla*, mantenerla en su lugar, construir billones de toneladas de agua en una estructura tan estable como una pirámide de piedra... El mundo contempló la ola, empequeñeciendo todas las obras del hombre, y se sintió a la vez aterrado y maravillado.

Se había conseguido lo que se pretendía. Su poder había sido mostrado. La mayor parte de la humanidad había sido testigo de ello, en persona o por televisión. No iban a olvidarlo.

La ola, cumplido su trabajo, se hundió en silencio sobre sí misma; el agua fue liberada suavemente cerca de la orilla, hasta que el océano regresó a su nivel normal, y olas de tamaño razonable volvieron a estrellarse contra la no dañada costa. Los barcos que habían informado de la ola empezaron a radiar de nuevo; habían guardado silencio porque toda la energía a bordo se había visto interrumpida, pero ahora tenían una historia que contar, una ola del tamaño de una montaña que los había alzado, había pasado por debajo de ellos, y los había dejado caer de nuevo a sus espaldas, sin sufrir ningún daño.

Bud miró a los constructores, intentando comprender.

—¿Por qué? Podrían haberlo hecho. ¿Por qué no?

La pantalla quedó a oscuras. Luego empezaron a aparecer letras en ella, imprimiéndose con lentitud, como si alguien las estuviera tecleando torpemente.

SABÍAS QUE ESTO ERA
UN BILLETE DE DIRECCIÓN ÚNICA

PERO SABÍAS TAMBIÉN
QUE TENÍA QUE IR

Y luego:

TE QUIERO ESPOSA

Bud no comprendió. ¿Cómo podían las palabras que le había escrito a Lindsey ser la razón de que la humanidad hubiera sido perdonada? Les miró, desconcertado, interrogativo. Como respuesta, los constructores inclinaron sus cabezas ante él, sólo por un momento. Un gesto de respeto hacia su maestro.

La tripulación seguía reunida en la sala de control. Habían sellado todo el resto de la *Deepcore*, y estaban enviando las últimas reservas de tetramezcla sólo a aquella estancia. Para conservar el oxígeno se mantenían inmóviles, intentando relajarse al máximo. Se acurrucaban debajo de mantas para mantenerse calientes. Bud había cumplido con su misión, pero nunca iba a volver. Lo lamentaban por él, pero ahora sabían que únicamente les había precedido unas pocas horas en la muerte.

Lioso echó una manta sobre los hombros de Schoenick; seguía atado, porque no sabían lo que podía hacer, pero no sentían ningún deseo de castigarle. De tanto en tanto, los que se sentían más afectados por la disminución de la cantidad de oxígeno en la mezcla aplicaban una mascarilla Drager sobre sus rostros y respiraban profundamente. Lindsey permanecía sentada aparte de los demás, derrumbada en una silla.

Y entonces la UQC cobró vida.

—*Deepcore*, ¿nos escucháis? Aquí el *Benthic Explorer*, cambio. —La voz de McBride sonó como un coro celestial para ellos. Alguien recordaba que estaban allí. ¡El *Explorer* había vuelto a por ellos!

Barbo prácticamente arrancó el micro de la UQC de la pared.

—Infiernos, sí, os oímos. Nos alegramos de que hayáis vuelto. ¿Cómo va esa tormenta por ahí arriba?

—Bueno, es extraño. Simplemente pareció desaparecer por sí misma de pronto. Nos encontramos sin darnos cuenta en un mar completamente plano, sin nada de viento. Pero no me sorprende: han estado ocurriendo una serie de cosas muy extrañas últimamente.

Barbo no se sentía terriblemente interesado en aquellos momentos por las cosas extrañas que podían haber estado pasando allí arriba.

—Sí, de acuerdo, hijo. Pero escucha: será mejor que nos mandéis inmediatamente

un cable; estamos en una situación más bien apurada aquí abajo.

Los instantes siguientes fueron más bien ajetreados, explicando al *Explorer* qué era exactamente lo que había ocurrido, los daños que habían recibido, cuáles eran sus recursos. El equipo de apoyo en el *Explorer* había pasado la tormenta improvisando un sistema para arrojarle un cable a la *Deepcore* tan pronto como la localizaran..., si aún quedaba alguien o algo que localizar. Así que aún había esperanzas; el oxígeno todavía no se había agotado por completo.

También hubo otro tipo de esperanza, cuando McBride les habló de la ola, de cómo había llegado a la línea de todas las costas del mundo, había colgado allí por unos instantes, y luego se había retirado. Inmediatamente el equipo de la *Deepcore* supuso que los INTs habían tenido algo que ver con aquello, y le explicaron a McBride todo lo que habían visto: el tentáculo de agua que había sondeado la *Deepcore*, mostrando el mismo tipo de sorprendente control del agua que, a una escala mucho mayor, había producido la ola.

Había otras preocupaciones también. Monk le aseguró a DeMarco que Coffey había sufrido el SNAP y había empezado a comportarse de forma irracional, pero resultaba claro que DeMarco se sentía tremendamente trastornado por la pérdida de dos de sus hombres, y no creía necesariamente todo lo que se dijo acerca del armado —y el desarmado— de la ojiva nuclear. Pero habría tiempo suficiente para discutir de todo aquello cuando recibieran aire para respirar.

Un par de horas después de que el contacto fuera restablecido, Barbo estaba en el hidrófono, elaborando los detalles del plan del *Explorer* para traer de nuevo a la tripulación de la *Deepcore* a la superficie. Se iban a necesitar tres semanas de descompresión, por supuesto, así que simplemente no podían enviar un sumergible y tirar de ellos hasta la superficie.

—Así que, ¿cómo pensáis evacuarnos, muchachos? —preguntó Barbo.

—Aquí están hablando de traer por aire el DSRV hasta aquí desde Norfolk —dijo McBride.

—Está bien, está bien, comprendo, pero ¿cuánto tiempo tardará eso?

McBride no lo sabía. Mientras lo estaba averiguando, la atención de Barbo fue atraída por una conmoción en torno al monitor del Traje de Gran Profundidad. Hippy había observado que algo aparecía en la pantalla. Pero fue Una Noche la primera en atreverse a decir en voz alta lo que por fuerza significaba:

—¡Hey! ¡Hey! ¡Mirad, es Bud!

VIRGIL BRIGMAN DE NUEVO EN EL AIRE

—Eso es imposible —dijo Monk. Nadie podía vivir durante todo aquel tiempo sin

oxígeno.

—No, no lo es —dijo Lindsey. Nada era imposible..., ella lo sabía muy bien ahora.

McBride había vuelto a la UQC con su respuesta, pero Barbo no estaba escuchando.

—Seis horas. ¿Barbo? ¿Me oyes? ¿*Deepcore*, me oís?

Barbo se dio cuenta finalmente de que el altavoz le estaba llamando.

—Espera un minuto. Tenemos un mensaje de Bud.

Arriba, por supuesto, sabían que el equipo suponía que Bud estaba muerto. También sabían que había bajado hasta el abismo donde vivían los INTs, que había informado ver luces allá abajo. Si estaba vivo y tenía algo que decirles, querían saberlo.

—¿Qué es lo que dice?

Lindsey tomó el micrófono, se sentó delante de la pantalla, y leyó el mensaje de Bud. Evidentemente, no era la persona más adecuada para efectuar una lectura clara y desapasionada..., pero, puesto que estaba malditamente segura de que iba a leerlo en voz alta de todos modos, bien podía hacerlo a través del micrófono.

TENEMOS ALGUNOS NUEVOS AMIGOS AHÍ ABAJO
SUPONGO QUE LLEVAN ALGÚN TIEMPO AQUÍ
NOS HAN DEJADO SOLOS
PERO LES PREOCUPA VER COMO NOS HACEMOS DAÑO
UNOS A OTROS DE ESTE MODO
DEJANDO QUE LAS COSAS SE NOS ESCAPEN DE LAS MANOS
HAN ENVIADO UN MENSAJE ESPERO QUE LO HAYÁIS CAPTADO

Barbo se echó a reír.

—Diría que ya lo creo que sí, muchacho.

QUIEREN QUE CREZCAMOS UN POCO
Y DEJEMOS DE LADO TODAS ESAS COSAS INFANTILES
POR SUPUESTO SÓLO ES UNA SUGERENCIA

Arriba en el *Explorer*, McBride se volvió hacia DeMarco.

—Parece que se han quedado ustedes sin trabajo, amigo —dijo. DeMarco no parecía muy feliz con aquello, pero cualquier buen militar sabe cuándo se enfrenta con una fuerza irresistible.

Abajo en la *Deepcore*, el mensaje de Bud no había terminado todavía cuando toda la plataforma empezó a vibrar. Se agarraron allá donde pudieron, pero nadie se sintió

demasiado asustado o preocupado.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró Barbo. Lo último que necesitaban era un temblor o algo parecido, con ellos perchados al borde del abismo.

Fue Lindsey quien les hizo reaccionar.

—Una Noche, ocúpate del sonar.

Cuando la mujer fue allá, el ruido en los auriculares del sonar pasivo casi la dejó sorda. Las pantallas mostraban muy claramente el cuadro.

—Algo está subiendo por la pared.

—¿De qué se trata? —preguntó Lindsey. Una Noche no lo sabía..., no se parecía a nada que hubiera visto antes.

—Sea lo que sea, es grande.

Un nuevo mensaje de Bud apareció en la pantalla:

AGARRAD FUERTE BRAGAS Y CALZONCILLOS OS VA A GUSTAR ESTO

Así que, fuera lo que fuese, él sabía de qué se trataba, de modo que todo iba a ir bien. El retumbante sonido se incrementó, y entonces un resplandor apareció al otro lado de la ventana. Corrieron a mirar. Fuera, centenares, quizá miles de INTs estaban agrupándose. No deslizadores, no porteadores, sino los mismos constructores, en su forma natural. Era el agua más somera en la que podían vivir, y resplandecían brillantemente con el esfuerzo que les exigía mantener su estructura... y hacer algo más.

Penetraron en la *Deepcore* con diez mil zarcillos, tocaron y penetraron en los cuerpos de los seres humanos que observaban allí. Abajo en la ciudad, habían explorado el cuerpo de Bud, habían descubierto en él los peligros de la descompresión. Luego habían efectuado una serie de sencillos pero profundos cambios en cada célula de su cuerpo..., los mismos cambios que estaban haciendo ahora en la gente reunida en la sala de control. Los zarcillos eran invisibles, pero su contacto no pasó desapercibido esta vez..., hubo un momentáneo dolor, una profunda agitación cuando sus cuerpos fueron cambiados de raíz. Sin embargo, fue algo perfectamente tolerable, incluso alegre, mientras los constructores susurraban silenciosamente en sus mentes.

La luz de los cuerpos de los constructores se hizo más y más brillante, hasta que ellos —*nosotros*— no pudieron ver en absoluto en aquella dirección. Pero incluso cuando ya no pudimos verles, supimos que habíamos sido cambiados, aunque todavía no comprendimos la transformación física. No éramos las mismas personas que habíamos bajado al fondo del mar días o semanas antes. Habíamos crecido juntos, habíamos crecido en comprensión..., habíamos madurado.

La *Deepcore* empezó a moverse.

No bajo sus propias energías. Era como si un rígido viento submarino empezara a soplar y nos recogiera y nos alzara sobre el abismo. No teníamos miedo a caer, sin embargo, porque directamente debajo de nosotros estaba la más increíble estructura que jamás hubiéramos visto. Una enorme superficie convexa, pero no lisa..., estaba formada por tiras y tejidos de apariencia orgánica, puentes y arcos, todos vivos con luz y color. En torno a sus bordes se alzaban ocho enormes espiras, retorcidas en alambicadas espirales. Era el centro de la ciudad INT, el lugar que Bud había visitado. Normalmente no se alzaba del fondo marino hasta que era el momento de lanzarse al espacio, en busca de otros mundos que colonizar. Era el arca de los constructores...; como el arca de Noé, y el arca de la alianza, y el arca de juncos que había llevado a Moisés hasta la seguridad sobre las aguas del Nilo, contenía lo que era más precioso para ellos, todo lo que necesitaban para empezar de nuevo en otro lugar. Contenía el núcleo de sus memorias, el corazón de todo lo que valoraban en sí mismos. Eso era la ciudad y todas sus estructuras..., su memoria colectiva, su biblioteca, su cementerio, su hogar, la única alma inmortal que todos ellos compartían.

Los constructores sabían que la palabra de Bud sola no sería escuchada. La ola había demostrado su poder, Bud había explicado lo que ellos esperaban que hiciera la humanidad. Ahora tenían que mostrarse, una prueba inconfundible de que existían realmente constructores viviendo en las profundidades del océano.

El arca ascendió, alzando a la *Deepcore* con ella, directamente hacia la superficie. Mientras se alzaba recogió también al *Explorer* y lo alzó por encima del agua..., junto con el destructor de la Marina *Albany* y varios otros barcos. El agua chorreó de la superficie del arca como un Niágara circular, fluyendo por los bordes. Y allá se detuvo, alta y seca, con los barcos empujados por las espiras de la memoria que rodeaban el arca.

Por segunda vez, abrimos la escotilla estanca del trimódulo C. Esta vez, sin embargo, no conducía a las heladas aguas de las profundidades. Esta vez era aire, con una caída directa a la dura y seca superficie del arca. Barbo fue el primero, pero pronto todos nos unimos a él, y permanecemos de pie a la luz del día, liberados al fin de la oscuridad del fondo del mar.

—Deberíamos estar muertos —dijo Lindsey—. No hemos efectuado la descompresión.

—Nuestra sangre debe estar espumeando como una coca-cola caliente después de agitarla durante un buen rato —dijo Barbo.

—Deben habernos hecho algo —señaló Hippy.

—Oh, sí —dijo Lindsey—. Creo que tienes razón.

¿Nos han hecho algo? Todos hemos sido tocados por ellos, y hemos sido

cambiados en más formas de las que podemos enumerar. Aquellos que hemos estado con ellos hemos sido los más cambiados. Pueden llevarnos desde nuestra atmósfera hasta las profundidades y devolvernos a ella sin que nuestros cuerpos sufran el menor daño. Podemos respirar en su ciudad submarina sin equipo de ninguna clase. Pero éstos son milagros comunes para nosotros ahora. El que más me sorprende siempre es el don de la memoria. Nos han enseñado cómo captar la diferencia entre nuestros propios pensamientos y los que ellos nos proporcionan; podemos comprender su habla. Y nos han dado las memorias de la gente a la que han sondeado, los vivos y los muertos. He sido llenado con ellos, he vivido sus vidas desde dentro, he conocido todos sus deseos, todos sus miedos... Barnes y Kretschmer del *Montana*, los marineros rusos que se ahogaron en la tormenta, los miembros del equipo que murieron en la *Deepcore*, y todos los demás que vivieron también. He sido Bud mientras se deslizaba cañón abajo, he sido Lindsey mientras se ahogaba, he sentido su amor mutuo, y ellos han visto hasta el último secreto de mi corazón. Una Noche, Lioso, Barbo, Hippy, Chico..., los conozco como ningún otro ser humano ha conocido a nadie, y ellos me conocen a mí. Y retengo dentro de mí a los miembros de mi equipo: Wilhite, Schoenick, Coffey. Hombres que creí conocer, que creí amar antes. Los conozco mucho mejor ahora, y aunque algunas de las memorias son amargas —el odio que Schoenick y Coffey sintieron hacia mí cuando creyeron que les había traicionado; la agonía de la muerte de Coffey sumido en la locura—, puedo decir sin embargo que conocerles es mejor que dejar que sigan siendo unos extraños.

No todo el mundo deseó recibir estas memorias. Schoenick se negó..., él sólo deseaba irse. Chico deseaba volver a su casa con su familia. Pero todos los demás de nosotros que pasamos aquellos días juntos en la *Deepcore* seguimos juntos; vamos de un lado a otro entre el mundo de aire y la profunda ciudad de los constructores en el fondo del mar. Los constructores nos han cambiado, porque necesitan tener embajadores entre nuestros mundos, pero no cambiarán a nadie más..., desean que la humanidad siga siendo humana, tanto como sea posible. Y nadie desea pasar por lo que nosotros hemos experimentado. A veces me despierto tan lleno de los sueños de otros hombres y mujeres que tengo que luchar por recordar quién soy. A veces los muertos están tan presentes en mí que me siento poseído por el alma de otras personas.

Y, sin embargo, no perdería esas memorias aunque pudiera. Están vivas en mí; no podría desear que murieran de nuevo. No podría desear que se perdieran, porque he aprendido de ellas lo que significa estar vivo y ser humano. He aprendido por qué la gente hace las cosas que hacemos, he aprendido cómo son otras vidas desde dentro. Y ahora he intentado pasarles todo esto a ustedes. No con la pureza con la que los constructores comparten la memoria..., ésa no es la forma humana de hacerlo. Sin embargo, en estas páginas he hecho todo lo posible por proporcionarles esas

memorias que les mostrarán lo que hicimos y por qué lo hicimos, nosotros que estuvimos ahí abajo cuando constructores y humanos se encontraron y se cambiaron unos a otros para siempre.

De modo que yo estaba allí de pie en la superficie del arca de los constructores cuando Lindsey vio a Bud surgir por el portal como una boca de una prominencia en la superficie del arca. Bud dejó caer su casco, gritó, agitó las manos. Lindsey echó a correr hacia él, luego se detuvo a unos pocos metros de distancia. Se habían dicho cosas el uno al otro al borde de la muerte..., ¿seguían siendo válidas a la luz del día, en la seguridad?

Él le sonrió a ella, y dio los últimos pasos para cerrar la distancia. Ella le acarició, ligeramente, un contacto y una confirmación: ¿Es real? ¿Es mío? Luego, seguros el uno del otro, rieron.

—Hola, señor Brigman —dijo Lindsey.

—Hola, señora Brigman —respondió él. Dos velas, siempre separadas, pero siempre viviendo la una a la luz de la otra.

FIN

Post scriptum James Cameron

¿Una *novela* basada en un guión cinematográfico? El término parece precioso en nuestro agotado negocio.

Ciertamente, hay guiones cinematográficos basados en novelas. Nuestra vampírica industria sorbe mucha parte de su sustancia profana de la literatura pura.

Y hay *novelizaciones* de guiones cinematográficos. Los estudios animan esos alardes literarios.

Las páginas proveen el relleno debajo de las llamativas cubiertas, y el imperativo es desplegar esas llamativas cubiertas en los supermercados y puestos de prensa por todo el país.

En los días críticos anteriores al estreno de un film, la proliferación de los libros de bolsillo crea interés, promociona un reconocimiento del título, incrementa la penetración en el mercado, y en general añade ingresos a las taquillas la semana del estreno.

El hecho de que alguien pueda llegar realmente a *leer* esas novelizaciones parece preocupar muy poco a todo el mundo.

Bueno, hay gente que sí las lee.

Yo las leo.

Yendo más al asunto, he leído algunas novelizaciones de mis propios filmes y las he hallado superficiales, mediocres, a menudo inexactas, y a veces francamente reprensibles.

Decidí que no habría *novelización* de este filme.

En todo caso, habría una *novela*.

Busqué a Orson Scott Card sin saber demasiado de su *status* de ganador de premios y de la gran estima en que era tenido dentro del campo de la ciencia ficción. Recordaba sus primeros relatos cortos como obras de sorprendente compasión humana y sensibilidad envueltas en un firme estilo literario. Esperaba que pudiera ser un escritor que no se sintiera seducido por el *hardware*, que pudiera contar la historia en términos humanos.

No me sentí decepcionado.

De alguna forma, mientras seguía siendo fiel al filme, Scott consiguió tejer en él sus hermosas elaboraciones e iluminaciones..., sin alterar nunca un diálogo, sólo añadiéndole nuevos matices..., sin contradecir nunca la intención o el tono de una escena, pero añadiéndole una cuarta dimensión de claridad y emoción.

Su intrincadamente elaborada ciudad de los constructores y la racionalización de su comportamiento va mucho más allá de las enigmáticas imágenes del filme, en formas que sólo pueden ser exploradas por la obra escrita.

Un filme en una novela.

Una nueva forma.

El Libro ilumina el filme y viceversa, socios simbióticos en una sola y multifacetada obra dramática.

Scott trabajó a partir de videocintas del filme a medida que progresaba el montaje, actualizando constantemente su manuscrito cuando eran cambiadas, añadidas o eliminadas algunas escenas. Y sin embargo, pese a su gran sentido de la responsabilidad con respecto al filme, nunca se dejó esclavizar por él. Sus primeros capítulos capturan perfectamente a los personajes y les confieren una gran credibilidad emocional, y sin embargo los incidentes son enteramente creación suya. Quizás estos capítulos fueron su forma de hacer suyos los personajes, proporcionándoles la necesaria credencial creativa para contar la historia de otro escritor en sus propias palabras.

Sólo puedo especular respecto al proceso de pensamiento de Scott en esta matriz creativa.

Descubrí que el manuscrito resultante era una fascinante refracción de la historia, a partir del cual obtuve valiosas intuiciones que incluir en el film a medida que progresaba mi propio trabajo.

Una interesante elipse en el proceso creativo: entregué los respectivos capítulos de las infancias de los personajes a Mary Elizabeth Mastrantonio y Ed Harris antes de que empezara el rodaje. Aceptaron la interpretación de Scott como unos antecedentes plausibles y la incorporaron a su preparación para el filme.

De este modo, la novela alimentó el filme del mismo modo que el filme había alimentado la novela.

La colaboración resultó satisfactoria.

El libro resultante es malditamente bueno de leer, y debe ser leído como un *libro*, no como un mapa de carreteras a una película. Posee su propia vida.

Pero no lo olviden..., todavía tienen que ver para creerlo.

James Cameron
Primavera de 1989

Post scriptum Orson Scott Card

Mi agente, Barbara Bova, me llamó y me dijo:

—Pocket Books me ha propuesto que hagas una novelización.

—Barbara —respondí—, ya sabes que no hago novelizaciones.

Entonces mencionó que el director era James Cameron.

Sabía quién era. El director de *Terminator* y *Aliens*. Filmes que podrían haber sido obras vulgares de ciencia ficción..., pero que no lo habían sido, porque el responsable se había tomado el tiempo y la molestia de crear auténticos personajes. Y ahora se me ofrecía la posibilidad de escribir una adaptación narrativa del último filme de Cameron.

—Envíame el guión —dije.

—Primero tienes que firmar un acuerdo de no divulgación —contestó rápidamente Barbara.

Ah, Hollywood. El acuerdo de no divulgación me prohibía mostrar el guión a ninguna persona no autorizada, o incluso permitir que la sombra de dicha persona no autorizada cayera sobre el guión; además, no debía hablar de la historia en presencia de personas no autorizadas, o siquiera pensar en el guión mientras estuviera en un lugar público; si violaba esas reglas, sería inmediatamente echado a patadas, debería devolver cualquier dinero que me hubiera sido pagado, y serían tatuadas en mi frente las letras: S-O-P-L-Ó-N.

Firmé el acuerdo. Llegó el guión. Lo leí.

La historia era maravillosa..., exactamente lo que había esperado de Cameron. Aunque estaba llena de efectos especiales, maravillas, y una acción virtualmente sin pausa, el núcleo de la historia era la relación entre dos seres humanos reales, Bud y Lindsey Brigman.

Pero ¿debía escribir yo la novelización? Podía manejar los personajes..., pero en una novelización hay mucho más que eso. Había visto ya el problema cuando hice la crítica de *Willow*. Déjenme citar algunos párrafos de esa crítica:

«El dilema del novelizador de un filme es que la historia ya existe. Otro la escribió. En consecuencia, el novelista es meramente un traductor. No un traductor de un idioma a otro, sin embargo..., traduce de un medio a otro, y la triste verdad es que eso es condenadamente difícil de hacer bien.

»Ya conocen ustedes el problema, puesto que lo han visto una y otra vez cuando se ha producido en el otro sentido. Generalmente una buena película contiene tanta historia como un cuento largo o una novela corta. Así que traducir una novela a la pantalla significa dejar fuera una gran cantidad de material..., incluida toda la vida

interior de los personajes. Trabajando a la inversa, el novelista descubre que debe llenar las páginas de toda una novela con el material de una novela corta. Sin embargo, no puede llenarlas con su propia invención..., debe, como todo buen traductor, intentar reproducir como un esclavo el mundo, los personajes y los acontecimientos de otra persona. Pero, además, pocos novelizadores llegan a ver el montaje final del filme..., su manuscrito debe ser creado mientras el filme todavía se está rodando.

»¿Puede una novelización llegar a ser una novela realmente buena, en términos novelísticos? Imagino que es posible..., si el director del filme tiene el respeto suficiente hacia la palabra escrita como para darle su confianza al novelista y convertirlo en un colaborador. Pero ¿cuándo algún director de filmes de fantasía o ciencia ficción ha mostrado alguna vez alguna prueba de saber cómo leer todo un libro? Pocos. John Boorman, James Cameron. Quizás algunos otros que olvido en este momento. Para la mayoría de ellos, la novelización es exactamente tan importante como el juego que se derivará de él, las camisetas, los muñecos articulados y los libros para colorear».

¿Hasta qué punto era importante la novelización de este filme para James Cameron? ¿Cuánto acceso iba a tener yo al plato y al propio filme? ¿Cuánta libertad me daría para hacer del libro algo parcialmente mío, poner algo de carne a la historia, inventar y racionalizar en las áreas que el filme no desarrollaba completamente? Si no creía que podía hacer que la novelización fuera enteramente fiel al producto *filmado*, y sin embargo hacer de ella una novela de la que pudiera sentirme orgulloso, entonces no estaba interesado.

Cameron me llamó. Sus respuestas a mis preguntas fueron tranquilizadoras. Tal como había sospechado, le gustaban tanto los libros como las películas, y esta vez estaba decidido a que el libro fuera tan efectivo a su manera como el filme. Además, deseaba que el libro incluyera hechos y explicaciones que era imposible reflejar en la pantalla.

Su investigación para el filme había sido extraordinaria..., toda ella estaría a mi disposición. Me sentí agradecido, puesto que no sabía nada acerca de la inmersión en aguas profundas, y no sentía deseos de perder meses duplicando sus investigaciones. También tendría acceso al plato durante el rodaje, y concertamos varias reuniones entre Jim y yo mientras yo escribía los capítulos y él los leía y respondía a ellos.

Todo parecía bien. Yo deseaba hacerlo, en parte porque la historia era tan buena que deseaba trabajarla durante un tiempo, y en parte porque deseaba ver si una novelización podía ser una obra de arte tan válida como el propio filme. Jim hacía que ambas metas parecieran posibles.

Había barreras potenciales. La primera era una cláusula de exclusividad en mi contrato con TOR Books; pero Tom Doherty, el fundador y editor, fue lo bastante

amable como para permitirme hacerlo sin ninguna otra razón que el hecho de que yo lo deseaba.

La segunda barrera eran los plazos de entrega. Pocket Books, el editor de la novelización, deseaba el manuscrito terminado en septiembre de 1988. Puesto que el rodaje apenas habría empezado por aquel entonces, era una fecha absurda para el tipo de trabajo que yo deseaba hacer. ¿Cómo podía ser todo lo específico que deseaba en mi escritura, si no sabía exactamente cómo iban a interpretar los actores el diálogo, o cómo se moverían por el decorado, o cuál sería su actitud en cualquier momento del filme? Los novelizadores que trabajan sólo sobre el guión tienen que ser vagos acerca de los detalles físicos o, si son específicos, contradirán inevitablemente el filme en un millar de detalles. Era vital, tanto para Jim como para mí, que la novela fuera completamente específica y en consecuencia absolutamente fiel al filme. Así que, si no podía conseguir una fecha posterior al término del rodaje, no valía la pena empezar.

Pocket retrasó la fecha a diciembre. Fue redactado un contrato. Lo firmé.

Durante largos meses no ocurrió nada. Luego, a finales de agosto, recibí una llamada de Christa, la secretaria de Jim. ¿Podía acudir a Gaffney, Carolina del Sur? Ya era hora de empezar.

¿Por qué Gaffney? Los Earl Owensby Studios habían sido construidos en el emplazamiento de un reactor nuclear no terminado. La enorme torre era hermética..., exactamente lo que se necesitaba para filmar bajo el agua. Era importante para Jim que la luz fuera la exacta..., lo cual quería decir trabajar con doce metros de agua en vez de los tres habituales.

Fui a Gaffney, y empecé a darme cuenta exactamente de lo que significaba trabajar en aquel filme para el reparto y el equipo. En primer lugar, Gaffney no es exactamente una ciudad. Apenas es un *pueblo*. Bueno, yo vivo en las Carolinas por elección propia, porque me encantan estos pueblos pequeños y la gente que vive en ellos. Pero para la gente acostumbrada a Los Ángeles, Gaffney podía empezar muy rápidamente a parecerse al limbo, si no al propio infierno. Era media hora en coche desde los estudios a la autopista, y otra media hora para ir desde allí a Spartanburg, la ciudad más cercana con unas galerías comerciales o un cine.

Lo que más me impresionó, sin embargo, fue el hecho de que todo el mundo en el reparto tenía que meterse bajo el agua. Doce metros no son una broma..., más de una vez Jim, los actores y los cámaras estaban trabajando a tanta profundidad y durante tanto tiempo que tenían que efectuar una descompresión. Y, aunque algunos efectos eran realizados con especialistas —la caída de Bud por el cañón, por ejemplo—, la mayor parte de las veces, cuando vemos a Bud o a Lindsey o a Barbo allá fuera en el agua, son realmente Ed Harris o Mary Elizabeth Mastrantonio o Leo Burmester. Ed Harris tenía que sentarse allí mientras su casco se llenaba de líquido, conteniendo la

respiración y pareciendo que no lo hacía, durante algunas tomas más bien largas. Mary Elizabeth Mastrantonio fue realmente llevada de un lado para otro bajo el agua, sin equipo respirador, durante largas tomas. Por supuesto, el proceso era hecho de la forma más segura posible..., buceadores con equipos respiratorios preparados para cualquier emergencia estaban siempre fuera de cuadro. Pero, mientras me imaginaba a mí mismo haciendo algunas de las cosas que hacían aquellos actores, me di cuenta de que trabajar en aquel filme requería un auténtico valor físico.

Me ofrecieron darme un traje de inmersión y meterme en el agua. En vez de ello, huí a mi habitación del motel y puse sobre el papel los primeros dos capítulos del libro. Había estado desarrollando a Bud y Lindsey en mi mente..., quiénes eran, por qué se habían implicado en el trabajo submarino, y por qué se hallaban al borde del divorcio cuando se importaban tanto el uno al otro. Le pasé los capítulos a Jim Cameron. Los leyó. Lo mismo hizo Gale Anne Hurd, el productor; al igual que Van Ling, el ayudante de investigación de Jim. Los tres respondieron, y el veredicto fue claro: yo era capaz, de escribir la novela que ellos deseaban que escribiera.

Los tres se convirtieron en consejeros y colaboradores del libro. Jim estaba imposiblemente atareado: nuestros encuentros fueron raros, culminando al fin en una llamada telefónica a medianoche el 28 de marzo de 1989. Me atrevería a decir que, en persona y al teléfono, no pasamos más de ocho horas trabajando directamente juntos. Pero eso no da una auténtica imagen del grado de colaboración: tanto Jim como Gale comprendían exactamente lo que hace que una historia funcione, y yo también, así que no teníamos que perder tiempo intentando enseñarnos los unos a los otros cómo leer y escribir una novela.

Van Ling, que estaba constantemente con Jim durante cada paso de la producción, fue capaz de responder a mis preguntas y proporcionarme centenares de detalles de información, corrigiendo o elaborando sobre mis suposiciones. Fue Van quien leía todos los capítulos a las pocas horas de recibirlos y me enviaba notas explicativas de lo que ocurría en las escenas que yo estaba estudiando. Puesto que él y Jim lo habían discutido todo, desde las motivaciones de los personajes hasta el funcionamiento de cada pieza de equipo de la *Deepcore*, las horas que pasé consultando con Van fueron tan vitales en el proceso de colaboración como el tiempo que pasé con Jim.

Vale la pena anotar que casi todo lo que se muestra en este filme, excepto los constructores, por supuesto, es o bien realizable en la actualidad, o muy pronto lo será dentro del estado de la tecnología actual. Todo, desde el entrenamiento de los SEALs hasta los VOGRs, refleja la profunda investigación de Van y Jim y la valiosa ayuda de fiables especialistas. En particular, deben saber que la técnica de respiración por fluidos usada en el Traje de Gran Profundidad ha sido realmente ensayada por los investigadores mencionados en el capítulo siete. Cuando vean a Beany respirar bajo el agua, no se trata de un efecto especial..., es una auténtica rata respirando fluido y

saliendo de él viva.

Mi fuente más importante, la explicación más clara posible de lo que Jim deseaba que fuese la historia, era el propio filme. Empezando con algunos detalles a principios de enero y culminando con la mayor parte del filme montado a finales de marzo, dispuse de montones de videocintas que me mostraron exactamente lo que estaba ocurriendo momento a momento en la historia. El filme era tan valioso que terminé echando a la basura todo lo que ya había preparado a partir del guión. Sólo los primeros tres capítulos de mi primer borrador sobrevivieron sustancialmente en su forma original, y eso es sólo debido a que tienen lugar antes de que el filme empiece realmente. Aprendí de los hechos algo que ya había sospechado desde un principio..., que una novelización escrita a partir del guión no vale absolutamente para nada comparada con una novelización escrita a partir del propio filme.

Lo cual me lleva a otro grupo de colaboradores: los actores. No soy una persona obsesionada por el cine; no siento ningún hormigueo cuando me hallo en presencia de estrellas. Pero he trabajado durante varios años como dramaturgo y director de escena, y me siento excitado cuando veo una actuación brillante. Todo el conjunto de la *Deepcore* ofrecía actuaciones virtualmente sin el menor fallo. Parte de esto se debía al hecho de que eran *realmente* un grupo cohesivo..., vivir en o cerca de Gaffney durante seis meses y trabajar largas horas bajo el agua y representar los papeles que había escrito Jim les daba ese mismo tipo de cohesión que el equipo de la *Deepcore* tenía realmente. Si se querían o no a cada minuto del rodaje no tiene importancia..., ni para ellos ni para los personajes. Lo que importa es que representaban con una sorprendente sensibilidad, y en las climáticas escenas de conjunto —en conflicto con Coffey, reviviendo a Lindsey, hablando con Bud abajo en la fosa— actuaban con tal realismo que todo lo que tenía que hacer yo era trasladar al papel lo que veía, y las escenas funcionaban.

Cada uno de los actores trajo detalles de actitud e interpretación que abrieron sus personajes para mí, permitiéndome hacerlos más reales en la novela de lo que hubieran sido nunca a partir de sólo el guión. El Barbo de Leo Burmester se convirtió en una figura paternal, un ancla en la novela, en buena parte debido a la forma en que el actor representó el papel; la inquietud y el sentido de semimaliciosa burla de Todd Graff como Hippy, el tranquilo desbordamiento de Kimberly Scott como Una Noche, el suavemente estúpido Lioso de Jon Bedford Lloyd..., todos ellos me abrieron sus personajes, y son hasta cierto grado coinventores de la novela.

Coffey y Lindsey eran papeles extraordinariamente difíciles de interpretar. Michael Biehn tenía que representar a un hombre que estaba al borde de la locura..., pero tanto él como Jim deseaban evitar que Coffey se convirtiera en el villano de la película. Cuando uno piensa en todos los filmes donde el chico malo militar avasalla ciegamente a los chicos buenos, puede ver lo fácil que Coffey hubiera podido ser

interpretado de ese modo. Biehn nunca cruzó la línea hacia la caricatura. Hizo un Coffey peligroso, pero sin un asomo de malicia. El resultado fue que yo pude describir a Coffey como un interesante y en muchos aspectos admirable ser humano, sabiendo que la actuación de Biehn haría que Coffey pareciera tan complejo como yo lo estaba creando.

Lindsey Brigman ofrece un desafío distinto. En muchos filmes, la mujer inesperadamente a bordo de un barco está allí simplemente para ser codiciada, rescatada y abandonada a intervalos regulares. Jim Cameron había demostrado ya en *Terminator* y *Aliens* que no estaba interesado en unos personajes femeninos tan superficiales. En vez de ello, Mary Elizabeth Mastrantonio tenía que crear un personaje que era a la vez arrogante e inteligente e impulsivo..., y también simpático. No pretendo rebajar en absoluto las actuaciones premiadas por la Academia de Cliff Robertson en Charly y Dustin Hoffman en Rain Man cuando digo que es mucho más fácil interpretar un personaje que se halla mentalmente limitado que interpretar uno que es intelectualmente brillante. La mayoría de los actores que lo intentan simplemente se hacen un lío. Mary Elizabeth Mastrantonio, por el contrario, me hizo creer que su Lindsey Brigman había diseñado realmente la *Deepcore*, y que cuando su Lindsey decía «salta», estaba acostumbrada a ver saltar a la gente. Pero Mastrantonio también me mostró una cosa que yo no había sido capaz de descubrir en el guión: por qué Bud la amaba.

En particular, sin embargo, debo destacar a Ed Harris como uno de los coautores de este libro. Desde hace mucho tiempo ha sido un actor de actores, uno que tiene el respeto de sus compañeros pese a que aún no ha conseguido la fama pública que merece. No sé si el público casual de las salas de cine se dará cuenta del extraordinario logro que es su interpretación como Bud Brigman. A cada momento que se halla en la pantalla, el Bud de Harris está despierto y vivo. Él le proporcionó a Bud gestos, hábitos, peculiaridades, giros del habla, que no podían estar escritos en un guión..., pero que, gracias a la actuación de Harris, se hallan en el libro. Le dio un giro a sus diálogos que los enriqueció. Docenas de veces, mientras observaba su trabajo, me eché a reír encantado mientras me daba cuenta: ¡Por eso dice Bud esto! Harris abrió el alma de Bud para mí..., y sin embargo no detecté ni una sola vez que estuviera actuando para la cámara. Muchos de los más célebres actores de cine de hoy en día me aburren más allá de todo lo soportable porque los sorprende constantemente actuando, exhibiéndose, asomándose, como si quisieran agarrar al público de las solapas, intentar que nos acercáramos más a ellos, asegurarse de que los veíamos actuar. Como contraste, Harris me hacía creer que era ese hombre sencillo, a veces confuso, humilde pero profundamente noble, llamado Bud Brigman. Si no hubiera tenido algunos atisbos de Harris *fuera* de personaje en las escenas desechadas en el montaje, hubiera creído que no estaba en absoluto actuando, que

simplemente estaba siendo él mismo. No era así. Estaba siendo Bud Brigman, y debido a ello, el Bud Brigman de este libro es más intenso de lo que hubiera sido de otro modo.

Hay otras personas que contribuyeron a esta novela. Sally Peters, mi directora de ediciones en Pocket, fue heroica en su contención, a medida que yo me pasaba de todas las fechas tope que normalmente se aplican a los libros. En cualquier momento hubiera podido decir: «Entregue el libro *ahora* o devuelva el anticipo» —mi contrato le permitía eso—, pero en vez de ello me apoyó hasta el absolutamente último momento a fin de que pudiera ver casi el filme entero antes de entregar el manuscrito. Las presiones sobre ella eran enormes, pero tuvo mucho cuidado en asegurarse de que yo las sintiera lo menos posible. Como resultado de ello, el libro era mucho mejor cuando entregué la versión final el 3 de abril de 1989 de lo que hubiera sido un mes o dos meses antes o —me estremezco— los *cuatro* meses antes que exigía el contrato.

Peter Weissman, el director de producción de Pocket, hizo un trabajo concienzudo y excelente bajo auténticas presiones de tiempo. Mi noble ayudante, Julie Hamilton, consiguió que le salieran llagas en los pies a base de permanecer horas de pie en la máquina fotocopidora. Gale Hurd me rescató de las interferencias de último minuto de entrometidos que deseaban meter las manos en el proyecto. Christa Vausbinder fue siempre eficaz y paciente mientras ayudaba a mantener abiertas las líneas de comunicación. Y Van Ling ha pasado desde hace tiempo de ser un recurso a convertirse en un amigo.

Mi propio director residente, mi esposa Kristine, leyó y respondió a cada palabra del libro, y con su clara visión me ayudó a modelar esta novela como lo ha hecho con todo lo que escribo. También trabajó una imposible cantidad de horas, incluido levantarse a las seis de la madrugada para ir a enviar páginas manuscritas al servicio de correo de las Piedmont Airlines..., justo en el momento en que yo me iba a la cama después de fotocopiarlas. Durante todo este tiempo pasó al mismo tiempo por un embarazo, un aborto, un niño de cinco años enyesado, otro de ocho años con varicela, y un marido alternativamente al borde de la locura y el agotamiento. Juntos estamos intentando a la vez crear una familia y contribuir a la literatura; no puedo imaginarme haciendo nada sin ella.

Probablemente han leído ya esta novela, y si todavía no han visto el filme, espero que lo hagan. Entonces se hallarán en posición de juzgar si Jim y yo tuvimos éxito en nuestro empeño de hacer de este libro, no una novelización tal como se entiende habitualmente el término, sino una novela que se defiende por sí misma pero que sin embargo complementa, ilumina y llena el filme. Aunque la historia es y siempre ha sido, en sus raíces, de Jim Cameron, desde hace tiempo ha dejado de ser posible

recorrer este libro señalando qué idea, qué matiz, qué frase procede de Jim, cuál es mía, y qué ha sido tomado de los actores. Para bien o para mal, esta novela es una colaboración más estrecha entre director de cine y novelista que ninguna otra desde la colaboración entre Kubrick y Clarke en crear *2001: Una odisea del espacio...*, y espero que olviden ustedes nuestra ambición de esperar que hallen ustedes tanto el libro como el filme capaces de compararse con ese hito de la cinematografía de ciencia ficción.

Puesto que este libro es un artefacto más sólido que los efímeros títulos de crédito que ascienden por la pantalla al final del filme, incluyo aquí el reparto de la película; los nombres de todos los actores pertenecen aquí, porque ellos son cocreadores tanto del libro como del filme:

Bud Brigman **Ed Harris**

Lindsey Brigman **Mary Elizabeth Mastrantonio**

Teniente Hiram Coffey **Michael Biehn**

«Barbo» *DeVries* **Leo Burmester**

Allen «Hippy» Carnes **Todd Graff**

«Lioso» *Willis* **John Bedford Lloyd**

Arliss «Chico» Dawson **J. C. Quinn**

Lisa «Una Noche» Standing **Kimberly Scott**

Lew «Lebrel» Finler **Cap. Kidd Brewer, Jr.**

Wilhite **George Robert Klek**

Schoenick **Christopher Murphy**

Subteniente Monk **Adam Nelson**

Dwight Perry **Richard Warlock**

Lupton McWhirter **Mike DeLuna**

Tommy Ray Dietz **Robert Searle**

Capitán Kretschmer **Peter Ratray**

Aaron Barnes **Michael Beach**

Oficial Ejecutivo Everton **Brad Sullivan**

Oficial de derrota **Frank Lloyd**

MacBride **Jimmie Ray Weeks**

Comodoro DeMarco **J. Kenneth Campbell**

Kirkhill **Ken Jenkins**

Bendix **Chris Elliot**

Periodista **Cris Anastasio**

Obrero de Construcción **Thomas F. Duffy**

Fondeador **Joe Farago**

Locutores **Wendy Gordon**

Marcus Makai

Periodista 1 **Gale Anne Hurd**

Periodista 2 **Emily Yancy**

Dr. Berg **Michael Chapman**

Mujer vieja **Robin Montgomery**

Mujer joven **Polly Cross**

Hombre **Patrick Malone**

Hombre airado **Charles Stewart**

Piloto helicóptero del Noticiario **David Hicks**

Miembros tripulación **Phillip Darlington**

Joseph Nemeč III



Orson Scott Card (Washington, EE. UU., 24 de agosto de 1951 —). Es un escritor estadounidense de ciencia ficción y otros géneros literarios. Su obra más conocida es *El juego de Ender*.

Nacido en Richland, Washington, Card creció en California, Arizona y Utah. Vivió en Brasil dos años como misionero para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Es licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981. Actualmente vive en Greensboro, Carolina del Norte. Él y su mujer, Kristine, son padres de cinco niños: Geoffrey, Emily, Charles, Zina Margaret y Erin Louisa, llamados así por Chaucer, Brontë y Dickinson, Dickens, Mitchell, y Alcott, respectivamente.

Escritor prolífico, Card es autor de numerosas novelas individuales (*Niños perdidos*, *El cofre del tesoro*) y diversas sagas como *La Saga del Retorno* o las historias de *Alvin el Hacedor*.

Ha ganado numerosos premios Hugo y Nébula, como el Nébula de 1985 y el Hugo de 1986 a la mejor novela por *El juego de Ender* y el Nébula de 1986 y Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.

Card se ha adentrado en el mundo del cómic al escribir el guión entre el 2005 y el 2006 de la miniserie *Ultimate Iron Man*.